

RECUERDOS

HISTORICOS DEL MUNDO



S. CALLEJA

MADRID

32
6
forelano

BIBLIOTECA PERLA

XXXI

RECUERDOS
HISTÓRICOS DEL MUNDO

SÍNTESIS HISTÓRICA

POR

CRISTÓBAL DE REYNA

(Don Ramiro)



MADRID
SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ
Calle de Valencia, núm. 28.

CASA EDITORIAL FUNDADA EL AÑO 1876

Es propiedad. Queda hecho el
depósito que manda la ley.



RECUERDOS HISTÓRICOS DEL MUNDO

PRELIMINAR

Tiempo que abarca la Historia Universal.

Debiera consistir la Historia del Mundo en la relación de todos los sucesos culminantes y de interés general en él ocurridos desde los tiempos más remotos hasta los presentes; pero el ignorarse respecto á los más de los pueblos los sucesos anteriores á hace poco más de mil años, y el tenerse de los más favorecidos noticias ó muy embrolladas y confusas de época anterior á dos mil setecientos atrás por escasez de documentos y, sobre todo, por defectos de cronología, ó, además de embrolladas, envueltas en fábulas por la naturaleza poco histórica de las fuentes de información, son circunstancias que reducen el campo de la Historia á un período de unos veintisiete siglos para algunos, y mucho menor para la generalidad de los pueblos.

Invención y propagación de la escritura.

La causa principal de la poca antigüedad de la Historia consiste en lo reciente de la vulgarización de la escritura; pues no habiendo sin ella otra manera de conservar noticia de los sucesos que encomendándolos á la memoria, la Historia tenía que ser imperfectísima.

El conocimiento y uso de la escritura no es igualmente antiguo para todos los pueblos. Los egipcios la empleaban hacía muchos siglos, cuando era aún desconocida para los griegos, cuyos historiadores atribuían su introducción en Grecia á un fenicio llamado Cadmo, en una fecha que se hace remontar á bulto á unos tres mil años. Y no debió de ser muy rápida su

vulgarización, cuando se cree, con buen fundamento, que los poemas de Homero, que datan, á lo que se presume, de dos mil ochocientos años aproximadamente, se conservaron largo tiempo de memoria antes de ser escritos.

La Historia antes y después de la invención de la escritura. Guardábase antes de la invención de la escritura no sólo el recuerdo de los sucesos memorables, sino todas las nociones sobre las ciencias, las artes y la vida práctica, por medio de poemas ó composiciones rimadas que se cantaban acompañándose con la lira, como los rapsodas griegos, ó con el arpa, como los bardos célticos, no siendo probablemente otro el origen de la poesía, que la necesidad de ayudar á la memoria por medio de la medida y el tono á retener larguísimas narraciones y tiradas de palabras. En muchísimos pueblos se encomendó á los colegios sacerdotales la conservación por el dicho procedimiento de los anales patrios y de todo el caudal de conocimientos que la experiencia había hecho adquirir en el curso de las generaciones; más adelante cayó en manos de los poetas ese sistema de conservar las noticias y de relatar los sucesos pasados, y, por último, descendió al vulgo en un tiempo en que se había ya generalizado el uso de la escritura y constaban en libros y otros documentos escritos los hechos históricos y los de cualquiera otra índole.

Pero aún mucho después de generalizada la escritura, y en nuestros mismos tiempos, ha persistido el antiguo modo de conservarse y transmitirse los conocimientos y los sucesos históricos, que, por más que haya quedado relegado al vulgo, no ha dejado de trascender á la historia escrita plagándola de las fábulas y consejas en que suelen abundar los cantos y romances populares. Así, en la historia de los principios de las naciones modernas se advierten no sólo noticias evidentemente fantásticas tomadas de los cantos y romances del pueblo, sino grandes trozos de esos mismos cantos escritos en forma de prosa.

Incertidumbre que los mitos y las fábulas introdujeron en la historia antigua de los pueblos. La historia escrita ha tenido, pues, siempre que resentirse de la influencia en ella de la conservada y transmitida oralmente; pero la que se escribió en tiempos muy cercanos á aquellos en que la escritura era arte poco usual ó completamente desconocida, careciendo de otra fuente de información sobre los sucesos pasados que la de la tradición oral, tenía necesariamente que padecer más gravemente de los defectos á que venimos aludiendo, no sólo por las alteraciones que había de experimentar al pasar de boca en boca durante muchísimos siglos, sino por la costumbre, muy común entre los sacerdotes de la gentilidad, de personificar los sucesos y los frutos de la experiencia en mitos y fábulas que, si bien los presentaban en una forma abreviada que hacía fácil retenerlos en la memoria, los desnaturalizaban por completo.

De ahí que en la historia de los primitivos orígenes de todos los pueblos estén tan mezclados y confundidos los sucesos y personajes reales con los fabulosos, que se hace imposible discernir cuáles sucesos pasaron y cuáles personajes existieron verdaderamente, y cuáles se disfrazaron bajo el aspecto de batallas, viajes, navegaciones y otras hazañas y empre-

sas, ó se fingieron dioses y héroes para representar largos períodos de tiempo, hechos astronómicos, cataclismos naturales, y otros tales ó semejantes acontecimientos.

Columnas fundamentales de la Historia.

No hay conocimiento humano que no sea de una ú otra manera tributario de la historia, pudiendo ésta descender á la narración y explicación de cualquier hecho por menudo que sea; pero hay dos ciencias sin cuyo concurso no puede absolutamente pasarse: la *cronología* y la *geografía*, pues por bien que se conozca un suceso, no puede decirse que se tiene su historia si se ignora *cuándo* ocurrió y *dónde*, perteneciendo la primera de esas circunstancias á la cronología, ó sea á la ciencia que tiene por objeto el estudio del tiempo, y la segunda á la geografía, que se refiere al de la superficie de la Tierra que habitamos. La historia del Egipto sería perfectamente conocida hasta una época remotísima, si satisficiera á esas dos condiciones, cronológica y geográfica, á que acaba de aludirse; pues contiene minuciosísimos pormenores sobre los reyes que gobernaron el país, el tiempo que reinó cada uno de ellos, las empresas que realizaron ó que fueron realizadas durante su gobierno, las batallas y conquistas que hicieron, los pueblos que sojuzgaron, y hasta los más curiosos y menudos pormenores sobre su vida doméstica y la de sus súbditos, todo ello esculpido y escrito en los innumerables monumentos de que el país está cubierto; pero no habiendo modo de saber á ciencia cierta en qué tiempo ocurrieron esos hechos, ni á qué pueblos y comarcas se refieren esas guerras y conquistas, por haber cambiado completamente desde entonces los nombres geográficos y nacionales, resultan todos esos datos y noticias, si no enteramente inútiles, muy incompletos para la historia

La cronología, ó sea el estudio del tiempo y de las maneras de contarlo y dividirlo, es ciencia muy complicada y que requiere el concurso de la astronomía, por tomarse por norma para tales medidas y divisiones los movimientos regulares y periódicos del sol y de la luna, á los cuales se refieren los períodos llamados años y meses, conocidos y usados desde tiempo antiquísimo por todos los pueblos cultos. Pero no bastando esos períodos para fijar de un modo preciso el lugar que en la sucesión de los años corresponde á los acontecimientos, hubo desde tiempo muy antiguo que instituir las divisiones llamadas *Eras*, que son series indefinidas de años que comienzan en uno determinado y señalado por cualquier acontecimiento célebre, ó que, aun no siéndolo, se ha convenido en tomar por punto de partida para la cuenta del tiempo.

Entre las muchísimas Eras conocidas y empleadas por unos ú otros pueblos para contar el tiempo, citaremos aquí la de *Nabonasar*, así llamada por el rey de Babilonia que la instituyó, la cual comenzó hace dos mil seiscientos cincuenta y seis años; la de las *Olimpiadas*, que comenzó veintinueve años antes; la de *César ó Española*, que se usó en España hasta hace algo más de cuatrocientos años, y que comenzó hace mil novecientos cuarenta y siete con el consulado de Octavio Augusto; la *Cristiana*, que tiene por punto de partida el año del nacimiento de nuestro Redentor, que fué hace mil novecientos diez, y que es la empleada hoy por todos los pueblos



cristianos, y la de la *Hegira*, vocablo que en lengua arábiga significa *fuga*, y que se refiere á la de Mahoma desde la ciudad de Meca á la de Medina, hace mil doscientos ochenta y ocho años, la cual Era está en uso entre los pueblos musulmanes.

Siendo conocida, como lo es, la relación entre todas las dichas Eras, es evidente que no hay suceso que se refiera á una de ellas que no pueda ser trasladado á otra mediante una cuenta facilísima de suma ó de resta; pero no sucede lo mismo respecto á otras muchísimas Eras, cuya relación con las dichas ó con otras tan perfectamente determinadas como ellas, no está bien averiguada; pues ninguna de esas otras Eras podrá servir de referencia segura para los sucesos históricos; ni tendrá tampoco carácter propiamente histórico ningún suceso, aunque conste su positiva y absoluta certeza, si no puede ser referido de un modo fijo é indubitable á las Eras conocidas.

Al hecho de corresponder en el orden del tiempo ó

Sincronismos. de ser simultáneos dos ó más sucesos distintos en varios lugares se le llama *sincronismo*. Los sincronismos son muy útiles para la historia porque proporcionan un medio de comprobar la certeza de los sucesos comparando las noticias que sobre los ocurridos en diversos lugares hacia una misma época y relacionados entre sí de algún modo dan los documentos históricos.

Divisiones de la Historia en el orden del tiempo Con relación á la Era cristiana suele dividirse entre nosotros la historia en dos partes; la relativa á sucesos ocurridos antes del nacimiento de Cristo, y la que se refiere á los posteriores á ese acontecimiento memorable.

Además se la divide en tres grandes espacios de tiempo, llamados *Edad Antigua*, *Edad Media* y *Edad Moderna*, comprendiéndose en la primera, ó sea en la Edad Antigua, todo el tiempo transcurrido desde los más antiguos hechos históricos hasta la destrucción del imperio romano de Occidente, suceso ocurrido el año 475 de nuestra Redención; en la segunda, esto es, en la Edad Media, el comprendido entre esa última fecha y el año 1453, en que fué destruído el imperio de Oriente y tomada Constantinopla por los turcos otomanos, y en la tercera, ó sea en la Edad Moderna, el transcurrido desde 1453 hasta nuestros días.

Debe advertirse que estas divisiones de la Historia, muy lógicas y apropiadas á la de todos los pueblos de la Europa Occidental, son inaplicables no sólo á la de los pueblos del Asia Central, India, China é islas vecinas, que constituyen una parte inmensa del mundo, sino á la de los pueblos del oriente y septentrión de Europa.





HISTORIA ANTIGUA

CAPÍTULO PRIMERO

HISTORIA DE LOS HEBREOS DESDE LA INSTITUCIÓN DE LA MONARQUÍA HASTA LA CAUTIVIDAD DE BABILONIA

Importancia del pueblo hebreo.

El pueblo hebreo tiene muy poca importancia desde el punto de vista político si se le compara con muchos otros de la antigüedad; pero la tiene grandísima desde el histórico y el religioso, tanto por ser uno de los que mejor han conservado sus anales y tradiciones, y por la referencia que en ellos se hace á sucesos pertenecientes á la historia de otros pueblos, como por haber nacido en su seno el Redentor del mundo, y por la influencia enorme que el Cristianismo ha tenido y tiene en la historia y en los destinos del género humano. Ninguna Historia Universal puede prescindir, pues, de la del pueblo hebreo ni dejar de darle el primer lugar en sus páginas.

Defectos de cronología de que adolece la historia del pueblo hebreo.

La historia del pueblo hebreo está consignada en los Libros Sagrados; pero su cronología es tan incierta, que difieren en miles de años las fechas que sus comentadores suelen atribuir á los mismos acontecimientos cuando pertenecen á época muy remota. Por tal motivo no puede decirse que se tenga una verdadera historia del pueblo hebreo hasta el establecimiento de la monarquía, ó sea hasta el tiempo de los Reyes, no estando tam

poco muy bien establecidas las fechas correspondientes á los primeros de ellos.

Quiénes eran los hebreos é impropiedad de este nombre para designar al pueblo de Israel.

Se ha llamado hebreo al pueblo de que va inmediatamente á tratarse, por Heber, uno de sus remotos progenitores; pero si se tiene en cuenta que no ya sólo de Heber, sino de descendientes suyos se derivaron muchísimos otros pueblos, pues sólo de Abraham, que fué uno de esos descendientes, procedieron los árabes, por su hijo Ismael, los idumeos, por su hijo mayor Esaú, y los que llamamos hebreos, por su segundo hijo Jacob ó Israel, se comprenderá que al nombre á que venimos aludiendo le corresponde un significado mucho más lato que el que suele atribuírsele. Lo empleamos aquí, sin embargo, y no el de israelitas, que también suele dárselos, para no confundir á la totalidad de los hebreos con la fracción de ellos que constituyó más adelante el reino á que se dió particularmente el nombre de Israel.

Los hebreos comenzaron por constituir un pueblo seminómada de la Palestina, dividido en tantas tribus cuantos eran los hijos de su progenitor Jacob ó Israel. Habiéndose refugiado en Egipto, donde fueron muy bien recibidos por el rey del país, de quien había logrado ser primer ministro uno de ellos, permanecieron allí unos cuantos siglos, multiplicándose extraordinariamente; pero tiranizados y maltratados desde muy á los principios de su residencia en Egipto por los soberanos sucesores del reinante á su llegada, evacuaron el país conducidos por Moisés, y fueron á establecerse en su primitiva patria, después de sostener rudos combates con los pueblos que la ocupaban, repartiéndose el territorio entre las tribus en que estaban divididos.

Gobierno de los Jueces

Encomendaron los hebreos el gobierno de su nación, después de su establecimiento en la Palestina, á ciertos magistrados llamados jueces, que se sucedieron durante cerca de quinientos años, en cuyo período tuvieron que sostener constantes guerras contra varios pueblos, y principalmente contra los filisteos, nación que moraba en las regiones marítimas de la Palestina. El último de los jueces fué Samuel, en cuyo tiempo, cansado el pueblo de ese sistema de gobierno, quiso tener reyes, sin que bastaran á disuadirlo de su empeño las reflexiones que el mismo Samuel por inspiración divina le hizo.

Los tres primeros reyes y división del Reino.

Sólo tres reyes ejercieron el gobierno sobre la nación entera: Saúl, David, que extendió considerablemente los límites de sus dominios sometiendo á varias naciones comarcanas, y Salomón, que fué el más famoso de todos por su sabiduría, su poderío y su opulencia. El hecho más célebre de Salomón fué la construcción en la ciudad de Jerusalem, donde tenía su capital, de un maravilloso templo al Dios verdadero.

Apenas en el trono su hijo y heredero Roboam, hubo alteraciones en el Reino que ocasionaron la separación de diez de las tribus que lo constituían. Estas formaron otro Estado político bajo el cetro de Jero-

boam, no habiendo permanecido adictas á Roboam sino las de Judá y Benjamín.

Reino de Israel.

Duró el reino de Israel (que así se llamó el de las diez tribus disidentes) doscientos cincuenta y cinco años, durante los cuales reinaron 19 reyes, desde Jeroboam hasta Oseas. Citaremos de ellos á Acab, que trasladó su capital desde Siquem, donde estuvo al principio, á Samaria; á Jeroboam II, que devolvió al reino territorios que había perdido bajo sus antecesores, y al ya nombrado Oseas, que, habiéndose aliado con Seveco, rey de Egipto, contra Salmanasar, rey de Asiria, provocó la guerra que ocasionó la destrucción del Reino por ese último.

Reino de Judá.

El reino de Judá, cuya capital siguió siendo Jerusalem, duró trescientos ochenta y nueve años, en cuyo período se sucedieron veinte reyes, algunos de los cuales murieron violentamente. Durante ese tiempo estuvo el reino de Judá unas veces aliado y otras en guerra con Israel, Asiria, Babilonia, Egipto, Fenicia y demás naciones vecinas. Muy débil respecto á los poderosos reinos de Asiria, Babilonia y Egipto, hubo de estar casi siempre sometido á la influencia de uno ú otro de ellos y participar de su suerte. Varias veces fueron vencidos sus ejércitos, ocupados sus territorios, tomadas y saqueadas sus ciudades y conducidos cautivos sus reyes, que acabaron por ser hechura de los de Egipto y sus vasallos y tributarios, teniendo que sufrir por tal motivo las agresiones de los babilonios que solían estar en guerra con Egipto.

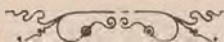
Todos los citados sucesos, así como la invasión del Asia Occidental y su ocupación por los escitas durante veintiocho años en el reinado de Josías (640-609), están plenamente confirmados por multitud de sincronismos relativos á la historia de Asiria y Egipto.

Nabucodonosor, primero como lugarteniente de su padre Nabopolasar, y después de la muerte de éste, como rey de Babilonia, venció á los egipcios y sometió á los judíos, poniendo reyes que los gobernasen en su nombre; pero habiéndosele rebelado varias veces, acabó por quemar y arrasar á Jerusalem, de la que ya se había apoderado en dos ocasiones, y por llevar cautivos á Babilonia á sus habitantes. Sedecías ó Sedecías fué el último de los reyes de Judá, el cual había sido puesto en el trono por Nabucodonosor (587 a. C.).

Cautividad de Babilonia y primera dispersión de los judíos.

La sucesiva destrucción de los reinos de Israel y de Judá, y el cautiverio de una parte, sin duda la mejor de la Nación, ocasionó también la dispersión del resto de ella por todo el Oriente y, probablemente, por comarcas muy distantes de su primitivo asiento; estando perfectamente comprobado que no sólo desde la última destrucción de Jerusalem por Tito, hijo de Vespasiano, que se referirá en su lugar, sino desde tiempos muy anteriores, había numerosas colonias judaicas establecidas en muchas islas y comarcas continentales del mar Mediterráneo, y hasta en la India y otras regiones del remoto Oriente. Esas colonias, entre las cuales se distinguieron muchísimo y hasta muy largo tiempo adelante, la de Alejandría y la misma de Babilonia, debieron de

contribuir no sólo á difundir entre los gentiles la idea de un Dios único, que ya estaba en el fondo de todas la religiones, aunque disimulada á los ojos del vulgo bajo muy oscuros mitos y símbolos, y otros profundos principios filosóficos, sino á favorecer la propagación del cristianismo en la época de las predicaciones apostólicas.





CAPÍTULO II

HISTORIA DE ASIRIA Y CALDEA DESDE SUS PRINCIPIOS HASTA LA DESTRUCCIÓN DEL REINO DE BABILONIA POR LOS PERSAS

Situación geográfica de Asiria, Caldea y Mesopotamia.

Aunque suelen confundirse bajo el nombre de Asiria las comarcas de Ninive y Babilonia, el de Asiria ó *tierra de Assur*, correspondía solamente á la región bañada por el río Tigris, cuya ciudad principal era Ninive, y el de Babilonia, llamada más propiamente *tierra de Acab*, á la bañada por el Eufrates, río gemelo del Tigris y que se junta con él para desaguar en el golfo Pérsico (*). Caldea, nombre que se ha solido dar también vagamente á la comarca de Babilonia, era el de la parte más meridional de ella. y Mesopotamia, vocablo griego que significa *entre ríos*, es el que se aplicó siempre, y que se da hoy todavía, á la región comprendida entre dichos Tigris y Eufrates, toda cruzada por canales de riego desde época prodigiosamente remota y una de las más fértiles, bien cultivadas y opulentas del mundo en la antigüedad.

Antecedentes sobre los principios de los reinos de Ninive y Babilonia.

Así como suelen confundirse las comarcas, se confunden también las historias de los reinos de Babilonia y de Ninive, que, verdaderamente, en el larguísimo período que comprenden, fueron muchas veces una misma.

El principio de ese período es no menos oscuro que remoto, sabiéndose sólo que en esas regiones se mezcló la raza llamada *semita* con otra septentrional á que se ha dado el nombre de *sumeriana*, á la cual se atribuye la

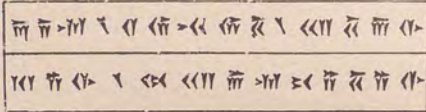
(*) Así sucede hoy; pero se cree con buen fundamento que en lo antiguo, y desde luego en la época á que el texto se refiere, tenían desembocaduras distintas.

invención de los caracteres de escritura llamados *cuneiformes* por la figura de cuña que tienen, derivados, á lo que parece, de los jeroglíficos con que ese mismo pueblo, al igual que el egipcio, comenzó á expresar en forma escrita sus pensamientos.

Fuentes de la historia de Asiria y Babilonia.

El descubrimiento del modo de interpretar esos caracteres cuneiformes, que es uno de los más prodigiosos realizados en nuestro tiempo por el ingenio del hombre, ha permitido descifrar multitud de inscripciones de las innumerables que se han descu-

bierto, también en nuestros mismos días, no sólo en los lugares en que estuvieron las ciudades de Babilonia y Nínive, sino en muchísimos otros de Persia, Media, Armenia y otras regiones del Asia Occidental.



Este grabado da idea de lo que son los caracteres cuneiformes. Representa un ladrillo grabado de los muchísimo semejantes de cubiertos en las excavaciones practicadas en nuestro tiempo en los asientos de Nínive, Babilonia, Persépolis y otras antiguas ciudades de Oriente. Abundan extraordinariamente ejemplares de ellos en todos los museos de Europa, y especialmente en el de South Kensington, de Londres.

El estudio de esas inscripciones, en su mayor parte grabadas en ladrillos, que era como los antiguos asirios escribían los documentos

á que querían dar condiciones de duración indefinida, ha ampliado considerablemente el conocimiento que teníamos de la historia de los reinos asirio, médico, pérsico y babilónico, reducido antes á lo llegado á nuestro tiempo de lo que dejaron escrito sobre esas naciones el historiador griego Herodoto, que vivió en el siglo v anterior á nuestra Era, llamado *padre de la Historia*, y otros autores griegos sucesores suyos.

Historia fabulosa de los asirios.

Según la historia de Asiria que ha venido pasando por cierta hasta hace poco tiempo, pero ya destruída por los estudios recientemente hechos de las inscripciones cuneiformes, Sardanápalo, rey afeminado y disoluto, sucesor de una larguísima serie de reyes tan relajados como él y descendiente de cierta reina Semíramis, que se había distinguido por sus grandes cualidades de gobernante y de conquistadora, habiendo sido sitiado en su capital, Nínive, por los medos, hizo una pira en que se abrasó voluntariamente con sus mujeres y sus tesoros. Este suceso se suponía ocurrido en el siglo VIII antes de nuestra Era.

La verdadera historia de los reinos de Babilonia y de Nínive comenzaría hacia el año 2506 antes de nuestra Era si al perfecto orden cronológico de los datos que de esa fecha en adelante poseemos, se uniera una relación más ó menos circunstanciada de los sucesos; pero, desgraciadamente, todas las noticias positivas que se tienen sobre tiempos anteriores al siglo décimo antes de Cristo se reducen á los nombres de los monarcas, tiempo de duración de sus reinados, y algunas pocas noticias más que no pueden constituir en conjunto lo que propiamente se llama historia.

Dinastías de Babilonia desde 2506 hasta 1128 en que se reunió ese reino con el de Asiria.

En los mil trescientos setenta y ocho años⁸ comprendidos entre los de 2506 y 1128 anteriores á Cristo, hubo en Babilonia setenta y seis reyes⁸ pertenecientes á cuatro dinastías, algunos de los cuales reinaron sólo en Babilonia, y otros también en Nínive y otras comarcas vecinas.

Acerca de todos esos reyes, cuya existencia está perfectamente comprobada por multitud de inscripciones, sólo se sabe, aparte de sus nombres y los años de su gobierno, que constan con extraordinaria puntualidad, que muchos de ellos fueron grandes constructores de ciudades, monumentos, canales y otras obras de utilidad pública. Muchas de las inscripciones descifradas son escrituras de contratos civiles que, si ofrecen gran interés por lo que ilustran acerca del estado de cultura de esos pueblos y acerca de sus costumbres, no pueden considerarse como documentos propiamente históricos.

Uno de los dichos 76 soberanos comprendidos entre los años 2506 y 1128 anteriores á nuestra Era fué cierta reina Sammeramit, que pudiera ser, en opinión de los modernos investigadores de las antigüedades asirias y caldeas, la famosa Semíramis de los autores griegos. Esa reina Sammeramit reinó desde 1356 hasta 1349 en Babilonia, y desde 1355 hasta 1314, también en Nínive. Otros de esos reyes estuvieron en guerra con los de Nínive. De ellos Marduk que ocupó el trono desde 1230 hasta 1208 (a. C.), fué esclarecidísimo

Sucesión de los reyes de Babilonia desde 1128 hasta 538 (a. C.) en que fué incorporado ese reino al de los persas.

Desde 1128 hasta 538 (a. C.) estuvo el reino de Babilonia unas veces sujeto á los reyes de Nínive, quienes debieron de apoderarse de él por fuerza de armas hacia el primero de los citados años, á juzgar por la frecuencia de las rebeliones de los babilonios durante el período de trescientos sesenta y cinco comprendido entre el dicho de 1128 y el de 763; otras independiente, como entre 763

y 721, en cuyo tiempo reinó Nabonasar, célebre por haber instituido la Era que lleva su nombre; otras con reyes propios pero vasallos ó tributarios de los de Nínive, situación que duró desde uno de los años comprendidos entre 721 y 704 en que Sargon rey de Asiria venció á los babilonios y judíos confederados contra él, hasta la muerte de Asaradon en 667, y otras, por último, de nuevo independiente, como sucedió desde ese último año hasta el de 538 en que fué conquistado el reino por el famoso Ciro ó Kiros (que es la verdadera forma de ese nombre), rey de los persas. Entre esos reyes merecen particular mención el ya citado Asaradon, gran conquistador, que se llamó y fué en efecto rey de Asiria, Babilonia, Egipto y Etiopía, y que repartió á su muerte sus dominios entre sus hijos; Nabopolasar, quien confederado con Ciaxares rey de los medos, se apoderó de Nínive, y la arrasó hasta los cimientos, dando fin de esa ciudad y del reino de Asiria (606 a. C.); Nabucodonosor el Grande, que fué, como ya se dijo incidentalmente al explicar la historia del reino de Judá, uno de los más ilustres reyes y capitanes que haya habido nunca en Asia, y aun en el mundo, debiendo atribuirse á lo remoto del tiempo en que vivió y á la

falta de historiadores que relataran sus hazañas y empresas que no tenga mayor lugar del que tiene en la Historia Universal; y Nabonid, quien después de una larga guerra contra los medos y persas, dirigidos por su rey Kiros, acabó por sucumbir, terminando con él el reino de Babilonia el año 538 a. C. Este rey Nabonid es el llamado Baltasar por la Sagrada Escritura y Labineto por el historiador griego Herodoto. Labineto parece ser más bien título de dignidad que nombre propio, pues se da á varios reyes de Babilonia.

Reyes de Asiria desde los tiempos más remotos hasta la destrucción de Nínive (1270-660 a. C.)

Ya hemos dicho que los reinos de Babilonia y de Asiria se confunden en sus orígenes. Los anales de Asiria son, no obstante, mucho más modernos que los de Babilonia, pues no hay en ellos buena cronología hasta el año 1270 (a. C.)

Los nombres y la cronología de los reyes asirios son perfectamente conocidos desde esa fecha en adelante hasta los últimos años del siglo XII, anterior á nuestra Era, siguiéndose una laguna de más de dos siglos en los anales de ese reino, que viene á coincidir en una parte con el período en que sus reyes dominaron á Babilonia, laguna que termina en el año 905 (a. C.), último del reinado de Assuredilil, cuyas campañas en Armenia, en Iberia y en varias regiones del Asia Menor, describe con gran copia de pormenores cierto monelito descubierto en las ruinas de Nimron, su capital.

Sargon II, uno de sus sucesores, fué uno de los reyes más ilustres de Asiria y fundador de su última dinastía. Sus empresas están consignadas en muchas inscripciones descubiertas en las ruinas de su gran palacio de Korsabad. Sucedióle su hijo Senaquerib (704-680), tan famoso por su desgraciada expedición contra los judíos y los egipcios. A Asaradon, hijo de éste, que abarcó bajo su dominio á Asiria, Babilonia, el Asia Menor, Egipto y Etiopía, ya se le ha nombrado entre los reyes de Babilonia. Su sucesor en Asiria fué su hijo Assurbanabal, que es el mismo que ha figurado hasta hace poco en las historias corrientes con el nombre de Sardanápalo II.

Sobre los reyes siguientes, que fueron los últimos de Asiria, faltan datos. Al parecer, se aliaron con los escitas para defenderse de las agresiones de los reyes de Babilonia y de Ciaxares, rey de los medos, quien, después de vencer en batalla á los asirios, puso sitio á Nínive. Obligado á levantarlo por la invasión de los escitas en el Asia Menor (634 a. C.), no pudo reanudar las hostilidades contra los asirios hasta 608 (a. C.), año en que se retiraron los invasores después de veintiocho años de terribles estragos. Entonces, y ayudado por Nabopolasar, rey de Babilonia, volvió Ciaxares sobre Nínive y la quemó y arrasó hasta los cimientos el año 606, último del imperio asirio ó ninivita.

Consecuencias de la destrucción de los imperios de Asiria y Babilonia.

A consecuencia de la destrucción del imperio de Asiria pasaron sus territorios al imperio de Babilonia, y después de la destrucción de este último por Ciro, uno y otro fueron á formar parte del imperio de los persas, que, como se verá muy pronto, comprendía dentro de sus confines

á la muerte de Ciro una inmensa extensión del Asia, desde la India hasta Egipto.

Los judíos que estaban cautivos en Babilonia quedaron en libertad, y unos cuarenta mil de ellos volvieron á su primitiva patria, donde, con consentimiento de los reyes de Persia, reedificaron el templo de Jerusalem, aunque no con la magnificencia del antiguo (de 520 á 516 a. C.). En 478, Esdras, que era un eminente judío de la casta sacerdotal, autorizado por los reyes de Persia, condujo un nuevo contingente de sus compatriotas á Palestina, reorganizó la nación judaica y recopiló las Sagradas Escrituras.



Bajo-relieve asirio

En 445, Nehemías, otro santo varón judaico que había permanecido, como otros muchos de su nación, en Mesopotamia, recibió del rey de Persia Artajerjes, en cuya casa servía, el gobierno de Judea, con autorización para reedificar los muros de Jerusalem, trabajo que logró ver realizado en pocos años. De ahí en adelante gozó la nación judaica de libertad y autonomía bastante amplias bajo el gobierno de sus pontífices, aunque siempre bajo la soberanía de los reyes de Persia. Muchísimos judíos de los que se habían dispersado cuando la destrucción de los reinos de Israel y de Judá, y muchos otros que permanecieron establecidos en Babilonia y sus comarcas, no volvieron á Jerusalem, y formaron gruesos núcleos de su nación en esas regiones y en otras del mundo, como ya se ha dicho.

Nociones sobre las costumbres, instituciones y monumentos de Asiria y Babilonia.

De las noticias que nos han transmitido los autores griegos sobre Asiria y Caldea, y de los estudios realizados en nuestro tiempo sobre las ruinas de sus ciudades y monumentos con ayuda de las inscripciones cuneiformes, se infiere que eran reinos poderosísimos, que habían alcanzado un grado de prosperidad y opulencia de que no es fácil dar idea.

Babilonia era la ciudad más extensa que haya habido nunca en toda la redondez del mundo. Tenía seis recintos, de los cuales el exterior, que formaba un cuadrado de 490 estadios (ó sean 93 kilómetros) de desarrollo, encerraba un espacio equivalente á siete veces el que ocupa la ciudad de París. Aristóteles dice, hablando de Babilonia, que más que ciudad, era una provincia. La altura del muro que formaba ese recinto exterior era de 90 codos



Bajo-relieve asirio.



Bajo-relieve asirio.

(48 metros), su espesor de 50 codos ó 27 metros, y las torres que de trecho en trecho lo flanqueaban tenían nada menos que 200 codos, que es tanto como los más altos campanarios de nuestras catedrales. Tenía ese recinto cien puertas, cuyas hojas de bronce se llevaron Ciro y su sucesor Darío. Esas murallas y los famosos pensiles ó jardines suspendidos, pasaban entre los griegos por maravillas del mundo. El segundo recinto, que quedó como exterior cuando Jerjes y su sucesor Artajerjes destruyeron el primero, tenía 69 kilómetros de desarrollo y 9 metros de grueso. Había entre ambos dos grandes pueblos, que podríamos



Bajo-relieve asirio. Este grabado y los de la página anterior representan algunas esculturas asirias, de las muchas descubiertas en el siglo XIX en las excavaciones ejecutadas en Korsabad, no lejos de Mosul, en donde se sabe ya de cierto que estuvo la antigua Nínive. El descubrimiento de las ruinas de esa ciudad y de las de Babilonia, y, sobre todo, la interpretación de las inscripciones cuneiformes, debida á la circunstancia de hallarse escritas en tres lenguas, dos de las cuales son conocidas por su estrecho parentesco con las lenguas aryas y semíticas, fueron acontecimientos que despertaron grandísimo interés entre todos los sabios de Europa. La escultura asiria era tan abundante en figuras en bajo-relieve como escasa en estatuas de bulto. Los monstruos alados como los representados en este grabado son característicos de la escultura asiria.

llamar ciudades, que al ser demolido el muro exterior, quedaron independientes de la ciudad central. Esta era todavía tan grande como la de Londres de nuestro tiempo. Se extendía sobre las dos orillas del Eufrates, y estaba cruzada por dos sistemas de calles tiradas á cordel y formadas por casas de tres y cuatro pisos, que iban paralela y perpendicularmente al curso del río. Además de los jardines suspendidos y del palacio de los reyes, que era otro monumento maravilloso, llamaban la atención entre los muchísimos que había en la ciudad, el templo de Belo y los malecones ó muelles en las márgenes del río, que tenían 40 kilómetros de largo.

No se sabe que fuera nunca destruída Babilonia, como lo fué Nínive. Su desaparición fué obra del tiempo y de un proceso lento, pero constante, de demolición. Una multitud de ciudades y aldeas de los valles del Tigris y del Eufrates, como Bagdad, Ctesifonte y Seleucia entre otras, están construídas con materiales procedentes de Babilonia, cuyo asiento está hoy ocupado por multitud de aldeas.

Una ciudad semejante no podía menos de ser centro adonde afluyeran los productos de una región muy rica y poblada y las mercancías de naciones y territorios muy distantes. Y en efecto, la Mesopotamia era una de las comarcas más opulentas y productivas del mundo, cruzada toda ella por canales de riego sacados al Tigris y al Éufrates, y admirablemente cultivada. Los autores antiguos la describen como un jardín delicioso. No puede dudarse tampoco que Babilonia, además de sus industrias, entre las cuales se distinguieron siempre la de tapices bordados á aguja, y la joyería ó fabricación de camafeos, tenía que ser punto de depósito de las mercancías de Oriente que llegaban por el golfo Pérsico. No de otro modo puede explicarse el enorme desarrollo de esa ciudad, acerca del cual no caben hoy dudas de ningún género.

La ciencia en que más se distinguían los caldeos, y que los hizo famosos entre todos los pueblos de la antigüedad, era la astronomía. Tenían perfectamente estudiados los movimientos del sol, de la luna y de los planetas, predecían los eclipses, conocían la precesión de los equinoccios, y hasta sabían, ó, por lo menos, había entre ellos quienes sostenían el movimiento anual de la Tierra en su órbita.

La religión de los caldeos era la conocida por el nombre de *sabeísmo*, que consistía en el culto de los astros; pero fué degenerando con el tiempo hasta convertirse, como en todas partes, en idolatría vulgar, en que se rendía adoración á infinitas imágenes y simulacros. La divinidad principal de los asirios era el dios Asur; la de los caldeos, el dios Bel ó Belo.





CAPÍTULO III

HISTORIA DE LOS MEDOS Y PERSAS DESDE SUS ORÍGENES HASTA LA MUERTE DE CIRO

Primitivo origen de los medos y los persas. Distan mucho de remontarse las noticias que tenemos sobre los medos y los persas á los tiempos á que llegan las de los asirios y babilonios. Sábese que unos y otros pertenecen á una raza extendidísima, á que se ha dado en estos últimos tiempos el nombre de arya, con que los autores antiguos designaban á una pequeña nación perteneciente á ella, raza cuyo primitivo asiento se cree que estaba hacia la región llamada en la antigüedad Bactriana, y desde donde se habría difundido por la India, el Asia Occidental y todo el continente de Europa.

Se funda esa hipótesis en el evidente parentesco de las lenguas griega, latina, germánica, céltica, lética, eslava, persa y sánscrita, de las que se derivan casi todas las que se hablan al presente en Europa, en Persia, en algunas comarcas del Asia Central y en gran parte de la India. Los antiguos griegos y romanos, los germanos y los persas, pueblos separados, como se verá en adelante, por tan hondos antagonismos, proceden, pues, de un tronco común.

Regiones ocupadas por los medos y persas, y primeras noticias históricas sobre ellos. Moraban los medos y persas al oriente y mediodía de los asirios y babilonios, en una vasta región comprendida entre el mar Caspio por el norte y el golfo Pérsico y mar llamado Eritreo en lo antiguo, y hoy de Oman, por el sur. Los medos tenían sus tierras al septentrión de los persas, y por ciudad principal á Ecbatana. Las más importantes de los persas eran Susa y Persépolis; pero la fundación de todas esas ciudades era muy

reciente en la época en que comienza nuestra narración, pues tanto los medos como los persas, pero principalmente estos últimos, no estuvieron organizados como Estados políticos hasta tiempo muy poco anterior al siglo VII antes de nuestra Era, alcanzando las primeras noticias sobre esos pueblos hasta muy poco más atrás de la época relativamente reciente á que hemos llegado en la historia de los asirios y babilonios.

Figuran incidentalmente los medos entre los pueblos en guerra algunas veces con los asirios y babilonios, y otras sometidos á ellos formando parte de sus imperios, así como de vez en cuando suenan en la historia los nombres, seguramente alterados al ser trasladados á lenguas extrañas, de algunos de sus reyes ó príncipes soberanos. El más nombrado de éstos fué Ciaxares, que aliado con Nabopolasar, rey de Babilonia, se apoderó de Nínive y la destruyó, acabando con el Imperio asirio, después de haber rechazado á los escitas que, como repetidamente se ha dicho, habían invadido el Asia Occidental (656-585 a. C.)

Eran los persas una de las tribus ó naciones sujetas á los medos, la cual vino á constituir un Estado primero vasallo de ellos, y después independiente, poco antes del tiempo de que estamos tratando.

Bajo **Ciro ó Kiro**, príncipe que pertenecía á la vez á la sangre real de los persas y á la de los medos, se unieron de nuevo ambos pueblos formando un Estado en que, por causas no lo bastante dilucidadas, tuvieron, al contrario que antes, los persas el primer lugar.

Ciro combatió contra Creso, rey de Lidia, que se había aliado con los egipcios, los babilonios y los griegos, desbaratando á su ejército en la batalla de Timbrea y apoderándose en seguida de Sardes, su capital, sin dar tiempo á que llegaran á Creso los auxilios que había pedido á sus confederados. Apoderóse en los años siguientes de Siria, Fenicia y Palestina; sometieronle también los Estados griegos del Asia Menor; y en el año 538 se apoderó de Babilonia, desaguando el Eufrates por arriba de la ciudad y haciendo entrar en ella á sus tropas por el cauce.

Murió el año 530 a. C., dejando repartido entre sus hijos Cambises y Esmerdis su imperio, que se extendía de oriente á occidente desde la Bactriana hasta los confines del Egipto, y de norte á sur, desde el mar Caspio, el Cáucaso y las riberas del mar Mediterráneo hasta la Arabia y las riberas del golfo Pérsico y del mar Eritreo.

Tocáronle á Cambises las comarcas occidentales, y á Esmerdis (llamado Bardiya en las inscripciones cuneiformes recientemente descifradas), las orientales del Imperio; pero no tardó mucho tiempo en ser muerto Esmerdis por órdenes secretas de su hermano Cambises, que quedó único soberano de todos los dominios persas.

A la dinastía de los reyes de Persia que comenzó por **Ciro** se la llama de los **Aqueménides**, por **Aquemenes**, progenitor de ella y perteneciente á uno de los más nobles linajes de los persas.

De cuantas tribus componían la nación meda, eran los persas los de costumbres más austeras y sencillas. Vestían con modestia, al contrario que

Costumbres y religión de los persas.

los medos, á quienes se habían comunicado las costumbres fastuosas y relajadas de los asirios; tenían muy pocas necesidades, y eran, además, muy diestros arqueros y grandes cabalgadores.

En sus conquistas dejaban á los pueblos sometidos sus leyes, instituciones y costumbres, y hasta su organización política, limitándose á exigirles un contingente de hombres armados y un tributo proporcionados á su población y á su riqueza.

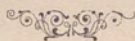


El nombre de *Ciro* lo lleva todavía el río *Kur*, que nace cerca de la ciudad de *Kars*, en *Armenia*, atraviesa, entre otras regiones, la *Iberia* (hoy *Georgia*), y va á desaguar en el mar *Caspio*, llevándole, juntas con sus propias aguas, las del famoso y rápido *Araxes*. El adjunto grabado representa la confluencia del *Kur* y del *Araxes*. El haber representado los latinos por la letra *C* la *K* de los griegos de que ellos carecían y que tenían iguales sonidos, y el haber cambiado el suyo la *C* latina formando ante *e* ó *i* el suave que hoy le damos, ha sido causa de que pronunciemos viciosamente los nombres de *Ciro*, *Alcíbiades*, *Focca*, *Zacinto* ó infinitos otros que los griegos escribían y pronunciaban *Kiros*, *Alkibiades*, *Pókea*, *Zakinto* (*Sagunto*), etc. En cuanto á la *u* de *Kur* (nombre á la vez del rey persa y del río que recibió el que lleva en memoria suya), tiene fácil explicación por la confusión que en griego tenían los sonidos de la *u* y de la *i*.

Seguían los persas la religión de *Zoroastro*; cuyos dogmas principales consistían (ó mejor diríamos, consisten, porque, aunque pocos, aún tiene adeptos) en la existencia de un tiempo sin límites, primer principio de todo, subsistente por sí mismo y creador de dos principios secundarios, *Ormuz* y *Arimán*, el primero, autor de todo bien, el segundo, de todo mal, dotados de sendos poderes creadores encaminados á la realización de sus respectivos fines. Los genios benéficos, el hombre y los animales útiles, son obra de *Ormuz*; los genios maléficos, los animales dañinos, las enfermedades, lo son de *Arimán*. Los agentes de *Ormuz* trabajan por conservar; los de *Ari-*

mán, por destruir. La luz es el emblema de Ormuz, las tinieblas de Arimán. Ambos principios están en continua lucha, hallándose el universo poblado por genios buenos, agentes del primero, y por genios malos, ministros del último.

A esos dogmas fundamentales se agregan otros menos importantes que en gracia de la brevedad, omitimos, limitándonos á consignar el que establece premios ó penas en la vida futura, según la conducta que se haya seguido en esta presente, y la conversión final de todos los seres de la creación, incluso el mismo Arimán, á la ley de Ormuz, ó sea al principio del bien, impediendo la felicidad eterna, para buenos y malos, ya purificados los últimos por el fuego del infierno.





CAPÍTULO IV

HISTORIA DE EGIPTO DESDE SUS ORÍGENES HASTA LA EXTINCIÓN DEFINITIVA DE SUS DINASTÍAS INDÍGENAS POCO DESPUÉS DE LA CONQUISTA DEL PAÍS POR LOS PERSAS

El territorio de Egipto. Egipto es la parte del valle del Nilo comprendida entre las bocas por donde desagua este río en el mar Mediterráneo y la Etiopía, región cuyos límites septentrionales, que son los confinantes con Egipto, variaron muchas veces en el curso de los siglos.

Esa parte del valle del Nilo se halla encerrada entre dos desiertos, el uno por oriente y el otro por occidente; tiene una anchura que varía entre cuatro y ocho leguas, y se extiende de septentrión á mediodía unas 25⁰ desde el *Delta*, así llamado por la figura semejante á la letra griega del mismo nombre, que forman los brazos en que el río se divide para derramarse en el mar, hasta los límites meridionales del Egipto, en que, como va dicho, acaba ese país y comienza el de Etiopía.

Singularidades que distinguen al río Nilo y al territorio de Egipto.

El Nilo es el río más largo, ó uno de los tres ó cuatro más largos del mundo, habiéndose ignorado hasta estos últimos años la situación de sus fuentes, que se ha descubierto hallarse muy dentro del continente de Africa, allende la línea Equinoccial; presentando además la particularidad de carecer de afluentes ó tributarios en toda la parte de su curso perteneciente al Egipto.

Otra particularidad del Nilo son sus crecidas periódicas anuales, en que cubre con sus aguas toda la tierra de Egipto, que se convierte en un mar durante los tres meses que dura la inundación, viéndose sólo sobre la superficie de las aguas las ciudades y poblaciones, que para el caso se edificaron en todo tiempo en lugares, aunque llanos, dispuestos, bien por la

naturaleza, bien por la industria del hombre, de modo que sobresaliesen del nivel de las mayores crecidas.

↳ A esas inundaciones anuales del Nilo debe ese país su fertilidad asombrosa y la cantidad enorme de frutos que produce, y que le permite sostener una población proporcionalmente superior á la de los países más poblados del mundo.

Fuentes de la historia de Egipto.

La historia del Egipto se remonta á épocas prodigiosamente remotas. Se formará una idea de la antigüedad de la nación egipcia considerando que la historia de casi todos los pueblos estaba aún en el período fabuloso cuando era ya vieja la de Egipto, se ignoraba



Tipos Egipcios.

el origen de muchos de sus monumentos, y estaban no pocos de ellos en ruinas.

Todo lo que se sabía hasta hace poco más de cien años acerca de la historia del Egipto eran las noticias que nos transmitieron los autores griegos, y algunos otros como Josefo, que trataron incidentalmente de cosas relativas á ese país; pero durante el curso del último siglo se ha logrado descifrar muchas de las inscripciones de que están cubiertos los innumerables monumentos y sepulcros que hay en su territorio desde las bocas del Nilo hasta Etiopía, y se han hecho grandes estudios sobre su historia, instituciones y costumbres.

Dinastías egipcias.

Nada menos que 31 dinastías de reyes se sucedieron en Egipto en un larguísimo período, cuya duración no puede fijarse, pero que se cree con grandes probabilidades que no baja de sesenta siglos. Hasta la cuarta dinastía, á la cual pertenecieron los reyes constructores de las grandes pirámides de Memfis, no se entra en la época que podríamos llamar verdaderamente histórica de Egipto, si á las minuciosas noticias contenidas en las inscripciones de los monumentos acompañara una perfecta cronología que permitiera referir los sucesos á fechas fijas y conocidas; pero, desgraciadamente, tal condición no puede realizarse hasta tiempos muy

posteriores, en los cuales, mediante sincronismos, puede establecerse una relación cronológica entre la historia egipcia y la de otros pueblos conocidos de la antigüedad.

Los reyes de la cuarta dinastía tuvieron su residencia y capital en Memfis, ciudad principal del Egipto medio ó Heptanómida, que era la parte central de las tres en que el Egipto se dividía. Bajo su reinado gozó el país de prosperidad asombrosa y se cubrió de ciudades y monumentos, entre los cuales, además de las Pirámides, que todavía existen, y que son las obras arquitectónicas más colosales del mundo, se contaba un famoso dique cuyo objeto era asegurar la fertilidad del país regulando las avenidas del Nilo.



Fragua egipcia. Las letras C C indican las cuerdas con que se levantaban las tapas de los fuelles, y las T T los tubos que conducían á la fragua la corriente de aire producida por el peso del cuerpo del operador al gravitar sobre las tapas de los fuelles.

Hubo en esa 4.^a dinastía, que duró doscientos ochenta y cuatro años, un rey llamado Pepi, que fué gran conquistador, habiendo llevado sus armas hasta Siria.

La 12.^a dinastía, última del llamado «antiguo Imperio egipcio», está separada de la anterior por un período de unos doce siglos, y es la mejor conocida de todas las primitivas



Alfareros egipcios.

de Egipto. Tenía su capital en la ciudad de Dióspolis, perteneciente al Egipto medio. Duró esa dinastía unos dos siglos, habiendo pertenecido á ella doce reyes, en su mayor parte notables como guerreros y como gobernantes. A ese tiempo corresponden la construcción del lago *Meris*, la del *Laberinto* y la de multitud de obras colosales y soberbias.

El lago *Meris* era una obra hidráulica de proporciones inmensas, que tenía por objeto regular las excesivas crecidas del Nilo. En cuanto al *Laberinto*, obra que Herodoto consideraba superior en gran-

diosidad á las Pirámides, era un enorme edificio compuesto de doce soberbios palacios, cuyas ruinas han sido recientemente descubiertas y exploradas.

Las cinco dinastías del Imperio medio.

Con la 12.^a dinastía acabó el «antiguo Imperio egipcio», cuya duración se calcula en veinticinco siglos, y con la siguiente comenzó el llamado «Imperio medio», durante el cual sucedió la invasión de los *hiksos*, cuyos reyes, llamados *reyes pastores*, dominaron gran parte del Egipto, correspondiéndoles tres dinastías, que duraron unos quinién-

tos años, al cabo de los cuales fueron expulsados del país por los reyes egipcios, que durante todo ese considerable período habían conservado la parte meridional del país, llamada *alto Egipto*, que tenía por capital á la famosa ciudad de Tebas, cuyas ruinas son hoy el asombro de cuantos las concenplan.

Esos hiksos ó pastores, que por tan largo tiempo dominaron el bajo Egipto, se supone que eran pueblos nómadas de Palestina, que han quedado algunos asimilar á las hebreos, pero que se ha aclarado ya perfectamente que eran otro pueblo distinto. Duró el «Imperio medio», en el que está comprendido el tiempo de dominación de los hiksos, unos trece siglos.

Con la dinastía décimoctava, que es quizás

Imperio moderno. la más gloriosa de toda la historia egipcia, comenzó el llamado «Imperio moderno».

Carecemos de espacio para enumerar siquiera las conquistas y empresas,

tanto guerreras como políticas ó de administración y gobierno realizadas por los reyes de la décimoctava dinastía durante los tres siglos que gobernó á Egipto. Uno de ellos fué un Ramsés II, que se tiene por seguro haber sido el mismo á quien llaman Sesostris los historiadores griegos. Este llevó sus armas hasta la Bactriana, después de someter á su dominio vastísimas regiones, entre ellas el Asia Menor y la Palestina.

Merced al trabajo de los cientos de millares de cautivos conducidos á Egipto durante esos trescientos años, se convirtió en un inmenso taller todo el valle del Nilo. Todos los antiguos monumentos destruidos ó maltratados durante los cinco siglos de dominación de los hiksos fueron reedificados, y otros muchísimos



Una parte de la llamada «sala hipóstila» de Karnac, en las ruinas de la antigua Tebas.

levantados de planta. El suelo de Egipto se cubrió de templos y de palacios colosales á los que se llegaba por interminables calles de esfinges; de tumbas; de hipogeos; de obeliscos; de estatuas; y de obras hidráulicas admirables, entre ellas la que establecía la comunicación del Mediterráneo con el mar Rojo por medio de un canal que enlazaba á este último con el curso inferior del Nilo, canal varias veces cegado por las arenas, varias veces restablecido en los siglos siguientes, y cuyos restos todavía se distinguen.

Hasta Sesonquis, á quien llaman Sesac los Libros Sagrados, primer rey de la dinastía 22.^a, no se hace posible establecer por medio de sincronismos una verdadera cronología de los reyes de Egipto. Su reinado coincide con el de Roboam, hijo de Salomón, cuya capital, Jerusalem, tomó y saqueó el año 974 antes de la Era cristiana. Muchos otros reyes de Egipto anteriores á Sesonquis cita la Sagrada Escritura; pero hasta éste á ninguno llama por su nombre, dándoles á todos el de *Faraón*, que era uno de los títulos que usaban.

Durante el gobierno de la dinastía 24.^a invadieron y dominaron á Egipto los etíopes, que no eran, como pudiera creerse, un pueblo inculto, sino muy civilizado, semejante al egipcio, el cual ocupaba los territorios del Nilo superior al mediodía de Elefantina. Su rey Sabacon lo fué también de Egipto, comenzando con él la dinastía 25.^a Entró este rey en una liga de varios de los Estados de Palestina y de Siria contra los asirios, con bien mala fortuna; pues Egipto, después de vencidos sus ejércitos, fué invadido por Asaradon, rey de Asiria y de Babilonia, y Tebas y Memfis fueron entradas y saqueadas por los asirios.

Siguió un período de turbulencias, en que se disputaron el gobierno los sucesores de Sabacon y los reyes que los soberanos de Asiria Assaradon y su sucesor Assurbanabal tenían puestos en Egipto, sostenidos por un ejército de ocupación. Tuvieron que intervenir directamente los reyes de Asiria en esos disturbios, y dos veces más entraron sus ejércitos en Tebas.

Psamético, hijo de un rey llamado Neco ó Neco, que había sido puesto por los asirios en el trono de Egipto y expulsado de él por varios príncipes del país confederados con el rey de Etiopía, se apoderó del gobierno con ayuda de unas bandas mercenarias de jonios y carios, que eran pueblos griegos, ganando á los príncipes confederados la batalla de Momenfis.

De la dinastía 26.^a citaremos á otro Neco ó Neco II, bajo cuyo gobierno, y por su orden, una flota fenicia que tenía á sueldo dió la vuelta al Africa, saliendo del mar Rojo y volviendo al Mediterráneo por el estrecho de Cádiz (*). También en su reinado acabó de franquearse el Egipto á los griegos, que ya desde Psamético tenían establecimientos ó factorías en las bocas del Nilo y eran protegidos por los reyes egipcios. Este Neco II tomó á Jerusalem y se llevó cautivo á Egipto á su rey Joacaz.

El último rey de la dinastía 26.^a fué Amasis, que alcanzó el tiempo de Ciro, rey de los persas, y el de su sucesor Cambises, quien, por los motivos que muy pronto diremos, invadió el Egipto y lo redujo á provincia del imperio persa.

Algunas noticias sobre los egipcios.

Para los griegos, que, con excepción de los hebreos, son el único pueblo de la antigüedad más remota cuyos escritos han llegado á nosotros y de cuyas ciencias, artes é instituciones se han derivado las nuestras, eran los egipcios una nación curiosísima por la antigüedad de su historia y de sus monumentos, y por la originalidad de sus instituciones y de sus costumbres.

Los griegos, que comenzaron á vivir como pueblo culto cuando era ya viejísimo el Egipto, hacían objeto de estudio todas las cosas de los egipcios, y en particular la ciencia de sus sacerdotes, que guardaban éstos envuelta en el misterio en el fondo de sus santuarios. Sabemos ya hoy, por los estudios que se han hecho sobre el Egipto, que esa ciencia era mucho más



Jeroglíficos egipcios.

(*) Ese bojeo en redondo del continente de Africa por los fenicios en tiempo de Neco, que algunos autores modernos presentan como dudoso, está aseverado por Herodoto de un modo terminante y absolutamente inequívoco y que no da lugar á interpretaciones que autoricen á poner en duda su exactitud.



Este grabado y todos los demás de este capítulo están tomados del natural y representan ó tipos y escenas figuradas en esculturas grabadas en los muros de los edificios, hipogeos, obeliscos y demás monumentos de que está literalmente cubierto el suelo del Egipto, correspondientes á todas las épocas que abarca su dilatada historia, ó vistas parciales de algunos de esos mismos monumentos. Entre ellos son notables las colosales ruinas de Karnac, aldea que ocupa una pequeña parte del asiento de la antigua Tebas, donde hay calles de columnas tan altas y voluminosas como torres: pero de todos los monumentos egipcios llegados á nuestros días, los más famosos son las Pirámides, moles enormes que se alzan en la orilla izquierda del Nilo, enfrente del lugar de la orilla opuesta en que estuvo la ciudad de Memfis, y no lejos de la relativamente moderna del Cairo. Las Pirámides eran ya antiquísimas en los tiempos de los primeros escritores griegos que nos hablan de ellas, y fueron consideradas siempre como maravillas del mundo por lo colosal de su tamaño, siendo, sin duda, los monumentos más grandes salidos de manos de hombres. Están atravesadas en su interior por galerías que conducen á pequeñas cámaras centrales ocupadas en lo antiguo por las sepulturas de los reyes para quienes fueron construídos esos monumentos, estando ya hoy plenamente probada la exactitud del relato del historiador griego Herodoto de Halicarnaso, en cuanto atañe al destino de esas colosales construcciones. En nuestro grabado puede también verse en primer término la parte superior de la enorme estatua que excavaciones practicadas posteriormente han demostrado ser de una esfinge entre cuyas patas delanteras se levanta un templo.

profunda de lo que hasta hace poco se suponía, habiendo motivos para creer que los sabios griegos se aprovecharon no poco de ella, cuando les fué posible penetrar en Egipto, que fué muy poco antes de la conquista del país por Cambises.

Porque el Egipto, á semejanza del Japón y de la China de nuestros días, fué siempre nación muy encerrada en sí misma, muy apegada á sus costumbres é instituciones, y muy enemiga de extranjeros, á quienes tuvo completamente cerrados sus puertos hasta el reinado de Psamético, quien habiéndose valido, como se ha dicho, de mercenarios jonios y carios para conquistar el trono, no sólo los conservó en el país como tropas de su confianza y firme sostén de su dinastía, sino que manifestó gran predilección por los griegos en general, concediéndoles terrenos en las bocas del Nilo para que fundaran en ellos factorías comerciales, y, más adelante, abriendo el país para que lo recorrieran á su antojo.

Los egipcios no han dejado libros de papel, pero sí de piedra; porque toda su historia, sus leyes, sus creencias, sus artes y sus costumbres están esculpidas en los muros de sus templos, en sus obeliscos y en sus hipogeos, no sólo con letras sino con figuras pintadas que representan hasta los pormenores más minuciosos de su vida pública y privada.

Aunque los sacerdotes egipcios conocían perfectamente la existencia de un Dios único, todopoderoso, eterno é infinito, la inmortalidad del alma y muchas otras verdades eternas, envolvían todas esas creencias y los atributos de la Divinidad en oscuros símbolos cuya significación sabían ellos ó, por lo menos, los más ilustrados de ellos, pero que el vulgo tomaba por dioses y diosas y hechos relativos á su vida, que se traducían en culto al Sol, á la Luna, á los planetas, á la estrella Sirio y á otros astros y constelaciones, al río Nilo y á multitud de animales, entre los que se señalaba particularmente el buey Apis.

Una de las creencias más arraigadas en los egipcios era la de la inmortalidad del alma. Era para ellos el fenómeno natural de la muerte objeto de grandísimas preocupaciones, concediendo una atención especialísima á la conservación de los cadáveres no sólo de personas, sino de animales, por medio de la operación del embalsamamiento, que practicaban con tan extraordinaria perfección, que los cadáveres de centenares de generaciones de egipcios han llegado á nuestro tiempo en forma de momias admirablemente conservadas, que se hallan hoy repartidas por todos los museos del mundo, y de que aún sigue literalmente atestado el suelo de Egipto.

En el tiempo tan extraordinariamente dilatado en que se desarrolló la historia egipcia hasta la conquista del país por Cambises, tuvieron que pasar, naturalmente, por infinitos cambios las instituciones y las costumbres; pero, con todo, puede asegurarse que en el más remoto á que se refieren las inscripciones y pinturas de sus monumentos existían ya todos los conocimientos y artes útiles para la vida, se cultivaba la tierra con instrumentos semejantes á los que hoy se usan, se tejía con la misma perfección, se trabajaban el hierro y los metales, y se conocían todos los instrumentos de trabajo propios de las artes usuales y comunes.

La arquitectura egipcia es prodigiosa, tanto por el tamaño enorme de

las columnas y demás órganos de que se componen los edificios, como por las colosales dimensiones de éstos. Abundaban en ella los monolitos, ó pilares, obeliscos y estatuas hechas de una sola pieza, y las piedras durísimas labradas y esculpidas con perfección admirable.

La sociedad egipcia estaba dividida en castas, como la de la India de nuestros días, señalándose particularmente la de los sacerdotes y la de los militares, cuyas luchas entre sí por la preponderancia fueron muy encarnizadas en algunos períodos de la historia egipcia, habiendo predominado unas veces la casta sacerdotal y otras la militar; pero, en general, puede decirse que el primer lugar en la sociedad egipcia lo tuvieron casi siempre los sacerdotes, á quienes estaba subordinada toda la vida del pueblo, sus leyes, sus instituciones, y hasta la autoridad real.





CAPÍTULO V

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE LOS FENICIOS, LIDIOS, ARMENIOS, IBEROS, BAC-
TRIANOS Y OTROS PUEBLOS QUE FUERON SOMETIDOS AL IMPERIO DE LOS
PERSAS

Los fenicios.

Era Fenicia una estrecha zona de tierra como de treinta y tantas leguas de largo, ribereña del mar y situada al norte de Palestina. Había en ella varias ciudades de las que Tiro y Sidón eran las más importantes.

No constituían los fenicios un solo Estado, sino una como confederación de ellos, que se gobernaban, ó se gobernaron por lo menos en algún período de su historia, por medio de una congregación ó asamblea en que estaban todos representados. Algunos de esos Estados tuvieron reyes en algún tiempo, pues el historiador Josefo nos da una lista de los de Tiro desde el tiempo de David, rey de los hebreos, hasta el de Nabucodonosor el Grande, que se apoderó de la ciudad, y es muy conocido el nombre de Hiram, reinante en Tiro en tiempo de Salomón, á quien proporcionó hombres y materiales para la fabricación del Templo.

Eran los fenicios un pueblo de navegantes que fundaron increíble número de colonias ó factorías en las costas del mar Rojo, del Mediterráneo, del Ponto Euxino ó mar Negro y del Océano Atlántico hasta las islas Británicas y Sorlingas. Sólo en España tenían como doscientas colonias. Entre las que fundaron en África fué famosísima la de Cartago. Los fenicios fueron sojuzgados por Ciro é incorporados á sus dominios, pero conservaron, no obstante, su autonomía, como todos los demás pueblos sometidos á los persas.

Los lidios y otros pueblos del Aisa Menor.

Los lidios, misios, carios, frigios, cilicios, capadocios y algunos pueblos más del Asia Menor que figuran en la historia antigua, tan pronto constituyendo Estados independientes como sometidos

á los asirios, babilonios y egipcios, pertenecían, ó se cree que pertenecían, á la misma raza semita que los hebreos y los árabes; pero algunos de ellos ó eran enteramente griegos ó tenían grandes afinidades con los griegos, los cuales se habían extendido desde época muy anterior á la histórica por las costas del Asia Menor é islas vecinas, fundando ciudades y colonias que tenían tanta ó más importancia que sus metrópolis.

Entre los susodichos Estados del Asia Menor, el reino de Lidia, cuya capital era Sardes, tenía gran importancia en la época á que hemos lle-



Sidón en la costa de la antigua Fenicia, tal como se halla actualmente.

gado de la historia de los egipcios y persas. Tenía por rey á Creso, tan famoso por sus riquezas y por lo que ensanchó sus Estados, sometiendo á casi toda el Asia Menor, como por su desgracia al ser destronado y desposeído por Ciro, rey de Persia, después de perdida la batalla de Timbrea que contra él sostuvo. Aunque había hecho tributarios suyos á los Estados continentales de la Jonia y la Eolia, nombres éstos de ciertas regiones del Asia Menor y de las islas vecinas colonizadas por los griegos, mantuvo con éstos muy cordiales relaciones, colmando de ricas ofrendas á sus oráculos, á quienes solía consultar frecuentemente. Destronado, como se ha dicho, y convertido su reino en provincia del imperio de los persas, quedó, no obstante, en muy buena amistad personal con Ciro y sus sucesores, de quienes fué uno de los más asiduos cortesanos y consejeros.

Siria, Armenia, Iberia y otras regiones. Siria estaba al oriente de Fenicia, y lindaba con ella y con el mar por el oeste, y con el Eufrates, que la separaba de Mesopotamia, por el este. Estuvo en algunas épocas dividida en varios reinos, tan pronto independientes como tributarios de los de Asiria y Egipto, hasta que cayeron como los ya citados, bajo el dominio de los persas.

La misma suerte cupo á la Armenia, vasta región situada al norte de Mesopotamia, de Asiria y de Media; á Cólquida; á Iberia, llamada hoy Georgia, y Albania, que se hallaban al norte de Armenia, en las faldas del Cáucaso, entre el Ponto Euxino y el mar Caspio; á Hircania, región ribereña del mar Caspio y lindante por el mediodía con Media y con Partia; á la Partia, región situada al oriente de la Media y al mediodía de la Hircania; á la Margiana y al Aria, vastas comarcas á oriente de la Partia; á la Bactriana y al Paropamiso, todavía más al oriente, confinando ya con la India, y á la India misma, ó, más propiamente, á la parte de ella confinante con el río Indo; pues todas esas regiones, y muchas más que por brevedad no nombramos, cuya historia anterior es muy vaga y poco conocida, fueron cayendo una tras otra en poder de los persas en tiempo de Ciro y sus sucesores.





CAPÍTULO VI

HISTORIA DE LOS PUEBLOS GRIEGOS DESDE SUS PRINCIPIOS HASTA LAS GUERRAS MÉDICAS

Si el conocimiento de la geografía es siempre necesario para el de la historia, en ningún caso es tan indispensable como en la de los griegos, por estar tan estrechamente ligadas en ella la religión, las leyes, las costumbres y las vicisitudes todas de su existencia con la topografía de su territorio, que son completamente inseparables.

Grecia es la más oriental de las tres penínsulas en que remata por el mediodía el continente de Europa. Esa península, que á su vez termina en otra que forma su extremo meridional, llamada hoy Morea y en lo antiguo Peloponeso, tiene un contorno recortadísimo por infinitas sinuosidades y partes entrantes y salientes que permiten al mar penetrar hasta muy dentro de las tierras formando profundos golfos y ensenadas. Está, además, rodeada de sinnúmero de islas que cubren toda la parte del mar Mediterráneo, que la separa del Asia Menor, de las cuales las mayores son las de Creta y Eubea, isla esta última sólo separada del continente de Grecia por un estrecho canal llamado de Furipo. La provincia más septentrional del continente de Grecia es la de Tesalia, al norte de la cual está Macedonia, región que por su historia y su población puede ser considerada como también perteneciente á Grecia.

El territorio de Grecia es tan pobre en ríos caudalosos como rico en montañas, de las cuales el Olimpo, que se alza en la provincia de Tesalia, el Osa, el Pelion, el Pindo y el Parnaso son famosísimos por el papel que juegan en la mitología de los griegos, que, menos que en otro pueblo alguno, puede separarse de su historia. Es ésta modernísima comparada con

las de los egipcios, asirios y babilonios; pues en todo lo de ella anterior al octavo siglo antes de nuestra Era, se confunde lo real con lo fabuloso ó legendario. Lo único que se sabe de positivo sobre los principios de los griegos, cuyo propio y verdadero nombre era *helenos*, es que pertenecían á la misma raza, llamada indoeuropea ó arya á que pertenecen los celtas, germano, persas, eslavos y pueblos de lengua sánscrita del Indostán; y que en el octavo siglo anterior á la Era cristiana ocupaban muchos territorios é islas no sólo de Grecia, sino extraños á ella, formando una



El Monte Olimpo, en Tesalia, región la más septentrional del continente de Grecia. Figura mucho en la mitología como morada de los dioses.

multitud increíble de pequeños Estados, ora gobernados por reyes ó ciertos dictadores llamados tiranos, ora por senados, juntas ó asambleas aristocráticas ó populares. La constitución de esos Estados griegos, en todos los cuales existía una clase noble y la plebe, que eran los verdaderos ciudadanos, y una numerosa clase servil privada de todos los derechos, demuestra que todos ello tuvieron por origen la conquista del territorio por un pueblo invasor, que redujo á la servidumbre á los primitivos habitantes, y propietario del suelo. Supónese que esos primitivos habitantes de Grecia fueron los *pelasgos*, que ocuparon también muchas islas del Mediterráneo y varias comarcas del Asia Menor y de Italia, atribuyéndoseles la construcción de esos edificios indestructibles llamados ciclópeos, formados por piedras enormes de que hay numerosos ejemplares en

Italia y Grecia; y que los conquistadores que sometieron á los pelagos y los redujeron á la servidumbre fueron los helenos.

Aunque muy comúnmente se admite que la llegada de los helenos á Grecia ocurrió en tiempos muy poco anteriores á aquellos en que comienza su historia, la estrechísima relación que existe entre los accidentes del territorio de Grecia y de las islas y mares vecinos con su mitología, ó historia de sus divinidades, induce á que se atribuya á los pueblos griegos una existencia en las regiones que ocupaban al comenzar el período histórico



El Monte Parnaso, en Fókida, región del continente de Grecia; primitivo asiento de los fókeos, famosos por sus colonizaciones. En ese monte, que es uno de los más célebres de Grecia, ponía la mitología la morada predilecta de Apolo y las Musas.

lo bastante remota para dar tiempo á la creación y desarrollo de tales mitos y leyendas.

Aunque tengan muy poco de históricos los sucesos relativos á los tiempos llamados *heroicos* por figurar en ellos *héroes* ó sea, hijos de dioses y de hombres, no dejaremos de mencionar la *expedición de los argonautas*, que se supone emprendida á la Cólquida, comarca situada en la costa del mar Negro, por una flota salida del Peloponeso mandada por Jason, rey de Tesalia, y cuya nave capitana llevaba el nombre de *Argos*, expedición cuyo objeto era conquistar el *vellocino de oro*; los *trabajos de Hércules* y los de *Teseo*, rey de Atenas, que más parecen mitos astronómicos que sucesos reales; la *guerra de Tebas*, y, sobre todo, la *guerra de Troya* que es, de todos

esos hechos fabulosos, el más famoso por haber servido de tema uno de sus episodios á la *Iliada*, en antigüedad y en mérito el primer poema heroico de cuantos se han escrito en el mundo.

Es muy dudoso el carácter histórico de la guerra de Troya; pero los que creen que hay en ella algo de real y verdadero, la suponen ocurrida unos mil doscientos años antes de nuestra Era, ó sea unos cuatrocientos antes de la Era de las Olimpiadas, que comenzó el año 776 antes de la nuestra, y que marca el principio de la moderna historia de Grecia.



Entre la multitud de colonias fundadas por los griegos en las costas asiáticas, europeas y africanas del mar Mediterráneo y del Ponto Euxino, fueron famosísimas y muy poderosas las del mediodía de Italia é isla de Sicilia, cuyos territorios están cubiertos de ruinas de antiguos monumentos que atestiguan el poderío y la riqueza de sus ciudades y repúblicas. Este grabado es una vista parcial de las ruinas de Pesto, en territorio de Nápoles, y el de la página siguiente de las de Selimonte, en Sicilia.

Estados griegos en el siglo VIII anterior á nuestra Era.

Para explicar lo que eran los *juegos Olímpicos* y las *Olimpiadas*, conviene dar antes algunas noticias sobre la situación de los Estados griegos en el siglo VIII anterior á Cristo, que es el mismo en que comenzó la Era á que dieron aquéllos nombre. Había en ese tiempo Estados griegos no sólo en la región del continente de Europa á que se da particularmente el nombre de Grecia, sino en todas las innumerables islas vecinas de él y del Asia Menor llamadas Cícladas, E-póradas y Jónicas; en todas las costas orientales de Europa que dan al mar Egeo, al Helesponto, á la Propóntide y al mar Negro ó Ponto Euxino; en las costas del Asia Menor y en las de Italia y Sicilia; y no decimos también en las de Africa, de las Galias y de España, porque la

fundación de colonias griegas en ellas comenzó á fines de ese mismo siglo VIII de que estamos tratando.

**Relaciones mutuas
entre los Estados
griegos.**

Todos esos Estados, ya fueran metrópolis, ya colonias de ellas, ya colonias de otras colonias de fundación anterior, gozaban de absoluta independencia, y aunque se consideraban ligados entre sí por los vínculos de la religión y de la sangre, no por eso dejaban de estar muchas veces en guerra unos con otros,



Ruinas de Selinonte, colonia de los dorios en la isla de Sicilia.

ya solos, ya formando confederaciones de Estados por una y otra parte, en las que no era raro entrasen naciones extrañas á ellos y, naturalmente, enemigas de la raza común á que todos ellos pertenecían.

Las anficionias.

No deben confundirse esas confederaciones, formadas ocasionalmente por las exigencias y vicisitudes de la política, con las *anficionias*, ó ligas permanentes en que entraban varias ciudades ó Estados. De éstas había muchas entre los griegos, y tenían á la vez carácter religioso y político; y sendos centros de reunión, que solían ser algunos célebres santuarios donde tenían sus juntas los anficionios ó delegados de las ciudades ó pueblos coligados, para deliberar sobre los negocios comunes á todos ellos. De tales anficionias estaban excluidos todos los Estados que no fueran

griegos. La más nombrada y famosa de ellas era la de Delfos, donde había un célebre templo de Apolo en que se reunían los delegados de las doce ciudades que la formaban.

Los santuarios y los oráculos.

Había, ya en el continente de Grecia, ya en el del Asia helénica, ya en las islas, ciertos santuarios veneradísimos por todos los pueblos griegos y hasta por algunos extraños que participa-

ban de sus creencias religiosas, donde solían celebrarse fiestas periódicas á modo de romerías, á que concurría desde muy lejanas comarcas gente de todos los Estados, ciudades y colonias griegas. Esas fiestas, que consistían en carreras á pie y en carros y en luchas gimnásticas, y en que á veces se reunía enorme muchedumbre, contribuían en gran manera á fortalecer la solidaridad de todos los pueblos griegos, manteniendo vivo en ellos el recuerdo de su común origen. En algunos de esos santuarios, además de celebrarse los ordinarios sacrificios á sus divinidades tutelares, había ciertas oficinas llamadas *oráculos*, destinadas á adivinar y predecir los sucesos futuros por medio de adivinos ó sacerdotisas



Delfos: lugar donde estuvo el célebre santuario de Apolo (Pití), en el Peloponeso.

que pretendían dictar sus sentencias inspirados por la divinidad que en el santuario se veneraba.

Uno de los más famosos de esos oráculos era el de Dodona, donde se interpretaban las palabras de Zeus, la misma divinidad llamada Júpiter ó Jove por los romanos, que era la tutelar del santuario, por el rumor de

las hojas, al ser agitadas por el aire, de cierta encina reputada por sagrada que allí había; pero el más celebrado de todos esos oráculos era el de Delfos, cuya divinidad tutelar era Apolo Pitio, de donde se derivó el nombre de pitonisas que se daba á ciertas sacerdotisas que sentadas en un trípode y presa de convulsiones, pronunciaban palabras incoherentes, que los sacerdotes trasladaban como les sugería su ingenio en oraciones ó sentencias de ambiguo sentido.

En el tiempo á que estamos refiriéndonos—el siglo VIII anterior á nues-



Fókea.—Vista de la ciudad de la costa del Asia Menor conocida antiguamente por ese nombre. Fué fundada por los fókeos del continente, y ella á su vez fué metrópoli de otras muchas colonias, de las cuales las más famosas fueron Marsella y Ampurias. La ciudad de Fókea era una de las pertenecientes á la confederación jónica.

tra Era—ninguna empresa acometían los griegos, ni ninguna determinación adoptaban en materia de guerra ó de política sin consultar antes á cualquiera de sus oráculos, y muy de ordinario al de Delfos.

Los juegos olímpicos y las Olimpiadas.

Ya se ha hablado de las fiestas ó romerías que celebraban los pueblos griegos periódicamente en ciertos santuarios. Las más famosas y concurridas de ellas eran las de Olimpia, lugar situado en la Elida, comarca del Peloponeso, donde había varios templos de diversas divinidades griegas, de los cuales el más famoso era el de Zeus ó Júpiter. Celebrábanse esas fiestas cada cuatro años desde tiempo muy antiguo; pero se comenzó á llevar la cuenta de ellas desde la del año 776 anterior á nuestra Era, comenzando en él la de las Olimpiadas, como

ya se ha dicho. Aun hasta bastante tiempo después de esa fecha es todavía en muchos puntos muy oscura la historia griega; pero ya, á lo menos, no puede ser tenida por fabulosa.

Los griegos se distinguieron en todo tiempo como navegantes. De ellos dice el geógrafo Estrabón, para dar una idea de su pericia como marinos, que eran un pueblo de anfibios. Con esa condición y con la estrechez de su tierra, es natural que desde muy á los principios de su establecimiento en Grecia, emigraran de ella y fundaran colonias, primero en los territorios vecinos, y más adelante en los lejanos de sus asientos. Así vemos que el siglo VIII anterior á nuestra Era ocupaban ya todas las islas del Archipiélago y grandes territorios en las costas de Italia, Tracia, Asia Menor y Ponto Euxino. Todas esas colonias se constituían desde un principio en Estados análogos á los primitivos del continente de Grecia que los habían originado, y tomaban parte activa en todos los negocios que absorbían la atención del mundo helénico, y en las rivalidades, dimensiones y luchas que lo agitaban.

La fundación de colonias griegas prosiguió en los siglos siguientes á éste de que estamos tratando, habiendo llegado en el v antes de Cristo á haberlas no sólo en Africa, las Galias y la costa oriental de España, sino en las costas del Océano Atlántico, más allá del estrecho de Cádiz. Su número por ese tiempo llegó á contarse por miles.

La historia de los griegos desde la primera Olimpiada (776) hasta el comienzo de sus guerras griega anteriores á las guerras Médicas. con los persas (498), es de tal manera embrollada y confusa por la multitud de Estados políticos que en ella intervienen y por la extraordinaria variedad de los acontecimientos, que no cabe intentar siquiera bosquejarla en tan pequeño espacio como el de que aquí disponemos.

No es una la historia de Grecia durante ese período, ni tampoco en los siguientes, sino una multitud de historias, porque cada Estado, esto es, cada ciudad, y cada isla, tiene la suya. En todos esos Estados, ora gobernados por reyes ó dictadores, ora por asambleas oligárquicas, aristocráticas ó populares, las luchas por suplantarse unos grupos sociales á otros, ó unos hombres á otros hombres en el ejercicio del gobierno, son continuas, como sucedió siempre en los pueblos en que la autoridad suprema está en manos de muchos.

De todos los Estados de que se componía el mundo helénico en el período de que estamos tratando, los que más importante papel hicieron en él fueron los de Esparta y Atenas. Las instituciones del primero eran originalísimas, atribuyéndose su establecimiento á Licurgo, personaje de existencia perfectamente histórica, pero no bien conocida ni en cuanto á pormenores sobre ella ni en cuanto al tiempo en que se desarrolló.

Las instituciones de Licurgo tenían por objeto único la creación y mantenimiento de una sociedad guerrera y vigorosa. En ella toda comodidad, todo regalo, estaban absolutamente proscritos. La igualdad entre los ciudadanos era completa hasta en la cuantía de los bienes, la calidad de la

habitación y del mueblaje. Todos vestían lo mismo, y todos comían en público y en común. Los hijos no pertenecían á sus padres, sino al Estado, que se encargaba de su educación y mantenimiento, condenando á muerte desde su nacimiento á todos los que no tenían el vigor necesario para ser el día de mañana defensores de la patria, á cuyo fin se dirigía toda la educación de los niños, acostumbrándoseles á los ejercicios más rudos y violentos, y reduciendo su enseñanza intelectual á lo más indispensable. Las monedas de oro y de plata fueron suprimidas y sustituidas por otras de hierro.

Venían ejerciendo el gobierno desde tiempo anterior al histórico dos reyes á un mismo tiempo, pertenecientes á sendas familias que gozaban de esa prerrogativa, conocidas por los patronímicos de *Proclides* y *Agides*. La legislación de Licurgo los dejó subsistir, pero rebajando su autoridad y templándola por medio de un Senado elegido por el pueblo, cuyos miembros no podían tener menos de sesenta años, y de una asamblea popular que aprobaba ó desechaba los acuerdos de los reyes y del Senado. A estos órganos de la autoridad se agregó tiempo adelante una pequeña congregación formada por cinco *éforos*, magistrados que fueron apoderándose poco á poco de todo el mando, hasta que acabaron con la autoridad real.

Toda la constitución dicha se refería á los propios espartanos, ó sea á los habitantes de la ciudad de Esparta; no á los lacedemonios, que eran los de los campos, ni á los *ilotas*, esclavos privados de todo derecho. Los lacedemonios sólo estaban representados por diputados en aquellas asambleas en que se trataban intereses comunes á toda la Laconia, que era la comarca del Peloponeso en que Esparta estaba enclavada.

Durante los siglos VIII y VII antes de nuestra Era sostuvieron los espartanos guerras contra los mesenios y otros pueblos del Peloponeso, acabando por vencerlos á todos y estableciendo su preponderancia en la región.

La población del Estado de Atenas había estado dividida en varias clases, de las cuales la principal era la llamada de los *eupátridas*, ó moradores de la llanada; los de las montañas se llamaban *hiperacrios*, y los de la costa del mar *paralios*.

El gobierno en Atenas había venido á ser una oligarquía ejercida por nueve magistrados anuales llamados *arcontes*, que habían sustituido á los antiguos reyes. De esos arcontes, que habían de pertenecer por precisión á los eupátridas, uno llevaba el título de rey y dirigía y administraba los negocios religiosos; los otros entendían en los de justicia y guerra; pero eran responsables todos ellos de sus actos ante el pueblo, representado por ciertas asambleas llamadas *areópago* y *prítaneo*.

Surgieron disensiones entre las diversas familias de los eupátridas de donde salían los arcontes, las cuales, buscando apoyo unas en los hiperacrios ó montañeses y otras en los paralios ó habitantes de las riberas marítimas, ocasionaron encarnizadas é interminables guerras sociales entre nobles y plebeyos.

Las demás leyes establecidas por Dracon no evitaron las discordias que agitaban al Estado de Atenas; las de Solón, hombre de grandes méritos á quien se cuenta en el número de los llamados «siete sabios de Grecia», variaron la organización de la sociedad ateniense, sustituyendo las antiguas

clases fundadas en el linaje por otras basadas en la riqueza. Estas eran cuatro, de las cuales la última estaba excluida del gobierno, pudiendo sólo formar parte de los tribunales y asambleas.

Conservó Solón los nueve arcontes anuales; pero estableció un Senado que moderase su autoridad, compuesto de 400 miembros, elegidos por partes iguales en las cuatro clases en que había dividido al pueblo. No nos es posible entrar en más pormenores sobre la constitución de Solón, habiendo de limitarnos á decir que estaba reconocida como muy sabia y



Ruinas de la Acrópolis de Atenas. Son famosísimas por formar parte de ellas las del Partenón ó templo de Atenea (Minerva), obra maestra del orden dórico de arquitectura.

propia para asegurar el equilibrio social, la prosperidad y la fuerza de la República.

Una vez promulgadas y establecidas sus leyes, emigró Solon de Atenas, y Pisistrato, hombre ilustre por su nacimiento é idolatrado por el pueblo, al que supo atraerse con sus condiciones de carácter y su elocuencia, usurpó el poder, y con el título de tirano gobernó muy moderada y sabiamente á los atenienses, pasando por muy varias vicisitudes hasta su muerte en el año 528 a. C., transmitiendo su autoridad á sus hijos Hiparco é Hipias, quienes abusaron de ella oprimiendo al pueblo. El primero de ellos pereció víctima de una conjuración, y el último fué destituido el año 510 a. C.

Siguió un período de turbulencias, que duraba todavía al comenzar las guerras médicas.



CAPÍTULO VII

HISTORIA DEL PERÍODO COMPRENDIDO ENTRE LA CONQUISTA DEL EGIPTO
POR CAMBISES Y LA RETIRADA DE GRECIA DE LOS EJERCITOS PERSAS

Conquista del Egipto y otros hechos de Cambises hasta su muerte. (530-522 a. C.).

Uno de los primeros actos de Cambises al heredar de su padre Ciro la corona de Persia, fué la conquista del Egipto. Movióle á esa guerra el deseo de vengarse del desaire que su rey Amasis le había hecho mandándole en vez de una de sus hijas, que le había pedido por esposa, á la hija de su antecesor Apries, sin que valiera para hacerle desistir de su venganza la muerte de Amasis, ocurrida antes de emprender la invasión que proyectaba.

La conquista del Egipto fué rapidísima; pero Cambises se condujo muy impolíticamente después de ella, ofendiendo á los egipcios en su fibra más sensible, que eran las creencias religiosas. Empezó después, con gran desgracia para sus armas, una expedición á Etiopía, y quiso emprender otra contra Cartago, que ya se distinguía como nación comercial y marítima; pero tuvo que desistir de ella por haberse negado la flota fenicia que tenía á su servicio á tomar parte en una guerra contra sus colonos los cartagineses, hecho que á la par que demuestra la independenciam relativa de que gozaban los pueblos sometidos á los persas, sin la cual no podría explicarse la actitud de los fenicios, da una idea muy alta de los sentimientos de cordialidad que ligaban en aquel tiempo á las metrópolis con sus colonias, á pesar de la falta de lazos políticos entre ellas.

Varias rebeliones que estallaron en Babilonia y en otras provincias del Imperio, y entre ellas muy señaladamente la de un mago que se hizo pasar por el mismo Esmerdis, hermano de Cambises, y que logró desem-

peñar durante varios meses el gobierno, obligaron á Cambises á volver al Asia; pero murió en el camino (522 a. C.).

Principio del reinado de Dario y causas que originaron las guerras Médicas.

Darío I, no hijo de Cambises, que no dejó ninguno, pero sí perteneciente á la misma familia de los Aqueménides, logró apoderarse de la corona después de desenmascarar y matar al mago usurpador que se estaba haciendo pasar por Esmerdis y de sofocar las varias rebeliones á que



Este grabado representa una parte de la famosa peña tajada de Behistan, en Persia, la cual está llena de figuras é inscripciones esculpidas, que fueron descifradas por el sabio inglés Enrique Rawlinson á costa de un trabajo de varios años, que tuvo que efectuar suspendido de cuerdas sujetas en lo alto de la roca, cuya altura es de unos quinientos metros. Las inscripciones están en caracteres cuneiformes, y tanto ellas como las figuras que las acompañan, se refieren precisamente á los sucesos ocurridos al advenimiento de Darío al trono, demostrando que la narración que de ellos hace el historiador griego Herodoto, es cierta en el fondo. La escena que reproduce el grabado representa la sumisión á Darío de varios sátrapas ó gobernadores de provincias del Imperio, que no habían querido reconocer su soberanía.

se aludió poco atrás. Emprendió una expedición desgraciada contra los escitas, en que perdió gran parte de su ejército al internarse en los desiertos territorios que forman hoy la Polonia y la Ucrania; pero logró en cambio extender los confines de su imperio por oriente hasta las márgenes del Indo (508 a. C.).

La proximidad de tan vasto y poderoso Imperio tenía que ser motivo de recelos para los Estados griegos; tanto más justificados, cuanto que no eran un misterio los proyectos agresivos de Darío contra ellos.

Después de la conquista de Lidia por Ciro, había éste sometido á toda el Asia Menor, en la que había muchos Estados griegos, y su hijo Darío se había apoderado ya de la Tracia y la Macedonia y de algunas islas del Archipiélago. Por más que esos Estados gozasen dentro del imperio persa de la amplia autonomía que tenían todas sus provincias, no podía sufrir



Vista del llano de Maratón, donde se riñeron varias batallas en la antigüedad. Las más famosa de ellas es la que ganaron los atenienses y plateos á los persas el año 490 anterior á nuestra Era, á la que se alude en el texto.

el orgullo de los griegos que hubiera Estados suyos dependientes de los persas, no siendo dudoso que no tardaría en estallar la guerra.

Subelevación de la Jonia contra los persas y sucesos siguientes hasta la muerte de Darío (504-485 a. C.)

La rebelión de la Jonia fué la chispa que puso fuego á la mina. El triunfo de la democracia sobre la aristocracia en una isla del Archipiélago, suceso muy en armonía con el espíritu que animaba á casi todas las sociedades helénicas en ese periodo de su historia, y la ayuda que pidió el partido desposeído, á los persas, dió pie á éstos para intervenir en las discordias de los griegos; pero surgieron

complicaciones, en cuyo relato no nos es posible detenernos, y toda la Jonia se proclamó independiente del dominio persa.

La rebelión fué sofocada, recobrando los persas las comarcas que los jonios habían conquistado en las costas del Asia Menor, el Helesponto y el Archipiélago (498 a. C.); pero resentido Darío contra los atenienses y otros pueblos griegos por la ayuda que habían prestado á los jonios, mandó una expedición contra el Atica, con tan mala fortuna, que una tempestad dispersó á la flota que la conducía (496 a. C.).

Mandó Darío una segunda expedición más poderosa que la primera. Todo el mar Egeo se cubrió de naves persas. Aterradas las islas del Archipiélago, se sometieron sin resistencia. Apoderáronse los expedicionarios de Eubea, y desembarcaron en el Atica en número de 100.000 infantes y 10.000 caballos; pero su inmenso ejército fué deshecho en el llano de Maratón por 10.000 atenienses y 1.000 plateos mandados por Milciades, Temístocles y Aristides, si bien tuvo ese día la dirección el primero de ellos (490 a. C.). Los persas perdieron 6.400 hombres en la batalla, y tuvieron que reembarcarse.

Acusado Milciades de traición por haber tenido que retirarse con la escuadra de las aguas de la isla de Paros, adonde había sido enviado para castigar á las islas que se habían sometido á los persas, fué encerrado en una prisión, donde murió de resultas de las heridas que había recibido combatiendo con los persas. Así pagó su patria sus eminentes servicios (489 antes de Cristo.). Cuatro años después moría Darío, cuando se hallaba preparando una tercera expedición contra Grecia (485 a. C.)

Sucedióle su hijo Jerjes, cuyo primer acto fué someter á los egipcios, que se habían rebelado muy poco antes de la muerte de su padre, dedicándose en seguida á preparar una formidable expedición contra Grecia. Cincuenta y seis naciones de las que constituían su imperio, y entre ellas los Estados griegos del Asia Menor, aportaron sus contingentes de hombres ó de naves. Hizo enormes acopios de víveres, y reunió sus flotas en sus puertos para que cooperaran con el ejército á las operaciones militares.

Temístocles entretanto, después de libertar del poder de los persas á las islas del Archipiélago, volvió á Atenas y se dispuso á afrontar la terrible invasión que amenazaba á Grecia, procurando mantener la unión entre todos los Estados helénicos. Algunos hubo, como el de Siracusa de Sicilia, que se negaron á tomar parte en la guerra por no habérseles querido conceder el mando del ejército; pero los atenienses, los espartanos y muchos pueblos más se coligaron para oponerse á los persas.

Jerjes hizo tender sobre el Helesponto un puente de barcas para que pasase el ejército. Componíase éste de 1.700.000 combatientes de á pie y 400.000 de á caballo, sin contar los acemileros y demás gente de servicio, todos los cuales desfilaron ante el Soberano, que los contemplaba desde un trono que se hizo erigir en una eminencia (481 a. C.).

Avanzó toda esa muchedumbre, y se dirigió hacia Grecia siguiendo la ribera de la Tracia, mientras la iba costeano la escuadra. La Macedonia y todos los pequeños Estados griegos que fueron encontrando en su camino les rindieron homenaje. Así llegó el ejército persa á las Termópilas, estrecho

desfiladero por donde se pasa desde la Tesalia á la Lócria. Trescientos espartanos y unos 5.000 combatientes de Tebas, Corinto y nueve Estados más, estaban allí apostados.

Los espartanos, persuadidos de que toda salvación para ellos era imposible, habían celebrado un banquete fúnebre acompañados de sus familias, antes de salir de Esparta. Mandábalos Leonidas, uno de sus reyes, el cual, preguntado por su mujer en el momento de la partida acerca de su última voluntad, le contestó: «Te deseo un marido digno de ti y unos hijos que se



Desfiladero de las Termópilas en su estado actual.

le parezcan», y poco antes de presentarse la vanguardia de los persas, hallándose comiendo con los demás capitanes, sus colegas, les dijo riendo: «os convido á cenar esta noche con Plutón».

El ejército persa acometió á los defensores de las Termópilas; pero siéndole imposible por falta de espacio en que desplegarse presentar más gente en combate que la que cabía en el estrecho desfiladero, fué varias veces rechazado, hasta que habiéndole descubierto la traición una vereda que le permitía envolver la posición disputada, pudo buena parte de él ponerse á las espaldas de los que la defendían. Leonidas tuvo tiempo para abandonarla, pero no quiso, contentándose con despedir á sus auxiliares, de los cuales, 400 tebanos y 700 tespios se negaron absolutamente á retirarse. Todos ellos y los 300 espartanos, fueron aniquilados después de hacer terrible estrago en sus contrarios (480 a. C.).

Pudo ya entonces el ejército persa derramarse por la Lócrida y el ⁷Atica, que llevó á sangre y fuego. Atenas, cuyos habitantes, por consejo de Temístocles, se habían refugiado en las naves, fué quemada y arrasada. La flota persa, operando de concierto con el ejército de tierra, fué al encuentro de la ateniense, que estaba fondeada en las aguas de Salamina. Trabóse el combate, y á pesar de la enorme superioridad de la escuadra persa, que se componía de 1.200 naves, fué deshecha por la ateniense que sólo constaba de 380 (480 a. C.) El rey Jerjes, completamente desanimado, se volvió al



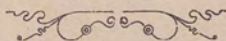
Una vista del golfo de Salamina, donde se riñó la célebre batalla naval entre la flota persa y la griega el 23 de Setiembre de 590 (a. C.)

Asia, dejando el mando del ejército á su deudo Mardonio. Quiso éste desbaratarse en una batalla campal de los reveses sufridos, pero en Platea fué desbaratado su ejército y perdió él la vida combatiendo contra los espartanos mandados por Pausanias, precisamente el mismo día (25 de Setiembre de 479) en que era aniquilada en Micala el resto de la flota persa por las de Atenas y Esparta reunidas.

Así acabó la invasión de Grecia, viéndose reducidos de allí en adelante los persas á una guerra defensiva contra las colonias griegas de la Jonia, las cuales recobraron su independencia.

Consideraciones sobre los sucesos que acaban de referirse y consecuencias inmediatas de la derrota de los persas.

Nos hemos detenido algo más de lo que las pequeñas dimensiones de esta obrita consienten, en estos primeros pero decisivos episodios de las guerras Médicas, porque señalan un momento muy crítico y muy solemne en la historia del mundo. La trascendencia en la historia de Europa de los hechos que acabamos someramente de referir fué inmensa. Si los persas hubieran vencido á los griegos en esa contienda, la cultura de Grecia, de la cual se ha derivado la que hoy poseen los pueblos más civilizados del mundo, habría sido ahogada por la barbarie asiática. Consecuencia de la derrota de los persas fué que, persuadidos sus soberanos de la incapacidad de sus ejércitos y sus flotas para vencer á los griegos, acudiesen en adelante al soborno para mantener la desunión y la discordia entre ellos. Así vemos en los tiempos siguientes á los Estados griegos no sólo rivales entre sí y en guerras implacables unos contra otros, sino aliándose muchas veces algunos de ellos con su común enemigo para dominar y vencer á aquellos otros con quienes estaban en lucha.





CAPÍTULO VIII

HISTORIA DEL PERIODO COMPRENDIDO ENTRE LA EXPULSIÓN DE LOS PERSAS DE GRECIA Y LA MUERTE DE FILIPO DE MACEDONIA

Rápida ojeada sobre la historia del imperio persa desde la retirada de Grecia de sus ejércitos hasta el advenimiento de Darío Codomano (479-336 a. C.).

Desde la retirada de sus ejércitos de Grecia puede decirse que el imperio persa entró en un período de descomposición lenta. Conjuraciones palaciegas en favor de este ó el otro pretendiente, dirigidas por las mujeres ó los eunucos del serrallo; guerras entre hermanos y hermanos ó entre padres é hijos por heredar ó usurpar la corona; continuas rebeliones de las provincias ó de los sátrapas que las gobernaban, y pérdidas de ciudades y de territorios que le usurpaban los griegos ó que sacudían por sus propios esfuerzos el yugo: tal es la historia del imperio persa durante los ciento cuarenta y cuatro años transcurridos desde la evacuación de Grecia por sus ejércitos hasta el advenimiento de Darío Codomano, á quien puso en el trono el mismo eunuco egipcio Bagoas, gobernador del Asia alta, que había envenenado á Artajerjes III y asesinado á Arses, su hijo, después de colocarlo en el trono y mantenerlo en él dos años.

Egipto se sublevó varias veces, y consiguió quedar medio independiente, por lo menos gran parte de él, desde 414 hasta 354, bajo una dinastía que puede considerarse como la última de sus reyes naturales, y cuyo último soberano fué Nectanebo II, á quien logró destronar Artajerjes III con ayuda de los tebanos y argivos que tenía á sueldo.

Hubieran podido los griegos aprovechar el estado de desorganización del imperio persa para destruirlo por completo; pero las constantes guerras y discordias entre sus clases sociales en las ciudades por apoderarse del man-

do, y entre sus diversos Estados, atizadas por los persas, que se ligaban con gran frecuencia con unos en contra de los otros para mantenerlos divididos, no sólo los imposibilitaban para toda acción común, sino que los ponía á veces bajo la dependencia de los persas. Tal fué el caso después del tratado de Antalcidas (387 a. C.)—así llamado por el que entabló las negociaciones,— que Esparta, en guerra con una liga de Estados griegos en que entraba también el rey de Persia, tuvo que celebrar con este último para separarlo de ella, y que todos los Estados coligados se vieron obligados á suscribir bajo la presión de los espartanos y de los persas, que para el caso se pusieron de su parte abandonando á sus aliados. En virtud de ese tratado quedaban sometidos al persa los Estados jonios, y virtualmente se ponían bajo su dependencia todos los demás Estados helénicos, obligándose á proporcionarle gente de guerra cuando la necesitase, aparte de otras onerosas condiciones á que se sujetaban en provecho de su común enemigo.

La retirada de los diez mil mercenarios griegos que combatieron á favor de Ciro el Menor en la guerra que sostuvo éste contra su hermano Artajerjes Mnemon por el trono de Persia, desde Cunaxa, cerca de Babilonia, donde se dió el año 401 a. C. la batalla en que perdió Ciro la vida, hasta las riberas del Ponto Euxino, atravesando quinientas leguas por territorios enemigos, es un suceso de este período, demasiado famoso por la narración que de él nos ha dejado el historiador Jenofonte, que fué uno de sus principales protagonistas, para que pueda ser pasado en silencio.

Ojeada sobre la historia de los Estados helénicos desde la retirada de los persas hasta la muerte del rey Filipo de Macedonia (479-336 a. C.).

La historia de los Estados griegos durante los ciento cuarenta y tres años comprendidos entre la batalla naval de Micala, que determinó la evacuación de su territorio por los persas, y la muerte de Filipo, rey de Macedonia, es más embrollada, si cabe, que la de los tiempos anteriores, por la multiplicidad y variedad de los sucesos. Puede decirse, sin embargo, que los principales de ellos obedecieron á dos causas: al deseo de los Estados griegos de mantener el equilibrio en el concierto general de todos ellos evitando que ninguna de las ciudades que contendían por la hegemonía adquiriese excesiva preponderancia, y á la lucha entre la aristocracia y la democracia en el seno de cada uno de esos Estados. Todas las dimensiones que por uno ú otro motivo se suscitaron, eran fomentadas y estimuladas por los reyes persas y sus ministros, cuya política exterior tenía que tener por principal objeto el mantener divididos á los griegos y en perpetua guerra unos con otros.

Después de la evacuación del territorio griego por los persas se renovaron inmediatamente las luchas provocadas por la rivalidad entre Atenas y Esparta, ciudades alrededor de las cuales se agrupaban todas las demás del continente é islas de Grecia, tomando parte por la una ó por la otra, según se lo sugiriesen su interés, sus simpatías ó las exigencias políticas del momento.

En la competencia entablada para atraerse el concurso de los demás Estados helénicos, comenzó por llevar la ventaja Atenas, atrayéndose á la mayor parte de las ciudades aliadas. Bajo el gobierno de Temístocles, de

Aristides, de Cimón, hijo de Milciades, y, sobre todo, de Pericles, llegó Atenas al apogeo de su grandeza.

Restaurada después de la destrucción que de ella habían hecho los persas, y fomentado su poderío naval por las medidas de Temístocles, llegó en pocos años á ser la primera ciudad de Grecia, ganando á casi todas las otras á su partido; pero durante el gobierno de Pericles, Esparta consiguió enajenarle las simpatías de muchas otras ciudades que no veían con buenos ojos el excesivo desarrollo de su poderío, dando lugar á que en el año 431 estallase la larga y porfiada guerra llamada del Peloponeso, en que tomaron parte en favor de la una ó de la otra todos los Estados griegos, y aun los



La Acrópolis de Atenas (restauración).

sátrapas persas del Asia; guerra que en muy varias alternativas y con algunos periodos de tregua duró hasta 404, en que fué tomada Atenas, obligados los atenienses á demoler sus murallas, á abandonar los territorios que habían conquistado, y á tener sólo un número limitado de naves en su flota de guerra. Así adquirió Esparta la supremacía que ambicionaba.

La toma de Atenas no puso fin al estado de perturbación de Grecia, pues siguieron en ella las luchas civiles entre los hombres y los partidos políticos en el seno de las ciudades, y las guerras entre éstas, en que volvió á tomar parte Atenas, cuyas instituciones y libertades había restaurado Trasíbulo. Formóse una liga de ciudades, en la que entró el rey de Persia, contra Esparta, obligando á ésta á llamar á Agesilao, uno de sus reyes, que acababa de obtener grandes victorias en el Asia Menor contra los persas, y que se preparaba á invadir sus propios territorios de la alta Asia. Al volver Agesilao obtuvo una victoria contra los tebanos en Queronea; pero casi al mismo tiempo era vencida en Cnido la flota de Esparta por la de Atenas, que recobraba así la supremacía naval que casi siempre había conservado y que

tenía perdida desde el combate de Aigos Pótamos, reñido en 405 contra la flota espartana mandada por Lisandro.

Esparta, impotente para resistir á tantos enemigos juntos, se vió forzada á pactar el tratado de Antalcidas (387), de que ya se ha hablado al explicar la historia persa durante este período; tratado tan ventajoso para el rey de Persia, á cuya merced quedaban todos los Estados griegos, como oneroso para éstos.

Esparta, encargada de poner en vigor sus cláusulas, logró someter á su dominio á todas las ciudades de Grecia aprovechando las discordias entre ellas, y en 380 llegó á la cúspide de su poderío; pero la ciudad de Tebas, que había sido una de las más humilladas, restableció el perdido equilibrio



Tipos griegos (de pinturas de vasos antiguos).

alzándose contra la tiranía de Leontiades, jefe de la facción que Esparta protegía, y aliándose con Atenas (378). Las victorias de Leuctra (371) y de Mantinea (363), ganadas por Epaminondas sobre los espartanos, hicieron pasar á Tebas la supremacía que antes habían tenido sucesivamente Atenas y Esparta; pero fué muy efímero su predominio, pues, destrozada Grecia por tantos años de lucha, y agitada todavía por las discordias entre las ciudades y las facciones políticas, vino á caer en poder de Filipo rey de Macedonia.

Hállase Macedonia al septentrión de Tesalia, con la cual confina, y formaba por este tiempo un Estado cuyas relaciones políticas con los griegos, á pesar de la estirpe helénica de los macedonios, habían sido muy escasas hasta el tiempo de que estamos tratando. Gobernábase por reyes, de los cuales los contemporáneos de la invasión de los persas en Europa habían tenido que rendirles homenaje, por ser su país paso obligado para los ejércitos persas que se dirigían á Grecia por tierra á través de la Tracia. Muy poco antes de los sucesos que vamos inmediatamente á relatar, había habido guerras civiles entre ellos por la sucesión al trono, en que habían in-

tervenido los atenienses y los tebanos. En el año 360, tres después de la batalla de Mantinea, subió al trono de Macedonia Filipo, quien después de pacificar el reino, perturbado por las facciones y por las incursiones de los pueblos limítrofes, organizó un formidable ejército, y, parte por la política, parte por las armas, fué apoderándose de territorios y ciudades de sus vecinos los ilirios, tracios y peonios, que al fin se coligaron contra él, resultando vencidos en la contienda.

Aprovechó la *guerra sagrada* que se había encendido entre los griegos á causa de las profanaciones cometidas por los fókeos en las cercanías del templo de Delfos, para ingerirse en los asuntos de Grecia, después de anexionar á sus dominos la Tesalia, adonde lo había llamado una de las faccio-



Tipos griegos (de pinturas de vasos antiguos).

nes que la perturbaban (352). En 350 invadió el Peloponeso; en 348 tomó á Olinta; poco después se alió con los tebanos y con los atenienses, y en 345 puso fin á la guerra sagrada, en la cual se había puesto de parte de los defensores de Apolo, captándose así las simpatías del partido religioso, y siendo recibido en el Consejo de los anficiones de Delfos.

Entre 344 y 340 emprendió fuera de Grecia guerras que dilataron su territorio por el norte hasta el Danubio; por el este, hasta el Quersoneso de Tracia, y por el oeste, hasta el mar Adriático; y en 338 volvió á Grecia, y mandando al mismo tiempo que sus tropas las de los Estados griegos, á cuyo frente le había puesto el Consejo anfictiónico, venció á los tebanos y atenienses reunidos en la batalla de Queronea, en la cual su hijo Alejandro, que sólo tenía diez y siete años, mandaba el ala izquierda de su ejército.

Viéndose ya Filipo reconocido por casi todos los griegos como su protector y caudillo, ideó invadir el Asia despertando el patriotismo de los griegos; pero hallándose preparando esa expedición, fué muerto al entrar en el teatro por uno de sus súbditos macedonios, llamado Pausanias, que tenía contra él resentimientos. Vivió Filipo cuarenta y siete años y reinó veinticuatro.



CAPÍTULO IX

HISTORIA DE ALEJANDRO MAGNO, REY DE MACEDONIA

Primeras empresas de Alejandro Magno, rey de Macedonia.

A la muerte de Filipo ciñó la corona de Macedonia su hijo Alejandro, que tenía veinte años de edad, y que ya se había acreditado como militar y como político desempeñando altos cargos, entre ellos el gobierno del reino durante una ausencia de su padre. Propúsose desde luego llevar á cabo la guerra contra los persas que Filipo había proyectado; pero tuvo antes que reprimir varias rebeliones que estallaron á su advenimiento al trono. Fué una de ellas la de los tebanos, á quienes destruyó la ciudad después de una resistencia heroica que costó la vida á 6.000 de ellos (335 a. C.). Proclamado generalísimo de todos los pueblos griegos por la asamblea que había convocado en Corinto, invadió el Asia Menor al frente de 35.000 hombres de á pie y 5.000 de á caballo, después de dejar á Antipater de regente del Reino con un ejército de 20.000 hombres para que eprimiera cualquiera insurrección que pudiera ocurrir durante su ausencia.

Era rey de los persas en aquella sazón Darío Codomano, elevado al trono el mismo año que Alejandro por los violentos y reprobados manejos del eunuco Bagoas, á quien tuvo que matar Darío para evitar que hiciera con él lo que había hecho con su predecesor. Hubiera Darío llevado la guerra á Macedonia para defenderse de la agresión de Alejandro, siguiendo los consejos de Memnon, muy hábil general rodio que tenía á su lado, pero el ataque de Alejandro fué tan rápido que no le dió tiempo para ello. El primer combate tuvo lugar en la orilla del Gránico, siendo vencido el ejército persa, á pesar de su enorme superioridad numérica sobre el macedonio. (334. a. C.).

Antes de penetrar en Persia quiso Alejandro asegurarse las espaldas conquistando toda el Asia Menor, lo cual llevó á cabo aquel mismo año.



Corinto en su estado actual. No ocupa el mismo lugar, pero sí próximo al de la antigua ciudad del mismo nombre.

Habiendo sabido en Capadocia la muerte de Memnon, el consejero de Darío, y seguro de la incapacidad de éste para hacerle frente, se dirigió á



Este grabado es una reproducción de un suelo de mosaico descubierto en Pompeya, en que está representado el momento de la batalla de Issos, en que Alejandro, al frente de su caballería, con la que dió una furiosa embestida á la hueste persa, fué á tropezarse con el mismo rey Darío, que mandaba el centro de ella. La figura de Alejandro es casi la única que se ha conservado en la parte izquierda del mosaico, que se halla en muy mal estado. El rey Darío está representado montado en su carro.

marchas forzadas al Asia Alta, y habiendo encontrado al ejército persa en Issos, se riñó la batalla, en que no sólo fué vencido Darío sino que dejó prisioneras en poder de Alejandro á su madre, mujer é hijas, á quienes trató Ale-

Jandro con toda la consideración á que su alta categoría las hacía acreedoras (333).

Conquista de Fenicia, Siria, Palestina y Egipto. Retrocedió Alejandro después de vencido Darío, á quien dejó huir, y se apoderó de Siria, Palestina y Fenicia, si bien el sitio de Tiro, que estaba protegida por su flota y fundada en una península sólo unida al continente por una estrechísima lengua de tierra, lo detuvo siete meses, obligándole á ejecutar trabajos gigantescos para apoderarse de la plaza (333-332 a. C.).

Ese mismo año 332 en que tomó á Tiro, conquistó el Egipto sin dar siquiera una batalla, pues los egipcios ansiaban sacudir el yugo de los persas. Acabada esa conquista, en que se condujo habilísimamente, demostrando, para halagar á los egipcios, el mayor respeto y hasta entusiasmo por su culto y sus creencias, fundó la ciudad de Alejandría, que estaba llamada á ser un emporio mercantil de primer orden, por hallarse situada en el punto de comunicación del mar Rojo con el Mediterráneo y en el de concurrencia de Asia, Africa y Europa.

Batalla de Arbelas, conquista del alta Asia y guerra con los escitas. Al año siguiente penetró en Persia y ganó á Darío la batalla de Arbelas, la más famosa de la antigüedad, en que quedó decidida la suerte del imperio de los persas. Darío huyó á Media y desde allí á Bactriana, donde fué traidoramente muerto por su gobernador Besso (330). Alejandro

entretanto se apoderaba de todas las grandes ciudades del Imperio, entre ellas Babilonia, Susa, Persépolis y Ecbatana. Hízose después dueño, con una rapidez verdaderamente increíble, de todos los inmensos territorios que separaban á Media y Persia de la Bactriana, de esta última provincia y de Besso, su gobernador, que se había proclamado rey, y á quien había perseguido hasta el Cáucaso para vengar la alevosa muerte de Darío (329).

Para asegurarse el dominio sobre esos territorios fundó á orillas del Yaxartes otra ciudad también llamada Alejandría, hoy Kandahar, y sometió después á los escitas que pretendieron sacudir el yugo que ellos voluntariamente se habían impuesto poco antes reconociéndosele por súbditos.

Esta última empresa le captó la admiración de todo el mundo, pues los escitas, por su sistema de combatir y por las condiciones de su territorio, estaban reputados por invencibles.

Expedición á la India. El año 327 emprendió la conquista de la India al frente de 120.000 hombres, de los que sólo una pequeña parte eran griegos y macedonios, habiendo sacado los demás de la Bactriana, la Sogdiana y otras provincias de las que había conquistado. Fué sujetando á multitud de pueblos y reyes hasta llegar al río Indo, que pasó; venció después en batalla campal á Poro, rey poderoso de una vasta comarca de allende el río Hidaspo, afluente del Indo, y quiso entonces dirigirse hacia el Ganges; pero el cansancio de sus tropas después de esa rudísima campaña en el período de las lluvias le obligó á volverse. Bajó el río Hidaspo hasta su confluencia con el Indo; dejó fun-

dada otra ciudad, llamada también Alejandría (*), se embarcó en el Indo hasta salir al mar, y desde allí emprendió la vuelta por tierra á Babilonia, mientras su almirante Nearco iba costeano la región desde las bocas del Indo hasta las del Tigris y Eufrates (326).

Ya de regreso en Babilonia adoptó importantísimas reformas en el gobierno y administración de sus Estados; construyó allí un inmenso puerto en que podían fondear mil naves, después de hacer navegables al Tigris y al Eufrates hasta sus bocas, é ideó realizar multitud de empresas gigantescas, cuales eran las de bojear toda el Africa con sus flotas, repitiendo el viaje llevado á cabo por los fenicios en tiempo de Neco, conquistar toda la ribera septentrional de ese continente, y volver á Macedonia por la Iliria y el Epiro después de haber conquistado todas las comarcas occidentales de Europa, comenzando por España; pero á todos esos planes puso término la muerte, que le ocurrió después de once días de enfermedad en la misma ciudad de Babilonia, á los treinta y tres años de su edad y trece de su reinado (21 Abril de 323 a. C.).

Carácter y condiciones de Alejandro Magno. Fué Alejandro Magno un hombre verdaderamente colosal. Físicamente era vigorosísimo y de presencia arrogante; moralmente poseía talento extraordinario, ilustración grandísima, generosidad rayana en el despilfarro, magnanimidad regia, capacidad sin par para el gobierno, valor temerario. Ni César, ni Anibal ni ningún otro capitán famoso antiguo ni moderno puede compararse en lo atrevido y vasto de sus planes ni en la rapidez para ejecutarlos, ni ningún estadista ha habido que tuviera la alteza y latitud de sus miras, ni la grandiosidad de sus proyectos políticos, ni que abarcase la multitud de materias tan diversas que él dominaba, ni que poseyera sus extraordinarias dotes para mandar y gobernar á los hombres y hacerse querer de ellos. La madre de Darío, que había sufrido la muerte de su padre, de su marido, de ochenta hermanos suyos asesinados en un solo día por Artajerjes III, y la prisión, destronamiento y muerte de su hijo Darío y la destrucción de su imperio, no pudo soportar la muerte de Alejandro, y se dejó morir de hambre por no sobrevivirle.

En su juventud fué educado por el célebre filósofo Aristóteles, á quien se lo confió su padre Filipo, diciéndole: «No doy tanto gracias á Dios por haber tenido un hijo como por haber permitido que nazca en tu tiempo.» Ya desde muy niño demostró sus dotes extraordinarias, domando al fiero caballo *Burésalo* en presencia de toda la corte. Su padre lo abrazó en esa ocasión, diciéndole: «Busca otro reino, hijo mío, pues el de Macedonia es chico para ti.» En una batalla que su padre Filipo, de vuelta de una expedición en Escitia, sostuvo contra los tribales (**), hubiera perdido la vida sin el valor de Alejandro, que se precipitó á cubrirlo con su escudo y á rechazar á los enemigos que lo acometían; y en la batalla de Queronea, contra los tebanos, se acreditó Alejandro como capitán mandando el ala izquierda, que tuvo

(*) Cuentan algunos historiadores y geógrafos sesenta ciudades de ese mismo nombre, de las cuales muy pocas lo conservan. De ellas la más conocida y famosa es la de Alejandría de Egipto.

(**) Los tribales eran un pueblo de la Tracia que moraba entre el monte Hemo (hoy Balkan) y el río Danubio. Viene á corresponder su territorio próximamente con la actual Bulgaria.

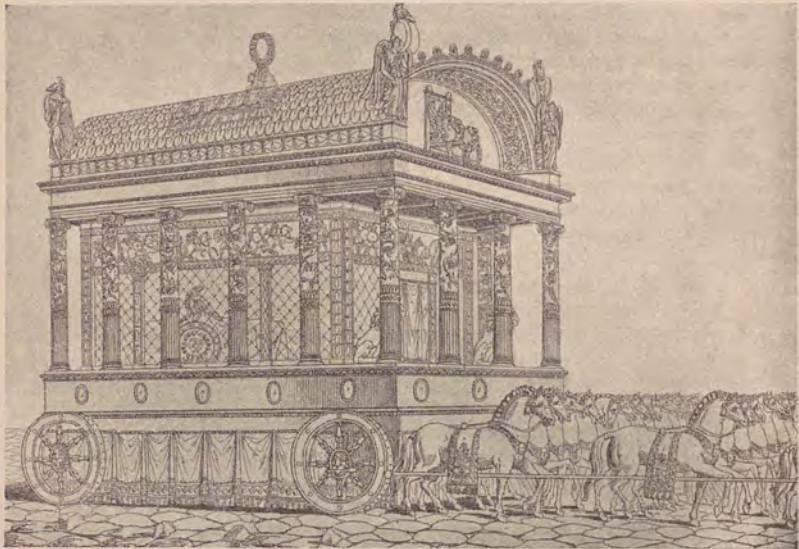
que habérselas con la famosa legión sagrada tebana, y como combatiente realizando mil hazañas por su propia persona.

Su magnanimidad le hacía no ofenderse por esos mil agravios que las almas vulgares no perdonan. Antes de emprender sus campañas en Asia no quiso pasar por Corinto sin hacer una visita á Diógenes, que de todos los filósofos y hombres notables de Grecia, era el único que no le había felicitado. Diógenes era un filósofo de los llamados cínicos, que tenía á gala despreciar todas las cosas del mundo y que había adoptado un tonel por vivienda. Al presentársele Alejandro y preguntarle si necesitaba algo, pues en todo estaba dispuesto á concederle lo que quisiera, habiéndole contestado Diógenes que lo único que quería era que se le quitase de delante porque le privaba del sol, exclamó Alejandro: «Si yo no fuese Alejandro, querría ser Diógenes»; y al entrar después de la batalla de Issos en la tienda en que estaban la madre, mujer é hijas de Darío, como se arrojasen éstas á los pies de su íntimo amigo Efestion, que lo acompañaba, y á quien tomaron por él por la estatura y el aspecto, lejos de manifestarse ofendido, dijo á Sisigambis, la madre de Darío, cuando ella, advertida de su error por un esclavo, le pidió que las perdonase: «No os habéis equivocado, madre mía, pues este es también Alejandro.» Este Efestion murió muy poco antes que Alejandro, y éste, en señal de duelo y para honrar los manes de su amigo, hizo apagar el fuego sagrado en toda el Asia, destruir los muros de Ecbatana, y levantar una pirámide funeraria con los restos de los de Babilonia. Encantado por las valientes y enérgicas razones con que contestó á sus preguntas el rey Poro, á quien hizo prisionero en la batalla que riñó con él á orillas del Hidaspo, le dejó su reino, le colmó de honores y agasajos y lo convirtió en el más adicto y fiel de sus aliados. Antes de emprender sus campañas fué á consultar el oráculo de Delfos; y como la pitonisa no quisiera aquel día sentarse en el trípode, y Alejandro pretendiera obligarla á ello por la fuerza, exclamó ella: «Hijo mío: nada puede resistírsete!» «Basta—contestó Alejandro;—esas palabras son la respuesta del oráculo!»

Después de la conquista de Persia y sus dependencias, imitó á sus reyes en la magnificencia; y aunque su frugalidad y su resistencia al frío, al calor y á la fatiga eran extraordinarias y sus necesidades ningunas, hizo que en su mesa y en su servicio se desplegara toda la riqueza y el fausto de los monarcas orientales. Tenía 360 mujeres en su serrallo, infinidad de esclavos, 2.000 guardias espléndidamente vestidos, de los cuales 500, que eran macedonios, llevaban escudos de plata. Su trono era de oro y estaba colocado bajo un soberbio pabellón sostenido por ocho pilares del mismo metal. Con la gente de guerra era en extremo dádivoso. A sus soldados macedonios les distribuyó 44.000 talentos (48 millones de duros), y á sus tropas, al licenciarlas, 20.000 talentos (22 millones), cantidades enormísimas teniendo en cuenta el valor de los metales en aquel tiempo.

Alejandro, como todos los grandes conquistadores, era de ideas cosmopolitas. Con los griegos, era griego; con los persas, persa; con los egipcios, egipcio. Poco le importaban la procedencia de sus generales y de sus soldados siempre que fueran buenos combatientes. En las tropas con que llevó á cabo la expedición á la India, que le puso en posesión de vastísimos territorios en que había más de dos mil ciudades, eran muchos má-

Los griegos europeos, isleños y asiáticos, los fenicios, los persas, los babilonios y otras gentes, que los macedonios. Pretendía fusionar á todos los pueblos de su imperio estimulando y patrocinando las alianzas matrimoniales de sus lugartenientes y sus soldados con las mujeres de las naciones



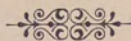
Este grabado representa el carro fúnebre en que fueron transportados los restos de Alejandro desde Babilonia á Egipto, conforme á las descripciones que de él nos han dejado los contemporáneos. El féretro que encerraba el cuerpo del héroe, así como la bóveda que lo cubría á modo de dosel, el trono que llevaba en su parte alta, las cuatro Victorias que se alzaban en los ángulos y multitud de otros adornos cuya reseña ocuparía mucho espacio, eran de oro y pedrería. Sesenta y cuatro mulas en cuatro filas de á diez y seis cada una arrastraban este carro, cuyas dimensiones eran enormes, pues sólo la bóveda cubría un cuadrado de más de cinco metros de lado y que estaba tan admirablemente construido, que en lo alto de él no se sentían las sacudidas y oscilaciones que imprimían á los ejes de las ruedas las asperezas y desigualdades del camino. En tiempos de San Juan Crisóstomo, ó sea unos 600 años después de la muerte de Alejandro, estaba perdido en Egipto todo recuerdo acerca del paradero de sus restos, que desde el reinado de Tolomeo habían sido depositados en Alejandría. Hoy se enseñan en Constantinopla fragmentos de un precioso monumento llevado allí desde el Asia Menor, y que se dice pertenecer al sepulcro de Alejandro; pero es dudosa la autenticidad de ellos.

sometidas por sus armas. Tenía el proyecto de trasladar muchedumbre de asiáticos á Europa y de europeos al Asia para colonizar las muchas ciudades cuya fundación tenía asimismo concebida. El dominio sobre todo del mar Mediterráneo conquistando toda la Libia, España, Italia, Sicilia, Cerdeña, Córcega y las Baleares; la construcción de seis templos magníficos en diferentes lugares de esas comarcas, y de un monumento funerario á su padre Filipo, superior en grandeza á la mayor de las pirámides de Egipto, eran otras tantas empresas que formaban parte de sus gigantescos planes,

descubiertos después de su muerte entre sus apuntes, y que nadie sino él hubiera podido realizar. Para extender el conocimiento de la lengua griega en Asia, llevó allí más de tres mil actores y músicos de diferentes comarcas de la Hélada, los cuales divulgaron efectivamente los gustos, las costumbres y la cultura helénica por todo el continente asiático, hasta muy dentro de la India.

Consecuencias de las conquistas de Alejandro Magno.

No hay ejemplo de revolución en el mundo semejante á la producida por las conquistas y empresas de Alejandro Magno. El Oriente y el Occidente, que hasta entonces habían estado aislados y sin comunicación entre sí, entraron en relaciones, estableciéndose un comercio marítimo y terrestre sumamente activo de las remotas regiones de India y China con el Asia Occidental, Africa y Europa. Dilatáronse extraordinariamente los dominios de la geografía, confirmándose en la práctica la noción sobre la redondez de la tierra, que hasta entonces no había salido de las regiones de la teoría; el horizonte de las ciencias todas se amplió por el mutuo contacto entre civilizaciones radicalmente distintas, cada una de las cuales aportaba su contingente de conocimientos. En fin, el reinado de Alejandro Magno y sus empresas, que no fueron sino el complemento y episodio final de las guerras Médicas, representan un momento importantísimo, decisivo, en la historia del género humano.





CAPÍTULO X

HISTORIA DEL PERÍODO COMPRENDIDO ENTRE LA MUERTE DE ALEJANDRO MAGNO Y LA INTERVENCIÓN DE LOS ROMANOS EN LOS NEGOCIOS DE GRECIA.

Disolución del imperio de Alejandro.

Alejandro, al morir, no viendo en torno suyo á nadie capaz de heredarlo, dijo: «Dejo el Imperio al más digno; pero preveo que mis funerales serán sangrientos»; y así fué, efectivamente, porque apenas celebradas sus exequias, comenzó la disolución de su imperio. Todos los esfuerzos de aquellos pocos de sus generales que permanecieron fieles á la causa de su familia para mantener la integridad del Imperio, se estrellaron contra la ambición de aquellos otros que aspiraban á hacerse reyes de las provincias ó comarcas que gobernaban; ambición favorecida por el natural deseo de los pueblos sometidos de recobrar su independendencia.

Relatar, ni siquiera por encima, todas las intrigas, traiciones, deslealtades, guerras, asesinatos y violencias que manchan las páginas de la historia de ese período, sería imposible en un libro de las dimensiones del presente. Habremos, pues, de contentarnos con decir que en el año 302, cuando habían transcurrido veintiuno desde la muerte de Alejandro, y después de infinitas complicaciones y de haber sido exterminada toda la familia del héroe, se riñó la célebre batalla de Ipsos en Frigia, en la que combatieron por una parte Antígono y su hijo Demetrio, llamado Poliorcetes, últimos defensores de la integridad del Imperio, y por la otra Seleuco, que se había hecho rey de Babilonia, fundador de la Era llamada de los Seléucidas que comenzó en 312 a. C., y Lisímaco, que se había alzado con la soberanía de la Tracia, consumándose la disolución del Imperio con la muerte y derrota de Antígono en esa batalla.

Dividióse por lo pronto el Imperio entre Seleuco, Lisímaco, Tolomeo, que ya se había hecho rey de Egipto, Casandro, que lo era de Macedonia, y Demetrio, que veía reducidos sus dominios á Fenicia y á Siria, prescindiendo de las ciudades de Grecia, que aunque en un estado de constante perturbación por sus luchas civiles y sociales y por la intervención de los reyes de Macedonia y Siria en sus asuntos, quedaron, en el nombre á lo menos, independientes, y los lejanos territorios del norte y del oriente del Imperio, que lo eran de hecho desde la muerte de Alejandro, en que se dieron, todos ellos reyes propios suyos, aunque de estirpe griega los más de ellos.

Pero ni la batalla de Ipsos puso fin á las alteraciones á que poco atrás se ha aludido, ni fué definitiva la división que después de ella se hizo de los territorios del Imperio, pues continuaron las guerras entre los príncipes que se los habían repartido, en las que tomó también parte Pirro, rey del Epiro. Resultado de ellas fué la constitución, á los cuarenta años de la muerte de Alejandro, de tres reinos formados de las provincias occidentales de sus dominios: Egipto, Siria y Macedonia.

Una formidable invasión de cerca de 200.000 galos en Iliria, Macedonia, Tracia y Grecia vino á complicar los sucesos de este turbulento período. Hicieron los invasores grandes estragos en Grecia, donde penetraron hasta el templo de Delfos; pero fueron al fin poco menos que aniquilados por Antígono de Goni, hijo de Demetrio Poliorcetes, que había logrado hacerse rey de Macedonia. Destronado éste por Pirro, rey del Epiro, quien después de sostener una campaña desgraciada contra los romanos había invadido su reino, recobró la corona á su muerte en 272 (a. C.).

Las ciudades de la Etolia, después de sacudir el yugo de los macedónicos, constituyeron una liga para defenderse. Antígono se unió á ella para dominar el resto de Grecia. Tuvo que hacer frente á los espartanos y á los egipcios, que se coligaron contra él, al mismo tiempo que una nueva invasión de los galos asolaba su reino; pero Antígono hizo una terrible carnicería en los galos, y logró someter después á toda la Grecia con ayuda de los etolios, aunque duró muy poco ese dominio.

La liga aquca, que había comenzado por la de las doce ciudades de la Acaya, era muy antigua, pero no adquirió importancia hasta que otras ciudades griegas entraron en ella, lo que vino á suceder hacia el año 251 a. C. Imponía entre otras condiciones la igualdad política de los Estados coligados, el mantenimiento de la constitución interior de cada uno, y la celebración dos veces al año de asambleas de sus representantes para resolver los negocios comunes.

Al frente del ejército de la Liga se puso Arato, hombre de cualidades eminentes, que supo conducir muy hábilmente los negocios de las ciudades coligadas, atrayéndose á otras hasta comprender en la liga á todas las de Grecia, menos Esparta, y haciendo frente primero á la liga de Antígono con los etolios, y más adelante, después de la muerte de Antígono, en 243, á la de su hijo Demetrio con el Epiro; pero por grandes que fueran sus méritos no pudo luchar con Cleomenes, rey de Esparta. Este, después de restablecer las olvidadas instituciones de Licurgo (225), obtuvo varias vic-

torias sobre los aqueos, haciendo que abandonaran la Liga varias de las ciudades que formaban parte de ella, y obligando á Arato á echarse en brazos de los macedonios, cuyo rey era á la sazón Antígono Doson, el cual venció á Cleomenes en la batalla de Selasia, dejando reducida la liga aquea á cinco de los veintiocho Estados que la constituían, pues los restantes cayeron bajo el dominio de Antígono, que murió en 221 después de repeler á los ilirios, que habían hecho una incursión en su territorio. Siguió después de varios incidentes la llamada *guerra de las dos Ligas* entre la aquea, á cuyo frente se puso Filipo, sucesor de Antígono en el trono de Macedonia, y la etolia, en cuyo favor tomaron parte los espartanos. Esa guerra, que duró los tres años comprendidos entre el 220 y el 217, acabó por un tratado de paz que Filipo concertó con sus adversarios cuando la noticia de la victoria de su aliado Aníbal sobre los romanos en Trasimeno, desvió su atención hacia Italia.

El Egipto desde la muerte de Alejandro Magno hasta la de Tolomeo Sotero.

Tolomeo, uno de los generales de Alejandro, fué el fundador de la dinastía llamada de los Lágidas, que gobernó el Egipto cerca de tres siglos. Durante el primero de ellos llegó á ser ese reino uno de los más florecientes y poderosos del mundo, y su capital Alejandría, no sólo el emporio mercantil adonde acudían todas las riquezas de Asia, Africa y Europa, sino el centro de la cultura y de la sabiduría helénica, en que estaba resumida la del género humano todo entero.

Durante los primeros Tolomeos (que tal fué el nombre de la mayor parte de los soberanos de esa dinastía) variaron los límites del imperio egipcio, según los sucesos de sus guerras con los soberanos que se repartieron los dominios de Alejandro; pero puede decirse, hablando en general, que estaban comprendidos en ellos la Cirenaica, colonia griega de la costa de Africa, situada al occidente del Egipto, la Libia, una parte de la Arabia, la parte de la Siria llamada Celesiria, la Fenicia y la isla de Chipre.

El tercer monarca de esta dinastía, llamado Tolomeo Evergetes, que reinó de 247 á 222, en su guerra con Seleuco Callinico, rey de Siria, invadió sus Estados y llevó sus armas hasta allende el Eufrates; pero no conservó los territorios conquistados, habiéndole sólo servido su expedición para hacerse de un botín inmenso y devolver á Egipto miles de estatuas y obras artísticas de que Cambises lo había despojado.

Aunque los Tolomeos eran soberanos griegos y el Egipto vino á convertirse bajo su dominio en una provincia helénica por la lengua y por las costumbres, de las clases gobernantes y directoras por lo menos, no sólo respetaron las creencias religiosas de los naturales, sino que las adoptaron en cierto modo, imitando las ceremonias de los antiguos faraones, reedificando antiguos templos arruinados y construyendo otros nuevos dedicados á las divinidades indígenas, y honrando y protegiendo á sus colegios ó corporaciones sacerdotales. Fundáronse en Alejandría bibliotecas y museos que adquirieron universal renombre. En una de esas bibliotecas había cuatrocientos mil volúmenes, y en la del Serapion, que era otra, trescientos mil, gastándose sumas enormes en copiar, traducir y encuadernar con extraordinario lujo cuantas obras científicas ó literarias había en el mundo, adquiri-

das muchas veces por medio de embajadas y á costa de inauditos esfuerzos, lo que se comprende bien en un tiempo en que no eran muchos los ejemplares de una misma obra. Nada menos que setenta traductores, á quienes se hizo ir desde Palestina, se emplearon en la traducción del hebreo al griego de las Sagradas Escrituras en el reinado de Tolomeo Filadelfo (285-240), siendo por tal motivo conocida esa versión de ellas por el calificativo de «la de los Setenta».

Pero la prosperidad y grandeza del imperio egipcio tuvieron el término que tienen todas las cosas humanas. Las enormes riquezas que el comercio y la buena administración hicieron afluir á su suelo, corrompieron no sólo á los gobernantes del país, sino á la sociedad toda entera, y Alejandría acabó por ser un foco de lujo y de desenfreno. La decadencia del Imperio se hizo evidente en el segundo siglo de su existencia. A la muerte del séptimo de los Tolomeos, en 117, siguió un largo período de luchas intestinas promovidas por sus hijos, hasta que el año 88 fué restablecido Tolomeo Sotero en el trono que había ya ocupado años antes en compañía de su madre Cleopatra. Ese Tolomeo Sotero reinó hasta 81. Pero ya desde el reinado de Tolomeo VI (181-145) habían comenzado los romanos á intervenir en los negocios de Egipto.

La Siria desde la muerte de Alejandro hasta la muerte de Antíoco el Grande.

El fundador de la dinastía de los Seléukidas fué Seleuco, llamado Nicator, uno de los más distinguidos generales de Alejandro Magno, que desempeñaba á la muerte de éste los gobiernos de Media y Babilonia y el mando de la caballería.

Durante el turbulento período que sucedió inmediatamente á la muerte de Alejandro, se vió arrojado del gobierno de Babilonia por Antígono, y tuvo que refugiarse en Egipto al amparo de Tolomeo. Ligado con éste contra Antígono y su hijo Demetrio, pudo volver á Babilonia en 312 (primer año de la Era de los Seléukidas), y reunir á esa provincia la Asiria y la Media. Después adquirió la Persia, la Hircania, la Bactriana y toda el alta Asia hasta más allá del río Indo; hizo un tratado con Sandrocoto, rey de una vasta comarca de la India; en 307 tomó, á imitación de sus rivales, el título de rey; y á consecuencia de la batalla de Ipsos, á la que concurrió en persona, se adjudicó la Siria, la Frigia, la Armenia y la Mesopotamia. Por último, quitó á Lisímaco en 280 la Tracia y la Macedonia, viniendo así á tener bajo su dominio el más vasto de los Estados formados de los despojos del imperio de Alejandro. Fundó en Siria las ciudades de Antioquía, Apamea y Laodicea, á la primera de las cuales hizo capital de sus dominios, y á orillas del Eufrates la de Seleucia, que contribuyó á la despoblación y ruina de Babilonia.

Pero ese vastísimo imperio, formado de fragmentos tan diversos y heterogéneos, no podía ser más duradero que suelen serlo los constituidos en forma análoga por la conquista, y cuya existencia depende de las condiciones personales de sus fundadores, y comenzó á desmembrarse en el reinado de su hijo Antíoco Sotero (281-261). Macedonia cayó bajo el dominio de Antígono de Goni; Bitinia, bajo el de Nicomedes, y Bizancio, bajo el de Filitero, gobernador de Pérgamo. Tuvo que sufrir también una devastadora invasión de los galos, que consiguió rechazar. Siguió la disolu-

ción del Imperio en los reinados de sus sucesores Antíoco Teos y Seleuco Calínico, en cuyo tiempo fueron fundados el reino de los Partos por Arsaces (255) y el de Bactriana por Teodosto, y se apoderó Eumeno, hijo de Filitero, rey de Pérgamo, de varias comarcas del Asia Menor.

Bajo Antíoco, llamado el Grande, más por lo largo de su reinado que por sus méritos, hubo continuas sublevaciones. Los gobernadores de Media y Persia levantaron contra él á toda el Alta Asia, y aunque la traición le permitió someter á los rebeldes, perdió en cambio la Hircania, que tuvo que ceder á los partos, después de una guerra desgraciada que con ellos sostuvo, y se vió obligado á devolver á los egipcios la Celesiria y la Palestina, que había conseguido quitarles (217). Tampoco fué afortunado en la expedición que hizo á la Bactriana, pues tuvo que reconocer á Eutidemo, su rey, la posesión de ella (206). En 203, aprovechando la minoridad de Tolomeo Epifanio, se apoderó nuevamente de la Celesiria y la Palestina; invadió después y se hizo también dueño del Asia anterior y del Quersoneso de Tracia. Estas últimas conquistas lo pusieron en presencia de los romanos, que se le opusieron prohibiéndole que siguiese su avance por Europa. Aníbal, que se había refugiado en su corte y que pretendía llevar la guerra al mismo territorio de Italia formando una confederación con el rey de Macedonia, no logró vencer la flojedad de ánimo de Antíoco, quien se mostró muy vacilante é indeciso, siendo al fin vencido por los romanos en las cercanías de Magnesia, y obligado á celebrar con ellos una paz humillante (190). Murió poco tiempo después detestado por sus súbditos, á quienes tuvo que esquilmar para pagar á los romanos la crecida indemnización á que por el susodicho tratado se había obligado (187).

De las ruinas del imperio de Alejandro se formaron los reinos de Cólquida, Iberia, Albania, Media, Edesa, el Bósforo, Emageno, Adiabeno, Charabeno, Elemaida, Bactriana, Pérgamo, el Ponto, Paflagonia, Capadocia, Armenia, Galacia y otros muchos, sin contar el vastísimo imperio

de los Partos y el de Bactriana. De ellos algunos tuvieron gran importancia y fueron regidos por soberanos ilustres.

La Bactriana comenzó por pertenecer al imperio de los Seléukidas; pero se hizo independiente en 254 con su gobernador el griego Teodoto, que anexionó la Sogdiana á sus dominios. Estuvieron él y sus sucesores en guerra unas veces y aliados otras con los partos y los sirios; hicieron conquistas hasta muy adentro de la India, y acabaron viendo caer toda la parte de su imperio de aquende el Oxo en poder de Arsaces VI, rey de los partos (142).

El reino de los Partos fué fundado por Arsaces, primer príncipe de la dinastía de los Arsacidas, el año 256, y aunque en su origen sólo comprendía un territorio limitado al este por la Margiana y el Aria, al oeste por la Media, al norte por la Hircania y al sur por la Persia y la Carmania, llegó á extenderse considerablemente, constituyendo un inmenso imperio que se hizo temer y respetar de los mismos romanos, y que duró cerca de quinientos años.

Los partos eran tan famosos como cabalgadores y arqueros como los escitas, con quienes tenían no pocos puntos de semejanza, y celebraban sus

asambleas en el campo y á caballo como los polacos y los húngaros de mucho tiempo después. La fuerza de sus ejércitos consistía sobre todo en la rapidez de sus movimientos, pues no llevaban un solo hombre á pie, y en lo certero de sus disparos, que hacían muy de ordinario sin detener sus cabalgaduras. Mediante esa táctica pudieron vencer á los romanos, habiendo sido el único pueblo de los que tuvieron que luchar con ellos que no cayó bajo su dominio.

En el año 226 de nuestra Era la dinastía de los Arsacidas fué destronada por el persa Artajerjes, comenzando entonces el segundo imperio de los persas bajo la dinastía de los Sasanidas.

El reino de Pérgamo tuvo principio después de la batalla de Ipsos. Lo fundó el eunuco Filitero, tesorero de Lisímaco, á quien sucedió Eumenes. Merced á la amistad que sus sucesores mantuvieron constantemente con los romanos, lograron no sólo conservar una independencia relativa bajo la protección de esos poderosos conquistadores, sino aumentar sus dominios con la Frigia, la Lidia y otras comarcas del Asia Menor. En 129 a. C., á la muerte de su rey Atalo III, fué convertido ese reino en provincia romana.

Se hizo muy famoso el reino de Pérgamo tanto por la esplendidez de sus monumentos, su actividad industrial y sus bibliotecas como por sus fábricas de pergamino (que de él tomó su nombre esta materia), cuyo uso se extendió mucho en cierta época en que se prohibió en Egipto la exportación del papiro.

La Bitinia, comarca situada al sur del Ponto Euxino ó mar Negro, formó parte de los dominios de Creso, rey de Lidia, y pasó después al de los persas; pero parece haber sido de las pocas que se sustrajeron al dominio de Alejandro Magno. En la corte de Prusias II, uno de sus reyes, se había refugiado Anibal, fugitivo de la de Antíoco, quien en el tratado de paz que celebró con los romanos después de la batalla de Magnesia se había comprometido á entregarlo, y allí le persiguió el odio de sus enemigos, obligándolo á suicidarse por no caer en sus manos (183). Nicomedes III, otro rey de Bitinia, destronado por Mitrídates, rey del Ponto, fué restablecido en el trono por los romanos, á quienes dejó su reino á su muerte (75).

El reino del Ponto, así llamado por su situación en la ribera meridional del Ponto Euxino, formó parte del imperio de los persas y del de Alejandro. A la muerte de éste fué gobernado por sus propios reyes, que tomaron parte en las guerras que suscitaron entre los generales que se repartieron los despojos del Imperio. El más famoso de ellos fué Mitrídates el Grande (121-65), que conquistó la Paflagonia, la Capadocia y el Bósforo Cimerio, é hizo una expedición á Escitia. Fué enemigo á muerte de los romanos, contra los cuales estuvo en guerra hasta su muerte. Llegó á hacerse tan temible, que pusieron en movimiento contra él á todas sus tropas del Asia Menor, divididas en muchos cuerpos; pero los romanos fueron vencidos, apoderándose Mitrídates de todas las tierras del Asia Menor hasta Jonia, y después de Tracia, Macedonia, Grecia y las islas del Archipiélago. Dominaba sobre veinticinco naciones, y hablaba y entendía las lenguas de todas ellas, porque, entre otras cualidades sobresalientes, tenía una memoria prodigiosa. Tuvo el pensamiento de ir á atacar á los romanos á Italia, pero no pudo realizar su proyecto por haberle vuelto la espalda la fortuna, siendo vencido

en diversas ocasiones por Sila, Lúculo y Pompeyo, y al fin despojado de todas sus conquistas y obligado á refugiarse en Armenia. Ni aun entonces se dió Mitrídates por vencido, y todavía pensaba en llevar la guerra á Italia, cuando la traición elevó al trono á su hijo Farnaces. El, desesperado, se quitó la vida. El reino del Ponto pasó á ser entonces provincia romana, al mismo tiempo que el reino de Paflagonia, que estuvo casi siempre unido al del Ponto.





CAPÍTULO XI

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE LOS PUEBLOS OCCIDENTALES Y SEPTENTRIONALES DEL MUNDO ANTIGUO

Consideraciones generales sobre los pueblos bárbaros del mundo antiguo

por la pequeña participación que tuvieran en los acontecimientos que hemos relatado.

Y es que los pueblos occidentales y septentrionales del mundo antiguo, aunque no se hallaban en estado salvaje, pues los hombres de raza blanca no descendieron nunca á tan bajo nivel, si formando minúsculas sociedades sin cohesión unas con otras, y sin otros planes políticos ni otros hori-

zontes que los que caben en situación social tan rudimentaria. La historia de pueblos en semejante estado no podría consistir en la narración de pequeñas rivalidades, luchas é incidentes de la vida diaria sin ninguna importancia ni trascendencia, que, aun dado que nos fuera conocidos, ningún interés ofrecerían, sino en la descripción de sus creencias, leyes, lenguajes y costumbres; pero aun de tales circunstancias sólo noticias incompletísimas han llegado á nosotros, cuando no faltan absolutamente, que es lo más ordinario.

Toda la historia de que hasta ahora hemos tratado se refiere á pueblos y territorios situados al oriente del mar Adriático y al mediodía del río Danubio. Sólo de pasada hemos mencionado á los galos, á los escitas, á los cimerios, á los cartagineses y á algún otro pueblo occidental ó septentrional,



Restos de un antiquísimo monumento de origen desconocido existente en Inglaterra. Se le conoce por el nombre de *Stonchenge*, que en antigua lengua sajona significa piedras suspendidas.

La raza aria ó indoeuropea.



Piedra hita.

Primitivos habitantes de Europa.

son los dravidianos habitantes del Dekan, de los cuales hay en el momento presente más de cincuenta millones, y las tribus salvajes que ocupan ciertas comarcas montuosas del interior de su vasto territorio, y en Europa pudieron haber sido los ligures, los sicanos, los sículos, los siluros, los iberos y otros habitantes de Italia, Sicilia, Bretaña, España y otras regiones, de los cuales quedaban todavía gruesos núcleos en los siglos IV y V anteriores á nuestra Era, y con mayor motivo en los tiempos precedentes; pero las pocas noticias que tenemos sobre esos pueblos, y que se hallan esparcidas acá y allá en las obras de los antiguos autores griegos y latinos, son demasiado vagas, y muchas veces contradictorias, para que pueda aventurarse hipótesis alguna digna de crédito sobre sus orígenes. Los únicos representantes de esos pueblos aborígenes de Europa pudieron ser los vascongados de España y Francia, á cuya lengua no se encuentra parentesco alguno con las demás que se hablan en Europa.

Conviene, sí, que se advierta acerca de los iberos, que es uno de los pueblos que hemos citado y de los que se presume que los ligures de Italia y las Galias, los aquitanos del mediodía de las Galias, los siluros de la isla de Bretaña y los sicanos y sículos de la de Sicilia eran otras tantas ramas, que ninguna relación parecen tener con los naturales de la Iberia, región

Hay razones para suponer que desde tiempo muy remoto se repartían el suelo de Europa los galos, llamados también celtas, los germanos y los eslavos, pueblos los tres divididos en infinidad de tribus ó pequeñas naciones, y derivados todos ellos del mismo tronco común de que procedían los griegos, los persas y los indostanos de lengua sánscrita.

Los estudios verificados en nuestro mismo tiempo de las lenguas habladas por los pueblos derivados de los acabados de nombrar, proporcionan el único argumento en que puede sustentarse la hipótesis de su origen común, que es cuanto acerca de ellos puede verosíblemente decirse relativo á época anterior á la histórica, que para todos esos pueblos es muy reciente; pero cuanto se diga acerca del tiempo en que se efectuaron sus emigraciones y el lugar de donde partieron, es completamente arbitrario, no habiendo ya hoy quien pueda saberlo ni presumirlo.

Créese con fundamento que no fueron esos pueblos los primeros moradores de Europa ni de la India, y que antes que ellos había otros, de origen completamente desconocido, que en la India



Piedras alineadas de Carnac (Bretaña francesa).

del Cáucaso comarcana de la Albania y de la Armenia, que juega papel importante en la historia de los imperios asirio, babilónico, pérsico y griego; pues los iberos occidentales no llevaban por sí ese nombre, sino que les fué aplicado por los griegos colonizadores de sus costas, que lo tomaron del del río Ibero ó Ebro, que era el más caudaloso de los que bañaban su territorio, así como presumen algunos autores modernos que el de celtíberos que dieron los romanos á los habitantes de cierta parte de España también vecina del río Ebro, no significaba, como comúnmente se ha creído, fusión ó mezcla de celtas é iberos, sino proximidad al río Ebro de las tribus celtas á que se aplicó ese calificativo.

Colonias fenicias, cartaginesas y griegas en las tierras occidentales de Europa y África

Ya se ha dicho al tratar de los fenicios que fueron la nación más dada á la navegación y al tráfico de cuantas figuran en los tiempos históricos. Con ese carácter se nos presentan en la época de los primeros reyes de Israel, ó sea unos mil años antes de nuestra Era, teniendo ya en ese

tiempo cubiertas de sus colonias todas las costas del Occidente hasta las islas Británicas, asegurándose que sólo en España poseían unas doscientas.

Una de esas colonias, que andando el tiempo vino á ser tan poderosa ó más que su metrópoli, fué Cartago, fundada en una época que no puede precisarse, en la parte de la ribera septentrional de Africa más cercana á la isla de Sicilia.

Los cartagineses no se limitaron, como sus hermanos los fenicios, á ejercer pacíficamente el comercio estableciendo colonias ó factorías en las riberas de las comarcas que visitaban con sus naves, sino que fueron agresivos, y conquistadores como los genoveses y venecianos de largo tiempo adelante, viéndose muchas veces envueltos en guerras largas y encarnizadas, ora

con los pueblos moradores de las dichas comarcas, ora con aquellos otros que pretendían suplantarlos ó disputarles su explotación ó su dominio. Ya en la época á que hemos llegado en nuestro relato las habían tenido muy reñidas en la isla de Sicilia con los colonos griegos establecidos en ella, y hasta habían arrancado á sus hermanos los fenicios la posesión de las que habían fundado en España, pagándoles tan ingratamente su noble conducta cuando se negaron á ayudar á Cambises en la expedición que contra Cartago tuvo en proyecto después de verificada la conquista de Egipto.

Los griegos, que ni siquiera figuraban en la historia cuando ya eran viejos los fenicios como pueblo navegante, mercantil y colonizador, compitieron ventajosamente con ellos y con los cartagineses en tiempos posterior-



Mesa de piedra.

res. Todas las costas de Asia, Africa y Europa desde el Ponto Euxino ó mar Negro hasta las Galias y Bretaña, fueron colonizadas por ellos en el curso de los siete siglos que precedieron al tercero anterior á nuestra Era, contándose por miles sus establecimientos ó factorías, que se convirtieron á veces en reinos y repúblicas poderosas. En la isla de Sicilia y en la región meridional de Italia, eran tantas y tan opulentas, que la última de esas regiones recibió el nombre de Magna Grecia. En la costa meridional de las Galias tenían, entre otras muchísimas, la de Marsella; en las de España, también entre otras innumerables, las de Ampurias y Sagunto.



Monumento de piedra en Cornualles (Inglaterra).

Este grabado, como todos los de este Capítulo, representa uno de los muchos monumentos que por componerse de piedras enormes y rudísimas son conocidos por el nombre genérico de *megalitos*, que se hallan esparcidos por toda Europa, y abundan especialmente en Inglaterra, en Escocia, en Gales y en la provincia francesa de Bretaña. Se les ha atribuido á los celtas, pero el haberlos semejantes á ellos en Africa, en Siberia, en la India, en el norte de América y en otras muchas regiones del mundo, induce á que se les suponga origen más remoto. Es muy probable que fueran construídos por los pueblos incultos y desconocidos que habitaban la Europa antes de las invasiones de los pueblos arjos, y por consiguiente de los celtas, que eran uno de esos pueblos: porque los nombres de *menhir*, *dolmen*, *cromlech* y otros que dan á esos monumentos en su lengua, pueblos conocidamente célticos, como los naturales de la provincia francesa de Bretaña, de las provincias británicas de Gales y Cornualles y de las tierras altas de Escocia, claramente indican en su acepción de *piedra hita*, *mesa de piedra*, etc., que es su propio significado, ignorancia del verdadero objeto á que se les destinaba.

La influencia de todas esas colonias fenicias, cartaginesas y griegas en la vida, instituciones y costumbres de las comarcas en que estaban fundadas, debió de ser grandísima. No puede dudarse que la Magna Grecia, que era en todo rigor una prolongación de la Hélada, ó, como si dijéramos, una

Grecia trasladada á Italia, helenizó en mayor ó menor grado á toda la Península; así como el hecho de valerse los druidas, ó sacerdotes de la tenebrosa religión del centro y septentrion de la Galia y de la Bretaña, de letras griegas en sus escrituras, es prueba indudable de la influencia de la cultura helénica en las bárbaras naciones habitantes de esas lejanas comarcas.

Los celtas, los germanos, los escitas y los cimérios.

Un pueblo que hace importante papel en la historia no sólo de Europa, sino del Asia occidental, es el celta; pero sólo es conocido por sus invasiones asoladoras en muy diversas épocas á partir del siglo VII anterior á nuestra Era, en el su-

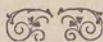


Entre los muchísimos restos que se conservan en Sicilia de las opulentísimas colonias griegas, son muy famosas las latomías (canteras), de Siracusa, de donde se extrajo la piedra con que se construyó esa gran ciudad, que tuvo en tiempos medio millón de habitantes. Damos aquí una vista parcial de esas latomías, que en algún tiempo fueron destinadas á prisiones, y que juegan gran papel en la historia de Dionisio, *tirano* de Siracusa.

puesto, algo aventurado, de que la terrible invasión que tubo en Media, Asia Menor y Palestina en ese mismo siglo VII, y á la que en varios lugares nos hemos referido, fuera de celtas ó galos, como ciertamente lo fueron las del siglo IV en Italia y las del IV y III en Iliria, Macedonia y Asia Menor. Pero aun dando por hecho que la famosa invasión del siglo VII no fuera de galos ó celtas (que es la misma cosa), sino de escitas, nombre de tan vago significado como el de cimérios, hiperbóreos, sármatas y otros con que designaron los autores antiguos á pueblos habitantes de las tierras

septentrionales al Danubio y entre ellos á veces á los mismos galos, no puede dudarse que fueron verdaderos galos ó celtas los que verificaron esas otras invasiones á que acabamos de hacer referencia, y las de las Galias, España y Bretaña en épocas que no pueden precisarse. En el tercer siglo anterior á Cristo ocupaban, sin género de duda, la mayor parte del territorio de las Galias, y gran parte del de España y la isla de Bretaña, y habian fundado ya un Estado independiente en el Asia Menor, donde eran conocidos por el nombre de gálatas.

Los germanos eran desconocidos de los griegos, por lo menos con ese nombre, mencionado por primera vez por los autores latinos, que lo aplicaban á los pueblos moradores de las tierras septentrionales de la orilla derecha del Rhin; pero es muy posible que fueran germanos algunos de los pueblos que comprendían los griegos bajo el nombre general de cimérios, escitas ó hiperbóreos, como también pudieran ser algunos de esos pueblos de los que llamamos al presente eslavos. Lo que positivamente puede decirse sobre todos esos pueblos septentrionales, es que pertenecian á la misma raza indoeuropea que los celtas y los griegos, porque así lo demuestra el estudio de las lenguas que hablan sus descendientes.





CAPÍTULO XII

ITALIA Y SUS HABITANTES HASTA EL SIGLO VIII ANTES DE NUESTRA ERA

Primitivos habitantes de Italia.

De todos los pueblos occidentales de Europa, los que primero entraron en el movimiento de la historia antigua fueron los de Italia. Verdad es que su estado de cultura debió de ser en todo tiempo muy superior al en que se encontraban las demás naciones occidentales cuando los primeros pueblos colonizadores llegaron á sus costas, como lo demuestran los restos de edificios ciclópeos de que el suelo de Italia está sembrado, y de los que no pueden ser autores ningunos de los pueblos que moraban en ella hacia el tiempo en que se supone que fué fundada la ciudad de Roma, sino otros más antiguos, que se cree fueran los mismos pelasgos, á quienes se atribuye las construcciones semejantes que hay en Grecia.

Hacia el siglo VIII antes de nuestra Era se repartían el territorio de Italia varias naciones, de las cuales la más importante era la de los etruscos. Estos, en el tiempo de su mayor prosperidad, formaban tres confederaciones, cada una de doce ciudades; una de ellas en la Italia septentrional, llamada más adelante Galia Cisalpina, otra en la Italia central, y la tercera en la meridional ó Campania, la cual fué destruída por los griegos fundadores de las colonias de la Magna Grecia.

Algunas noticias sobre los etruscos.

Como muchas de las instituciones religiosas, civiles y políticas de los romanos procedían de los etruscos, con quienes tenían muchos puntos de contacto y de parentesco, debemos decir algo sobre ellas. Dividíanse en tribus, curias y centurias, y su gobierno tenía tanto de teocrático como de militar, siendo sus caudillos á la vez guerreros y sacer-

dotes. Había fuera de las ciudades una numerosa clase servil, empleada en el cultivo de la tierra. Esta clase, privada de todos los derechos civiles y políticos, debía de ser la primitiva dueña del suelo, conquistada, desposeída y sometida por la sacerdotal y gobernante.

La religión de los etruscos, como la de casi todos los pueblos antiguos, tenía dos formas: una secreta, sólo al alcance de los sabios y de los sacerdotes, y la otra popular, para el uso del vulgo. Sus principales divinidades, aunque llevaban otros nombres que las de los griegos y carecían de la envoltura de risueñas fábulas con que los griegos habían vestido su mitología, fueron asimiladas más adelante á ellas. Infinidad de genios, ó sea, ciertas entidades sobrenaturales protectoras de los bosques, ríos, lagos, manantiales, linderos, caminos y otros accidentes naturales ó debidos á la industria humana, y muy particularmente los dioses *lares* y *penates*, propios de cada familia, recibían culto y eran honrados con sacrificios entre los etruscos. El adivinar lo porvenir examinando las palpitaciones de las entrañas de las víctimas, el vuelo de las aves y el fulgor de los relámpagos, eran puntos esenciales y característicos de la religión etrusca, llamándose *augures* y *arúspices* los sacerdotes que se empleaban en tales adivinaciones.

Los etruscos eran grandes constructores, aunque carecían del genio artístico de los griegos. Sus obras de utilidad práctica, como cloacas, muros, puentes, acueductos, teatros y otras semejantes, eran notabilísimas por su solidez, á prueba de siglos. Muchas de ellas subsisten aún en la misma ciudad de Roma y sus cercanías, y en otras regiones de Italia. También se han hecho famosos por la elegancia de sus formas los vasos etruscos descubiertos en nuestro tiempo en las tumbas y en las excavaciones, por más que hay la sospecha de que esos y otros objetos artísticos que se han tenido hasta ahora por etruscos, son griegos, con cuyo pueblo sostenían los etruscos (á quienes los griegos llamaban *tirrenos*) muy activo comercio. Los etruscos eran notables mineros y herreros y admirables joyeros y lapidarios, siendo de belleza admirable y de trabajo exquisito las alhajas etruscas que se han descubierto en cantidad enorme en nuestro tiempo. Consta también que tenían libros y muy rica literatura, pero ni han llegado á nosotros, ni se han podido descifrar hasta ahora las muchísimas inscripciones de sus monumentos.

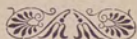
Créese que ciertos pueblos representados en los monumentos egipcios del siglo XIV y XV antes de nuestra Era eran etruscos; pero no hay seguridad sobre ello. Sábese, sí, que eran muy audaces piratas y navegantes; y sus guerras navales con los griegos de Italia y de Grecia fueron frequentísimas en los siglos VII, VI y V anteriores á Cristo, combatiendo no pocas veces aliados con los cartagineses; pero el poderío marítimo etrusco recibió un golpe terrible con la pérdida de una batalla naval que sostuvieron en el año 474 (a. C.) contra la flota de Hieron, tirano de Siracusa. La marina etrusca puede decirse que estaba extinguida al fin del siglo V (a. C.)

Había en Italia otros pueblos menos poderosos que los etruscos, pero que juegan papel importante en la historia romana. Tales eran los oscos, los latinos, los sabélicos y los umbríos, al primero de los cuales pertenecían los sabinos, y

**Los oscos, los sabélicos,
los vénetos y otros
pueblos de Italia.**

al segundo los samnitas. En cuanto á los cimbrios, (*) se cree que formaron un pueblo poderoso que compartió en tiempo muy remoto con los ligures el dominio de la Italia septentrional, de donde fueron expulsados por los etruscos, con quienes se incorporaron en la Italia central tomando parte con ellos en sus guerras contra los romanos. Debemos citar también á los vénetos, que habitaban en la Italia septentrional, y á los ligures, ya nombrados, que ocuparon en un tiempo no sólo la parte de la Italia septentrional ribereña del golfo ligúrico ó de Génova, sino una considerable del de la Galia transalpina. En cuanto á los galos, que algún tiempo adelante se establecieron en la región de Italia llamada hoy Lombardía, no habían aún entrado en Italia en este siglo VIII de que estamos tratando.

(*) Acerca de la relación que hubiera entre ese pueblo cimbrío, el que, junto con el de los teutones invadió la Galia y fué desbaratado por Mario en Aquæ Sextiæ, en los últimos años del siglo II anterior á Cristo, el que tenía su asiento en la península llamada por tal motivo por los romanos Quersoneso Cimbrico (hoy Jutlandia), y el que dió nombre, mucho más adelante, á la provincia inglesa de Cumberland (palabra que significa «tierra de los Kimbros ó Cimbrios», pues la G latina tenía el sonido duro de la K en ese tiempo), nada se sabe de cierto, y cuanto sobre ello se diga no pasa de ser hipotético.





CAPÍTULO XIII

HISTORIA DE ROMA DESDE SUS PRINCIPIOS HASTA LAS GUERRAS PÚNICAS

Quiénes eran los romanos, y primeros hechos de su historia. Se cree que los romanos eran una mezcla de latinos, sabinos y etruscos. Los orígenes de su ciudad están envueltos en la oscuridad más profunda, así como los primeros tiempos de su historia, pues por más que se fija la fundación de

Roma en el año de 754 antes de nuestra Era atribuyéndola á Rómulo, que habría sido su primer rey, y se refieren puntualmente los hechos de éste y de sus sucesores hasta Tarquino el Soberbio, último de ellos, cuyo destronamiento se supone ocurrido en 509, hay grandes sospechas de que si no es enteramente fabulosa toda esa parte de la historia romana, está en ella muy confundido lo real y verdadero con lo fantástico.

Cuéntase que Rómulo y su hermano gemelo Remo, abandonados á su nacimiento, fueron amamantados y criados por una loba; que llegados á la edad de la adolescencia, acordaron fundar una ciudad, durante la construcción de cuyos muros, irritado Rómulo por una burla de Remo lo mató, quedándose por señor único del nascente Estado; que la ciudad ya edificada y murada, se pobló con los bandoleros, ladrones y gente maleante de las comarcas vecinas, que Rómulo acogió en ella; que, faltando mujeres á los pobladores, se apoderaron por la fuerza de las hijas de los sabinos que habían acudido con sus familias á una fiesta á que los habían invitado, lo que dió lugar á una guerra que acabó reconciliándose y formando un solo pueblo los contendientes; que Rómulo sostuvo guerras con ciertos pueblos vecinos de quienes salió vencedor, y, por último, que revisitando sus tropas, fué envuelto por una nube y desapareció para siempre.

Tal es la historia, como se la cuenta, y cuya inverosimilitud salta á la

vista, del fundador y primer rey de Roma y del origen de la ciudad. La que corre sobre sus sucesores, aunque no tan maravillosa, no es menos incierta. Puede asegurarse, sí, que durante los doscientos cuarenta y cinco años que se supone duró el período de los reyes, se construyeron templos, muros, cloacas y otras obras de utilidad pública y se amplió lo bastante el territorio romano por la anexión á él, mediante guerras ó tratados, de ciudades y comarcas vecinas, no sólo para ponerlo á la cabeza de la confederación de los Estados del Lacio, de los que la ciudad de Roma había comenzado por ser una simple aldea, sino para permitirle celebrar un tratado comercial, como consta que lo celebró en los últimos años del período de los reyes, con la república de Cartago, que dominaba entonces toda la cuenca occidental del mar Mediterráneo. Los romanos, que tenían salida al mar por el puerto de Ostia, poseían, pues, naves desde los primeros tiempos de su historia.

Como la historia de Roma consiste tanto ó más que en sus conquistas en el desarrollo de sus instituciones, que vinieron á extenderse á todos los pueblos que fué sometiendo, no es posible pasar adelante sin dar una idea de ellas.

Roma fué regida al principio por reyes; pero habiéndose hecho odioso al pueblo por sus desafueros el séptimo de ellos, llamado Tarquino el Soberbio, fué destronado y expulsado de la ciudad el año 509 a. C., siendo sustituida desde entonces la autoridad real por la de dos magistrados llamados cónsules, que se mudaban todos los años.

Peró ni bajo el gobierno de los reyes ni bajo el que le sucedió de los cónsules eran unos ni otros los verdaderos soberanos del Estado, sino la corporación llamada *Senado*, compuesta de cierto número de padres de familia elegidos por el pueblo. Dividíase éste en tribus, así llamadas por haber sido sólo tres en sus principios; las tribus á su vez se dividían en curias y éstas en *gentes* ó asociaciones de varias familias que se suponían descendientes de un antepasado común, cuyo nombre llevaban y á quien rendían culto todos sus miembros. Sólo quienes perteneciesen á las dichas familias, gentes, curias y tribus eran en su principio ciudadanos romanos; sólo ellos podían ser senadores, sacerdotes, jueces ó desempeñar cualquier otro cargo público; sólo ellos tenían voto en las elecciones, y sólo ellos servían en la milicia; con los demás no se contaba para nada, por más que su número fuera engrosándose á medida que crecían la ciudad y el Estado romano.

Más adelante, pero todavía en el período de los reyes, se dividió á todos los habitantes del Estado romano en seis clases según la riqueza. Las cargas más pesadas gravitaban sobre las primeras de ellas; la última estaba compuesta de los que poseían muy pocos ó ningunos bienes, y era la más privada de derechos civiles y políticos, pero también la más exenta de deberes y obligaciones respecto del Estado. Las cinco primeras de esas clases tenían que proporcionar los grupos de cien combatientes de á pie, llamados centurias, y los de diez de á caballo, llamados decurias, cuyo conjunto constituía la hueste: la última clase estaba excluida del servicio militar, que entonces se prestaba gratuitamente. Los ciudadanos más ri-

cos eran los mejor armados y los que más se arriesgaban en los combates; los más pobres y que, por consiguiente, podían proporcionarse peores armas, formaban las tropas ligeras. Después de estas reformas los patricios, ó sea los antiguos ciudadanos romanos, conservaron sus privilegios; pero los plebeyos, que eran los que antes no tenían ninguno, formaron parte del pueblo romano.

Con la abolición de la monarquía no ganaron nada los plebeyos: antes al contrario, por más que la Historia haya atribuido la revolución que dió con ella en tierra á los abusos del poder real, hay motivos para suponer que fué una reacción contra las medidas favorables á la plebe que los últimos reyes habían venido adoptando; un movimiento aristocrático, diciéndolo en dos palabras. Después de esa revolución se concentró toda la autoridad en manos de los patricios. De su seno salían los cónsules, los miembros del Senado y todos los magistrados judiciales y sacerdotales, estando arregladas las cosas de modo que en las elecciones, en que no se votaba individualmente sino por centurias, tuviesen siempre mayoría los patricios

Evolución de las instituciones romanas desde la abolición de la monarquía hasta el año 300 a. C.

Durante los dos siglos que siguieron á la expulsión de los reyes, ó sea desde el año 509 hasta el 300 antes de nuestra Era, la historia interior del pueblo romano es la de las luchas entre el patriciado, que pretendía conservar sus privilegios y la dirección política y social de la República, y la plebe, que aspiraba, naturalmente, á mejorar su condición civil, política y económica.

La historia de esos hechos es interesantísima; pero no podemos aquí siquiera bosquejarla, habiendo de limitarnos á decir que en el transcurso de esos dos siglos fueron los plebeyos ganando terreno poco á poco y consiguiendo que se introdujeran sucesivas reformas en las leyes é instituciones públicas, hasta que en el año 454 de la fundación de Roma, que es el 300 anterior á nuestra Era, habiendo logrado los plebeyos que se les abrieran las puertas de los colegios de pontífices y de augures, única cosa que les faltaba ya entonces para igualarse á los patricios, terminó la lucha secular entablada entre ellos por la completa victoria de la plebe. De allí en adelante hubo en la República la más absoluta igualdad civil y política entre todos los ciudadanos, así patricios como plebeyos.

Historia exterior de Roma hasta las guerras púnicas.

Los progresos de Roma en el exterior fueron grandísimos durante el período de dos siglos y medio transcurrido desde la abolición de la monarquía hasta las guerras Púnicas. De las que sostuvo con los pueblos vecinos, que fueron incesantes, salió siempre victoriosa á la corta ó á la larga, gracias al valor y pericia de sus capitanes y de sus soldados y á la admirable perseverancia de sus políticos, resultando de ellas continuas ampliaciones de su territorio.

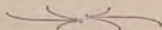
En la primera mitad del siglo iv, se vió afligida la República por tres terribles y asoladoras invasiones de los galos, que cubrieron con sus hordas todo el territorio de la Italia central, después de haber destruído un siglo antes la confederación etrusca de la Italia septentrional, en cuya re-

gión se establecieron permanentemente. En la primera de ellas (año 390 a. C.), Roma, después de desbaratado su ejército en la batalla de Allia, fué entrada, saqueada y quemada por los galos; pero se desquitó en las otras dos, ocurridas hacia mediados del mismo siglo, destruyendo á los invasores en varios reñidos encuentros. Poco después emprendió la larga guerra contra los samnitas, pueblo de la Italia meridional que, ligado con los latinos, los sabinos, los cimbrios, y hasta con los galos, le infligió serios descalabros y mortificantes humillaciones, pero á los que al fin venció, después de sesenta y un años de guerra (282 a. C.). Esas campañas dieron á Roma el dominio de toda la Italia Central.

Siguió á la guerra de los samnitas la provocada por los tarentinos, que eran los más poderosos colonos griegos de la Italia meridional. Celosos éstos del poderío naval que iban adquiriendo los romanos, llamaron en su auxilio á Pirro, rey del Epiro, á quien ya hemos nombrado en otro lugar de esta obra, el cual, habiendo vencido al principio, pero siendo vencido al fin por los romanos, se volvió á su reino, abandonando á los tarentinos, que se vieron obligados á someterse á Roma. Después de esta guerra, que terminó en el año 272 anterior á nuestra Era, toda la Italia peninsular quedó sometida al poder romano.

Situación de los pueblos conquistados por los romanos.

No todos los pueblos, ciudades y territorios sometidos á Roma quedaban en la misma situación después de conquistados, ni fué tampoco invariable esa situación en el curso de los siglos siguientes. Había variedad muy grande en la amplitud de los derechos y libertades de que gozaban según la calidad de su población y las circunstancias que habían concurrido en su conquista. Los romanos los distinguían unos de otros por los títulos de aliados, inmunes, municipales, colonos y otros que respondían á los derechos y preeminencias que les concedían. Las colonias, como formadas por ciudadanos romanos que habían ido á establecerse en ellas, eran consideradas como reproducciones de la metrópoli, y participaban de todos los derechos, leyes y prerrogativas de Roma, que se instituían allí con otros nombres. El objeto de tales colonias era mantener el dominio de Roma sobre las comarcas circunvecinas, vigilándolas y compeliéndolas á la obediencia en caso de rebeldía. Los municipios, aunque con muchos derechos y preeminencias, eran de condición inferior á las colonias. Los había que se regían por el derecho civil y político de los romanos, y los había también que conservaban el suyo propio y su antigua manera de gobernarse. Fué poco á poco modificándose ese estado de cosas en el curso de los siglos siguientes hasta que se llegó á una igualdad general. De todos modos, la autonomía de que gozaban las ciudades del imperio Romano fué en todo tiempo muy amplia en cuanto concernía á su administración y gobierno interior.





CAPÍTULO XIV

HISTORIA DEL PERÍODO COMPRENDIDO ENTRE LA PRIMERA GUERRA PÚNICA Y EL ESTABLECIMIENTO DEL IMPERIO ROMANO

En la época en que, terminadas las guerras con **Las guerras Púnicas.** los samnitas y los tarentinos, dominaba Roma en toda la parte peninsular de Italia, era la república de Cartago señora de toda la cuenca occidental del mar Mediterráneo, teniendo posesiones importantes en Córcega, Cerdeña, Sicilia y España, que eran para ella factorías mercantiles, puntos de escala de sus naves, y arsenales y plazas de guerra. Roma había sostenido relaciones amistosas y celebrado ya varios tratados con Cartago; pero, ya dueña de Italia, era lógico que aspirase á la dominación sobre las islas vecinas y seguro que la guerra entre ambas repúblicas había de estallar más pronto ó más tarde.

La posesión de la isla de Sicilia fué la causa de la primera guerra púnica, que duró veintitrés años, al cabo de los cuales, vencida Cartago, tuvo que abandonar la Isla.

Repúsose de ese quebranto conquistando casi todo el territorio de España, en cuyas costas ya desde tiempo antiguo poseía varias colonias que había quitado á los fenicios; pero el sitio y expugnación de Sagunto, ciudad y colonia griega de España, aliada de Roma, llevado á efecto por el general cartaginés Aníbal, motivó embajadas y reclamaciones que acabaron en una nueva rotura de hostilidades (*). En esa segunda guerra, la

(*) Es muy común considerar la expugnación de Sagunto como una agresión de los cartagineses contra los españoles. Los que así discurren parecen olvidar que Sagunto era una ciudad enteramente griega por la raza, costumbres y lengua de sus habitantes, la cual llevaba el mismo nombre de su metrópoli la isla Zakunto ó Zakinto (hoy Zante), y estaba en guerra casi permanente con las tribus españolas circunvecinas, en cuya ayuda acudió Aníbal con tropas también españolas, que fueron las mismas con que llevó á efecto, poco después, su famosa expedición á Italia. El mismo Aníbal era de raza española por su madre.

audacia de Aníbal, que invadió á Italia por tierra y ganó cuatro célebres batallas á los ejércitos romanos que le salieron al encuentro; puso á Roma en gravísimo peligro, pero el aislamiento en que se encontró el caudillo cartaginés en el sur de Italia, cortadas sus comunicaciones con España, que en vano trató de restablecer su hermano Asdrúbal, y con Cartago, cuya flota fué deshecha por la romana, y el no haber sido secundado como esperaba por los pueblos italianos sometidos á Roma, salvaron á la República. Los ejércitos romanos, conducidos por Escipión, arrancaban entretanto á los cartagineses todos sus territorios de España, y después les invadían su propio solar de Africa. Acudió allí Aníbal, y habiendo perdido la batalla de Zama, aconsejó al Senado cartaginés que hiciera las paces. Así acabó la segunda guerra púnica, cuyo resultado fué la sumisión de Cartago á la preponderancia romana, después de haber perdido cuanto poseía fuera de Africa. Había durado desde 219 hasta 201 a. C., ó sea, unos diez y ocho años. La tercera, que sólo duró tres—desde 149 á 146—y cuya única razón, encubierta bajo especiosos pretextos, fué el deseo de Roma de aniquilar á su antigua rival, tuvo por término la destrucción de Cartago. Esas guerras dieron á Roma la posesión de España, de los territorios occidentales de Africa, cuyos reyes, aunque con nombre de aliados, vinieron á ser sus vasallos, y de todas las islas de la cuenca occidental del mar Mediterráneo.

Otras empresas realizadas por los romanos en el mismo período. Dentro del período de más de cien años comprendido entre el comienzo y el fin de las guerras Púnicas, sometieron los romanos á su dominio la parte continental de Italia, llamada Galla Cisalpina, y tomaron parte activa en los negocios de la Europa oriental, interviniendo en

las luchas que agitaban á Grecia y á los demás Estados que se habían formado de las ruinas del imperio de Alejandro Magno. Esa intervención, en que la política de Roma consistió en mantener vivas las discordias entre ellos para aprovechar ocasiones de engrandecerse á sus expensas, se tradujo primeramente en guerras contra Filipo de Macedonia, jefe de la liga aquea y aliado de Cartago que, no habiendo sabido aprovechar la oportunidad que tuvo de ayudar á Aníbal en Italia, acabó por ser vencido (197), dando así á los romanos el dominio de hecho sobre Macedonia y Grecia, por más que en la forma los griegos conservaran su independencia. Tocóle entonces el turno á Antíoco, rey de Siria, que no menos ambicioso é imprudente que Filipo, habiendo provocado las hostilidades con los romanos atacando á la Tracia, sufrió también terribles descalabros que le obligaron á abandonar todas sus conquistas y á encerrarse en sus Estados hereditarios (190), y después, á Perseo, hijo de Filipo de Macedonia que, habiendo entablado también guerra con los romanos, y después de varios encuentros favorables para él, acabó por ser vencido, preso y enviado á Italia. En el mismo año 146 de la destrucción de Cartago, Grecia y Macedonia, después de una rebelión reprimida, eran reducidas á provincias romanas.

Al mismo tiempo que sostenían los romanos estas guerras en Asia y en el oriente de Europa, completaban en los sesenta y seis años comprendidos entre 200 y 134 a. C. la conquista de España, en algunas de cuyas re-

giones tuvieron que vencer la enérgica resistencia que les opusieron los naturales, especialmente los lusitanos y los celtíberos.

Historia interna de Roma.

Aunque en Roma reinaba la igualdad civil y política de todos los ciudadanos, la paz interior sólo duró un siglo. Las continuas guerras en que estaba empeñada la República acabaron con los elementos sanos de su población, los cuales componían sus ejércitos, conservándose sólo los proletarios, los libertos y los extranjeros que estaban



Arpino; patria de Mario y de Cicerón. en su estado actual.

excluidos de las filas. El vacío que dejaban los ciudadanos lo llenaban los esclavos y los extranjeros que de los países conquistados afluían á Roma ó eran transportados á Italia. Así, la población acabó por transformarse por completo, no tardando en componerse la sociedad romana, y aun la de toda Italia, de una muchedumbre de libertos y de esclavos y de unas pocas familias patricias en cuyas manos estaba acumulada toda la propiedad. Un lujo desenfrenado y una corrupción moral espantosa habían venido á sustituir á la antigua austeridad y pureza de costumbres. Las antiguas luchas entre los patricios y los plebeyos se reprodujeron bajo otras formas, y en el último siglo de la República se derramó más sangre en las guerras civiles que en las extranjeras. Si se prescinde de las campañas que sostuvieron los romanos contra Yugurta en Africa, contra Mitridates en Asia, contra los cimbrios y los teutones que en número

enorme invadieron las Galias y la Italia y por un momento pusieron la existencia misma de la República en peligro, y las que hizo César para apoderarse de toda la Galia y reducirla á provincia romana, las demás guerras que sostuvo Roma fueron guerras civiles, en que gastó todas sus fuerzas en destrozarse á sí misma.

Después que Mario hubo terminado la guerra de Yugurta, las contiendas entre la aristocracia y el pueblo comenzaron de nuevo con más encarnamiento que nunca, y no sólo dentro de la ciudad, sino en Italia entera. Los pueblos italianos pretendían que se extendieran á ellos los derechos de que gozaban los ciudadanos romanos, y no depusieron las armas hasta que vieron satisfechas sus aspiraciones. Aprobóse la ley de Julio César concediendo el derecho de ciudadanía á los latinos y los umbrios; y poco después otra que lo hizo extensivo á todos los pueblos italianos (88). Establóse después la lucha entre los antiguos ciudadanos y los nuevos. Mario, que tan gran renombre se había granjeado por sus proezas militares, y que ya, durante su consulado en 107, había abierto las filas de la milicia á los proletarios, acaudillaba al partido democrático; Sila, al aristocrático. Uno y otro se entregaron á los más horribles excesos, pretendiendo aniquilarse con sus matanzas y proscripciones. En la terrible anarquía, consecuencia de esas luchas, ambos partidos debían sucumbir, y el despotismo entronizarse antes de un siglo sobre sus ruinas.

Pompeyo heredó á Sila: primero fué á España á poner fin á la guerra que Sertorio, uno de los partidarios de Mario, que acababa de hacer un pacto con Mitrídates, rey del Ponto, seguía sosteniendo allí habilísimamente; después volvió á Italia á acabar con los últimos restos del formidable ejército de esclavos sublevados que había capitaneado Espartaco (71). Del 70 al 67 dió fin de los piratas, restos de los pueblos vencidos en Oriente y en África, que infestaban el Mediterráneo con innumerables naves, el 66 venció á Tigranes, rey de Armenia, que había acogido á su suegro Mitrídates, vencido por Lúculo, y al mismo Mitrídates, que tuvo poco después que suicidarse, y el 64 conquistó la Siria y la Palestina, haciendo á la primera provincia romana, y tributaria á la última.

Pero se acercaba el momento en que Roma cayese bajo el yugo de un dictador que se había hecho fatalmente necesario. Ese puesto que Pompeyo hubiera podido llenar si se lo hubieran consentido su genio inconsistente y su debilidad de carácter, estaba reservado á César. Este grande hombre, uno de los más extraordinarios que ha habido nunca en el mundo, comenzó por ser á los diez y seis años sacerdote de Júpiter; recorrió después la Grecia y el Asia; el 68 estuvo de cuestor en España; el 65 fué nombrado edil; el 63, pontífice y pretor; el 61, hallándose de gobernador en España, sometió varias tribus del norte de esa península que aún estaban independientes, y el mismo año formó con Craso y Pompeyo el primer triunvirato, denunciado por el austero Catón como una conspiración contra las libertades públicas. El 58 ejerció el consulado (*). No nos es posi-

(*) No se olvide que todas las fechas que se mencionan se refieren á años anteriores á nuestra Era.

ble detenernos en tratar de las leyes agrarias y en favor de las provincias que presentó é hizo pasar en el Senado: diremos sólo cuatro palabras sobre una de las empresas que más renombre le dieron, y cuya relación dejó escrita él mismo con elegantísima pluma. Nos referimos á la conquista de las Galias.

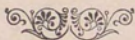
Ya los romanos poseían en esa región la llamada **Conquista de las Galias**. Provincia Romana, hoy Provenza, conquistada desde 125 á 118. El resto de la Galia hasta el Rhin, los Alpes, los Pirineos y el mar Atlántico estaba ocupado por multitud de tribus, pertenecientes en su mayor parte á las familias céltica y germánica, de la misma raza aria ó indoeuropea que tantas veces hemos mencionado, las cuales solian estar en constante guerra unas con otras. Las intervenciones de Roma en sus asuntos comenzaron el 58, y terminaron el 54, no sólo por la conquista de todo el país que hizo César en esos tres años, después de desbaratar á los germanos que varias veces pasaron el Rhin é invadieron la Galia en número enorme, sino por dos expediciones que llevó á cabo á la isla de Bretaña por ese mismo tiempo. Pero el mismo año 54 estalló una formidable rebelión que, habiéndose extendido el siguiente á toda la Galia, acabó, después de una guerra terrible, por la completa y definitiva sumisión del país, que quedó reducido el 52 á provincia romana.

Sucesos siguientes hasta la muerte de César. Compondiaremos todos los interesantísimos sucesos que transformaron por completo á la república romana, diciendo que, deshecho el triunvirato, se disputaron la dictadura Pompeyo y César en Iliria, en España, en Grecia y en los mares, resultando victorioso César y muerto Pompeyo en Egipto, adonde había ido á refugiarse en la corte de los Tolomeos (48). Y no fueron sólo esas las victorias de César, pues en ese mismo año y el siguiente reprimió la rebelión que contra él se suscitó en Alejandría, adonde llegó poco después de la muerte de Pompeyo; venció en Asia á Farnaces, rey del Bósforo Cimerio, que se había apoderado de la Cólquida y de varias ciudades de Armenia, Bitinia, Capadocia y el Ponto; pasando por Roma, se trasladó al Africa, donde deshizo el ejército que Catón y Escipión habían organizado con los restos del de Pompeyo; volvió de nuevo á Roma, y de allí pasó á España, donde ganó sobre los hijos de Pompeyo la célebre batalla de Munda (45). Al año siguiente fué muerto violentamente en el Senado por un grupo de conjurados en favor de las libertades públicas, acaudillados por Casio y Bruto (44 a. C.)

El segundo triunvirato. La muerte de César no devolvió á Roma las libertades que había perdido. Después de varios sucesos que no tenemos espacio para referir, Antonio, Octavio y Lépido formaron un segundo triunvirato, que ejerció la más desenfrenada tiranía, y una de cuyas víctimas fué el ilustre Cicerón. Con la derrota del ejército republicano en Filipos de Tesalia, y la muerte que se dieron á sí mismos Bruto y Casio que lo mandaban, acabaron las libertades romanas.

Siguieron á ese suceso la repartición del gobierno de las provincias entre

Octavio y Antonio, con exclusión de Lépido, que quedó relegado á la oscuridad de la vida privada, sin otro cargo que el de sumo pontífice, que era vitalicio; la victoria naval de ambos sobre Sexto, el único hijo de Pompeyo que había sobrevivido á la batalla de Munda (36), y la de Octavio sobre Antonio en la famosa batalla naval de Accio (31). A consecuencia de ella fué reducido á provincia romana el Egipto, cuya reina Cleopatra, ligada íntimamente con Antonio, se quitó la vida poco después que su amante, y quedó Octavio único dueño del Imperio.





CAPÍTULO XV

HISTORIA DEL IMPERIO ROMANO DESDE SU FUNDACIÓN POR OCTAVIO AUGUSTO HASTA LA DISOLUCIÓN EN 476 DEL IMPERIO DE OCCIDENTE DESPUÉS DE LAS INVASIONES BÁRBARAS

Carácter del gobierno imperial y organiza- ción del Imperio.

Llamose Octavio emperador, que, entre los romanos equivalía á capitán general, título al que sus aduladores añadieron el de *augusto*. Se hizo también mañosamente conferir por el Senado las dignidades de cónsul, tribuno, censor y otras que ponían en sus manos todos los poderes públicos y hacían su persona inviolable, y de las cuales, las que no eran perpetuas, procuró que le fueran periódicamente renovadas; pero estuvo tan distante de aspirar á la soberanía, que no ya rey, pero ni *señor* consintió siquiera que se le llamase.

La soberanía siguió en manos del Senado, el cual, y todas las demás instituciones republicanas, se conservaron incólumes, para alejar del mando imperial toda apariencia de tiranía. A la muerte de Lépido se hizo también nombrar Octavio pontífice máximo, único título que le faltaba, y del cual, como perpetuo que era, no había podido privarse á aquel postergado triunviro.

No sólo se conservaron todas las antiguas formas de la libertad, siendo el emperador el primero que, cuando había que promulgar una ley, votaba en los comicios como cualquiera otro ciudadano, sino que se esforzaba en parecer llano y afable, recibiendo á cuantos pretendían verlo ó hablarle, paseando á pie por la ciudad, y yendo á visitar á sus amigos.

Dividió las provincias en dos clases: unas llamadas *senatoriales*, que eran aquellas en que más sólidamente estaba asentada la autoridad y menos peligro había de guerras y rebeliones, las cuales administraba el Senado

por medio de procónsules ó propretoreos salidos de su mismo seno, y otras á que se dió el nombre de *imperiales*, que gobernaba directa y militarmente el emperador mismo, por estar más expuestas á conflictos y guerras.

Establecióse la más completa igualdad entre las provincias é Italia, y se montó un servicio regular de correos desde el centro hasta los más lejanos confines del Imperio. Augusto atendió extremadamente á todas las necesidades de las provincias, en todas las cuales estuvo, á excepción de las de Africa, y varias veces en algunas de ellas.

Tenía el propósito de excluir de la milicia á los esclavos y á los extran-



Soldados romanos del tiempo del Imperio.

jeros, con la idea de hacer más nacional y más disciplinado al ejército; pero no acomodándose esos planes con las costumbres y aficiones de los pueblos de Italia, que habían perdido ya el espíritu bélico que en otros tiempos tan en alto grado habían poseído, hubo de transigir con que se reclutasen las legiones en las provincias, y se compusiesen de gente mercenaria.

Necesitándose de un ejército permanente que guardara las fronteras del Imperio y conservase los territorios recién conquistados, Augusto se ocupó en organizarlo, aplicando á ello todos los medios necesarios. Asignóse á los soldados un sueldo fijo, y una pensión de retiro al terminar su tiempo de servicio, que para los pretorianos era de doce y para los legionarios de diez y seis años.

Nueve cohortes pretorianas y tres urbanas guarnecían la ciudad de Roma. El resto del ejército, que sumaba unos ciento sesenta mil hombres, formaba veinticinco legiones, de las cuales ocho guardaban la frontera de Rhin y cuatro la del Danubio, hallándose las demás distribuidas entre España, Dalmacia, Siria, Egipto, Africa y las márgenes del Eufrates.

Adquisiciones de territorios, y otras empresas militares llevadas á cabo bajo Augusto y juicio sobre su gobierno.

otras guerras afortunadas contra pueblos bárbaros; pero, en cambio, las legiones que mandaba Varo en Germania experimentaron un gran descalabro al tratar de reprimir la rebelión de un caudillo llamado Arminio.

El gobierno de Augusto ha sido reconocido por todos los historiadores como uno de los más benéficos y sabios que haya nunca habido en el mundo. La prosperidad á que llegaron en su tiempo los pueblos sometidos á Roma fué extraordinaria. Multitud de ciudades á que se dieron los nombres de Julio César ó Augusto, ó combinaciones y derivaciones de ellos, datan de ese tiempo. Las letras y las artes fueron tan protegidas y alcanzaron tal punto de prosperidad y grandeza, que las frases de *siglo de Augusto* y *siglo de oro* de la latinidad son equivalentes. La ciudad de Roma se transformó tan por completo, que Augusto se jactaba, con razón, de haberla hallado de ladrillo y haberla dejado de mármol. Augusto, sin embargo, como casi todos los hombres de su tiempo, era un ateo, un filósofo materialista sin virtudes ni creencias. Momentos antes de morir pidió un espejo, se arregló el cabello y el semblante, y en seguida, dirigiéndose á los amigos que lo rodeaban, les preguntó: «¿He representado bien mi papel?»; pregunta que se contestó él mismo diciendo: «¡Aplaudid!» Desde que quedó solo con el gobierno del Imperio, que fué en el año 30 anterior á nuestra Era, hasta su muerte, ocurrida el 14 de ella, transcurrieron cuarenta y cuatro años.

Nacimiento, vida y pasión del Salvador del mundo.

Los catorce primeros años de la vida de Nuestro Señor Jesucristo pertenecen al imperio de Octavio Augusto, y los diez y nueve últimos al de su sucesor Tiberio, cuya vida y cuyo gobierno, que duró trece años, acabaron el 37 de nuestra Era. De las muchísimas consideraciones á que se presta ese hecho memorable, omitiremos, por ajenas á nuestra materia, todas las que no se refieran á sus consecuencias políticas y sociales en la historia del imperio romano y del mundo; consecuencias que comenzaron á manifestarse de un modo ostensible

Bajo el gobierno de Augusto fueron sometidos en España los cántabros y los astures, y en las Galias unos pueblos llamados salasios, que se habían rebelado; se agregaron al Imperio todas las tierras todavía no adquiridas al mediodía del Danubio, y los ejércitos romanos, después de conquistar la isla de los Bátavos en la boca del Rhin, llegaron al Elba y al Weser. Sostuvieronse



Soldados romanos del tiempo del Imperio.

tanto en lo moral como en lo material no muchos años después de la pasión y muerte de nuestro Redentor, motivando las persecuciones de que comenzaron á ser objeto los cristianos, y que, con períodos más ó menos largos de tregua, duraron hasta los últimos años del gobierno de Diocleciano, á principios del siglo iv.



Una galería en las Catacumbas de Roma. Desde los primeros años que siguieron á la muerte de nuestro Redentor, comenzó á propagarse el Cristianismo por las comarcas orientales vecinas de la Palestina, y muy poco después por todas las que bordean el mar Medjterráneo. Las persecuciones de que desde mediados del siglo i fué objeto la nueva doctrina, obligaron á sus adeptos á ocultarse para practicar sus ritos y ceremonias. El lugar elegido para el caso por los cristianos en la ciudad de Roma, fueron las obras subterráneas llamadas Catacumbas, restos, á lo que se cree, de las antiguas canteras de que se extrajo la piedra para la fundación de la ciudad. Esas Catacumbas están constituidas por una intrincadísima red de galerías de muchísimas leguas de desarrollo, y son objeto de la curiosidad de los viajeros, de los estudios de los arqueólogos y de la reverencia de los fieles, que las consideran, con razón, como lugares sagrados.

Gobierno de los emperadores romanos hasta Constantino, y principales sucesos de ese período.

No contando á los llamados *treinta tiranos*, que se repartieron las provincias del Imperio durante el período de doce años de anarquía que siguió á la muerte de Valeriano, y que coincidió con los reinados de Galieno, Claudio y Aureliano en la segunda mitad del siglo III, puede decirse que en los trescientos treinta y seis años comprendidos entre el advenimiento de Octavio Augusto y el de Constantino se

sucedieron unos cincuenta emperadores, algunos de los cuales ejercieron simultáneamente el gobierno. De ellos fueron muchos más los malos que los buenos, si bien hay que reconocer que la prosperidad pública, favorecida por una organización que concedía amplísima libertad é iniciativa á los municipios, no dejando trascender hasta ellos los efectos perniciosos que pudieran producir las malas cualidades personales del que ejerciera el gobierno supremo, alcanzó un grado de desarrollo de que quizás no hay ejemplo en la historia. Todos los territorios, hasta los más apartados, del



Restos del muro de Severo en Northumberland (Inglaterra).

Adoptó Octavio Augusto, entre otras muchas medidas de organización y de orden, la de no solamente no extender los dominios del Imperio más allá de los límites que tenían en su tiempo, sino abandonar los territorios adquiridos allende el Rhin, por ser demasiado costosos de conservar para los escasos beneficios que reportaban. En tiempo de sus sucesores llegó á levantarse una muralla en todos aquellos parajes en que no estaba definida la frontera por altas montañas ó ríos caudalosos, para facilitar su defensa contra las incursiones de los bárbaros. Entre los restos de esa muralla, que todavía subsisten en varias comarcas de Europa, son muy notables los que se conservan en Inglaterra y que separaban á esa provincia, llamada entonces Bretaña, de la Caledonia, que corresponde con la actual Escocia. Una de esas murallas—pues hubo dos no muy separadas entre sí—fué construída en tiempo del emperador Severo.

imperio romano se cubrieron de ciudades, quintas, calzadas, puentes, acueductos, termas, anfiteatros y otras mil obras monumentales de utilidad ó de ornamento, cuyos restos, á pesar de una labor de destrucción continuada durante quince siglos, aún asombran. La misma Inglaterra, que muchos suponen provincia poco menos que abandonada, ó muy poco atendida, por lo menos, en esa época, estaba literalmente sembrada de monu-

mentos públicos y particulares, cuyos cimientos vienen de algún tiempo acá sacando á luz las excavaciones. Y en cuanto á la ciudad de Roma, no hay exageración ninguna al decir que era toda ella una pura y maravillosa obra de arte. Cuando el emperador Constancio, que había nacido y se había pasado toda su vida en Oriente, fué por primera vez á ella en 360, se quedó absorbido de admiración al contemplarla.

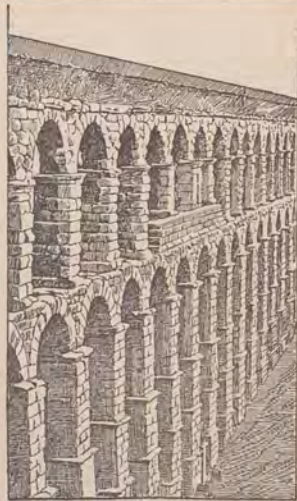
Ni el territorio del imperio romano, ni la manera de estar dividido

para su gobierno, ni la forma de ese gobierno, ni sus instituciones políticas y sociales permanecieron inmóviles y sin mudanzas durante el período que estamos examinando, sino que experimentaron mil cambios y alteraciones, cuya explicación ocuparía mucho espacio. Nos limitaremos á reseñar, por lo importante, la in-



Puente de Alcántara, sobre el Guadiana (obra romana del tiempo de Trajano.)

novación introducida por Diocleciano al asociar otro emperador al gobierno, agregando á ambos, que tomaron el título de *augustos*, sendos compañeros con el de *césares*, constituyendo así la llamada *tetrarquía*. Muchas otras innovaciones en la organización civil y en la militar complementaban ese sistema, que, aunque complicadísimo, produjo resultados muy benéficos en la administración y gobierno del Imperio. La extensión de éste experimentó diversas fluctuaciones durante ese largo período. Ensanchóse con las comarcas septentrionales de Africa y con Palestina, que le fueron definitivamente incorporadas, y con la mayor parte de la isla de Bretaña y la Dacia, que fueron conquistadas en diversas épocas; pero perdió todo lo que había adquirido en tiempo de Octavio Augus-



Acueducto de Segovia (obra romana del tiempo de Trajano).

to al oriente del Rin, que fué abandonado de todo propósito por demasiado costoso de sostener para los escasos beneficios que reportaba. Continuas guerras contra los pueblos bárbaros que intentaban, á veces con fortuna, invasiones por las fronteras septentrionales y contra los partos primero, y después contra los persas que amenazaban con frecuencia las orientales, llenan los anales de la historia del Imperio.

La milicia del Imperio experimentó también profundísimas modificaciones en su modo de reclutarse y organizarse. Durante largo tiempo fueron las legiones de las provincias y las cohortes del Pretorio árbitras del gobierno, poniendo y quitando emperadores á su antojo. Varias veces sucedió ser proclamados varios á un mismo tiempo por las legiones de diversas provincias, y seguirse empeñadas guerras entre ellos. El mismo Cons-



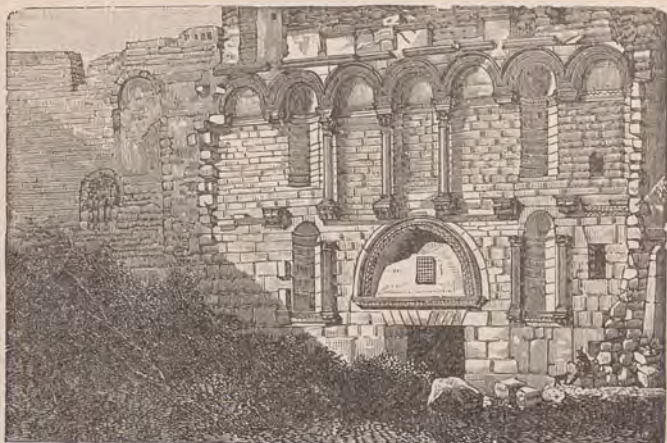
Arco de Trajano, en Ancona.

tantino, cuyos hechos vamos á narrar en muy breves palabras, fué proclamado augusto por las legiones de Bretaña, adonde acababa de trasladarse con increíble velocidad desde Nicomedia.

Una circunstancia relativa á la organización militar del Imperio no debe echarse en olvido, porque tuvo grandísima trascendencia en los sucesos que en el siglo v ocasionaron la destrucción del imperio de Occidente: el ingreso en él no sólo de bárbaros, que eso era ya muy antiguo, sino de bandadas enteras de ellos que, sin dividirse ó fraccionarse, eran recibidas á suel-

do como auxiliares ó mercenarias. A fines del siglo IV se componían casi exclusivamente de ellas todas las tropas que guarnecían las fronteras.

Gobierno de Constantino y división del Imperio. No por sus méritos, que tuvo muchos menos que varios de sus predecesores, sino porque fué el primer emperador que trasladó á Oriente la capital del Imperio, que hasta entonces había estado, nominalmente á lo menos, en Roma, y el primero también que toleró públicamente el Cristianismo, y hasta le dió, en cierto modo, carácter de religión oficial, hemos dedicado un párrafo espe-



Ruinas del palacio de Diocleciano, en Spalatro (Dalmacia). El emperador Diocleciano renunció al gobierno del Imperio y se retiró á la vida privada, algunos años antes de su muerte á Dalmacia, su patria. En la ciudad de Spalatro se ven todavía las ruinas del espléndido palacio en que pasó sus últimos años.

cial á Constantino, quien, proclamado augusto en 306 por las legiones de Bretaña, como ya hemos dicho, y desembarazado en los diez y ocho años siguientes de los varios con que el título de augustos y de césares compartían con él la autoridad pública, quedó por emperador único en 324. Después de haber introducido nuevas modificaciones en la constitución del Imperio, entre las que citaremos la creación de los títulos de *ilustre*, *respetable*, *serenísimo*, *nobilísimo* y otros no menos altisonantes, y la traslación en 330, ya antes aludida, de la capital del Imperio desde Roma á la antigua Bizancio, á que dió el nombre de Constantinopla, acabó sus días siete años después repartiendo el Imperio entre sus hijos. Esa repartición no tuvo efecto ni entre los designados por Constantino ni en la forma por él decretada; pero se verificó definitivamente á la muerte de Teodosio en 395, habiendo heredado su hijo Honorio el imperio de Occidente, en que entraban Italia, las Galias, Bretaña, España, Iliria y Mauritania, y Arcadio el de Oriente, en que se comprendía todo el resto del Imperio.



Antigua puerta romana y resto del palacio de los emperadores en Tréveris. La ciudad de Tréveris, que pasa por ser la más antigua de Alemania, era, en tiempo de los emperadores romanos, la más populosa é importante de cuantas había al norte de los Alpes, habiendo sido lugar de residencia de varios emperadores, y capital de la prefectura de las Galias (en la cual se comprendían, además de la provincia de ese nombre, las de España y Bretaña). No es, pues, sorprendente que abunde en restos de la época romana. Entre ellos son notables los que representan los adjuntos grabados, el primero de los cuales es una vista de una parte de la muralla de la ciudad, y el segundo la de una parte también el palacio de los emperadores, en el cual nació el célebre Constantino.

Las invasiones bárbaras.

Hallábase, como repetidamente hemos dicho, rodeado el Imperio por pueblos bárbaros, de los cuales el más importante era, en el siglo IV, el

de los godos, nación germánica procedente de Escandinavia, que moraba por ese tiempo en la margen izquierda del Danubio, hacia las bocas de ese río.

Hostigados los godos por los hunos, pueblo finés que desde las riberas del lago Meotides, llamado hoy mar de Azof, se puso en movimiento hacia occidente en la segunda mitad del siglo IV, se sometieron en parte á ellos; pero otras bandas de la

misma nación prefirieron solicitar de Valente, á la sazón emperador, que residía en Constantinopla, tierras en que establecerse en la orilla



Soldados romanos del tiempo del Imperio.



Combate entre romanos y bárbaros.

derecha del Danubio, y se fijaron en la Tracia. No tardó en estallar la guerra entre los nuevos huéspedes y el Imperio, por motivo^s que no hacen al caso, riñéndose en 378 la batalla de Adrianópolis, en que el mismo emperador Valente perdió la vida. Su sucesor Teodosio, logró, tanto por la política como por las armas, poner fin á esa guerra repartiéndolo á los godos en colonias por la Tracia, la Frigia y la Lidia. De entonces data la conversión al cristianismo de ese pueblo, si bien adoptando la secta que Arrio había creado en tiempo de Constantino y que contaba con muchos secuaces en todo el Oriente.

Después de la muerte de Teodosio en 395, Alarico, caudillo de los godos, educado en la corte de Constantinopla y hombre de grandísimos alicentos y alta inteligencia, reunió á toda la gente de su nación establecida aquende el Danubio, y, atravesando la Iliria, invadió á Italia, donde gobernaba Honorio, y después de largas guerras y vicisitudes que no nos es posible relatar, se apoderó de Roma, que entregó al saqueo (410).

Poco antes los alanos y los vándalos, pueblos también germánicos, establecidos en las orillas del Danubio, atravesaron la Alemania, donde arrastraron consigo á los suevos, y venciendo á los francos ripuarios, gente de su misma raza, pero á sueldo del Imperio, que les defendió el paso del Rin, se derramaron por las Galias y las asolaron por espacio de dos años, logrando después penetrar en España, donde cometieron iguales depredaciones. Otro pueblo germánico más, los borgoñones, penetraron también en las Galias y se establecieron permanentemente entre el Jura y el Ródano. Pasaban todos estos sucesos entre el año 400 y el 409.

Muerto Alarico en Italia, poco después del saqueo de Roma, eligieron los godos por caudillo á su cuñado Ataulfo, y en 412 pasaron á las Galias y ocuparon toda su parte meridional, y la región de España que se llamó algunos siglos después Cataluña. Concedió Honorio á los godos y á los borgoñones los territorios que habían ocupado en las Galias, poniendo como condición á los primeros que arrojasen de España á los suevos, vándalos y alanos, que seguían devastándola.

Los godos lograron poner á Honorio en posesión de toda España, menos de sus regiones del noroeste, donde se mantuvieron los suevos; y en cuanto á los vándalos, llamados al Africa por el conde Bonifacio que la gobernaba, y que se había indispuerto con Placidia, regente del Imperio, después de la muerte de Honorio, cruzaron el Estrecho conducidos por su rey Genserico, y se establecieron en ella á pesar de la oposición del mismo Bonifacio, que se había reconciliado con su soberana.

Pero se acercaba la invasión más terrible y peligrosa de todas. Atila, rey de los hunos, llamado el *Azote de Dios*, después de subyugar toda la Europa septentrional y Alemania, y de asolar la Tracia, donde después de tres batallas había llegado hasta las puertas de Constantinopla, se dirigía hacia occidente conduciendo un ejército de 700.000 hombres formado por multitud de naciones y tribus bárbaras con sus reyes, que lo asolaba todo á su paso. La gravedad del peligro reunió á los godos, los borgoñones y los francos con los ejércitos imperiales que acudillaba Aecio, general de Valentiniano, á la sazón emperador de Occidente, y los puso enfrente de Atila en los campos Cataláunicos, que eran los de la tierra de Chalons. Se-

guían á Aecio los godos, los sajones, los borgoñones, los alanos, los alemanes y los francos sálicos y ripuarios; á Atila, los hunos, los hérulos, los turringios, los rugios y muchas otras tribus godas, francas y borgoñonas. La batalla fué tremenda, habiendo perecido en ella ciento setenta mil hombres, y quedó indecisa, aunque Atila, que durmió en el campo de batalla, emprendió la retirada al siguiente día (451). Atila invadió después á Italia por la Panonia, destruyó á Aquilea hasta los cimientos y á otras muchas ciudades, y volvió á Panonia, donde murió al muy poco tiempo.

El año 455 los vándalos de Africa, que se habían enseñoreado con sus naves del mar Mediterráneo y saqueaban sus islas y tierras litorales, atacaron á Roma, conducidos por su rey Genserico, y la saquearon durante catorce días.

Sucedieron en Occidente unos cuantos emperadores hechura de los bárbaros, hasta un Rómulo Augústulo, á quien destronó el mismo rey de los hérulos, Odoacro, que poco antes le había dado la corona. Ocupadas por los bárbaros las comarcas incluídas en las prefecturas de Italia y las Galias (en las que estaban comprendidas España, Bretaña, las dos Mauritánias y las islas occidentales del mar Mediterráneo), y privado de su sombra de autoridad Rómulo Augústulo, quedaba consumada la ruina del imperio de Occidente, suceso en que termina para

los historiadores la Edad Antigua y comienza el período de diez siglos, á que se ha dado el nombre de Edad Media. Pero no debemos entrar en el relato de los acontecimientos de esa parte de la historia, sin hacerlo preceder de algunas consideraciones que ex-



Anfiteatro de Nîmes, llamado las Arenas (obra romana del tiempo del Imperio).

pliquen sus causas y su desarrollo.

La conquista romana había hecho entrar en un molde uniforme y homogéneo á todos los pueblos occidentales. Jamás dominación alguna ha logrado borrar, en el grado que la romana, la fisonomía propia de los pueblos sometidos á ella. Leyes, costumbres, lenguas, creencias, todo absolutamente lo que constituye el ser de las naciones, había desaparecido radicalmente de los pueblos de Occidente para ser reemplazado por la lengua y las instituciones de Roma. Una multitud de ciudades con sendas y extensas comarcas formando parte integrante de ellas, y sobre las que ejercían jurisdicción, gobernándose cada una por sus propios magistrados municipales elegidos por los mismos ciudadanos, y ligados con el poder central del Estado por una escala jerárquica de funcionarios,



Acueducto romano llamado puente de Gard (Francia).

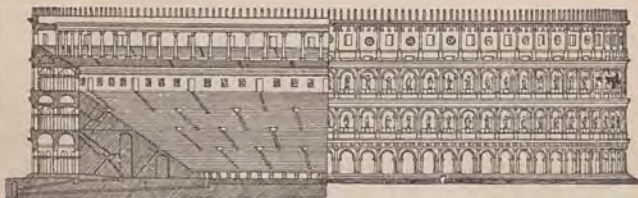
constituían el imperio Romano, que podríamos definir, por lo tanto, como una suma ó conjunto de Municipios, formando cada uno un organismo dotado de todo lo necesario para el cumplimiento de su propia existencia, sin otras relaciones unos con otros que la dependencia de todos ellos de un centro común. Rotos los vínculos que con ese centro los ligaban, quedaba disuelto el Imperio, sin que dejara de subsistir cada uno de los miembros que lo componían. Las invasiones bárbaras rompieron esos vínculos y fueron, por consiguiente, la causa inmediata de la destrucción del imperio Romano; pero sería gravísimo error el creer que fué la única, pues otras muchas de muy diversa índole, pero, principalmente, de carácter moral, coadyuvaron á la muerte y disolución de la sociedad antigua, fe-



Panteón (hoy Santa María de Redonda) en Roma.

nómeno éste, por otra parte, naturalísimo, estando tan inevitablemente sujetas á él las sociedades como los seres vivientes.

Las invasiones bárbaras destruyeron el Imperio Romano en lo que tenía de cuerpo político; pero no de entidad social. Una sociedad no consiste sólo en su gobierno, ni en su organización administrativa. Sociedad no es lo mismo que Estado, sino mucho más. El Estado no es sino una de



El Coliseo (restaurado). Este grabado lo figura dividido en dos partes: la una representada en perspectiva, la otra en corte para que pueda verse la disposición interior del mayor de los anfiteatros de Roma, llamado el *Coliseo*, cuyas gigantescas ruinas son el asombro de cuantos las contemplan. Lo mismo este grabado que todos los contenidos en esta obra, y más particularmente en esta parte de ella que se refiere á la historia de Roma, son representación fidelísima de paisajes naturales ó de estatuas, edificios y bajo-relieves de monumentos contemporáneos que aún subsisten.

las manifestaciones de la existencia de la sociedad. Hay, además, multitud de relaciones entre los hombres, unas, de carácter moral, otras, de carácter material, tocantes á las creencias, las ideas, las leyes, las costumbres, que se integran para constituir las sociedades. Ahora bien, esas relaciones venían sufriendo rudísimos golpes desde siglos antes. El cristianismo y la filosofía habían ido corroyendo por medio de una labor lenta, pero constante, de destrucción, los principios vitales de la sociedad antigua. Todo era viejo en ella, todo estaba gastado y carcomido. Había llegado en

el siglo v á ese punto de decrepitud que señala en los organismos la cercanía de la muerte. Con invasiones bárbaras ó sin ellas, su muerte y descomposición que habían de suceder fatalmente, estaban próximas en el período de la historia que estamos examinando.

Sería imposible fijar de un modo preciso el momento en que se verificó ese fenómeno; porque si es cierto el principio que se enuncia diciendo que la Naturaleza no anda á saltos, en ningún caso puede tanto afirmarse su rigurosa verdad como en los hechos que atañen á la existencia y al desarrollo progresivo de las sociedades. Puede, sí, asegurarse que la agonía del mundo antiguo comenzó á manifestarse bastantes siglos antes, y terminó bastantes después del momento que los historiadores señalan como línea divisoria entre la Edad Antigua y la Edad Media. El siglo v pertenece todo él á ese período de transición en que no puede decirse que hubiese muerto la primera ni nacido la última. Si dirigimos nuestro examen á las instituciones religiosas, que son de todas las sociales las que más seguramente indican el grado de vitalidad de los pueblos, hallaremos que, en el siglo v, sólo quedaban de las antiguas creencias groseras supersticiones en las clases populares y serviles, y la más absoluta indiferencia religiosa, junta con el más abyecto materialismo, en las altas. En cambio, la Iglesia cristiana gozaba de una vitalidad asombrosa por ese tiempo. Todos sus dogmas, todos sus principios fundamentales, así como las ideas filosóficas relacionadas con ellos, como la naturaleza divina y la humana, la predestinación, la gracia, el libre albedrío, eran objeto de preocupación general y tema de las más ardientes discusiones y controversias. Todos los que subordinaban la vida al pensamiento, todos los que formaban lo que pudiéramos llamar aristocracia intelectual de la sociedad, tomaban parte en esas cuestiones. El sinnúmero de Concilios celebrados por ese tiempo en las iglesias de las Galias, de España, de Africa y de Palestina, y á los que concurrían multitud de obispos de todas esas regiones; las muchas obras, epístolas y opúsculos que circulaban con rapidez increíble por todo el mundo cristiano tratando de aquellos asuntos que tanto embargaban la atención de los fieles, demuestran la actividad intelectual religiosa que reinaba en esos días de agonía para las antiguas instituciones.

Puede decirse que el único organismo sano y vigoroso que había en aquel tiempo era la Iglesia; pero la Iglesia no pertenecía al antiguo mundo que moría, sino al nuevo que se anunciaba, y del cual había de ser ella base y fundamento. No sólo toda la actividad intelectual, no sólo toda la autoridad social, sino hasta la autoridad civil había ido á manos de la Iglesia y de sus ministros. Los obispos eran, en el tiempo de las invasiones de los bárbaros en las comarcas de Occidente, los verdaderos representantes de la autoridad pública en las ciudades, y aquellos con quienes tenían que entenderse los caudillos invasores para todos los asuntos tocantes á política y á gobierno. Las elecciones de obispos tenían que ser, pues, actos de grandísima importancia y no menor trascendencia, en que se interesaban extraordinariamente tanto el pueblo que las hacía como los aspirantes á sus sufragios, dando motivo á toda clase de intrigas y no pocas veces á serios conflictos populares. Tal era el estado de las sociedades occidentales en el siglo v de nuestra Era.



HISTORIA DE LA EDAD MEDIA

CAPÍTULO PRIMERO

HISTORIA DEL PERÍODO COMPRENDIDO ENTRE LA DESTRUCCIÓN DEL IMPERIO DE OCCIDENTE Y SU RESTAURACIÓN BAJO EL CETRO DE CARLOMAGNO

El imperio de Oriente en los primeros siglos de la Edad Media.

Al extinguirse el imperio de Occidente por la deposición de Rómulo Augústulo, sólo quedó en pie del antiguo imperio Romano su mitad oriental, cuya cabeza estaba en Constantinopla, y que á la muerte del gran Teodosio había heredado su hijo Arcadio. Ese Imperio, que duró todavía cerca de diez siglos, si bien con muy diversa extensión de territorio, según las muchas vicisitudes por que pasó en ese largo período, arrastró una existencia que bien puede calificarse de agónica y miserable, á pesar del vigor y energía de que en algunos momentos parecía estar animado. Sus guerras contra los persas, primero, y más adelante contra los mahometanos, sirios, árabes y turcos en sus fronteras orientales y meridionales y en el mar Mediterráneo, y contra los servios, búlgaros, pechenecos, cázaros, magiarses y muchas otras naciones bárbaras que ocuparon el vacío que los godos, alanos y hunos habían dejado al avanzar hacia occidente, en sus fronteras septentrionales y occidentales, fueron continuas, y modificaron considerablemente sus límites y aldeaños.

Puede considerarse dividida su historia en tres partes ó períodos: el primero termina con la partición de los territorios del Imperio entre los príncipes que tomaron parte en la quinta Cruzada, suceso ocurrido á principios del siglo XIII; el segundo, que es el más breve, duró desde ese suceso hasta el año 1282, en que fué reconstituído el Imperio por Miguel Paleólogo; el tercero, acabó en 1453 por la toma de Constantinopla por los turcos otomanos y la disolución definitiva del Imperio acontecimiento memorable que marca la terminación de la Edad Media.

En todo el largo tiempo que se comprende en esos tres períodos, fueron motivo de perturbaciones constantes entre los cristianos orientales las luchas teológicas y las herejías, algunas de las cuales, como la de los *iconoclastas* ó destructores de imágenes, trascendieron á la Europa occidental y ocasionaron gravísimas alteraciones en ella. Esa herejía, condenada por varios Concilios, y que se reprodujo varias veces, ha dejado hondas huellas en el culto de las Iglesias orientales; pero más grave que ellas fué el cisma que, iniciado por el patriarca Focio en el primer período de su episcopado (862-867) y consumado definitivamente después de varias alternativas en 1054, ocasionó la división, que todavía subsiste, entre las Iglesias orientales y la católica. Corresponden, tanto la herejía de los iconoclastas como el cisma, al primer período de los tres en que hemos dividido la historia del Imperio de Oriente.

A los primeros siglos de ese mismo período corresponden los esfuerzos de los emperadores de Oriente para reconstituir en toda su integridad el imperio Romano, recobrando las comarcas occidentales que los bárbaros se habían repartido, esfuerzos que se tradujeron en la reconquista del Africa, que habían ocupado los vándalos, la de Italia, donde se habían establecido los ostrogodos, y la de parte de España, de que estaban apoderados los visigodos, pero que las invasiones de los árabes en Siria, Egipto y Africa, y la de los lombardos en Italia, hicieron por completo estériles. Pero no es posible formarse idea de esos acontecimientos sin tenerla antes de la situación en que habían quedado los territorios del imperio de Occidente después de las invasiones de los bárbaros.

Al extinguirse el imperio de Occidente por la deposición de Rómulo Augústulo, todas las comarcas incluídas en las prefecturas de Italia y las Galias, ó sea, Italia, las Galias, España, Ilirias la isla de Bretaña, el Africa occidental y las islas occidentales del mar Mediterráneo, estaban en poder de los bárbaros. Los hérulos poseían Italia; los visigodos, la parte de la Galia situada al medio-

día del Loira y toda España, fuera de Galicia, y gran parte de Lusitania, donde dominaban los suevos; los ostrogodos, los gépidos y los hérulos, restos de las bandas de Atila, estaban establecidos en Iliria y Panonia; los anglos, los sajones y los jutos dominaban en la mayor parte de la isla de Bretaña; los borgoñones, en la región de Galia vecina de los Alpes y el Jura; los francos sálicos, en Bélgica; los francos ripuarios, en las comarcas de la Galia próximas á las orillas del Rhin, y los vándalos seguían dueños del Africa y de las islas del Mediterráneo occidental, incluso la de Sicilia

Indeterminación y movilidad de los territorios y fronteras de los Estados bárbaros.

Pero tratándose de este período de la historia de Europa y de las naciones bárbaras que en él figuran, no hay que tomar en su ordinario sentido las palabras Estados, reyes, fronteras y otras que se emplean para designar cosas relativas á sociedades políticas estables y normalmente constituidas. El dominio de esos pueblos ó de esas tribus, mejor dicho, sobre las comarcas que ocupaban, era muy incompleto y precario, hallándose en ellas multitud de ciudades, y hasta vastos territorios de que no eran dueños, y que se gobernaban por sus corporaciones municipales, ó que seguían dependiendo más ó menos efectivamente de los emperadores de Roma. Compuestas, además, muchas de esas naciones invasoras y conquistadoras de bandadas errantes poco numerosas, pues necesariamente tenían que fraccionarse para poder vivir del merodeo y de la rapiña, fuerza era tanto que mudasen continuamente de asiento, como que experimentasen un constante movimiento de fluctuación los límites de los territorios en que verificaban sus correrías, á cuyo cambio tenía que contribuir también en gran manera el estado perenne de guerra en que esos pueblos estaban unos con otros.

La falta de documentos históricos relativos á la organización de esos pueblos bárbaros impide que se pueda formar hoy una idea exacta acerca de las diferencias que había entre ellos. Unos, como los vándalos y los francos, parecen no haber sido sino bandadas de unos cuantos miles de hombres; otros, como los hunos, tribus enteras en lento, pero continuo movimiento de una parte á otra con sus carros, familias y ganados. Los reyes de algunos de esos pueblos eran verdaderos soberanos revestidos de grandísima autoridad, pero generalmente eran meros caudillos militares elegidos por los mismos que habían de seguirlos y obedecerlos, y ejercían autoridad limitadísima. En muchísimos casos hicieron sus invasiones y conquistas como capitanes de los emperadores romanos, que haciendo de la necesidad virtud, les concedían cierta especie de dominio sobre las comarcas que ocupaban ó que assolaban con sus correrías.

Las invasiones de esos pueblos en los territorios del imperio romano no comenzaron en el siglo v, como pudiera á primera vista creerse. Ya en tiempos muy anteriores señala la historia algunas muy famosas, aunque no se cuente entre ellas las varias que verificaron los galos en Italia. La de los cimbrios y los teutones, un siglo antes de la Era cristiana, contenida por las victorias de Mario en Agua Sextia y en Vercelli, puso en gravísimo peligro la existencia de la República; con una de los helvecios y con varias de los germanos tuvo que habérselas César; y en los cuatro primeros siglos de nuestra Era no pocas veces bandadas de francos, de cuados, de marcomanos y de otros pueblos, transpusieron las fronteras del Imperio y causaron grandes estragos en sus provincias.

Influencia de las invasiones bárbaras en las sociedades occidentales.

Ejercieron las invasiones de los bárbaros en los territorios del imperio romano en el siglo v de nuestra Era, mucho menor influencia de lo que generalmente se supone en las sociedades que formaban su población. Y no podía ser de otro modo, dado el pequeño número de los invasores relativamente al de los

habitantes de las regiones invadidas, y su inferioridad respecto á ellos, en organización y en cultura. Consta en la historia que toda la nación de los vándalos que, después de asolar á España unos cuantos años, pasó al África en las naves que para ello le proporcionó el conde Bonifacio, se componía de 70.000 personas; la de los francos sálicos, fundadora del reino que de su mismo nombre tomó el de Francia, y que en el siglo v sólo se extendía sobre la parte noroeste de la Galia, calculan los más graves historiadores modernos, que no pasaba de cuatro ó cinco mil combatientes; á la de los borgoñones le atribuyen esos mismos historiadores unos sesenta mil, no siendo probable que pasara de ese número la de los visigodos, ni que llegara ni remotamente á él la de los suevos. No puede decirse lo mismo de los pueblos septentrionales ribereños del mar Germánico, que en numerosas y frecuentes expediciones ocuparon la isla de Bretaña. El solo hecho de haberse convertido en completamente germánica en religión y en lengua la población de esa isla después de las invasiones de los anglos, jutos y sajones, y de haber permanecido tan latinas las de Italia, España, las Galias y África, como antes de las invasiones de los godos, vándalos, suevos, borgoñones, hérulos, silingos, alanos y francos, bastaría para demostrar cuán distinto debió de ser el carácter de esas conquistas y cuán diversas las circunstancias de que fueron acompañadas (*).

Estados fundados por los godos y vicisitudes por que pasaron.

De todos los pueblos bárbaros invasores de las tierras del imperio romano, los más cultos, así como uno de los más poderosos por su número y por su esfuerzo, eran incuestionablemente los godos. Ya hemos tratado de sus relaciones con el imperio de Oriente y de sus empresas en Italia, las Galias y España. Sus conquistas en esta última provincia, que agregaron á los territorios que ya poseían en las Galias, las hicieron como capitanes á sueldo del Imperio, hasta que, extinguido éste en 476, quedaron libres dueños y señores de un vasto territorio que se extendía por ambos lados de los Pirineos desde las orillas del Loira hasta muy adentro de España, y cuya capital era la ciudad de Tolosa en la Galia narbonesa. Sus guerras con los francos, cuyas invasiones por la parte del noroeste comenzaron á principios del siglo vi, les hicieron perder grandes territorios de las Galias, que compensaron con los que en la primera mitad del mismo siglo adquirieron en España, encerrando á los suevos, que dominaban también en gran parte de esa península, en sus regiones del noroeste, donde fundaron un reino en que se comprendían Galicia y gran parte de las provincias que largo tiempo adelante se llamaron de León y de Portugal, y cuya capital estaba en la ciudad de Braga.

En la segunda mitad del mismo siglo vi, Leovigildo, verdadero fundador del reino de los visigodos de España, y primero de sus caudillos que se determinó á usar las insignias reales, ensanchó sus dominios con todo el terri-

(*) Análoga observación puede hacerse respecto á la antigua Dacia (hoy Moldavia, Valaquia y Transilvania), donde la dominación romana de los ciento sesenta y nueve años comprendidos entre el de 105 en que la conquistó Trajano, cubriéndola de colonias, y el de 274 en que la abandonó Aureliano, dejó tan hondas huellas que las infinitas invasiones de godos, hunos, ávaros, turcos, húngaros y otros pueblos germánicos, eslavos y fineses no han podido borrar ni modificar apenas la lengua latina de sus habitantes, los rumanos de nuestro tiempo.

torio de los suevos, del que se apoderó después de una guerra en que fueron éstos vencidos, y estableció su capital en Toledo, á la que se dió, de allí en adelante, el título de Ciudad Real. Extendíase el reino de los visigodos bajo Leovigildo, sobre la parte de la Galia Narbonesa, llamada Septimania y también Galia Gótica, y sobre la mayor parte de España; no siendo posible señalar de un modo preciso sus verdaderos límites en esta última provincia, por ignorarse cuáles regiones de ella estaban entonces sujetas á los emperadores de Oriente (sabiéndose de positivo que hacia mediados del siglo VI



Sepulcro de Teodorico el Grande, en Rávena.

habían éstos reconquistado algunas de sus comarcas de levante y mediodía), y cuáles otras, entre las que se sospecha con fundamento que se contaban la de Vizcaya y algunas más del septentrión, estaban en poder de sus propios naturales.

Pero no estuvieron siempre reducidos á regiones de las Galias y de España los dominios de los godos, pues en los últimos años del siglo V agregaron los de ellos, llamados orientales ú ostrogodos, que, como ya se dijo, habían militado juntos con otros muchos pueblos, bajo las banderas de Atila, á las regiones de la Panonia y la Iliria, en que se habían establecido después de la muerte de ese famoso caudillo, toda la Italia, que arrancaron en 489 de manos de los hérulos. Esa conquista de Italia, llevada á cabo, á instigación de los emperadores de Oriente, deseos de alejar á los ostrogodos de la península traco-helénica donde hacían devastadoras correrías, por Teodo-

rico, que fué uno de sus caudillos más insignes, restableció el contacto entre las dos ramas de la nación gótica, roto cerca de un siglo antes en la margen septentrional del Danubio por el avance de los hunos.

A la muerte del rey de los visigodos Alarico en la batalla de Vugle, que sostuvo el año 503 con el rey de los francos Clodoveo, y á consecuencia de la cual perdieron los visigodos vastas comarcas de las Galias, como ya se ha dicho, Teodorico, á quien la Historia ha aplicado el sobrenombre de Grande, que ya llevaba catorce años en posesión de Italia, vino á ser, de hecho, rey también de los visigodos, hasta su muerte en 526, habiéndose extendido durante su reinado el dominio de los godos sobre Italia, Panonia, Dalmacia, el mediodía de la Galia y gran parte de España.

Disolvióse este gran reino á la muerte de Teodorico, y pocos años después—entre los de 539 y 554—Belisario y Narsés, generales de Justiniano, famoso emperador de Oriente, en varias guerras, destruyeron el reino de los ostrogodos y el de los vándalos, agregando al imperio de Oriente Italia, Africa y las islas del mar Mediterráneo, así como varias provincias orientales y meridionales de España, que arrancaron del poder de los visigodos, siendo de creerse, aunque la historia no lo consigne de un modo preciso; que muchos de los ostrogodos de Italia se pasaran entonces á España, incorporándose con los visigodos sus hermanos. Así quedaron los dominios de los godos reducidos á la Galia Narbonesa y á casi toda España desde la mitad del siglo VI hasta principios del VIII, en que fué destruído ese reino por la invasión de los árabes.

El reino de los visigodos fué, desde Leovigildo en adelante, no sólo el más próspero y opulento de la Europa occidental, sino también el más culto y civilizado, habiendo brillado en él en ese tiempo eminentes prelados de universal renombre, y muy en particular, San Isidoro, á quien se considera como una de las lumbreras de la cristiandad durante la Edad Media.

Recaredo, inmediato sucesor de Leovigildo, y todos los próceres godos abjuraron públicamente el arrianismo, secta á la que pertenecía toda la nación goda desde su conversión á la fe de Cristo á fines del siglo IV por los predicaciones de su obispo Ulfilas, traductor de los Evangelios. En cuanto al pueblo hispano-romano que constituía la masa general de la población, nunca había dejado de ser católico por más que conservase todavía muchas costumbres y supersticiones paganas.

La corona fué siempre electiva entre los godos, si bien con grandes tendencias, desde fines del siglo VI en adelante, á convertirse en hereditaria, tendencia estimulada, como es natural, por los mismos reyes, que muy frecuentemente asociaban á sus hijos al gobierno ó los ponían al frente de provincias importantes de sus dominios, para crearles así partidarios y facilitarles el acceso al trono.

Ejercían los reyes la autoridad con el concurso de los prelados y los próceres reunidos en ciertas asambleas llamadas concilios, que solían convocar con frecuencia y que tenían tanto de religiosas como de políticas.

Habían montado los reyes godos su corte á imitación de los emperadores de Bizancio, que, como herederos de las tradiciones romanas, eran en aquel tiempo los soberanos de más prestigio y categoría del mundo cristiano. Dividieron el Reino en provincias gobernadas por sendos duques y

condes; los primeros encargados de lo militar, los segundos de lo judicial y político.

Los reinados de los sucesores de Leovigildo fueron, por lo general, tranquilos, habiéndose desarrollado considerablemente durante ese tiempo la riqueza y prosperidad del Reino. La fusión de los godos y de los hispano-romanos estaba ya hecha por completo cuando en el reinado de Recesvinto (652-672) consagró la ley lo que lo estaba ya hacía largo tiempo por la costumbre; la legitimidad de las alianzas matrimoniales entre ambas razas.

Regístranse pocos sucesos importantes en ese período. Algunas rebeliones, fácilmente reprimidas, de comarcas del norte ó de próceres, al principio de los reinados; varias persecuciones contra los judíos, á quienes los monarcas godos tuvieron extremada ojeriza; y dos ó tres intentos de invasiones navales de los árabes, contenidas y rechazadas en los últimos años del siglo VII; llenan, prescindiendo de sucesos menudos, toda la historia de la monarquía visigótica desde la muerte de Leovigildo hasta las postrimerías del siglo VII, pero todo cambió al comenzar el VIII, pues al muy poco tiempo del advenimiento al trono de Rodrigo, los árabes, que ya se habían hecho dueños de la Mauritania, cruzaron el Estrecho de Hércules, que desde entonces se llamó de Gibraltar, é invadieron á España, apoderándose de ella en muy pocos años, después de desbaratar el ejército con que Rodrigo les salió al encuentro (711).

Después de conquistadas todas las provincias que los visigodos tenían en España, pasaron los árabes los Pirineos y conquistaron la Galia Gótica, y siguieron internándose por el territorio de las Galias hasta el Loira, en cuyas cercanías, entre Tours y Poitiers, les dió Carlos Martel, famoso caudillo franco, mayordomo del palacio de sus reyes, la famosa batalla en que los venció con muerte de su caudillo Abderraman (732).

Empresas de Clodoveo, rey de los francos.

De los caudillos de los francos sálicos, que ocupaban la Bélgica (*) y una gran parte de lo que llamamos hoy Alemania, el más famoso fué Clodoveo, nieto de cierto Meroveo, que, al frente de la gente de guerra de su nación, había militado bajo las banderas de Aecio en la batalla de los campos Cataláunicos. Clodoveo se propuso extender su dominación sobre toda la Galia, y lo consiguió en gran parte, apoderándose primeramente de todos los territorios de ella hasta el Loira, y arrojando después á los visigodos de casi toda la Aquitania después de vencerlos en Vugle, cerca de Poitiers, donde fué muerto su rey Alarico (503).

Era su mujer una sobrina de Gondebaldo, rey de los borgoñones, llamada Clotilde, que lo convirtió al cristianismo. Reinó desde 481 á 511, y á su muerte se repartieron sus hijos sus dominios de una manera tan irregular, que la parte de cada uno de ellos se componía de trozos ó porciones de territorio separadas entre sí por las pertenecientes á los demás copartícipes, que se hallaban divididas de modo semejante.

(*) Bajo el nombre de Bélgica, restablecido en nuestros días para designar un reino segregado del de Holanda en 1830, se comprendía antiguamente el vasto territorio comprendido entre el Rhin y el Sena, que se reparten hoy Francia, Bélgica, Luxemburgo y la Prusia Rhenana.

Los reinos francos desde la muerte de Clodoveo hasta el advenimiento de Carlomagno.

Desde la muerte de Clodoveo, en 511, hasta e advenimiento de Clotario, en 558, estuvieron divididos en varios reinos los vastos territorios en que dominaban los francos, los cuales confinaban con los Pirineos por el sur y con las tierras de los sajones y el mar Germánico por el norte.

Varias veces pretendieron los reyes francos invadir á Italia y extender por ella sus dominios, aprovechando el estado de perturbación en que se hallaba el país á causa de las invasiones de los ejércitos de los emperadores de Oriente á que ya atrás se ha aludido, y de los lombardos, de que después trataremos, pero fueron rechazados. Adquirieron en cambio los territorios de la Galia que formaban el reino de los borgoñones y todos los que al norte de los Alpes poseían los ostrogodos, y que éstos les cedieron á cambio de su concurso para resistir á los ejércitos de Bizancio.

Clotario tuvo bajo su dominio todos los territorios francos; pero á su muerte, en 561, volvieron á dividirse hasta el advenimiento de Clotario II en 596. La historia de los francos durante todo ese período es un tejido de usurpaciones, fratricidios y crímenes.

A la muerte de Clotario II, en 639, quedaron divididos los pueblos y territorios francos en dos grandes agrupaciones ó Estados: el de Austrasia y el de Neustria, al último de los cuales solía agregarse la Borgoña. Esa división, aunque no tomara forma definitiva hasta entonces, existió siempre de hecho entre los francos, siendo la Austrasia la parte más germánica de su imperio, y la Neustria la que, por estar más apartada de las comarcas de Alemania, donde tenían su solar y primitivo asiento los francos, era más ajena á su lengua y á sus costumbres; los francos de Austrasia eran, para decirlo en pocas palabras, más verdaderamente francos, ó sea más alemanes que los francos de Neustria, que tenían más puntos de contacto con los galo-romanos. Conviene también que se advierta que en ninguna de ambas divisiones entraban Aquitania, Gascuña ni Provenza, que se habían hecho independientes por ese tiempo, fraccionándose en multitud de pequeños Estados gobernados por sendos soberanos con título de condes y duques.

Una peculiaridad de esos Estados de Austrasia y de Neustria era no ejercer la autoridad efectiva los reyes, sino sendos funcionarios llamados «mayordomos de palacio», que, apoyados en los *leudes* ó próceres francos, la tenían completamente usurpada.

Las disidencias que se suscitaron entre los francos de Austrasia y los de Neustria se resolvieron en varias guerras, en que acabó por tener Austrasia la preponderancia, siendo mayordomo del palacio de sus reyes Pepino de Heristal, que vino á ejercer de hecho la soberanía sobre toda la nación franca hasta su muerte en 714, en que se encendió de nuevo la guerra por la rebelión de los leudes de Neustria; pero su hijo bastardo Carlos Martel, en dos batallas que les ganó, devolvíó á Austrasia su predominio, constituyéndose así en soberano de todo el pueblo franco, como lo había sido su padre mientras los reyes descendientes de Clodoveo se consumían en la ociosidad, desentendiéndose en absoluto del gobierno y administración de sus Estados patrimoniales (717).

Sostuvo Carlos Martel diferentes guerras, así contra los pueblos germá-

nicos confinantes por el norte con los francos, como con los del mediodía de la Galia, á quienes se esforzó en someter á su dominio; pero la más famosa fué la que riñó contra los árabes, quienes después de haber conquistado á España destruyendo el reino de los visigodos, se habían derramado por las Galias, llegando hasta el río Loira. La batalla que les dió entre Turs y Poitiers, en que fué muerto su caudillo Abderraman, y de la que ya hemos hecho mención, si no fué bastante para expulsar de la Galia á los invasores, sí lo fué para contenerlos y para salvar á Europa de su dominio (732).

A la muerte de Carlos Martel en 741, se partieron sus dominios (porque de hecho eran suyos los de los reyes francos) entre sus hijos Pepino y Carlomán, que emprendieron juntas varias expediciones; pero habiendo Carlomán renunciado al mundo en 747, retirándose al monasterio de Monte Casino, quedó Pepino por único mayordomo de palacio; y habiendo sido invitado por los leudes para tomar el título de rey, ciñó la corona en 752, destronando á Childerico, que de derecho la poseía, y encerrándolo en un monasterio.

Pepino reinó desde 752 hasta 768, habiendo tenido que sostener continuas guerras en el norte contra los sajones y los frisonos, en el mediodía contra los árabes y contra los señores de Septimania y Aquitania, y en Italia contra los lombardos, que amenazaban de continuo á los pontífices romanos, de quienes los príncipes francos reinantes eran grandes amigos y protectores. Repartiéronse sus dominios sus dos hijos Carlos (que es el mismo conocido universalmente por el nombre de Carlomagno) y Carlomán.

En el año 441, diez y ocho después del advenimiento de Teodosio el Menor, estaba toda la provincia romana de Bretaña en poder de los sajones. La historia de esa conquista, así como la de los años siguientes, está plagada de fábulas, pudiendo asegurarse que lo único que se sabe de cierto acerca de la conquista de Bretaña y la repartición de sus territorios por las tribus de anglos, jutos y sajones, es que á fines del siglo VI existían en la isla siete Estados bárbaros gobernados por sendos reyes, formando lo que han llamado *heptarquía* los historiadores; estando desechadas por la sana crítica histórica todas las noticias que sobre el origen de esos siete reinos han corrido hasta ahora y siguen corriendo por ciertas en las historias generales.

No siendo fácil explicarse de qué manera una provincia tan poblada, cubierta de ciudades, caminos y monumentos de todo género y tan hecha á la lengua, leyes y costumbres de Roma como positivamente se hallaba la de Bretaña en el siglo IV, pudo transformarse en poco más de un siglo en un país bárbaro, de religión, lengua y costumbres germánicas, se ha supuesto que durante una larga serie de años, y desde mucho antes de las invasiones piráticas de principios del siglo V, gruesos contingentes de sajones y otros pueblos de las riberas del mar Germánico se habían ido estableciendo en la isla por penetración pacífica, y predominaban numéricamente en su población cuando tuvieron principio aquellas invasiones.

Sea como quiera, es hecho por nadie puesto en duda, que tanto los reyes de la heptarquía como sus súbditos eran sectarios de la tenebrosa y

sangrienta religión de Odin, habiendo comenzado su conversión al cristianismo por la del rey de Kent, en los últimos años del siglo VI merced á las predicaciones de los misioneros que por ese tiempo fueron enviados desde Roma por el papa San Gregorio, y terminado por la conversión del rey de Sussex un siglo más tarde.

Al mismo tiempo que los reinos sajones y anglos de Bretaña, vivían en el norte y occidente de la misma isla y en la vecina de Irlanda tribus célticas en completo estado de independencia.

Los siete reinos que formaban la heptarquía se reunieron en uno solo hacia 823, bajo Egberto, rey de Wessex. Pero no se llegó á esa unidad sin pasar por un período de horribles desórdenes y turbulencias, complicadas por las frecuentes invasiones piráticas de los normandos, llamados allí daneses, pueblos septentrionales de Europa del mismo linaje que los godos, los sajones y los francos.

No obstante los crímenes horrendos que manchan la historia de los sajones de Inglaterra en ese período, el cristianismo había echado hondas raíces entre ellos. Más de treinta príncipes trocaron la corona por la cogulla, y de Inglaterra salieron muchos de los misioneros que fueron á predicar el Evangelio en las heladas regiones del norte de Europa, muchos de ellos con sacrificio de sus vidas.

Después de la muerte de Egberto en 836, volvieron á dividirse los dominios anglosajones, cuando más necesario les era permanecer unidos para resistir á los piratas daneses que no cesaban de hacer desembarcos en sus territorios. El mismo Egberto había tenido que combatir contra ellos en dos ocasiones, logrando rechazarlos; pero sus sucesores no fueron tan dichosos y hubieron de sufrir que se establecieran permanentemente en el suelo de Inglaterra. En 866 verificaron un desembarco formidable, y en 871, después de varios combates en que perecieron dos reyes ingleses, se hicieron dueños de la mayor parte del Reino.

En tales momentos subió al trono Alfredo, uno de los reyes más ilustres que ha habido nunca en Inglaterra y en Europa. Sobresalía tanto por sus cualidades naturales como por las que adquirió en los varios viajes que hizo á Roma y á otros lugares del Continente. Después de largas y reñidas guerras, logró liberrar á su país, si bien concediendo territorios á los daneses, Administró muy bien sus Estados, hizo reinar en ellos la paz y la justicia y promovió y fomentó la enseñanza. Las exploraciones geográficas por el norte de Europa que por su orden se hicieron en su reinado, son famosas. No acabó sus días Alfredo sin combatir de nuevo contra los daneses, que en 893 hicieron una formidable incursión en su territorio. En esa campaña que duró tres años, se riñeron multitud de combates, entre ellos uno terrible que fué tan mortífero para las tropas de Alfredo como para las danesas. Murió Alfredo en 900.

Sus sucesores no sólo tuvieron que combatir contra los daneses, que seguían verificando frecuentes desembarcos en la isla, sino también con las tribus célticas de Gales y de Escocia. Desde 980 en adelante, los desembarcos menudearon, esta vez capitaneados por príncipes noruegos y dinamarqueses, que acabaron por hacerse dueños del Reino. Desde 1016 hasta 1041, Inglaterra formó parte con Noruega y Dinamarca, de un solo Estado

gobernado por reyes dinamarqueses, de los cuales el más famoso fué Canuto el Grande. En 1041 volvió Inglaterra á tener reyes propios hasta 1066, en que invadida por Guillermo, duque soberano de la provincia francesa de Normandía, que pasó el Estrecho al frente de 70.000 hombres de guerra á quienes se llama normandos, pero que en realidad eran franceses naturales de esa provincia y de otras vecinas, se riñó la famosa batalla de Hastings en que perdió la vida el rey de Inglaterra Haroldo, y que entregó el Reino á Guillermo, que repartió todo su territorio en lotes entre sus soldados, organizando allí el mismo régimen feudal que el curso natural de los acontecimientos había establecido en Francia, Italia, España y Alemania. De allí en adelante mismo tiempo reyes de Inglaterra.

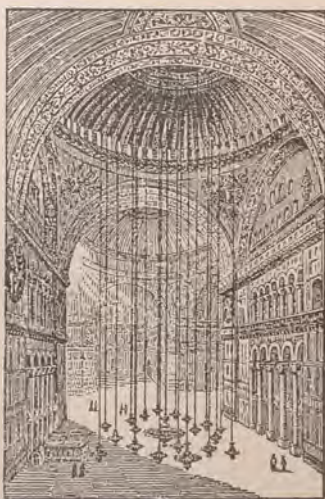


Vista exterior de la iglesia de Santa Sofía, hoy mezquita musulmana, en Constantinopla.

los duques de Normandía fueron al

El imperio romano de Oriente necesitó desde su fundación de guerrear con los persas, los cuales seguían gobernados por la dinastía de los Sasanidas. El más famoso de los reyes de ella fué Cosroes el Grande, que sucedió en 531 á su padre Cobad. Este Cosroes no sólo venció á los ejércitos romanos de Oriente y les quitó muchas provincias del Asia, sino también á los hunos y turcos que asolaban sus fronteras, y sometió á varios príncipes de la India, por cuyos territorios extendió notablemente sus dominios. En su tiempo fué traducido á la lengua persa de la sánscrita el famoso libro titulado *Cátila y Dimna*, que lo fué posteriormente á muchas de Europa, y en el siglo XIII á la castellana.

Coincidió el reinado en Persia de Cosroes el Grande con el imperio en Oriente de Justiniano, con quien estuvo casi continuamente en guerra hasta el año 562 en que se ajustó la paz, perdiendo el Imperio vastos territorios en Asia y obligándose á pagar un tributo anual á los persas.



Vista interior de la iglesia de Santa Sofía, hoy mezquita musulmana en Constantinopla.

Hechos notables del reinado de Justiniano. No fueron esas guerras con los persas, ni las ya otras aludidas contra los vándalos y los godos las únicas que hubo de sostener Justiniano, pues tuvo que rechazar á los ávaros y búlgaros, pueblos fineses que habían invadido la Tracia después de pasar el Danubio por los mismos parajes por donde siglo y medio antes lo habían pasado los godos.

Pero más que por las guerras fué notable el reinado de Justiniano por los trabajos legislativos que en él se llevaron á cabo. El *Código* que lleva su nombre, recopilación de las constituciones de sus predecesores, el *Digesto* ó *Pandectas*, las *Instituciones* y las *Novelas*, conocidísimas compilaciones jurídicas todas ellas, harán siempre famosos los nombres del emperador que las dispuso, y del jurista Triboniano que las ejecutó con el concurso de varios juriconsultos eminentes. También ha quedado del reinado de Justiniano un recuerdo famoso en Constantinopla en la iglesia de Santa Sofía, obra maravillosa de Isidoro de Mileto, y en la de San Vidal, edificada en Ravena después de su conquista, á imitación de la de Santa Sofía, como á su vez lo fué de la de San Vidal la iglesia que Carlomagno hizo levantar tiempo adelante en Aquisgrán, capital de sus Estados.

Perturbaron el reinado de Justiniano, como los de muchísimos otros emperadores de Oriente, las cuestiones teológicas y las herejías, en las que tuvo él mismo no poca culpa.

Historia de los árabes desde la predicación de Mahoma hasta la caída de la dinastía de los Beni-Humeyas. La nación árabe figura desde tiempo inmemorial en la historia. Ocupó en todo tiempo una vastísima península situada entre el mar Rojo y el golfo Pérsico, y nunca formó un solo Estado ó cuerpo político, sino muchísimos, de los cuales algunos estuvieron á veces bajo el dominio de naciones ó imperios extraños, y á veces indepen-

dientes. Pero una gran parte del pueblo árabe, especialmente el del centro de la Península, región estéril y abrasada, vivió siempre en estado nómada, dividido en pequeñas tribus dedicadas á la cría de ganados, al comercio y al merodeo, y en perpetua guerra unas con otras. Los árabes no tuvieron nunca una religión, sino muchas, según las influencias extrañas á que estaban sometidas sus diversas regiones. Hacia el siglo VI de nuestra Era había regiones de la Arabia donde predominaba el judaísmo, otras donde era el cristianismo, aunque alterado, la religión dominante, y no pocas donde lo eran la religión de los persas, ó sea el culto del fuego, el sabeísmo, ó adoración á los astros, ó la idolatría en cualquiera de sus formas.

Una de las tribus más importantes de aquella región de la Arabia, ribereña del mar Rojo, donde se asientan las ciudades de la Meca y Medina, llamada Hedjaz, era la de los coreichitas. A ella pertenecía Mahoma, personaje cuyo nacimiento se pone hacia 569, fundador de la religión islamita, mezcla de judaísmo y cristianismo, que fraguó él mismo en los viajes que hizo á Siria con las caravanas que llevaba allí un tío suyo dedicado al comercio.

Fundamento de la religión que ideó y predicó, es la existencia de un Dios único é indivisible, de quien se proclamaba él profeta y mensajero, dogmas á que se agregan la creencia en la inmortalidad del alma y la de

premios y castigos en la otra vida, conforme á los actos que se hayan verificado en ésta. Todas las doctrinas y preceptos del islamismo se contienen en el *Alcorán*, libro en que fueron recopiladas después de la muerte de Mahoma todas las sentencias y órdenes que dijo él haber recibido de Dios mismo en sus éxtasis y ensueños, y que constituye el evangelio y el código civil de todos los pueblos mahometanos.

La doctrina de Mahoma no se propagó sin lucha. Los mismos coreichitas lo echaron de la Meca, de donde tuvo que huir á Medina (15 de Julio de 622), siendo ese suceso el punto de partida de la Era llamada de la *Hégira* ó *Fuga*, de uso corriente entre los pueblos mahometanos.

Seguido por sus partidarios, comenzó Mahoma á propagar sus doctrinas á mano armada con tal fortuna, que en el año 631, ó sea en el noveno de la Hégira, se le sometieron multitud de tribus árabes, y en el siguiente, 632, que fué el de su muerte, envió al rey de los persas y al emperador de Oriente sendos mensajes conminándoles á que abrazaran su creencia, y lo reconociesen como profeta ó enviado de Dios.

Extendióse su secta después de su muerte con una rapidez increíble; y no sólo su secta, sino su imperio, porque en la propagación del islamismo las ideas religiosas y la sujeción política de aquellos que las adoptaban á la autoridad de los sucesores de Mahoma iban juntas.

Los primeros choques de los prosélitos del islamismo fueron con el imperio de Oriente. En 639, siete años después de la muerte de Mahoma, los generales de Omar, su primo, y segundo sucesor (el primero lo había sido su suegro Abubekre), habían sometido toda el Asia hasta el Tauro. Amru, uno de ellos, conquistó luego, en menos de dos años, todo el Egipto, y Kaleb, que era otro, tenía acabada en 642 la conquista del imperio de los persas, cuyo último rey, Jezdejerdo, tuvo que huir después de haber perdido unas tras otras todas sus provincias y la reñida y célebre batalla de Nehavend, que llaman los musulmanes «la victoria de las victorias». Antes de mediar el siglo VII poseían los sucesores de Mahoma Arabia, Egipto, Palestina, Siria, el Asia Menor, Media, Persia y Bactriana. Bajo el gobierno de Otmán, sucesor de Omar, que murió en 655, comenzaron las empresas marítimas de los árabes, quienes no sólo conquistaron á Chipre, Rodas y otras islas del Mediterráneo Oriental, sino que se atrevieron á atacar á Constantinopla. Apenas muerto Mahoma, comenzaron entre sus partidarios las discordias por motivos religiosos y políticos, surgiendo sectas que más adelante se multiplicaron al infinito, y aspirantes al poder, que se lo disputaron con las armas en la mano. Una de esas contiendas civiles puso en 661 el gobierno supremo en manos de Moavia, que fué el primer califa de la dinastía de los Omiadas ó Beni-Humeyas, el cual trasladó desde Medina á Damasco la cabeza del Imperio. Durante su califato emprendieron los árabes la conquista de África. Lo de menos para ellos fué vencer á los ejércitos del emperador de Oriente, al cual pertenecían esas provincias, pues tuvieron que someter luego á los moros, que se defendieron fieramente durante muchos años. En 700 estaban ya posesionados los árabes de toda el África, desde Egipto hasta el mar Atlántico.

Bajo el califato de Walid, que lo ejerció desde 705 hasta 715, pasaron los árabes el estrecho de Gibraltar y se apoderaron de España, y seguida-

mente (713) penetraron en la Galia, como ya hemos dicho, donde fueron contenidos en su avance por la victoria que Carlos Martel obtuvo sobre ellos en las inmediaciones de Poitiers (734). Al mismo tiempo que Muza conquistaba á España, Mohamed-ben-Kasin penetraba en la India y se apoderaba de la región del Indo, donde ya varias veces habían hecho incursiones los árabes desde muy poco tiempo después de la muerte de Mahoma. Armenia, Iberia, Cilicia, Capadocia, Galacia y todas las regiones del Cáucaso fueron también sometidas en el califato de Walid; pero en el de su sucesor Solimán comenzó la decadencia de la dinastía de los Beni-Humeyas, que se manifestó ya decididamente por el fracaso de sus flotas ante Constantinopla y por el de sus ejércitos en las Galias. Después de una guerra civil entre los partidarios de la dinastía reinante y los de Abul Abbas, descendiente de un tío de Mahoma, en que obtuvieron los últimos la victoria, fué depuesto y muerto el califa Meruan, y elevado al solio el dicho Abul Abbas, primer califa de la dinastía de los Abbasidas (750).

La historia registra pocos hechos tan portentosos como las conquistas de los árabes y la propagación del islamismo; porque que una tribu de unos pocos miles de hombres pueda no sólo llevar á cabo la conquista de regiones cuya extensión no baja de medio millón de leguas cuadradas, sino mantener sometidos á sus habitantes y hacerles cambiar de religión en los ochenta años corridos desde el 631 hasta el de 711, se haría absolutamente increíble, si la misma magnitud y notoriedad de los hechos no los pusiera á cubierto de toda duda. Las conquistas de los árabes y la propagación del islamismo fué como la inflamación de un reguero de pólvora que se extendiese desde las orillas del Indo hasta las costas occidentales del Atlántico, y sólo admitiendo haber sido un hecho más moral que material, más de divulgación de ideas entre muchedumbres ya preparadas para recibir las que imposición de ellas por la fuerza y por la conquista, puede explicarse. Según las crónicas arábigas, en el ejército que ganó la famosa batalla llamada de Guadalete que dió el señorío de España al califa Walid, residente á la sazón en Damasco, no llegaban á una docena los árabes, componiéndose todo él de sirios, egipcios, moros y gente de otras naciones.

Las conquistas de los árabes, al arrancar al Imperio de Oriente, ya quebrantadísimo por sus guerras contra los persas, los lombardos y las naciones bárbaras que asolaban sus fronteras, todas sus provincias de Asia y el Egipto, lo pusieron al borde de la ruina. A la muerte de Heraclio en 641 puede decirse que estaba en la agonía, y en los reinados de sus sucesores (llamados los Heráclidas), al perder sus dominios de Africa, hubiera quedado definitivamente disuelto si no hubiera sido dispersada la flota árabe ante Constantinopla. La dinastía de los Heráclidas acabó en 717 en que subió al trono León Isauro, hombre de humildísimos principios que se había hecho célebre por sus talentos militares defendiendo á Constantinopla contra los ataques de las flotas sarracenas. Profesó la herejía de los iconoclastas, ó destructores de imágenes, lo mismo que sus sucesores, y murió excomulgado en 741. Bajo el gobierno de Irene, que lo ejerció en nombre de su hijo Constantino, fué condenada como herética la doctrina de los iconoclastas por el séptimo concilio ecuménico de Nicea (787).

En 802 usurpaba el trono Nicéforo, favorecido por sus partidarios.

Conquista de Italia por los lombardos. Narsés, el conquistador de Italia, gobernó el país mientras vivió Justiniano; pero pocos años después de la muerte de éste, despechado contra su sucesor Justino, que lo había destituido, incitó á los lombardos, pueblo bárbaro que estaba establecido desde algún tiempo antes en la Panonia y de cuyo rey Alboino era amigo, á que se apoderasen de Italia.

El año 569 púsose en movimiento Alboino seguido de cien mil bárbaros de varias naciones, pero entre los que predominaban los lombardos, llevando consigo en carros sus mujeres é hijos, penetró en Italia por el Véneto, y en unas cuantas campañas se hizo dueño de toda la provincia llamada desde entonces Lombardia, que repartió en ducados. Su sucesor Clef prosiguió sus conquistas, llegando hasta las inmediaciones de Roma.

A la muerte violenta de Clef, en 574, los próceres lombardos acordaron no elegir rey y gobernarse por sí. Habían dividido las tierras conquistadas entre treinta duques que ejercían el gobierno con independencia unos de otros, aunque formando una especie de república federativa. Esos duques no eran hereditarios, sino electivos.

El imperio de Oriente carecía de fuerza en ese tiempo para resistir á los lombardos; pero éstos, divididos en la forma que hemos dicho, tampoco la tenían para arrojar de Italia á los griegos, que poseían todo el mediodía de la Península y muchos territorios y ciudades de ella, entre las cuales se contaban la de Ravena donde residía el exarca (que tal título llevaba el gobernador griego), y la de Roma, residencia del papa. Convínose entre unos y otros en conservar pacíficamente lo que poseían, transacción humillante para el imperio de Oriente.

Acudióse por trasmano por parte de los emperadores á los reyes francos, los cuales, obedeciendo á sus sugerencias, se decidieron á invadir á Italia, pero los duques lombardos, comprendiendo la necesidad de unirse para afrontar el peligro que les amenazaba, eligieron en 585 por rey á Anthari, hijo de Clef, quedando los treinta duques en situación de vasallos, obligándose á contribuir con una parte de sus ingresos al sostenimiento del gobierno central, y con sus contingentes armados, cuando el estado de guerra lo requiriese. Así se estableció en Italia el feudalismo, gracias al cual pudieron resistir los lombardos á dos invasiones de los francos, la segunda de las cuales tuvo por término una reñida batalla en que el ejército franco fué completamente deshecho.

En 589, Anthari, dejando atrás á Ravena y á Roma, cuya conquista era harto difícil, se dirigió al mediodía de Italia y se apoderó de un vasto territorio con el cual constituyó el ducado de Benevento. Convirtióse poco después al cristianismo, con muchos de los lombardos que hasta entonces habían sido paganos. Poco antes de este tiempo fué fundado por San Benito el célebre monasterio de Monte Casino. Murió Anthari en 590.

Los lombardos declararon aceptar por rey á aquel de ellos á quien su viuda Teodelinda, hija de Garibaldo, rey de Baviera, eligiera por marido. Ella eligió á Agiulfo, duque de Turín, no poniéndole una lanza en la mano, como hasta entonces se había acostumbrado, sino ciéndole una corona

que era casi toda de oro, aunque por lo que tiene de hierro se ha hecho famosa con el nombre de «corona de hierro» de los lombardos.

Por interesante que sea, y lo es mucho, la historia de los reyes lombardos, no nos es posible detenernos en ella, habiendo de contentarnos con decir que sus reyes siguieron siendo electivos; que Rotaris, uno de ellos, dió leyes escritas á sus súbditos; que en el gobierno de esta nación tomaban parte, siempre que se trataba de dictar leyes, asambleas sólo de próceres, sin intervención del clero ni del estado llano; y que en la historia de los lombardos hasta Luitprando, que subió al trono en 712, los conflictos entre ellos y el imperio de Oriente, representado por los exarcas de Ravena, fueron constantes.

Principio del poder temporal de los papas.

los pontífices como sus soberanos. La importancia política de los Papas aumentó notablemente cuando, por la fundación del reino lombardo, coexistieron en la península dos Estados políticos: el imperio de Oriente, representado por los exarcas, y el reino lombardo, entre los cuales vinieron á ser los Pontífices como mediadores, ó, para decirlo más exactamente, como un tercer poder que con los otros dos mantenía el equilibrio general.

Influencia de la herejía de León Isauro en la historia de la Europa Occidental.

La herejía iconoclasta del emperador de Oriente León Isauro, á que ya atrás se ha aludido, provocó en Italia gravísimos conflictos, que tuvieron gran parte en la consolidación del poder temporal de la Santa Sede, en la restauración del imperio de Occidente, y hasta en el cambio de dinastía que hubo en Francia, y que ya hemos relatado.

No siéndonos posible descender á pormenores, nos limitaremos á decir que el decreto que dió el Emperador para que fueran suprimidas todas las imágenes de las iglesias y sitios públicos de sus Estados, produjo una verdadera conflagración no sólo en Oriente, sino en sus dominios de Italia, donde hubo motines, asonadas y rebeliones de muy graves consecuencias; porque ni el Papa podía aprobar las heréticas doctrinas del emperador bizantino, sino, al contrario, condenarlas como lo hizo, ni consentir tampoco que el rey de los lombardos, que lo era á la sazón Luitprando, aprovechando el disgusto general que la orden del Emperador había producido en las ciudades que conservaba en Italia, se apoderase de ellas y las incorporase á su reino. Aunque trabajosamente, pudieron los Pontífices ir orillando los escollos que semejante conflicto traía consigo; pero la persistencia en la herejía de León Isauro, el estado de rebeldía de sus súbditos italianos, y la ambición de los reyes lombardos, obligaron al fin á los Pontífices á buscar auxilio en los reyes francos de allende los Alpes, cuya intervención en los asuntos de Italia á mediados de aquel mismo siglo, dió por resultado la destrucción del reino de los lombardos, en 774, y la restauración del imperio de Occidente.



CAPÍTULO II

HISTORIA DE LOS SUCEOS OCURRIDOS DESDE EL ADVENIMIENTO DE CARLO-
MAGNO AL TRONO DE LOS FRANCOs HASTA LA PRIMERA CRUZADA

Historia del reinado de Carlomagno.

A la muerte de Pepino, en 768, se repartieron sus Estados sus hijos Carlos y Carlomán. Este vivió muy poco tiempo, quedando Carlos por único rey de los francos.

Hallábanse éstos rodeados por todas partes de pueblos que amenazaban la paz y la estabilidad de su dominación. Al norte, tenían á los sajones, que ocupaban todos los territorios de la actual Alemania hasta las riberas del Océano Germánico; al este y sudeste se hallaban los bávaros y ávaros, pueblo este último que algunos confunden con los hunos, pero que más bien parece ser de origen eslavo; al sur estaban los árabes, que además de dominar en toda España con excepción de una pequeña región del noroeste, ocupaban una parte de la Galia meridional; al sur de los Alpes se hallaban los lombardos, compartiendo con los emperadores de Oriente el dominio de Italia. Los lombardos no constituían ciertamente un peligro para los francos, pero sí para la independencia de los Pontífices romanos, quienes, estrechados entre ellos y los emperadores heréticos de Oriente, que pretendían dictar leyes á la Iglesia, se vieron obligados á recurrir á los reyes francos, como ya en otro lugar se ha dicho.

Carlomagno, hombre de altos pensamientos y de condiciones excepcionales para el gobierno, se propuso fundar sobre cimientos sólidos un imperio cristiano á cubierto del peligro de ser destruído por invasiones bárbaras, como las que habían dado en tierra con el imperio romano. Le era preciso dominar y civilizar á los sajones y á los ávaros; contener y alejar á los árabes; someter á los lombardos. Tal fué el objeto de las cincuenta y tantas

expediciones que hizo durante su reinado, unas conducidas por él mismo otras por sus lugartenientes. De esas expediciones, las cinco dirigidas contra Italia, le dieron el dominio de casi toda esa península, que quedó agregada á su imperio, aunque conservando las instituciones y la forma de gobierno que los lombardos tenían establecidas; las siete que se hicieron á España



Carlomagno (figura antigua de bronce).

ña tuvieron por resultado, si no llevar hasta el Ebro los límites del Imperio, como se ha dicho, pues sólo en una de ellas se llegó hasta las márgenes de ese río, si fundar los condados catalanes y dejar establecidos los cimientos de los condados que fueron tiempo adelante los reinos de Aragón y de Navarra; las diez y ocho emprendidas contra los sajones, alejar hasta el Elba las fronteras septentrionales de sus Estados, y civilizar y cristianizar á esos pueblos feroces, que dejaron de allí en adelante de molestar con sus invasiones á los de la Europa meridional. Además de esas expediciones hicieron muchas otras contra los turingios, los ávaros, los daneses, los bá-

varos y los eslavos, cuyas consecuencias fueron el establecimiento de sociedades estables que comenzaron por ser provincias del Imperio, y que en los tiempos siguientes tras de infinitas vicisitudes, se convirtieron en los Estados políticos que han venido á constituir la Europa moderna.

Pero no fueron sólo guerreras las empresas que llevó á efecto Carlomagno, pues más todavía que ese carácter, lo tuvieron religioso, social y político, cristianizando, civilizando y convirtiendo en naciones sedentarias y agrícolas á pueblos paganos, nómadas y errantes que no tenían otra existencia que la guerra y el pillaje. Estableció en todos sus

inmensos dominios una administración regular y una justicia tan perfecta como cabía entre hombres tan indóceiles y turbulentos como lo eran sus contemporáneos.

La obra de Carlomagno fué colossal, habiendo pasado no sin razón su nombre á los tiempos futuros como el de uno de los reyes más ilustres de la historia. En su mismo tiempo se extendió su fama hasta los últimos confines del mundo, pues no sólo los reyes cristianos de Asturias y los califas islamitas de Córdoba sostuvieron con él relaciones cordiales y le enviaron embajadas y regalos, sino también los emperadores de Oriente y el califa de los musulmanes Harun al Raschid. En la Natividad de 1800, hallándose en Roma, fué coronado por el papa León como emperador de Occidente, siendo el primero después de Rómulo Augústulo, de puesto en 476 por Odoacro, que llevase tal título. Aunque el nombre de *franco* del emperador Carlomagno y de su pueblo suele ser causa

de que se le considere como francés, calificativo que se ha aplicado á los galos precisamente por la conquista franca, su verdadero carácter es germánico, como el de la nación franca á que pertenecía. Su corte y cabeza de su imperio estaba en Aquisgrán.

A su muerte en 814, se encerraban en los dominios de Carlomagno todos



El Apóstol San Pedro entregando al papa León el palio, y la bandera á Carlomagno. Mosaico de la iglesia de San Juan de Letrán, fabricado en vida del papa León y del emperador Carlomagno, por lo cual pueden tenerse por retratos fieles de ellos las figuras que los representan. La fisonomía del emperador en esa figura no difiere mucho, como se ve, de la que se le atribuye en la figurilla de bronce representada en la página precedente, que también es muy antigua.

los territorios comprendidos entre el mar del Norte, el río Elba, el mar Mediterráneo, la cuenca del Ebro y las comarcas meridionales de Italia.

Imperio de Oriente desde el advenimiento de Nicéforo hasta la primera Cruzada. Desde 802 en que subió al trono Nicéforo, hasta 1054, en que quedó consumado el cisma de las iglesias de Oriente y Occidente, el imperio bizantino se vió constantemente desgarrado interiormente por las herejías y las discordias teológicas, y en lo exterior, invadido y desmembrado por los bárbaros y por los sarracenos.



La iglesia mayor de Aquisgrán, representada, en este grabado, aunque extraordinariamente modificada, pues la que hoy existe pertenece al estilo gótico ú ojival, que se introdujo muy á fines del sig'o XII, fué fundada por Carlomagno, conservándose en ella varias famosas reliquias que se muestran solemnemente cada siete años.

Los iconoclastas ó destructores de imágenes, refrenados por el concilio

de Nicea, volvieron á predominar en el siglo IX, hasta que el concilio de Constantinopla en 842 condenó de nuevo como heréticas sus doctrinas; pero á la herejía sucedió el cisma, que, iniciado por el patriarca Focio en el primer período de su episcopado (862-867), quedó consumado definitivamente después de varias alternativas en 1054.

Entretanto, las guerras contra los sarracenos en Asia y en el mar Mediterráneo, y contra los búlgaros y los eslavos en Europa, continuaron durante todo ese tiempo con muy vario suceso, pues mientras en ciertos momentos parecía estar el Imperio al borde de su ruina, en otros reconquistaba, por lo menos temporalmente, las comarcas perdidas y aun adquiría otras nuevas gracias á los esfuerzos de sus generales.

Bajo Alejo I, que imperó desde 1081 hasta 1095, tuvieron que defenderse los bizantinos, no sólo de los turcos y de otros pueblos bárbaros, sino también de los normandos de Sicilia, que aspiraban á apoderarse del imperio de Oriente. Los esfuerzos de los normandos, afortunados al principio, resultaron estériles á lo postre, pues Alejo consiguió recobrar en 1085 los territorios que había perdido. Desde 1081 hasta 1095 tuvo que combatir duramente contra los eslavos, que no cesaban de hostilizarle por el norte, y contra los turcos, que se habían apoderado de Antioquía y de otras ciudades y comarcas de Asia.



Una vista interior de la antigua mezquita, hoy iglesia mayor de Córdoba. Comenzó á construirse en el reinado de Abderramán, fundador del califato de Occidente, y se prosiguió en los reinados de sus sucesores. Casi toda ella es obra de artistas bizantinos y muchas de sus columnas proceden de antiguos edificios romanos

Los árabes desde la caída de los Beni-Humeyas hasta la primera Cruzada.

La exaltación de Abul Abbas al califato fué señalada por la traslación de la corte del imperio islámico desde Damasco á Bagdad, ciudad que fué fundada por entonces en las márgenes del Tigris con materiales procedentes de los restos de la antigua Babilonia.

Muy poco duró la unidad del Imperio; pues Abderraman, miembro de la familia destronada, que había logrado salvarse del exterminio que de ella hizo Abul Abbas, desembarcó en España, donde sus partidarios lo proclamaron emir en 755, logrando, después de una larga guerra que sostuvo contra los partidarios de la nueva dinastía ó contra otros caudillos que aspiraban al poder, fundar el califato de Occidente, en que se comprendió también durante un breve tiempo adelante la Mauritania tingitana. Duró el califato de Occidente desde mediados del siglo VIII hasta 1036, en que, después de una larga agonía de treinta y cuatro años, se fraccionó la España

musulmana en multitud de pequeños reinos, que fueron destruidos en parte por los reyes cristianos de los Estados del norte y en parte por los almoravides africanos, que invadieron la Península á fines de aquel mismo siglo xi.

La existencia del califato de Occidente durante esos dos siglos y medio, distó mucho de ser tranquila; pues las luchas civiles y las rebeliones lo mantuvieron en un estado de perturbación constante. Los naturales de las comarcas montañosas de Andalucía, tanto musulmanes como cristianos, mal hallados con la dominación de los pocos árabes ó representantes de esa raza que había entre ellos, se proclamaron independientes, y lo pusieron en situación apuradísima y los Estados cristianos que se habían organizado en el noroeste de la Península, los francos, que lindaban con los territorios del califato por el nordeste, y los Fatimitas, que habían fundado un imperio musulmán en Africa, no cesaron de hostigarlo y de arrancarle jirones de sus territorios.

El más famoso de los califas de Occidente fué Abderraman III (912-961), en cuyo tiempo llegó al apogeo de su prosperidad el Califato. El palacio de Medina Zahara, que había hecho construir no lejos de Córdoba en la falda de la sierra, y donde tenía su ordinaria residencia, era una maravilla. Allí recibía á los embajadores de los príncipes de Alemania, de Constantinopla, de Italia y de Francia que aspiraban á su amistad. Su poder era formidable. Su poderoso ejército tenía á raya á los cristianos del Norte, y con su flota, no menos poderosa, podía disputar á los Fatimitas africanos el dominio del Mediterráneo.

El califato de Oriente llegó también bajo el gobierno de los descendientes de Abul Abbas á un alto grado de prosperidad. El más célebre de sus soberanos fué Harun al Raschid, que ejerció el gobierno desde 775 hasta 809, y fué contemporáneo de Carlomagno, con quien mantuvo amistosas relaciones. Antes de subir al trono, guerreando como lugarteniente de su padre, había obligado á los emperadores de Oriente á pagar un tributo á los califas, y habiéndose negado á satisfacerlo el emperador Nicéforo, Harun lo forzó á doblar la cerviz, después de despojarlo de varias de sus provincias del Asia Menor y de la isla de Chipre.

La decadencia del califato de Oriente comenzó después de la muerte de Motasem en 842. La guardia turca, que había creado ese califa para su servicio permanente, se convirtió, como las antiguas cohortes romanas del Pretorio, en árbitra de la corona, dándola y quitándola á su capricho. Tal estado de violencia se prolongó todo un siglo, complicado con multitud de discordias religiosas y de desmembramientos del Imperio, que dejaron reducidos los dominios de los califas de Bagdad á una pequeña comarca alrededor de esa ciudad. Ahmed IV acabó por reservarse la potestad espiritual, que á lo menos reconocían los varios Estados musulmanes independientes que se habían ido constituyendo en Asia, entregando el poder temporal en manos de un ministro que tomó el título de *emir de los emires*, cuyas funciones monopolizó hasta 1053 la dinastía de los Buidas, reinante en Persia.

Entre los reinos desmembrados del califato de Oriente, merecen citarse el de Korasan, el de Gazna y el de los Buidas. El primero de ellos, fundado en 822, terminó en 1008, absorbido por el de Gazna, así llamado por la ciudad de ese

nombre en la Bukaria. Este tuvo principio en 977, y su historia es gloriosa, habiendo sometido á su dominio el Cabul, el Korasan y una parte de la India.

La dinastía de los Buidas reinó en Persia, y tuvo por fundador á Alí. El califa de Bagdad tuvo que reconocer su soberanía en 932. Ya hemos dicho que esa dinastía monopolizó el cargo de *emir de los emires* en que los califas de Bagdad habían delegado toda su autoridad temporal, consiguiendo así agregar á sus derechos como soberanos de Persia los que poseían los califas como soberanos temporales.

Los turcos seldjukidas procedían del Turkestán, región comarcana de la China, del Tibet y de la Siberia, donde penetró el islamismo hacia principios del siglo XI. En ese tiempo la tribu de Seldjuk, una de las de esa nación, penetró en el Korasan, se apoderó de Krisabur, capital del país, y su caudillo Togrul-Beg tomó el título de sultán (1037). Después mermó considerablemente los dominios de Gazna é invadió á Persia, cuyo soberano buida buscó en vano ayuda en el sultán de Egipto. Los sucesores de Togrul-Beg conquistaron á Capadocia, Armenia y Georgia, vencieron á los ejércitos de los emperadores de Oriente, se apoderaron de las ciudades y comarcas de Bukara y de Samarcanda, y llevaron sus conquistas hasta los confines de la China (1063-1092).

A la muerte de Malek-Shah se dividió el imperio de los seldjukidas en cinco Estados: Persia, Kerman en la India, Damasco, Alepo y Rum, en Asia Menor.

Los reinos musulmanes de Africa.

No fué España la única provincia desmembrada del imperio islamita en el siglo VIII, pues también en Africa se fundaron en aquel mismo siglo y en el siguiente varios reinos independientes.

El de los Edrisitas, que tenía su capital en Fez, comenzó en 788, y se extendió en el siglo siguiente desde el Atlántico hasta las cercanías de la antigua Cartago. En guerra con los Fatimitas, que se habían apoderado de Cairwan, apeló á la ayuda de Abderraman de Córdoba; pero éste hizo pasar el Estrecho á un ejército que conquistó la Mauritania agregándola á España (930), sin conseguir, no obstante, acabar completamente con el imperio Edrisita, que aún duró hasta 973.

El reino de Cairwan, ó de los Aglabitas, conquistó su independencia en 800, bajo el califato de Harun al Raschid. Extendíase desde la Mauritania hasta la antigua Cirenaica. Sus flotas conquistaron á Malta y Sicilia, se apoderaron de algunos puntos de la costa meridional de Italia, y piratearon por el Mediterráneo. En 907 fué destruído ese Estado por los Fatimitas, que fundaron uno nuevo sobre sus ruinas.

Otro reino se fundó en Egipto en 868, que extendió su dominación sobre la Siria; pero en 904, debilitado por las luchas civiles, cayó de nuevo bajo la autoridad de los califas de Oriente. Sin fuerza éstos para defender el país de los ataques de los Fatimitas, concedieron el gobierno del Egipto al gobernador de Damasco Iskid, que se declaró independiente, fundando un nuevo reino que duró desde 935 hasta 968, en que cayó bajo el poder de los Fatimitas.

El imperio de los Fatimitas, que llegó á absorber á todas las dinastías musulmanas de Africa, tuvo por fundador á Obaidallah, caudillo de

una rebelión contra el rey aglabita de Cairwan en 907. Este Obaidallah despojó después á los Edrisitas de la mayor parte de sus dominios, y sus sucesores se apoderaron del Egipto en 968, trasladando seis años después su capital al Cairo. Sicilia, Palestina y Siria, además del Africa hasta la Mauritania, reconocieron su dominio. Poco después de establecidos en Egipto perdieron el Africa (988), á fines del siglo siguiente la isla de Sicilia, que les quitaron los normandos, y la Siria y la Palestina que ca-



Vistas exterior é interior del sepulcro que se dice ser de Pelayo en la cueva de Covadonga, donde, según fama, riñó un combate que afirmó los cimientos de su pequeño Estado. Los restos de este famoso caudillo fueron trasladados algún tiempo después de su muerte, al lugar que hoy ocupan desde la villa de Cangas de Onís, donde antes estaban

yeron en manos de los turcos seldjukidas (1078); Todavía duró el reino fatimita en Egipto hasta 1171 en que lo destruyó Saladino.

Apenas transcurridos siete años desde que los árabes pusieron el pie en España, cuando Pelayo, príncipe del linaje real de los godos, se proclamó independiente en un rincón del noroeste de la Península al abrigo de las montañas, fundando allí el reino de Asturias (718) (*). Los sucesores de ese príncipe, aprovechando el estado de perturbación de los árabes por sus luchas civiles y sus guerras en las Galias, fortalecieron su pequeño dominio, y lo aumentaron con la provincia de Galicia primero, y más adelante con las tierras confinantes con el Duero. Estuvieron en guerra continua con los árabes durante los siglos IX y X, habiendo logrado en el último de ellos Ramiro II, rey de León, ganar sobre los ejércitos de Abderraman III la célebre victoria de Simancas (939).

En los últimos años del siglo VIII, Carlomagno y sus generales, en siete sucesivas expediciones que hicieron á España, dejaron fundados varios condados en las faldas de los Pirineos, los cuales, habiendo conquistado su inde-

(*) El verdadero nombre del Estado fundado por Pelayo parece haber sido el de «reino de Gijón», que se mudó en el de «reino de Oviedo» cuando su sucesor Frnela hubo fundado la ciudad de este nombre en las cercanías de la antigua Lugo de los Astures, destruída por Muza en 712 ó 713; y todavía más adelante en el de «reino de León», cuando los reyes asturianos extendieron sus dominios hasta comprender en ellos á la antigua ciudad de León, llamada así por corrupcion del antiguo nombre de *Legio Séptima Gémina*, que le dieron los romanos.

pendencia en tiempo de los sucesores de Carlomagno, constituyeron los reinos de Aragón y Navarra y los condados de Cataluña, que eran ya Estados de consideración á principios del siglo x.

En los últimos años de ese mismo siglo, Almanzor, ministro del califa Hiquem, á la sazón reinante, en sucesivas expediciones que emprendió contra los Estados cristianos de España, no sólo les arrancó los territorios que habían adquirido penosamente en trescientos años de guerra incesante, sino que los redujo á una situación de dependencia que duró hasta su muerte en 1002.

Las guerras civiles que siguieron á la muerte de Almanzor, y la desmembración del Califato en multitud de pequeños reinos, consecuencia de ellas, permitieron á los Estados cristianos no sólo recobrar sus perdidos territorios, sino extenderlos hasta las márgenes del Tajo por el occidente y centro, y hasta muy cerca de las del Ebro por el oriente de la Península. A fines del siglo xi, poco antes de la primera Cruzada, se hicieron dueños los cristianos de la ciudad de Toledo, antigua metrópoli y corte de los reyes godos. Había á la sazón tres Estados cristianos en España: el de los reinos unidos de Castilla y León, en su parte occidental; los, también unidos, de Aragón y Navarra en la central, y el condado de Barcelona en la oriental.

Los normandos y sus empresas.

Los mismos pueblos procedentes de las costas de Dinamarca que con el nombre de anglos, jutos y sajones conquistaron la Bretaña en la primera mitad del siglo v, eran, sin punto de duda, los que con el de normandos ú *hombres del Norte* con que se les conocía en muchas partes, y con el de daneses, que se les daba en otras, asolaron no sólo las costas, sino muchas comarcas mediterráneas de Europa, hasta donde lograban penetrar remontando los ríos con sus pequeñas y ligeras embarcaciones, y aun remontando éstas á brazo cuando la necesidad los obligaba. Sus primeras expediciones á las islas Británicas, tierras en que sus antepasados los anglos y los sajones se habían establecido más de tres siglos antes, se remontan al año 787; en las Galias se presentaron poco más ó menos hacia el mismo tiempo, pues consta que visitaron sus costas en el de Carlomagno.

Sería muy largo relatar las empresas de esos atrevidos piratas, entre las cuales no son tan conocidas como merecen, la fundación de colonias en Islandia, en Groenlandia y en las tierras septentrionales del continente de América bastante siglos antes del descubrimiento por Cristóbal Colón de sus islas y tierras meridionales.

Al mismo tiempo que los piratas suecos fundaban un establecimiento en el fondo del golfo de Finlandia, hacia los parajes donde mil años más tarde se edificó San Petersburgo, desde donde partieron expediciones que después de subyugar á Novogorod y Kief, descendieron el curso del Níeper ó Boristenes y aterrorizaron las riberas del mar Negro é inquietaron á Constantinopla, los piratas noruegos y daneses llevaban á sangre y fuego las costas de Holanda, Flandes, las Galias y España. Ya hemos visto cuáles fueron sus depredaciones en Inglaterra, de cuyo reino llegaron á hacerse dueños. En Alemania destruyeron á Hamburgo, ciudad fundada años antes por Carlomagno, y asolaron todas las tierras que baña el Elba. Des-

de las orillas del Rhin, del Mosa y del Esc.lda, donde se asentaron, tuvieron durante cincuenta años des poblada toda la tierra de Flandes. En las Galias sus estragos fueron enormes. Todas las provincias de esa región que dan al mar Atlántico fueron objeto de sus asoladoras correrías. Nantes fué saqueada; Ruán, incendiada; Turs y París estuvieron á punto de caer en sus manos, no habiéndose salvado la última de esas ciudades sino á fuerza de oro (854). Las expediciones de los normandos á la región occidental de las Galias durante el siglo IX, tuvieron por resultado su definitivo establecimiento á principios del X en la región de ella que de su nombre se llamó Normandía, y que tan importante papel hizo en la historia de los siglos siguientes. En España estuvieron unos cuantos años apoderados de gran parte de Galicia, é hicieron terribles estragos en las riberas de las comarcas musulmanas de la Península, donde quemaron á Lisboa y Sevilla (827).

Historia de los sucesos de Carlomagno hasta el establecimiento del feudalismo.

Pueblos tan heterogéneos como los que componían el imperio de Carlomagno no podían permanecer unidos sino bajo la poderosa mano de ese grande hombre. En 843, después de prolongadas luchas entre los hijos de Ludovico Pio, su inmediato sucesor, y este mismo soberano que, incapaz de ejercer dominio efectivo sobre tan vastos territorios, los había dividido entre ellos, se fraccionó el Imperio en tres grandes Estados: el reino de Francia, el de Alemania y el de Italia, nombres no correspondientes á las comarcas que en tiempos posteriores los han llevado, pues en el reino de Francia se comprendían regiones de Flandes y de España, y en el de Italia, además de la península de su nombre, sin su extremidad meridional, una parte de Suiza, otra de Iliria, Alsacia, Lorena, Borgoña y parte de Flandes y de Holanda hasta las bocas del Rhin. En el reino de Alemania, que, como los otros dos, confinaba con el océano Germánico, entraban, sin contar las tierras tributarias, que se extendían indefinidamente á oriente del Elba, el resto de Suiza y las comarcas que hay entre el Rhin, el Danubio, el Elba y el Saal.

No fué ni remotamente estable y definitiva esta partición, que se modificó varias veces en el curso de aquel mismo siglo. Bajo Carlos el Gordo pareció un momento como reconstituído el imperio de Carlomagno; pero en 888, después del destronamiento de aquel soberano inepto, se dividió no ya en tres reinos, sino en siete: Francia, Navarra, Provenza, Borgoña, Lorena, Alemania é Italia; ó en nueve, si se cuenta entre ellos á Bretaña y á Aquitania que, aunque sin nombre de reinos, eran de hecho independientes.

Pero no hemos tenido en cuenta sino las grandes fracciones, no aquellas más pequeñas en que los antedichos Estados se subdividieron, correspondientes á los condados, vizcondados y demás provincias y distritos en que Carlomagno había dividido sus dominios, todas las cuales tendían con irresistible fuerza á constituirse en Estados soberanos bajo el gobierno de los oficiales reales, cuyos títulos iba la costumbre, cada día más aceptada por la ley y confirmada al fin por ella, convirtiendo en hereditarios. Sólo en el reino de Francia había á fines del siglo IX veintinueve Estados casi independientes, número que cien años más tarde subió á cincuenta y cinco.

Estos Estados, cuya definitiva independencia era un hecho consumado á fines del siglo X, se dividían á su vez en otros aún más pequeños; y como lo mismo que en Francia sucedía en Italia y en Alemania, puede decirse que dos siglos después de la muerte de Carlomagno estaba literalmente pulverizado su imperio. La deposición en 987, de Luis de Ultramar y la exaltación al trono en Francia de Hugo, llamado Capeto, hijo de otro Hugo llamado el Grande, que era uno de los más poderosos de los varios príncipes que se repartían los vastos territorios á cuyo conjunto se hizo extensivo siglos adelante el nombre de Francia, marca el definitivo establecimiento en ella de ese régimen de extrema subdivisión de la soberanía y del territorio á que se ha dado el nombre de *feudalismo*.

Aun antes que en Francia, se había entronizado ese sistema en Italia, cuya repartición entre duques, casi soberanos, primero, y después ligados por ciertos vínculos de dependencia con el poder central en tiempo de la dominación lombarda, era ya en germen un régimen feudal más regularmente organizado que el de Francia. Al disolverse el imperio de Carlomagno, surgieron allí multitud de ducados, condados, marquesados y señoríos independientes de hecho, y en perpetua pugna con los poseedores de los más poderosos de ellos, que aspiraban á la soberanía suprema.

Después de Carlos el Gordo, bajo cuya autoridad soberana vinieron circunstancias fortuitas á poner á casi todos los pueblos y territorios que habían constituido el imperio de Carlomagno, enseñoreóse de Italia la más desenfrenada anarquía, disputándose su dominio varios príncipes que se llamaron emperadores de Occidente, y que hubieron de apelar varias veces á la intervención de Francia y de Alemania, mientras las más enconadas luchas civiles desgarraban á la Península y eran sus regiones meridionales presa de los sarracenos. Puso término momentáneamente á esas complicaciones el papa Juan XII, haciendo que los italianos, ó mejor dicho, que los señores feudales y eclesiásticos, pues el pueblo para nada intervenía en estas deliberaciones, llamasen al rey de Alemania, Othon, quien, con beneplácito general, ciñó sus sienes con la doble corona de los germanos y de los lombardos, y en seguida con la del imperio de Occidente (962). Quitó poco después el papa Gregorio V al pueblo romano el derecho de nombrar emperadores, y lo transfirió á los príncipes de Alemania. Los obispos de Maguncia, Tréveris y Colonia y los duques de Brandeburgo, Palatino y el de Sajonia fueron en adelante los electores.

La ciudad de Venecia, fundada en el tiempo de la invasión de Atila en Italia, por los habitantes fugitivos de Aquilea y de las comarcas vecinas, tenía ya bastante importancia como Estado soberano en la época de los ostrogodos y de los lombardos, y la adquirió mucho mayor en las siguientes; pero se tenía por más ligada por vínculos de dependencia con los emperadores de Oriente que con los soberanos de Italia.

Las de Génova y Pisa, aunque no exentas de sujeción respecto á los soberanos de Italia y los marqueses de Liguria y Toscana, hacían en su propio nombre expediciones á lejanas tierras, y concertaban tratados y alianzas con Estados extraños, como si gozaran de independencia.

De principios del siglo XII data la libertad de Milán, Pavía, Asti, Cremona, Lodi y demás ciudades lombardas, que, á imitación de aquellas otras

ciudades mercantiles, fueron haciéndose prácticamente independientes de poder imperial, ligándose unas con otras ó haciéndose la guerra, y procediendo en lo exterior como Estados soberanos, aunque en lo interior estuviesen desgarradas por facciones y banderías, como tan de ordinario sucede donde impera sin freno la voluntad del pueblo.

Sobre Alemania tenían que ejercer poderosa influencia además de las causas generales que contribuyeron á desorganizar los Estados en que se dividió el Imperio, las que se derivaban de su vecindad á los pueblos bárbaros cuya represión ó sujeción había sido objeto de muchas de las campañas de Carlomagno. A los ávaros y otros pueblos eslavos que amenazaban á Alemania por el Oriente, y á los normandos, que asolaban sus tierras septentrionales marítimas, vinieron á agregarse á fines del siglo ix los magiares, pueblo finés procedente del Ural que invadió por ese tiempo la Dacia y la Panonia, después de cruzar los territorios que poco después se llamaron Polonia y Transilvania. A principios del siglo x se esparcieron por Baviera, Sajonia, Turingia, Franconia y Suavia, llevándolo todo á sangre y fuego. Luis, último vástago de la dinastía de Carlomagno, les hizo frente en las orillas del Lech, perdiendo la batalla y, á consecuencia de las heridas que recibió en ella, la vida al año siguiente (911).

Alemania ardía en luchas civiles entre los muchos señores que con título de duques y otros se habían repartido el territorio; el peligro arreciaba, y la necesidad de establecer una autoridad que impusiese el orden en el Estado y que contuviese las agresiones de los extraños, se imponía con urgencia. Reunidos los principales magnates, acordaron elegir uno entre ellos que ejerciese el gobierno supremo. Dos duques, el primero de Franconia y el segundo de Sajonia, ambos hombres de grandes condiciones, se sucedieron en el trono; pero el tercero, Othon el Grande, los superó en méritos. Sometió á varios magnates rebeldes, y llevó las fronteras del Reino hasta el río Oder; sojuzgó á Polonia y Bohemia, ganó una victoria completa sobre los magiares, y en 962, como ya hemos dicho, recibió en Roma la corona imperial. Murió en 973.

A la casa de Sajonia, que dió tres emperadores más á Alemania y á Italia, sucedió en 1024 la de Franconia, cuyo segundo emperador, Enrique II, llamado el Negro, que ocupó el trono de 1039 á 1056, sometió la Santa Sede al poder civil, decretando que ningún pontífice sería elegido en lo sucesivo sin consentimiento de los emperadores; abuso de autoridad que tan graves conflictos había de ocasionar á sus sucesores.

El mediodía de Italia y la isla de Sicilia obedecían á muchos señores por el tiempo de que estamos tratando. Los lombardos, el imperio de Oriente y los sarracenos se disputaban sus territorios. El ducado de Benevento, uno de los fundados por los reyes lombardos, nunca llegó á estar enteramente sometido al imperio de Carlomagno. La Apulia y la Calabria pertenecieron desde la conquista que llevaron á efecto los generales de Justiniano á los emperadores de Oriente, y la isla de Sicilia había sido ocupada hacia tiempo por los sarracenos, que también poseían algunas comarcas en el extremo meridional de Italia. A estos tan discordes elementos vinieron á agregarse en el

Conquistas de los normandos en Sicilia é Italia.

transcurso del siglo XI los aventureros que, procedentes de la provincia francesa de Normandía, conquistaron en ese mismo siglo y el siguiente á Calabria, Apulia, Nápoles, la isla de Sicilia y el ducado de Benevento, constituyendo de todas esas comarcas el reino de las dos Sicilias, cuyo señorío vine á recaer en 1130 en Roger II, descendiente de uno de los caudillos de las primeras expediciones. A fines del mismo siglo obtuvieron los normandos de las dos Sicilias varias victorias navales sobre las flotas del imperio de Oriente, del que intentaron apoderarse, pero al fin tuvieron que desistir de ello, perdiendo algunos territorios que habían conquistado.

El feudalismo.

Pero habiendo aludido varias veces en este capítulo y en los anteriores al feudalismo, no debemos pasar adelante sin decir algunas palabras



Hohnstein (Sajonia).

acerca de un régimen que predominó en todas ó casi todas las sociedades europeas durante los dos últimos tercios de la Edad Media, y que tan grande influencia ha ejercido en su posterior organización social y política, en su historia y en sus costumbres.

En vano han tratado muchos autores de definir claramente el feudalismo señalando sus caracteres propios y distintivos. Unos han dicho que consiste esencialmente en la confusión de la propiedad territorial con la soberanía; otros, haciéndolo fundarse en la obligación del servicio militar como gravamen impuesto á cambio de la propiedad otorgada sobre una porción del suelo, han comparado la organización feudal con la de un ejército que

se estableciese permanentemente en un territorio para mantenerse y pagar se á sí mismo con sus productos; otros lo hacen consistir simplemente en una extremada subdivisión de la soberanía entre los propietarios territoriales, ocasionada por la falta de vigor del poder central; otros, por último (y por



Castillo de Worburg (cantón de Berna, Suiza).

scortar el hilo de esta lerie de hipótesis), do reducen á la fidelidad constituída como ease principal y casi txclusiva de las mu-luas relaciones entre os h ombres. Ninguna de esas definiciones ni otras que se han dado sobre el feudalismo, es enteramente exacta, y en todas ellas hay algo de verdadero. Puede haber ciertamente en el feudalismo confusión entre la propiedad del suelo y la soberanía; extremada subdivisión de la una y de la otra; retribución en propiedad territorial del servicio militar por el que lo recibe al que lo presta; la fidelidad como norma y eje de las relaciones sociales; pero no son indispensables ninguna de esas condiciones para la existencia del régimen feudal; ni siquiera las que de ellas se refieren á la propiedad territorial.

pudiendo muy bien estar organizadas feudalmente sociedades, como muchas tribus árabes y hordas asiáticas, no sujetas al suelo y que hacen vida nómada y vagabunda.

Tampoco es cierto que el régimen feudal fuese cosa exclusiva de los pueblos y territorios que formaron parte del imperio de Carlomagno, y resultado de su heterogeneidad é indisciplina y de su natural tendencia á sacudir el yugo que les había impuesto la autoridad férrea y centralizadora de ese mo-



Castillo de Ehrenbreitstein, á orillas del Rhin, en las inmediaciones de Coblenza.



Castillo de Rheinstein (orillas del Rhin).

narca; pues en Escandinavia, en Hungría, en Polonia y en las regiones de España y de Italia no sometidas á Carlomagno, existió y se desarrolló el régimen feudal lo mismo que en Francia, Alemania y la Italia septentrional; y en unos tiempos ó en otros, y hasta en nuestros mismos días ha prevalecido ese sistema entre gente tan diversa como los antiguos aztecas, los modernos japoneses y abisinios, y los naturales de casi todas las islas de la Polinesia. La Grecia de los tiempos heroicos por lo que se infiere de la Iliada, estaba organizada feudalmente, y feudal era asimismo la constitución



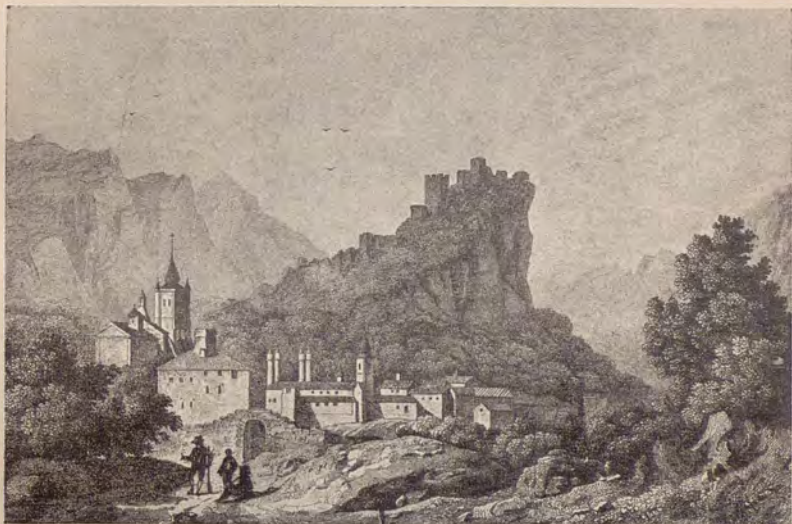
Castillo de Culzean (condado de Argyle, Escocia).

de la España, del Africa y del Asia musulmanas después de la disolución de los poderosos califatos de Oriente y de Occidente. Hasta entre los romanos, parecen indicar el patriado y la clientela un abolengo feudal en tiempos á que no alcanza la vista de la historia.

Pero el feudalismo, como todo lo que atañe á lo que pudiera llamarse *alma* de las sociedades humanas, reviste mil formas diversas que á su vez evolucionan por sí mismas modificándose y adaptándose á las condiciones en que tiene que desenvolverse su vida. No fué igual el feudalismo de Provenza al de Borgoña ó al de Flandes; ni el de Lombardía al de Sicilia; ni el de Inglaterra al de Alemania; ni el de Cataluña al de Castilla ó León ó Galicia; ni permaneció ninguno de ellos sin mudanza en el curso de los siglos, echándose de ver al primer examen muy grandes diferencias entre los carac-

teres propios de cualquiera de esos feudalismos en el siglo décimo, por ejemplo, y en el décimocuarto.

¿En qué puede consistir la dificultad de definir un régimen acerca del cual no sólo no faltan datos sino que hay superabundancia de ellos, régimen que practicaban y conocían perfectamente hombres tan rudos é ignorantes como la mayor parte de los que constituían las sociedades de nuestros siglos de hierro? Pues en lo mismo que la de discernir las leyes gramaticales de los lenguajes, por más que los emplee con la suficiente corrección



Castillo de Areo. (Tirol.)

para expresar claramente sus pensamientos hasta la gente más ruda, vulgar é indocta. Y no sólo en la dificultad de encerrar en leyes fijas y precisas las relaciones entre sus distintos miembros ú órganos constitutivos hay semejanza entre el régimen social y político de que estamos tratando y los idiomas; sino también en el hecho de revestir innumerables formas y en el de modificarse con el curso del tiempo hasta cambiar completamente de aspecto y hasta de naturaleza, convirtiéndose en organismos distintos de los que les dieron origen.

Puede asegurarse que el sistema feudal es, como el de la horda ó la tribu, una de las formas por que pasan las sociedades, bien en su proceso ascendente desde nallarse dispersas en familias ó pequeños grupos sin conexión política entre sí hasta constituir grandes Estados centralizados, bien en el descendente desde la forma de tales Estados hasta su disolución en familias ó minúsculos organismos sin relación unos con otros.

El feudalismo europeo, aun sin prescindir de la diversidad de sus formas según las comarcas y los tiempos, tenía por carácter general y propio la libérrima voluntad de las partes contratantes para aceptar las mutuas obligaciones que contraían, y los vínculos de mutua fidelidad que el pacto feudal establecía entre ellas, fidelidad que vino á ser la virtud social por excelencia de aquellos siglos belicosos. La propiedad territorial que al principio fué, á lo que parece, condición inherente al sistema feudal, acabó por no serle indispensable; fundándose el pacto mutuo en el servicio prestado por la una



Ruinas del castillo de Rheinfels (orilla del Rhin).

parte y el suelo recibido por la otra, con absoluta independencia de todo dominio del suelo. Las sociedades de la Edad Media se modelaron completamente sobre el feudalismo. La soberanía suprema, la justicia, la propiedad en cualquiera de sus formas, la milicia, los cargos públicos y privados, la Iglesia, no en lo fundamental y dogmático, que es invariable, pero en todo lo que tiene de mudable y transitorio, los municipios, todas las relaciones entre los hombres, en dos palabras, se organizaron feudalmente. Los reyes eran entidades feudales ligadas con los súbditos por un pacto cuyo cumplimiento garantizaban juramentos por ambas partes: por la de aquellos primeros de guardar á sus súbditos sus fueros y libertades, por la de los súbditos de reconocerles su soberanía. Ningún tributo podía imponerse sin el libre consentimiento de los que habían de pagarlo; ninguna ley modificarse sino por la voluntad de los que habían de someterse á ella, á cuyo fin en todos los Estados de Europa se instituyeron ciertas asambleas compuestas de los

prelados y próceres, y también de los concejos ó Municipios, cuando llegaron éstos á adquirir personalidad feudal, que compartían con los reyes el ejercicio del gobierno y administración pública. La milicia era también feudal en esos tiempos, hallándose ligados los que la componían con el que la reclutaba por los mutuos pactos y compromisos en que consistían las relaciones entre el vasallo y el señor.

La organización feudal, sencillísima en su principio, se complicó extraordinariamente con el curso del tiempo, dando lugar á las mayores anomalías. Hubo sujetos, y hasta reyes, á la vez señores y vasallos de otros; obispos y abades soberanos y soberanos obispos y abades; ciudades y monasterios soberanos por una parte, vasallos por otras, de otras ciudades y monasterios; embrollo que se convirtió en semillero de conflictos, que, como siempre, la fuerza resolvía y desataba.

Grandes defectos tenía el régimen feudal; pero fuerza es reconocer que si en él se sacrifican los

derechos de la colectividad á los del individuo, en ninguno se lleva tanto como en él la libertad á la práctica de la vida, ni se pone en tal alto lugar la dignidad del hombre. Cierto es que descansaba sobre la servidumbre de una gran parte de la población; pero lo mismo sucedía en todas las repúblicas antiguas y aun en las modernas, aunque se haya desterrado la esclavitud de los códigos. No se creía entonces, y quizás



Este grabado representa una casa fortificada del siglo XII, existente en la ciudad de Nassau, como hay muchas del mismo tiempo ó posteriores en otras ciudades de Alemania, Francia, Italia y España. En esta misma página y en las precedentes damos vistas de varios castillos de los innumerables de la época feudal de que está cubierto el Occidente de Europa. En las márgenes, del Rhin hay muchísimos de ellos, mejor ó peor conservados, y son famosos por las tradiciones y consejas de que suelen ser objeto entre los habitantes de sus inmediaciones.

no se fuera descaminado, que pueda haber verdadera libertad donde pretendan todos tenerla, siendo condición indispensable que muchos sacrifiquen la suya para que puedan unos pocos disfrutar de la exigua que al hombre le consiente la Naturaleza. El honor, la galantería, las ideas caballerescas, la fe en la palabra, el duelo, el derecho á rebelarse ó desnaturalarse, como se decía en Castilla, las guerras privadas, el sistema representativo en el gobierno, el jurado como manera de administrar la justicia, principios, ideas ó instituciones todas ellas hijas de la arrogancia que nace y se desarrolla en el hombre que se considera señor de sí mismo y de sus propias acciones, fueron consecuencia natural del feudalismo.

Dividido por el feudalismo el territorio de Europa en infinidad de minúsculos Estados en perpetua pugna unos con otros, cubrióse de castillos y fortalezas. Todas las ciudades y villas de alguna importancia, y aun muchas del todo insignificantes, se ciñeron de muros y fosos. Hasta dentro de las ciudades se manifestaba la desmenuzación de la soberanía y la independencia individual por multitud de casas torreadas y fortificadas, y de muros interiores que separaban unos barrios de otros, y de restos mejor ó peor conservados de tales fortalezas está literalmente sembrado el suelo de Europa.

La Iglesia y las órdenes mónásticas.

El alma de las sociedades de la Edad Media europea fué la Iglesia cristiana. La influencia de ella en la historia, en la política, en las leyes, en las instituciones, en las costumbres, en el desarrollo moral, intelectual y material, en la vida entera, por decirlo más brevemente, de



Catedral de Spira.



Capilla de San Zenón, en Verona.

Los pueblos modernos europeos, fué tan grande, que sin exageración alguna puede decirse que la historia de Europa en ese larguísimo período es la historia de la Iglesia. Ella fué la madre, la nodriza, la tutora, la educadora de los pueblos modernos, y prescindir de la Iglesia, ó considerarla como una de tantas instituciones integrantes de las sociedades y de los Estados, no dándole el lugar importantísimo que tiene en su vida, como lo hacen muchos autores de nuestro tiempo, es falsear la historia y presentarla con carácter y aspecto muy distintos de los que en realidad tiene.

En la destrucción del mundo antiguo, como en todos los grandes movimientos y revoluciones humanas, tuvieron muchísima más parte las ideas que los hechos materiales; más los principios filosóficos y religiosos que las invasiones de los bárbaros. La Iglesia, institución perteneciente ya á la nueva Era que había de suceder á la antigua, después de un largo período de gestación confuso, tormentoso, en que fermentaban tumultuosamente multitud de principios y



Iglesia de los Santos Apóstoles (Colonia).

elementos discordes y antagónicos, era la única institución sólida que existía en aquella enorme aglomeración de ruinas de lo pasado, y la que había de ser núcleo y fundamento de las sociedades futuras. Así vemos que no sólo todo lo que se relaciona con las ideas y con el espíritu de nuestros organismos sociales, sino también cuanto atañe á lo puramente material de su existencia, nació en el fondo del santuario. La arquitectura, la escultura y la pintura; la música, la poesía y el drama, todas las artes, en suma, tienen allí su origen. La Iglesia fué asimismo, por medio de las órdenes monásticas, la que conservó las obras de los antiguos sabios que constituyen el vínculo de unión intelectual de lo pasa-

do con lo presente.

Debe, no obstante, advertirse, que las comunidades monásticas, que tan enorme influencia han ejercido en el desarrollo de los pueblos modernos cristianos, aunque fueron en todo tiempo sociedades esencialmente religiosas, no pertenecían en su principio á la Iglesia. Eran sociedades laicas, no eclesiás-

ticas. Desde los primeros tiempos del cristianismo hubo quienes, ansiosos de cumplir al pie de la letra la vida de mortificaciones y de desprecio de las cosas del mundo, que el Evangelio recomienda, abandonaron la sociedad humana y los bienes temporales, y, retirados á lugares yermos y agrestes, se entregaron á la oración y al ayuno y á una vida austera, con el pensamiento puesto constantemente en las cosas espirituales y eternas.

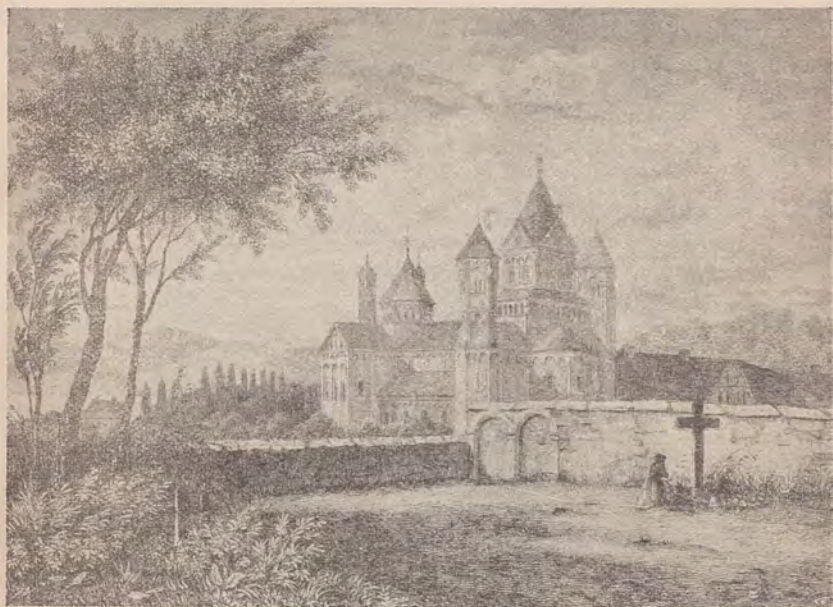
En las tierras de Oriente, que fué donde nació y primero se propagó el Cristianismo, comenzaron tales ejemplos, habiendo la Tebaida, región muy antiguamente poblada y opulenta, pero entonces, y desde mucho antes, yerma y desolada, alcanzado gran celebridad por los muchos ascetas, anacoretas ó eremitas que se refugiaron en sus soledades para practicar vida solitaria, contemplativa y penitente. Algunos ascetas llevaron su fervor religioso hasta adoptar por vivienda permanente y definitiva el remate ó meseta de alguna de aquellas columnas aisladas, tan comunes en la antigüedad para honrar á hombres célebres ó recordar sucesos memorables, donde expuestos á todas las inclemencias del tiempo pasaban el resto de sus días. A esos se les llamaba *estilitas*, por el nombre de estilos, que se daba á tales columnas, y hubo buen número de ellos en Oriente desde los primeros tiempos del Cristianismo hasta el siglo XII, siendo objeto de la admiración del pueblo, que los tenía, y con razón, por seres privilegiados y poco menos que sobrenaturales.

Fueron poco á poco muchos de los ascetas de que estamos tratando, agrupándose en sociedades ó comunidades, y sujetándose á reglas para el cumplimiento de sus penitencias y oraciones. De esas reglas, las más propagadas en Oriente antes del siglo V eran las de San Hilarión, San Macario, San Pacomio y San Basilio, á las cuales se sujetaban aquellos ascetas que, abandonando la vida solitaria del yermo, se transformaban en cenobitas, juntándose en comunidades ó asociaciones, que conservaban todavía el carácter laico que desde su principio habían tenido, sin que votos ni compromisos de ninguna clase impidieren la libre entrada ó salida en ellas de los miembros que las constituían.

En Occidente no hubo monjes hasta fines del siglo IV, en que San Atanasio los introdujo, á imitación de Oriente; pero aquí tuvo desde el principio la vida monástica muy otro carácter que en los países orientales, habiendo sido los primeros cenobios ó monasterios que se fundaron, y de los cuales el de San Víctor, en Marsella, y el de Lerins en una isla no lejana de esa misma ciudad, fueron de los más célebres, verdaderas escuelas de teología, focos de intensa vida intelectual y de ardientes controversias sobre los muchos puntos fundamentales de dogma y de doctrina que agítaban á todo el mundo cristiano. Pero en Occidente, lo mismo que en Oriente, fueron las comunidades monásticas en su principio, sociedades laicas, cuyos miembros gozaban de la libertad más amplia y absoluta. Su transformación en sociedades eclesiásticas fué obra lenta del tiempo, y á la que contribuyeron de consuno la Iglesia, por una parte, y los mismos monjes por otra.

El primero en introducir la disciplina y el orden en la vida monástica en las tierras de Occidente, fué San Benito, en los últimos años del primer tercio del siglo VI, en el famoso monasterio que fundó en Monte Casino, en la llamada Tierra de Labor, ó antigua Campania. Su regla, en que alternaban

el trabajo manual ó agrícola y la lectura con la oración y la penitencia, fué adoptada por todas las comunidades monásticas que fueron estableciéndose en aquel mismo siglo y los siguientes en Italia, las Galias, España, Bretaña y Alemania, comunidades que contribuyeron poderosísimamente no sólo á propagar el cristianismo entre los pueblos bárbaros septentrionales germánicos y eslavos y á acabar con los muchos restos del paganismo que aún subsistían entre los campesinos de los territorios que habían formado parte del imperio romano, sino á desmontar y reducir á cultivo las inmen-



Ruinas de la abadía de benedictinos de Laach, á orillas del lago del mismo nombre, no lejos de la ciudad de Coblenza. Fué fundada en 1093 y era uno de los infinitos monasterios de la misma Orden establecidos por los cluniacenses en Europa. Perteneció, como casi todos los monumentos religiosos de occidente de Europa de los siglos x, xi y xii, al estilo llamado románico, introducido también por los monjes de Cluny, substituído más adelante por el estilo gótico. A este mismo estilo románico pertenecen la catedral de Spira, la iglesia de San Zenón de Verona y la de los Santos Apóstoles de Colonia, representadas en los otros grabados que acompañan á este capítulo.

sas extensiones de tierra que las guerras y las invasiones habían dejado yermas, y á reproducir los monumentos literarios de la antigüedad, que la ignorancia y la incuria habían ido haciendo escasísimos. A los benedictinos también, y de ellos en particular á los cluniacenses, que cubrieron de monasterios, en los siglos x y xi, todo el Occidente de Europa, se debe el estilo de arquitectura llamado románico, inmediato antecesor del mal calificado de gótico, el cual tuvo principio á fines del siglo xii. Las comunidades

benedictinas fueron, para decirlo en breves palabras, uno de los instrumentos más poderosos y eficaces de cultura y de progreso que haya habido nunca en el mundo.

Discordias entre el Pontificado y el Imperio. El estado de perturbación á que vinieron las sociedades del Occidente de Europa después de la disolución del imperio de Carlomagno, se había comunicado también á la Iglesia. Los emperadores, abusando de su autoridad, se habían atribuido el derecho de disponer de los beneficios y dignidades eclesiásticas haciéndolas objeto de tráfico, y, como ya hemos dicho, hasta el de nombrar los pontífices. Hildebrando, monje de Cluny, hijo de un pobre carpintero toscano, se propuso libertar á la Iglesia de su ignominiosa servidumbre. Consejero de varios Papas, se valió de toda su influencia para privar á los Emperadores del derecho de elección que se habían atribuido. Bajo el pontificado de Alejandro II. hizo decretar en un concilio, que de allí en adelante pertenecería ese derecho a pueblo romano; y cuando fué, á pesar suyo, elevado al solio pontificio por la elección del pueblo, había recobrado su libertad la Santa Sede.

Propúsose entonces corregir todos los abusos que se habían introducido en la Iglesia; y comprendiendo que si comenzaba por arriba se estrellaría contra la omnipotencia de los emperadores, dió principio á su labor purificando el sacerdocio y el episcopado de los elementos indignos que en ellos había introducido la simonía, y una vez realizado su propósito, pudo, apoyándose en todo el clero y el pueblo cristiano, dirigir sus tiros contra las más altas potestades civiles, privándolas del derecho de investidura (1075). Resistióse el emperador Enrique IV, poniendo en el caso á Gregorio VII (que tal es el nombre pontifical de Hildebrando), después de una larga contienda en que se valió infructuosamente de los más suaves procedimientos para traerlo á la razón, de convocar un sínodo en Roma, al que asistieron obispos de casi todas las naciones de Europa, en que prohibió las investiduras so pena de anatema, y citó á Enrique ante un tribunal para que respondiera á la acusaciones que sobre él pesaban. Enrique contestó dependiendo al Papa, y éste fulminó contra él sentencia de excomunión.

El Emperador, abandonado de todos, estuvo á punto de ser destronado, habiéndose ya reunido con tal objeto los magnates alemanes; sólo á ruegos del Pontífice se le concedió un año de plazo. Enrique IV, consternado, tuvo que ir en traje de penitente y descalzo, en el rigor del invierno, á implorar el perdón del Pontífice, que éste le concedió después de hacerle esperar tres días á la puerta de su palacio en Canosa (1084). Tal fué el primer episodio de la prolongada lucha, tan pronto apaciguada como recrudescida, entre el Pontificado y el Imperio, en que se originaron los dos célebres bandos que se llamaron más adelante de los *güelfos*, ó partidarios del Papa y de la democracia, y de los *gibelinos*, ó partidarios de los emperadores, de la oligarquía y del poder aristocrático, que tan célebres fueron en Alemania y en Italia.

Estado de Europa en la época de la primera Cruzada.

De todos los pueblos de Europa, el más floreciente en el último tercio del siglo XI era, inquestionablemente, el que ocupaba los territorios comprendidos entre el Rhin, los Pirineos y los ma-

res Atlántico y Mediterráneo, que formaron más adelante el reino de Francia, y que se hallaba á la sazón dividido en multitud de pequeños Estados ligados entre sí por el régimen feudal y agrupados alrededor de varios centros, de los cuales acabó por prevalecer en los siglos siguientes el de Francia, como veremos. De sus comarcas meridionales partieron enjambres de guerreros que ayudaron á los cristianos de España á repoblar los territorios que en el curso de aquel mismo siglo y el siguiente ganaron á los musulmanes. Dos príncipes de la casa de los condes de Tolosa fueron los progenitores de las familias reales de Castilla y de Portugal, reino este último que tuvo principio en los primeros años del siglo siguiente. El monasterio de Cluny fué también en el siglo XI la casa matriz ó metrópoli de multitud de establecimientos religiosos semejantes que se fundaron en toda Europa (*). La provincia francesa de Normandía tuvo ella sola vitalidad bastante para ejecutar tan magna empresa como la conquista de Inglaterra y la del reino de las dos Sicilias, que ya hemos referido. Por último, en el mismo territorio que se encierra entre los Alpes, los Pirineos, el Rhin y los mares se organizó la primera Cruzada, y de sus pueblos salieron en su mayor parte las muchedumbres que la llevaron á cabo.

La conquista de Inglaterra por el duque de Normandía, verificada en brevísimo tiempo, es una de las empresas más memorables de la Edad Media. El régimen político, las costumbres, las leyes, y en gran parte la población y hasta el idioma de la Isla, fueron profundamente modificados. El mismo régimen feudal, que las vicisitudes históricas habían establecido en todas las comarcas continentales de Europa que habían formado parte del imperio de Carlomagno, fué implantado en Inglaterra con una regularidad y una simetría que no podía tener donde, como en los países donde se había originado, era obra de la naturaleza y no del arte. Todo el suelo de Inglaterra fué dividido á cordel en tantos feudos como eran los combatientes que siguieron al Conquistador y le ayudaron á llevar á cabo su empresa, y todos ellos estaban obligados á presentarse á caballo y armados á las juntas ó parlamentos á que él periódicamente los convocaba, y que fueron el origen y primera forma de los parlamentos de Inglaterra. La población sajona, sometida toda al pesado yugo de la servidumbre, se vió obligada á regar con su sudor en beneficio de sus nuevos amos las mismas tierras que antes había cultivado como propias. Tal situación tenía que ser violentísima y origen de luchas y conflictos que sólo el tiempo y la fusión de la raza dominadora con la dominada podía ir extinguiendo. Esa fusión estaba ya realizada dos siglos después, si bien en las instituciones inglesas quedaron siempre huellas del estado social en que tuvieron origen.

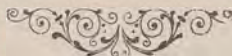
Ya se ha dicho que los magiares entraron en Europa, procedentes de la tierra del Ural, á fines del siglo IX. Eran un pueblo nómada de raza finesa ó uralo-altaica, cuyo parentesco con los antiguos hunos y con los turcos parece indudable. En 879 llegaron á la Dacia, comarca situada en la orilla izquierda del curso inferior del Danubio, la cual, unida á la Pannonia, que está en la orilla derecha del mismo río, vino á constituir el

(*) El número de monasterios derivados del de Cluny llegó á 2.000 en toda Europa.

territorio de Hungría. En todo el siglo X no abandonaron los magiares su vida errante, haciendo asoladoras correrías por Tracia, Croacia, Esclavonia y Dalmacia, corriéndose á veces hasta Francia, Italia y Alemania; pero á fines de ese mismo siglo comenzaron á establecerse fijamente, á cultivar la tierra y á construir habitaciones permanentes. Su primer rey cristiano fué Esteban, á quien la Iglesia cuenta entre sus santos. Reinó desde 1000 á 1038, dedicado casi por completo á la conversión y civilización de sus súbditos. En 1047 hubo una violenta y sangrienta reacción pagana acompañada de una guerra civil que pudo apaciguar Andrés, sucesor de San Esteban. Andrés fué destronado por su hermano Bela en 1061. A pesar del sabio gobierno de San Ladislao, el pueblo magiar estaba aún en estado semibárbaro en 1097, época de su muerte.

Los Estados germánicos y eslavos de la Europa septentrional y oriental.

Todas las regiones de Europa situadas al norte del Danubio y confinantes con las comarcas orientales y septentrionales de Alemania, se hallaban todavía sumidas en el paganismo y en la barbarie bastante tiempo después de la muerte de Carlomagno. Las predicaciones de los misioneros y más adelante, la labor á un tiempo militar, religiosa y civilizadora de los pueblos vecinos, fueron convirtiendo poco á poco en el curso de los siglos X, XI, XII y XIII á los habitantes nómadas de esas tierras en agricultores y cristianos, y á sus informes sociedades en Estados políticos con límites fijos y definidos, que fueron entrando sucesivamente en el concierto de los pueblos occidentales. Así fueron fundándose los reinos de Bohemia (siglo X), Rusia (siglo X), Polonia (siglo XI), todos ellos formados por pueblos de raza eslava, y los de Dinamarca, Noruega y Suecia, los tres hacia el siglo IX y los tres constituidos por pueblos germánicos de la familia escandinava ó danesa, con la que los sajones, los godos y los francos tenían grandes afinidades.





CAPÍTULO III

HISTORIA DE LOS SUCESOS OCURRIDOS DESDE LAS CRUZADAS HASTA LA DESTRUCCIÓN DEL IMPERIO DE ORIENTE POR LOS TURCOS OTOMANOS

Preliminares de las Cruzadas.

Desde los primeros tiempos del Cristianismo, los Santos Lugares en que se habían desarrollado la vida, pasión y muerte de nuestro Redentor, fueron venerados por los cristianos y objeto de sus peregrinaciones. Fueron estos viajes piadosos haciéndose tanto más frecuentes en los siglos de la Edad Media, cuanto más iba creciendo el número de los prosélitos de la religión verdadera por la conversión de pueblos bárbaros, y cuanto más común iba haciéndose imponer tales peregrinaciones como penitencia de los crímenes que tanto menudeaban en aquellos tiempos de costumbres rudas y pasiones violentas. Hacíanse esas peregrinaciones sin riesgo mientras la Palestina y la Siria fueron provincias cristianas del imperio de Oriente; pero desde el tiempo en que dejaron de serlo por haber caído en poder de los mahometanos, los que las emprendían y llevaban á cabo, que iban siendo cada vez más numerosos, tenían que sufrir frecuentes ultrajes y humillaciones, cuando no que arrostrar muy serios peligros. Verdaderos enjambres de esos peregrinos, acaudillados á veces por reyes y príncipes cristianos, iban á los Santos Lugares, despertando en los mahometanos recelos que necesariamente habían de ocasionar frecuentes choques y rozamientos. En el siglo XI el dominio de los turcos seldjukidas en aquellas comarcas vino á agravar la situación de las cosas. Las quejas de los peregrinos eran cada vez más amargas, por las befas, humillaciones, y hasta á veces malos tratos de que eran objeto. La conquista y ocupación de la Tierra Santa iba haciéndose una necesidad que la opinión pública imponía cada vez más imperiosamente.

Pedro el Ermitaño, hombre tan elocuente como piadoso, conmovió tan violentamente los ánimos del pueblo y de los príncipes cristianos relatando en asambleas públicas las penalidades que había tenido que sufrir en una de esas expediciones, que, en el concilio de Claramonte de Auvernia, convocado en 1095 por el papa Urbano II, se determinó la Cruzada, ó sea la recon-



Nuestra Señora del Puerto en Claramonte de Auvernia, en cuyo recinto se celebró el famoso Concilio en que se predicó la primera Cruzada.

quista de los Santos Lugares al grito de *¡Dios lo quiere!*, con que acabó el discurso de Pedro, y que repitió el pueblo entre atronadoras aclamaciones (*).

No fué esa reconquista una empresa política que adoptase tal ó cual Estado ni todos juntos; **La primera Cruzada.** que adoptase tal ó cual Estado ni todos juntos; sino una especie de acto de fe y de devoción extra-

(*) Esta frase ó exclamación, que en varias lenguas romances del siglo XI se decía *Deo lo volt* ó *Dies lo volt*, vino á convertirse en divisa ó grito de guerra de muchos de los caballeros que tomaron parte en la Cruzada, los cuales la inscribieron en sus blasones, cuyo uso comenzó á generalizarse en el siglo siguiente entre los pueblos occidentales de Europa.

oficial, en que tomaba parte todo el que quería, cualquiera que fuera su nación y su procedencia, sin distinción de clases sociales ni de condiciones. Distinguíanse los peregrinos por la cruz de paño que llevaban cosida en las vestiduras.

Una inmensa é indisciplinada muchedumbre, conducida por el mismo Pedro el Ermitaño, se dirigió en 1096 por la cuenca del Danubio hacia Constantinopla, con objeto de pasar al Asia por el Helesponto; pero faltos los peregrinos de provisiones y de medios legítimos de adquirirlas, y de dirección sabia é inteligente, caminaban en tumulto cometiendo depredaciones por los países que atravesaban, varios de los cuales, como Hungría y Servia, sólo estaban entonces medio cristianizados. Sus excesos motivaron combates y represalias en que los peregrinos, mal armados y sin ninguna disciplina, solían llevar la peor parte. El resultado final de esa primera expedición fué desastroso. De la siguiente formaban parte príncipes y caballeros de las casas más ilustres del occidente de Europa, bien armados y buenos combatientes, y la dirigía Godofredo de Bullón, de la casa condal de Flandes. Esa expedición, que no dejó de causar alarma á su paso por las tierras del imperio de Oriente, fué más afortunada, habiéndose los peregrinos apoderado de la Palestina, donde fundaron un Estado feudal, única forma política conocida entonces en el occidente de Europa (1099). De ese Estado, llamado reino de Jerusalem, dependían como vasallos los príncipes de Edesa y de Antioquía, los condes de Tiberiades, Trípoli, Tiro, Cesárea, Heráclea y otros que tenían á su vez por vasallos á otros señores de menor categoría, entre quienes se habían repartido aquellos territorios en feudo.

El reino de Jerusalem arrastró una existencia azarosa, agitado por las turbulencias inherentes al régimen feudal y por las guerras que más ó menos frecuentemente tuvo que sostener contra los príncipes mahometanos del Egipto y de otras comarcas vecinas, afortunadamente no menos divididos por luchas y rivalidades que los cristianos. Muy en peligro en 1147 por los ataques de Nuredino, sultán de Alepo, tuvieron los príncipes cristianos de Palestina que pedir auxilio á los reyes del occidente de Europa, promoviendo así la segunda Cruzada.

Ciertas corporaciones medio monásticas, medio guerreras, pues se componían de monjes armados que vivían en comunidades, sujetos á reglas y votos, tuvieron origen por este tiempo. La más anti-

gua, y que sirvió de tipo á otras que poco después se fundaron, fué la orden ó milicia del Templo, así llamada por tener su centro y casa matriz inmediata al templo del Santo Sepulcro de Jerusalem. Su objeto era custodiar los caminos de la Palestina que conducían á la Ciudad Santa, y proteger á los peregrinos que andaban por ellos. Fué muy famosa, prestó grandísimos servicios en las guerras contra los infieles, y llegó á ser riquísima por las donaciones que le fueron haciendo príncipes y particulares. Dependía del Papa, y tuvo representaciones en todos los Estados de la Cristiandad, cuyos territorios tenía cubiertos de sus conventos y castillos. Las del Hospital, Calatrava, Santiago, Montesa y Avis; la Teutónica, la de los Portaespadas y otras que se fundaron en varios países de Europa, se modelaron por ella.

La segunda Cruzada y fin del reino de Jerusalem.

San Bernardo, por orden del Papa, predicó la segunda Cruzada en Francia, Italia y Alemania. En ella tomaron parte directa el rey de Francia Luis VII y el emperador de Alemania Conrado III, el primero de ellos por penitencia que el mismo San Bernardo le impuso para purgar un desafuero que había cometido. Ambos príncipes tomaron la cruz y se encaminaron á Oriente, conduciendo cada uno á los cruzados de sus respectivas naciones que quisieron seguirlos, y, después de muy desgraciadas vicisitudes en que el ejército del emperador de Alemania tuvo grandes pérdidas combatiendo contra los turcos, llegaron á poner sitio á Damasco; pero la aproximación de Nuredino con un poderoso ejército los obligó á retirarse (1149), volviendo cada uno de esos soberanos á sus Estados, y dejando al reino de Jerusalem en el mayor apuro; pues las discordias intestinas entre los príncipes cristianos de Oriente, por una parte, y la pujanza de los musulmanes por otra, lo pusieron al borde de la ruina, que acabó de consumarse en 1187 con la toma de Jerusalem por Saladino, sultán de Damasco, Siria y Egipto.

Los reinos musulmanes de Asia.

Antes de la primera Cruzada había comenzado la decadencia del imperio de los Seldjukidas con la muerte de Malek Shah, en 1095. Dividióse entonces, como se ha dicho, en cinco sultanatos: el de Persia, el de Kerman en la India, el de Damasco, el de Alepo y el de Rum en el Asia Menor. Estos últimos fueron los primeros que combatiéron con los cruzados, siguiéndoles los de Siria, Palestina y Persia. Hubo después nuevas subdivisiones territoriales, que no nos cansaremos en reseñar.

De los varios sultanes que á principios del siglo XII se repartían el Asia, el más temible para los cristianos era el de Alepo, cuya ambición dió motivo á que otros sultanes mahometanos se uniesen á los príncipes cristianos, en contra suya. Las amenazas y agresiones de su sucesor, el valeroso Nuredino, que se había propuesto acabar con los Estados cristianos de Asia, dieron motivo á la segunda Cruzada. Conociendo Nuredino la ventaja, para llevar á efecto su propósito, de reunir á los musulmanes formando un imperio de todos sus sultanatos, se apoderó de Damasco y poco después del Egipto, que su general Saladino arrancó de manos de los Fatimitas, que se hallaban en la mayor decadencia, al propio tiempo que hacía proclamar en las preces públicas al califa de Bagdad como representante del Profeta. A su muerte, en 1173, Saladino, que ya ejercía el gobierno del Egipto, se proclamó su soberano, y apoderándose después de Damasco, Alepo, una parte de Siria, y otras comarcas, entre ellas los Santos Lugares, formó un gran imperio que se extendía desde Trípoli, en Africa, hasta el Tigris y desde el océano Indico hasta Armenia, infundiendo tal temor en los cristianos, que los puso en la necesidad de emprender una tercera Cruzada para recobrar los territorios perdidos. Los incidentes de ella los referiremos más adelante, limitándonos por ahora á decir que á la muerte de Saladino, en 1193, se dividió su imperio, continuando el fraccionamiento en los tiempos siguientes hasta convertirse en multitud de principados, que fueron más adelante presa de los mongoles.

Los reinos cristianos y musulmanes de España en los siglos XI y XII.

La disolución del califato de Córdoba á principios del siglo XI y su fraccionamiento en multitud de pequeños Estados independientes, hubieran permitido á los cristianos recobrar todo el territorio de España, si no hubieran estado también ellos divididos y en constante discordia unos con otros. Lograron, con todo, no sólo recobrar los territorios perdidos en el siglo anterior, sino ampliarlos considerablemente. El reino unido de Castilla y León, en particular, consiguió llevar sus fronteras hasta el centro de la Península y hacer tributarios suyos á casi todos los Estados musulmanes de ella. Alfonso, el conquistador de Toledo, su soberano, no ocultaba sus propósitos de someterlos por completo á su dominio, ante cuya amenaza, los príncipes musulmanes, venciendo su repugnancia á dar entrada á extranjeros en sus territorios, pidieron ayuda á los almoravides africanos, cuyo rey Jucef pasó á España al frente de un poderoso ejército que contuvo los progresos de los cristianos vencéndolos en la batalla de Zalaca; pero que, volviéndose después contra los mismos príncipes que habían solicitado su auxilio, los desposeyó á todos de sus coronas y se apoderó de sus territorios, que incorporó á sus dominios de Africa.

Trató Alfonso de contrarrestar el peligro que la formación de un tan poderoso imperio musulmán entrañaba para el porvenir de la España cristiana, haciendo un solo reino de los suyos y del de Aragón por medio del matrimonio de su hija y heredera con el soberano de este último; pero esa alianza, que hubiera debido fortalecer á los cristianos, los debilitó por las discordias que suscitó entre ellos, y que hubieran podido serles funestas si los sucesores de Jucef en el imperio de los almoravides, hubieran poseído las condiciones del fundador de su dinastía y no hubieran consumido también sus fuerzas en contener los desórdenes y disensiones que lo agitaron y que acabaron por destruirlo en 1157, sustituyéndolo por el de los almohades. Estos, arrojándose sobre España, infligieron un terrible descalabro al rey Alfonso VIII de Castilla en Alarcos (1195); pero con la muerte de Jacob, su caudillo, ocurrida cuatro años después (1199) comenzó su decadencia.

En el mismo siglo XII se unieron bajo un solo cetro Aragón, que ya poco antes había extendido sus fronteras hasta bastante al mediodía del Ebro, y Cataluña, que abarcaba ya casi todas las comarcas de que había definitivamente de componerse; pero en cambio se separó Navarra de Aragón, con quien había estado unida durante más de dos siglos.

También Castilla y León, que habían continuado unidos bajo el cetro de Alfonso VII, se separaron á su muerte, segregándose además del último de ellos las comarcas de que se constituyó en aquel mismo tiempo el reino de Portugal. El estado de perturbación y la consiguiente debilidad del imperio de los almoravides y lo efímero del poderío de los almohades, permitieron á los Estados cristianos, á pesar de sus divisiones y discordias, ampliar sus territorios hacia el mediodía, dejando reducidos los dominios musulmanes á las comarcas de la Mancha, Andalucía, Valencia, Murcia y el Algarbe, que eran cuantas poseían al comenzar el siglo XIII. Contribuyeron mucho á esas conquistas de los cristianos los freires de la orden del Templo, establecida por ese tiempo en todos los reinos españoles, y los de Santiago, Al-

cántara, Calatrava y Avis, órdenes monásticas armadas fundadas entonces á imitación de aquella otra; las dos primeras en el reino de León, la tercera en el de Castilla, y la última en el recién fundado de Portugal.

Desarrollo del feudalismo en España. Habiendo sido el imperio de Carlomagno la creación política más grandiosa de la Europa cristiana en la Edad Media, su influencia en todos los pueblos occidentales fué extraordinaria, y la organización que en los tiempos que siguieron á su ruina fué implantándose insensiblemente en los Estados que de él formaron parte, fué imitada por todos los demás, á lo que contribuyó también la fuerza de expansión que hizo á los pueblos de Francia derramarse en esa época por regiones extrañas de Europa y de Asia. Así, pues, como la forma de feudalismo imperante á la sazón en Francia fué llevada á Inglaterra por Guillermo el Conquistador y los setenta mil aventureros franceses que componían su ejército, y á Palestina, Siria y las islas del Mediterráneo Oriental por los cruzados, que en su mayor parte procedían de Francia, Italia, Provenza y otras regiones donde se había implantado por vías naturales ese régimen político, así fué importado en España por los aventureros que en gran número acudieron á ella en tiempo de Alfonso VI de Castilla, y en dos de los cuales vinieron á recaer las coronas de ese reino y del de Portugal, que, como ya se ha dicho, fué fundado por entonces sobre la base de los territorios leoneses que con título de condado concedió el mismo Alfonso VI al marido de una de sus hijas.

Francia, Inglaterra, Italia y Alemania. Divididos hasta el infinito el suelo y la soberanía en todo el occidente de Europa en la época de que estamos tratando, su historia es la de los menudos sucesos de la vida ordinaria de multitud de sociedades pequeñas, ó de familias pudiera decirse, en que las fundaciones piadosas, las ligas matrimoniales, las rencillas por la posesión de parcelas de tierra, villas, castillos y aldeas, y las guerras particulares fundadas en los motivos más fútiles constituyen el fondo común del cuadro sobre que se destacan los grandes acontecimientos.

En Francia, desde el advenimiento al trono de Hugo Capeto, uno de los señores más importantes que se repartían el territorio, la labor política de sus sucesores tuvo por fin principal engrandecer su pequeño dominio á costa de los otros, y constituir un verdadero reino del conjunto de ellos, labor favorecida por la idea de dependencia ó vasallaje que el régimen feudal establece entre sus miembros y en que consiste, puede decirse, su esencia.

En Alemania é Italia siguió la pugna entre los emperadores y los pontífices, con escándalo general de los pueblos y de los príncipes, que se vieron envueltos en guerras y turbulencias que costaron mucha sangre á los pueblos cristianos, y no pocas vejaciones y humillaciones á la Iglesia y al papa.

Hubo un emperador depuesto por su propio hijo después de excomulgado por el papa; un ejército imperial invadiendo á Italia; un papa aprisionado y compelido á hacer concesiones de que después tuvo que retractarse: otro desterrado y fugitivo. Siguióse la rivalidad que tanto ensangrentó á Alemania, y más adelante á Italia, entre las casas ducales de Suavia y de Sajonia, de la primera de las cuales, oriunda del castillo de Weibling, toma-

ron el nombre de gibelinos sus partidarios, así como el de güelfos los de la otra por su relación de parentesco con el noble linaje de Welf. No era verdaderamente esa rivalidad sino la misma que había entre el poder espiritual, del que eran defensores los güelfos, y el temporal, del que lo eran los gibelinos. A este último bando pertenecía el emperador Conrado, de cuya desgraciada peregrinación á Tierra Santa en la segunda Cruzada ya hemos hablado. Federico Barbarroja, que en 1152 le sucedió en el Imperio, fué uno de los más ilustres emperadores de Alemania, á quien los reyes de Hungría, Polonia y Bohemia rindieron vasallaje; pero cegado por el orgullo, se extralimitó en sus prerrogativas hasta pretender que era soberano del mundo, y una herejía no reconocerlo así. Abolió todas las inmunidades de los municipios lombardos, los cuales sometió á su autoridad inmediata, y habiéndosele sublevado, arriásó á Milán hasta los cimientos; pero al fin, en la lucha que por su tiranía había entablado con el Papa y con las ciudades lombardas, fué vencido, viéndose obligado á reconocer la libertad de Italia y los derechos de la Sede Apostólica (1177). Tomó parte en la tercera Cruzada, y murió en ella, como en su lugar se dirá (1910). A la muerte, en 1197, de su hijo Enrique VI, en cuyo tiempo se verificó la cuarta Cruzada, de que después trataremos, eligieron los gibelinos á Enrique de Suavia, y los güelfos á Othon de Brunswick. En tiempo de ese Enrique VI comenzaron en Italia las denominaciones de güelfos y gibelinos, á que poco atrás hemos hecho referencia. También Enrique VI, por los derechos de su mujer Constanza, vino á ser rey de Nápoles y Sicilia, que pasaron así á la casa de Suavia.

En Inglaterra hubo en la primera mitad del siglo XII encarnizadas guerras civiles entre los conquistadores, promovidas por los aspirantes al trono. Vino á ocuparlo en 1154 Enrique Plantagenet (*), quien por su matrimonio con Leonor de Guiana, repudiada por el rey Luis VII de Francia, abarcó bajo su soberanía, además del reino de Inglaterra y del ducado de Normandía, toda la Guiana ó Aquitania, que le llevó su mujer en dote. El vencido pueblo sajón no dejó de tomar la parte que su humilde situación le permitía en las luchas que sostuvieron los aspirantes á la corona. Una terrible conspiración del pueblo vencido, para matar en un día señalado á todos los conquistadores ó sus herederos y representantes, fué descubierta y reprimida. El martirio de Tomás Becket (Santo Tomás de Cantorbery). (1170), quien, después de haber sido uno de los cortesanos del rey Enrique Plantagenet, se opuso desde su sede de Cantorbery á las usurpaciones de ese monarca contra la Iglesia, es uno de los episodios más célebres de esta época.

A las continuas guerras contra turcos y bárbaros, y á las cuestiones teológicas y á las herejías, trama ordinaria de la enfermiza existencia del imperio de Oriente, vinieron á agregarse en el siglo XII las complicaciones producidas por las Cruzadas, que por más que, fueran empresas inspiradas

(*) *Plantagenet* era un apodo que se dió, por su costumbre de llevar en la toca un gajo de retama, en vez de pluma, á Godofredo de Aujou, padre de Enrique y marido de Matilde, viuda del emperador Enrique de Alemania ó hija y heredera del rey Enrique de Inglaterra. *Genest, genet, ginesta, ginestra*, son los nombres de la retama en varias lenguas de Francia é Italia.

y movidas por la fe, tenían que traducirse al fin en ocupaciones de territorios y fundaciones de Estados, actos de puro orden político que necesariamente habían de ocasionar choques y rozamientos con el imperio de Oriente que se consideraba legítimo dueño de todas las comarcas invadidas, aunque fuera por sí solo incapaz de reconquistarlas. Las quejas de los cruzados contra la perfidia y doblez de los bizantinos, y las de éstos contra la barbarie y soberbia de los cruzados eran continuas, y los conflictos y luchas entre ellos no dejaron de ocurrir en una ú otra forma desde las primeras expediciones.



Castillo de Durnstein, á orillas del Danubio, donde estuvo prisionero Ricardo Corazón de León á su vuelta de la Cruzada.

Hacia mediados del siglo XII hubo guerras entre el imperio de Oriente por una parte y los reyes de las dos Sicilias y la república de Venecia por la otra; y en los últimos años de ese mismo siglo las usurpaciones, las rebeliones y las contiendas civiles, dieron por resultado la toma de Constantinopla por los cruzados, que la convirtieron en capital de un reino que tuvo una existencia efímera (1204).

Tercera Cruzada. La pérdida de Jerusalem, de la que se había apoderado Saladino, como atrás se ha dicho, fué el motivo de la tercera Cruzada. Esta la predicó en el occidente de Europa Guillermo, arzobispo de Tiro, autor de una famosa historia de estas expediciones, y fué muy notable por haberla acaudillado tres soberanos muy ilustres: Federico Barbarroja, emperador de Alemania; Felipe Augusto, rey de Francia, y Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra. Se

distinguió también esa Cruzada de las dos anteriores en la variedad de procedencia de los cruzados, que no pertenecían, como en las otras, casi exclusivamente á las naciones de Francia é Italia, sino á todas las de Occidente, y, entre ellas, á algunas recién cristianizadas, como Dinamarca y Frisia. No marcharon juntos los cruzados formando un solo cuerpo. Federico Barbarroja fué por tierra, siguiendo el curso del Danubio al frente de cien mil hombres, y Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, por mar, aunque en distintas expediciones, por haberse desavenido antes de su partida de Mesina. El resultado de esa Cruzada fué poco menos desastroso que el de la anterior, aunque por distintas causas. De los cien mil hombres de Federico Barbarroja apenas cinco mil llegaron á Palestina; los demás se desbandaron y volvieron á sus patrias después de la muerte de su caudillo, ocurrida en Asia Menor al vadear el río Cidno (1190). En cuanto á los ejércitos de Felipe Augusto y de Ricardo Corazón de León, divididos y debilitados por las discordias que se encendieron entre los caudillos y príncipes que los dirigían, y que estuvieron á punto de hacerlos venir á las manos unos contra otros, regresaron á sus tierras sin haber realizado otra cosa de provecho que reconquistar á Tolemaida (1191). Ricardo Corazón de León, que fué el último en abandonar á Palestina, donde ilustró su nombre con mil hazañas que, si no disculpan, atenuan lo díscolo, indócil y pendenciero de su carácter, fué preso á su paso por Alemania por el duque de Austria, á quien había ofendido gravemente durante la campaña, y permaneció dos años prisionero, hasta que un amigo suyo que descubrió su paradero logró liberarlo á costa de un fuerte rescate (1194).

Casi exclusivamente alemanes y húngaros, formando dos ejércitos, uno de los cuales salió embarcado desde el mar Báltico, y el otro fué por tierra á través de la Hungría, tomaron parte en la cuarta Cruzada, llevada á cabo en tiempo del emperador de Alemania Enrique VI, hijo de Federico Barbarroja, y que aunque algo más afortunada, fué tan inútil como la anterior.

No bien se vió Ricardo en libertad, puso en orden su reino, agitado por las turbulencias que la ambición de su hermano Juan sin Tierra, que quería usurparle la corona, había promovido en su ausencia, y en seguida, para satisfacer sus resentimientos contra Felipe Augusto, su compañero de Cruzada, le movió guerra, ganándole varios combates. En 1119 fué muerto de una saetada, hallándose sitiando un castillo del conde de Limoges. Juan sin Tierra, su sucesor, menos dichoso que su hermano Ricardo, fué vencido por Felipe Augusto, y despojado por él de la Normandía y de otras provincias del Continente por las que le rendía vasallaje. Además, fué compelido por los señores de su reino, rebelados contra él, á concederles el fuero llamado *Carta Magna*, cimienta de las instituciones de Inglaterra, y freno á las arbitrariedades de ese monarca.

La guerra entre cristianos y musulmanes no tenía sólo á Siria y á Palestina por teatro, sino también á España, cuyos reinos, y principalmente el de Castilla, corrían gran peligro desde que Jacob, el rey de los almohades africanos, había desbaratado en 1195 en Alarcos á su ejército. Arreció

ese peligro cuando, hacia 1212, Mahomed, hijo de Jacob, pasó el estrecho de Gibraltar con numerosa hueste y se encaminó hacia Castilla á través de Andalucía. Alarmado su rey Alfonso VIII, acudió al Papa y á los demás reyes cristianos de España en demanda de ayuda para hacer frente á la invasión. De los otros cuatro reyes que á la sazón había en la España cristiana, el de Navarra y el de Aragón acudieron en su socorro conduciendo por sí mismos pequeñas pero escogidas huestes; de ultramontes, más de cincuenta mil hombres que habían tomado la cruz obedeciendo á las exhortaciones de Inocencio III, se le unieron en Toledo, donde habían sido convocados. La mayor parte de ellos se volvieron á sus tierras á poco de comenzada la campaña, que hubieron de proseguir solos los tres susodichos reyes españoles; pero, no obstante ese quebranto en sus fuerzas, vencieron al ejército musulmán hispano-africano en la memorable batalla de las Navas de Tolosa, que abrió á los castellanos las puertas de Andalucía (1212).

Cruzada contra los albigenses.

Doctrinas heréticas poco conocidas habían invadido por el tiempo de que estamos tratando las comarcas meridionales de la antigua Galia, divididas en ese tiempo entre muchos señores ligados por vínculos feudales con algunos de los más poderosos de ellos, y particularmente con el rey de Aragón D. Pedro II, que además de poseer por sí varias de esas comarcas, tenía gran deudo y parentesco con los señores que poseían las otras, de los cuales era el más importante el conde de Tolosa.

Predicada por el papa Inocencio III la cruzada contra los *albigenses*, que por tal nombre, tomado del de la ciudad de Albi, eran conocidos los secuaces de esas doctrinas, fué invadido el Languedoc por una muchedumbre de cruzados franceses conducidos por Simón de Monfort, los cuales cometieron horribles devastaciones y tropelías. El rey de Aragón, no como hereje, pues precisamente le llama *el Católico* la Historia, sino como soberano y pariente de los condes y señores agredidos, acudió en ayuda de ellos, y perdió la batalla y la vida en el encuentro que tuvo con los invasores en Muret.

Esa guerra tuvo más de política que de religiosa, y es considerada, con razón, como una conquista verificada por la parte septentrional de la Galia sobre la meridional, á la que desde entonces se fué haciendo extensivo el nombre de Francia con que la primera era conocida desde que la nación germánica de los francos se estableció en ella. La guerra contra los albigenses, que duró bastantes años todavía, tuvo en definitiva por resultado aumentar el poder de los reyes de Francia, sumando vastos y ricos territorios á los muchos que en los dos siglos anteriores y por diversas vías habían ido adquiriendo.

Sucesos de Oriente desde la toma de Constantinopla por los cruzados hasta la restauración del Imperio. Quinta y sexta Cruzada.

Tomaron la cruz en 1202, respondiendo al llamamiento del papa Inocencio III, multitud de franceses, italianos y alemanes, entre los cuales se contaban varios personajes ilustres; pero desviándose de su legítimo objeto bajo la presión de los venecianos, que para que atravesaran el mar Mediterráneo les facilitaron sus naves mediante un contrato, intervinieron en las turbulencias que agitaban el imperio de Oriente, y se

apoderaron de Constantinopla y de otras ciudades y comarcas, que dividieron en reinos, principados y señoríos. En esa partición los mejor librados fueron los venecianos, quienes se hicieron dueños de multitud de islas y de comarcas continentales, que les dieron el dominio del mar Mediterráneo. Los demás reinos, ducados, principados y señoríos que se adjudicaron los caudillos de los cruzados, arrastraron una existencia precaria y agitada por las discordias entre ellos y por guerras continuas contra los búlgaros y contra los príncipes griegos, que conservaron todavía vastas comarcas del Imperio, de que hicieron cuatro grandes particiones. Miguel Paleólogo, sucesor del de esos príncipes á quien había tocado la mejor de ellas, en que se comprendía gran parte del Asia Menor con su capital en Nicea, recobró muchas de las antiguas provincias arrojando de ellas á los príncipes occidentales que las ocupaban, y por último á Constantinopla en 1261, restableciendo, aunque mermado, el imperio de Oriente, que transmitió á su hijo Andrónico (1282). Pero antes de ese suceso y hallándose todavía Constantinopla en poder de los occidentales, se organizó una nueva Cruzada en 1215, que después de poner en movimiento cincuenta mil hombres fracasó por completo. Otra, intentada en 1217, y á cuyo frente se puso el rey Andrés II de Hungría, el cual regresó á Europa sin realizar hecho alguno digno de mención, reforzada en 1218 por un nuevo contingente de cruzados, emprendió la conquista del Egipto con resultados desastrosos.

El imperio de Alemania durante el siglo XIII.

Ya se ha dicho que á la muerte de Enrique VI en 1197 fueron elegidos dos emperadores: Felipe de Suavia, por los gibelinos, y Othon de Brunswick, por los güelfos. En la guerra que hubo entre ambos, obtuvo el primero la victoria; pero muerto violentamente en 1208, fué elegido Othon. A éste, que á pesar de su origen güelfo renovó la lucha con la Santa Sede, lo excomulgó y depuso el mismo Inocencio III, á quien debía su elección, siendo sustituido por Federico II de Suavia, que mientras vivió Inocencio III, á cuya influencia debió también la corona imperial, se le mantuvo adicto, pero que después de su muerte (1226) comenzó á cometer desaciertos, atacando á las ciudades güelfas de Lombardía, las cuales habían renovado su antigua liga. Empezó en 1228 una expedición á Palestina bajo el peso de la excomunicación que contra él había fulminado Gregorio IX en castigo de sus agresiones contra la Santa Sede, logrando allí, mediante un tratado con los turcos, recobrar para los cristianos la ciudad de Jerusalem, pero con condiciones onerosas y humillantes que no satisficieron á los príncipes ni á los pueblos cristianos. De regreso en Europa, se dedicó al gobierno y administración de Sicilia, que, como Nápoles, poseía por herencia; reanudó sus agresiones contra las ciudades lombardas, á las cuales logró subyugar, y contra la Santa Sede, cuyos dominios invadió después de haberse reconciliado con ella, acabando por ser depuesto en 1246 por un concilio reunido en Leon de Francia por Inocencio IV. Murió en 1250 abrumado por la desgracia. Su hijo Conrado, elegido por los gibelinos mientras los güelfos proclamaban á Guillermo de Holanda, sólo se ocupó en gobernar sus Estados hereditarios de las dos Sicilias, y murió poco después en 1254, dos años

antes que su competidor Guillermo. Siguió un interregno de veinte años, por no haber ningún príncipe germánico que quisiese aceptar la corona del Imperio, durante cuyo tiempo se la disputaron el inglés Ricardo de Cornualles, y el castellano Alonso el Sabio, que en vano gastaron grandes sumas en ganarse á los electores. Entre tanto Italia y otros grandes Estados como Dinamarca, Hungría y Polonia se separaban del Imperio; otros muchos, entre ellos Holanda, Zelanda, Frisia y Luxemburgo, se mediatizaban, y los demás sufrían grandes modificaciones. Así se formaron más de doscientos



Ruinas del castillo de Hapsburgo, en Suiza, casa solariega de la dinastía de Austria.

Estados soberanos, de los cuales unos ciento eran seculares y algo más de otros tantos eclesiásticos. De ellos, unos se llamaban reinos, como el de Bohemia; otros, grandes ducados, margraviatos, landgraviatos, burgraviatos y ciudades imperiales, de las que había unas sesenta. Las ciudades, que eran muchas y muy importantes y ricas en Alemania, formaron confederaciones ó ligas para proteger su libertad é independencia. De esas ligas son dignas de citarse la del Rin, que se constituyó en 1254 y estaba formada por sesenta ciudades de la Alemania meridional, y la Anseática, que se formó hacia 1241, y que en 1300 se componía de tantas ciudades como la del Rin. Su constitución definitiva data de 1367. Esa liga Anseática, que se hizo dueña de todo el comercio de los mares Báltico y Germánico, se dividió en cuatro grupos: la ansa venda, la westfaliense, la sajona y la prusiana ó livonesa, cuyas respectivas capitales eran Lubeck, Colonia, Brunswick y Dantzic.

Cansados los señores de Alemania de la situación anárquica en que el

largo interregno los tenía sumidos, eligieron en 1273 á Rodolfo de Habsburgo, mariscal que había sido del rey Otocar de Bohemia, y señor no lo bastante poderoso para causarles recelos. Quiso Rodolfo poner en orden el Imperio; pero se resistieron algunos grandes feudatarios, entre ellos el mismo Otocar, á quien su actitud rebelde le hizo perder, además de la vida en la batalla que le ganó Rodolfo ayudado por el rey de Hungría, Austria, Estiria, Carniola y la marca de Viena, que pasaron á los herederos de Rodolfo, quien fundó así la casa de Austria. Esforzóse este príncipe en for-



Una vista en Génova en su estado actual.

talecer la dignidad imperial é intentó, aunque en vano, hacerla hereditaria, pues siguió siendo electiva, afirmándose la facultad de elegir los emperadores en los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris, duque de Baviera, conde Palatino, rey de Bohemia, duque de Sajonia y margrave de Brandemburgo. Acabó Rodolfo su vida en 1291. Enrique VII, elegido emperador en 1308, renovó las antiguas pretensiones de los emperadores sobre Italia.

Italia durante y después del interregno del Imperio.

El interregno en el Imperio desligó á Italia de Alemania. Las ciudades lombardas se hicieron independientes y llevaron una existencia agitadaísima, desgarradas por las luchas civiles entre los bandos rivales de güelfos ó demócratas y gibelinos ó aristócratas, al frente de los cuales se ponían en cada ciudad familias que se hacían encarnizada guerra y que daban á la ciudad uno ú otro carác-

ter político, según la de ellas que tuviera la preponderancia. En Milán (que había sido reedificada después de su destrucción por Federico Barbarroja), se llamaban Torrianis y Viscontis las familias contendientes, la primera güelfa y la última gibelina, las cuales predominaron alternativamente, arrastrando tras de sí á muchas ciudades de Lombardia. En Florencia se disputaban el poder los Buondelmontis y los Donatis, del lado de los güelfos, y los Amideis y Ubertis, del de los gibelinos. También predominaron unos ú otros alternativamente, á veces con la ayuda material de los



Una vista en Florencia en su estado actual.

reyes de Nápoles y Sicilia y la espiritual de los pontífices, que hubieron de intervenir en sus discordias.

Las grandes ciudades marítimas y mercantiles de Venecia, Génova y Pisa alcanzaban por este tiempo grandísimo poderío. Venecia estaba gobernada por ciertos magistrados llamados duques, elegidos al principio por el pueblo é investidos de muy grandes atribuciones, y más adelante por la nobleza, que se las fué cercenando poco á poco durante los siglos XIII y XIV hasta casi anulárselas. Génova, que tenía una constitución democrática en su principio, ejerciendo el gobierno ocho cónsules, acabó en 1339 por tener también duques como Venecia. Esas dos repúblicas se hicieron encarnizada guerra con sus flotas en los mares de Oriente en la segunda mitad del siglo XIII. Venecia tenía de su parte á los príncipes franceses que poseían Estados en las islas y costas del Mediterráneo oriental; Génova, á los em-

peradores de Constantinopla, desde que reconquistaron su capital y reconstituyeron el Imperio. Génova estuvo también en los siglos XII y XIII en guerra con Pisa, que acabó por quedar anulada en el siglo siguiente.

Los reinos de Nápoles y Sicilia. La donación que hizo Alejandro IV á Carlos de Anjou, hermano de San Luis, rey de Francia, del reino de las Dos Sicilias, contra los derechos hereditarios de Conradino, hijo de Conrado y nieto del emperador de Alemania Federico II. que habían poseído legítima-



Plaza de San Marcos en Venecia en su estado actual. La torre que se ve á la derecha es el famoso *campanile* arruina lo hace pocos años y reconstruído en la misma forma que tenía.

mente esa corona, fué causa de gravísimas complicaciones y guerras que duraron más de dos siglos, prolongándose hasta muy dentro del XVI. Carlos, que había acudido al frente de 30.000 hombres á tomar posesión del Reino, venció en la batalla de Benevento á Manfredo, hijo bastardo del emperador Federico, que había usurpado la corona á su sobrino Conradino (1266), y poco después al mismo Conradino, que pretendía reivindicar sus derechos, y á quien Carlos hizo ajusticiar públicamente (1268). Ese acto inicuo provocó la indignación de los sicilianos, que tiranizados, además, por los franceses de Carlos de Anjou, fraguaron una conspiración de concierto con el rey de Aragón Pedro el Grande, marido de Constanza, hija de Manfredo, y el lunes de Pascua del año 1282, al toque de visperas, mataron á cuantos franceses había en la Isla y ofrecieron la corona al

rey de Aragón. A ese famoso suceso se le conoce en la historia con el nombre de *Vísperas sicilianas*.

Había en España al comenzar el siglo XIII cinco reinos cristianos, los cuales, ensanchados por las conquistas que hicieron en territorios musulmanes, se redujeron á cuatro á mediados del mismo siglo: el de Castilla, en que se comprendían el de León y los territorios recién conquistados en Andalucía; el de Aragón, formado por el

Los reinos de España en el siglo XIII.



Catedral de Ulma.

reino de ese nombre, el condado de Barcelona, un pequeño territorio del mediodía de Francia y el reino de Valencia, ganado por ese mismo tiempo á los musulmanes; el de Portugal, también ensanchado con la provin-

cia musulmana de Algarbe, y el de Navarra, que aunque reducido dentro de la Península á límites mucho más estrechos que los que tuviera en tiempos anteriores, estaba agregado desde 1284 por alianza matrimonial al de Francia. En cuanto á los musulmanes, su decadencia, iniciada al disolverse el califato de Occidente en el primer tercio del siglo XI, se había pronunciado decididamente después de la batalla de las Navas de Tolosa á principios del siglo XIII, y sólo conservaban ya en la Península el reino de Granada.



Fachada del Domo ó Catedral de Milán..

Los más notables de los soberanos españoles de ese tiempo fueron: en Castilla y León Don Fernando el Santo, que conquistó la Andalucía y Murcia, y su hijo Alfonso el Sabio, que aspiró á la corona imperial en el interregno que siguió á la muerte de Federico II; en Portugal, Alfonso III, conquistador del Algarbe, y su sucesor Dionis, llamado por su buena administración y su justicia *Padre de la patria*, y en Aragón, Jaime el Conquistador, por haberlo sido de Valencia y de las islas Baleares, y su hijo Pedro el Grande, que extendió su dominación sobre la isla de Sicilia, después de arrojar de ella á Carlos de Anjou, que se había propuesto recobrarla, y de ganarle muchas batallas navales. También estuvo en guerra

con Felipe el Atrevido, rey de Francia, á quien echó de Cataluña, que había invadido con un ejército inmenso. A su muerte se separaron las coronas de Aragón y Sicilia, si bien quedaron ambas en sus descendientes.

El reinado de ese monarca y los de sus sucesores hasta mediados del siglo XIV, fueron agitadosísimos por las luchas entre el poder real y la nobleza y las municipalidades. Durante ese período de turbulencias se elaboraron las instituciones políticas de Aragón, tan famosas por el equilibrio que establecían entre los poderes del Estado.

Séptima y octava Cruzadas.

La ciudad de Jerusalem, que el emperador Federico II había rescatado, aunque en condiciones muy onerosas para los cristianos en 1228, sólo permaneció en su poder diez años, pues en 1238 se hizo dueño de ella el sultán de Egipto, siendo arrasada en 1248 por los turcos karismanos que ese sultán tenía á sueldo. Ese mismo año, emprendió San Luis, rey de Francia, la séptima Cruzada, que se dirigió contra Egipto, pero con tan mal resultado, que ese soberano, sus dos hermanos y los principales caudillos del ejército cayeron prisioneros en manos de los infieles y hubieron de ser rescatados á fuerza de oro. Veinte años después, el mismo San Luis se puso al frente de la octava Cruzada, que esta vez se dirigió á Túnez, y no fué más afortunada que la anterior. Él y muchos de los que le seguían murieron de la peste, y los demás se volvieron á Europa, después de ajustar una paz honrosa con los infieles (1270). En los años siguientes, los sultanes de Egipto se fueron apoderando, una tras otra, de las ciudades que les quedaban á los cristianos en Siria y Palestina; de modo que á fines del siglo XIII habían pasado todas esas tierras á manos de los infieles, conservando solo los cristianos algunas islas del Mediterráneo oriental.

Influencia de las Cruzadas.

Las Cruzadas ejercieron grandísima influencia en las instituciones políticas, en las costumbres y en la prosperidad de los pueblos occidentales de Europa. Tuvieron mucha parte en el desarrollo del comercio y de la industria de las ciudades marítimas y continentales de Italia y Alemania; crearon hábitos de lujo entre los pueblos europeos; ensancharon su horizonte intelectual y material; fueron motivo de que se introdujeran en Europa muchas nuevas industrias y muchas plantas y otros artículos antes desconocidos en ella; pusieron en contacto á pueblos diversos que antes vivían aislados, y establecieron relaciones entre ellos; fueron, en pocas palabras, causa eficacísima de progreso material y moral.

La invención de la brújula, el empleo del papel en sustitución del pergamino, la invención de la pólvora y de las armas de fuego, la generalización del uso de alfombras y tapices y su fabricación en Europa, la introducción de las cifras arábigas en la numeración y el uso de las lentes, fueron novedades todas ellas correspondientes al siglo XIII y que tuvieron por causa el contacto entre unos y otros pueblos motivado por las Cruzadas.

La arquitectura experimentó también la influencia de esa aproximación general de los pueblos. El estilo gótico nació en el siglo XIII, remontrándose á sus principios ó, á lo sumo, á las postrimerías del anterior sus primeros monumentos. La instrucción tomó extraordinarios vuelos. A imita-

ción de la Universidad de París, fundada en 1200, se establecieron en aquel mismo siglo las de Oxford y Cambridge, en Inglaterra (1206 y 1231), las de Palencia y Salamanca, en el reino de León (1208 y 1225); la de To-



Catedral de Reims.

Como modelos de edificios religiosos del estilo ojival que sucedió en el Occidente de Europa al románico y que prevaleció durante los siglos XIII, XIV y XV, damos en esta página y en las anteriores sen los grabados, que representan las maravillosas catedrales de Milán, de Ulma y de Reims, verdaderos prodigios de arquitectura por la profusión de adornos de que están cubiertas.

osa, en el Languedoc (1215); la de Nápoles, en Italia (1224); la de Viena, en el Delfinado (1236); la de Mompeller, en la Provenza (1283). En ese mismo siglo XIII comenzaron á escribirse muchas de las lenguas modernas. En Castilla se publicaron varias obras famosas en castellano en tiempo de Alfonso el Sabio y de su hijo Sancho el Bravo; en Aragón, publicó en catalán Don Jaime el Conquistador la propia crónica de su reinado; en

engua toscana escribió en ese mismo siglo el Dante su *Divina Comedia*, y al siglo anterior se remontan las primeras obras escritas en las lenguas llamadas de *oil* y de *oc* que se hablaban en las regiones septentrional y meridional del territorio de Francia.

Francia, Inglaterra y Escocia en el siglo XIII.

A pesar de las desgraciada expedición contra Cataluña de Felipe el Atrevido, y de su muerte al regreso de ella, el reino de Francia se engrandeció muchísimo en el siglo XIII por la adquisición de muchos territorios y provincias, y por la unión á la corona de Francia de la de Navarra por el matrimonio de Doña Juana, heredera de este último, con Felipe, que lo era de la de Francia (1284). Los reyes de Inglaterra, en cambio, perdieron el dominio sobre Normandía y sobre otras comarcas continentales, siendo vencidos en la guerra que hacia mediados del mismo siglo sostuvieron con San Luis, rey de Francia y á la que puso término el tratado de Abbeville (1259). Conservaron, sin embargo, varias provincias que San Luis les cedió generosamente, y adquirieron por fuerza de armas la tierra de Gales, de la que hicieron un principado en favor del heredero de la corona (1283). El rey de Escocia Juan Baillol que les debía el trono por haber vencido, gracias á su ayuda, á los otros rivales que se lo disputaban, se les reconoció por vasallo; pero entró más adelante en una alianza con el rey de Francia Felipe el Hermoso, para combatir contra el rey Eduardo de Inglaterra, que había formado por su parte otra con el emperador de Alemania y con el conde de Flandes. En esa guerra salieron vencidos los escoceses por el rey de Inglaterra, que se hizo dueño de Escocia, y los flamencos por el rey de Francia; pero al fin Escocia recobró su independencia bajo Roberto Bruce (1306), y el rey de Francia tuvo que reconocer la independencia de Flandes (1305).

Aparte de esos asuntos de política exterior, embargaron durante el siglo XIII á los reyes ingleses las cuestiones tocantes á las libertades públicas que sostuvieron con los grandes señores del Reino, cuestiones que dieron motivo á constantes turbulencias y guerras civiles. También el rey de Francia Felipe el Hermoso anduvo en pleitos con el papa Bonifacio VIII á causa de las intromisiones del primero en asuntos de la jurisdicción eclesiástica. Esas disensiones ocuparon los últimos años del siglo XIII y los primeros del XIV, y dieron motivo á la reunión por primera vez en Francia de los Estados generales, en que tomaron parte la nobleza, el clero y el estado llano (1302).

Los invasiones mongólicas.

Los mongoles, pueblos de las regiones centrales y orientales del Asia, conducidos por Gengiskan, emprendieron terribles invasiones en el curso de este siglo. Las primeras se dirigieron contra China, donde se señalaron por grandes estragos entre 1211 y 1215, en el último de cuyos años fué destruído el Imperio; los siguientes contra las naciones occidentales de Asia que confinan con la India, el golfo Pérsico y el mar Caspio, donde dominaban los turcos karismanos, cuyas ciudades, y entre ellas la capital, Bukara, fueron todas quemadas y arrasadas entre 1218 y 1223. Al mismo tiempo que Gengiskan verificaba esas conquistas,

su hijo Batu-Kan dirigía sus hordas contra las comarcas del Oriente de Europa que rodean al mar Caspio, y acababa con todas las colonias mercantiles del Volga. A la muerte de Gengiskan en 1227, sus sucesores prosiguieron sus conquistas hacia occidente. Pasaron el Volga, y empujaron delante de sus hordas á los pueblos de las orillas del mar Negro, que en gran muchedumbre buscaron un refugio en Hungría, cuyo rey Bela concedió tierras á 40.000 familias cumanas, con su rey Kuthen, en las llanuras que riega el río Tissa.

Entretanto la invasión mongólica iba acercándose. Moscou, Kief, Kezain y todas las ciudades alrededor de Novogorod fueron arrasadas y quemadas (1238). En 1240, el ala derecha de los mongoles invadió á Silesia y á Polonia; el ala izquierda, á Moldavia; el centro, dirigido por Batu Kan, hermano y general de Octai, el sucesor de Gengis Kan, se dirigió hacia los Kárpatos, que pasó en los primeros meses de 1241. El duque de Breslau, con los polacos y los caballeros teutónicos, sufrieron un tremendo descalabro en Leignitz; los húngaros trataron de oponerse al torrente de la invasión, y fueron deshechos en las llanuras de Muhi, á orilla del Sajo. Allí perecieron los principales prelados, los altos dignatarios del Reino y millares de señores de la nobleza húngara. Toda Hungría fué arrasada y llevada á sangre y fuego por los mongoles, que inundaron literalmente el país, así como la Esclavonia y la Dalmacia. Europa toda estaba aterrada; pero de repente los mongoles emprendieron la retirada hacia el centro del Asia. Era que acababa de morir Octai (1241).

Pero no fué sólo el oriente de Europa el que tuvo que sufrir la terrible invasión de las hordas mongólicas; pues también el Asia Menor, Media, Persia y Siria la padecieron con circunstancias aterradoras desde 1241 hasta 1261. Entonces acabaron definitivamente los califas de Bagdad que, por más que sólo conservasen un poder espiritual desde mediados del siglo X, todavía existían en el siglo XIII (1258).

El Imperio mongólico, que ha sido el más vasto que haya habido nunca en el mundo, pues llegó á extenderse por una parte desde el mar Artico hasta el golfo Pérsico, y por otra desde las riberas más orientales del Asia hasta los confines del Egipto y el mar Adriático, se dividió bajo Mangu, que comenzó á reinar en 1248, en oriental y occidental, el primero de los cuales tocó á Kublay, y el otro, á Hulagu. Kublay fundó en China la dinastía mongólica, que duró hasta 1368. Tuvo por tributario, al Tonquín, la Cochinchina, el Pegu y el Tíbet; y los Kanes mongoles de Persia, Chacatay y Kapchak ó de la Horda de Oro, eran sus vasallos. A su muerte, en 1294 se dividió su imperio en muchos Estados independientes.

En los primeros años del siglo XIV tuvo principio la Confederación suiza. Sus orígenes son muy oscuros, estando hoy desechada por la sana crítica la que hasta hace algún tiempo ha venido pasando por historia de Guillermo Tell y de su rebelión. Lo que sí puede asegurarse es que esas tierras pertenecían al Imperio desde la incorporación á Alemania del reino de Arlés, en el que estaban comprendidas, y que consistían en 200 feudos con títulos de baronías ó condados, en cuatro ciudades imperiales, que eran Berna, Zurich, Friburgo y Soler, y en tres mu-

Principio de la Confederación suiza.

nicipios, Uri, Schwitz y Unterwalden, directamente sometidos á la autoridad imperial, y que los dichos tres municipios se confederaron en los primeros años del siglo XIV, declarándose independientes, habiéndoseles agregado otros varios durante los siglos XIV y XV. Los duques de Austria trataron de someterlos, pero varias victorias que los suizos obtuvieron sobre ellos, la última de las cuales fué la de Sempach, en 1396, afirmaron la independencia de los cantones confederados. Esas victorias, que fueron verdaderamente gloriosas para los suizos, y las que obtuvieron en el siglo XV combatiendo contra el delfín de Francia, que de rey se llamó



Capilla de Guillermo Tell. (Lago de los Cuatro Cantones)

No obstante estar demostrado por la crítica histórica lo fabuloso de las tradiciones que hasta hace poco han corrido en la historia de Suiza sobre la participación de Guillermo Tell en el levantamiento de ese país contra el dominio de la Casa de Austria, siguen vivas esas tradiciones en la memoria del pueblo. A una de ellas se refiere el anterior grabado.

Luis XI, y contra el duque de Borgoña, Carlos el Temerario, les dieron tal fama de valerosos y expertos combatientes, que todos los príncipes de Europa se los disputaban para engancharlos como mercenarios en sus ejércitos. A los suizos se debe la importancia que adquirió la infantería como arma de combate, y que había perdido por completo en la Edad Media, en que se había hecho costumbre general pelear sólo á caballo.

**El imperio de Alemania
bajo los sucesores de
Rodolfo de Habsburgo.**

Ya se ha dicho que Rodolfo de Habsburgo pretendió en vano hacer la dignidad imperial hereditaria en sus descendientes. Varias casas de Alemania se la disputaron en lo sucesivo, habiendo sucedido á veces dividirse los votos de los electores y tener que decidir las armas cuál de dos candidatos elegidos había de

obtenerla. Cuantas tentativas hicieron los emperadores para restablecer su dominio sobre Italia fueron infructuosas. A Carlos IV, que ejerció la autoridad imperial desde 1346 hasta 1378, lo ha hecho famoso la promulgación de la *Bula de Oro*, que ha sido hasta casi nuestros mismos días la ley constitutiva del Imperio. Después de su muerte la autoridad de los emperadores fué puramente nominal, dependiendo su importancia de la que tuvieran ellos por sus Estados patrimoniales. El poder de los electores y demás príncipes creció tanto como menguó el de los emperadores. El de las dietas generales aumentó también muchísimo, pues careciendo los emperadores de fuerza para imponérseles, llegaron á hacerse casi soberanas. Los diversos representantes de la nación formaron cuerpos federativos conforme á sus clases ó categorías. Los electores tenían su colegio especial; los príncipes que iban después de ellos, formaron otro para tratar sobre sus intereses particulares; las ciudades confederadas, otro tercero. Ya desde el tiempo de Adolfo de Nassau, que fué emperador desde 1291 á 1298, tenían estas ciudades el derecho de votar en las dietas generales. No hablamos aquí de esas otras mil confederaciones ó ligas, como las llamadas *paz de Brandemburgo*, *paz de Westfalia*, *paz de Turingia*, *paz de Ehingem*, sociedades del *León de Oro*, del *Halcón*, de la *Estrella*, de *San Jorge*, etc., que formaron los señores y las ciudades para mantener la paz en el Imperio.

Dos cismas padeció la Iglesia en el siglo XIV:

Las herejías y los cismas en los siglos XIV y XV.

el de Alemania, provocado por el emperador Luis de Baviera, que ocupó el trono desde 1314 hasta 1347, y que habiendo sido excomulgado por el papa Juan XXII, nombró un antipapa que se

llamó Nicolás V, y el conocido por el nombre de *Gran Cisma de Occidente*, que tuvo dividida á la cristiandad desde 1378 hasta muy adelantado el siglo XV. Castilla, Portugal, Aragón, Francia, Escocia, Saboya, Nápoles y Lorena seguían á Clemente VII, que tenía su residencia en Aviñón, y las demás naciones católicas á Urbano VI y sus sucesores, que la tenían en Roma. El concilio de Constanza puso fin á ese escándalo en 1417, por más que Pedro de Luna, que había sido nombrado sucesor de Clemente VII con el nombre de Benedicto XIII, siguió teniéndose por legítimo papa hasta su muerte en 1424 en Peñíscola, donde se había encastillado con unos pocos servidores que se le mantuvieron fieles. Pero no sólo afligieron entonces á la Iglesia esos cismas, sino también la herejía de Juan de Wiclef, doctor inglés de la Universidad de Oxford, que tuvo muchísimos adeptos, y que dió origen á la que en el siglo siguiente promovió el rector de la Universidad de Praga, Juan de Huss, que tanta sangre había de costar á Bohemia, su patria, y á Alemania.

El imperio de Oriente después de su restauración.

El imperio de Oriente, restaurado por Miguel Paleólogo, distaba mucho ser tan extenso como antes de su destrucción por los cruzados y los venecianos. Habíase fundado otro en su antigua provincia de Trebisonda, un reino en Bulgaria, y

varios principados en Grecia y Epiro. La mayor parte de las islas y costas del Archipiélago y del mar Negro estaban en poder de los venecianos, de los genoveses y de príncipes franceses; muchas comarcas del Asia Menor,

en el de los mongoles, y los turcos otomanos amenazaban también muy gravemente la existencia del Imperio. Andrónico, en tal apuro, apeló á reclutar milicias extranjeras, y muchos catalanes de los que habían quedado ociosos después de las guerras de Sicilia, en que habían combatido á favor de Don Fadrique de Aragón, se pusieron á su sueldo; pero habiéndose enemistado con él, asolaron la Tracia y la Macedonia y se establecieron después en Atenas, que conquistaron para su señor el rey de Sicilia. Al mismo tiempo era presa el Imperio de las discordias religiosas y de las guerras civiles.

Desde los últimos años del siglo XIII, una tribu turca procedente de las riberas del mar Caspio había pasado á establecerse en Angora, huyendo de los invasores mongoles. Su caudillo, Othman, del que tomó toda la



Vista de Angora en su estado actual.

tribu el nombre de turcos otomanos, habiéndose hecho independiente después de la muerte del último soberano seldjukida, sometió los Estados vecinos y echó los cimientos de un nuevo imperio, que se hizo poderosísimo en el curso de aquel mismo siglo y mucho más en los siguientes. En 1333 eran ya dueños los turcos de Bitinia y Nicomedia, y en 1360, año en que murió Solimán, descendiente de Othman, estaban establecidos en Galipoli, llave del Helesponto, y constituían tan seria amenaza para la existencia del Imperio, que sólo poseía ya Macedonia, Tracia y una parte de Grecia, que el emperador Juan Paleólogo acudió al papa Inocencio VI en

demanda de auxilio. Inútiles fueron las exhortaciones del Pontífice á los príncipes cristianos para promover una Cruzada. Su voz fué desoída, y en-tretanto, el sultán Amurat pasaba el Helesponto y se apoderaba de Andri-nópolis (1362). Vencidos también en 1364 en las márgenes del Maritza los húngaros, los válacos y los bosniacos, que reunidos bajo el mando de Luis, rey de Hungría, fueron á su encuentro, fué en persona Juan Paleólogo á Roma á solicitar la ayuda de los pueblos cristianos de occidente; pero no habiendo sido sus instancias más eficaces que las anteriores, tuvo que hacerse en 1370 tributario de Amurat, á quien siguió en sus expediciones por el Asia Menor, donde el Sultán sometió á varios príncipes musulmanes (1386). En 1389 fué muerto Amurat en la famosa y sangrienta batalla de Kosova, que ganó á los serbios, y en que perdió también la vida Láza-ro, rey de Servia, y este reino su independencia. Había ganado Amurat treinta y siete batallas. Siguió el engrandecimiento de los turcos bajo el ce-tro de Bayaceto, llamado el Rayo, sucesor de Amurat. Sometió éste á todos los príncipes musulmanes del Asia Menor y conquistó á Tracia, Bulgaria, Macedonia y Tesalia. El emperador Manuel pidió socorro á Occidente, y esta vez, un ejército de húngaros, alemanes y franceses, en el que había varios príncipes de todas esas naciones y entre ellos el rey Segismundo de Hungría, acudió en su ayuda; pero fué desbaratado en la batalla de Nicó-polis (1396). El imperio de Oriente iba ya á sucumbir, cuando un suceso inesperado vino á torcer el curso natural de las cosas.

Cuatro grandes imperios se habían formado de

Segunda invasión de los mongoles. los despojos del de Gengiskan: el de China, en que se comprendía también la Tartaria: el de Persia,

el de Kaptshak ó de la Horda de Oro, que se exten-

día desde el mar Negro por el sur hasta el Océano Artico por el norte, y el de Chacatay, en que se comprendían el Turkestán y la Bukaria. Cerca de Samarcanda, ciudad importante del último de ellos, nació Tamerlán, cuyas conquistas en el último período del siglo XIV asombraron al mundo. Ya había sometido á todos los príncipes persas y había llegado por otra parte hasta las inmediaciones de Moscou (1395), cuando, dirigiéndose bruscamente al Asia, conquistó toda la India hasta el Ganges. Dándose el título de rey del Oriente y del Occidente, envió una embajada á Bayaceto, y habiéndole éste contestado con palabras insolentes, invadió furiosamente el Asia Me-nor, llevándolo todo á sangre y fuego; pasó después á Siria, que trató de la misma manera, demoliendo á Bagdad, donde hizo erigir una pirá-mide con noventa mil cabezas humanas y retrocedió desde allí para ir á encontrarse con Bayaceto, cerca de Angora. La batalla fué tremenda. Llevaba Tamerlán 800.000 hombres; Bayaceto, muchos menos. El ejército turco fué envuelto y aniquilado, cayendo Bayaceto prisionero (1402). Preparaba Tamerlán una expedición contra China, cuando murió en 1405, dividiéndose en muchos pedazos su imperio después de su muerte (*).

(*) A este Tamerlán envió una embajada, presidida por Ruy González de Clavijo, el rey de Castilla Enrique III, cuya relación, aunque desaliñadamente escrita, es curiosísima por la descripción que en ella se hace de los lugares recorridos por los expedicionarios. La muerte de Tamerlán ocurrió precisamente cuando se hallaban en su corte de Samarcanda el embajador castellano y su comitiva. Las fiestas y los banquetes celebrados en las in-mediaciones de esa ciudad antes de la muerte de Tamerlán, y á que los embajadores asistie-ron como convidados, asombran por el lujo inaudito que se desplegaba en ellos.

Francia é Inglaterra durante las guerras de Cien años.

generales del clero, la nobleza y el estado llano, á que ya nos hemos referido, y que terminó de un modo escandaloso, siendo ultrajado ignominiosamente en su propia persona el Pontífice por los emisarios del rey de Francia. El papa Bonifacio VIII murió de sentimiento poco después, y el rey de Francia, influyendo en el cónclave que se reunió á la muerte de Benedicto XI, su sucesor, logró que cñera la tiara Clemente V, que con el nombre de Bertoldo de Got había sido arzobispo de Burdeos, y que tuvo la debilidad de trasladar su residencia á Aviñón, y de someter el Pontificado á la voluntad del rey de Francia. Uno de los primeros actos de este Pontífice, de acuerdo con Felipe el Hermoso, fué la disolución de la orden de los Templarios, á la que se acusaba de herejías, y contra la cual se formó un proceso que se ha

Al comenzar el siglo XIV estaba empeñada en Francia la cuestión entre el pontífice Bonifacio VIII y el rey de Francia Felipe el Hermoso, cuestión que dió motivo á este último rey para la convocación por primera vez de los Estados



Torre del Temple. (París.)

El proceso de los Templarios fué uno de los acontecimientos más célebres de este tiempo y ha dado motivo á multitud de opiniones, favorables unas y contrarias otras á esa famosísima Orden, que tenía cubierta toda Europa de sus iglesias y fortalezas y cuyas riquezas eran verdaderamente enormes. Damos una vista de la casa que tenían en la ciudad de París, la cual se ha hecho célebre en tiempos posteriores como prisión de Estado.

hecho muy célebre. Inclínase la opinión á que el verdadero móvil de esa medida fué el deseo en el rey de Francia de apoderarse de los cuantiosos bienes que esa Orden poseía en sus dominios. Diego de Molay, gran maestro de ella, y varios de sus principales dignatarios fueron quemados vivos, habiendo emplazado al Papa y al Rey ante el tribunal de Dios en el momento de su muerte, según se afirma; noticia originada, sin duda, en el hecho de haber muerto muy poco después ambos soberanos.

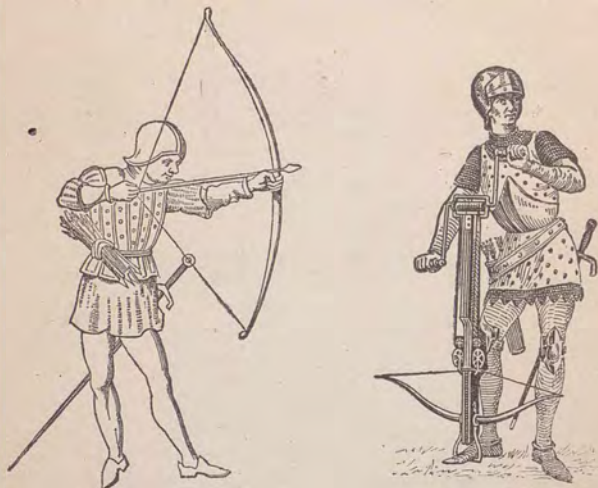
En Aragón los templarios se disolvieron, no sin resistencia; pero con sus castillos y villas se dotó á la nueva orden de Montesa, que se fundó allí en sustitución de la del Templo; en Portugal, se llamó de Cristo la orden que se constituyó con los elementos que formaban la de los Templarios; en Castilla y León la heredaron las de Calatrava, Santiago y Alcántara, que existían ya desde el siglo XII.

Extinguida en 1328 la línea varonil de los reyes franceses á la muerte de Carlos IV, tercero de los hijos de Felipe el Hermoso que ciñeron la corona, y planteada la cuestión de la sucesión del Reino, que, en opinión de los franceses, no podía recaer en hembra (*), resolviósela dando la corona á Felipe de Valois, que era el príncipe varón más allegado al trono por el parentesco; aunque la corona de Navarra, que no excluía á las hembras, pasó á Doña Juana, hija de Luis Hutin, primero de los hijos de Felipe el Hermoso, y mujer de Felipe de Evreux, separándose así las coronas de Francia y de Navarra; pero la pretensión á la corona de Francia del rey de Inglaterra, Eduardo III, marido de una hermana de los tres últimos reyes franceses, por una parte, y su enojo por la humillación que le hizo sufrir el nuevo rey Felipe de Valois, haciéndole comparecer en persona á prestarle homenaje por el ducado de Guiana, por otra, encendieron en 1337 una guerra entre ellos, que con diversos períodos de tregua duró más de cien años. La causa determinante de ella fué la rebelión contra Luis II, conde de Flandes, de sus súbditos, acaudillados por un cervecero llamado Diego de Artevelde, que se alió con el rey de Inglaterra, mientras el conde buscaba apoyo en el de Francia, y uno de sus primeros episodios fué la batalla naval de la Esclusa, en que fué desbaratada por la flota inglesa la del rey de Francia. La de Crécy, reñida en 1343 en Normandía, donde había desembarcado el rey de Inglaterra Eduardo III, fué aun más desastrosa para los franceses, que perdieron en ella once príncipes, mil doscientos grandes señores y treinta mil caballeros y escuderos. Después de una tregua de unos cuantos años, se rompieron de nuevo las hostilidades con no mejor fortuna para los franceses, que sufrieron un verdadero desastre en Poitiers, donde el rey Juan de Francia quedó prisionero del príncipe Eduardo de Gales, llamado el *Príncipe Negro* (1356).

Ajustóse primero una tregua, y después—en 1360—el tratado de paz de Bretiñ, muy oneroso para Francia. Durante el cautiverio del rey

(*) De esa fecha y de los debates que entonces se sostuvieron á propósito da la sucesión de la Corona, datan las falsas noticias que corren vulgarmente acerca de una llamada *ley sálica*, en cuya virtud estarían excluidas las hembras del trono de Francia. Está reconocido por los historiadores imparciales que nunca hubo tal ley, y menos entre los francos sálicos cuyo código, que es muy conocido, ningún artículo contiene referente á la sucesión de la Corona, ni que pueda servir de fundamento á la opinión de que no pudieran heredarla las mujeres.

Juan hubo grandes turbulencias en Francia, en las que tomó gran parte el rey Carlos el Malo de Navarra, quien en vez de gobernar su reino, se pasó la vida turbando la paz de los ajenos. Entre ellas debemos mencionar la de las *jaquerías*, que fué una revolución anárquica de la chusma de las ciudades y de los campesinos contra la nobleza; revolución acompañada de tales horrores y violencias, tanto de parte de sus promotores y agentes como de parte de la misma nobleza, que logró reprimirla y sofocarla entre torrentes de sangre, que deja muy atrás á las más sangrientas revoluciones de los tiempos modernos. El rey Juan de Francia murió en 1364 en Inglaterra, donde había vuelto á constituirse prisionero por no haber logrado reunir



Los adjuntos grabados representan un arquero y un ballestero del siglo XIV, tomados de miniaturas de códices contemporáneos. A sus arqueros debieron los ingleses sus victorias sobre los franceses en ese siglo y el siguiente, según opinión unánime de los historiadores. El uso de la ballesta, arma también antiquísima, conocida entre los romanos por los nombres de *arcubalista* (del que se deriva la voz francesa *arbalète*) y *manubalista*, estaba muy extendido por esta época, principalmente entre los españoles, que la conservaron hasta muy adelantado el siglo XVI, pudiendo decirse que con ese arma, mucho más que con las de fuego, hicieron la conquista de América. La ballesta que en el grabado se representa es de las llamadas «de torno», por el aparato que se usaba para armarla ó tenderla.

la suma suficiente para su rescate, y le sucedió su hijo Carlos V durante cuyo reinado (1364-1380), se arreglaron algo los asuntos de Francia, gracias al concurso del valiente Beltrán de Claquín, que venció en muchos encuentros á los ingleses, á pesar de haber caído dos veces prisionero en sus manos: la primera en 1365, y la segunda en 1369, en la batalla de Nájera, reñida en Castilla entre su rey Don Pedro, cuyo partido habían tomado los ingleses y gascones mandados por el Príncipe Negro, y el pretendiente Don Enrique, á quien defendían sus súbditos castellanos, y los franceses que les habían ayudado á ponerlo en el trono: que hasta á España vino á extenderse esa larga y enconada guerra de Cien Años de

que estamos tratando. En el de 1380, en que murieron Carlos V y Beltrán de Claquín, habían tomado tan buen giro las cosas para Francia, que apenas conservaban los ingleses posesiones en su territorio; pero á partir de esa fecha en Francia, y desde tres años antes, que fué la de la muerte de Eduardo III en Inglaterra, entraron ambos reinos en un período agitadoísimo por las discordias civiles, favorecidas por las minoridades de los sucesores de sus monarcas

La demencia de Carlos VI de Francia, declarada en 1392, dió alientos á las enconadas luchas, ya desde mucho antes entabladas, entre los bandos de borgoñones y armañaques, que ensangrentaron durante muchos años á Francia y la pusieron al borde de la ruina. Acaudillaba á los primeros Juan sin Miedo, duque de Borgoña, y á los últimos, el conde de Armañaque, que se había propuesto vengar la muerte violenta que por instigación del duque de Borgoña había recibido el duque de Orleans en 1407 en las calles de París, habiendo tomado la hez del populacho de esa ciudad, que seguía el partido del duque de Borgoña, parte activísima en esas turbulencias. Los armañaques llamaron en su ayuda á Enrique V, en quien, después de muy complicadas vicisitudes y, entre ellas, el destronamiento de Ricardo II, había venido á recaer la corona de Inglaterra, y ese soberano, después de desembarcar en Francia al frente de 50.000 combatientes, ganaba á los franceses, que echaron á un lado sus disensiones para afrontar el peligro, la batalla de Azincurt, reñida en 1415 y no menos gloriosa para los ingleses que las de Crecy y Poitiers. Renovadas después de ella las desavenencias entre los borgoñones y armañaques, en las que intervinieron también los ingleses, que cada día iban apoderándose más de Francia, sucedieron multitud de acontecimientos, en cuya relación no podemos detenernos, y de los cuales el más notable fué la muerte violenta del duque de Borgoña Juan sin Miedo por los partidarios del Delfín de Francia en el puente de Monterel, donde estaban celebrando una entrevista para reconciliarse.

Felipe el Bueno, duque de Borgoña por la muerte de su padre Juan sin Miedo, se ligó con los ingleses, cuyo rey Enrique V murió en Vincennes, llamándose rey de Inglaterra y de Francia, de donde de hecho lo era, porque poseía casi todo su territorio. El mismo año moría Carlos VI, heredando sus derechos su hijo Carlos VII, cuyos dominios eran casi ilusorios en aquellos momentos. Tuvo, sin embargo, varias circunstancias en su favor: el haber heredado un niño de diez meses, que se llamó Enrique VI, la corona de Inglaterra, y, sobre todo, la ayuda milagrosa de Juana de Arco, aldeana que, diciéndose agente de la voluntad divina, se puso al frente de un cuerpo de gente de guerra, y con varias pequeñas ventajas que obtuvo sobre los ingleses, levantó de tal manera el espíritu público de su nación, que desde aquel momento (1428) fueron perdiendo terreno los ingleses hasta su definitiva expulsión del territorio de Francia en 1453, terminando así la guerra de Cien años.

Los reinos de España en el siglo XIV.

De los reinos cristianos de España, el que más importante papel hace en la historia general del siglo XIV es el de Aragón, que á pesar de las discordias intestinas que lo agitaron durante toda

su primera mitad, tuvo gran intervención en los negocios de Italia. La causa de sus luchas internas fué la rivalidad entre la autoridad real, que aspiraba á afirmar y dilatar sus atribuciones, y la nobleza y los municipios, que pretendían no sólo impedirlo, sino cercenar el poder de los reyes y poner coto á sus arbitriariedades y desafueros. Organizáronse en Aragón y Valencia fuertes confederaciones que obligaron al rey Pedro IV, llamado *el Ceremonioso*, á emplear toda su astucia y su prudencia para hacerles frente. Tuvo el Rey que sufrir grandes humillaciones y ultrajes; pero al fin se sobrepuso á los revoltosos y modificó las instituciones públicas tan sabiamente, que pueden considerarse como modelo de ellas las que dejó establecidas. De su reinado data el gran poder del magistrado llamado *Justicia*, que tanta fama ha dado á las instituciones aragonesas.

Castilla, desde la muerte de Alfonso el Sabio en 1285, no gozó un momento de paz hasta muy adelantado el siglo XIV, por las discordias y guerras civiles que durante las largas minoridades de sus descendientes Fernando IV y Alfonso XI se suscitaron entre los varios príncipes y grandes señores que pretendían ejercer la tutoría, á lo que se agregaban las pretensiones á la corona de los descendientes del hijo mayor de Alfonso el Sabio, los cuales se tenían por desposeídos injustamente de sus derechos por la rama reinante, que procedía de su hijo segundo Don Sancho. Apaciguadas esas contiendas en el reinado de Alfonso XI, pudo éste dedicar su atención á contener á los moros africanos llamados Benimerines, que se habían posesionado de Algeciras, Gibraltar y otras plazas fuertes de la costa meridional y amenazaban invadir á España. Aunque tuvo la desgracia de que fuera desbaratada su flota por la africana (1340), logró, con ayuda de su suegro, el rey Alfonso de Portugal, vencer ese mismo año al rey Abulhacen de Marruecos, que había desembarcado y puesto sitio á Tarifa. Propúsose después cerrar á los africanos la entrada en sus dominios apoderándose de las plazas de Gibraltar y Algeciras, que aún conservaban. Pudo hacerse dueño de esta última después de un largo sitio á que asistieron muchos personajes extranjeros, entre ellos el rey de Navarra, y en el cual los moros defensores de la plaza usaron de cañones, siendo la primera vez que se oyera en España el estampido de las armas de fuego (1343). Siete años después puso sitio á Gibraltar; pero sucumbió víctima de la peste que asolaba á Europa, y su ejército tuvo que abandonar la comenzada empresa (1350).

El reinado de su hijo Pedro, llamado *el Cruel*, fué agitadísimo, tanto por las guerras civiles como por las extranjeras. Prosiguiendo este monarca la política de sus antecesores y de otros soberanos de aquellos tiempos, dirigida á cercenar el poder y los privilegios de la nobleza, se condujo tan imprudentemente, que se enajenó las voluntades de casi todos los grandes señores é hidalgos del Reino, de lo que supo aprovecharse su hermano bastardo Don Enrique, atrayéndose á muchos de ellos y ligándose también con el rey de Aragón, con quien tuvo la imprudencia Don Pedro de entablar una encarnizada guerra, que duró desde 1356 hasta el fin de su reinado, y con el rey de Francia, con quien también se había enemistado Don Pedro por su indigno comportamiento con su mujer, Doña Blanca, perteneciente á la familia de ese soberano. Tan desatentada conducta de Don

Pedro fué causa de que al invadir el Reino su hermano Don Enrique en 1366, seguido de una turba de aventureros á quienes había dejado ociosos la paz de Bretiñí ajustada en 1360 entre los reyes de Francia é Inglaterra, se viese abandonado por casi todos sus súbditos, que se pusieron de parte de su adversario, y tuviera que recurrir al príncipe Eduardo de Gales, el cual entró en Castilla con un ejército, que, habiendo vencido al franco-castellano cerca de Nájera, restableció á Don Pedro en el trono. Pero habiéndose enemistado también Don Pedro con su aliado, tuvo que pedir ayuda al rey moro de Granada para hacer frente á Don Enrique, que había vuelto á entrar en el Reino, y que lo venció y le quitó después la vida en Montiel, apoderándose definitivamente de la corona (1369).

Pedro IV de Aragón, tan cruel, pero más inteligente que su enemigo el castellano, no sólo afirmó en su frente la corona dominando á sus rebeldes súbditos y dándoles las sabias instituciones á de que atrás nos hemos referido, sino que engrandeció sus dominios con las islas Baleares y el Rosellón, de que por reprobados medios despojó á su cercano pariente Don Jaime, y con la de Sicilia, que, ya en poder de su familia desde fines del siglo anterior, vino al personal suyo en 1380, y supo conservar el que tenía sobre la de Cerdeña, á pesar de las continuas rebeliones que la agitaban. Murió este rey, que bien merece contarse entre los príncipes ilustres, á pesar de sus defectos, en 1387.

Martín, á quien su padre Pedro IV había nombrado en 1380 gobernador de Sicilia con el título de vicario, heredó la corona de Aragón á la muerte de su hermano Don Juan en 1395, y dejó á su hijo, también llamado Martín, de rey de Sicilia; pero habiendo muerto éste en 1408, volvió la corona de Sicilia á reunirse con la de Aragón en las sienes del dicho Don Martín, juntamente con las demás que ya tenía, entre las cuales estaban también las de los ducados de Atenas y Neopatria, conquistados desde principios del siglo XIV por aventureros catalanes para la corona de Sicilia. La muerte en 1410 de Don Martín sin herederos directos, dió motivo al famoso *Compromiso de Caspe*, que es uno de los hechos más notables que se registran en la historia de pueblo alguno, y que demuestra la disciplina y la sumisión á la ley que reinaban en las costumbres públicas de las naciones que formaban la monarquía aragonesa. Decidióse en él que pasase la corona de Aragón á Fernando llamado de Antequera, de la casa real de Castilla.

La muerte en 1425 del rey de Navarra, Carlos III, sin herederos varones, al dar la corona á su hija Doña Blanca, mujer del infante de Aragón que había de ser más adelante Don Juan II, dió motivo á complicaciones de que después someramente trataremos.

También las produjo muy grandes la muerte sin hijos varones del rey Don Fernando de Portugal en 1383; pues correspondiendo la corona á su hija Doña Beatriz, mujer de Don Juan I, que reinaba á la sazón en Castilla, y habiendo pretendido éste tomar posesión del Reino, sufrió en Aljubarrota un terrible descalabro que le infligieron los portugueses que seguían el bando del maestre de Avis, Don Juan, á quien habían proclamado rey (1385). Este Don Juan reinó en Portugal hasta 1433, y transmitió la corona á sus descendientes.

Grandeza del ducado de Borgoña.



Maximiliano de Austria y María de Borgoña, padres de Felipe el Hermoso y abuelos de Carlos V.

El ducado de Borgoña, cuya fundación data de 1032, en cuyo año lo recibió en feudo Roberto, nieto de Hugo Capeto, volvió por reversión, según las leyes feudales, á los reyes de Francia

en 1361, por la muerte sin herederos de Felipe, llamado de Ruvres por haber nacido en el castillo de ese nombre. Era en aquella sazón rey de Francia Juan, el mismo que cayó prisionero de los ingleses en Poitiers, el cual, deseando premiar el buen comportamiento de su hijo segundo Felipe, le confirió el Ducado, también en feudo, en 1363. En este comenzó la segunda dinastía de duques de Borgoña, que llegó á hacerse poderosísima por haber reunido á sus dominios el condado de Flandes, que era el país más rico é industrial de Europa, el Brabante, Holanda y Zelanda. El segundo de la serie de esos duques fué Juan sin Miedo, que tomó gran parte en los disturbios de Francia en las postrimerías del siglo XIV y principios

del siguiente; el tercero, Felipe el Bueno, fundador de la orden del Toisón de Oro; el cuarto, Carlos el Temerario, que fué el príncipe más poderoso de Europa y enemigo á muerte de Luis XI de Francia; pero que tuvo la desgracia de estrellarse contra los suizos y el duque de Lorena, de cuyos territorios quiso apoderarse. Habiendo sido muerto en la batalla de Nancy que riñó con ellos (1477), y no habiendo dejado heredero varón, se desmembraron sus Estados, volviendo el ducado de Borgoña, otra vez por re-

versión, á los reyes de Francia, y heredando sólo el condado de Flandes y los demás señoríos anexos á él, su hija única María de Borgoña, que, habiendo contraído matrimonio con Maximiliano, archiduque de Austria y más adelante emperador de Alemania, fué madre de Felipe el Hermoso y abuela de Carlos V, en cuya cabeza se reunieron por herencia multitud de coronas, y, por elección, la imperial de Alemania.

Italia en el siglo XIV.

tro de su propio seno, por toda suerte de rivalidades. Las parcialidades de los güelfos y gibelinos no tienen ya en este período carácter político determinado, viéndose ciudades gibelinas gobernarse democráticamente, y ciudades güelfas someterse á la más desenfrenada tiranía. Los papas, los reyes de Nápoles y los franceses estaban del lado de los güelfos; los emperadores de Alemania del de los gibelinos.

En Florencia, después de furiosas guerras entre los bandos rivales, que la entregaron alternativamente á la democracia y á la oligarquía, acabó por ir el gobierno á manos de la opulentísima familia de los Médicis, que dió varios príncipes ilustres, y cuyo gobierno fué extendiéndose sobre todas

La historia de Italia en el siglo XIV es complicadísima, pues no es la de un Estado, sino la de muchísimos. lvididos entre sí, y cada unc den-



Patio del palacio viejo (Florencia).

las ciudades de Toscana en el siglo XV. En Milán, los Viscontis, vendedores de los Torrianis, y protegidos por los emperadores de Alemania, llegaron á constituir una familia de príncipes que abarcaron bajo su domi-

nio gran número de ciudades. Juan Galeazo II casó á su hija Valentina con el hermano del rey de Francia Carlos VI, y recibió del emperador de Alemania el título de duque en 1395. Pensaba nada menos que en hacerse rey de Italia, cuando murió en 1402. En 1447 se extinguió la línea varonil de los Viscontis á la muerte de Felipe María, pasando el poder á la de los Sforzias por el matrimonio de Francisco Sforzia con la hija única de Felipe, María Visconti. La dinastía de los Sforzias gobernó á Milán por espacio de cincuenta años.

No siéndonos posible relatar aquí la infinitas vicisitudes que dieron el dominio de las ciudades de la alta Italia á sendas familias cuyos nombres suenan con frecuencia en la historia de los siglos de la Edad Media, ni las frecuentes guerras y alianzas entre unas y otras de esas ciudades y familias, que hacen embrolladísima la historia de esos tiempos, nos limitaremos á dar algunas noticias concernientes á las repúblicas de Génova y Venecia durante los siglos XIV y XV.

La de Génova se vió perturbada durante la primera mitad del siglo XIV por las facciones de los Doria y Spínolas. En Venecia promovió el pueblo, oprimido por la aristocracia, varias tentativas de rebeldía que fueron reprimidas. Entretanto, la República ampliaba sus territorios de la tierra firme á costa de los de la ciudad de Verona. Durante la segunda mitad de ese mismo siglo sostuvieron una contra otra ambas repúblicas varias guerras, en que tomaron parte en favor de ellas los catalanes, los emperadores de Oriente, los reyes de Nápoles, los de Hungría, que poseían territorios en las costas de Dalmacia, y algunos Estados de la alta Italia. De esas guerras, muy fecundas en combates navales en que la fortuna se inclinó tan pronto en favor de los venecianos como de los genoveses, acabó por salir beneficiada Venecia, que supo consolidar su situación interior mucho mejor que Génova, que estuvo entregada á la más espantosa anarquía. En 1452 poseían los venecianos multitud de establecimientos en Grecia, en las costas del Adriático y en las de los mares Negro y Egeo, además de Biescia, Bér-gamo, Cremona, Ravena y otros territorios interiores de Italia.

Reinos de Nápoles y Sicilia.

La casa de Aragón estaba posesionada de Sicilia, y los descendientes de Carlos de Anjou, hermano de San Luis, de Nápoles, hasta que habiendo recaído la corona de este último reino en una hembra en 1342, pasó á la casa de Hungría, de uno de cuyos príncipes era esposa, llegando á reunirse las coronas de Nápoles y de Hungría en las sienes de Ladislao de Duras, hombre de grandes alientos que tuvo el proyecto de conquistar toda Italia, y que quizás lo hubiera realizado á no haber muerto en 1414. Su hermana Juana, que le sucedió, amenazada por Luis, representante de la antigua casa de Anjou, llamó en su socorro á Alonso V, rey de Aragón, quien después de una larga guerra contra Luis y su heredero Renato quedó definitivamente por rey de Nápoles, cuya corona reunió en su cabeza á las de Aragón y Sicilia.

Herejía de Juan de Huss.

La herejía de Juan de Huss, que en nada difería de la de Juan de Wiclef, provocó terribles guerras en la primera mitad del siglo XV, en los últimos años del reinado de Wenceslao y en el

de Segismundo, que fueron ambos, además de reyes de Bohemia, emperadores de Alemania. Los hussitas, dirigidos por Juan de Ziska, fanático partidario de esas doctrinas, causaron terribles estragos en Bohemia, Sajonia, Brandemburgo, Franconia, Austria y Baviera, desbaratando á varios ejércitos que fueron enviados contra ellos. Dos concilios, el de Constanza (1414) y el de Basilea (1434), se ocuparon en el examen y reprobación de esas herejías, precursoras de las de Lutero y Calvino, que tan grandes estragos habían de causar en la cristiandad en el siglo siguiente.

Los Estados eslavos y escandinavos del norte de Europa en la Edad Media y principios de la Moderna.

Aunque no tomaron una parte muy activa los Estados escandinavos y eslavos del norte de Europa en la política general de los occidentales y meridionales de esa parte del mundo, no estuvieron tan fuera de la corriente de ella que dejaran muchas veces de mezclarse en sus acontecimientos y de experimentar la influencia de las

causas que los motivaban.

El origen del que había de ser andando los siglos imperio de Rusia, hay que buscarlo en los fundadores de las ciudades de Kief y Novogorod, que eran, á lo que se dice, una de las tribus eslavas que habían formado parte de los ejércitos de Atila. Cayeron esas ciudades, ó Estados, en el siglo IX, en manos de bandas de aquellos mismos normandos que asolaron las riberas occidentales de Europa. Los normandos conquistadores de Kief y Novogorod, conocidos en la historia por el nombre de varegues, procedían de Suecia y obedecían á Rurik, que tomó el título de *gran príncipe*. Estos, reforzados por nuevos contingentes de escandinavos, descendieron en sus naves por el Borístenes ó Niéper hasta el mar Negro, é infundieron el bastante temor en los emperadores de Oriente para obligarlos á pagarles un tributo. Sucedió esto hacia el mismo tiempo en que otros normandos, salidos de Noruega y Dinamarca, pirateaban por las costas de Holanda, Francia, España y la isla de Bretaña, y aterrizaraban á sus poblaciones.

Las relaciones con el imperio de Oriente, de los varegues ó normandos establecidos en Rusia, los llevó á adoptar el cristianismo conforme al rito griego; conversión que fué verificándose poco á poco desde el reinado de Vladimiro el Grande á fines del siglo X y principios del XI hasta el XII, en que estaba por completo consumada. Ese Vladimiro, cuyo sobrenombre de Grande se funda más en los progresos en el orden moral y material que hizo hacer á sus súbditos que en sus empresas guerreras, tuvo por mujer á una princesa bizantina hermana de los emperadores Basilio y Constantino, hecho que á la vez que influyó no poco en la cristianización de ese príncipe y de sus súbditos, demuestra cuán íntimas y frecuentes eran ya por ese tiempo las relaciones de los rusos con las naciones cristianas de Oriente; así como el de haberse casado Casimiro, rey de Polonia, con una hermana y el rey Enrique I de Francia con una hija de su sucesor Jaroslaf, pone en evidencia la importancia que á los ojos de los pueblos más poderosos del occidente de Europa tenían ya los príncipes de Rusia.

La historia de Rusia, ó mejor dicho, de los muchos principados en que solía estar dividida, es embrolladísima y confusa desde el siglo XI en adelante, tanto por el estado de anarquía ocasionado por las continuas guerras entre unos y otros de aquellos Estados, como por el de perturbación que

produjeron las invasiones mongólicas, que hubo de sufrir Rusia más que ningún otro de los territorios europeos. Puede decirse que desde las invasiones de los capitanes de Gengiskan y de sus sucesores, estuvo Rusia bajo el dominio de los tártaros, siendo vasallos de ellos sus príncipes. Dmitri ó Demetrio IV, que reinó en Moscou desde 1362 á 1389, fué el primero de ellos que se atrevió á declararse independiente del Kan de la Horda de Oro; pero ese acto de rebeldía trajo por consecuencia la toma y saqueo de Moscou por los tártaros en 1382, y el inmediato restablecimiento del negado tributo. Pocos años después ocurrió la terrible invasión de Tamerlán, cuyo ejército de 400.000 hombres, después de aniquilar en las orillas del mar Caspio al que le opuso el Kan de la Horda de Oro, remontó el curso del Volga arrasándolo todo á su paso. Sólo á fuerza de oro pudo Vasili ó Basilio, en 1408, librar á Moscou de la destrucción y del saqueo. Hasta Ivan III, que reinó desde 1462 hasta 1505, no se restableció la unidad política del principado de Moscou, base del futuro imperio de Rusia. Entre los acontecimientos ocurridos en el curso del siglo xv, merece citarse la segregación de la Iglesia rusa de la griega, hecho que tuvo por causa el haber firmado el arzobispo de Moscou, Isidoro, en el concilio de Ferrara, la unión de la Iglesia griega con la latina, lo que motivó su destierro, y que Basilio III, aprovechándose de esa coyuntura, declarase al patriarca de Rusia independiente del de Constantinopla, promoviendo así un cisma dentro de otro cisma (1445).

Otro Estado eslavo septentrional mucho más importante que Rusia, no sólo en la Edad Media sino hasta época muy avanzada de la Moderna, fué el de Polonia. Sus orígenes son muy oscuros; sabiéndose sólo que hacia fines del siglo x fué evangelizada la nación en el reinado de Boleslao por San Adalberto, obispo de Praga, fundador de las sedes episcopales de Guesen, Colberg, Cracovia y Breslau. Extendíase entonces Polonia desde el río Oder hasta Lituania por una parte, y desde Prusia hasta la Rusia Roja ó Lodomeria por otra; pero á la muerte de Boleslao, en 1025, se dividieron los polacos y cayeron bajo el yugo de los emperadores de Alemania, que no lograron sacudir hasta el reinado de Boleslao III, el Victorioso (1102-1139); pero á la muerte de éste, habiéndose encendido la guerra entre sus hijos, entre los cuales había repartido sus dominios, pudieron el emperador Federico Barbarroja y los prusianos hacerse casi dueños de Polonia hasta 1226, en cuyo año lograron los polacos recobrar su independencia; pero la invasión mongólica de 1240 causó tales estragos en su territorio y tal desquiciamiento en su organización política que hasta Ladislao Loketek, cuyo gobierno duró desde 1289 hasta 1333, y que tomó en 1320 el título de rey de Cracovia, no entró en una situación normal el Reino. Su inmediato sucesor Casimiro el Grande (1333-1370) ensanchó sus dominios con Podolia, Volhinia y Lituania, y á pesar de haber cedido la Pomerelia á los caballeros de la orden Teutónica y la Silesia al emperador Carlos IV, fué el soberano más poderoso del norte de Europa, y el primero que dió leyes escritas á sus súbditos.

La dinastía de los Jagelones, bajo la cual á tan alto grado llegó el poderío de Polonia, comenzó en 1386 por Hedwiges, cuyo marido Jagelón, duque de Lituania, abrazó el cristianismo y tomó el nombre de Ladislao, siendo el quinto de los reyes de ese mismo nombre en Polonia. Bajo su gobierno

se convirtió la Lituania á la fe cristiana; se fundó la Universidad de Cracovia (1400); y fueron conquistadas y agregadas á Polonia la Moldavia y la Valaquia, así como la Samogitia, que Ladislao arrancó de las manos de los caballeros de la Orden Teutónica, después de ganarles la célebre batalla de Tanneberg (1410). A fines del siglo xv llegó Polonia á la cúspide de su poderío, habiendo agregado á su territorio, por el tratado de Thorn, toda la Prusia occidental, no dejando sino la oriental en feudo á los caballeros de la Orden Teutónica, otra vez vencidos (1466). Durante el tiempo que abraza nuestro relato, estuvo varias veces la corona de Polonia en las mismas sienes que la de Hungría.

Mientras la autoridad real iba adquiriendo de día en día mayor predominio y menguando el poder de la nobleza en todos los Estados del Occidente de Europa, en los cuales, la corona que había comenzado por ser electiva se había ido convirtiendo poco á poco en hereditaria, en Polonia, al contrario, iba creciendo el poder de la nobleza y disminuyendo el de los reyes, hasta el punto de haber venido á ser el Reino una monarquía aristocrática donde la autoridad real era casi ilusoria, ejerciéndola de hecho dietas generales, casi permanentes, de la nobleza, y, la corona, de hereditaria que era, acabó por convertirse en electiva en el siglo xvi. Las dietas polacas, como las húngaras, se reunían en grandes llanuras, donde acampaban los días necesarios y deliberaban armados y á caballo los muchos millares de individuos que componían la nobleza; sucediendo á veces que en los mismos campos de las sesiones comenzaban las guerras civiles que solían agitar el Reino.

El mismo San Adalberto, que había conseguido la conversión de los polacos, y después de él San Bruno, los monjes del Cister y otros religiosos, se esforzaron en vano en evangelizar á los naturales de las regiones septentrionales confinantes con el mar Báltico, pues á principios del siglo xiii seguían aún sumidos en la idolatría. Los caballeros de la Orden Teutónica, fundada á imitación de las del Templo y del Hospital por algunos caballeros alemanes después de la toma de Tolemaida, y á los cuales, se encomendó la misión de cristianizar á los dichos pueblos, concediéndoles las tierras de que se hiciesen dueños, lograron apoderarse de todo el territorio de Prusia. También á principios del siglo xiii se fundó la Orden de los Portaespadas, que sin fuerza bastante para sostenerse en Livonia, que acababa de conquistar en parte Alberto de Bohemia, se unió con la Teutónica formando una poderosa milicia religiosa que se enseñoreó de Prusia, Livonia, Curlandia y Esthonia. Perdida en 1292 la ciudad de Tolemaida, donde tenían su casa matriz los caballeros teutónicos, la trasladaron éstos á Mariemburgo, donde de allí en adelante fijó su residencia el maestre de la Orden, que á la vez lo era de los Portaespadas. Prusia se cubrió entonces de campos cultivados, castillos y ciudades, datando de esa época la fundación de las de Dantzic y Konigsberg. La decadencia de la orden Teutónica comenzó á principios del siglo xv, y tuvo por causa los hábitos de lujo y molicie que sus grandes riquezas desarrollaron entre los caballeros. Ladislao V, rey de Polonia, los venció en la batalla de Tanneberg y les quitó la Samogitia. A ese primer revés siguieron otros que trajeron por consecuencia la pérdida para la Orden de la mayor parte de sus posesiones por el tratado de Thorn.

La cristianización de los hohemios, otro pueblo de la misma raza eslava

que los polacos, data del siglo x, y tuvo que luchar con los no pequeños obstáculos que le suscitaron los mismos enemigos que entre ellos tenían las nuevas doctrinas, y las asoladoras correrías que en su territorio hacían los magiars, pueblo que se había establecido el siglo anterior en Hungría. El emperador de Alemania Otón el Grande logró al fin imponer el cristianismo en Bohemia, después de obligar á sus duques á rendirle homenaje (950). Hasta Otocar I, que reinó á fines del siglo xiii y principios del xiv, y que vinculó en su familia la dignidad de elector del Imperio, ardió Bohemia en guerras civiles por la sucesión al trono. Su nieto Otocar II extendió sus dominios sobre Austria, Carintia, Carniola é Istria; pero el período más glorioso de la



Estrecho del Sund entre Suecia y Dinamarca.

historia de Bohemia fué el siglo xiv, en cuyo tiempo sus reyes fueron al mismo tiempo emperadores de Alemania. A esa época corresponde la fundación de la Universidad de Praga, cuya celebridad en toda Europa llegó á ser extraordinaria.

La historia de Dinamarca, Noruega y Suecia, regiones habitadas desde tiempo inmemorial por gentes de aquella rama de la raza germánica á que se ha dado el nombre de escandinava, fué una misma durante largos períodos de la Edad Media, y aun de la Moderna. De esas comarcas salieron los godos, los jutos, los vándalos, los sajones, los anglos, los daneses, los varegues y otros muchísimos pueblos cuyos oscuros nombres se refieren ó á variedades dentro de la misma raza bajoalemana ó escandinava á que en un tiempo se llamó normanda en ciertas regiones de Europa y danesa en otras, ó á distintos períodos de la historia de esos mismos pueblos.

Hay, pues, que ver en ellos famosísimos conquistadores y fundadores de Estados, ocupando sus empresas y expediciones, tanto terrestres como marítimas, muchas y muy gloriosas páginas de la historia.

Las menos sonadas de esas empresas, aunque sean muy dignas de estudio, fueron sus descubrimientos y colonizaciones en las tierras boreales de América. Al año de 861 se remontan sus primeros viajes á Islandia, isla entonces desierta, donde fundaron una colonia que en algunas épocas alcanzó una notoriedad, especialmente en el terreno literario, que parece acordarse mal con la esterilidad de su suelo y lo riguroso de su clima, y al de 982 el descubrimiento y colonización que hicieron de la vasta y helada región llamada Groenlandia, desde donde en los siglos siguientes em-



Campeños de Islandia (época actual).

prendieron expediciones marítimas por las costas orientales del continente de América, acerca de los cuales se sabe muy poco, pero cuya realidad está fuera de toda duda.

La conversión al cristianismo de los daneses data, lo mismo que la de los pueblos eslavos de las orillas del Báltico, de los siglos IX, X y XI, cuando ya se habían hecho muy famosos por sus invasiones en Inglaterra, y por sus piraterías en todas las costas de Europa, y cuando habían ya tenido reyes poderosos que abarcaron tan vastos territorios bajo su dominio como Escandinavia, Dinamarca y las islas Británicas. Ya llevaban más de un siglo de ser completamente cristianos los dinamarqueses, cuando á fines del XII y principios del XIII ocupó el trono Canuto IV, que reinó sobre Dinamarca, Holstein y la parte de Pomerania ribereña del Báltico, con el título de rey

de los vendos ó vándalos. Era hijo de Valdemaro el Grande, que había sido vasallo del emperador de Alemania Federico Barbarroja, y descendiente de otro Canuto venerado como santo por la Iglesia.

En los primeros años del siglo XI reinaba en Noruega San Olao, quien después de largas guerras con los suecos y dinamarqueses, coligados en contra suya, pereció en una batalla que sostuvo en 1033 contra Canuto el Grande, rey de Dinamarca, que desde entonces lo fué también de Noruega, como ya lo era de Inglaterra.

Suecia no fué enteramente cristiana hasta fines del siglo XII, por más que ya desde el IX se predicó el Evangelio en el país, y en el X abrazaron las nuevas doctrinas los godos, ó habitantes de su parte meridional. San Erico, que reinó de 1150 á 1160 sobre los suecos (que eran los habitantes de su región septentrional), acabó de convertirlos, y su sucesor Carlos se tituló rey de los suecos y de los godos, habiendo abarcado todo el país bajo su dominio.



Vista de la ciudad de Calmar en Suecia en su estado actual.

Margarita, hija de Valdemaro III, rey de Dinamarca, heredó en 1375 la corona de este reino y reunió á ella las de Suecia y Noruega en 1387. En 1395 hizo reconocer á su sobrino Erico de Pomerania como rey de Dinamarca, Suecia y Noruega. Celebróse en 1397 en la ciudad de Calmar la coronación de ese príncipe, habiéndose firmado allí por los tres reinos un tratado que establecía su unión perpetua, y que es conocido por el nombre de «Unión de Calmar». Consignábase en ese tratado la condición electiva de la corona, la obligación del soberano de residir alternativamente en los tres reinos, y la completa autonomía de cada uno de ellos en los asuntos de gobierno y administración interior. Esa unión, que pudo mantener Margarita hasta su muerte en 1412, gracias á su talento, y que comenzó á experimentar quebrantos bajo sus sucesores, quedó definitivamente rota en 1448.

Fin del imperio de Oriente.

La invasión de los mongoles había sido un respo para el imperio de Oriente, pues detuvo á Bayaceto en la carrera de sus conquistas, obligándole á dirigir su atención á la defensa de sus te-

rritorios asiáticos; pero muerto Tamerlán en 1405, y repuestos los turcos de los quebrantos que ese terrible conquistador les había inferido, reanudaron sus agresiones contra Europa, apoderándose de Tesalónica, que quitaron á los venecianos, y de muchos otros territorios, como Servia, Bosnia, Morea y Epiro, que fueron cayendo en su poder desde 1419 hasta 1447.

Dos guerreros famosísimos se les opusieron: Hunyades y Jorge Castrioto, que ha pasado á la historia con el nombre de Scanderbeg (*el capitán Alejandro*), que le dieron los turcos. Hunyades era un hidalgo húngaro que de oscuros principios se levantó por su valor y sus dotes militares hasta las más altas cumbres de la jerarquía social, ejerciendo la regencia del Reino y



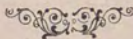
Castillo de Hunyades (Hungria).

transmitiendo á sus hijos prestigio bastante para ceñir la corona, que tan gloriosamente ostentó en su frente su hijo Matías Corvino desde 1458 hasta 1490. Debió Hunyades su fama á las grandes victorias que obtuvo sobre los turcos, que fueron celebradísimas en toda Europa; pero oscurecidas en adelante por muy serios reveses, en uno de los cuales (la batalla de Varna) pereció el rey Wladislao de Hungría y de Polonia (1444). En cuanto á Scanderbeg, hijo de Juan Castrioto, un príncipe de Albania que había tenido que resignarse á hacerse tributario de los turcos, llevó á cabo hazañas increíbles que han inmortalizado su nombre. Llamáronle también el *Diablo blanco de Valaquia*, y dejó tal fama entre sus enemigos, que de su nombre, como se cuenta también del de Ricardo Corazón de León, se servían siglos después de su muerte las mujeres turcas para asustar á sus hi-

jos. Murió Scanderbeg en 1467, en Lissa, adonde había ido á formar con los venecianos una liga contra el poder otomano.

Pero nada era bastante para detener entonces el empuje de los turcos, que estaban animados de un espíritu conquistador y agresivo increíble, y á quienes la suerte deparaba por caudillos hombres de relevantes dotes militares. Mahomet II, que subió al trono en 1451, reunía á grandes condiciones como guerrero, vastísima ilustración en lenguas y literaturas orientales. Decidido á apoderarse de Constantinopla, la cercó por mar y por tierra en Abril de 1453 con numerosa flota y gran ejército provisto de poderosísima artillería, en que había piezas de calibre enorme. Dióle varios asaltos, que fueron rechazados por los sitiados con valor heroico; pero la suerte estaba echada, y el día 28 de Mayo, á la una de la madrugada, después de un tremendo cañoneo sostenido durante todo el día anterior, varias columnas de asalto se precipitaron sobre las brechas al grito de «¡no hay más Dios que Dios!», mientras los sitiados, dirigidos por el emperador Constantino en persona, que previendo el triste fin que le esperaba, se había preparado á la muerte oyendo devotamente misa, les salían al encuentro precedidos de la cruz y entonando cantos litúrgicos. A las diez de la mañana penetraban los turcos en la ciudad, y poco después, entraba Mahomet á caballo en Santa Sofia. El cadáver de Constantino yacía en una de las brechas que había defendido como un valiente al frente de los suyos. Así acabó en manos de un Constantino el imperio fundado doce siglos antes por otro Constantino. El sultán Mahomet tomó desde entonces por emblema y divisa la media luna que, por tradición gentílica, lo era de la colonia griega de Bizancio desde el tiempo de Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno. (*)

(*) La media luna no es, pues, como muy comúnmente se cree, símbolo religioso del islamismo, ni tiene nada que ver con Mahoma ni con sus doctrinas, sino que se reduce á un como blasón ó empresa de los turcos otomanos desde una fecha relativamente reciente. El oponer, por consiguiente, á la cruz la media luna como divisas respectivas del cristianismo y del islamismo, entraña ignorancia acerca del verdadero significado de ese último emblema.





HISTORIA DE LA EDAD MODERNA

CAPÍTULO PRIMERO

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA EDAD MODERNA

Importancia de la destrucción del imperio de Oriente en la Historia

Con la toma de Constantinopla por los turcos otomanos y la destrucción del imperio Bizantino, acaba el período de diez siglos próximamente conocido por Edad Media, durante el cual, mediante un constante proceso de evolución en las ideas, en las instituciones y en las costumbres, se elaboró

el mundo moderno europeo.

En realidad, la destrucción del imperio de Oriente, que señala un momento interesantísimo por muy varios conceptos en la historia de Europa, no tiene importancia alguna para el resto del mundo, donde hay muchos otros acontecimientos históricos más dignos de servir de líneas divisorias de su historia; pero si se tiene en cuenta el lugar principalísimo que Europa ha adquirido en los últimos cuatro siglos en el mundo, interviniendo de un modo decisivo y poderosísimo en la vida de todos los pueblos por medio de la predicación, las armas y el comercio, habrá de convenirse en que las vicisitudes de su historia y aquellos acontecimientos que determinan y dan carácter á las diversas épocas de ella, ni pueden ser indiferentes á ninguna de las naciones que habitan en la Tierra, ni dejar de tener influencia, siquiera sea indirecta, en la evolución y desarrollo de su vida.

**Signos característicos
de la Edad Moderna
europea.**

Hay varios hechos, de índole moral unos, material otros, que determinan y caracterizan á la Edad Moderna de Europa, y que pueden ser considerados como ejes sobre que giran todos los sucesos de su historia. El primero y principal es el Protestantismo, movimiento religioso que ya venía preparándose desde cerca de dos siglos antes por las herejías de Juan de Wiclef, Juan de Huss y Jerónimo de Praga, discípulo del último; movimiento religioso que puede considerarse como clave de toda la historia del siglo XVI y de gran parte de la del XVII. El segundo es el desarrollo de la vida central de los Estados á expensas de las libertades locales é individuales. Esa tendencia centralizadora, que comenzó ya á manifestarse en algunas naciones bastantes siglos antes del comienzo de la Edad Moderna, produjo los Estados modernos, el absolutismo de los reyes y las revoluciones políticas de nuestros días, cuya consecuencia no ha sido, como erradamente suponen muchos, dar libertad á los hombres, sino quitársela, aumentando hasta un grado nunca antes conocido la autoridad del Estado. El tercero es el propósito en todos los Estados de impedir la excesiva preponderancia de cualquiera de ellos sobre los demás. Ese propósito, traducido al lenguaje diplomático en la frase de *mantenimiento del equilibrio europeo*, ha sido el motivo de casi todas las guerras de la segunda mitad del siglo XVII, del XVIII y de algunas del XIX. El cuarto es el progreso de las artes mecánicas y de todas aquellas ciencias y conocimientos que se fundan en la experiencia, cuya influencia en la vida de los hombres y de las sociedades es de tal magnitud, que acabará probablemente por transformarlas, ocasionando en los siglos futuros revoluciones y movimientos sociales y políticos de enorme transcendencia en la historia del mundo. El quinto, que está muy ligado con el anterior, del cual es, en cierto modo, consecuencia, consiste en lo que pudiéramos llamar *unificación de la historia del mundo*.

Hasta tiempo relativamente moderno, las relaciones entre las grandes regiones de la Tierra eran remotas y poco frecuentes, y aunque no pueda negarse que desde las más antiguas edades todos los pueblos estaban ligados entre sí por ciertos vínculos mediante los cuales ejercían influencia unos sobre otros, esos vínculos eran débiles y no se manifestaban ostensiblemente, hurtándose á la vista de los más de los hombres, quienes experimentaban sus efectos sin saber sus causas. Los pueblos orientales y occidentales se desconocían casi en absoluto, y los sucesos concernientes á ellos se desarrollaban con independencia unos de otros. La historia de las enormes masas humanas que ocupan las vastísimas comarcas que se extienden desde los confines orientales de Persia hasta las riberas del Grande Océano y las inmensas é innumerables islas de los mares de Oriente, es tan movida, tan interesante, tan copiosa en acontecimientos como la nuestra, y, sin embargo, nos es todavía, en los presentes momentos, casi desconocida ó, lo que es todavía peor, muy imperfecta y erróneamente conocida. Allí, como entre nosotros, hubo guerras, invasiones, conquistas, emigraciones de pueblos, luchas sociales, fundaciones y ruinas de imperios, opiniones religiosas, filosóficas y políticas, sectas, cismas y herejías; ciencias, artes y literaturas, todo ello en variedad infinita y en cantidad

abrumadora; porque el tiempo no corrió menos para los pueblos orientales que para los occidentales, y las muchedumbres humanas y los espacios de tierra en que se desarrolló la vida de los primeros son muchísimo mayores que los correspondientes á la historia de los segundos, de que hasta aquí hemos tratado.

Intentar siquiera resumir en breves palabras ó hacer algo como síntesis de la historia de los pueblos orientales desde la época remotísima á que muchos de ellos hacen remontar sus orígenes, hasta la cercana á nuestra edad en que se pusieron en contacto inmediato con los occidentales, sería, á más de tarea ímproba, ocasionadísima á error, porque habría que dar valor de hechos á lo que no puede tener otro carácter que de hipótesis ó suposiciones más ó menos aventuradas y arbitrarias, dado el imperfecto conocimiento que tenemos los europeos de pueblos y de sucesos tan extraños á nosotros, y dada la engañosa sugestión que en la mente producen las grandes magnitudes, ora se refieran al tiempo, ora al espacio.

Así, para formarse una idea, aproximada siquiera, de la historia de los pueblos orientales, hay que comenzar por desechar absolutamente la tan común opinión sobre el aislamiento y la paralización material y moral en que se les supone sumidos durante una larguísima sucesión de siglos; siendo, en realidad, la historia de cualquiera de ellos no menos complicada, variada y revuelta que la de los pueblos occidentales, habiendo tenido por teatro extensiones mucho mayores de tierra que aquellas en que se ha desarrollado toda la historia de Europa hasta el siglo xvi, y habiendo experimentado no menores variaciones las formas de gobierno, las lenguas, las fronteras, las instituciones, las leyes y las costumbres entre esos pueblos que entre los nuestros.

Muy lejos de ser las naciones occidentales las promotoras del movimiento de expansión que ha acabado por establecer relaciones de solidaridad entre todas las regiones del mundo, fueron, desde tiempo muy antiguo las orientales, y, probablemente, las pertenecientes á esa raza amarilla que cubre con sus enjambres gran parte del Asia Central y toda la Oriental, quienes pusieron en contacto, por medio de sus asoladoras invasiones y correrías las extremidades orientales con las occidentales del mundo, abarcando en sus inmensos dominios desde las riberas del Grande Océano y del mar Glacial hasta las llanuras húngaras; así, los conocimientos geográficos que nos dieron á los europeos las navegaciones de los portugueses y de los castellanos en los siglos xv y xvi, perfeccionados y completados por las de los holandeses y los ingleses, los tenían mucho tiempo antes los conquistadores árabes que impusieron por las armas las doctrinas del Islam desde las más remotas comarcas orientales hasta los extremos occidentales del mundo, las hordas mongólicas de Gengiskan y de sus sucesores, cuyas conquistas y expediciones tuvieron por teatro desde las riberas del Grande Océano hasta las del Danubio, y mucho antes las de los hunos, de cuyas asoladoras correrías hablan lo mismo los anales de China que los de las comarcas más occidentales de Europa.

Pero si los pueblos de Oriente, ó algunos de ellos por lo menos, pudieron tener en épocas antiguas una idea más ó menos perfecta de las naciones y comarcas de Occidente, en cambio para los pueblos de Occidente fueron

casí desconocidos los orientales hasta los comienzos de la Edad Moderna pudiendo decirse que nuestras primeras noticias sobre ellos las debemos á Marco Polo, veneciano, que vivió en la segunda mitad del siglo XIII y primer cuarto del XIV, y que visitó algunas regiones de China y de otras comarcas del extremo Oriente, dejando escrita una relación de sus viajes, que aunque gozó entonces, y en los tiempos siguientes, de gran celebridad, y está hoy reconocida como del todo verídica, fué tenida muy generalmente por fabulosa. Con todo, es notorio que hasta el siglo XVI no comenzaron á establecerse relaciones permanentes entre el Oriente y el Occidente, de las cuales se han derivado la dominación de los holandeses y de los ingleses sobre grandes y numerosas islas y sobre extensísimos y pobladísimos territorios del Asia Oriental, y la participación, cada día mayor, de los pueblos asiáticos, especialmente de los japoneses y los chinos, en la política y en el comercio general del mundo; hechos cuyas consecuencias á la larga son muy difíciles de prever.

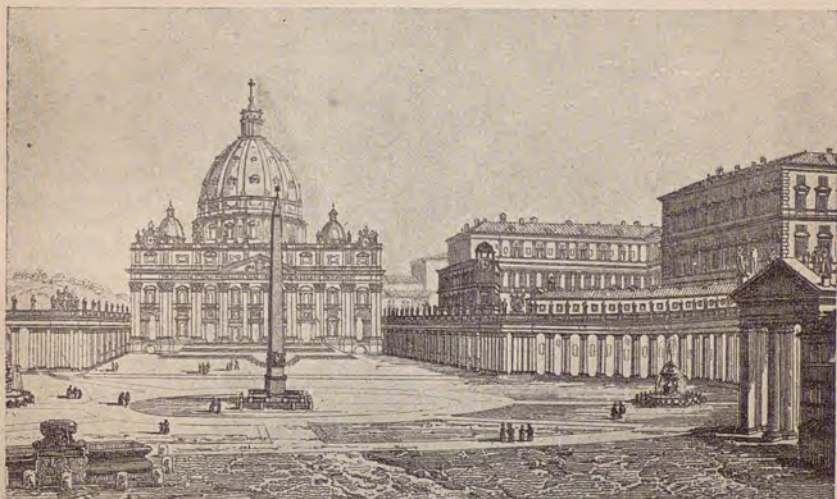
Al mismo orden de hechos pertenecen las colonizaciones de los europeos en el continente é islas de América y en las innumerables islas de que está sembrado el Grande Océano que separa á esa parte del mundo de las riberas asiáticas. Todos esos inmensos territorios, así como sus naturales, son y serán siempre un misterio impenetrable para la Historia, por la imposibilidad de armonizar datos tan contradictorios como el de hallarse los más adelantados de los pueblos que los ocupaban cuando fueron descubiertos por los europeos en la que llamamos *Edad de piedra*, y el de existir en algunos de sus territorios restos de antiquísimos edificios cuya construcción exige elementos de trabajo y conocimientos mecánicos muy superiores á los que esos pueblos poseían. Del estudio de sus lenguas, único en que pudieran fundarse deducciones serias respecto á sus orígenes, pues ninguno de ellos había alcanzado el grado de cultura necesario para expresar gráficamente el pensamiento por medio de las letras, nada ha podido sacarse, por no haberse encontrado relación alguna de parentesco no ya entre alguna ó algunas de esas lenguas y las conocidas de otras partes del mundo, sino entre ellas mismas. El estrecho parentesco que hay entre todas las lenguas polinésicas á pesar de las inmensas soledades de mar que median entre los archipiélagos habitados por los pueblos de esa raza y, á pesar del estado salvaje en que se encontraban, contribuye á hacer más profundas las sombras en que está envuelta su historia.

Sólo desde un punto de vista pueden ilustrar la Historia las colonizaciones europeas en América y Oceanía: reproduciendo ante los hombres de la época presente hechos ocurridos muy frecuentemente en las más remotas pasadas; pero de que difícilmente pudiéramos darnos cuenta sin ejemplos palpables que los pusieran á nuestra vista, cual lo es el de la extinción de razas de inferior condición, ora por sus cualidades físicas, ora por su atraso intelectual, ante la presencia de otras mejor dotadas para arrostrar lo que un ilustre naturalista ha llamado «lucha por la vida».

Casi hacia el mismo tiempo que destruían los turcos otomanos el imperio de Oriente apoderándose de Constantinopla, se publicaban los primeros libros impresos. Todavía más por este motivo

Invención de la imprenta y consecuencias de ella.

que por aquel otro habría que poner en el momento á que en nuestra narración hemos llegado una de las grandes divisiones de la Historia, pues la influencia que ha tenido esa invención en los destinos del linaje humano, sólo puede compararse con las que indudablemente tuvo la de la escritura al dar un medio de expresar el pensamiento sin el sonido de la voz, de fijarlo de una manera indeleble, y de transmitirlo á través del tiempo y del espacio. La imprenta dió á las letras y á su conocimiento una importancia que nunca antes habían tenido.¹ La escasez y carestía de los libros, haciendo poco frecuente su aplicación y su empleo, no hacía tan necesario, antes de la invención de la imprenta, como vino á serlo después, el co-



Basílica y plaza de San Pedro en Roma.

nocimiento de las letras. Se aprendía antes mucho más de oídas y se hacía mayor uso de la memoria que cuando la facilidad de hacerse de libros proporcionó más cómodos medios de instruirse y de retener los conocimientos adquiridos. Muchos hombres muy eminentes por su ilustración no sabían leer antes de la invención de la imprenta; después de ella fueron siendo cada vez más raros, hasta el punto de apenas concebirse hoy que hubiera en otros tiempos hombres tan instruídos como Carlomagno, por ejemplo, que poseyera á fondo cuatro idiomas, sin saber leer ni escribir. La invención de la imprenta no sólo vulgarizó los libros, sino que los hizo cada vez más necesarios. El conocimiento de la historia, de las leyes, de las instituciones y de la filosofía de los antiguos, que se difundió extra ordinariamente en los años que siguieron á la invención de la imprenta, contribuyó más á la destrucción del feudalismo y al engrandecimiento del poder real, que todas las otras causas á que suelen atribuirse. Contribuyó también, por des-

gracia, á fomentar la rebeldía contra la autoridad de la Iglesia, que con el nombre de Protestantismo afligió á la Europa en el siglo XVI, y que tan graves consecuencias ha traído al mundo cristiano.

También la imprenta, si no produjo, estimuló extraordinariamente el movimiento general artístico, social, político y literario á que se ha dado el nombre de *Renacimiento*, y cuyos efectos fueron un retroceso de extraordinaria energía en las ideas y en los principios, hacia lo que se ha convenido en llamar *antigüedad clásica*, ó sea, á la situación intelectual y moral en



Una vista interior de la basílica de San Pedro en Roma.

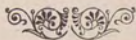
El más famoso de los monumentos del Renacimiento es la inmensa basílica de San Pedro en Roma, de la que dan una idea el presente grabado y el anterior.

que se nos presenta el antiguo mundo griego y romano á través de los libros y de los monumentos.

La comparación entre las rudezas y miserias de su propio tiempo y los esplendores del remoto pasado en que habían brillado los inspirados poetas, los elegantes prosistas, los eminentes escultores y arquitectos, los profundos filósofos, los sabios matemáticos, los grandes capitanes, los sagaces políticos y legisladores cuyas obras se alzaban por doquiera ó vulgarizaban los libros, produjo en los siglos XV y XVI tan terrible sacudimiento en los ánimos, que el deseo de restaurar el mundo haciéndolo volver á la situación en que quince ó veinte siglos antes se había encontrado, se impuso con tremenda energía. No han comprendido bastante la enorme influencia del Renacimiento aquellos muchísimos historiadores que atribuyen á otras

causas la extinción del feudalismo, el predominio de la autoridad real, la muerte de las antiguas libertades locales y otros hechos característicos de los primeros tiempos de la Edad Moderna; pues en todos ellos tuvo más parte que ninguna de las que se suponen, el impulso que sentían los hombres de esa época por restablecer las cosas en la forma que á su parecer habían tenido en tiempo de los griegos y los romanos. El estudio de las lenguas latina y griega tomó vuelos extraordinarios, habiéndose extendido tanto en aquel mismo tiempo y los siguientes, que la mayor parte de los hombres ilustrados abandonaron el uso de las lenguas vulgares, en sus escritos por lo menos; el estilo gótico de arquitectura fué sustituido por los antiguos órdenes griegos; la escultura se transformó también radicalmente, y el arte de la guerra y los órdenes y formaciones de combate se modificaron también en el mismo sentido, tomándose por modelos la falange griega y la legión romana.

Otro efecto de la invención de la imprenta ha sido el extraordinario vuelo que en los cuatro últimos siglos han tomado los estudios experimentales y las ciencias y artes que se fundan en ellos. La posibilidad y la facilidad que la divulgación de los libros han dado de sumar los esfuerzos de cada investigador á los resultados obtenidos por los que le precedieron, ha sido la causa principal de esas prodigiosas invenciones realizadas desde el siglo XVI hasta nuestros días, que no son sino el fruto de la experiencia de larguísimo tiempo, y que han contribuído muchísimo más que las revoluciones políticas, que nada presentan de nuevo, á cambiar la faz del mundo y á modificar la constitución social de los pueblos. En esta clase de hechos, resultado del trabajo silencioso de multitud inmensa de individuos, y que no aparecen en la superficie de ese conjunto de sucesos ostensibles cuya narración constituye la Historia, consiste, sin embargo, la verdadera historia de la humanidad, y muy especialmente, la de la Edad Moderna.





CAPÍTULO II

OJEADA GENERAL SOBRE LOS SUCESOS OCURRIDOS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XV EN LOS PAÍSES OCCIDENTALES DE EUROPA

Muerte del feudalismo y desarrollo de la au- toridad real.

El movimiento político, ya señalado en los cuatro últimos siglos de la Edad Media, que conducía al desarrollo del poder real, ó, mejor dicho, al del Estado central á expensas de los poderes locales, siguió durante la segunda mitad del siglo XV con tan irresistible impulso, que en sus últimos años puede decirse que había llegado á su término. El feudalismo estaba á fines del siglo XV completamente destruído en todo el Occidente de Europa, ejerciendo ya de hecho los reyes una autoridad ilimitada. No se fundaba esa autoridad en la fuerza material, que distaban mucho de poseer los reyes en un tiempo en que sus recursos eran escasísimos, y en que carecían de otros ejércitos que los muy pequeños que cuando necesitaban hacer la guerra les permitía reclutar su penuria entre los dispersos elementos de las antiguas clases nobles, sino en la fuerza moral que las ideas dominantes les daban. El concepto del *derecho divino*, ó sea el principio en cuya virtud la autoridad de los reyes es una emanación directa de la de Dios, sin tener parte alguna en ella la voluntad de los pueblos, iba prevaleciendo más cada día. Ese principio, que no hubiera sido admisible en los tiempos en que era electiva la corona, como comenzó por serlo entre todos los pueblos de Europa, ni cuando por derecho feudal se convirtió en hereditaria, llegó á sostenerse seriamente por Jacobo I, rey de Inglaterra y Escocia, á principios del siglo XVII.

Ultimos destellos del feudalismo.

Pero el feudalismo no desapareció sin arrojar en el último periodo de su existencia vívidos fulgores que le daban todas las apariencias de una vida exuberante. En Francia, Luis XI tuvo que luchar con toda clase de armas, y especialmente con las de la perfidia, la deslealtad y la astucia, que eran las más propias de su carácter, para deshacer las formidables confederaciones que varios grandes vasallos de la corona formaron contra él. El duque de Borgoña, Carlos el Temerario, que era el más temible, por reunir bajo su gobierno no sólo los Estados de Francia de que tomaba ese título, sino el condado de Flandos y varios otros señoríos que hacían de él el príncipe más rico y poderoso de la cristiandad, le hizo sufrir mil humillaciones, entre ellas la de tenerlo prisionero y hacerle asistir al castigo que el duque impuso á sus rebeldes súbditos flamencos, que eran aliados del monarca, después de tomarles la ciudad de Lieja en donde se habían hecho fuertes.

Su mala fortuna llevó á Carlos el Temerario, á quien sólo le faltaba el nombre de rey para serlo más efectivamente que la mayor parte de los que lo ostentaban, á guerrear contra los suizos; pues vencido por estos terribles montañeses, que desde entonces adquirieron fama de invencibles, en varias batallas, perdió la vida en la última (1477), dejando heredera de aquellos de sus Estados que podían pasar á hembra, á su hija María de Borgoña.

Francia é Inglaterra después del siglo xv.

Consignió Luis XI, después de vencer las graves dificultades con que tuvo que luchar durante su reinado, aumentar extraordinariamente los dominios de la corona de Francia, que á su muerte, en 1483, se extendían sobre la mayor parte de los territorios que habían de poseer definitivamente sus sucesores.

El poder real, que siempre había sido más efectivo en Inglaterra que en Francia, pasó, sin embargo, por una gravísima crisis en el segundo período del siglo xv con motivo de las desgraciadas guerras llamadas de las *Dos Rosas*, por la blanca y la encarnada que tomaron respectivamente por emblema las dos casas rivales de York y de Lancaster, ramas de la familia reinante que desde 1455 hasta los últimos años del siglo se disputaron la corona. Nada más horrible que esas guerras, en que perdieron la vida más de ochenta príncipes y quedó diezmada en los campos de batalla y en los cadalsos toda la antigua nobleza del Reino. Usurpaciones, matanzas, asesinatos, parricidios y toda clase de crímenes manchan las páginas de ese horrible período de la historia de Inglaterra que precedió al advenimiento de la casa de Tódor, cuyo primer rey, Enrique VII, que ocupó el trono desde 1499 hasta 1555, disfrutó del más amplio poder absoluto.

Escocia desde 1370 hasta 1513.

Escocia estuvo en perpetua anarquía durante toda la Edad Media. Los *clanes* ó tribus célticas de las montañas vivían en constante guerra civil. Los reyes no residían entre ellas, sino en las llamadas *Tierras bajas*, donde predominaba la población germánica, análoga á la de Inglaterra. A la casa de Bruce substituyó la de Estuardo en 1370, que estuvo en constante pugna con los nobles del reino. Jaime III, que reinó desde

1460 hasta 1488, en que fué muerto violentamente después de una batalla que perdió combatiendo contra los nobles coligados, había organizado su



Escocia. Ruinas de la abadía de Melrose donde estaba la sepultura de Roberto Bruce.

consejo con algunos artesanos de baja estofa. Sucedióle Jaime IV, que murió en la batalla que en 1513 sostuvo contra Enrique VIII de Inglaterra, y en que perdieron la vida multitud de nobles de su reino.

Historia de los reinos de España en el último período de la Edad Media.

Lo mismo que en Inglaterra y que en Francia, el poder real adquirió enorme importancia en los reinos de España en el período cuya historia estamos reseñando, y, lo mismo que en ellas, pareció en algunos momentos á punto de sucumbir ante las poderosas coaliciones de la nobleza, una de las cuales llegó en Castilla á destituir al monarca, que á la sazón lo era Enrique IV, y á privar de la corona á su hija legítima Doña Juana.

Por el matrimonio del rey de Aragón con la reina de Castilla, y por las conquistas que después hicieron del reino de Navarra y del de Granada, último resto que quedaba en la Península del antiguo imperio islamita, redujéronse después de su muerte á dos los soberanos reinantes en España: el que llevaba en sus sienes las coronas de Aragón y de Castilla, y el de Portugal; número que vino á reducirse á uno solo cuando, en 1580, Felipe II, soberano á la sazón reinante en los dos primeros, se apoderó del último

al que se consideraba con derecho como heredero legítimo de su difunto monarca.

Descubrimientos y navegaciones de principios de la Edad Moderna y consecuencias de ellos.

Cristóbal Colón, aventurero genovés, concibió el proyecto de llegar á las Indias navegando con rumbo á occidente. Después de proponer inútilmente la empresa á varios soberanos de Europa, logró que Doña Isabel, reina de Castilla, se presentase á intentarla. Resultado de ella fué el descubrimiento por Colón en Octubre de 1492 de las islas Lucayas y las Antillas, de las que tomó posesión en nombre de la reina de Castilla Doña Isabel la Católica. En sucesivas expediciones verificadas en aquel mismo siglo y el siguiente, fué descubierto todo el continente de América, de cuya mitad meridional y una parte de la septentrional se apoderaron los sucesores de Doña Isabel y los reyes portugueses. En el resto del continente americano, prescindiendo de sus regiones más boreales vecinas del círculo polar, fundaron los franceses, ingleses y holandeses varias colonias, que acabaron á fines del siglo XVIII por fundirse en dos grandes Estados; la república de los Estados Unidos de América, y las posesiones inglesas que forman hoy el dominio del Canadá y el gobierno de Terranova, que, aunque dependientes de la Gran Bretaña, se gobiernan autónómicamente.

Ya en los últimos años de la Edad Media habían comenzado los portugueses á emprender viajes de exploración por las costas occidentales de Africa. En 1486 llegó uno de sus navegantes, llamado Bartolomé Díaz, á la punta meridional de ese continente, y antes de terminar el siglo le dió la vuelta por completo el famoso Vasco de Gama, y, prosiguiendo sus exploraciones por los mares orientales, visitó las costas é islas del Asia, donde él y sus sucesores fundaron establecimientos, algunos de los cuales todavía existen.

La primera consecuencia de esos viajes y descubrimientos, fué tomar la navegación y los conocimientos geográficos un vuelo desconocido en tiempos anteriores. La navegación á la vela, única posible en tan largas travesías, predominó sobre la de remos, que sólo se empleó ya en el mar Mediterráneo. El comercio, que había tenido hasta entonces por vía natural el mar Mediterráneo, por el cual, mediante las caravanas, por una parte, y las naves que surcaban el mar Rojo, por otra, se comunicaban las comarcas occidentales con las orientales del mundo, fué poco á poco tomando otros caminos, con menoscabo de la importancia que en los siglos pasados habían tenido las naciones marítimas ribereñas del mar Mediterráneo, como la fenicia en la antigüedad, y la veneciana y genovesa en los siglos de la Edad Media. Contribuyó también á ese resultado la destrucción del imperio de Oriente y la conquista por los turcos otomanos de las regiones del mar Negro y de las orientales del mar Mediterráneo, que privó á Venecia y á Génova de todos los establecimientos y factorías que tenían allí establecidos. La decadencia que experimentaron esas repúblicas, tan opulentas hasta los principios de la Edad Moderna, fué grandísima, y el poder marítimo de los pueblos septentrionales de Europa adquirió de día en día mayores vuelos de allí en adelante.



CAPÍTULO III

EL IMPERIO DE ALEMANIA, HUNGRÍA Y BOHEMIA

Alemania al empezar la Edad Moderna.

Desde 1453, año de la coronación de Federico III, hasta 1493, en que murió, Alemania estuvo en la anarquía. El poder del emperador era puramente nominal.

El casamiento de María, hija de Carlos el Temerario, con Maximiliano, archiduque de Austria en 1477, y más adelante emperador de Alemania, preparó el poderío de esa célebre familia soberana, que había de llegar á su apogeo bajo Carlos V, nieto de esos dos príncipes, el cual abarcó bajo su dominio los Países Bajos, que le venían de su abuela María, los reinos de España con los de Nápoles y Sicilia, que heredó de su madre, y el Imperio, para el que fué elegido.

Maximiliano había dividido á Alemania en *círculos*, suprimido las guerras privadas é introducido otras medidas importantes que restablecieron el orden en el Imperio.

Bohemia y Hungría, y campañas de los turcos.

Los reinos de Bohemia y Hungría, que eran los llamados á hacer frente á las invasiones de los turcos, estuvieron tan pronto unidos como separados durante la Edad Media.

El mismo año que se apoderaron los turcos de Constantinopla, un príncipe alemán, Ladislao, llevaba en sus sienas ambas coronas, además de las de los ducados de Austria y Estiria; pero á su muerte se desmembraron sus Estados, y Hungría y Bohemia volvieron á separarse, siendo elegido rey de Hungría el hijo de Hunyades, Matías Corvino, que fué uno de los hombres más eminentes de su tiempo. Formaban sus dominios, además de Hungría, Lusacia, Moravia y Silesia, que

arrancó por fuerza de armas á Bohemia; Moldavia, Valaquia y Transilvania, á cuyos vaivodas sometió cuantas veces quisieron hacerse independientes, y Austria, de la que se había apoderado cinco años antes. Su corte, que era quizás la más brillante de Europa, solía tenerla en Buda, pero residía con frecuencia



Matías Corvino.

en Visegrad, Presburgo, Tata y Viena. Después de su muerte, ocurrida en 1490, fué elegido rey de Hungría Ladislao, que ya lo era de Bohemia, por la asamblea de la nobleza húngara reunida en el campo de Rakos. Esas asambleas, á que asistían todos los nobles húngaros, que sumaban muchísimos miles de hombres armados y á caballo, se reunían en alguna dilatada llanura capaz de contenerlos á todos, y solían durar muchas semanas.

Una tremenda revolución de aldeanos, exasperados por las exacciones de que eran objeto, estalló en el reinado de Ladislao. Más de 50.000 de ellos fueron exterminados, y la dieta

reunida en 1514 promulgó una famosa ley llamada *Decreto tripartito*, que daba igualdad de derechos á todos los miembros de la nobleza húngara, á quienes eximía de todo tributo, prohibía privar de libertad sin proceso, y concedía otros privilegios é inmunidades, y condenaba á los aldeanos á dura servidumbre.

Las alianzas matrimoniales de los hijos de Ladislao prepararon la reunión de Hungría y Bohemia á las posesiones de la casa de Austria. Sucedió á Ladislao en los reinos de Hungría y Bohemia Luis II en 1516, cuatro años antes de la subida al trono otomano de Solimán, llamado el Magnífico. Este intrépido sultán inauguró su reinado remontando con numeroso ejército el curso del Danubio, demoliendo con su terrible artillería los muros de

Belgrado, y apoderándose de su ciudadela después de veinte asaltos (1521). Al año siguiente se apoderó su flota de la isla de Rodas, cuya capital defendieron heroicamente los caballeros de San Juan. En 1526 volvió á penetrar en Hungría, y habiéndole salido al encuentro el joven rey Luis II con treinta mil hombres, riñeron la sangrienta y memorable batalla de Mohacs, en que fueron destrozados los húngaros, pereciendo su rey Luis, siete prelados, quinientos magnates y muchos miles de nobles. Esa victoria, seguida á los pocos días por la toma de Buda, entregó casi todo el territorio de Hungría á los turcos. Una parte de él pasó al dominio del archiduque de Austria, Fernando, hermano de Carlos V, que fué su sucesor en el Imperio, datando de entonces la soberanía de la casa de Austria sobre Hungría. Pero el odio de los húngaros á los alemanes, hizo que la mayor parte de la nobleza del país prefiriera someterse al señorío de los vaivodas de Transilvania. En realidad, los verdaderos señores del país y de la misma Transilvania fueron los turcos, que lo dominaron casi por completo cerca de dos siglos, durante los cuales una encarnizada guerra, abundante en actos de valor legendario por parte de los húngaros, asoló el país. La ciudad de Buda estuvo ciento cuarenta y cinco años en poder de los turcos, los cuales en 1529 y en el mismo reinado de Solimán el Magnífico, tuvieron cercada á Viena.

Apoderáronse en los años siguientes hasta los últimos del siglo xvi de muchísimas otras plazas fuertes de Hungría. Durante el sitio de Sigetvar, una de ellas, murió, ya de edad avanzada, Solimán el Magnífico en 1566.

España al comenzar la Edad Moderna. Alonso V de Aragón repartió sus reinos á su muerte, en 1458, tocándole los de Aragón, Sicilia, Cerdeña y Mallorca á su hermano Don Juan, que ya reinaba en Navarra como marido de Doña Blanca, soberana de ese reino, y el de Nápoles, á su hijo bastardo Don Fernando. A su muerte se separaron una vez más las coronas de Aragón y Navarra, tocando la primera á Don Fernando, hijo de su segundo matrimonio, y la de Navarra, á Doña Leonor, hija del primero, casada con el conde de Fox.

El matrimonio de Don Fernando de Aragón con Doña Isabel, elevada al trono de Castilla por la nobleza del Reino, que no quiso aceptar á la legítima heredera, reunió en las sienas de su hija Doña Juana la Loca no sólo esas dos coronas, sino la de Granada, conquistada por Doña Isabel junta con su marido, y las de Navarra, Nápoles y Sicilia, usurpadas por Don Fernando; y el matrimonio de la dicha Doña Juana con Felipe el Hermoso, hijo de Maximiliano de Austria, reunió en la cabeza de su hijo Carlos V todas las dichas coronas y las de Flandes y anexas, á las que en 1519 agregaron los electores la del imperio de Alemania, viniendo así á ser Carlos V el soberano más poderoso de la cristiandad.

Italia en los comienzos de la Edad Moderna. Italia seguía dividida á fines del siglo xv en varios Estados, de los cuales los más importantes eran, en el norte, los de Venecia, Milán y Florencia; en el centro, los Estados Pontificios, y en el mediodía, el reino de Nápoles. En Florencia reinaban los Médicis, de los que Lorenzo (1480-1493) mereció el título de *Padre de las musas* por su afi-



Domo y Batisterio de Florencia.



Puente de Rialto en Venecia.

ción á las artes. Levantó suntuosos edificios y vivió rodeado de sabios, artistas y hombres de letras.

Venecia, cuyo poderío á tan alto punto había llegado en la Edad Media, estuvo en constante lucha con los turcos en el Mediterráneo, aunque á veces tuvo que pactar y celebrar treguas con ellos, y hasta pagarles tributo.

Las conquistas de los turcos y los descubrimientos marítimos del siglo xv y del siguiente determinaron, como ya hemos dicho, la decadencia de esa gran república. Era todavía con todo, en la segunda mitad del siglo xv y en el xvi un Estado de primer orden que jugaba papel importantísimo en la política de aquel tiempo. En 1482 se coligaron contra ella los florentinos, el rey de Nápoles, el duque de Milán y el papa, y en 1508 se formó también contra ella la liga de Cambray, en que entraron el rey de Francia, el emperador de Alemania, el rey de Aragón, el duque de Ferrara y el marqués de Mantua. Gobernábase la república de Venecia en lo interior por el más desenfrenado despotismo, que ejercía un consejo llamado *de los Dicz*, contra cuyos procedimientos tenebrosos no había apelación ni recurso.

Milán seguía en poder de los Sforzias. El haber usurpado el poder uno de ellos, llamado Luis el Moro, en detrimento de su poseedor legítimo, dió motivo á la expedición que Carlos VIII de Francia hizo á Italia en 1494, llamado por Luis el Moro para sostener su usurpación.

Aprovechó Carlos VIII la coyuntura para apoderarse de Nápoles, recordando los antiguos derechos de la casa de Anjou á que pertenecía, como lo logró sin el menor obstáculo, por la falta de fuerzas para resistirle del descendiente de Alonso V de Aragón que allí reinaba; pero noticioso de la formidable coalición formada contra él por los príncipes italianos del norte, se apresuró á regresar á Francia dejando en Nápoles una parte de su ejército, que no tardó en ser desalojado de allí por el que Fernando el Católico, rey de Aragón, mandó en auxilio de su desposeído deudo al mando de Gonzalo de Córdoba, que debió á las victorias que entonces y más adelante obtuvo, el título de Gran Capitán con que la historia lo conoce. Carlos VIII murió en 1498, cuando preparaba otra expedición para vengar los reveses de su ejército. Luis XII, su sucesor, no sólo trató de recobrar á Nápoles, sino de apoderarse de Milán, á la que por antiguas alianzas de familia se creía con derecho. Logró lo que se proponía respecto á Milán, después de varios incidentes en que no podemos detenernos (1501); pero en lo que hace á Nápoles, fué engañado por Fernando el Católico, con quien hizo un pacto secreto para repartirse el Reino, como lo fué también el rey de Nápoles por su propio deudo Fernando, quien so pretexto de favorecerlo lo desposeyó de su patrimonio (1503). El mismo Gonzalo de Córdoba fué el instrumento de esa iniquidad, que permitió á Don Fernando agregar á sus coronas la de Nápoles y transmitirla á sus descendientes.

No acabaron aquí las guerras de Italia, porque habiéndose aprovechado Venecia de las ocasiones que los referidos acontecimientos le brindaron, se había apoderado de varias ciudades y territorios, lo que habiendo in, dispuesto contra ella á Francia, á Aragón, al Imperio, al Pontífice y á varios príncipes italianos, dió motivo á la liga de Cambray, á que ya hemos

aludido, celebrada en 1508 entre esos Estados. Hubo de humillarse Venecia ante el poder de Francia; pero receloso el Pontífice de la ambición de esta última potencia, promovió contra ella la *Liga Sagrada*, en que entraron Fernando el Católico, Enrique VIII de Inglaterra y los suizos. La batalla de Ravena, ganada por los franceses, puso fin á las victorias y á la vida del valeroso Gastón de Fox, duque de Nemurs, su caudillo (1512). Desde entonces sólo reveses experimentaron las armas de Luis XII, quien después de perder todas sus conquistas en Italia, tuvo que ceder varias provincias y someterse á otras duras condiciones (1515). Su sucesor, Francisco I, aliado con los venecianos, invadió también la Lombardía, donde



Gente de guerra de principios del siglo xvi. (De grabados coetáneos.)

Maximiliano Sforzia, duque de Milán, se había aliado con los españoles y los suizos en contra suya, y ganó sobre estos últimos, aunque con grandísimo trabajo, la famosa batalla de Mariñan llamada *de los Gigantes* (1515), que lo puso en posesión del Milanésado.

Los reyes de Inglaterra se separan de la Iglesia católica.

Enrique VIII, rey de Inglaterra desde 1509 hasta 1547, contemporáneo de Carlos V y Francisco I, movido por su codicia, su liviandad y su condición tiránica, se separó del gremio de la Iglesia, proclamándose jefe de la de Inglaterra, y se entregó á toda clase de persecuciones y violencias contra aquellos muchos

de sus súbditos que se mantuvieron fieles al catolicismo. No puede negarse, sin embargo, que su actitud rebelde estaba secundada por la opinión de gran parte de su reino, muy minada ya, desde más de un siglo antes, por las predicaciones de Juan de Wiclef y de sus secuaces y discípulos; porque de otra suerte no se conciben ni explican las disidencias y cuestiones que tanto conmovieron á Inglaterra en el curso de los siglos XVI y XVII.





CAPÍTULO IV

EL IMPERIO Y LA REFORMA

Rivalidad de Carlos V y Francisco I.

A la muerte del emperador Maximiliano, Francisco I y Carlos V se presentaron como pretendientes á la corona imperial. Los electores se inclinaban á desechar á ambos candidatos, á pesar de las gruesas sumas que habían repartido entre ellos para ganarse sus votos, y á elegir á Federico, duque de Sajonia; pero éste, cediendo á Carlos V el favor que querían hacerle, se hizo acreedor al dictado de Sabio que la Historia le ha concedido por sobrenombre.

La elección de Carlos V en 1519 motivó la guerra que le movió su designado rival Francisco I. Esa guerra fué en general desfavorable al rey de Francia, cuyas armas sufrieron varios reveses, el último de los cuales fué el de Pavía, en que quedó él mismo prisionero (1525). Por la paz que se ajustó al año siguiente, Francisco I, entre otras condiciones, renunció á sus pretensiones sobre Italia y á todo derecho de soberanía sobre Borgoña, Flandes y Artois; pero no habiendo cumplido su compromiso, volvió á encenderse la guerra, en la que el Papa, Inglaterra, Florencia, Venecia y los suizos estaban de parte de Francisco I. El duque de Borbón, príncipe francés que por vengar agravios que Francisco I le había inferido, estaba desde 1523 al servicio de Carlos V, cayó como un rayo sobre el Milanesado al frente de una abigarrada turba compuesta de alemanes y españoles, y la condujo desde allí contra Roma, que asaltó á escala franca. Pereció al dar el asalto; pero su ejército se apoderó de la ciudad, la saqueó, y estuvo cometiendo en ella por espacio de dos meses todo género de tropelías. En 1529, después de una campaña en que la suerte de las armas favoreció tan pronto á uno como á otro contendiente, se firmó la paz de Cambray, con gran



Gente de guerra de principios del siglo XVI. (De grabados coetáneos.)



Mausoleo ó Mole de Adriano, hoy castillo de Santo Angelo, donde se refugió Clemente VII cuando las tropas del condestable de Borbón se apoderaron de Roma en 1527.

satisfacción de Carlos V, á quien inquietaban en Alemania por una parte los protestantes y por otra los turcos, que llegaron á sitiar á Viena.

El Protestantismo y su difusión por Europa.

No sólo en Inglaterra, sino en toda Europa, y principalmente en Bohemia, Hungría y Alemania, habían debilitado el respeto á la Iglesia romana las doctrinas de Juan de Wiclef, Juan de Huss y demás disidentes de los siglos XIV y XV. Ese espíritu de rebeldía, fomen-



*Martín Lutero.

tado, indudablemente, por la lectura de las mismas Escrituras Sagradas que la imprenta había puesto en manos de todos, tuvo un decidido intérprete en Martín Lutero, religioso agustino, que en 1517 se dió á conocer publicando 95 proposiciones en que se contenían ciertos principios contrarios á las doctrinas aceptadas por la Iglesia. En vano se dieron pasos por parte del Pontífice, que á la sazón lo era León X, para que se retractara; pues Lutero, protegido por varios príncipes alemanes que le brindaron decidido apoyo, y por gran parte de la opinión pública que

aceptó con entusiasmo sus doctrinas, no sólo se negó á retractarse, sino que se manifestó cada vez más osado y rebelde, dando motivo para que lo excomulgara el Pontífice en 1520, á lo que contestó Lutero quemando públicamente en Wittemberg la bula de excomunión que contra él había sido lanzada. Carlos V lo citó ante la Dieta reunida en Worms (1521) donde Lutero expuso sus principios y los sostuvo, poniendo á Carlos V en el caso de desterrarlo del Imperio; pero el heresiarca encontró apoyo en el elector de Sajonia y en otros príncipes alemanes, y aun extraños al Imperio, contándose entre ellos á la misma hermana de Carlos V, María, mujer de Luis II, rey de Hungría y Bohemia.

La libertad de creer y de pensar y de interpretar las Sagradas Escrituras que predicaba Lutero, tenía que producir una variedad verdadera-

mente anárquica en las creencias, y así se vieron en aquel mismo siglo aparecer tantas sectas disidentes cuantos eran los intérpretes de la Biblia.

La Reforma no cesaba de propagarse, á pesar de todas esas divisiones, por Alemania y los países vecinos, como se demostró en las dietas de Nuremberg (1523-24) y de Spira (1526), que concedieron á sus sectarios la libertad de conciencia. Después de infinitas vicisitudes en que se restringió ó se ensanchó alternativamente esa libertad, la paz de Nuremberg (1532) se la aseguró definitivamente á los luteranos. Otra dieta que se había celebrado en 1529 en Spira, si bien concedía á los luteranos la libertad de conciencia, se pronunciaba contra los anabaptistas y sacramentarios, que eran otras sectas heréticas. Los reformadores protestaron contra esa decisión, y de ello les vino el nombre de *protestantes*. Habiéndose

adherido á esa protesta varios príncipes y ciudades, Carlos V convocó una dieta en Augsburgo para adoptar una decisión después de oír á ambos partidos. Los protestantes manifestaron su profesión de fe por medio de un documento que se ha hecho famoso con el título de *Confesión de Augsburgo* con que es conocido, y que dió motivo á grandes guerras, desórdenes y persecuciones entre los mismos sectarios reformistas.

Pero no fueron sólo príncipes y ciudades los conmovidos por la Reforma, sino también campesinos. En 1525, tres años después de la dieta celebrada en Nuremberg, hubo una formidable revolución promovida por los jefes anabaptistas entre los mineros de Mansfeld, que se propagó entre los campesinos de Franconia, Turingia, Alsacia, Lorena y



Catedral de Worms.



Una vista de Nuremberg en su estado actual.



Una vista de Trento (Tirol) en su estado actual.

el Palatinado, y que el duque de Sajonia y el landgrave de Hesse ahogaron en sangre. Otra revolución estalló en Westfalia, también de anabaptistas, en 1534, que se propagó por los Países Bajos y Suiza. Para poner fin á los desórdenes provocados por la Reforma, se reunió en 1545 el concilio de Trento, al cual, después de muchas reuniones y discusiones, se negaron á asistir los disidentes. Entretanto la Reforma hacía progresos extraordinarios: el elector de Brandemburgo la introdujo en sus dominios; el duque Enrique, en Misnia y Turingia (1539); Federico II, en el Palatinado (1544), y la apostasía del arzobispo de Colonia le aseguraba mayoría en el colegio electoral.

En 1546 murió Lutero, y al año siguiente comenzó la guerra entre los príncipes protestantes y Carlos V, quien de acuerdo con Paulo III, creyó necesario pasar á vías de hecho. Esa fué la primera de la larga serie de guerras religiosas que con muy varios sucesos y alternativas agitaron los años restantes del siglo XVI y todo el siguiente, las cuales produjeron grandes mudanzas en los límites territoriales. é influyeron considerablemente en la política interior y exterior de los pueblos de Europa.

Ojeada general sobre el reinado de Carlos V.

A Carlos V le cupo reinar en uno de los períodos más agitados y turbulentos de la historia, cuando el poderío de los turcos, la reforma protestante y el movimiento general en las ideas á que se ha dado el nombre de *Renacimiento*, más amenazaban la paz y la seguridad de los pueblos del occidente de Europa y de sus instituciones. Tuvo que gobernar muchos y muy apartados y heterogéneos Estados y provincias. Los que heredó de su padre eran los más opulentos y, á la vez los más revoltosos de Europa. Flandes, que era lo mejor de sus Estados patrimoniales, poseía inmensas riquezas, ciudades opulentísimas por su comercio y su industria, y una población numerosa, laboriosa y activa, que había hecho de sus antepasados los duques de Borgoña los soberanos más poderosos de la Europa cristiana; pero exigía gran prudencia y dotes políticas en los encargados de su dirección y gobierno, por los grandes privilegios y libertades de que gozaban sus municipios y lo celosos que eran sus naturales en conservarlos, lo que había sido motivo de las enconadas luchas y frecuentes disturbios en que se habían visto envueltos los condes de Flandes y duques de Borgoña en los siglos XIV y XV. Por su madre heredó los reinos de España, de los cuales el de Castilla, que parecía el más dispuesto á soportar el yugo de una autoridad absoluta, por la decadencia á que habían venido en él las antiguas libertades públicas, no estaba acostumbrado, como el de Aragón, á largas ausencias de sus reyes, ni á constituir sólo una fracción de sus dominios.

En ese reino fué donde primeramente se rompió la paz y armonía de su gobierno con las alteraciones llamadas de las *Comunidades*, que comenzaron por ser un movimiento casi aristocrático, promovido por los municipios de las grandes ciudades castellanas y la nobleza de segundo orden, á que se agregaron también algunos miembros de la alta nobleza, y acabó por convertirse en popular y anárquico.

Nada prueba mejor que la autoridad real no se apoyaba en la fuerza material de que dispusiere, sino en las ideas á la sazón dominantes, que la

victoria que obtuvo en esa ocasión sobre los rebeldes, sin otros elementos que los que algunos grandes del Reino aportaron por su propia cuenta para sostenerla. Los exiguos medios de fuerza de que en ese tiempo podía disponer la corona no le hubieran permitido imponerse, ni remotamente, á los municipios castellanos y á la nobleza, si éstos hubieran persistido en su rebeldía.

El movimiento religioso promovido por la Reforma protestante, que tan terriblemente conmovió á toda Alemania, y la rivalidad de Francisco I, que no titubeó en poner en acción medios tan vituperables como buscar apoyo en los protestantes, cuyas doctrinas reprobaba, y hasta en los turcos, fueron dos escollos que pusieron á prueba el genio político de Carlos V, quien, mediante transacciones unas veces, y la fuerza de las armas otras, combinadas con sabios manejos para dividir á sus adversarios, pudo orillar sin mengua de su autoridad y su prestigio. La victoria fué suya, ciertamente; pero el irresistible impulso de las ideas produjo sus efectos, y al fin de su reinado dominaba el Protestantismo en Sajonia, Brunswick, Hesse, Mecklemburgo. Baden, el Palatinado, Wurtemberg, Brandemburgo y la mayor parte de las ciudades imperiales, y se había extendido también por Flandes y los Países Bajos, y hasta había hecho algunos prosélitos en España, prescindiendo de los países no pertenecientes al Imperio ó á los dominios patrimoniales de Carlos V.

Y no fueron esas guerras religiosas las únicas que tuvo que sostener Carlos V. El poderío otomano era una terrible amenaza para Europa en ese tiempo. Ya hemos dicho que Hungría había caído casi toda en sus manos, y que Viena había sido atacada por los ejércitos turcos. Además, el mar Mediterráneo estaba infestado por los piratas berberiscos. Contra el más temible de ellos, el indómito Barbarroja, que estaba apoderado de Túnez, emprendió en 1535 una expedición Carlos V en persona. La toma de Túnez, de la que fué puesto en posesión Muley Hacem, y la libertad de 20.000 cautivos cristianos, fueron el fruto de ella.

Aunque no tuviera Carlos V la menor parte en las empresas que los aventureros españoles llevaron á cabo en América durante su reinado, debemos reseñar aquí las conquistas de Méjico y del Perú, efectuadas por Hernán Cortés, la primera, entre 1517 y 1521, y por Francisco Pizarro, la segunda, diez años más tarde, en que se acreditaron esos caudillos, especialmente el primero, de consumados capitanes y políticos.

Ya hemos referido cómo el genovés Cristóbal Colón, buscando llegar á las extremidades orientales del Asia, navegando hacia occidente, descubrió las islas y el continente de América en varios viajes que hizo por cuenta de la Reina de Castilla Doña Isabel la Católica, á partir de 1492. Había calculado mal la extensión del globo terráqueo, y murió en 1506 en la misma idea que le había movido á emprender sus navegaciones, suponiendo que las tierras á que había llegado eran parte de las que dos siglos antes había visitado el célebre Marco Polo, y de las que tan maravillosas descripciones había dejado ese viajero en sus libros; sin que bastaran para disuadirlo de su error las grandes diferencias que había entre el rudimentario

Conquistas y colonizaciones en el Nuevo Mundo.

estado social y la desnudez en que se hallaban los naturales de los territorios por él descubiertos y la esplendidez, refinamiento y prosperidad de los pueblos visitados por Marco Polo. Ese error de Colón fué el motivo de que se diese el nombre de Indias á la extensa parte del mundo que más adelante se llamó generalmente América, y el de indios á sus naturales.



Vasco Núñez de Valboa,
descubridor del mar del Sur.

Muy pocos años después del primer viaje de Colón, y todavía en vida de este célebre navegante, hizo la casualidad que el portugués Pedro Alvarez Cabral, que se dirigía rodeando el continente africano, hacia las verdaderas Indias, fuese á dar en las costas del Brasil, de cuyas tierras tomó posesión en nombre del rey de Portugal, sin darse tampoco cuenta de que eran prolongación hacia el mediodía de las que Colón había descubierto; como á su vez lo eran unas y otras de las del Labrador, á que en 1496, después del primer viaje de Colón, y antes del de Cabral, había aportado Sebastián Cabo

to, veneciano al servicio del rey de Inglaterra, y de las que muchos siglos antes habían descubierto y colonizado los escandinavos en la Groenlandia, y hasta en las costas de las regiones llamadas mucho tiempo después Canadá y Nueva Inglaterra.

Tanto menudearon los viajes de exploración después de los dichos descubrimientos de Colón, Caboto y Cabral, que muy á los principios del siglo XVI estaba ya conocido y bojeado casi todo el continente de América, como lo demuestra el mapa que de él hizo el piloto vizcaíno Juan de la Cosa, en que está ya muy exactamente representado. Hernando de Magallanes, portugués al servicio de Castilla, le dió la vuelta en 1520, pasando con la escuadrilla de cinco naves que mandaba, por el estrecho que lleva su nombre en su extremidad meridional, y prosiguiendo su viaje hacia occidente, llegó á principios de 1521 á las islas llamadas algún tiempo adelante Fili-



Hernando de Magallanes.

pinas, donde fué muerto en un combate que sostuvo con sus naturales; pero el vizcaíno Sebastián de Elcano, que iba en esa expedición mandando una de las naves de ella, completó el viaje de circunnavegación del mundo doblando el cabo de Buena Esperanza, y volviendo en Setiembre de 1523 á Sevilla, de donde había partido tres años y cuatro semanas antes. Así

quedó plenamente demostrado no sólo que el continente de América y el de Asia eran completamente distintos, sino que entre ambos media la inmensa extensión de mar á que se ha dado el nombre de Océano Pacífico ó Grande Océano, en el que se hallan las innumerables islas cuyo conjunto forma la quinta parte del mundo, llamada Oceanía, Mundo Marítimo ó Tierras Australes.

Al mismo tiempo que se llevaban á cabo los descubrimientos y navegaciones á que acabamos de referirnos, los colonos establecidos en las islas y regiones del continente americano primeramente descubiertas, emprendían expediciones á las comarcas vecinas y á veces á las lejanas, internándose con frecuencia á muy grandes distancias de las riberas del mar por territorios cubiertos de espesísimos é impenetrables bosques y profundos cenagales, ríos inmensos y altísimas montañas, y poblados por tribus salvajes y belicosas. Hacían los colonos tales expediciones á su propia costa y riesgo, si bien bajo la suprema autoridad y patrocinio de los reyes de Castilla, entre los cuales y los de Portugal, para dirimir las cuestiones que entre ellos hubo por razón de los antedichos descubrimientos, había el papa Alejandro VI repartido la soberanía de las tierras descubiertas y de cuantas en adelante se descubriesen.

No cabe aquí la narración de unas empresas que llenan muchas y muy interesantes páginas de la historia de los siglos XVI y XVII, y aun de los siguientes, pues la colonización del continente de América dista mucho de estar terminada en nuestro mismo tiempo, teniendo que limitarnos á decir (después de la referencia que atrás hicimos, á las conquistas de Méjico y del Perú, cuyos naturales eran de cuantos poblaban el Nuevo Mundo los únicos que formaban sociedades, aunque en atrasadísimo estado de cultura, con asomos de constitución y de policía), que en el curso de esos dos siglos se formaron varias extensísimas provincias con títulos de virreynatos, gobiernos ó capitanías, dependientes políticamente de los reyes peninsulares, de las cuales han venido á derivarse los actuales Estados hispanoamericanos que gozan ya de existencia independiente, y los pocos y pequeños territorios que aún quedan en la América meridional sometidos á la autoridad de Francia, Inglaterra, Holanda y Dinamarca, que se apoderaron de ellos en sus guerras con España.

Varían mucho las opiniones acerca de la naturaleza de la influencia que ha ejercido en la nación española la colonización del Nuevo Mundo. Para los que confunden lo social con lo político, y la prosperidad y grandeza de los Estados con la de los pueblos, esa influencia fué pernicioso, pues si bien aumentó en proporciones enormes la extensión de los dominios del Estado español, disminuyó su verdadera fuerza multiplicando los puntos débiles que presentaba á las agresiones de sus enemigos, fomentando la emigración, estimulando la facilidad de prosperar por otros caminos que los del trabajo, y acabando con las industrias por las riquezas metálicas que hizo afluir en la Península; pero á los ojos de aquellos otros que se hacen cargo de la diferencia que hay entre los Estados políticos y los pueblos, la colonización de América, realizada en un tiempo en que todavía no estaban constituidos los Estados modernos, ha dado á los españoles una importancia en el mundo que de ninguna manera tendrían si hubieran permanecido encerrados

en su reducido solar europeo, donde no habrían tenido otro campo para dilatarse que el vecino continente africano, sobre cuyos naturales nunca habrían podido ejercer la fuerza de absorción y de predominio que sobre los indios de América, condenados fatalmente á una extinción próxima por su inferioridad étnica.

Carlos V abdicó en 1555, en Bruselas, en su hijo Felipe, su soberanía sobre los Países Bajos, y en Enero del año siguiente, la que tenía sobre los reinos de España y de Italia; y en el mismo año en su hermano Fernando la corona del Imperio.

**La herejía protestante
en Suiza, Francia y
otros países.**

Las cuestiones religiosas llenan la historia de Europa en el siglo XVI y primera mitad del XVII. Casi al mismo tiempo que daba Lutero á conocer sus doctrinas en Alemania, predicaba las suyas en Suiza Zwingle, cura párroco de una aldea del

cantón de Glaris. Tardaron muy poco tiempo en propagarse por todo el país, sumiéndolo en la más espantosa anarquía religiosa, acompañada y seguida de guerras y persecuciones sin cuento. Entre 1529 y 1531 hubo fieros combates entre los reformistas y los católicos, en uno de los cuales fué muerto el mismo Zwingle. En Ginebra, ciudad que se distinguió entre todas por su fanatismo por las doctrinas heréticas, nació la denominación de *hugonotes* (confederados), que prevaleció en Francia para designar á los reformadores.

Otro hereje cuyo nombre adquirió gran celebridad fué Calvino, hombre de pésimas condiciones morales y reprobadas costumbres,



Una calle de Ferrara (Italia).

cuyas doctrinas disolventes tuvieron gran eco y causaron horribles estragos en Francia, su patria. Perseguido en ella, se refugió en Basilea, donde en 1536 dió al público la obra en que exponía los principios que había predicado en Francia, donde se había ya ganado numerosos secuaces. Después fué á Italia, donde lo recibió muy bien la duquesa de Ferrara, hija de Luis XII de Francia y mujer del duque Hércules de Este, que estaba desavenida con el Pontífice, y desde allí á Ginebra, cuyos habitantes se hicieron sus más ardientes adeptos. Allí estableció la más desenfrenada tiranía contra los católicos y contra todos los que pensasen de otra manera que él. Las faltas más insignificantes tenían allí pena de muerte. Miguel Servet, famoso cirujano y hereje como él, fué quemado vivo por profesar otras doctrinas que las suyas. Ginebra, no obstante la espantosa tiranía que pesaba sobre sus habitantes, á quienes estaban prohibidos juegos, danzas y los más inocentes esparcimientos, se llenó de extranjeros, y se convirtió en centro de un inmenso comercio de librería que contribuyó en gran manera á difundir por toda Europa las doctrinas heréticas más disolventes.

Francia, á pesar de la resistencia que Francisco I opuso á la propagación de la herejía, y que llevó al extremo de prohibir por algún tiempo la imprenta, fué uno de los países en que causó mayores estragos, hasta entre los más altos personajes de la corte y entre los príncipes de la familia real. En 1540, un edicto promulgado por Francisco I declaraba reos de lesa majestad divina y humana á los sostenedores y propaladores de las doctrinas heréticas; y en 1545, más de cuatro mil habitantes del cantón de Vaud que vivían retirados en las montañas de la Provenza y del Delfinado y que se habían adherido á las doctrinas de Calvino, fueron exterminados en cumplimiento de un decreto del Parlamento de Provenza. Hicieron, no obstante, tales progresos las doctrinas calvinistas en Francia durante el reinado de Enrique II (1547-1559), que á la muerte de este monarca, á causa de la herida que recibió en un torneo celebrado poco después de la paz de Cateau-Cambresis, estaba próxima á estallar una guerra civil en el Reino.

Enrique VIII se había separado de la Iglesia romana, haciendo que lo declarase el Parlamento jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra; persiguió cruelmente á cuantos no se sometiesen á ese decreto; despojó de sus bienes á los monasterios, y cometió muchos otros actos ilegales, injustos y tiránicos; pero ni los dogmas que él estableció con el concurso del Parlamento, que diferían poquísimo de los de la Iglesia católica, siguieron constituyendo el credo religioso de la Iglesia oficial de Inglaterra en los tiempos siguientes, ni fueron aceptados por todos los ingleses, que en aquel mismo siglo y el siguiente se dividieron en multitud de sectas, que tuvieron al reino de Inglaterra, y también al de Escocia donde se propagó con increíble rapidez la herejía, en un estado de perturbación constante.

En los Estados del norte de Europa la propagación de la herejía fué muy rápida, y se debió, como en otras partes, á la protección que le dispensaron los soberanos y los príncipes.

La unión de Calmar se rompió en 1448 á la muerte de Cristóbal el Bá-

varo, separándose Suecia, Noruega y Dinamarca. Sten Sturo, rey de Suecia desde 1470 hasta 1503, fundó la Universidad de Upsala é introdujo la imprenta en su reino. Después de un período profundamente perturbado por la ambición de Cristián II, rey de Dinamarca, que pretendía reunir en su frente las coronas de los tres Estados escandinavos, reinó en Suecia Gustavo Wasa, hombre de gran talento y superiores condiciones para el gobierno, que organizó su reino poniéndolo á la altura de los primeros de Europa; pero, muy adicto á las doctrinas luteranas en que se había contaminado durante el tiempo que pasó en Lubeck antes de su acceso al trono, hizo que los Estados generales ó Cortes de Suecia, reunidas en Westeras, cortasen



Gustavo Wasa, rey de Suecia.

toda relación con Roma y lo investiesen de autoridad para despojar de sus tierras á la Iglesia y conferir las dignidades eclesiásticas (1527). Al año siguiente se hizo coronar en Estocolmo.

En Dinamarca y Noruega introdujo el protestantismo Federico I, duque de Holstein, á quien la nobleza, sublevada contra su antecesor Cristian II, había elevado al trono en 1523. El mismo año de 1530 en que los protestantes de Alemania firmaban la confesión de Augsburgo, Federico I. que se había unido á ellos contra Carlos V, hizo que los Estados generales ó Parlamentos reunidos por él en Odensea renovaran los estatutos promulgados en 1527 en favor del luteranismo. El destronado Cristián II, que ya había demostrado durante su reinado su afición á la herejía luterana, se fingió católico ardiente para atraer á su partido á los noruegos; pero Federico I lo hizo prisionero en una entrevista que con él

tuvo, y lo encerró en un castillo, donde murió después de veintinueve años de cautiverio. La muerte de Federico I en 1533 fué seguida de un período de anarquía en Dinamarca, que acabó por la proclamación de Cristián III en 1536, el cual afirmó definitivamente el luteranismo en Dinamarca, Noruega é Islandia, á pesar de las tentativas del emperador Carlos V para levantar el partido del desposeído y cautivo Cristián II. En 1544, Carlos V reconoció á Cristián III con la condición de que se abriera el mar Báltico á las naves holandesas, lo que fué un golpe mortal para la Liga Anseática.

El luteranismo se enseñoreó también de Prusia y de Livonia. El primero de estos países estaba en poder de la orden de los Caballeros Teutónicos, cuyo maestre era en 1525 Alberto de Brandemburgo. Este, aconsejado por el mismo Lutero, se separó de la Iglesia romana, contrajo matrimo-

nio con una hija del rey de Dinamarca, y se sometió como vasallo á la soberanía de Segismundo, rey de Polonia, tomando el título de duque, que se hizo hereditario en su familia. Vivió Alberto hasta 1563. En cuanto á Livonia, estaba en poder de la orden de los Portaespadas, unida desde tiempo atrás á la Teutónica, pero que en 1525, cuando abrazó el luteranismo Alberto de Brandemburgo, se separó de ella, haciéndose independiente. Gualtero de Plettemberg, general de los Portaespadas, que había estado en guerra con los moscovitas, á los que había vencido, obligándolos á ajustar la paz en 1501, fué nombrado maestre de la orden, cargo que ejerció hasta 1535, habiendo sido su sucesor, Gotardo Kettler, el último que lo desempeñó. Este abrazó el luteranismo, y cedió en 1561 á Segismundo Augusto, rey de Polonia, la soberanía de la orden de los Portaespadas sobre Livonia, que ya había abrazado la herejía luterana.

Segismundo el Grande, que reinó en Polonia desde 1506 hasta 1548, si toleraba en Prusia la secta luterana, no estaba dispuesto á sufrirla en sus Estados. Tuvo, sin embargo, que reconocer á los habitantes de Dantzic, que se habían declarado por la nueva doctrina cometiendo en 1523 horribles atropellos contra la religión católica, el libre ejercicio de su culto. También la Lituania abrazó la secta luterana por instigación de Nicolás Radziwil, duque de Olyka. Segismundo Augusto, hijo del anterior, que reinó desde 1548 hasta 1572, fué muy tolerante con las herejías; pero, con todo, el catolicismo prevaleció sobre ellas en Polonia. La reunión de la Livonia, que quedó infeudada á su reino, y la de Lituania, que vino á ser en adelante un infantazgo de la corona, son dos sucesos que hacen notable su reinado. En él se acabó la dinastía de los Jagelones, que llevaba tres siglos reinando en Polonia.

Los turcos otomanos y los Estados musulmanes de Oriente en los comienzos de la Edad Moderna.

No sólo dirigieron sus armas los turcos contra los cristianos de Europa, sino contra los otros Estados musulmanes de Oriente. El de Persia se hizo muy poderoso desde que Ismael Shah fundó el imperio de los Sofis en 1499. Pretendía Ismael descender de Alí, yerno de Mahoma, con cuyo nombre se distingue una de las dos grandes sectas en que el mahometismo estuvo siempre dividido, y que es contraria á la de Omar, á que pertenecían los turcos otomanos.

Las guerras entre los sultanes de Turquía y los de Persia fueron frecuentes en el siglo XVI, pero sin resultados decisivos por la una ni por la otra parte. Guerrearón también los turcos contra los mamelucos, que estaban posesionados del Egipto y que hacían frecuentes incursiones en Siria. Entre 1516 y 1518 consiguieron los turcos hacerse dueños del Egipto, después de varios combates y de una fiera defensa de los mamelucos en el Cairo.

Barbarroja, hijo de un alfarero de la isla de Lesbos, se había hecho célebre como pirata. Llamado por el rey de Argel, lo destronó y se apoderó de sus Estados, desde donde hizo muchas excursiones piráticas á las costas de Italia y España. Solimán, á la sazón sultán de Turquía, se lo atrajo y lo puso al frente de sus escuadras. Barbarroja entonces se apoderó de Túnez en nombre de su señor, destronando á Muley Hacem, que allí reinaba; pero Carlos V se apoderó de Túnez en 1535, y restableció á Muley

Hacem en el trono. En 1537 Solimán renovó su alianza (que ya antes había celebrado) con Francisco I de Francia; pero habiéndose negado Venecia á entrar en ella, Barbarroja, en nombre del Sultán, se apoderó de muchas islas que todavía conservaba la República en el archipiélago griego, y atacó á las flotas reunidas de España y Venecia, obteniendo una victoria sobre ellas en Accio. Se hizo la paz en 1540, pero quedando perdidas para Venecia todas las islas que Barbarroja le había quitado, y obligándose á pagar una indemnización al Sultán por los gastos de la guerra.

Solimán, que en los años anteriores se había apoderado de casi toda Hungría y de otros muchos territorios en Europa, impuso á Fernando, archiduque de Austria y hermano de Carlos V, condiciones muy humillantes en 1545, en que le obligó á pagar un tributo anual y á reconocérsele por vasallo, y en 1562, después de tres años de guerra, y siendo ya Fernando emperador de Alemania, á pagar todavía más tributos, y á otras onerosas condiciones. En 1564 murió Fernando, y le sucedió su hijo Maximiliano.

De los primeros años del siglo XVI data la fundación del imperio de los mogoles en la India, que ha llegado hasta nuestros días. Mohamed Babur, descendiente de Tamerlán y señor del pequeño Estado de Fergana, en el Asia Central, después de someter á Samarcanda y al Kabul, invadió el Indostán; venció al rey de Delhi en una gran batalla (1526); después á los rajputes confederados contra él, y á su muerte en 1530 dejó constituido un gran imperio que todavía se hizo más extenso bajo sus sucesores. Fué hombre de grandísimas dotes como guerrero, como gobernante y aun como escritor, habiendo dejado una historia de su vida y de sus campañas que se compara con los comentarios de César.

Su hijo Humayun fué expulsado de la India por una coalición de los indios y los afghanes acaudillada por Cher Sha (1539), y tuvo que refugiarse en Persia; pero una rebelión que estalló contra el nieto de su vencedor, le dió ocasión de recobrar sus Estados, después de infligir á los afghanes una sangrienta derrota en Panipaz. Muy poco después murió Humayun (1556), dejando el reino á su hijo Akbar, que lo gobernó hasta 1605. La India no ha conocido desde Asoka soberano tan eminente ni de tan alta inteligencia. A los diez y ocho años se puso al frente de los negocios, haciéndose independiente de la tutela; apaciguó varias rebeliones; sometió la Rajputana (1561-68), el Guzerate (1572-73), Bengala (1576), Cachemira (1586), el Sind (1592), Candahar (1594), Ahmednagar y el Khandesh (1601).

Desarmó con su política conciliadora la hostilidad de los indios, á quienes encomendó los más altos cargos, incorporándolos á la nobleza; se interesó en la literatura y en las religiones de la India; dirigió él mismo la traducción al persa del *Maharata*, famoso poema de la literatura sánscrita; trató de reformar por medio de medidas legislativas los males de la superstición; aspiró á fundar una religión universal, llamando á su corte á brahmanes, budistas, jainas, parsis, judíos y cristianos; organizó la milicia, la justicia y la hacienda pública, habiendo merecido su obra servir de modelo á la administración británica de nuestros días en aquellos países.



CAPÍTULO VI

FELIPE II Y SU TIEMPO

Fines de la política de Felipe II.

su reinado la columna más firme del Catolicismo, á cuya defensa se consagró por completo con mejor deseo que fortuna, porque la herejía había echado muy hondas raíces, tenía muchos intereses creados en favor suyo y contaba con defensores muy fuertes y tenaces.

Reinado de María Tudor de Inglaterra.

Poco antes de su acceso al trono había contraído matrimonio con María, reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y de su primera y legítima mujer Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, la cual, no menos ardiente católica que su marido, se había propuesto restaurar en su reino la autoridad de la Iglesia romana, que en tiempo de su hermano y predecesor en el trono, Eduardo VI, había sido definitivamente sustituida por la herejía de Lutero. Apelo, para lograrlo, á medios excesivamente violentos, que la hicieron odiosa á muchos de sus súbditos, los cuales tampoco habían visto con buenos ojos su matrimonio con Felipe, cuyo carácter no era para atraerse sus simpatías.

María, sin embargo, contra la opinión de sus consejeros, ayudó á su marido con 8.000 hombres en la guerra que sostuvo contra Enrique II de Francia, y cuyos más notables episodios fueron la victoria que su general Filiberto de Saboya obtuvo en San Quintín en 1557, y la que su ejército, mandado por el conde de Egmont, ayudado por la escuadra inglesa, consi-

guió sobre el de su contrario en Gravelinas. Acabó esa guerra por la paz de Cateau Cambresis, muy desventajosa para el rey de Francia, Enrique II, que murió en el mismo año (1559). Poco antes que él había muerto la reina María de Inglaterra, dejando viudo á Felipe, que contrajo terceras nupcias con Isabel, hija del rey de Francia.

La corona de Inglaterra, vacante por la muerte de María, pasó á su hermana Isabel, hija de Enrique VIII y de su manceba Ana Bolena, á quien, con desprecio de la autoridad de la Iglesia, había hecho su mujer viviendo la que lo era legítima Doña Catalina.

Política de Isabel, reina de Inglaterra.

de María, pasó á su hermana Isabel, hija de Enrique VIII y de su manceba Ana Bolena, á quien, con desprecio de la autoridad de la Iglesia, había hecho su mujer viviendo la que lo era legítima Doña Catalina.



Monasterio de San Lorenzo del Escorial, fundado por Felipe II en memoria de la batalla de San Quintín.

Isabel, que era tan afecta á la herejía como su difunta hermana lo había sido al catolicismo, no sólo la estableció en su reino, sino que se hizo su campeón en Europa y la más encarnizada enemiga de Felipe, entre cuyos súbditos no cesó, valiéndose de toda clase de medios, de atizar la rebelión y la discordia.

Rebelión de los flamencos.

Al año siguiente de la paz de Cateau Cambresis comenzó la efervescencia en Flandes y los Países Bajos, que pronto había de traducirse en disturbios y en rebeliones á mano armada, cuya causa fué no menos política que religiosa. Felipe II, de genio menos expansivo y universal que su padre, se encerró en sus dominios de Castilla, con cuyos naturales se identificó por completo, por hallarlos más sumisos á su autoridad y más dispuestos á servirlo, y se enajenó las simpatías no sólo de

sus súbditos flamencos y holandeses, sino de los de sus mismos reinos peninsulares ajenos á Castilla, que acabaron por mirarlo como un soberano extraño á sus lenguas, instituciones y costumbres y, hasta contrario á ellas. Sus mismos súbditos de Castilla habitantes de provincias excéntricas de ese reino, acostumbrados á la presencia frecuente de sus antiguos soberanos, que no tenían asiento fijo y que se pasaban la vida recorriendo hasta los últimos rincones del territorio, le echaban en cara su quetud, y se la reprobaron varias veces en las Cortes que se celebraron en su reinado.

Poco atento Felipe II á respetar los privilegios y libertades de sus súbditos flamencos, de que tan celosos eran ellos, adoptó medidas tanto en el orden civil como en el eclesiástico (estas últimas por consejo del cardenal Granvela), que provocaron graves disturbios y alteraciones. Guillermo de



Don Fernando Alvarez de Toledo, llamado «el gran Duque de Alba».

Nassau, príncipe de Orange, hombre de eminentes condiciones y uno de los más distinguidos generales de Carlos V, á quien había prestado grandes servicios, se puso á la cabeza de los descontentos, entre los que se contaban muchísimos ilustres personajes y caballeros de la nobleza, que hasta entonces le habían sido fieles y le habían servido lealmente en sus ejércitos. Comenzaron por exigir de Felipe que retirase de aquellas provincias las tropas que tenía en ellas en contra de sus fueros y libertades. A esa reclamación hubo él de ceder, así como les dió la satisfacción de retirar del consejo de la Princesa gobernadora, su hermana bastarda Doña Margarita de Parma, al cardenal Granvela, que se les había hecho odioso; pero mantuvo sus edictos contra la herejía, á pesar de las consideraciones para que atenuase sus rigores que le hizo Doña Mar-

garita, manifestándole la inconveniencia de sus medidas y la imposibilidad de cumplirlas por el gran número de aquellos contra quien iban dirigidas. Por fin estalló en 1566 una insurrección popular formidable, que, aunque apaciguada no mucho después, obligó á Felipe II á mandar á Flandes en 1567 al frente de 20.000 hombres al duque de Alba, hombre de condición dura y altanera, el cual, con sus medidas represivas y sus disposiciones, contrarias á los privilegios de los flamencos, provocó una segunda rebelión en que tomaron parte todas las clases sociales, cuyo resultado fué la independencia de siete provincias que, conservando sus respectivas autonomías, formaron una confederación bajo el gobierno del ya citado príncipe Guillermo de Nassau, llamado el Taciturno, que estableció en ellas la herejía calvinista. Contaba esa rebelión, á que no tardaron en unirse las provincias flamencas del mediodía, con el apoyo moral, y aun el material, aunque á veces solapadamente prestado, de los protestantes de Francia y Alemania, y muy especialmente de la reina Isabel de Inglaterra y de sus súbditos.

No le valió á Felipe II retirar al duque de Alba en 1573 del gobierno de Flandes y sustituirlo sucesivamente por otros de condición más afable y dúctil, entre los cuales merecen ser citados su hermano bastardo Don Juan de Austria, celebrísimo por sus victorias sobre los moriscos y sobre los turcos, y Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, hijo de Doña Margarita, distinguido por su talento como guerrero y como político, pues la guerra continuó durante todo su reinado, y la república de las Provincias Unidas quedó constituida definitivamente.

Además de las rebeliones de Flandes y

Rebelión de los moriscos.



Galera de guerra del siglo XVI.



Don Juan de Austria, hermano bastardo de Felipe II.

los Países Bajos tuvo Felipe II que luchar con las gravísimas dificultades que e suscitó en España la de los moriscos, provocada por las medidas adoptadas respecto á ellos, contrarias á las capitulaciones pactadas al tiempo de la rendición de Granada á los Reyes Católicos. Esa rebelión, que estalló en 1568, tuvo por teatro los montañosos territorios del reino de Granada vecinos al mar, y habría podido traer gravísimas consecuencias, si los turcos, entonces poderosísimos, le hubieran prestado apoyo decidido. Acabó en 1570 por la sumisión de los rebeldes, que fueron arrancados de

cuajo de su patria y dispersados por todas las provincias de España.

Batalla naval de Lepanto.

daba las flotas cristianas coligadas el mismo Don Juan de Austria, que poco antes había puesto fin á la rebelión de los moriscos. Desde esa batalla de Lepanto, el poder naval de los turcos fué en constante decadencia.

Conquista de Portugal. Sebastián de Portugal, suce-

sor de Don Juan III, que á su vez lo había sido de Don Manuel, en cuyo glorioso reinado llegó á su apogeo el poderío del Reinc, perdió la vida en la famosa batalla de Alcazarquivir que sostuvo contra los marroquíes, cuyos territorios había invadido (1578). Su sucesor, el cardenal Enrique, anciano septuagenario hermano de su abuelo paterno, murió en 1580, dejando planteado el problema de la sucesión de la corona. Felipe II, que era uno de los pretendientes, no quiso esperar la decisión de las Cortes portuguesas, y se apoderó del Reino por fuerza de armas (1580).



Yelmo turco, procedente de la batalla de Lepanto.

Isabel de Inglaterra, María Estuardo y Felipe II.

Ya hemos dicho que Isabel de Inglaterra, la sucesora de María, restableció el protestantismo en su reino. Por ese solo hecho, aunque no hubiese contribuido á protegerlo en Flandes y en Francia, habría sido enemiga de Felipe II; pero su intervención en los asuntos interiores de Escocia y su conducta con su prima María Estuardo, soberana católica de ese reino, la hizo todavía más odiosa á los ojos de aquel soberano.

Era ya antiguo en los reyes de Inglaterra el deseo de agregar Escocia á sus Estados, y muchas las tentativas para realizarlo que habían hecho los soberanos ingleses en los siglos de la Edad Media. Esas tentativas se renovaron durante el reinado de Jaime V de Escocia y la minoridad de su hija María Estuardo; pero la alianza de Escocia con Francia salvó la independencia del Reino. María Estuardo fué enviada á la corte de Francia, donde se educó y contrajo matrimonio cuando estuvo en edad de ello con el delfín Francisco, cuya temprana muerte, después de un brevísimo reinado, la dejó viuda en 1560. Al volver á su reino en 1561 lo encontró entregado á la más espantosa anarquía religiosa. Las doctrinas heréticas de Calvino, llevadas allí por un fraile apóstata llamado Juan Knox, y protegidas y atizadas por la reina Isabel de Inglaterra con fines tan políticos como

religiosos, se habían propagado extraordinariamente, produciendo gravísimos desórdenes. María, durante los siete años que estuvo gobernando á sus súbditos, fué juguete de tal cúmulo de atropellos, deslealtades é infamias, que se vió al fin obligada á fugarse del Reino y acogerse á la protección de su prima Isabel, olvidando que la mano de ésta había tenido parte más ó menos directa, aunque oculta, en todos sus infortunios (1568).



Felipe II.

Y, como era de temerse, contra todo derecho de gentes, Isabel, la aprisionó, y después de un larguísimo cautiverio la hizo condenar á muerte por un tribunal, con escarnio de todos los principios de derecho admitidos, que no dan autoridad á un soberano para juzgar los actos cometidos por otro en su propio reino (1587).

Ese atentado inaudito, agregado á los otros muchos agravios que Felipe II tenía contra Isabel, colmaron la medida de su paciencia y lo decidieron á intentar una poderosa invasión en Inglaterra para conquistar el país y restablecer en él el catolicismo. Preparó al efecto una flota formidable, en que iban numerosas tropas de desembarco; pero la mala dirección de la empresa y los malos tiempos, que desordenaron varias veces la escuadra, ayudaron á la flota británica á repeler la agresión, y libraron á Inglaterra de una catástrofe (1588).

También intervino Felipe II en los negocios interiores de Francia, que se complicaron muchísimo desde la muerte de Enrique II (1559) hasta el asesinato de Enrique III (1589), y durante el período transcurrido desde este último suceso hasta la abjuración de Enrique IV (1593).

A la muerte de Enrique II reinaron sucesivamente sus tres hijos: Francisco II, Carlos IX y Enrique III, en un período de tan graves perturbaciones y guerras civiles motivadas por la cuestión religiosa, que estuvieron á punto de ocasionar la completa destrucción del reino de Francia. Durante



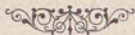
Enrique de Lorena «el Aenchillado», duque de Guisa.

esos años jugaron importantísimo papel en la política del reino los duques de Guisa, caudillos del partido católico, y en 1577 de la *Santa Liga* formada por todos los católicos de Francia; los príncipes de Condé, que acaudillaban á los hugonotes (que tal nombre se daba en Francia á los protestantes); la reina madre Catalina de Médicis, que ejerció gran influencia en el gobierno, y, últimamente, Enrique de Bearne, rey de Navarra, pariente próximo de la línea reinante, el cual, criado en la secta protestante, abjuró de ella para ceñir más adelante la corona con el nombre de Enrique IV. Felipe II apoyaba á los Guisas y al partido católico, y la reina Isabel de Inglaterra, á los hugonotes. Entre los mil acontecimientos ocurridos

en esa época de horribles turbulencias que cubrieron de sangre y de luto el suelo de Francia, citaremos por lo célebres la matanza del día de San Bartolomé de 1572, en que fueron muertos más de 4.000 hugonotes en las calles de París; el asesinato del duque de Guisa, por orden del rey Enrique III, en el palacio de Blois, en cuya ciudad estaban celebrándose los Estados generales ó Cortes en 1588; el asesinato del mismo rey Enrique, ocurrido el año siguiente, y la abjuración de Enrique de Navarra en 1593, con la que afirmó en sus sienes la corona con que ya contaba para su hija Isabel el rey Felipe II. Los ejércitos de éste, mandados por el duque de Parma, estaban posesionados de varias plazas de Francia, donde contaban con el apoyo de toda la Liga católica, que prefería entregar el Reino á Felipe II á admitir un rey hugonote. Pero la abjuración de Enrique IV acabó con el partido de la Liga, y desde entonces las armas de Felipe II no experimentaron sino reveses y tuvieron que abandonar el Reino. Felipe

II reconoció al nuevo rey por el tratado de paz de Verbins (1598).

Antes de ese año, que fué el último de Felipe II, había tenido que reprimir ese soberano la rebelión de sus súbditos aragoneses, cuyos privilegios y libertades había vulnerado. Esas alteraciones de Aragón que han dado motivo á muy diversos comentarios, favorables algunos, pero desfavorables los más á la conducta de Felipe II, ocurrieron en 1590 y 91. A consecuencia de ellas convocó Felipe II á cortes á los aragoneses en Monzón, y les modificó sus instituciones, no anulando, como algunos han dicho, pero sí mermando los privilegios é inmunidades de que gozaban.





CAPÍTULO VII

EL SIGLO XVII HASTA EL FIN DE LA GUERRA DE TREINTA AÑOS

Los sucesores de Felipe II.

A la muerte de Felipe II en 1598 se aceleró para su dinastía el movimiento de decadencia ya iniciado en el curso de su vida por la pérdida de las Provincias Unidas de los Países Bajos. Felipe III y Felipe IV, sus sucesores, incapaces de gobernar sus Estados, se entregaron á validos que, aunque no tan ineptos como los suponen muchos historiadores, distaron mucho de poseer la capacidad bastante para el desempeño de su cargo. Tuvieron, además, la desgracia de luchar con grandes gobernantes, como los que tuvo Francia en el siglo XVII, los cuales habían hecho de la ruina de la casa de Austria uno de los fines primeros de su política.

Las guerras constantes que sostuvieron los sucesores de Felipe II durante el siglo XVII no tuvieron ya por causa principal la defensa del catolicismo, que tanto había embargado la atención de sus predecesores, sino la de su dinastía contra la reinante en Francia, que no cesó un punto en sus agresiones, apelando hasta á tales recursos como fomentar y estimular rebeliones de sus súbditos y aliarse con príncipes protestantes en contra de ellos; porque los móviles políticos prevalecieron sobre los religiosos en todas las naciones europeas durante el siglo XVII, y especialmente en su segunda mitad.

Los sucesores de Felipe II fueron perdiendo uno tras otro en el curso del siglo XVII casi todos los Estados que habían heredado de sus antecesores: y hasta de los de España, únicos cuya posesión nadie les había antes disputado, y que después de las alteraciones de Aragón en tiempo de Felipe II, parecían ser los más tranquilos y pacíficos, perdieron en 1640 el rei-

no de Portugal, y hacia el mismo tiempo estuvieron á punto de perder el principado de Cataluña, por rebeliones que Francia é Inglaterra atizaron en la sombra y sostuvieron después sin disimulo. Carlos II, último vástago por línea varonil de Carlos V, habría sido despojado de todos sus Estados por Luis XIV de Francia, si las demás potencias no se hubieran coligado en contra de este último soberano para impedir que su excesivo engrandecimiento rompiera lo que ya se llamaba entonces *equilibrio europeo*.



Felipe III, rey de España.



Felipe IV, rey de España.

Enrique IV y Richelieu en Francia.

Enrique IV, después de abjurar el protestantismo, no tardó en vencer las débiles resistencias que le opusieron algunos grupos díscolos y algunas provincias reacias. En 1598, fecha de la paz de Verbins, era señor indiscutible de todo el reino de Francia. Ese mismo año promulgó el famoso *edicto de Nantes* concediendo á los hugonotes no sólo libertad para practicar su culto y libre acceso á los empleos civiles y militares, sino autorización para reunirse en asambleas generales y para imponerse tributos para el sostenimiento de sus iglesias.

A pesar de ese decreto, que no aprobaron todos sus súbditos católicos, por entender que conducía á crear dentro del Estado una especie de república enfrente del trono, Enrique IV fué uno de los mejores gobernantes que tuvo nunca Francia. Tuvo muchos enemigos, con todo, habiendo sido

blanco de varias conspiraciones, y de nada menos que diez y siete atentados contra su vida. Al fin cayó víctima del último de ellos en 1610, dejando la corona á su hijo Luis XIII, que sólo tenía siete años, y los primeros de cuyo reinado se vieron turbados por intrigas de corte y por luchas promovidas por el partido hugonote, que se constituyó en una especie de república con su capital en la plaza marítima de la Rochela.

Un grande hombre—el obispo de Luzón, cardenal de Richelieu—entró en 1624 en el consejo de Luis XIII, del que se señoreó por completo, así



Puerta de San Juan (Praga).

Una vista de Praga, capital de Bohemia. La puente que se ve en primer término es la llamada de San Juan Nepomuceno.

cómo del Monarca, del que fué ministro omnipotente, haciendo, de su reinado uno de los más grandes y célebres de la historia de Francia. Tres fines se propuso: ensalzar la autoridad real humillando á la nobleza, anular al partido hugonote, y acabar con el poder de la casa de Austria; y los tres los realizó á medida de sus deseos. A su muerte, en 1642, un año antes que la del Rey, era Francia la nación más poderosa de Europa.

En Alemania, patria de la Reforma, se entabló, después de una tregua de cincuenta años, la lucha entre los protestantes y la casa de Austria. Comenzaron los disturbios en 1607 bajo el impe-

**Guerra de Treinta años
(1619-1648).**

rio de Rodolfo II, prosiguieron bajo el de su hermano y sucesor Matías, y tomaron carácter de guerra declarada bajo el de Fernando II, elegido en 1619. Bohemia se negaba á reconocerlo y había elegido al elector palatino Federico V, y Austria, Moravia, Silesia y Hungría amenazaban sublevarse. Fernando, unido con el duque de Baviera y otros príncipes alemanes y con el rey de España, formando todos ellos la Liga católica, venció al elector Palatino, á quien ayudaban los protestantes, y lo despojó de sus Estados, que entregó al duque de Baviera (1620). A Tilly, uno de los mejo-



Gente de guerra alemana, de la época de la guerra de Treinta años.

res generales de Alemania, debió principalmente la Liga católica sus victorias en esa campaña. Aterrados los protestantes por las duras condiciones que el Emperador les impuso, buscaron apoyo en Cristian IV, rey de Dinamarca, segundo sucesor de aquel rey Federico I, que había establecido el luteranismo en el Reino; pero encontraron un terrible enemigo en Waldstein, aventurero bohemio de noble cuna, que al frente de 50.000 hombres que reclutó por su cuenta para el servicio del Emperador, se cubrió de gloria en las campañas de 1626, 27 y 28, ganando muchísimas batallas y penetrando á través de Alemania hasta la península de Jutlandia, bien que á costa de horriblos estragos que han dejado fama perdurable en los

países teatro de sus correrías. Llegó á componerse su ejército, de 100.000 mercenarios de todas partes de Europa, atraídos á sus filas por la segura esperanza del pillaje. El Emperador le otorgó entre otras recompensas, los ducados de Mecklemburgo, que le dieron la categoría de príncipe del Imperio, y el extraordinario título de «generalísimo del mar del Norte y del mar Báltico». Cristian IV ajustó con el Emperador la paz de Lubeck en 1629, y murió en 1648 después de reñir con Suecia una segunda guerra con tan mala fortuna como otra que con esa misma potencia había sostenido en

los primeros años de su reinado, y que le había costado la pérdida de algunas provincias de Noruega.

Habiéndose resistido los protestantes á cumplir las condiciones no menos duras ahora que antes que les habían sido impuestas, encomendó el Emperador á Waldstein el obligarlos á someterse á ellas. Entró ese famoso capitán con tal furia por Alemania, que aterrados no menos los católicos que los protestantes de sus depredaciones, pidieron su destitución á Fernando, que tuvo él que concederles, entregando á las fuerzas de la Liga Católica y á su general Tilly la defensa de su causa contra los príncipes protestantes. Habían acudido estos á Gustavo Adolfo, rey de Suecia, príncipe descendiente de Gustavo Wasa, y que se había ya dado á conocer por sus raras talentos militares en guerras contra daneses, rusos y polacos, quitándoles ciudades y



Gustavo Adolfo, rey de Suecia.

provincias é imponiéndoles graves y duras condiciones. A los rusos, especialmente, después de conquistarles la Ingría y la Carelia, les había prohibido por el tratado de Stolbova toda comunicación con Europa por el Báltico (1617). La ayuda que le pidieron por conducto de Richelieu los príncipes protestantes de Alemania, lo detuvo en la carrera de sus conquistas en Polonia. Inspiró á Richelieu ese paso tan contrario á la causa católica, que no debió combatir nunca, su deseo de humillar á la casa de Austria.

Las victorias de Gustavo Adolfo, que le entregaron todas las tierras comprendidas entre el mar del Norte y el Danubio, pusieron en altísimo lugar su nombre. Tilly fué vencido en Leipzig, y Gustavo Adolfo penetró en Franconia, Turingia, Alsacia, Baviera y los electorados de Maguncia y el Rhin, al mismo tiempo que sus generales invadían á Bohemia. El Emperador en tal aprieto, no halló otro recurso que llamar á Waldstein, que vivía

en Bohemia con un fausto oriental, derrochando las riquezas inmensas que había adquirido con su espada. Impúsole Waldstein condiciones extraordinarias, que el Emperador se vió obligado á aceptar. Había de ser señor absoluto del ejército, que él mismo habría de reclutar y organizar, siendo él, por consiguiente, quien concediera los cargos, empleos y ascensos y quien ejerciera la justicia; cuanto conquistara por las armas, había de ser suyo sin limitaciones, y el mismo emperador no podría tener en ese ejército mando ni autoridad de ninguna clase. Encontráronse él y Gustavo Adolfo de Nuremberg, donde se estuvieron observando cerca de tres meses sin venir á las manos: tanto se temían. Al fin, Waldstein levantó el campo; le siguió Gustavo Adolfo, y en Lutzen se entabló una batalla decisiva, que perdió Waldstein, pero que costó la vida al héroe escandinavo (1632). Siguió la guerra, conducida por los generales de Gustavo Adolfo; pero la desmedida ambición de Waldstein, á quien se acusaba de aspirar á la misma corona del Imperio, fué motivo de que ese hombre extraordinario pereciera á manos de tres asesinos comisionados por Fernando II para el caso (1634). La paz de Praga, ajustada en 1635 después de una victoria de los imperiales, no puso fin á la guerra, porque Richelieu, en su odio contra la casa de Austria, se unió á los suecos y á varios príncipes protestantes de Alemania contra Austria y España y puso cuatro ejércitos en movimiento contra ellos (1635). Ardió la guerra sin interrupción en Italia, en Flandes, en los Países Bajos, en Alemania, en Silesia, en Austria, en Moravia y en Dinamarca hasta el tratado de Westfalia, celebrado en 1648, seis años después de la muerte de Richelieu. Ese tratado, que puso fin á la terrible guerra de Treinta años, comenzada en 1619 y una de las más asoladoras que registra la historia del mundo, terminó las luchas religiosas y modificó profundamente el mapa de la Europa occidental, y muy particularmente la constitución política del imperio de Alemania, muchos de cuyos Estados, además de cambiar de límites aumentándose los territorios de los protestantes á expensas de los católicos, quedaron por completo independientes. Francia y Suecia se engrandecieron: la independencia de las Provincias Unidas de los Países Bajos fué reconocida, y lo mismo la de los Cantones Suizos, y la paz de Augsburgo fué confirmada y extendida á los calvinistas.

La república de las Provincias Unidas, que tan gran poderío llegó á adquirir en el mismo siglo XVII se constituyó como federación de Estados que, si bien estaban obligados á auxiliarse contra toda agresión exterior, decidiendo la paz ó la guerra por unanimidad de votos, conservaba cada uno sus costumbres y sus leyes. La soberanía suprema, que era muy limitada, y el mando de los ejércitos de mar y tierra, los ejercía Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, con el título de stathuder, equivalente á presidente ó dictador. Este, después de luchar con Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, hombre también de grandes condiciones como guerrero y como político, murió asesinado en 1584 por un sujeto que quiso ganar de ese modo la recompensa ofrecida por Felipe II, quien, según se dice, aunque es poco creíble, había puesto á precio su cabeza.

Sus sucesores, Mauricio (1584-1625) y Federico Enrique (1625-1647)

lucharon valerosamente contra los gobernadores que Felipe II y sus dos sucesores los Felipes III y IV mandaron á Flandes, entre los cuales se contaban el mismo Alejandro Farnesio y el genovés Ambrosio Spínola que fué también capitán insigne. En 1648, al celebrarse el tratado de Westfalia, un año después de la muerte de Federico Enrique, eran ya las Provincias Unidas una gran potencia europea, con muchísimos y ricos establecimientos mercantiles en Asia y América, dependientes de la *Compañía de las Grandes Indias*, en la que se refundieron en 1602 las Compañías particulares establecidas en diferentes ciudades holandesas, y que con su Consejo, sus tesoros, sus generales y sus ejércitos, su derecho á hacer paz y guerra y á percibir tributos, era tan poderosa como un gran Estado. Contribuyó en gran manera á los éxitos y á la prosperidad de esa Compañía la prohibición de Felipe II á sus súbditos portugueses de todo trato comercial con los holandeses, cuyas naves venían antes á Lisboa á recibir allí las mercaderías de las Indias. La Compañía tenía ya á mediados del siglo XVII establecimientos y territorios en la isla de Formosa, en la de Ceylán, en la península de Malaca, en la isla de Java, en las Molucas y en el Japón, algunos de los cuales había quitado á los portugueses. En la segunda mitad del mismo siglo siguieron fundando los holandeses nuevos establecimientos en Asia y quitando á los portugueses algunos más de los que allí tenían. El centro de todo ese imperio colonial era la ciudad de Batavia, en la isla de Java, que llegó á tener medio millón de habitantes y que fué considerada por los holandeses como una segunda patria. Mediante un tratado celebrado en 1669 en el Haya, el rey de Portugal cedió á Holanda las posesiones de que ésta le había despojado, quedando arruinado el imperio colonial de los portugueses. Conviene advertir que el imperio del Gran Mogol, preponderante todavía por ese tiempo en la India, impidió á los holandeses fundar establecimientos considerables en el continente de ella, habiéndose limitado por tal motivo á ocupar algunas islas y lugares de la costa, donde fundaron factorías. Otra colonia importante fundada por los holandeses á mediados del siglo XVII fué la del cabo de Buena Esperanza, cuyo territorio se extendía hasta 50 leguas dentro del continente africano. Esos colonos holandeses son los antepasados de los *boers* ó campesinos que tan importante papel han hecho en nuestros días.

Inglaterra y Escocia en el siglo XVII. Isabel de Inglaterra, soberana muy poco digna de elogio por sus condiciones morales, poseyó, en cambio, grandes aptitudes para el gobierno, por su talento, astucia y entereza de carácter.

Por convencimiento ó por cálculo fué fanática por el protestantismo, como ya hemos dicho, habiéndose señalado su reinado por la horrible tiranía, crueles persecuciones y brutales atropellos de que fueron objeto los católicos. Invirtió gruesas sumas en ayudar á los hugonotes de Francia, á los protestantes de Flandes y Países Bajos y á los presbiterianos de Escocia, atizando las guerras y discordias en esos países. Salvada por la suerte del peligro en que la puso la armada de Felipe II, protegió las piraterías de sus súbditos contra la marina mercante de España, y envió varias expediciones más ó menos afortunadas contra los puertos de esa península y de sus colonias de América. Habiendo muerto en 1603 sin sucesión, por que

nunca quiso contraer matrimonio á pesar de los muchos aspirantes que tuvo á su mano, pasó la corona al hijo de María Estuardo, Jaime I, que ya reinaba en Escocia, y que reunió así las dos coronas en su frente. El y su hijo Carlos I reinaron sucesivamente, el primero, desde 1603 hasta 1625, y el segundo, desde 1625 hasta 1649, en que perdió la vida en el cadalso, como su abuela María Estuardo, y como en todo tiempo tantos otros personajes ilustres de Inglaterra, de cuya historia ha dicho por tal motivo un autor ilustre que debiera ser escrita por el verdugo. Los reinados de esos dos



Isabel, reina de Inglaterra.

príncipe fueron una constante lucha entre el poder real y los Parlamentos, en la que se confunden los motivos políticos con los religiosos, pero en que parecen predominar los últimos.

Habíanse propuesto los soberanos ingleses establecer de un modo firme, permanente y legal su autoridad absoluta, y los Parlamentos, que varias veces convocaron y disolvieron, les oponían todo género de resistencias, especialmente negándose á concederles los servicios metálicos que sollicitaban. Por otra parte, sus súbditos, prescindiendo de los que profesaban la fe católica en sus conciencias, única forma posible de evitar las persecuciones de que los católicos (allí llamados papistas) eran objeto, estaban divididos en tres partidos: el leal á la monarquía y á la Iglesia nacional, el monárquico y presbiteriano, ó sea partidario de la monarquía, pero con-

trario al episcopado y á la jerarquía eclesiástica, y el republicano é independiente, esto es, opuesto no sólo á la existencia de obispos y dignidades eclesiásticas, sino á la de sacerdotes, sosteniendo que todos los hombres son sacerdotes y jueces de su propia doctrina é independientes de toda autoridad eclesiástica.

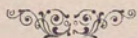
Carlos I, al contrario que otros monarcas de Europa, que en circunstancias y con aspiraciones semejantes á las suyas, habían contado con el apoyo de gran parte de la opinión y de las fuerzas de sus súbditos, tenía en contra la de casi todos los suyos, y cuando, después de un larguísimo período en que gobernó tiránicamente al Reino prescindiendo de las Cortes ó asambleas de los Estados, é imponiendo tributos ilegales, volvió á reunirlos, se encontró con una oposición formidable, que le fué imposible dominar. El Parlamento (que así se llama en Inglaterra á las Cortes) se le impuso y le usurpó la soberanía, declarándose permanente, y procesando y condenando á muerte á sus ministros. El Rey, sin fuerza material ninguna, como hasta muy poco antes, y aun entonces, tampoco solían tenerlas los demás soberanos de Europa, y sin la fuerza moral que éstos tenían sobre sus pueblos, se trasladó á Nottingham é hizo un llamamiento á sus súbditos, entablándose entonces una enconada guerra civil, en que combatían, por un lado, los partidarios del Parlamento, presbiterianos ó independientes todos ellos, á quienes se llamaba *puritanos*, por su austeridad religiosa, ó *cabezas redondas*, por su costumbre de llevarlas rapadas, y, en el bando opuesto, los partidarios del Rey y de la Iglesia oficial, á que se daba el nombre de *caballeros*, no porque no hubiera muchos hidalgos, y aun grandes, en el bando contrario; como había sucedido en Castilla ciento veinte años antes cuando la guerra de las Comunidades, que, fuera de las cuestiones religiosas, que en ella no hubo, tiene no pocos puntos de semejanza en cuanto á su objeto con esta de que estamos tratando.

En cuanto al resultado, fueron completamente distintas, pues mientras en aquélla vencieron los partidarios del Rey á los que sostenían la causa pública, en ésta fueron los parlamentarios los vencedores, no habiendo encontrado Carlos I apoyo ni aun en sus súbditos naturales los escoceses, á quienes se acogió al verse vencido, y los cuales cometieron la villanía de venderlo á sus contrarios por un puñado de oro. Siguiéron á la prisión del Rey grandes disidencias en el seno del Parlamento entre los *presbiterianos*, que querían la monarquía con las libertades tradicionales y sin Iglesia oficial ni episcopado, y los *independientes*, que, además de la libertad política y de la religiosa (libertad religiosa para ellos, se entiende), deseaban la abolición de la monarquía. En esa lucha vencieron los independientes, que, aunque en gran minoría en el Parlamento, tenían de su parte al ejército, acaudillado por Oliverio Cromwell, hombre de eminentísimas dotes de gobierno, pero de ambición desmedida y tiránicas tendencias, que se impuso por la fuerza al Parlamento, excluyendo de él á 140 diputados presbiterianos y haciendo que los demás, que eran de su partido, votasen el procesamiento, ya preparado para decretar la muerte del Rey, la cual tuvo efecto en 1649, un año después del tratado de Westfalia.

Durante el tiempo de las persecuciones contra los puritanos en los reinados de Jaime I y de Carlos I, muchos de ellos emigraron á América, en

cuyo continente septentrional ya venían fundando colonias los ingleses desde los primeros años de aquel siglo. Esos emigrantes fundaron, sobre las colonias de Virginia y de Nueva Inglaterra que ya había, las de Massachusetts, Connecticut, New-Haven y otras, varias de las cuales se confederaron en 1643 con el nombre de Colonias Unidas de Nueva Inglaterra. Todas tenían constituciones representativas y gozaban de una autonomía bastante amplia, aunque algunas veces hubieron de sufrir los colonos intromisiones de los soberanos y de los Parlamentos de la Metrópoli.

Creóse también en Inglaterra una asociación de comerciantes en 1600 para establecer factorías en las islas y costas del remoto Oriente; pero las discordias políticas de Inglaterra y los holandeses se opusieron por entonces á su desarrollo.





CAPÍTULO VIII.

LUIS XIV Y SU TIEMPO

Los disturbios de la Fronda.

A la muerte de Luis XIII, ocurrida al año siguiente (1643) de la del cardenal Richelieu, sucedió en Francia un período de perturbaciones promovidas por un partido de descontentos compuesto de gente de todas procedencias, que se proponía derribar al cardenal Mazarino, ministro italiano nombrado por Ana de Austria, viuda del difunto monarca, y hombre que demostró poseer excepcionales condiciones para el gobierno. A ese partido, que se llamó de la Fronda (por el vocablo con que se designa la *honda* en lengua francesa), estaban afiliados varios príncipes y personajes ilustres; pero la rebelión, que tuvo caracteres muy poco serios, habiendo consistido más que en verdadera guerra, en intrigas de corte, en pasquines, en sátiras, en tumultos populares sin consecuencia, y en actos de insubordinación del tribunal jurídico á que en Francia se daba el nombre de Parlamento, acabó por ser dominada por Mazarino, quien durante la minoridad de Luis XIV, y aun varios años después de ella, gobernó como ministro omnipotente el Reino (1653).

Poder absoluto de Luis XIV.

Por la paz de los Pirineos, que ajustó Mazarino con España, contrajo matrimonio Luis XIV con María Teresa, hija de Felipe IV (1659); pero Mazarino siguió ejerciendo la autoridad suprema hasta su muerte en 1661, siendo entonces cuando verdaderamente comenzó á reinar Luis XIV con poder tan absoluto como ningún monarca de Francia ni de Europa lo había ejercido hasta entonces. Ninguna entidad había en el Reino que pudiera, no ya oponerse, pero ni hacer la más leve sombra á su autoridad soberana. La nobleza guerrera de la Francia feudal

había desaparecido por completo, no quedando como restos de ella sino unos cuantos personajes acaudalados que tenían á mucha honra desempeñar cargos palatinos, y muchos pequeños propietarios esparcidos por el Reino sin fuerza propia ni trabazón entre sí, que hacían consistir la nobleza en pomposos títulos y en vanas prerrogativas sobre la masa común del pueblo; los antiguos municipios llamados allí *comunales*, cuyos privilegios habían caído también en desuso, ó estaban reducidos á meras fórmulas, carecían también de fuerza material para imponerse; los Estados ó asambleas habían venido á ser en Francia, como en otras naciones, corporaciones serviles que se limitaban á pedir humildemente lo que en otros tiempos exigían en uso de su propio derecho. Al Parlamento de París, única corporación que parecía haber conservado alguna iniciativa é independencia, le impuso el Rey silencio con el látigo en la mano poco después de la muerte de Mazarino. El rey de Francia podía imponer tributos á sus súbditos sin consultarlos, lo que se consideraba todavía inadmisibile en otros reinos, y particularmente en Inglaterra y en España, donde no mucho antes las Cortes catalanas habían negado á Felipe IV los subsidios que había solicitado de ellas. El fundamento de esa situación estaba principalmente en las ideas reinantes, que atribuían autoridad incontestable y omnipotente al soberano. Así, cuando después de muerto Mazarino preguntaron á Luis XIV los oficiales de la corte que á quién habrían de dirigirse en adelante, contestó el Monarca: «á mí», así como podía decir sencillamente, sin poner en sus palabras el énfasis que algunos han supuesto, que él mismo era el Estado, porque no fué el Estado quien le dió el poder que tenía, sino él, quien, al crear ese poder, pudo dar ocasión á que el Estado se lo apropiara en lo futuro, que en ese hecho consistió en sustancia la revolución francesa del siglo siguiente.

**Grandeza de Francia
durante el reinado
de Luis XIV.**

El reinado de Luis XIV es el más glorioso de la historia de Francia. Sostenía un ejército permanente numerosísimo que le daba enorme preponderancia en Europa, donde nadie aún los tenía, pudiendo decirse que datan de su tiempo y que fueron establecidos á imitación del suyo. La facultad que los reyes de Francia se habían atribuido de imponer contribuciones á sus súbditos por su sola autoridad, le permitía disponer de sumas que estaban muy fuera del alcance de los demás soberanos.

Durante su largo reinado, que se prolongó hasta el año 15 del siglo siguiente, sostuvo muchas guerras contra diversas coaliciones europeas; y aunque no fué afortunado en las últimas de ellas, ensanchó notablemente los límites de sus dominios. De entonces data la anexión á Francia de una parte de Flandes, del Franco Condado y de esas provincias de Alsacia y Lorena que no ha logrado recobrar Alemania hasta nuestro tiempo. Impuso á España su dinastía, á pesar de los reveses que las potencias coligadas infligieron á sus ejércitos en la guerra por la sucesión de Carlos II de España. Suelen muchos historiadores hacer cargos á Luis XIV por la revocación del edicto que su abuelo Enrique IV había promulgado en Nantes en favor de los hugonotes de su reino. Aunque el número de protestantes franceses había disminuido muchísimo desde el tiempo de Enrique IV, todavía esa medida de Luis XIV hizo emigrar de Francia á unas 100.000 personas, mu-

chas de las cuales llevaron á Inglaterra, Holanda y otros países, con perjuicio de Francia, el ejercicio de varias artes é industrias.

Cubrióse Francia en ese reinado de monumentos notables y de obras de utilidad pública, como canales, caminos, puertos y arsenales; su marina adquirió grandísimo desarrollo, y sus fronteras se cubrieron de una triple línea de fortalezas inexpugnables. Al mismo tiempo un número increíble de escritores, artistas y hombres ilustres en diversos ramos del saber y de la actividad humana daban á Francia el primer lugar en Europa, imponían su lengua, sus modas, sus instituciones y sus costumbres, que todos trataban de copiar ó imitar. Del reinado de Luis XIV data la extraordinaria divulgación y el predominio de la lengua y literatura francesa en Europa, que, aunque no en tan gran medida como antes, todavía subsisten.

La Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XV.

que acompañó Cromwell el escarnio



Oliverio Cromwell.

Al regicidio jurídico perpetrado en 1649 y á las guerras que le siguieron, en que venció Cromwell á los presbiterianos escoceses y á los católicos irlandeses que se le habían sublevado, sucedió la disolución del Parlamento por la fuerza, hecho á que acompañó Cromwell el escarnio de cerrar y poner en alquiler el local en que se celebraban las sesiones, y su proclamación de jefe supremo con el nombre de *protector* (1653).

Toda su tiranía se la ha disculpado á Cromwell la Historia, por el buen uso que de ella hizo y por la grandeza de su talento. Ciertamente es que constituyó un Parlamento cuyos dos brazos el de los grandes y el de los comunes, sólo se componían de amigos ó servidores suyos que obedecían sumisamente sus órdenes, Parlamento que proclamó el protectorado hereditario en su familia, y que hasta le ofreció el título de rey, que él no quiso usar; pero también hay que reconocer que bajo su protectorado alcanzó la nación inglesa una prosperidad y una gloria que la pusieron á grandísima altura.

Los holandeses tuvieron que reconocer la supremacía de su bandera; Dinamarca, Portugal, Transilvania, Polonia, Génova, Francia y España, ó le felicitaron, ó buscaron su amistad y protección, ó se le humillaron para no tenerlo por adversario. Murió en 1658, dejando las riendas de un poder que sólo con su genio podía ejercerse, á su hijo Ricardo, á quien se le cayeron de las manos. El general Monck, gobernador de Escocia, puso fin al período de anarquía que siguió á la muerte de Cromwell, devolviendo al Parlamento, que volvió á convocar después de disuelto el que el Protector había establecido, los 140 miembros presbiterianos que habían sido expulsados en 1648. Ese Parlamento puso en el trono á Carlos II, hijo del monarca anterior (1660).

Al principio fué muy bien recibida por el pueblo inglés la antigua dinastía; pero las tendencias absolutistas y poco evangélicas de Carlos II y de su sucesor Jaime II, y, sobre todo, el haberse manifestado este último partidario de la libertad de cultos, libertad muy del agrado de los puritanos cuando podía favorecerles, pero que les repugnaba tanto á ellos como á los partidarios de la Iglesia oficial cuando comprendieron que favorecía á los católicos, se la hicieron odiosa. Guillermo de Orange, el stathuder de Holanda, marido de María, hija de Jaime II, aprovechó la impopularidad de su suegro para crearse partidarios en Inglaterra, y en 1688 desembarcó en sus costas con un ejército de 15.000 hombres, siendo muy bien acogido. Jaime II huyó al Continente, y el stathuder de Holanda gobernó á Inglaterra y á Escocia con el nombre de Guillermo III. Fué hombre de gran talento y enemigo á muerte de Luis XIV de Francia, contra quien logró formar varias coaliciones de naciones de Europa, la más formidable de las cuales fué la llamada Grande Alianza, que sostuvo la guerra de Sucesión, pero cuyos resultados no logró ver Guillermo, por haber muerto en 1702 de una caída de caballo. Para captarse las simpatías de la nación inglesa firmó la célebre *declaración de derechos*, base de la constitución de ese reino. Según ella, el rey no puede legislar, y necesita del consentimiento del Parlamento para establecer y cobrar los tributos y para levantar y sostener un ejército. Las elecciones de los ministros del Parlamento son libres, se garantiza completa independencia á las discusiones parlamentarias, y todos los ingleses tienen el derecho de petición. El rey convoca, proroga y disuelve el Parlamento, sanciona los decretos, elige los miembros de su consejo privado, confiere los altos cargos civiles, militares y eclesiásticos, declara la guerra ó hace la paz, celebra tratados de alianza ó de comercio y administra la justicia. Muerta María, que era la verdadera soberana, siguió Guillermo, no obstante, ejerciendo el gobierno, no sin cierta hostilidad de parte del Parlamento, que le quitó su guardia holandesa y no le dejó tener en pie un ejército permanente. Como no dejó hijos, le sucedió su cuñada Ana, segunda hija de Jaime II, la cual reinó desde 1702 hasta 1714. No sólo fué notable el reinado de Ana por las victorias que obtuvo en el Continente su general Marlborough en la guerra de Sucesión, sino por haberse reunido entonces las dos coronas de Inglaterra y Escocia que, por más que estuvieran juntas en una sola cabeza desde Jaime I, no llegaron á formar una sola hasta que dejaron de reunirse Cortes independientes en cada uno de esos reinos y hubo sólo unas, á que asistían juntos los pares y diputados de ambos.

España desde la guerra de Sucesión hasta los últimos años del siglo XVIII.

A la muerte de Carlos II en 1700 quedó España en el estado más lamentable. Las guerras de los dos siglos anteriores y la mala administración habían mermado extraordinariamente su población y su riqueza, y acabado con sus fuerzas navales.

Carlos II había declarado en su testamento heredero de sus Estados á Felipe de Anjou, hijo del difunto delfín de Francia y nieto de Luis XIV y de María Teresa de Austria. Ante el formidable poder que la incorporación en la casa de Francia de los Estados del rey de España iba á adquirir

Luis XIV, se coligaron contra él varias potencias de Europa á instigación de Guillermo de Orange, que ya en ese tiempo se había hecho rey de Inglaterra y de Escocia. En esa confederación comenzaron por no entrar con Holanda é Inglaterra, que gobernaba Guillermo, síno Dinamarca y el imperio de Alemania; pero fueron acudiendo sucesivamente Federico de Prusia, á condición de que se le reconociese el título de rey, los príncipes más importantes de Alemania, y los reyes de Portugal, Suecia y Saboya. En la misma España contaba el archiduque Carlos de Austria, aspirante á la herencia de Carlos II y competidor de Felipe, con la adhesión de varias provincias importantes, especialmente las pertenecientes á la corona de Aragón.

Esa guerra de sucesión de España tuvo por teatro, tanto los territorios cuya herencia se disputaba, como el centro de Europa y todos los mares del mundo. En ella se distinguieron por parte de los ejércitos de



Carlos II, rey de España.



Soldados del tiempo de la guerra de Sucesión de España.

la coalición, Marlborough y el príncipe Eugenio de Saboya, y por la de Luis XIV, Vendome y Berwick. La causa de Luis XIV estaba casi perdida en 1709. El viejo monarca tuvo que humillarse á pedir la paz; pero en vista de la dureza de las condiciones que le imponían los coligados, se decidió á proseguir la guerra. La sangrienta derrota que sus ejércitos sufrieron en Malplaquet lo obligaron de nuevo á humillarse, resignándose esta vez á reconocer al archiduque Carlos como rey de España, y hasta á dar dinero para echar de ella á su nieto Felipe; pero como todavía le exigiesen más los confederados, desesperado Luis XIV, mandó á Vendome á España, el cual tuvo



Felipe V, rey de España.

la suerte de ganar la batalla de Villaviciosa, que mejoró algo su situación; pero lo que verdaderamente salvó á Luis XIV y á su nieto fué la muerte del emperador de Alemania José I y la exaltación del archiduque Carlos al trono imperial; pues comprendiendo los aliados que la reunión de las coronas de España y Alemania en las sienes del Archiduque destruiría tanto ó más el equilibrio europeo que la de las coronas de Francia y España en la familia de Luis XIV, concertaron la paz de Utrecht en 1713, en la que se estableció como condición que no pertenecerían á un solo príncipe en ningún caso las coronas de España y Francia.

El reinado de Felipe V en España es notable por haberse verificado en él la reunión de las coronas de Castilla, Aragón, Cataluña y Valencia, que hasta entonces habían estado separadas, por más que desde el emperador Carlos V las ciñese un solo soberano. No hubo, pues, en adelante Cortes de Castilla por una parte y de Aragón, Cataluña y Valencia por otra, sino unas solas, á que asistían reunidos los diputados de todas esas provincias, suceso análogo al ocurrido hacia el mismo tiempo en la Gran Bretaña con las coronas de Inglaterra y Escocia.

Reinó Felipe V en España hasta 1746, año de su muerte.





CAPÍTULO IX

LOS REINOS DEL NORTE

Rusia desde el principio de la Edad Moderna hasta Pedro el Grande.

Todavía tenía Rusia muy poca importancia en los primeros años de la Edad Moderna. Confinaba por el norte y el oriente con pueblos bárbaros, y por el mediodía y el occidente con las repúblicas de Novogorod y de Pskow, varios principados, los lituanios y los livonios. Estaba dividida allí la autoridad entre multitud de nobles llamados *boyardos*; pero varios príncipes, entre los que merece especial mención Ivan III, llamado el Grande, que reinó desde 1462 á 1505 y que fué el primero que tomó el título de autócrata de todas las Rusias, fueron afirmando su autoridad y extendiendo sus dominios, que al advenimiento de Iván IV en 1533 eran ya bastante considerables. Este Iván IV, llamado el Terrible, subyugó á los tártaros de Kasan y de Crimea, que hacían frecuentes incursiones en sus territorios (1552-54), y estuvo en guerra con Gustavo Wasa, rey de Suecia y con los caballeros Portaespadas, que acabaron por aliarse contra él con el rey de Polonia; pero la muerte en 1554 de su mujer la zarina Anastasia, que había conseguido dulcificar un tanto con sus consejos la dura y violenta condición de ese príncipe, dió rienda suelta á sus arrebatos y crueldades, convirtiéndolo en un tirano, mientras sus ejércitos sufrían grandes reveses en las orillas del Niéper y en Livonia, y el kan de los tártaros de Crimea quemaba los arrabales de Moscow (1564-1571). Murió en 1584, después de haber cedido á los polacos la Livonia y á los suecos Estolia, Ingria y Carelia. En el reinado de su hijo Fedor (ó Federico) Iwanovich, último príncipe de la dinastía de Rurik, se consumó la separación de la autoridad del patriarca de Constantinopla de la Iglesia rusa, que tuvo de allí en adelante su propio patriarca. Después de un período de desorden

subió al trono Miguel Fedorovich (Miguel, hijo de Federico), fundador de a dinastía de Romanoff, al cual disputó la corona el hijo de Ladislao, rey de Polonia, que contaba con el apoyo de muchos boyardos. Reinó desde 1613 hasta 1643, y fué contemporáneo de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, con quien celebró en 1617 el tratado de paz de Stolbova, que le impuso duras condiciones. Alejo Miguelovich (Alejo, hijo de Miguel), su sucesor, estuvo en guerra con Polonia y se apoderó de Esmolensko. A pesar de los disturbios que afligieron á su reino, introdujo innovaciones importantes, precursoras de las que más adelante adoptó su hijo Pedro el Grande. Equipó el primer navío ruso, estableció el correo, protegió la industria, particularmente las fábricas de vidrio, promulgó un código nuevo, fundó colegios en que se enseñaba el latín y el griego, y puso á Rusia en relaciones con Europa y con China. Su hijo Fedor Alejovich le sucedió en 1676; y aunque sólo reinó hasta 1682, tuvo tiempo bastante para abolir las categorías y prerrogativas de la nobleza, habiendo adoptado, entre otras medidas, la de hacer que se quemaran los libros y escrituras genealógicas, para que no quedara memoria de ellas.

Muerto Fedor, reinaron juntos sus dos hermanos Iván y Pedro, el último de los cuales sólo tenía diez años, y el primero era muy débil y enfermizo, por lo que ejerció la regencia su hermana Sofía hasta 1689 en que Pedro, ya de diez y siete años, empuñó las riendas del gobierno. Este soberano, siguiendo los consejos de su preceptor Lefort, se propuso hacer entrar á Rusia en el concierto de las naciones occidentales, para lo cual, y queriendo estudiarlas y conocerlas antes por sí mismo, se dedicó desde 1697 á viajar de incógnito y á aprender las artes mecánicas, practicándolas por sus propias manos como obrero. Estuvo con tal objeto en Alemania, Holanda é Inglaterra ocupándose en toda suerte de trabajos, y muy especialmente en los relacionados con la construcción naval, á que concedía gran importancia. Hizose amigo de muchos ingenieros y otros sujetos que podían serle útiles para implantar en Rusia las innovaciones y reformas que se proponía; pero en 1698 le obligó á volver á Rusia una insurrección de los *strelitz*, milicia turbulenta y discolá que consiguió dominar, exterminando á más de 4.000 de sus miembros.

En 1703 fundó á San Petersburg en el fondo del golfo de Finlandia, para ponerse en comunicación fácil con el occidente de Europa por el Báltico. Aliado con Augusto II, rey de Polonia, estuvo en guerra con Carlos XII, rey de Suecia, que le infligió varios reveses, pero al que consiguió vencer en 1709 en Pultava. En 1710 quitó á Suecia Carelia, Livonia y Estolia, y emprendió después guerra contra los turcos, que se habían aliado con Carlos XII; pero fué envuelto su ejército y sólo debió su salvación á haberle sus contrarios concedido la paz que su mujer Catalina compró en ese mismo año de 1710. En 1713 conquistó la Finlandia, y en 1723, varias provincias de Persia (Daghestan, Chirvan, Mazederan y Asterabad). Entre las muchas reformas que introdujo, de las cuales no pocas eran tan pueriles al mismo tiempo que arbitrarias y tiránicas, como la de hacer vestir á sus súbditos á la francesa y alemana y raparse las barbas, hubo algunas de gran trascendencia, como la de abolir el patriarcado y sustituirlo por el llamado *Santo Sínodo*, lo que equivalía á erigirse cabeza de la Iglesia rusa

y reunir el poder espiritual y el temporal en sus manos. En otro segundo viaje que, ya no disfrazado de obrero ni con objeto de trabajar por sus manos, sino para estudiar de cerca las costumbres del Occidente, hizo en 1717, visitó Alemania, Dinamarca y Francia, y fué objeto de gran curiosidad y de muchos obsequios por parte de las Cortes y personas ilustres de esos países. Una de las cosas que llevó á Rusia á su regreso fué el despotismo de los reyes occidentales; pero no templado y refrenado por la gran cultura que en Occidente reinaba, sino agravado por la barbarie de su propia condición. Se le ha llamado «el Grande» por suponerse que engrandeció y levantó á Rusia, cuando lo que realmente hizo fué deprimirla con sus medidas tiránicas y arbitrarias y con sus horribles crueldades. Se complacía, entre otras cosas, en ejercer el oficio de verdugo ejecutando él mismo las sentencias de muerte que imponía, entre las cuales se cuenta la de su propio hijo Alejo, que se oponía á sus reformas (1718) (*). Murió en 1725, y le sucedió su viuda Catalina I.

Suecia, Noruega y Dinamarca.

Cristina, hija de Gustavo Adolfo y su sucesora en el trono de Suecia, fué una mujer extraordinaria por su ilustración y su talento. Poseía ocho idiomas y rivalizaba con los más notables literatos y hombres de ciencia por la extensión y profundidad de sus conocimientos. Su afición al estudio y el desprecio de las grandezas la movieron á abdicar la corona en su primo Carlos Gustavo en 1654, y á emprender largos viajes. Estuvo en Bruselas, París y Roma (donde murió en 1689), llamando en todas partes la atención por su originalidad y su talento.

Carlos X, que así se llamó Carlos Gustavo, guerreó contra Polonia, en cuya defensa se organizó una coalición del emperador Leopoldo, el elector de Brandemburgo, el zar de Rusia y el rey de Dinamarca, y después contra Dinamarca, á la que arrancó varias provincias, así como quitó á Polonia la Livonia y la Estonia. Murió en el sitio de Copenhague en 1660, sucediéndole su hijo Carlos XI, que sólo tenía cinco años.

En ese mismo año de 1660, y reinando en Dinamarca Federico III, los ciudadanos y el clero del Reino, disgustados de la preponderancia de la nobleza, alteraron en los Estados ó Cortes de Copenhague la constitución política del país. El poder real vino á ser absoluto, sin más restricciones que la de respetar la confesión de Augsburgo, que era la base de la religión del Estado, y el orden de sucesión establecido. Sucedió á Federico III en 1670 Cristián V, que guerreó victoriosamente con Suecia, pero sin provecho ninguno, pues Luis XIV, obligó á Dinamarca por el tratado de Nimega á devolver á Suecia su aliada, los territorios que le había quitado (1679).

En Suecia hubo en 1690 una revolución política análoga á la ocurrida en Dinamarca treinta años antes. Una asamblea declaró absoluta la autoridad real, privando de la suya al Senado, que se componía de la alta no-

(*) Es muy probable que sean fabulosas las circunstancias que corren generalmente relativas á la muerte de Alejo, hijo de Pedro el Grande. Muchos historiadores, por lo menos si no niegan el hecho, porque ese es positivo, si la parte directa que en él se atribuye al Soberano.

bleza. Carlos XI se aprovechó de ese poder que se le confería para organizar el ejército y aumentar la escuadra, fomentar el comercio, hacer el catastro con objeto de repartir equitativamente los tributos, y proteger las ciencias y las artes. Así pudo dejar en 1697 un reino poderoso y floreciente á su hijo Carlos XII. Declarado éste mayor de edad á los quince años, tuvo muy pronto que hacer frente á la coalición que Polonia, Dinamarca y Rusia habían hecho en contra suya. Acometió primero á Dinamarca, dictándole la paz en su propio territorio (1700); dirigióse en seguida contra Rusia, desbaratando en Narva con su pequeño ejército de 5.000 infantes, 3.000 caballos y 30 piezas al de 80.000 hombres que Pedro el Grande le opuso, cuyos soldados lo miraron en adelante con un terror supersticioso (1700); se hizo dueño de Polonia después de dos brillantes victorias sobre los polacos en 1702 y 1703; puso en el trono de ese reino á Estanislao



Stockolmo (Suecia) (estado actual).

Leczinski, y persiguió al destronado monarca Augusto II hasta sus dominios de Sajonia donde se había refugiado, imponiéndole condiciones humillantes; reanudó la guerra contra Rusia pasando el Niémen y el Niéper y barriendo como á rebaños sus ejércitos; pero habiendo entrado en Ucrania, donde la falta de víveres y un invierno crudísimo diezmaron á su gente, fué vencido en Pultava por el zar Pedro el Grande, que cayó sobre él con un ejército de 70.000 hombres (1709). Obligado á refugiarse en Turquía con una pequeña comitiva, pasó allí cinco años excitando al sultán contra Rusia, mientras Pedro el Grande se aliaba con Prusia, Polonia y Dinamarca para repartirse sus dominios. La dieta de Estocolmo, privada de su soberano, había perdido toda brújula, esforzándose en aplacar con sus súplicas á las potencias coligadas. Al fin logró Carlos XII que los turcos invadieran á Rusia y que envolvieran al ejército con que Pedro el Grande acudió á contenerlos, pero la paz, en malhora otorgada á Rusia por los turcos, gracias al talento de Catalina, la mujer del zar, y muy á despecho de Carlos XII, salvó á Rusia de un conflicto. Carlos XII salió de

Turquía en 1714; atravesó disfrazado el continente de Europa en diez y seis rapidísimas jornadas que hizo á caballo, y en que sólo uno de sus dos únicos acompañantes pudo seguirlo, y se presentó en Stralsund, donde no tardó en ser sitiado por los ejércitos coligados, los cuales se apoderaron de la plaza á pesar de la furiosa defensa que hizo. Pudo, con todo, salvarse Carlos XII y proseguir la guerra con mejor fortuna, estando ya á punto

de apoderarse del reino de Noruega, cuando una bala enemiga cortó el hilo de su azarosa existencia en las trincheras que tenía establecidas contra la plaza de Friederickstall (1718).



Carlos XII, rey de Suecia.

Carlos XII es una de las figuras más extraordinarias de la historia. Hablaba y entendía el latín tan perfectamente como su propio idioma sueco, siendo su autor favorito Quinto Curcio, á cuyo héroe Alejandro Magno había tomado por modelo. Sus cualidades características eran la determinación y la audacia, que no tenían límites. Era incansable, comía pan negro, sólo bebía agua, y dormía en el suelo envuelto en su capa. Se pasó la vida guerreando sin tregua ni descanso. Tenía fragnados en combinación con Alberoni, ministro de España, proyectos gigantescos que habrían cambiado la faz de Europa, y que hubiera sido muy capaz de realizar

si su temprana muerte no se lo hubiera impedido. Dejó á Suecia en un estado lamentable, habiendo descendido desde entonces á la categoría de potencia de segundo orden, del que no ha vuelto á levantarse (*).

Al morir Luis XIV en 1715 heredó la corona su bisnieto Luis XV, que estaba en la cuna. Ejerció la regencia Felipe, duque de Orleans, sobrino del rey difunto y hombre de costumbres disolutas y corrompidas, y tan destituido de sentido moral como de creencias religiosas, cuyo ejemplo contribuyó con las doctrinas racionalistas propagadas por los que se llamaban *filósofos* á pervertir á las altas clases de la sociedad francesa, preparando los sucesos de la revolución que ocurrió á fines de ese mismo siglo.

(*) Potencia de segundo orden en el terreno político; pero de primero por su cultura, en que rivaliza con Suiza, Dinamarca, Holanda y Bélgica, que pueden considerarse desde ese punto de vista y por su organización social como los primeros Estados del mundo.

Conspiración de Alberoni y Cuádruple Alianza.

Alberoni, hombre de talento, pero de ambición desmedida, ministro del rey de España Felipe V, concibió el proyecto de derribar al regente de Francia, sustituyéndolo por el mismo Felipe V, y de destronar también al rey de Inglaterra, restaurando allí la dinastía de los Estuardos. Contaba para la realización de esos planes con el concurso de Carlos XII de Suecia; pero la muerte de este soberano, que acabamos de referir, frustró sus gigantescos planes. Descubiertos en París los proyectos de Alberoni, formóse una coalición de Inglaterra, Francia, Holanda y el Imperio con objeto de derribar al ambicioso ministro. La guerra fué funesta para España, y Felipe V se vió obligado á despedir á Alberoni y á evacuar á Sicilia y Cerdeña, si bien le fueron concedidas Placencia, Parma y Toscana (1720).

Rápida ojeada sobre la historia de Polonia.

Polonia había llegado á ser á fines del siglo xv, como ya en otro lugar se ha dicho, el más importante y poderoso de los Estados eslavos. Estaba separada de los turcos por Moldavia, Valaquia y Transilvania; disputaba al Austria los reinos de Hungría y Bohemia, y á los caballeros Teutónicos la Livonia y la Prusia. Vencidos éstos, tuvieron que reconocérsele por vasallos y que cederle la soberanía sobre Danzig, Mariemburgo, la Pomerelia y otras ciudades y distritos (1466). Pero la constitución polaca adolecía de vicios profundos, el principal de los cuales consistía en el excesivo poder de la nobleza y en el estado de depresiva servidumbre de su población rural. La corona fué siempre electiva desde la extinción de la dinastía de los Jagelones en 1572, y la autoridad real estaba completamente anulada por la de la nobleza, la cual, además, no podía adoptar decisión alguna que no fuera por unanimidad de los innumerables miembros que la constituían, y que celebraban sus deliberaciones al aire libre, armados y á caballo.

La historia de Polonia está muy mezclada con la de Hungría, Bohemia y Lituania, países todos ellos que tuvieron muchas veces reyes comunes. En el reinado de Segismundo Augusto (1548-1572) Livonia quedó infeudada á Polonia, y Lituania pasó á ser un infantazgo de la corona (1569). Fué éste el último soberano de la dinastía de los Jagelones, que llevaba tres siglos reinando en Polonia. Acordaron los Estados que cuando muriera el soberano se reuniese la dieta para elegir sucesor y que nunca se le designase de antemano.

Enrique de Valois, que reinó poco después en Francia con el nombre de Enrique III, fué el soberano elegido, habiéndosele hecho saber á su avvenimiento las condiciones con que se le ofrecía la corona. Sólo ejerció el gobierno desde 1572 á 74, sucediéndole el vaivoda de Transilvania Esteban Balhoti, que en los once años de su reinado obtuvo muchas victorias sobre Rusia; pero que consintió, á pesar de su energía, que la nobleza cercenase todavía más su autoridad, sometiendo todos sus actos á la intervención de diez y seis senadores, sin cuyo consentimiento no era válida decisión alguna. Sucedióle en 1587 Segismundo III, hijo de Juan III, rey de Suecia, descendiente de los Jagelones por línea femenina, el cual renovó

todos los antiguos tratados de paz entre Polonia, Hungría, Bohemia y Austria; aseguró en 1592 su alianza con el emperador Rodolfo, casándose con su hermana, y en 1594, habiendo muerto su padre Juan III, heredó la corona de Suecia, que reunió en su cabeza á la de Polonia; pero su tío Carlos, á quien había nombrado administrador de Suecia, se apropió su puesto coronándose en 1604. Su hijo Ladislao disputó la corona de Rusia, adonde había sido llamado por gran número de boyardos, á Miguel Fedorovich, primer zar de la casa de Romanoff, y penetró hasta Moscov; pero los excesos que cometió su ejército le enajenaron las simpatías de los rusos. Trató inútilmente Segismundo de recobrar á Suecia; en 1620 se resignó á reconocer á Gustavo Adolfo, y murió en 1632. Su hijo Ladislao VII reinó hasta 1648, año mismo del tratado de Westfalia. Estuvo en guerra con Rusia, en la que llevó la mejor parte; pero no tuvo tiempo de ver realizado su pensamiento de ampliar las prerrogativas de la corona rodeándose de grandes fuerzas militares, con cuyo objeto había fomentado secretamente una rebelión de cosacos contra Polonia. Fué elegido para sucederle su hermano Juan Casimiro, que, habiendo provocado una guerra contra Carlos X de Suecia, sólo debió el conservar sus dominios á la coalición que el emperador Leopoldo, el rey de Dinamarca, el zar y el elector de Brandemburgo formaron en favor suyo para mantener el equilibrio (1657). En el reinado de su sucesor, Miguel Wisnovieski (1669-73), floreció el famoso Juan Sobieski, que ya se había dado á conocer en el de Casimiro como alférez real ó portaestandarte de la corona. Distinguióse éste por sus hazañas contra los tártaros y los turcos. En 1673, después de una famosa victoria que obtuvo sobre los últimos, fué elegido rey de Polonia en sustitución de Miguel, que había muerto la víspera de ella. Después de un reinado muy perturbado por dietas tumultuosas y por guerras contra los tártaros y los turcos, y de librar á Viena, sitiada por Kara Mustafá en 1683, murió en 1696, dejando á Polonia en gran decadencia, á pesar de los esfuerzos que hizo para restaurar su antiguo poderío.

El elector de Sajonia, Augusto II, su sucesor, fué destronado por Carlos XII de Suecia, como ya se ha dicho, y sustituido por Estanislao Leczinski; pero durante la decadencia de Carlos XII, Augusto se apoderó de nuevo de la corona, y la conservó hasta su muerte en 1733. Entonces fué llamado de nuevo Estanislao Leczinski al trono de Polonia por un partido numeroso apoyado por Francia, cuyo rey, Luis XV, estaba casado con su hija María Leczinska; por España, como aliada de Francia, y por Carlos Manuel III, rey de Cerdeña, que esperaba engrandecerse, mientras que el emperador Carlos VI y la zarina Ana Ivanovna tenían á Augusto III, elector de Sajonia, hijo de Augusto II. Ese último fué el que reinó, por el escaso apoyo que sus aliados prestaron á Estanislao para contrarrestar el poderoso con que Rusia favorecía á su contrario. El tratado de Viena de 1735 puso fin á esa guerra, que se llama de sucesión de Polonia, recibiendo Estanislao durante su vida y con título de rey, la Lorena, en compensación de Polonia, y Don Carlos, hijo de Felipe V, el reino de las Dos Sicilias, que él mismo había invadido y de que se había apoderado. Lorena habría de ser de Francia después de la vida de Estanislao, y la casa de Lorena recibiría el gran ducado de Toscana.

Principios del reino de Prusia.

Hasta los principios del siglo XVIII Prusia era sólo un ducado que poseían los electores de Brandemburgo, sucesores de los maestros de la orden Teutónica. El elector de Brandemburgo, Federico III, logró que el Emperador le diera el título de rey en 1701, y



María Teresa, archiduquesa de Austria y reina de Hungría.

se llamó desde entonces Federico I, siendo reconocido como tal rey de Prusia por el tratado de Utrecht. Su hijo Federico Guillermo I, que ocupó el trono desde 1713 hasta 1740, se dedicó á organizar un ejército que llegó á constar de 80.000 hombres, y del cual no hizo él uso alguno, pero que dejó á su hijo Federico II, en cuyas manos fué un instrumento para hacer de su nación una de las más temidas y poderosas de Europa.

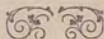
Guerra de sucesión de Austria.

Careciendo de hijos varones el Emperador Carlos VI, trató de hacer reconocer por todas las naciones por su heredera á su hija María Teresa, á quien había casado con el duque de Lorena, que llegó á ser por el tratado de Viena de 1735, á que ya hemos hecho referencia, gran duque de Toscana. A su muerte, en 1740, trataron varios soberanos de repartirse sus Estados. El rey de España aspiraba á Bohemia y Hungría; el de Cerdeña, al Milanésado; el de Prusia, á la Silesia; Francia, á que heredara el elector de Baviera el Imperio y á dominar, después del desmembramiento de los Estados de la casa de Austria, á todos los pequeños principados de Alemania.

Rompió las hostilidades Federico II de Prusia apoderándose de Silesia, mientras los franceses penetraban en Bohemia y coronaban á Carlos Alberto en Praga. María Teresa, aterrada, se presentó con su hijo en brazos á la dieta húngara reunida en Presburgo, y logró atraerse á la nobleza. Quince mil nobles magiares se pusieron en armas y limpiaron de enemigos el norte de Austria, hicieron la paz con el rey de Prusia dejándole la Silesia, y pusieron de su parte á Inglaterra y Holanda. La fortuna, que hasta entonces había acompañado á los franceses, les volvió la espalda, y tuvieron que abandonar á Bohemia y replegarse sobre el Rhin, después de sufrir varios reveses; pero la ayuda de Federico II de Prusia, que temiendo perder la Silesia rompió de nuevo las hostilidades poniéndose de parte de Francia, y que se apoderó de Bohemia mientras los franceses invadían á Holanda y á Flandes, donde el mariscal de Sajonia ganó la famosa batalla de Fontenoy, restableció sus negocios.

En 1648 se firmó la paz de Aquisgrán, que dejó intacta al Austria; al rey de Prusia, dueño de la Silesia; á Don Carlos, de las Dos Sicilias, y á Don Felipe le dió Parma, Plasencia y Guastala.

Guerra de Siete años. María Teresa, que deseaba recobrar á Silesia, logró poner de su parte á Francia por medio de la marquesa de Pompadour, manceba de Luis XV, á la reina de Polonia y á la emperatriz de Rusia. Tuvo, pues, que luchar Federico II contra varios ejércitos que lo rodeaban por todas partes, y la bastante habilidad y suerte para vencerlos á todos, lo que le granjeó fama de capitán eminentísimo. Inglaterra, que se había aliado con Federico II, aprovechó la ocasión para atacar en su comercio marítimo y en sus colonias á Francia y á España, que estaban unidas por lo que se llamó *Pacto de Familia*, celebrado en 1761, en que entraron también todos los Estados de Italia regidos por soberanos de la casa de Borbón. Por los tratados de Fontainebleau y de Hubertsburgo, que pusieron fin á la guerra en 1763, se reconoció á Federico II la soberanía de Silesia, y fueron devueltas á España varias plazas de que Inglaterra se había apoderado en sus colonias de América y de Asia, aunque perdió la Florida, de que la resarció Francia dándole la Luisiana. Francia perdió el Canadá y algunas de las Antillas.





CAPÍTULO X

TURQUÍA, PERSIA Y LAS TIERRAS DE ORIENTE

Los sultanes sucesores de Solimán el Magnífico.

Después de la muerte de Solimán el Magnífico en 1566, entró el imperio turco en una era de decadencia que puede decirse haberse prolongado sin cesar hasta nuestro tiempo. Los *genízaros*, milicia formada por cautivos á quienes desde la ni-



Una vista de Viena á principios del siglo XIX.

ñez se educaba para el oficio de las armas y que prestaron grandes servicios á los primeros sultanes turcos, desnaturalizados de su primitiva constitución por la concesión que se les hizo de formar familias y transmitir su oficio á sus hijos, se convirtieron en un elemento de perturbación, de desorden y de tiranía. Como las antiguas cohortes romanas del Pretorio, así los genízaros dispusieron á su capricho de la corona, haciéndose á la par verdaderos señores del Imperio; pero cada día más incapaces, no solo para engrandecerlo con conquistas y adquisiciones, sino para conservarlas ya hechas



Puerto del Dariel, entre Armenia y Georgia.

No dejaron, sin embargo, los turcos de ser una amenaza para la Europa cristiana en la segunda mitad del siglo *xvi* y en el *xvii*, por más que, en general, no hicieron sino perder terreno en Hungría y en las comarcas vecinas en el segundo de esos siglos, hasta ser definitivamente expulsados de ella en sus últimos años. En 1683, llamados por los húngaros, que no querían soportar el absolutismo á que cada vez más marcadamente iban inclinándose los soberanos de Viena, pusieron sitio á esta última ciudad, y ya le habían dado diez y ocho asaltos cuando el rey de Polonia, Juan Sobieski, acudió á salvarla. Fué esa la última empresa de importancia que efectuaron los turcos en el continente de Europa. Por el tratado de Carlovitz, celebrado en 1699, los turcos, después de sufrir muchos reveses en sus guerras contra el imperio de Alemania, á pesar de las ventajas que obtuvieron contra Polonia y Rusia, tuvieron que abandonar al Emperador Transilvania, Esclavonia y toda Hungría; á Venecia, la Morea, la isla

de Egina y muchas plazas de Delmacia; á Polonia, la Ukrania; y á Rusia, la Podolia. Muy poco después recobraron á Morea y trataron de restablecer su dominio sobre Hungría; pero experimentaron nuevos reveses que les obligaron á ajustar la paz de Passarovitz (1718), perdiendo nuevos territorios.

Un poder cada día más formidable se estaba levantando cerca de ellos, y había de ser su más temible enemigo: el imperio ruso, cuyos soberanos, desde Pedro el Grande en adelante, tuvieron por mira reconstituir el destruído imperio bizantino. Y ciertamente habrían logrado apoderarse de Constantinopla y expulsar de Europa á los turcos en el siglo XVIII ó, cuan-



Persia.—Vista de Teheran

do más tarde, en la primera mitad del XIX, si las potencias occidentales, ya recelosas de su excesivo poderío, no se hubieran varias veces coligado en contra suya. Pero ya hemos dicho que no tenían los turcos por únicos enemigos á los cristianos, sino también á los persas, que los acosaban por sus confines orientales, y que les arrancaron también extensos territorios en la primera mitad del siglo XVIII. Una revolución puso en el trono de Persia á Nadir, quien de salteador de caminos se había levantado hasta el puesto de gran visir, y después al de sultán (1736). Este no sólo quitó á los turcos después de prolongadas guerras la Armenia, la Georgia y otras provincias del Asia, sino que sometió á los afghanes y cabules que se le habían rebelado y penetró en la India, donde ganó al Gran Mogol la batalla de Karnal y se apoderó de Delhi, que entregó á las llamas después de hacer espantosa carnicería en sus habitantes (1739). Murió asesinado en 1747, entrando entonces Persia en un período de oscuridad, decadencia

y luchas civiles que se prolongó hasta los últimos años del siglo XVIII.

Los turcos lograron recobrar las provincias que habían cedido al emperador de Alemania por el tratado de Passarowitz, pero en sus guerras contra Rusia sólo experimentaron reveses, habiendo tenido que suscribir Abdul Hamid en 1774 el humillante tratado de Kaznardgi. Trató ese sultán de organizar su ejército y su armada al estilo de Europa, pero todos sus esfuerzos para restablecer el poderío turco fueron inútiles, habiendo tenido su sucesor, Selim III, que suscribir en 1792 el tratado de Yassy, que fijaba los límites de Turquía en el río Niester.

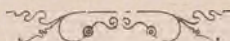
Imperio del Gran Mogol.

El imperio de los mongoles en la India llegó á su apogeo en el reinado de Shah Tahan, nieto de Akbar (1628-1658). Ciertamente es que perdió la provincia de Kandahar, que le quitaron los persas; pero se hizo dueño del reino de Ahmednagar en el Dekan, é impuso tributos á Bijapur y á Golconda. Destronó en 1658 su hijo Aurengzeb, que no obstante su impío comportamiento con su padre, á quien tuvo recluído en una prisión hasta su muerte en 1666, fué un gran príncipe. Reinó desde 1658 hasta 1707. En su tiempo los rajputes recobraron su independencia (1679); se fundó el reino de los maharatas (1674), y los sikés amenazaron las fronteras del noroeste del Imperio. Aurengzeb se propuso someter el Dekan. Tras una guerra de veinticinco años sin resultado, se puso él mismo al frente de un inmenso ejército (1683) y después de cinco años de lucha logró subyugar á Bijapur y á Golconda; pero tuvo entonces que habérselas con los maharatas, á quienes la ruina de los Estados musulmanes había dejado libres. Aurangzeb murió en 1706 en Ahmednazar, sin haber visto en veintitrés años sus dominios hereditarios del Indostán. En él puede decirse que acabó el imperio mogol. Sus sucesores fueron perdiendo sus Estados uno tras otro. En 1720 se hizo independiente el Nizam Azaf Shah, llevándose casi todo el Dekan, y en 1732 el gobernador de Audh, mientras los sikés hacían horribles estragos en las fronteras del noroeste, el poderío de los maharatas tomaba incremento en el sur, y los europeos iban introduciéndose en el país. Pero antes de caer en manos de los ingleses, la capital de los mongoles fué tomada dos veces: la primera en 1739, por el sultán de Persia Nadir, como ya hemos referido, y diez años después, por Ahmed Shah Durani, que habiendo sido elegido rey por las tribus afghanas después del asesinato de Nadir, condujo á sus súbditos al saqueo de la India, repitiendo seis veces sus incursiones (1747-1761), á que en vano trataron de oponerse los maharatas, pues fueron desbaratados en la batalla de Panipat.

Otros reinos de la India.

La dinastía maharata, fundada en Raigar por Sivaji en 1664, duró poco tiempo. Su hijo Sambhaji estuvo en guerra constante con el Mogol y con los portugueses, y cayó prisionero de Aurengzeb en 1689. A la muerte de este monarca fué restablecido en el trono Salm, hijo de Sambhaji, que se había educado en la corte del Mogol; pero le fué usurpada la corona por su ministro Balaji, en quien había depositado su confianza. Los sucesores de éste aumentaron sus dominios, y quitaron Bassein á los portugueses. La caballería maharata amenazó á Delhi, al

Penjab, á Bengala y á Misore, pero las conquistas de los confederados arruinaron su poder, y el imperio de los maharatas se fraccionó en cinco Estados con sendos soberanos; el de Pechvas, en Puna; el de Bhonelas, en Nagpure; el de Sindhia, en Gwalior; el de Hókar, en Tudore, y el de Guikowar, en Baroda. La batalla de Panipat señala la decadencia de los reinos maharatas; pero fueron necesarias tres guerras (1779-1781, 1803-1804, 1817-1818. para someter á los maharatas al yugo británico.





CAPÍTULO XI

EL SIGLO XVIII HASTA LA REVOLUCION FRANCESA

Rusia, Polonia y Suecia en el siglo xviii Desde la muerte de Pedro el Grande hasta el advenimiento de Catalina II, el gobierno interior de Rusia estuvo entregado á ministros y favoritos que hicieron el uso más tiránico de una autoridad que solían deber á intrigas de la peor especie, persiguiendo y desterrando á los que se la disputaban ó les hacían sombra. Pedro II, que entró á reinar en 1762, fué muerto por orden de su propia mujer, la célebre Catalina, á quien llamaron sus contemporáneos la *Semiramis del Norte*, que poseía indiscutiblemente grandes dotes para el gobierno, pero por diversas condiciones morales.

Desde Augusto II, soberano impuesto á Polonia por Pedro el Grande, y que fué su juguete, puede decirse que acabó la independencian de ese antes poderoso reino. A su muerte, en 1733, la dieta polaca proclamó al mismo Estanislao Leczinski, á quien ya Carlos XII de Suecia treinta años antes había puesto en el trono, y aunque Francia apoyase á Estanislao, que era suegro de su rey Luis XV, triunfó su adversario el elector de Sajonia Federico Augusto III, preferido por la zarina de Rusia Ana Ivanovna, que lo impuso á la nación polaca, y que ésta tuvo que aceptar mal de su grado (1733). De allí en adelante Rusia no guardó á Polonia consideración de ninguna clase, tratándola enteramente como un Estado vasallo con consentimiento del mismo Augusto III. Los ejércitos rusos atravesaron varias veces el territorio de Polonia para hacer la guerra á Prusia sin siquiera pedir permiso al soberano.

Catalina de Rusia, después de matar á su marido, tuvo la habilidad y la energía bastante para imponerse á sus propios súbditos y para hacerse

respetar por las naciones extranjeras. Cuando se vió asegurada en el trono, pretendió destronar á Augusto III, á quien odiaba, y dar la corona de Polonia á Estanislao Poniatowski, hombre oscuro y antiguo amigo suyo, á pesar de las protestas de las potencias de Europa; pero la muerte en 1763 de Augusto III facilitó la realización de sus designios. Impúsose por la violencia á la dieta polaca, y puso en el trono á Estanislao Poniatowski (1764). Este príncipe, tomando en serio su papel de soberano y comprendiendo los graves defectos de que adolecía la constitución del Reino, causa indudable del estado de postración á que había venido, se propuso engrandecer la autoridad real, sin anular los privilegios de la nobleza; pero Catalina, en cuyas miras no entraba el robustecimiento de un reino cuya disolución tenía ya decidida, se valió de todos los recursos que le sugería su astucia para presentar á los polacos como atentatorios á sus libertades los proyectos de Estanislao, al mismo tiempo que en nombre de la libertad de conciencia se declaraba protectora de los protestantes de Polonia, á quienes Estanislao y los católicos habían excluido de los cargos públicos. Humillados los polacos por la situación de dependencia á que había venido su país respecto á Rusia, se levantaron en armas, contando con que el Rey los apoyaría; pero éste, temeroso del poder de Rusia, se hizo el agente más sumiso de Catalina, y los rebeldes fueron vencidos, sin que ninguna potencia europea se arriesgase á tenderles la mano. Sólo una osó tomar su defensa, y ésa fué Turquía; pero sus ejércitos y sus escuadras sufrieron grandes y continuos reveses en esa guerra, que duró desde 1769 hasta 1774. La astuta Catalina combatió en ella con las armas y con la política, promoviendo la insurrección de los griegos contra los turcos y enviando allí una escuadra para apoyarla. Ya habían conquistado los rusos la península de Crimea, Moldavia y Valaquia, cuando Catalina, para romper la alianza que Turquía acababa de hacer con Austria, propuso á esta última potencia y á Prusia la repartición de Polonia.

A pesar de la valerosa resistencia de los polacos, verificóse la llamada primera repartición de Polonia en 1773. Austria, Rusia y Prusia se adjudicaron sendos territorios de ese reino, tratando de justificar con antiguos títulos su usurpación, y garantizando á los polacos la independencia del que les dejaron.

La guerra con Turquía acabó al año siguiente por un tratado en que esa última potencia concedía la independencia á Crimea y vastos territorios á Rusia, además de la libre navegación del mar Negro y del Helesponto. En 1783 se apoderó Catalina de Crimea, haciendo una horrible matanza en sus habitantes, después de haber celebrado dos años antes, para evitar toda protesta del Austria, un tratado secreto con José II, en que le concedía, á cambio de su libertad de acción en Crimea, dejársela amplia por su parte para apoderarse de Baviera. Ambos soberanos habían reconocido antes la independencia de Grecia, que no llegó á verificarse hasta cincuenta años después.

Suecia, quebrantadísima por las guerras de Carlos XII, introdujo grandes mudanzas en su constitución después de su muerte, disminuyendo la autoridad del rey hasta hacerla casi ilusoria. Semejante régimen tenía que producir la anarquía, y, efectivamente, la produjo durante un período

de cerca de medio siglo, en que pasó la corona por una serie de príncipes, de los cuales Federico de Holstein, que murió en 1771, apenas tuvo sino el nombre de soberano, habiéndosele privado hasta del derecho de dirigir la educación de sus hijos. Sucedióle Gustavo III, su hijo, hombre hábil, que, conecedor de todos los vicios de la constitución sueca, se propuso corregirlos, valiéndose para ello del recurso de atraerse mañosa y cautelosamente al ejército, y hacerlo instrumento de sus planes. Verificado el golpe de Estado, redactó él mismo una constitución en que se devolvía al rey el derecho de hacer tratados con las naciones extranjeras, de elegir los senadores y de nombrar los empleados; pero que dejaba á las Cortes ó Estados, que sólo se reunirían cuando el rey los convocase, la facultad de legislar y de declarar la guerra. Dado ese paso, se dedicó á la gobernación del Reino, que logró poner en un alto grado de prosperidad, introduciendo multitud de innovaciones útiles.

Fué Gustavo III el único soberano de Europa á quien no logró ganar Catalina de Rusia con sus artimañas, y que le declaró la guerra cuando se ocupaba ella en la conquista de Crimea. Ya había conquistado la Finlandia, cuando el ejército se negó á seguirlo (1788). Aprovechó la coyuntura Gustavo para pedir á las Cortes mayor amplitud de poderes, y una vez que le fué concedida, prosiguió la guerra, aunque sus fuerzas eran muy escasas para estorbar los proyectos de Rusia. Ya estaba decidido á intervenir á mano armada en los asuntos de Francia, que ardía en plena revolución, cuando fué muerto de un pistoletazo en un baile de máscaras por un capitán que era enemigo personal suyo, y que estaba afiliado en una conspiración de personas de la nobleza que desaprobaban sus reformas (1792).

Ya hemos dicho que los ingleses habían fundado en el siglo XVII en el continente septentrional de América varias colonias que se gobernaban por procedimientos representativos y con bastante autonomía, sin que pesase apenas sobre ellas la autoridad del rey de Inglaterra, cuya representación tenían ciertos funcionarios investidos de muy pocas facultades políticas, y aun menos administrativas.

El Parlamento Inglés estableció en 1763 la contribución del papel sellado, que habría de pesar sobre los colonos, y que éstos, fundados en el derecho de que como ingleses gozaban de no pagar sino aquellos tributos en que hubiesen previamente consentido, se negaron á aceptar. Retirada por el gobierno inglés su exigencia, creyó eludir la dificultad estableciendo un impuesto indirecto sobre ciertos artículos, como el vidrio, el papel y el té (1767). La medida no fué mejor acogida que la anterior, y el gobierno metropolitano desistió igualmente de ella en su mayor parte, pero sosteniendo el impuesto sobre el té, que representaba una cantidad harto pequeña. Pero como aceptar ese gravamen significaba para los colonos reconocer en el Parlamento de Inglaterra el derecho de imponerles tributos sin su consentimiento, se obstinaron en no aceptar la medida; y como insistiera en ella el gobierno de la Metrópoli, estalló en 1773 un motín en Boston, al que siguió la resolución del Congreso general reunido en Filadelfia, de suspender toda relación comercial con Inglaterra (1773). Las

quejas de ese congreso tenían por blanco el parlamento británico, no la corona. Tratóse de ceder ante la actitud hostil de los colonos, pero un mal entendido orgullo arrastró á las Cámaras británicas á sostener su determinación, acuerdo que fué la señal de la rotura de las hostilidades. El primer encuentro tuvo lugar en Léxington, donde una pequeña fuerza inglesa fué obligada á abandonar el campo (1775). En 1776 púsose al frente de los americanos Jorge Wáshington, oficial que se había ya distinguido en las gue-



Carlos III, rey de España.

rras reñidas años anteriores en el Canadá entre ingleses y franceses. Ya se habían sostenido varios combates, sin que los Estados hubieran dejado de protestar de su sumisión al rey de la Gran Bretaña, cuando acabó de abrirse camino la idea de independencia, que muchos y distinguido publicistas venían sosteniendo y á que la opinión iba poco á poco inclinándose, y los representantes de los Estados, reunidos en Filadelfia en congreso general, la proclamaron formal y solemnemente el 4 de Julio de 1776. Mandaron los Estados varios comisionados á Europa, entre los cuales estaba el famoso Benjamín Franklin, el inventor del pararrayos, á solicitar la

alianza de Francia y de otras potencias, logrando después de muchas gestiones obtener la de Francia (1778), la de España (1779) y la de Holanda (1780), que se vieron por tal motivo envueltas en guerra con la Gran Bretaña. España, donde reinaba Carlos III, hijo de Felipe V, quien había trocado el trono de Nápoles por el de España á la muerte de su hermano Fernando VI, aprovechó la coyuntura para poner sitio á la plaza de Gibraltar, de que estaban en posesión los ingleses desde la guerra de Sucesión; pero no pudo vencer la valerosa resistencia de su gobernador Elliot, secundada por la flota inglesa, que llevó auxilio á los sitiados cuando tenían agotados todos los recursos. En cambio, pudo España recobrar la isla de Menorca y la Florida.

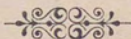
En las Antillas, en las Indias Orientales y en todos los mares del Globo combatió Inglaterra contra las potencias que se habían aliado con sus colonos rebeldes, y en general con fortuna, porque ya entonces su poder naval era muy considerable. Los americanos entretanto prose-

guían sosteniendo con vario suceso la guerra en su propio territorio. La capitulación del general inglés Cornwallis en Yorktown en 1781 decidió



Fernando VI, rey de España.

por fin á la Gran Bretaña á reconocer la independenciam de los Estados Unidos; pero la paz definitiva entre todas las potencias no se hizo hasta 1783 en Versalles.





CAPÍTULO XII

ESTADO MORAL Y MATERIAL DE EUROPA Á FINES DEL SIGLO XVIII

**Progresos verificados
en lo material de la
existencia desde el
principio de la Edad
Moderna.**

Los progresos de las ciencias que se fundan en la observación y la experiencia y los de sus aplicaciones á la práctica, fueron verdaderamente asombrosos en los siglos XVI, XVII y XVIII, y dieron por resultado un cambio radical en el modo de vivir y un notable aumento en las comodidades, al propio tiempo que abrieron campo dilatadísimo á la inteligencia humana, dándole un conocimiento más exacto de la naturaleza de las cosas. Muchos hechos relativos á las propiedades de la materia, muchos instrumentos que han venido en nuestros días á convertirse en elementos importantísimos de trabajo y que han traído cambios profundos en la producción de las cosas, y de rechazo, en la organización de las sociedades, eran ya conocidos en la antigüedad más remota; pero no salieron de un reducido círculo de especialistas que, ó estaban interesados en conservarlos secretos, ó ningún empeño tenían en divulgarlos; pero la imprenta hizo imposible del siglo XVI en adelante que los conocimientos poseídos por un corto número de individuos dejaran de entrar en el caudal común intelectual de la humanidad en brevísimo tiempo. Así vemos que hasta mediados del siglo XV, los progresos de las sociedades en el orden material respecto á los antiguos, ó fueron nulos ó negativos. Los hombres del siglo XIV no vivían mejor ni con más comodidades que los antiguos romanos y griegos, sino antes al contrario, en mayor grado de atraso y más desprovistos de elementos para la vida. Cierto es que á principios del siglo XV se habían ya inventado la brújula y las armas de fuego, que los antiguos no habían conocido; pero, á trueque de esas dos invenciones, de que

por otra parte ningún partido había podido todavía sacarse, ¡cuántas otras ventajas de que habían disfrutado los antiguos les estaban negadas! Los hombres del siglo xv tenían peores viviendas, peores caminos, peor calefacción, muchas menos comodidades, en suma, que los romanos del tiempo del Imperio, que vivían en ciudades maravillosas, dotadas de agua abundantísima, de termas, de anfiteatros, en comunicación expedita por vías soberbias con las más remotas regiones del mundo, y que un comercio muy activo se encargaba de tener abastecidas de todo lo necesario y aun de lo supérfluo. Para los antiguos romanos eran mucho más breves las distancias que para los hombres de la Edad Media; hacíaseles más pequeño el mundo; tenían una idea más amplia de las cosas, de la naturaleza y de la vida. La



Isaac Newton, eminentísimo matemático y físico inglés del siglo xvii.

idea del progreso en relación al tiempo no había podido nacer, por consiguiente, en hombres como los del siglo xv y xvi, que más tenían que admirar, que aprender y que imitar de los antiguos que hubieran podido enseñarles. Pero á partir del siglo xv hubo un cambio radical, á que se ha dado el nombre de *Renacimiento*, y de ese cambio no nos cansaremos en repetir que fué la imprenta el principal si no el único agente. Ella puso las ciencias, las artes, la literatura y los conocimientos de los antiguos al alcance de todo el mundo. Copiáronse su arquitectura, sus artes, sus sistemas de guerra, sus leyes, su

organización, y hasta sus lenguas, que llegaron á vulgarizarse hasta el punto de haber en los siglos xvi, xvii y xviii escritores latinos y griegos que casi podían competir con los de la antigüedad clásica.

Las invenciones y los descubrimientos en el terreno de las ciencias matemáticas, físicas y naturales se multiplicaron y sucedieron con rapidez vertiginosa. Leonardo de Vinci dió á conocer un cañón de vapor cuya invención atribuye al antiguo sabio Arquímedes; Galileo investigó las leyes á que obedece la caída de los cuerpos é inventó el telescópic; Torricelli, Kepler, Newton, Leibnitz, Descartes é infinitos más cuya relación sería interminable, trabajaban en la oscuridad y el silencio, mientras Europa ardía en guerras ó en disensiones políticas y religiosas, é hicieron dar á los conocimientos humanos en el orden material pasos gigantescos que se tradujeron muy pronto en aplicaciones prácticas. Ya en el siglo xvii se comenzaron á emplear en Inglaterra máquinas de vapor para los trabajos de las minas, se vulgarizó el uso de los relojes, el de las bombas neumáticas, y se usaron multitud de artefactos y combinaciones mecánicas en sustitución de la labor manual, que tan extraordinario desarrollo habían de adquirir en los dos siglos siguientes.

Decadencia moral y religiosa de las sociedades del siglo XVIII.

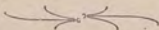
Pero, desgraciadamente, esos progresos en las ciencias y artes materiales no iban acompañados de progresos análogos en el orden puramente intelectual y en el moral. El orgullo cegó á los hombres y llegaron á creerse omnipotentes. Desecharon toda fuente de sabiduría extraña á la razón humana, y la incredulidad y el escepticismo fueron haciendo de día en día mayor número de prosélitos, no precisamente entre los hombres cuya poderosa inteligencia y cuyos estudios habían dado fundamento á tales arrogancias, sino entre los superficiales é ignorantes, que admiraban sus trabajos sin comprenderlos, ó comprendiéndolos sólo á medias é imperfectamente. Multitud de escritores, haciéndose intérpretes de esas ideas racionalistas, exponiéndolas con una lógica aparente, pero adecuada para llevar el convencimiento á los ánimos superficiales, y vistiéndolas con las galas de un lenguaje lleno de encantos, las propagaron en sus obras. Las familias soberanas, las altas clases sociales, los hombres de letras, los mismos eclesiásticos, todos aquellos elementos de la sociedad, en suma, de donde salen los que la rigen, gobiernan y conducen, fueron los primeros y más hondamente contaminados por la plaga racionalista, que fué poco á poco penetrando y descendiendo hasta lo más bajo de las clases populares en la forma de grosero materialismo que había de tomar entre la gente inculta y mal preparada para recibir tales ideas y principios. Y no fué sólo en la sociedad francesa, como creen muchos, sino en todas las de Europa, donde hicieron estragos las nuevas doctrinas; habiendo la lengua francesa, muy divulgada y conocida entre las altas clases sociales, contribuido en gran manera á transmitir las.

Todos los principios religiosos y morales en que descansan las sociedades humanas estaban, pues, gravemente quebrantados y profundamente corroidos en el siglo XVIII, principalmente entre las clases sociales más distinguidas por la riqueza y la cultura intelectual.

Absolutismo político. El absolutismo, como forma de gobierno, predominaba en el siglo XVIII en casi todas las naciones del continente de Europa. Unas naturalmente y otras forzadas por la necesidad, habían ido adoptándolo para ponerse en condiciones de luchar con aquellas en que había adquirido ese régimen su mayor desarrollo; no pudiendo dudarse que el absolutismo real, al centralizar en un punto del territorio y al poner en unas manos todas las fuerzas de una nación, es el más adecuado para hacer de ella una poderosa máquina de guerra. Los pueblos de Europa en que no había resultado ese régimen del natural desenvolvimiento de sus instituciones, tuvieron que entrar por él para hacer frente á aquellas en que se había ya implantado, y especialmente al poder de Luis XIV de Francia. La que, como Polonia, se aferró á sus instituciones, tuvo que sucumbir y disolverse en su choque con las otras. La misma Holanda, tan contraria al gobierno personal, se vió obligada á restablecer el *statu derato* á que debía su existencia, y que le había permitido luchar victoriosamente contra Felipe II y sus sucesores. Sólo con ese régimen absoluto pueden tenerse esos inmensos ejércitos permanentes á que Luis XIV, Federico de Prusia y Catalina de Rusia debie-

ron sus victorias; ejércitos completamente desconocidos para Carlos V, Felipe II y demás reyes de la casa de Austria, que pasaban mil apuros para mantener los pequeños ejércitos que defendían sus derechos, y que se apresuraban á licenciar en cuanto dejaban de necesitarlos. Los gobiernos centralizados, los grandes ejércitos y la fuerza militar de las naciones, son no sólo los mayores enemigos de las libertades individuales, sino del todo, incompatibles con ellas. ¡Hasta qué extremo no habrán tenido que menguar esas libertades y qué desarrollo no habrá tomado el absolutismo, sea ejercido por reyes, sea por Estados, para hacerse posibles ejércitos permanentes tan enormes como los actuales, que tan chicos dejan á los del siglo XVIII! Hasta las instituciones libérrimas de Inglaterra, que han podido resistir, aunque con algún quebranto, á la dura prueba de los ejércitos permanentes del siglo XVIII y de la primera mitad del XIX, están amenazadas de sucumbir ante los ejércitos innumerables que las exigencias de nuestro tiempo quizás la obliguen á poner sobre las armas.

No puede negarse, sin embargo, que el absolutismo ha sido desde ciertos puntos de vista en alto grado beneficioso para los pueblos. Sólo por medio de la centralización de los poderes y de los resortes de la administración han podido implantarse multitud de reformas convenientes de orden económico, difundirse la enseñanza, unificarse las leyes y llevarse á cabo grandes obras de utilidad pública que las fuerzas individuales aisladas ó que las de pequeñas colectividades no habrían podido poner en práctica; pero tales beneficios sólo han podido obtenerse á costa de la libertad de los hombres, y atrofiando en ellos ese espíritu de iniciativa que tan gloriosos hechos produjo en las generaciones pasadas. Los reyes, por otra parte, al anular las fuerzas individuales y sociales de los pueblos tendiendo á nivelarlo todo bajo sus tronos, acabaron con la nobleza guerrera de la Edad Media, que si bien mermaba la autoridad real, era su más sólido cimiento. Anulada la nobleza después de largos siglos de lucha, quedó solo y aislado el trono, sin antemural ninguno que se interpusiese entre él y la muchedumbre, y tenía que desplomarse al primer embate.





CAPÍTULO XIII

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Psicología de la revolución francesa.

La usurpación de la autoridad real por la muchedumbre ó por entidades individuales ó colectivas que se atribuyen la representación de la muchedumbre, y un extraordinario incremento de las atribuciones de esa autoridad, ó, diciéndolo de otro modo, un recrudecimiento del absolutismo hasta convertirse en la más desenfadada tiranía sobre las personas: tales son los caracteres esenciales de la revolución francesa, ó, para decirlo con más precisión y exactitud, del movimiento político general cuya primera manifestación fué la revolución francesa; movimiento de muy largo desarrollo de que toda vía están animadas las sociedades europeas, y que puede ser considerado como causa motriz de todas las turbulencias que las han afligido desde entonces hasta nuestros días.

Sucesión de los acontecimientos por que se manifestó el movimiento revolucionario en Francia desde su principio hasta la restauración.

Al subir Luis XVI al trono de Francia en 1774, encontró la hacienda en una situación deplorable á causa de la mala administración y de los excesivos gastos que para sostener las guerras se habían hecho en los reinados de sus predecesores. El enjugar el déficit era un problema de muy difícil solución en un tiempo en que los ingresos del erario eran relativamente escasos; pues aunque los pueblos estuvieran agobiados por gabelas y tributos, no se destinaban sólo éstos á nutrir el tesoro público, sino las rentas de los propietarios del suelo, compuestas en gran parte de los antiguos derechos feudales que aún se conservaban. Con objeto de poner remedio á tal estado de cosas, convocó el Rey en 1787 y 1788 sendas asambleas de

notables, que habiéndose disuelto sin resolver nada práctico, le obligaron á acudir á los Estados generales, que se reunieron en 1889 en Versalles. Llamábanse en Francia *Estados* lo que en los reinos de España *Cortes*, en los de Alemania *Dietas* y en Inglaterra *Parlamentos*, y se componían, como siempre, y en todas partes se habían compuesto tales asambleas, que tenían su origen en la Edad Media, de representaciones de las tres clases de que



Luis XVI, rey de Francia.

estaban constituidas las sociedades en esos tiempos: de la nobleza, del clero y de las comunidades ó estado llano. Esa separación de clases, muy natural cuando realmente existían tales clases y eran la nobleza y el clero verdaderos poderes del Estado, el primero por la fuerza material y el segundo, por la moral de que disponían, carecía de razón de ser en el siglo XVIII, en que de la nobleza ó *brazo militar*, como muy comúnmente se la había llamado, sólo

quedaban nombres y títulos, pero sin fuerza de ninguna clase, y en que el clero había perdido la poderosa influencia espiritual que le había permitido en la Edad Media imponerse á las más altas potestades temporales. Los Estados generales de 1789 no fueron, pues, sino una asamblea popular en que predominaban todos los principios de rebeldía en que se inspiraba la sociedad del siglo XVIII. Todo lo entonces existente que significase autoridad divina ó humana, categorías, diferencias de clase ó libertades individuales, cayó por tierra, subsistiendo sobre todo aquel enorme montón de ruinas la tiranía más desenfadada ejercida en nombre del Estado, ora por corporaciones más ó menos numerosas, que se llamaron Asamblea nacional y Convención, ora por pequeños grupos de individuos que se calificaron de directores y de cónsules, ora por uno solo. Este, que se alzó con el mando en nombre del pueblo, de la misma manera que diez y ocho siglos antes lo había hecho Octavio Augusto, tomó como él el título de emperador, y fué el célebre Napoleón Bonaparte, cuyo poder despótico no fué igualado ni por el de Luis XIV ni por el de ningún soberano asiático.

Las alteraciones de Francia y el temor de que las doctrinas antimonárquicas de los revolucionarios franceses pusiesen sus tronos en peligro, movieron á los reyes de Europa á organizar diversas coaliciones contra ellos.

Esas guerras, en que al principio estuvo la ventaja tan pronto de una parte como de la contraria, acabaron por serles desastrosas cuando la fortuna puso al frente de los ejércitos franceses al dicho Napoleón Bonaparte, que por sus talentos militares igualó á los más célebres conquistadores que figuran en la historia del mundo, y superó á los más de ellos. Los revolucionarios franceses, valiéndose de su autoridad despótica sobre el pueblo, levantaron desde un principio ejércitos inmensos para oponerlos á los de los reyes coligados; pero Napoleón, no sólo dispuso á su albedrío de la población varonil de Francia, sino que arrastró tras de sí en sus ejércitos á la de los pueblos que sometió más ó menos directamente á su dominio. En la expedición que dirigió contra Rusia en 1812, que fué la última de sus grandes campañas, su ejército, que pasaba de medio millón de hombres, se componía de franceses, sajones, bávaros, polacos, suizos, españoles, italianos y otras muchas naciones. En el profundo desprecio que él, digno representante de la Revolución, hacía de la vida humana y de los hombres, á quienes consideraba como meros instrumentos de sus designios, érale indiferente que los que componían sus ejércitos pertenecieran á una nación ó á otra, con tal que fueran fuertes para resistir las inclemencias del tiempo y aptos para el combate. Llamábalos *carne de cañón* y los trataba, así fueran príncipes soberanos, así individuos de las últimas clases sociales, con la mayor altanería.

Transformación del mapa de Europa.

Las guerras de la Revolución, entre las cuales hay que comprender también las del Imperio, duraron desde 1792 hasta 1815, y transformaron el mapa político de Europa. principalmente el de Alemania, cuyo imperio quedó disuelto, así como completamente variados en número, organización y fronteras los muchísimos Estados que lo componían. Al antiguo Imperio Germánico sucedió la Confederación del Rin, formada por reinos y principados vasallos de Napoleón; y á ésta, la Confederación Germánica, cuya existencia se prolongó hasta el año 1866, en que á consecuencia de la guerra entre Austria y Prusia, salió Austria de la Confederación y se constituyó la de Alemania del Norte, en que tenía el reino de Prusia la hegemonía; constitución que experimentó un nuevo cambio en 1871 con la creación del imperio de Alemania, que se compone de veintitantos Estados con diferentes denominaciones, de los cuales el principal es el reino de Prusia, con cuyo soberano, que lleva el título de emperador, están todos ellos ligados por vínculos semejantes á los del antiguo vasallaje.

La revolución en los demás Estados de Europa.

Se cree muy generalmente que las guerras de la Revolución llevaron los gérmenes de los principios que la habían producido en Francia á los demás países de Europa. El hecho de haberse experimentado los efectos de los principios revolucionarios hasta en países tan ajenos al movimiento intelectual y moral de Europa como Turquía y Persia, donde nunca pusieron el pi los ejércitos franceses, demuestra cuán inexacto es ese supuesto. Los gérmenes revolucionarios existían, como hemos dicho, no sólo en Francia sino en toda Europa, y no habrían tardado en desarrollarse y dar sus frutos aun sin

las campañas y victorias de los ejércitos franceses. Puede á lo sumo aceptarse que las desmembraciones territoriales y las perturbaciones y desórdenes que produjeron esas guerras, acelerasen y diesen un carácter violento é tumultuoso á transformaciones políticas que naturalmente habían de tener efecto en todo el curso del siglo XIX, y que podrá discutirse si han sido y no convenientes, pero que hay que reconocer como fatalmente inevitables.

Movimiento político en los países de raza inglesa.

Inglaterra y los Estados políticos constituidos por pueblos de raza inglesa, parecen exceptuarse de la ley general á que ha obedecido la evolución política de los demás pueblos europeos. Esa divergencia no tiene su punto de partida en la época de la revolución francesa, sino siglo y medio antes, por lo menos, fecha aproximada de las alteraciones religiosas y políticas que ocasionaron el destronamiento y muerte de Carlos I, y hay que atribuir la en gran parte á la situación insular de Inglaterra, hecho que por excesivamente material que parezca, al permitirle sustraerse á las formas orgánicas que las guerras continentales obligaron á adoptar á los demás Estados de Europa, dieron otra dirección á las líneas de su política interna. El absolutismo monárquico terminaba precisamente en Inglaterra cuando comenzaba á establecerse en los Estados del Continente; los Parlamentos renacían allí con vida vigorosa cuando se extinguían ó reducían á meras fórmulas tradicionales en Francia, España y Alemania; los ejércitos permanentes se suprimían en Inglaterra precisamente cuando se creaban en Francia, España y otros países; la riqueza pública crecía en Inglaterra al compás que iba dilatándose su imperio colonial, mientras los gastos enormes ocasionados por las continuas guerras y las devastaciones de territorios, sumían en la miseria á los pueblos del continente de Europa. No es, pues, extraño que las ideas revolucionarias, al caer en suelos tan distintamente preparados para recibirlas, produjesen frutos tan completamente diferentes.

Primeros hechos de Napoleón Bonaparte.

En Córcega, isla que en 1768 fué cedida á Francia por la república de Génova, á la que había pertenecido hasta entonces, nació en 1769 Napoleón Bonaparte, hijo segundo de un hidalgo de ella. A los diez y seis años era subteniente de artillería del ejército francés, y á los veinticuatro general de brigada, por la parte que tomó en algunos de los frecuentes disturbios de aquella azarosa época y, principalmente en el rescate de la plaza marítima de Tolón de manos de los ingleses, que poco antes se habían apoderado de ella. En 1796, puesto al frente del ejército de Italia, desbarató sucesivamente á cinco ejércitos, todos superiores en número al suyo: uno piemontés y cuatro austriacos. La paz de Campo Formio, solicitada por el rey de Cerdeña, el Papa, los duques de Parma, Módena y Toscana y el Emperador, puso fin á esa guerra que le granjeó inmenso renombre. Resultado de ella fué la constitución de la llamada «República Cisalpina», en el Norte de Italia, y la cesión por parte del Emperador á Francia de los Países Bajos austriacos con toda la orilla derecha del Rhin.

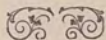
El Directorio que entonces gobernaba á Francia, inquieto por el prestigio que habían dado sus victorias á Napoleón Bonaparte, por las condiciones de talento que había demostrado poseer y por la ambición que, no sin

razón, se le suponía, aceptó su proposición de emprender una expedición á Egipto para organizar allí un punto de apoyo contra los ingleses de la India. Esa expedición se efectuó en 1798 con buen éxito á pesar de la vigilancia de la escuadra inglesa. Nelson que la mandaba, logró, sin embargo, dar con la flota expedicionaria, aunque ya tarde para impedirle realizar sus propósitos, lo bastante á tiempo para destruirla por completo en la rada de Abukir, cerca de una de las bocas del Nilo, cortando absolutamente las comunicaciones de los expedicionarios con Francia.

Estaba por ese tiempo el Egipto bajo la soberanía nominal de Turquía, pero realmente bajo el dominio de los mamelucos, milicia formada por gente de muy varia procedencia, pero principalmente por esclavos circasianos, educados expresamente desde la más tierna edad en el oficio de las armas, que practicaban con extraordinaria pericia, pero sólo á caballo, y sin ningún orden, cohesión ni disciplina; siendo superiorísimos en el combate singular á los franceses, pero incapaces de medirse con ellos en la lucha colectiva. Mandábalos el circasiano Murad Bey. La batalla de las Pirámides ganada por Napoleón Bonaparte, le abrió las puertas del Cairo, donde se estableció y organizó el país hasta donde le fué posible, pues los mamelucos continuaron hostilizando sin tregua á los franceses. Estos intentaron la conquista de Siria (1799) y tomaron varias plazas; pero se estrellaron ante la de San Juan de Acre, la antigua Tolemaida, viéndose obligados á emprender la retirada hacia Egipto. La expedición había fracasado, y el ejército, sin comunicaciones con su país, y forzado á sostener una guerra interminable con los mamelucos, estaba perdido; por lo cual Napoleón Bonaparte, dejando el mando á Kleber, uno de sus lugartenientes, se embarcó con una pequeña comitiva, y burlando á los cruceros ingleses, pudo á fines de aquel mismo año presentarse en Francia, donde, contando con el apoyo de sus muchos partidarios, derribó al Directorio en la famosa jornada del 18 de Brumario (7 de Noviembre de 1799), y se hizo nombrar cónsul por diez años.

Púsose al frente del ejército de Italia, y su suerte le hizo ganar sobre los austriacos la batalla de Marengo, que, á pesar de las sabias combinaciones militares que la habían precedido, ya tenía perdida, mientras el general Moreau ganaba á su vez por el lado del Rhin la batalla de Hohenlinden.

Con esa guerra acabó el siglo XVIII, y con el tratado de Luneville, que le puso término, comenzó el XIX.





CAPITULO XIV

OJEADA GENERAL SOBRE LA HISTORIA DEL SIGLO XIX

Complicación extraordinaria de la historia del siglo XIX.

No es solamente por parecernos más en número y más complicados los sucesos vistos de cerca que á larga distancia por lo que la historia del siglo XIX se nos presenta más preñada de acontecimientos que la de los tiempos anteriores, sino porque realmente ha sido ese siglo uno de los más turbulentos en la vida de la humanidad, aparte de que los extraordinarios adelantos realizados en los medios de comunicación han dado á la historia un carácter de universalidad que nunca antes había tenido. No sólo los principios revolucionarios han producido tremendas sacudidas en todos los pueblos de Europa, trastornando los gobiernos y las instituciones y modificando las fronteras; no sólo los adelantos en las ciencias y en las artes, y la sustitución del trabajo manual por el de las máquinas han traído por consecuencia una perturbación profunda en la organización social y han planteado difícilísimos problemas sociales y económicos que no se habían presentado en tiempos anteriores, sino también ese extraordinario desarrollo de los medios de comunicación á que acabamos de aludir, ha acercado entre sí á los pueblos más distantes, haciéndolos intervenir á todos en los mismos acontecimientos y estableciendo una solidaridad entre ellos que hace imposible que suceso alguna, por insignificante que sea, que ocurra en un punto del globo—una sequía, la pérdida de una cosecha, una huelga de trabajadores, de una industria, una revolución, una guerra—deje de repercutir en el mundo entero y de influir más ó menos en la vida de todos los demás. Ya no es posible aislar la historia de un pueblo de la de los otros del mundo, ó, por lo menos, de los que no están muy relacionados con él. La India, el Japón, la China, el

Tibet, las regiones del Asia Central, las Repúblicas Americanas, y hasta las más remotas islas del Grande Océano tienen ya en cierto modo, y tendrán cada día en mayor medida, una historia común.

Pero no sólo á las naciones, á las colectividades humanas, alcanzan los efectos de las nuevas formas de vida, sino al hombre mismo, individualmente considerado y en lo que de más íntimo hay en su naturaleza; porque obligado el pensamiento, por el sinnúmero de impresiones que constante y atropelladamente recibe á una ímproba labor para la que no estaba preparado, ha de influir necesariamente en los organismos individuales, contribuyendo á modificarlos como sin punto de duda los modificará profundamente á no muy largo plazo, hecho que á su vez habrá de influir de rechazo en el desarrollo de la vida colectiva y en la constitución de las naciones y de las sociedades. El siglo XIX tiene, pues, títulos para ser considerado como un siglo extraordinario y punto de partida de una nueva Era en la historia del género humano todo entero. En la imposibilidad, sin embargo, de relatar en el corto espacio de que disponemos, por superficialmente que sea, ni de enumerar siquiera los innumerables acontecimientos en él ocurridos y dignos de figurar en la Historia, pasaremos por alto los más de ellos, deteniéndonos sólo en algunos muy notables y que nos tocan de cerca.

Después del tratado de Luneville, al que siguió **El primer imperio francés.** poco después la paz de Amiens, quedó Napoleón Bonaparte señor absoluto del pueblo francés, al que tenía fascinado con sus victorias. Aprovechó ese breve período de relativa tranquilidad para restablecer las relaciones de Francia con el Pontificado, rotas durante la época revolucionaria, y dar la última mano á la redacción del Código civil que venía elaborándose, y al que se ha dado su nombre. Hízose al mismo tiempo proclamar cónsul por vida, y dos años después emperador, habiendo sido consagrado por el mismo papa Pío VII, á quien, para el caso, hizo ir á París desde Italia. Al año siguiente convirtió á la república Cisalpina en reino, y ciñó en Milán la famosa corona de hierro de los lombardos como rey de Italia.

Pero ya desde fines de 1803 había roto Inglaterra las hostilidades, atacando con sus naves á las de Francia y España, potencia esta última á quien las circunstancias habían obligado, muy á pesar suyo, á aliarse con Francia desde algunos años antes, y la conducta de Inglaterra había sido imitada en 1805 por Austria, Rusia y las Dos Sicilias. Ese mismo año fué destruída la escuadra franco-española por la inglesa en las inmediaciones del cabo de Trafalgar, suceso que hizo imposible á Napoleón realizar la invasión en Inglaterra, que estaba preparando; pero se desquitó de ese desastre marítimo con la victoria que por tierra obtuvo sobre el ejército austro-ruso en Austerlitz. Por la paz de Presburgo, que fué consecuencia de ella, agregó Napoleón á su reino de Italia el Estado de Venecia; dió los Estados de Baviera y Wurtemberg á aliados suyos; creó el gran ducado de Berg en favor de su cuñado Murat; despojó á Fernando, rey de las Dos Sicilias, del reino de Nápoles, que dió á su hermano José Bonaparte; puso á su otro hermano Luis en el trono de Holanda; disolvió el imperio de Alemania y organizó la llamada Confederación del Rhin con muchos príncipes soberanos que quedaron en situación de vasallos suyos, y obligados á servirle en sus guerras.

En 1806 volvió á encenderse la guerra, esta vez tomando la iniciativa Prusia, aliada con Rusia y con Inglaterra; pero Napoleón obtuvo sobre los prusianos, en Jena, una señaladísima victoria, que puso á su merced el reino de Prusia, al cual trató con la altivez de un conquistador desde el mismo palacio real de Berlín, del que tomó posesión; y poco después, en Febrero de 1807, sostuvo contra los rusos la sangrienta batalla de Eylau, que quedó indecisa; y en Junio del mismo año ganó sobre ellos la de Friedland, también reñidísima y sangrienta, á la que siguió la paz de Tilsitt, que señala el



Palacio real. (Berlín.)

punto culminante de su poderío y de su gloria. Allí, ambos déspotas, él y Alejandro, á quien pocos años antes había dado la corona de los zares el asesinato de su padre Pablo por una conspiración palaciega, en que si no había tenido parte había por lo menos consentido, se repartieron á su capricho el mundo, bosquejando á grandes trazos un vastísimo plan, cuyo final resultado habría de ser la creación de dos grandes imperios: el de Occidente para Napoleón, y el de Oriente para Alejandro. Por lo pronto, ni Alejandro habría de oponer el menor obstáculo á la realización de los proyectos que ya tenía Napoleón concebidos respecto á España y respecto á Inglaterra, sino antes secundarle en el plan que contra esta última potencia se había propuesto poner en práctica de cerrar á sus naves todos los puertos de Europa, para arruinarla en el terreno económico ya que por su aislamiento y por su poder naval no presentaba otros puntos vulnerables á sus agresiones, ni Napoleón habría tampoco de estorbar á Alejandro que se

apoderase de Finlandia para dominar el mar Báltico, ni que se fortificara en Valaquia y Moldavia para hacerse dueño de la navegación del mar Negro y del Danubio. Ese mismo tratado de Tilsitt tuvo por consecuencia, entre otras, la pérdida para Prusia de la mitad de su territorio; la creación del reino de Westfalia en favor de Jerónimo Bonaparte, otro hermano de Napoleón, y la del gran ducado de Varsovia que se dió al duque de Sajonia, quien trocó ese título por el de rey.

Al año siguiente dió Napoleón el para él funesto pasc de invadir á España,



Carlos IV, rey de España.

so pretexto de apoderarse de Portugal, cuya amistad con Inglaterra le impedía cumplir muy estrictamente las condiciones del bloqueo continental que Napoleón le había impuesto. Sin motivo alguno de queja contra los españoles, ni contra su rey Carlos IV, que le diera pie para poner en práctica los planes que respecto á ellos tenía concebidos, pero decidido á llevarlos á cabo, se valió del mismo ejército que había hecho entrar en la Península con objeto de ocupar á Portugal, para imponerse á la familia real de España y obligarla á cederle la corona, la cual traspasó in-

mediatamente á su hermano José, quien á su vez cedió la que ya tenía de Nápoles á su cuñado Murat. Irritados los españoles por tales procedimientos, se pusieron en armas, al mismo tiempo que se aliaban con Inglaterra, que no tardó en enviar un ejército en su ayuda. Comenzó entonces una guerra, cuyo primer episodio fué el descalabro que sufrió en Bailén el ejército francés que había invadido á Andalucía, y á consecuencia del cual tuvieron los franceses que replegarse detrás del Ebro, abandonando no sólo aquellas provincias, sino también las centrales de España. Muy poco después la capitulación de Cintra los arrojaba de Portugal.

Vióse en el caso Napoleón de acudir en persona á dirigir una guerra para la que había creído que eran muy bastantes sus generales, y, como era de esperar, dados sus talentos militares y los elementos que puso en juego, recobró en un momento el terreno perdido; pero tuvo que dejar otra vez la dirección de esa guerra á sus generales para acudir á la que le movió

Austria con un ejército de nada menos que cuatrocientos mil hombres, á cuyo frente se había puesto el archiduque Carlos, cuya pericia como hombre de guerra era muy conocida. Salió Napoleón victorioso de ella, si bien sosteniendo tremendas batallas, de las que la de Wagram fué la más famosa; y no tan decisiva que quedara enteramente deshecho el ejército del archiduque, que pudo retirarse en buen orden.

Resultado de esa guerra fué perder Austria las provincias ilíricas (Estiria, Carintia, Carniola, Dalmacia, Friul y Cattaro), y concertarse el matrimonio de Napoleón, divorciado para el caso de su primera mujer Josefina, con la archiduquesa María Luisa de Austria.

La tiranía de Napoleón había llegado á hacerse insoportable. Hombres, príncipes y pueblos, y hasta la Iglesia misma, habían de doblegarse á su voluntad y someterse á sus caprichos. Pío VII, el mismo pontífice que lo había consagrado, despojado de su poder temporal, maltratado, desterrado y escarnecido, se vió en el caso de excomulgarlo. Bernadotte, uno de sus generales, elevado al trono de Suecia por la voluntad de los naturales del Reino, le volvió la espalda, y, más adelante, hizo cansa común con sus enemigos. El bloque continental arruinaba no sólo á Inglaterra, contra quien estaba dirigido, sino á todas las naciones mercantiles de Europa. La guerra de España continuaba devorando ejércitos franceses, acosados por los enjambres de guerrilleros que cubrían el país y por los ejércitos ingleses que, dirigidos por un hombre de condiciones extraordinarias, como lo era lord Wellington, les ganaban victoria tras victoria.

En tales circunstancias y á pesar de tantas dificultades, emprendió Napoleón la guerra de Rusia en 1812, para la que puso en movimiento un ejército de medio millón de hombres, con el que se dirigió á Moscou, pasando el Niémen y apoderándose sucesivamente de Vilna, Vitebsk y Smolensko. Dejaronlo los rusos internarse en las inmensas y desiertas llanuras de la Sarmacia, en las que no caben combinaciones estratégicas de ninguna clase, retrocediendo de continuo ante él y limitándose á acosar sus flancos y su retaguardia con sus ágiles é innumerables jinetes. En Borodino, cerca ya de Moscou, le presentaron batalla, que fué reñidísima, y tan mortífera para el ejército invasor, que sólo por haberse retirado los rusos pudo atribuirse la victoria, como para los rusos, que sin dejar prisioneros en manos de sus contrarios, abandonaron muy en orden el campo y continuaron en su constante movimiento de retroceso.

La entrada del ejército de Napoleón en Moscou pocos días después, en nada hizo cambiar la faz de la guerra. Muy al contrario; la inmensa ciudad, que ya estaba casi desierta, fué devorada por un furioso incendio que nada pudo contener, porque estalló simultáneamente en multitud de parajes, y porque los edificios de la ciudad eran en su mayor parte de madera.



El general Castaños, vencedor en Bailén.



Soldados bávaros, sajones y wurtenbergueses de principios del siglo XIX.



Soldados bávaros, sajones y wurtenbergueses de principios del siglo XIX.

Sin recursos ningunos en una ciudad de que sólo quedaban pavesas, y casi cortadas las comunicaciones con Polonia y Alemania por los enjambres de jinetes que pululaban sobre la línea de operaciones, sólo tenía Napoleón dos caminos para elegir: ó proseguir su marcha hacia adelante agravando su ya difficilísima situación, ó emprender la retirada. Esto último fué lo que hizo. Esa retirada, en el rigor de uno de los inviernos más crudos que se recuerdan, á través de las heladas llanuras de Rusia, fué de tal manera desastrosa, que su ejército estaba completamente deshecho antes de llegar á Polonia; habiendo tenido Napoleón que presentarse solo en París á levantar tropas con que hacer frente á los rusos y á los alemanes que, aprovechándose de aquel desastre, se habían alzado en masa y se le venían encima, mientras los ingleses, victoriosos en España, amenazaban sus fronteras meridionales. En la campaña de 1813 estuvo Napoleón á inmensa altura; pero tenía que hacer frente con tropas noveles á enemigos aguerridos, cuyo enorme número destruía sus mejores combinaciones, rebasándolo y envolviéndolo por todas partes. La batalla de Lipsia, llamada también «de las Naciones», por las muchas que tomaron parte en ella, y en la que su ejército sufrió pérdidas enormes, tuvo por consecuencia la entrada de los aliados en Francia, donde Napoleón todavía les disputó encarnizadamente el terreno, hasta que tomada París y sin fuerzas él para proseguir la guerra, se vió obligado á abdicar la corona.

Los aliados pusieron en el trono de Francia á Luis XVIII, hermano del desgraciado Luis XVI (Mayo de 1814), y desterraron á Napoleón á la isla de Elba, que le fué entregada en patrimonio con título de reino. Pero antes de cumplido un año de su abdicación, desembarcó Napoleón en Francia y ocupó de nuevo el trono, que Luis XVIII se apresuró á dejarle franco, refugiándose en Gante. Sólo cien días duró esta segunda parte del reinado de Napoleón, en cuyo breve período organizó un ejército para resistir á los aliados que se preparaban á efectuar una segunda invasión en Francia. Pero obedeciendo á sus propios impulsos, y también á las conveniencias, que le aconsejaban no esperar á que se fortalecieran sus enemigos, sino caer sucesivamente sobre ellos antes de que estuvieran reunidos, se precipitó como un rayo sobre la extensa línea formada por los ejércitos inglés y prusiano que, en espera de la llegada de los contingentes de los alemanes, rusos y austriacos, guarnecían la frontera de Bélgica. El primer choque lo sufrieron los prusianos sobre la extrema derecha de cuya línea fueron á dar las columnas de ataque francesas, después de atravesar el Sambre. Fueron retirándose lentamente ante los invasores hasta cerca de Fleurus, donde, ya reunidos sus diversos cuerpos, le dieron la batalla el 15 de Junio de 1815. Fué encarnizadísima, especialmente en las inmediaciones de la aldea de Liñí; pero al fin tuvieron los prusianos que ceder el terreno, aunque muy enteros. Lanzóse en seguida Napoleón sobre los ingleses, que se habían ido retirando por el camino de Bruselas hasta Monte San Juan, donde se habían hecho fuertes en una posición ventajosa. Allí se dió el 18 de Junio la famosa batalla de Waterloo, en que combatieron los ingleses y neerlandeses con valor heroico, dando tiempo á que el ejército prusiano que había combatido en Liñí, precedido por el único de sus cuerpos que no había llegado á tiempo para tomar parte en esa batalla, cayese sobre el flanco derecho de los fran-

ceses, y en combinación con los ingleses, que tomaron la ofensiva, los pusiese en completa derrota.

Napoleón, definitivamente vencido, se entregó por sí mismo, pocos días después de la batalla, á los ingleses, los cuales lo desterraron á la lejana isla de Santa Elena, donde murió en 1821. Así acabó el primer imperio francés, que tuvo conmovida á toda Europa, y aun pudiéramos decir que al mundo entero durante los primeros años del siglo XIX.

Repartición del territorio de Europa al acabar las guerras de la revolución.

A la caída de Napoleón se reunió el Congreso de Viena para arreglar las fronteras de los Estados de Europa. Francia quedó reducida á sus antiguos límites, á pesar de los intentos que hubo de privarla de la Alsacia y la Lorena, que le pertenecían desde el tiempo de Luis XIV. Noruega fué incorporada á Suecia, muy contra la voluntad de sus naturales, concediéndose en compensación á Dinamarca la Pomerania sueca y la isla de Rugen, que cedió á Prusia á cambio del territorio de Lanenburgo hasta el Elba. El emperador Alejandro de Rusia se inclinaba á reconstituir el reino de Polonia para su hermano Constantinc; pero negándose el rey de Prusia á ceder la parte de ese reino que se había anexionado, se acalararon las discusiones, y estuvo á punto de estallar una guerra entre varias de las potencias congregadas. Al fin la parte rusa de Polonia formó un reino agregado á Rusia, pero con su propia constitución y leyes. Sajonia pagó su adhesión á Napoleón perdiendo la mitad de su territorio, que quedó agregado á Prusia. Esta última potencia, notablemente engrandecida en territorio, formó parte, lo mismo que Austria, de la Confederación Germánica, cuya constitución experimentó un cambio radical, desapareciendo el antiguo imperio, los electores, la jerarquía de los príncipes y el tribunal común, y cambiando la naturaleza de la Dieta, donde no tuvieron ya representación los prelados, ni los nobles, ni las ciudades. La supremacía quedó de hecho en Alemania en manos de Prusia; el Catolicismo, sólo representado ya por los votos de Austria y de Baviera, quedó en lugar subalterno. A Holanda se le agregaron todos los Países Bajos, suponiéndose que así constituiría una potencia lo bastante fuerte por su marina y por su ejército para servir de antemural á Francia, y la casa de Orange que la gobernaba, tomó el título real en vez del antiguo de stathuder que desde la organización de las Provincias Unidas había llevado. Austria se aumentó con el Véneto, la Lombardía y la Valtellina; á María Luisa, la mujer de Napoleón, se le dieron los ducados de Parma, Plasencia y Guastala; á la casa de Saboya se le devolvieron sus territorios de ambos lados de los Alpes y se le agregó el de Génova; los Borbones de las Dos Sicilias recobraron, aunque algo mermados, sus Estados, y las islas Jónicas formaron una república bajo el protectorado de Inglaterra.

Engrandecimiento de Rusia y de Inglaterra.

Las potencias más poderosas de Europa, después de las guerras de la Revolución eran Rusia é Inglaterra; la primera, por la inmensa extensión de sus dominios continentales, á que había agregado la Finlandia, la Besarabia y vastas regiones de Oriente que habían sido de Persia; la última, por sus posesiones en la India y en los mares de Orien-

te, de que le habían permitido irse apoderando las turbaciones de los tiempos pasados, y por el colosal poder naval que había adquirido.

La política de Rusia desde el reinado de Pedro el Grande no ha tenido otro objeto que adquirir territorios á costa de los pueblos que la rodean y procurarse salidas á los mares para ponerse en comunicación expedita con el resto del mundo y dar pábulo y desarrollo á su comercio exterior. Hasta qué punto ha sido constante y tenaz en esa política, lo manifiesta el hecho de que siendo, como lo era en el siglo xvi el ducado de Moscovia, núcleo y origen del actual imperio ruso, potencia casi completamente mediterránea, pues las pocas comunicaciones que tenía con el mundo por vía marítima estaban cerradas por los hielos la mayor parte del año, no sólo tiene hoy por suyo todo el litoral oriental del mar Báltico y casi todo el meridional del Océano Glacial, sino que toca por oriente con el Océano Pacífico, y los mares Negro y Caspio están casi completamente enclavados en sus dominios. Sus esfuerzos para ampliar sus territorios, habiéndose dirigido en gran parte contra pueblos asiáticos casi desconocidos en Europa ó en muy poca comunicación con ella, aunque hayan sido motivo de guerras largas, reñidísimas y sangrientas, puede decirse haberse hecho en la sombra y sin conocimiento del mundo. Sólo las adquisiciones de Rusia á costa de Turquía, Suecia, Polonia y otros Estados europeos, han sido bien notorias y conocidas, habiendo dado con frecuencia motivo á grandes guerras y conflictos en que más ó menos directamente han intervenido todas las grandes potencias de Europa. Puede, pues, decirse, que desde el siglo xv, y más notablemente desde el reinado de Pedro el Grande, no ha cesado un momento Ru-



Erivan (Armenia rusa).



Damos aquí una vista del monte Ararat, famosísimo por las antiqúisimas tradiciones de que es objeto. Alzase en la parte de Armenia que perteneci6 á Persia hasta 1828 y que en virtud de un tratado de paz que se celebr6 en ese año y que puso fin á una prolongada guerra que sostuvo con Rusia, pas6 á poder de esta última potencia. Se halla enclavado el monte Ararat en el distrito de que es cabeza la ciudad de Erivan, tomada por los rusos en 1827, y representada en el grabado anterior. La de Kars, también perteneciente á Armenia, fué de Turquía hasta el tratado de paz de 1878, en cuya virtud pas6 á poder de Rusia. A continuación damos una vista de ella.

sia de sostener guerras para dilatar sus dominios, las cuales no cesaron ni siquiera en los mismos años en que tuvo que hacer frente á los ejércitos napoleónicos, durante cuyo período disputaba á Persia la Armenia y la Georgia.

Esas guerras y los engrandecimientos territoriales de Rusia consecuencia de ellas, no han cesado en todo el curso del siglo XIX, y han acercado tanto las fronteras del Imperio á las occidentales de la India por la parte del Asia Central, que Inglaterra, cuya política, bastante semejante á la de Rusia, la ha hecho poco á poco dueña, más ó menos efectiva, del inmenso continente comprendido entre el Himalaya y el Océano Indico, ha experimentado muy serias inquietudes por el porvenir de su imperio asiático, tanto más fundadas, cuanto que en el terreno en que tendría que haberse las con Rusia, y en las guerras que con ella hubiera de sostener, de nada le aprovecharía su inmenso poder naval.

Esa rivalidad de Inglaterra y Rusia es hoy una de las claves de la política general del mundo, y habrá de influir grandemente en sus destinos. En

el momento presente se disputan ambos colosos el dominio moral sobre Afghanistan y aun sobre Turquía, países ambos que sólo deben á Inglaterra, que sigue con ojo avizor todos los movimientos de su rival, el no formar ya parte de los dominios de Rusia.

Otro de los elementos de fuerza de Rusia consiste en su dominio moral sobre casi todos los pueblos de raza eslava de Europa, los cuales la conside-



Kars (Armenia rusa).

ran como su abogada, su protectora y su representante en el concierto general de los pueblos. Hemos dicho que *casi* todos, y no que todos, los pueblos de esa estirpe dirigen sus ojos con amor hacia Rusia, porque en Polonia, cuyo territorio se reparten hoy Rusia, Prusia y Austria, aunque de población completamente eslava, predominan, por razones históricas, los sentimientos políticos originados en el recuerdo de su antigua grandeza, sobre los étnicos, y no tanto ve en Rusia á la nación hermana por la sangre, como á la que más parte tuvo en la inicua repartición de que fué víctima.

De los demás pueblos eslavos sólo constituyen Estados independientes Servia, Bulgaria y Montenegro; los demás están incluídos en los Estados pertenecientes al imperio austro-húngaro, donde forman la mayoría de la población, y en el imperio de Alemania, en cuyas comarcas más orientales también predominan.

La gran vulgarización que han tenido en nuestro tiempo los estudios históricos y filológicos, ha dado vida y pábulo á unos sentimientos de solidaridad entre los pueblos de la misma raza, que antes eran desconocidos ó

estaban limitados á un pequeñísimo número de personas, sentimientos que se traducen en el terreno práctico en la tendencia por una parte á agregarse unos á otros, pueblos políticamente desunidos, y por otra parte á disgregarse y formar nacionalidades nuevas, pueblos unidos entre sí, y á veces, desde largo tiempo, por los vínculos políticos que forman los Estados. Esas tendencias habrán de ser, sin duda alguna, motivo de grandes conflictos y de importantes modificaciones de fronteras en el mapa político de Europa.

Inglaterra se ha engrandecido no menos que Rusia en el curso de los últimos siglos, pero muy notablemente durante el XIX, pudiendo decirse que ella y Rusia se disputan hoy el dominio del globo. Difícil sería, no obstante, decidir cuál de ambos poderes es más precario: si el de Rusia, que consiste en la agregación de infinitas naciones y tribus completamente distintas en razas, religiones, lenguas, costumbres y hasta caracteres físicos, sólo ligadas entre sí por su común dependencia de la autoridad de un solo hombre y por lazos de índole absolutamente burocrática, ó el de Inglaterra, que, prescindiendo de las prósperas colonias constituídas por gente de su propia raza, las cuales gozan de una autonomía tan amplia que bien pudiera calificársela de independencia, se ejerce sobre enormes masas humanas sólo mantenidas en la obediencia por la superioridad moral del pueblo dominador, por las diferencias religiosas, étnicas y políticas que mantienen en perpetuo estado de hostilidad á multitud de pueblos que nunca se sintieron solidarios ni se consideraron como partes de un todo, y por una astuta y sabia política que, acomodándose á las circunstancias de cada momento, ha conseguido realizar el asombroso dominio de unos cuantos miles de funcionarios públicos sobre doscientos millones de hombres; pero una flaqueza, un error ó cualquiera suceso fortuito puede en un momento dar en tierra con la enorme máquina del imperio británico, que sólo parece sostenerse en pie por un prodigioso fenómeno de equilibrio.

No nos es posible entrar aquí en pormenores, por superficialmente que quisiéramos hacerlo, sobre el desarrollo de la dominación inglesa en el vastísimo continente, muy poco menor que Europa, que se extiende entre el Himalaya y el mar de las Indias. Ese dominio, que comenzó por ser de índole meramente mercantil, estaba todavía en los principios de la segunda mitad del siglo XVIII, limitado á algunas regiones del litoral que se habían disputado franceses é ingleses, con intervención en favor de los unos ó de los otros de los príncipes indígenas.

El imperio del Gran Mogol, tan poderoso en los siglos XVI y XVII, había venido al más miserable estado á mediados del XVIII, por las rebeliones de muchas de sus provincias, que se habían erigido en reinos ó principados independientes, y por las invasiones de los persas, afghanes, sikhs, maharatas y otros pueblos ó confederaciones de pueblos, muchos de los cuales habían estado hasta no mucho antes sujetos á su dominio. Los ingleses, apoyando la rebelión de tal príncipe ó gobernador indígena, tomando la parte de cual otro en las guerras que se encendían entre ellos, celebrando pactos y alianzas con unos ó con otros según se lo aconsejaban las circunstancias, pero sin perder nunca de vista sus propios intereses y conveniencias, fueron poco á poco introduciéndose astuta y solapadamente en el país y aumentando su dominio y su influencia. Pero no fué precisamente el Estado in-

glés, sino la Compañía inglesa de las Indias, sociedad de accionistas que llegó á ser poderosísima en el siglo XIX, pues sostenía ejércitos y escuadras, celebraba tratados, adquiría territorios, nombraba gobernadores y funcionarios, formando en Inglaterra como un Estado dentro de otro Estado, la que verdaderamente verificó la conquista de la India.

Ella fué la que sostuvo las guerras que dieron á los ingleses, en la segunda mitad del siglo XVIII y en la primera del XIX el dominio más ó menos efectivo sobre esas inmensas y pobladísimas comarcas. Las principales de ellas fueron las reñidas contra el valeroso Tipoo Saib, hijo y sucesor del célebre Haider Alí, raya de Mysore, las cuales terminaron por la toma de los ingleses de la plaza de Serigaptanam, en que perdió la vida el mismo Tipoo Saib (1799), y las que sostuvieron los ingleses contra la confederación de los maharatas, á quienes venció en 1803 en Agram el caudillo que tan famoso había de hacer más adelante el nombre de Wéllington, por el que trocó el de Wellesley, que antes llevaba.

En el siglo XIX, siguiendo sus astutos procedimientos, ha logrado Inglaterra extender su dominio en parte directo y en parte por intermedio de unos seiscientos príncipes indígenas que le rinden vasallaje, no sólo sobre casi toda la India, sino sobre vastas comarcas de la Indochina ó India Transangéctica.

Pero no están reducidos á la India los dominios de Inglaterra; sino que tiene además, no como posesiones, sino como colonias, nombres que aunque muchos confunden, corresponden á cosas diferentes, una enorme extensión de territorios en América y Oceanía, cuya prosperidad, habiendo crecido con rapidez asombrosa en el curso del siglo XIX, les ha dado ya un lugar importante en el concierto de los pueblos. Las principales de esas colonias son el Canadá y las que con diversos nombres se dividen el territorio de Australia y el archipiélago de Nueva Zelanda. Pobladas todas ellas casi exclusivamente por ingleses y escoceses ó sus descendientes, pues las razas indígenas que siempre fueron poco numerosas en esas regiones, están casi totalmente extinguidas, y disfrutando de climas sanos y de fertilidad asombrosa, han adquirido en poquísimos años grandísimo desarrollo. Esas colonias, llamadas á ser muy pronto Estados poderosos, ora sigan unidos á Inglaterra por los débiles lazos políticos hoy existentes, ora se separen de ella y adquieran completa independencia, como la que tienen los Estados Unidos de América, pueblo del mismo origen, contribuirán á hacer de esa rama bastarda de la raza teutónica que se llama pueblo inglés, una verdadera raza con caracteres propios y á darle extraordinario peso en la balanza de los destinos del mundo.

La invasión de la península hispánica por los franceses en 1808 y el destronamiento de las familias reales de España y de Portugal, fué tanto para ambos países como para sus colonias de América el primer episodio de un agitado y turbulento período que se prolongó durante la mayor parte del siglo XIX.

Cautivo en Francia, adonde había sido mañosamente atraído por Napoleón, el rey legítimo de España, Fernando VII, en quien acababa su padre Carlos IV de abdicar la corona, y entronizado en su lugar José Bonaparte,

que sólo era reconocido como soberano efectivo en Madrid y en aquellos otros lugares y territorios ocupados por los ejércitos franceses, consideráronse las provincias del Reino y las colonias ultramarinas dueñas de disponer



Fernando VII, rey de España, proclamado en 1808. Ejerció de hecho el gobierno desde 1813 hasta 1833, año de su muerte.

de aquella parte de la soberanía que á cada una de ellas correspondía, dado que había desaparecido, temporalmente á lo menos, el vínculo común que las ligaba á unas con otras. Constituyéronse, pues, en la mayor parte de ellas juntas de gobierno que se atribuían completo derecho para ejercer en sus propios territorios la autoridad política en nombre del rey ausente. Esas Juntas comenzaron por levantar ejércitos por su cuenta para oponerse á los invasores del Reino, y una de ellas, la de Asturias, pactó una alianza con Inglaterra, que no tardó en enviar un

en auxilio de los españoles; pero todas ellas acabaron por reconocer, algunas de no buen grado, la supremacía de la de Sevilla, que se atribuía la representación de todo el Reino, y que tenía en su abono el prestigio que la victoria de Bailén le había granjeado.

En las colonias se complicaron más los sucesos por la división que desde largo tiempo atrás existía entre los descendientes de los antiguos conquistadores y de los colonos que habían ido poblando aquellos países en el curso de los tres siglos anteriores, todos los cuales formaban el elemento *criollo*, y los españoles reciénllegados, los cuales desempeñaban los cargos de gobierno y de justicia y casi todos los puestos importantes de la administración y tenían, además, casi monopolizado el comercio. Esos españoles, advenedizos en el país, y llamados muchos de ellos á ser troncos de futuras familias de criollos, trataban, entretanto, á los que ya lo eran, como á gente de inferior condición y que debiera estarles sometida, no obstante estar de parte de ella la mayor cultura, la superioridad intelectual que da una esmerada educación, y hasta la representación y los derechos de los conquistadores y primeros ocupantes, de quienes habían heredado también la propiedad territorial.

Fomentaba tales diferencias y antagonismos la injusta y recelosa política que desde los primeros tiempos de la colonización habían seguido los gobiernos de la Metrópoli, política fundada en la explotación y el monopolio mercantil, y en el temor de que los colonos rompiesen los vínculos de dependencia que con los soberanos de España los ligaban. Así se había dado el caso, ya en el siglo XVI, de que el hijo primogénito de Hernán Cortés, heredero y representante de sus derechos y de sus glorias, los hijos de sus compañeros de armas, y hasta algunos de estos mismos, fueran procesados, encarcelados, atormentados, muertos en los cadalsos, y objeto de toda clase de vejámenes y persecuciones en el mismo suelo que habían ganado á costa de su sangre, por parte de los oficiales reales y de las audiencias que la Metrópoli había enviado á Méjico después de la conquista. Las leyes dictadas por la Metrópoli en perjuicio de los intereses de los conquistadores, habían provocado también el alzamiento de éstos y su constitución como Estado independiente en el Perú, acaudillados por Gonzalo Pizarro, hermano y compañero de armas de Francisco Pizarro, muy poco después de la conquista que éste llevó á cabo, de esa extensísima y opulenta provincia; hecho que si no tuvo consecuencias, gracias al corto número de los conquistadores, al espíritu de sumisión á la autoridad real, muy arraigado ya en aquella época, y á los eminentísimos talentos del obispo La Gasca, enviado por Carlos V para apaciguar aquella rebeldía, da tan bien fundado como alto y antiguo abolengo á los movimientos insurreccionales contra la soberanía de la Metrópoli de los colonos españoles de América. Siendo éstos los conquistadores y los dueños del suelo, pretendían los gobiernos de España considerarlos como indígenas conquistados, siendo bien notable que por una extraña confusión de ideas se atribuyeran los derechos y preeminencias de los conquistadores de América, quienes ni por sí ni por sus ascendientes habían tenido la menor parte en tal conquista, y que no sólo manifestaran tales pretensiones enfrente de los mismos descendientes de los que la habían llevado á cabo, sino que llegasen á hacerles creer que eran justificadas.

No obstante los justos motivos de queja que tenían los colonos españoles de América contra su metrópoli, hay que reconocer que por efecto, sin duda, de tres siglos de sumisión á una autoridad que había sido considerada universalmente como indiscutible, no tenían los reyes de España súbditos más leales que ellos en toda la extensión de sus dominios, y que, á pesar de lo disculpable que hubiera sido en las difíciles circunstancias por que atravesó la monarquía española al ser invadida la Península por los franceses, que las colonias proclamaran su independencia, ninguna de ellas se determinó á dar semejante paso mientras hubo en España una entidad que con cierta apariencia de derecho se atribuyó la representación de la autoridad real.

Las circunstancias cambiaron cuando en 1810 lograron realizar los ejércitos franceses lo que tan desgraciadamente para ellos habían intentado en 1808: la conquista de Andalucía, baluarte hasta entonces inexpugnable de la libertad española. Con la ocupación de esa provincia se disolvió el que se había intitulado Gobierno Supremo, recibió un golpe mortal la causa legítima, y quedó en realidad consumada la conquista de España por las tropas del rey intruso, no pudiendo en buena ley considerarse como verdaderos

ejércitos las pequeñas partidas de guerrilleros que recorrían el territorio, ni como verdadero y legítimo gobierno el que poco después convocó en Cádiz unas Cortes que tan discutible representación del país tenían, como lo demostraron las alteraciones de los años siguientes.

De entonces data la manifestación franca ya y decidida de la mayor parte de las colonias en favor de su independencia política, la cual consiguieron después de largas y encarnizadas luchas, que se prolongaron para algunas de ellas hasta muy cerca ya del final de la tercera década del siglo XIX, y que en otra forma, y no ya por la independencia, sino por el predominio político, continuaron riñéndose entre los diversos caudillos y partidos que se disputaban la gobernación de esos países.

Mientras tanto siguió la guerra en España, sostenida por los ejércitos ingleses reforzados por contingentes de españoles y portugueses, y favorecidos en sus operaciones militares por las numerosas partidas de guerrilleros que pululaban en el territorio, hasta que, vencidos los ejércitos franceses, muy enflaquecidos ya por las fuerzas que Napoleón les

quitó para organizar su expedición á Rusia, primero en la batalla de los Arapiles que les ganó en 1812 lord Wellington cerca de Salamanca, y después en 1813, por el mismo caudillo, en la de Vitoria, tuvieron que abandonar la Península é internarse en Francia, adonde fueron seguidos por los ejércitos aliados. La abdicación de Napoleón puso fin á esa prolongada guerra y devolvió á Fernando VII la libertad y el trono á fines de 1813.

Entonces comenzaron en España los disturbios políticos que la mantuvieron en un estado de agitación casi constante durante la mayor parte del siglo XIX, y cuya causa principal, por no decir única, fueron los principios disolventes de la revolución francesa, que los más de los españoles rechazaban, pero que importados desde fines del siglo anterior por un corto número de sujetos de cortos alcances que presumían de ilustrados, algunos de los cuales formaron parte de los Consejos de Carlos III y Carlos IV, y hasta dirigieron la política de la Nación durante los reinados de esos monarcas, fueron poco á poco ganando terreno y divulgándose en los años siguientes, hasta contar ya con muchísimos secuaces al finalizar el primer tercio del siglo XIX, cuyo número fué



José Bonaparte, rey intruso de España desde 1808 hasta 1813.



Don Carlos, hermano de Fernando VII, que disputó la corona á Isabel II.



Doña María Cristina de Nápoles, cuarta mujer de Fernando VII, reina gobernadora de España durante la minoridad de su hija Isabel II.

Doña Isabel, niña de pocos años, hija del difunto monarca, la viuda de éste Doña María Cristina de Nápoles, regente del Reino, la cual, para ganarse partidarios, se inclinó y al fin se echó en brazos del partido de los innovadores. Esa guerra civil, que duró siete años, y en la cual hubo de recurrir ese partido á naciones extranjeras que mandaron contingentes armados en su ayuda, terminó por el convenio llamado «de Vergara», que aseguró el trono á Doña Isabel II.

Sucedió á esa guerra un largo período pertur-

progresiva y rápidamente engrosándose durante el resto de él, en medio de continuas luchas en cuyo relato no nos es posible detenernos, y en las cuales hubieron de intervenir varias veces ejércitos extranjeros en favor de unos ú otros contendientes.

A la muerte, en 1833, de Fernando VII, cuyo reinado fué agitadísimo, se disputaron la corona su hermano Don Carlos, quien más que por su cualidad de varón, en la que fundaba ostensiblemente sus derechos, por representar los principios políticos tradicionales, contaba con un fuerte y numeroso partido, y, en nombre de



Doña Isabel II, reina de España desde 1833 hasta 1868.

bado por frecuentes cambios de gobierno, rebeliones militares, mudanzas de régimen y disturbios de todo linaje, y hasta por guerras con pueblos extraños, el cual acabó en 1868 por una formidable rebelión de gran parte del ejército y de la escuadra, suscitadas por las ambiciones de unos cuantos caudillos militares y hombres llamados «políticos», rebelión conocida por el nombre de «revolución de Setiembre», que obligó á Doña Isabel á salir del territorio y, más adelante á abdicar la corona en su hijo Don Alfonso, el cual fué restaurado de hecho en el trono en los últimos días de 1874 por una rebelión militar dentro de la misma situación de rebeldía ya existente desde seis años antes.

Durante ese período estuvo España en un estado que puede, sin exageración, calificarse de anárquico, y que á haberse prolongado algún tiempo más, habría ocasionado la completa disolución de su sociedad política. Ardió la guerra civil en Navarra, en las provincias Vascongadas y en casi todos los territorios de la corona de Aragón, suscitada por Don Carlos, nieto del que había disputado el trono á Doña Isabel II, y heredero de sus derechos, el cual contaba también con muchos adeptos en las demás provincias de España, aunque no tan apiñados como en aquellas otras, ni tan decididos á tomar las armas en favor suyo. El partido republicano, engendrado en España durante el reinado de Isabel II por los mismos principios revolucionarios que desde el de Fernando VII venían socavando los cimientos de las antiguas instituciones, pretendía también imponerse y aun llegó á ejercer por un breve tiempo el gobierno, después de la abdicación de Amadeo de Saboya, rey intruso que, traído á España desde Italia por uno de los partidos políticos dominantes, tuvo como una sombra de soberanía durante un período de algo más de dos años.

Coincidió con la rebelión que destronó á Doña Isabel II, el alzamiento en Cuba de los partidarios de la independencia política de esa isla, que, con la de Puerto Rico, era la única colonia que conservaba España en América.

Ya hemos dicho cómo tuvo principio el alzamiento de las colonias españolas del continente de América hacia 1810, año en que á consecuencia del la conquista de Andalucía por las tropas francesas, se disolvió el Gobierno Supremo que, desde 1808, se atribuía la representación de Fernando VII cautivo en Francia.

Entre los varios caudillos hispano-americanos que se distinguieron en las guerras de independencia de las colonias y en el turbulento período que las siguió, merece incuestionablemente el primer lugar el venezolano Simón Bolívar, á cuyos talentos militares debieron en gran parte su independencia varias de las repúblicas americanas.

Nació en 1780 ú 83 en Caracas, y descendía por línea varonil de uno de los primeros pobladores de esa ciudad, que llevaba su mismo nombre y apellido, y que figura en la historias de los primeros tiempos de la colonización española. Después de haber cursado estudios en España, donde tuvo ocasión de tratarse con el príncipe de Asturias, que había de ser más adelante Fernando VII, y de viajar por Francia, Italia y los Estados Unidos, militó en su país primero bajo las órdenes de Miranda, que fué uno de los primeros en tomar las armas en pro de la independencia (1811), y después como ca-

pitán general de las tropas insurrectas de Nueva Granada, de cuyo territorio, junto con el de Venezuela, formó la república de Colombia (1819), no sin haber pasado antes por infinitas vicisitudes, sostenido innumerables combates y realizado maravillosas empresas de guerra á través de interminables llanuras y de altísimas montañas.

El más temible de los adversarios con quien tuvo que habérselas fué el general Morillo, hombre tildado, quizás no sin razón, de cruel y violento, pero de extraordinarias dotes como militar y como político, el cual había conducido á América desde España una expedición de 10.000 hombres en 1814, y que en sus vastos planes de represión y pacificación, abarcaba todo el continente meridional de América. Este general, en sus cartas á Fernando VII, le decía sin rebozo que respecto á América se estaba en la misma situación que cuando fué descubierta, y que había que conquistarla toda entera, como entonces. Olvidábase de agregar que no era ya de indios salvajes de quien había que conquistarla, sino de los descendientes de los conquistadores, los cuales habían transmitido á sus hijos, junto con su religión y su lengua, su condición aventurera, díscola y belicosa.

Después de una guerra de exterminio en que por ambas partes se combatió con igual saña y encarnizamiento, la batalla decisiva de Boyacá (1819), ganada por Bolívar á Morillo, obligó á éste á embarcarse para Europa, y afirmó la independencia de Nueva Granada.

Bolívar estimuló y secundó los esfuerzos de los insurrectos en el resto de América, que estaba toda alzada en armas. El virreinato de Buenos Aires, fundado en 1778 con territorios que habían pertenecido antes al inmenso virreinato del Perú, á los que se habían agregado otros, y, entre ellos, el Paraguay y el Uruguay, se había insurreccionado en 1810. San Martín, que ya había guerreado en España contra los franceses, fué el capitán general de los rebeldes argentinos, los cuales organizaron por primera vez su república después de la victoria de Piedras, que obtuvieron sobre las tropas fieles á la Metrópoli. Después contribuyeron á la independencia de Chile, donde reprimida la insurrección que había estallado también en 1810, se había restablecido desde 1814 la autoridad de la Metrópoli. San Martín acudió allí con un ejército de 4.000 hombres, y en 1817, la batalla de Maypo, aseguró definitivamente su independencia, á la que contribuyeron también en gran medida O'Higgins, hijo de un general que había ejercido el gobierno del país en el siglo XVIII por el rey de España, y lord Cochrane, célebre marino inglés que abrazó la causa de los insurrectos chile-



Simón Bolívar, caudillo principal de la independencia de las colonias españolas de la América meridional. Nació en Caracas en 1780; murió en 1830.

nos y que logró aniquilar las fuerzas navales de España en aquella región del Pacífico.

El virreinato del Perú fué el último en proclamar su independencia. El mismo general argentino San Martín, que ya se la había dado á Chile, entró en el Perú con su ejército en 1819, y ayudado por Cochrane, se apoderó de Lima y del Callao. Habiéndose desavenido ambos caudillos, quedó sólo San Martín como protector del nuevo Estado independiente; pero esa independencia no quedó definitivamente establecida hasta 1824, en que perdieron las tropas fieles á la causa española la batalla de Junin, que les ganó Bolívar, que había acudido desde Colombia, y la memorable de Ayacucho, ganada por el general Sucre, la cual aseguró la independencia del continente meridional de América.

Sería muy largo referir aquí las múltiples divisiones territoriales, mudanzas de régimen, confederaciones y disoluciones de Estados, cambios de nombres de éstos, guerras civiles y vicisitudes sin cuento por que han pasado las antiguas colonias española de la América Meridional y Central hasta llegar á la situación en que actualmente se encuentran, y que para varias de ellas dista mucho de ser definitiva. Sólo diremos, para acabar con la narración de la vida y hechos de Simón Bolívar, que después de dar una constitución á la región llamada antes Alto Perú, y que de él tomó el nombre de Bolivia, y de ser investido de la dictadura, se vió perseguido por la envidia de los muchos enemigos que su prosperidad y fama le habían creado, y hubo varias veces de abdicar sus poderes. Murió en 1830, pocos meses después de una de sus últimas abdicaciones, y cuando se disponía á emprender un viaje á Europa.

En el virreinato de Nueva España, que por la población, fertilidad y riqueza de sus vastísimos territorios, era la más importante de las colonias españolas de América, hubo ya en 1808, con motivo de la invasión francesa en España, intentos de proclamar la independencia bajo la soberanía de Fernando VII, el cual contaba con la opinión unánime del país, y de quien, mientras estuviera cautivo, tendría la representación el virrey; pero éste, que lo era á la sazón Iturrigaray, fué depuesto por los españoles peninsulares residentes en el país, gente ignorante, intransigente y que, á pesar de la riqueza de muchos de ellos y del bienestar de que todos gozaban, estaban animados dentro de los principios religiosos, conservadores y monárquicos que casi todos profesaban, de las pasiones demagógicas y brutales que en todas partes son propias del populacho. Esos, después de deponer al virrey, se hicieron verdaderos dueños del gobierno, habiendo sido hechuras ó juyetes suyos los que de allí en adelante lo desempeñaron.

En 1810, como en las demás colonias españolas de América, las aspiraciones á la emancipación arreciaron, estallando una insurrección formidable que contaba con las simpatías más ó menos manifiestas de la mayor parte de los elementos cultos é intelectuales del país, y que acaudillada en su principio por Miguel Hidalgo, cura de Dolores—una parroquia rural—, y después de muerto éste, por otro párroco llamado Morelos, hombre de grandes méritos militares, y por varios otros caudillos, muy distinguidos algunos, se prolongó por espacio de diez años en una encarnizada y devastadora guerra de partidas; pero en que no faltaron, no obstante, reñidos com-

bates y porfiados asedios y tomas y defensas de villas y puestos fortificados de relativa importancia. Hízose con crueldad inaudita por una y otra parte, y hubo en ella muchos de esos actos de valor y de abnegación que el acaloramiento de las pasiones produce, y que se enaltecían ó deprimían más allá de toda medida según las simpatías ó antipatías de sus narradores y comentaristas. En esa guerra, como en las que por el mismo tiempo ardían en las demás colonias hispano-americanas, combatieron en favor de la causa de la Metrópoli no pocos criollos, que solían no pocas veces señalarse por su exal-



Hidalgo.



Morelos.

tación en la defensa del partido en que militaban, así como no faltaron españoles peninsulares que abrazaron la causa de la independencia. Entre los primeros merece citarse, por la parte importante que tuvo en acontecimientos posteriores, á D. Agustín de Iturbide, que comenzando por ser mero oficial subalterno al principio de la campaña, alcanzó en el curso de ella el grado de coronel en los ejércitos españoles, y entre los últimos al guerrillero navarro Mina, quien después de haberse hecho célebre combatiendo contra los franceses en España, desembarcó en Méjico con trescientos hombres y guerreó por espacio de siete meses en favor de la insurrección, siendo al fin vencido, preso y fusilado por sus contrarios.

En 1820 parecía ya dominada la insurrección en Méjico, y casi apaciguado el territorio, donde sólo quedaban pequeñas partidas, cuando los disturbios promovidos en la Metrópoli por la rebelión de Riego y el consiguiente establecimiento en ella del gobierno llamado liberal, determinó á los españoles peninsulares residentes en Méjico á adoptar las ideas á que tan contrarios habían sido en 1808, cuando depusieron al virrey Iturrigaray, y á proclamar, en unión con los criollos, la independencia de la colonia bajo la soberanía del mismo Fernando VII, ó, en su defecto, de algún príncipe de su familia.

Tales ideas y propósitos se tradujeron á la práctica en el famoso plan de Iguala, concertado por los españoles peninsulares y los colonos, todos á una, y fundado en lo que se llamaron «las tres garantías», que eran la religión católica, la independencia política y la unión entre criollos y españo-

les, las cuales estaban representadas por sendos colores en la bandera que se creó para simbolizar ese acto trascendental y decisivo, en el que tomó parte principalísima el general Iturbide, y con el cual hubo de conformarse el virrey enviado por el gobierno liberal de la Metrópoli, por más que ese gobierno se negase á aceptar la legalidad del nuevo régimen.

Así quedó consumada la independencia de Méjico, hacia la misma época en que la alcanzaron también las colonias españolas del continente meridional de América, bien que en algunas de ellas tardara algunos años más en establecerse de una manera sólida y definitiva.

Pero la era de la independencia no fué para ninguna de esas colonias la de la tranquilidad y la paz, sino, muy al contrario, la de la discordia y la guerra entre los partidarios de unos ú otros de los caudillos que aspiraban al gobierno, ó de unos ú otros principios políticos que contendían por la primacía. No intentaremos siquiera entrar en la relación de tan complicadísimos sucesos, limitándonos á decir, hablando muy en general, que todos los Estados políticos que se formaron de los despojos del imperio colonial de España, estuvieron durante la mayor parte del siglo XIX, y aun no pocos de ellos siguen aún estando, gobernados por dictadores que, con el nombre de tales ó con el de presidentes, de protectores y hasta de emperadores, y en nombre de tales ó cuales de los partidos políticos militantes, ejercieron un poder arbitrario y no pocas veces tiránico, aunque muy de ordinario encubierto bajo el manto de la legalidad; benéfico ó pernicioso, según las condiciones personales de los que lo desempeñaban, los compromisos que con sus secuaces tenían contraídos, y las dificultades que les creaba el constante estado turbulento y anárquico de las sociedades sometidas á su autoridad; no habiendo faltado entre ellos hombres de dotes eminentes que en condiciones más favorables hubieran sido grandes y esclarecidos guerreros, estadistas y gobernantes; pero si no nos es posible hacer una relación histórica por superficial que sea, de tales hechos, habremos por fuerza de detenernos, aunque sea ligeramente, en aquella parte de la historia de Méjico, que difiere de la de sus hermanas las demás colonias españolas de América, por la intervención de un elemento extraño—el pueblo anglo-americano—que parece llamado á influir, muy perjudicialmente, en los destinos futuros de todas ellas; á menos que acontecimientos que hasta hace poco nadie hubiera previsto, pero que ya comienzan á dibujarse vagamente en el horizonte de la Historia, no tuercen el curso natural de las cosas. (*)

El territorio de Méjico, cuando se constituyó ese antiguo virreinato en Estado independiente de su metrópoli, aunque estuviera en gran parte despoblado, era inmenso, abarcando en sus confines más de doble extensión de la que tiene al presente. La escasísima población de una de sus provincias—la de Tejas—lindante con la Luisiana, que era desde principios del siglo, y sigue siendo hoy uno de los Estados que forman la Confederación

(*) Nos referimos aquí á los acontecimientos que puedan derivarse, y que se derivarán sin duda, de la intervención de las grandes potencias asiáticas—el Japón y China particularmente—, en la política general del mundo. El Japón es ya hoy una de las cinco potencias más poderosas del globo en el terreno de la fuerza (las restantes son Inglaterra, Alemania, Rusia y los Estados Unidos), y China será quizas la primera, en el curso del presente siglo. A ese hecho alude la frase de *peligro amarillo*, tan repetida hoy por los publicistas. Todo induce á suponer que la tormenta descargará primero sobre América que sobre Europa.

anglo-americana, se componía de anglo-americanos, á quienes, ya en tiempo del dominio español, se había consentido fundar allí establecimientos. Esos colonos, desde la constitución del nuevo Estado mejicano, aspiraron á separarse de él y á formar Estado independiente, con la mira ulterior de agregarse á los Estados Unidos, con cuya población tenían tan grandes afinidades. Favoreció sus propósitos la organización federativa que, á imitación de los mismos Estados Unidos anglo-americanos, adoptó la república mejicana en 1824, pues dió ocasión á esos colonos extranjeros establecidos en Tejas, para consolidar su organización autonómica como uno de los Estados de la federación, por más que el gobierno de Méjico, teniendo en cuenta la despoblación de sus terrenos, se negase á reconocer á Tejas carácter de tal Estado y sólo le concediese formar uno unido al de Cohahuila. Dieron tales hechos motivo á una tirantez de relaciones entre los colonos tejanos y los mejicanos, que se acentuó notablemente cuando, en 1836, en virtud de uno de esos cambios de régimen político, tan comunes entre los pueblos hispano-americanos, trocó Méjico la organización federativa por la unitaria, bajo la dirección del general D. Antonio María de Santana. Estalló entonces la guerra entre unos y otros, con mala suerte para los mejicanos, que fueron vencidos en la batalla de San Jacinto, donde cayó prisionero el mismo general Santana. Y por cierto que se cuenta acerca de él, como del que más adelante había de ser duque de Borgoña, Juan Sin Miedo, cuando fué cautivado por los turcos en la batalla de Nicópolis, que debió la vida á la reflexión que se hicieron sus enemigos de que mucho más que los beneficios que les reportase su muerte, que ya tenían decidida, habrían de pesar en favor de sus intereses las discordias y perturbaciones que su presencia ocasionaría entre sus propios conciudadanos; porque el general Santana fué, no menos por sus méritos que por sus defectos, uno de los hombres más extraordinarios de cuantos han figurado en la historia del siglo XIX, y también uno de los más calamitosos para su país por su carácter ambicioso, díscolo y turbulento.

El reconocimiento por parte de los Estados Unidos del nuevo Estado de Tejas, que se proclamó por completo independiente, y su posterior ingreso en la Confederación anglo-americana en 1845 á instancias de los mismos colonos tejanos, fueron la causa de la inicua guerra reñida en los años 46 y 47 entre ambas repúblicas mejicana y anglo-americana; en que la última, abusando del estado de postración y debilidad en que las interminables luchas entre los hombres y los partidos habían sumido á Méjico, invadió sus territorios, se apoderó de sus principales ciudades, y lo obligó á cederle las inmensas comarcas que forman hoy los Estados americanos de Tejas y California, además de las de Nuevo Méjico y otras, que por su escasa población, todavía no han alcanzado la categoría de Estados en la Confederación anglo-americana, pero que llegarán un día á conseguirla.

Ni ese terrible desastre bastó para escarmentar á los mejicanos de sus discordias, habiendo dado motivo, años adelante, á una segunda intervención extranjera, de que fué víctima el archiduque Maximiliano de Austria, quien apoyado en uno de los partidos políticos que agitaban el país, y sostenido al principio por un ejército francés, fué exaltado al trono con el título de emperador, pero que abandonado más tarde por el mismo emperador de

los franceses Napoleón III, que le había hecho correr esa aventura, y por muchos de sus versátiles partidarios, y sin otros defensores que unos pocos mejicanos que se le mantuvieron leales, perdió en 1867 la corona y la vida en Querétaro. Fué el segundo de los gobernantes de Méjico que llevó el título de emperador, habiendo sido el primero D. Agustín de Itúrbide. á raíz de la independencia, el cual tuvo el mismo triste fin que Maximiliano.

No se limitaron los anglo-americanos á entrometerse en los asuntos de Méjico como poco atrás hemos referido; pues á medida que iba creciendo su prosperidad y riqueza, y con miras políticas de muy largo alcance, no sólo no cesaron desde muy á los principios del siglo XIX de irse preparando el terreno para tomar posiciones ventajosas en un tiempo futuro más ó menos remoto que preveían, por medio de declaraciones contrarias á toda ingerencia de las potencias europeas en los negocios de cualquiera de los Estados de América, al mismo tiempo que por la ambigüedad de esas declaraciones podía entenderse su pretensión á ejercer una especie de tutela sobre todos los pueblos de esa parte del mundo, sino que no perdieron ocasiones de ir extendiendo su influencia, y casi pudiéramos decir su dominio, sobre los Estados de la América Central que tenían más vecinos, á lo que les estimulaba la probabilidad de que pronto ó tarde llegase á ponerse en práctica el proyecto, desde largo tiempo atrás concebido, y varias veces intentado, de establecer la comunicación entre los mares Atlántico y Pacífico á través del istmo de Panamá.

Esa política invasora y agresiva de la Confederación anglo-americana en los asuntos de América extraños á ella, se manifestó muy especialmente por medio de su intervención en las insurrecciones de Cuba. Fué esta isla la última de las colonias hispano-americanas en hacerse independiente, y también la que más trabajosamente logró conquistar su independencia; porque siendo de escasa población y de territorio relativamente pequeño, y la única colonia que conservaba España en América (prescindiendo de la isla de Puerto Rico, que siempre se mantuvo tranquila), hubo de luchar con todo el poder de la Metrópoli en dos largas y terribles campañas; bien que en la primera, que duró diez años—desde 1868 hasta 1878—, tuvo en su favor el estado de perturbación á que entonces como en los principios del siglo, habían traído los partidos liberales á la Metrópoli, y lo mismo en ella que en la segunda, que duró tres años y medio, y que llegó casi al final de su postrera década, contó con la ayuda, aunque solapada y nada desinteresada, siempre eficaz, y al cabo franca y decidida, del pueblo y del gobierno anglo-americanos, quienes erigiéndose en protectores y abogados de los insurrectos, emprendieron en 1898 una guerra con España que costó á ésta la pérdida de su pequeña flota de guerra, de las colonias que conservaba en América y de sus posesiones asiáticas, quedando reducidos desde entonces sus dominios políticos á los comprendidos en los ámbitos de su territorio peninsular.

Causas que motivaron la independencia de las colonias hispano-americanas.

Ni aun para los que llevando á sus últimas consecuencias una teoría, muy en boga y no mal fundada, que asimila los pueblos, los Estados políticos y las sociedades en general á organismos vivientes, establecen una relación de filiación entre las metrópolis y sus colonias, en cuya

virtud, al llegar éstas á cierto punto de desarrollo han de desprenderse de sus metrópolis para hacer vida independiente, así como los hijos se separan de sus padres para formar nuevas familias, ni aun para los que así piensan, repetimos, puede estar justificada la emancipación de las colonias hispano-americanas de su metrópoli, pues que el estado anárquico y convulsivo en que quedaron después de su independencia y que por tan largo tiempo persistió en todas ellas, claramente demuestra que no habían alcanzado aquel grado de perfección que un organismo requiere para que pueda desarrollarse su existencia en condiciones normales.

Que el hecho fué lógico y efecto de leyes naturales, lo prueba, sin embargo, con toda evidencia, la sorprendente analogía de su carácter en todos los lugares, á veces muy distantes unos de otros, que tuvo por teatro; analogía que ni el transcurso de larga serie de años ha sido bastante para destruir, advirtiéndose extraordinarios puntos de semejanza, no sólo entre las manifestaciones externas que acompañaron á los movimientos separatistas en regiones tan apartadas unas de otras como Méjico, Chile, Venezuela y la Plata, sino también entre esas manifestaciones y las que cerca de un siglo después se presentaron en la insurrección de Cuba; semejanza que no es bastante para explicar la que había entre las situaciones por que atravesaban todos esos países y la analogía de constitución de sus sociedades.

¿Cómo armonizar, pues, la indudable *naturalidad* de la emancipación de las colonias hispano-americanas con la falta, no menos indudable, de condiciones en esas colonias para desarrollar independientemente su vida? Negando en primer lugar que esa relación de filiación que pretende establecerse entre las metrópolis y las colonias sea cierta, por más que en lenguaje figurado y metafórico pueda ser admisible, y atribuyendo el hecho de la emancipación á otra causa, naturalísima también, y fundada en la misma analogía de las sociedades humanas con los organismos vivientes: en el desprendimiento ó separación de los miembros de uno de tales organismos por efecto de un estado morbozo de éste, ó por el fenómeno de descomposición por que la muerte se manifiesta.

Que la relación de filiación entre las metrópolis y las colonias, por más que á primera vista deslumbre, es completamente fantástica, lo deja ver bien á las claras el examen y estudio de las colonizaciones antiguas de los fenicios griegos y romanos, donde se ve á unas y otras, metrópolis y colonias, desarrollar paralelamente su vida, formando todas juntas como un conjunto orgánico ora ligado dentro de sí por vínculos políticos que traban sus diversos miembros, como sucedía en el imperio romano, ora completamente independientes políticamente unos de otros, como entre los griegos, cuyas numerosísimas colonias nacían ya independientes de sus metrópolis. Y que la emancipación de las colonias españolas de América fué efecto de un estado enfermizo del organismo general, lo demuestra esa misma vida convulsiva y anárquica en que quedaron no sólo todas esas colonias después de su independencia, sino la misma metrópoli por el mismo tiempo. Comparéanse las continuas rebeliones militares ó *pronunciamientos*, los frecuentes cambios de gobierno, las enconadas contiendas civiles, las mudanzas de régimen, las revoluciones incesantes que agitaron á las colonias españolas durante la mayor parte del siglo XIX, con los sucesos de la misma índole que

durante el mismo período se desarrollaron en la Península, y su semejanza habrá de saltar á la vista de quien quiera que los examine con criterio imparcial y sereno. Ahora bien, que esa situación enfermiza fué ocasionada por la ingerencia en el organismo español de ambos hemisferios de las doctrinas revolucionarias francesas del siglo XVIII, está para nosotros fuera de toda duda; pues aunque sea positivamente cierto que las condiciones económicas de España hacían para ella abrumador el peso del mundo colonial que llevaba sobre sus hombros, y que colonias que no pueden depender económicamente de su metrópoli están muy próximas á dejar también de depender políticamente de ella, es también no menos cierto que hasta que los dichos principios revolucionarios comenzaron á divulgarse entre las clases sociales cultas, no se había presentado en las colonias hispano-americanas el más ligero síntoma de rebeldía contra la autoridad soberana de los reyes de España.

Por lo demás, significa muy poco en el poderío colonial de una nación que sus colonias dependan ó no políticamente de elle; pudiendo suceder que la que no tenga dominio político de ninguna clase sobre sus colonias sea gran potencia colonial, como lo eran los antiguos griegos, y que no lo sean absolutamente otra de quien dependan políticamente numerosas colonias, pero que no esté ligada con ellas por vínculos morales y económicos, que es el caso en que España vino á encontrarse respecto á las suyas, donde acabó por ser completamente extranjera, á pesar de la solidez del vínculo político que el respeto y sumisión á la persona del soberano común establecía entre todos los miembros del Estado español. Inglaterra, ya persuadida de esa verdad ha dado á sus colonias la más completa independendencia política, más disfrazada con el nombre de autonomía. Y entiéndase bien, que hablamos aquí de colonias, no de posesiones, que son cosas completa y radicalmente distintas, pues por colonias se entiende, propiamente hablando, aquellas sociedades ó corporaciones políticas donde la totalidad de la población ó la parte de ella que la dirige y gobierna, y á la que pertenecen sus clases cultas y preponderantes, se compone de gente emigrada de la metrópoli; mientras que en las posesiones, la mayoría de la población está formada por pueblos extraños al Estado dominante, en raza, religión, lengua y costumbres, soliendo estar en sus manos la propiedad del suelo. En tal concepto, las provincias ó Estados de Australia y Nueva Zelanda, poblados por ingleses y descendientes suyos, y donde los naturales aborígenes, ó están totalmente extinguidos, ó reducidos á un corto número, sin influencia política ni social de ninguna clase, son y están consideradas como verdaderas colonias de Inglaterra, mientras que las inmensas regiones de la India Oriental, cuyos innumerables pueblos, aunque estén los más sometidos al yugo británico, nada tienen de común con los ingleses ni en raza, ni en lengua, ni siquiera en el tipo físico, son posesiones, no colonias de Inglaterra. Asimismo fueron siempre consideradas como verdaderas colonias, no de esa nación, pero sí de Holanda, la llamada Colonia del Cabo y los Estados del Transvaal y de Orange, en el Africa Austral; porque si bien es cierto que gran parte de la población de esos países se compone de cafres, bosquimanos, hotentotes y

otros pueblos africanos, la parte de ella, bastante numerosa por lo demás, que tiene en sus manos la propiedad territorial, que desempeña la administración, que ejerce el gobierno, que dicta las leyes, y que, sin haberse mezclado con las razas indígenas, las tiene sometidas á una situación de dependencia muy semejante á la servidumbre, pertenece á la raza holandesa, ya muy mezclada con la inglesa, la cual tiene con ella grandes afinidades, y que ha afluído allí en número considerable desde que pasaron esas colonias bajo la soberanía del rey de la Gran Bretaña por virtud de las determinaciones adoptadas por las potencias congregadas en Viena en 1815.

Aunque la fundación, tanto de las colonias españolas como de las inglesas fué obra de la iniciativa particular, difieren esencialmente unas de otras en la parte mucho mayor que tuvo el Estado en el gobierno de aquellas primeras que en el de las últimas. El Estado español, después de conquistados los territorios de América y organizados en colonias por los aventureros que desde los últimos años del siglo xv pasaban los mares en busca de fortuna, tomaba posesión de ellos y los sometía á una verdadera tutela, mientras que las colonias inglesas gozaban de una relativa independencia del Estado metropolitano, que conservaron en todo el curso de su existencia, aun antes de sacudir el yugo de la metrópoli, que para ellas fué siempre bien leve. Hoy, el llamado dominio del Canadá y los Estados de Australia y Nueva Zelanda, por más que formen parte del imperio británico, disfrutan de tan amplia independencia, en cuanto atañe á su administración y gobierno, como los Estados Unidos de América, que dejaron hace bastante más de un siglo de pertenecerle.

En otra importantísima circunstancia se distinguieron siempre las colonias españolas de las inglesas: en la de haberse conservado en las primeras las razas indígenas, con las que se ha fusionado en gran parte la dominadora, mientras que esas razas han sido completa ó casi completamente excluidas de la sociedad de los colonos ingleses, de carácter menos expansivo y más egoísta que los españoles, más crueles que ellos en sus procedimientos, aunque presuman de humanos y tolerantes, y menos dispuestos á mezclar su sangre con la de pueblos á quienes desdennan por inferiores. Quizás deba atribuirse también esa diferencia entre la colonización inglesa y la española en una parte á la distinta procedencia social de los primeros colonos, que entre los españoles eran, por lo común, gente de guerra de noble origen, cuyo principal objeto era enriquecerse, no por el propio trabajo, sino por el de los pueblos sojuzgados, mientras que entre los ingleses solían en gran parte ser gente labradora y artesana que emigraba de su patria en busca de mayor libertad ó de más amplios medios de vida; y en otra parte á la circunstancia de haber tocado colonizar á los ingleses comarcas de climas templados ó fríos donde se encuentran en condiciones normales los hombres de raza blanca europea, mientras que en los más de los territorios colonizados por los españoles, el ardor del clima hace necesario el concurso de los naturales, habituados á sus rigores, para la explotación de las minas y la labranza de la tierra.

Sea como quiera, el hecho es que los colonos ingleses se gobernaron y administraron siempre á su guisa, con tan poca intervención del Estado metropolitano en sus asuntos, que se dió el caso, particularmente en el si-

glo xvii, de gozar de mayor libertad política y religiosa los ingleses residentes en las colonias que los de la Metrópoli; habiéndose en esa época convertido las colonias del norte de América en un lugar de refugio para los oprimidos á causa de los principios religiosos que profesaban, ó por las exacciones ilegales á que el gobierno inglés sometió á sus súbditos en tiempo de los últimos Estuardos.

Independencia del Brasil. El haberse trasladado al Brasil y establecido allí su residencia la familia real portuguesa desde 1807, cuando fué invadido el reino de Portugal por los ejércitos franceses, fué causa de que la independencia de ese importante Estado suramericano, cuyo territorio es de los más extensos del mundo, se realizara por otras vías que la de las demás colonias de la América meridional. Constituyóse allí en 1822 un imperio bajo el cetro de Don Pedro, heredero del trono de Portugal, como hijo primogénito de Don Juan VI, que había regresado el año anterior á la madre patria, quedando así consumada la emancipación de la colonia, sin gran oposición de parte de la Metrópoli, que hubo poco después de reconocer el nuevo Estado. Tuvo para ello que renunciar Don Pedro á la corona de Portugal en su hija Doña María de la Gloria; pero habiéndole sido usurpada á ésta la corona por su tío Don Miguel, abdicó Don Pedro la del Brasil en su hijo, llamado también Don Pedro, en 1831, y acudió á Portugal, donde pudo restablecer á Doña María de la Gloria en el trono en 1833.

La existencia del imperio brasileño, algo conturbada por disturbios internos y por algunas cuestiones con los Estados limítrofes, de las cuales merece citarse la porfiada guerra que, coligado con las repúblicas Argentina y del Uruguay, sostuvo desde 1865 hasta 1870 con la del Paraguay, famosa por el valor heroico con que combatieron los paraguayos, acabó por una rebelión militar en 1889 á consecuencia de la cual fué destronado el monarca reinante y transformado el Imperio en república federativa.

Desarrollo de la república de los Estados Unidos de América. No hay en toda la historia del mundo ejemplo de engrandecimiento tan rápido como el de los Estados Unidos de América, ni pueblo que en tan breve tiempo haya recorrido las etapas que marcan el desarrollo de la vida de las naciones.

Y se explica por haber comenzado su existencia en una época cuyo carácter distintivo es una enorme intensidad de vida intelectual, estimulada por medios de comunicación entre los hombres y de transmisión y divulgación de las ideas como nunca los tuvo el género humano. Así, cada período de la existencia de ese pueblo equivale á cuatro ó cinco veces el de la cualquiera de las sociedades antiguas. Sus instituciones, que comenzaron por ser eminentemente democráticas, han experimentado mudanzas tan profundas en los últimos cien años, que serían desconocidas para los fundadores de la República, no habiéndolas habido menores en sus costumbres, tanto sociales y públicas como privadas, que de austeras é inmaculadas que eran en el tiempo, tan cercano todavía, de la emancipación, no han podido sufrir impunemente los deletéreos efectos que las riquezas y el lujo produjeron siempre en las sociedades humanas, y se han vuelto inmORALES y corrompidas. Su misma población, que apenas llegaba á cuatro millo-

nes de habitantes en las postrimerías del siglo XVIII, al aumentarse hasta los más de ochenta que hoy la componen, no sólo por efecto de crecimiento natural, sino mucho más por el enorme número de emigrantes que allí han afluído de toda Europa, es hoy completamente distinta de lo que era en su origen. La vieja cepa puritana á que pertenecía la viril y enérgica población de la Nueva Inglaterra, ha sido ahogada por una nube de aventureros que distan mucho de poseer sus virtudes.

La democracia americana ha recorrido con gran rapidez el ciclo trazado por la Providencia á las sociedades humanas, y parece hallarse ya muy próxima al punto en que caen bajo la férula de un déspota. Cuenta allí cada día con más adeptos, lo que ha dado en llamarse *imperialismo*, y van poco á poco abriéndose camino ideas favorables al régimen personal. Ya, de hecho, es el Presidente de los Estados Unidos un rey de carácter temporal, investido de facultades y poderes bastante más amplios que los que disfrutaban los más de los soberanos europeos.

Ha sido hartamente agitada y borrascosa la breve historia del pueblo americano; habiendo tenido que sostener varias guerras exteriores y una encarnizada civil dentro de su propio territorio, promovida por los Estados meridionales de la Confederación, entre los cuales y los septentrionales mediaban hondos antagonismos de muy diverso carácter, que fueron poco á poco acentuándose hasta provocar en 1861 la ruptura por parte de los primeros, del pacto federativo que los ligaba con los últimos.

La guerra, que duró cuatro años, fué una de las más encarnizadas del siglo XIX, y es muy digna de estudio por el número de los combatientes, la habilidad de los generales y los recursos y elementos de guerra puestos en juego por una y otra parte. Acabó por la victoria de los Estados septentrionales, que obligaron á sus contrarios á seguir formando parte de la Confederación y les impusieron durísimas condiciones, entre las cuales merece especial mención la de la emancipación de los esclavos, la cual ocasionó la ruina de toda la propiedad privada, pues en los Estados del Sur, que eran esencialmente agrícolas, al contrario que los del Norte, que eran más bien industriales, estaba encomendado á ellos todo el trabajo de la tierra.

Veintiséis presidentes han gobernado á los Estados Unidos desde Jorge Washington, que fué el fundador de la República, habiendo sido muertos violentamente tres de ellos.

El territorio de los Estados Unidos, que era ya bastante extenso en la época de la independencia, ha crecido enormemente desde entonces por la anexión de vastísimas comarcas que pertenecieron á Francia, España y Méjico, siendo hoy su superficie muy poco menor que la de toda Europa, aun sin contar con las islas de que se ha hecho dueña la República en los Océanos Indico y Austral y en el mar Caribe.

La gran libertad individual de que se goza en los Estados Unidos, el gran respeto que se tiene allí á los derechos y á la dignidad del hombre, su organización en Estados autónomos y la carencia de espíritu militar en sus habitantes, son circunstancias todas poco compatibles con la existencia de fuertes instituciones militares; pero con todo, sus enormes riquezas y el colosal desarrollo de las industrias metalúrgicas, que les permiten disponer de grandes elementos materiales de guerra, y la virilidad, energía y

audacia de la raza á que pertenece la masa general de su población, hacen de ese país una de las potencias más formidables del mundo.

Aunque la intervención de los Estados Unidos en la política general ha sido poca hasta ahora, habiéndose limitado casi exclusivamente á los asuntos concernientes á América, la fuerza misma de las cosas, que los ha hecho ya salir del aislamiento en que sus fundadores se habían propuesto encerrarlos, sus mal disimuladas aspiraciones al dominio sobre todo el continente é islas de América, sus recientes adquisiciones en la Oceanía y en el archipiélago Malayo y las tendencias imperialistas á que poco atrás aludimos, habrán de arrastrarlos á tomar parte muy activa en la historia futura, al lado de las grandes potencias mundiales.

Pocos pueblos han tenido una historia tan borrascosa y turbulenta como Italia durante los dos primeros tercios del siglo XIX. Después de la caída de Napoleón, quedó dividida en varios Estados de los cuales los principales eran el reino de Cerdeña en el norte, el de Nápoles y Sicilia en el mediodía y los Estados Pontificios en el centro de la Península. El llamado reino Lombardo-Véneto, formado por gran parte de Lombardía, y por el territorio de Venecia, república esta última que dejó de existir en tiempo de Napoleón, había sido entregado en 1815 al emperador de Austria. Los demás pequeños Estados italianos hallábanse en su mayor parte en manos de príncipes de la dinastía borbónica, lo mismo que el de las Dos Sicilias.

Varias causas de revoluciones y trastornos trabajaban sobre la sociedad italiana: la una eran los principios revolucionarios franceses, los cuales, como en toda Europa, iban poco á poco penetrando en las conciencias y ganando adeptos; otra era la aspiración á formar un solo Estado político de todos los de la Península, aspiración que desde tiempo antiquísimo existía en Italia, y fué el norte de la política de no pocos papas y príncipes italianos; pero que nunca llegó á verse realizada; otra tercera consistía en la que pudiéramos llamar «cuestión del poder temporal de los Papas», más ó menos relacionada, según el punto de vista que cada cual la considere, con asuntos de orden espiritual y religioso.

Las ideas revolucionarias por una parte, la tendencia á la unidad política de Italia, que de día en día iba haciéndose más imperiosa y avasalladora por otra, y por último, la cuestión del poder temporal de los Pontífices, combinándose entre sí en múltiples formas, dan la clave de toda la complicada historia contemporánea de Italia. Las dos primeras de las dichas causas, ora obrasen juntas, ora separadamente, habían de traducirse en odio á toda dominación extranjera en la Península, y, por consiguiente, en un empeño, ardiente, tenaz, vivísimo, de expulsar á los austriacos de los territorios de Lombardía y de Venecia que tenían ocupados militarmente; y con tanto mayor motivo, cuanto que los emperadores de Austria por ambición, por simpatías naturales, y hasta por sus relaciones de parentesco con los príncipes soberanos de los pequeños Estados italianos, por lo general reacios ó negados absolutamente á entrar por el camino de las reformas que acertada ó desacertadamente contaban cada día con mayor número de partidarios en Italia como en toda Europa, se habían erigido en sus repre-

sentantes y defensores, abrogándose, de acuerdo con ellos, el derecho de intervenir en los negocios internos de sus dominios. En cuanto á la cuestión del poder temporal de la Santa Sede y residencia en Roma de los Pontífices, herencia que ha recibido Italia de los lejanos días en que era señora del mundo, coloca á esa nación en condiciones excepcionales respecto á todas las demás: favorables para ella por una parte, por reflejarse en el país el poder espiritual de la Sede Apostólica sobre los católicos y en no poco, sobre todo el mundo cristiano, constituyendo á Italia en cierto modo como cabeza del Orbe; adversas por otra parte, por la especie de intervención ó ingerencia que en justa compensación tienen que tener todos los pueblos cristianos en asuntos que, aunque conciernan sólo al Pontífice en lo que tiene de soberano espiritual, están más ó menos relacionados con el lugar donde reside y con el pueblo que le rodea.

Viéronse sacudidos durante la primera mitad del siglo XIX todos los Estados de Italia por frecuentes revoluciones promovidas por los partidarios de las reformas políticas, cuyas doctrinas divulgaban las sociedades secretas, que ejercían su acción por medio de multitud de conventículos esparcidos por toda Italia, en conexión con los que funcionaban al mismo tiempo en Francia, Alemania, España y otros pueblos de Europa. De todos esos sacudimientos, el más terrible fué el que ocurrió hacia la terminación de la primera mitad del siglo, y que coincidió poco más ó menos con los que conmovieron al mismo tiempo á Francia, y á los innumerables Estados que componían la Confederación Germánica. El papa Pío IX, que sucedió por ese tiempo á Gregorio XVI en la silla Apostólica, conocidamente reformista en sentido político, y partidario de la unidad italiana, al introducir modificaciones liberales en el gobierno temporal de sus Estados, fué causa involuntaria del movimiento revolucionario á que venimos aludiendo, y que acabó poco tiempo después, como en tales casos tan frecuentemente sucede, por volverse contra el mismo que lo había alentado, así como derribó por el mismo tiempo el trono de Francia y conmovió más ó menos los de toda Europa. La revolución, que puso al Pontífice en el caso de abandonar á Roma, motivó la intervención armada de la república francesa, gobernada entonces por Luis Napoleón, que lo repuso en el solio de que había sido depuesto por los revolucionarios, los cuales habían constituido el Estado romano en república.



Pío IX.

A la cabeza del partido que aspiraba á la unidad italiana, y, como primer paso para alcanzarla, á la expulsión de los austriacos de la Península, se había puesto el rey de Cerdeña Carlos Alberto, el cual, habiendo roto las hostilidades contra Austria, fué vencido en la batalla de Novara, á la que siguió su abdicación en su hijo Víctor Manuel, que prosiguió en la política

de su padre, con el concurso de su ministro el conde de Cavour, quien con sus astutos manejos y profundas combinaciones políticas, logró, con la ayuda de Francia, arrojar á los austriacos de Lombardía por el tratado de paz de Villafranca ajustado en 1859, después de una breve guerra, y con la cooperación del famoso guerrillero Garibaldi, destronar al rey de las Dos Sicilias. Estos territorios, así como los de los pequeños principados del norte de Italia, cuyos soberanos fueron expulsados por sus propios súbditos, fueron incorporados á Cerdeña, hallándose así su rey Víctor Manuel, en 1861, dueño de toda Italia, con excepción de los Estados Pontificios y del Véneto, si bien tuvo que renunciar á las provincias de Niza y de Saboya, que pasaron á manos de Francia en virtud de pactos que, muy á pesar suyo, tuvo que suscribir.

La guerra de 1866 entre Austria y Prusia, valió al rey Víctor Manuel, aliado de la última de esas potencias, la posesión del Véneto, que tuvo que cederle Austria, vencida por Prusia en la batalla de Konigsgratz, por más que perdieran el ejército italiano la de Custoza y su flota la de Lissa, habiéndose así cumplido una vez más la aseveración verdaderamente profética del historiador César Cantú sobre la casa real de Saboya, destinada siempre, según dice, á salir gananciosa, sea cualquiera la suerte favorable ó adversa para ella de los acontecimientos. Otra guerra también ocurrida fuera de Italia y por completo extraña á ella—la de Francia con Prusia, en 1870—brindó oportunidad á Víctor Manuel para ocupar á Roma, abandonada por la guarnición francesa, á causa de los terribles descalabros experimentados por Francia, los cuales ocasionaron la caída de Napoleón del trono imperial, la fundación del nuevo imperio de Alemania, la reconquista por los alemanes de sus provincias de Alsacia y de Lorena, que Francia les había quitado en tiempo de Luis XIV, y el establecimiento de la tercera república francesa. Así quedó constituido el reino de Italia con su capital en Roma, ciudad en cuyos vastísimos palacios y jardines del Vaticano, considerados como territorio independiente, viven en voluntaria reclusión los sucesores de San Pedro, ejerciendo su autoridad espiritual sobre todos los católicos del Orbe; pero privados del poder temporal que venían disfrutando desde la remota época de Carlomagno.

Poca ha sido la intervención directa de Italia en la política general después de la incorporación en un solo Estado político de los diversos en que estaba dividida. Mediante la alianza llamada «Triple» con Alemania y Austria, ha contribuido á mantener la paz europea, que varias veces ha estado á punto de romperse en el último tercio del siglo XIX. Sus aspiraciones á engrandecerse y á tener en el tiempo futuro un lugar importante en el concierto general de los pueblos, la han impelido á adquirir territorios donde verter el exceso de su población, condenada hasta aquí á derramarse en comarcas como las de los Estados Unidos y la Argentina, ya pobladas por otros pueblos europeos; pero sus tentativas no han sido felices. La llamada colonia Eritrea, fundada en la costa oriental de Africa, dista mucho de colmar sus aspiraciones y de satisfacer al objeto que el Gobierno italiano se propuso al establecerla. Habiendo tratado Italia de ampliar el territorio de ella á expensas del vecino de Abisinia, con el que colinda, se vió envuelta en la postrera década del siglo XIX en una

guerra, en que el *negus* ó soberano de ese país, Menelik, hombre de condiciones no comunes, hizo sufrir sangrientos reveses á sus ejércitos.

Turquía, Grecia y los demás países orientales de Europa durante la primera mitad del siglo XIX.

Ya desde los últimos años del siglo XVIII se venían manifestando en las regiones orientales de Europa sujetas al imperio otomano aspiraciones cada día más vivas á sacudir el yugo musulmán y á constituir Estados independientes; aspiraciones favorecidas por el estado de decadencia á que había venido el poder de los osmanlíes, y estimuladas más ó menos ostensiblemente por Rusia, madre y protectora natural de los pueblos, en su mayor parte eslavos de raza y griegos de religión, que forman casi la totalidad de los habitantes de las comarcas del oriente de Europa pertenecientes al imperio turco. Sólo los albaneses, gente de estirpe ilírica y en su mayor parte musulmanes de religión, y los moldavos y válicos, pertenecientes á la raza latina, los cuales se extienden también en gruesos núcleos por la Transilvania, provincia del imperio austriaco que estuvo durante largos períodos de su historia incorporada á la corona de Hungría, no son eslavos ni por la sangre ni por la lengua; pero aun éstos tienen de común con los rusos y demás pueblos eslavos, el pertenecer á la comunión griega, hecho que establece un fuerte vínculo de solidaridad entre ellos.

Los serbios fueron el primero de los pueblos eslavos sujetos á Turquía que se alzó en armas. Jorge Petrovich, llamado el Negro, en 1804, al frente de un ejército de campesinos, y ayudado por los rusos, venció á los turcos en muchos encuentros, se apoderó de Belgrado y logró que el Sultán lo reconociese como príncipe de Servia; pero abandonado en 1812 por los rusos, que tuvieron que acudir á rechazar la invasión napoleónica, sucumbió después de una fiera resistencia. Hacia 1815 Miloeh Obrenovich, otro labriego, siguió sus huellas, y, también ayudado por los rusos, consiguió después de una lucha encarnizada que el Sultán concediese la autonomía á Servia en 1817, autonomía que no quedó, sin embargo, perfectamente asegurada hasta 1829 por el tratado de Andrinópolis, que reconoció también la independencia de Grecia.

Esta última provincia se levantó en 1821, en cuyo mes de Abril, en la Morea ó antiguo Peloponeso, unos veinticinco mil turcos pacíficos, entre los que había muchos niños y mujeres, fueron víctimas de las iras de la turba. Hubo terribles represalias en Constantinopla y en otras ciudades y lugares del Imperio, contándose entre los muertos los arzobispos de Andrinópolis, Tirnova y Salónica.

Aunque Juan Capo de Istria, natural de Corfú y célebre ministro del zar Alejandro de Rusia, prestaba su concurso á la insurrección de Grecia, en la que habían tenido gran parte con sus manejos, así como en la que hacia el mismo tiempo había estallado en Moldavia, dirigida por Alejandro Ipsilanti (1), era por trasmano y por su propia cuenta, sin contar con la

(1) Alejandro Ipsilanti pertenecía á una opulenta familia fanariota, varios de cuyos miembros se habían distinguido como médicos y dragomanes al servicio de la Puerta Otomana, y aun algunos habían alcanzado la alta dignidad de hospodares de Moldavia

franca voluntad de su señor, quien, aunque inclinado por una parte á favorecer esos movimientos, vacilaba por la otra, atribuyéndoles tendencias revolucionarias y liberales que no estaba nada dispuesto á secundar, pero al fin, compelido el Zar por la opinión de sus súbditos y por los consejos de su ministro, se disponía á declarar la guerra á Turquía, cuando el famoso Metternich, ministro del emperador de Austria, decidido partidario de los principios absolutistas de la Santa Alianza, y enemigo á muerte de revoluciones populares, de cualquiera clase que fueran, le hizo desistir de su propósito, poniendo á Capo de Istria en el caso de dimitir su cargo de ministro del Zar y retirarse á Suiza.

Entretanto la insurrección de Moldavia era sofocada por los turcos, pero no la de Grecia, que se propagaba y adquiría cada día mayor pujanza, habiéndose sublevado también las islas del mar Egeo, el cual se cubrió de audacísimos corsarios griegos, cuyas hazañas tocan en lo legendario. Alentaba también la insurrección griega Ali, bajá de Janina, hombre extraordinario que había llegado á formarse dentro del imperio otomano un Estado casi independiente en que se comprendían la Albania, el Epiro y otras comarcas; pero que sitiado en Janina por las tropas del Sultán, después de muchos combates que con ellas sostuvo, fué muerto traídoramente á principios de 1822 á los ochenta y un años de edad, en una conferencia que estaba celebrando con Kurchid, general que mandaba las fuerzas sitiadoras.

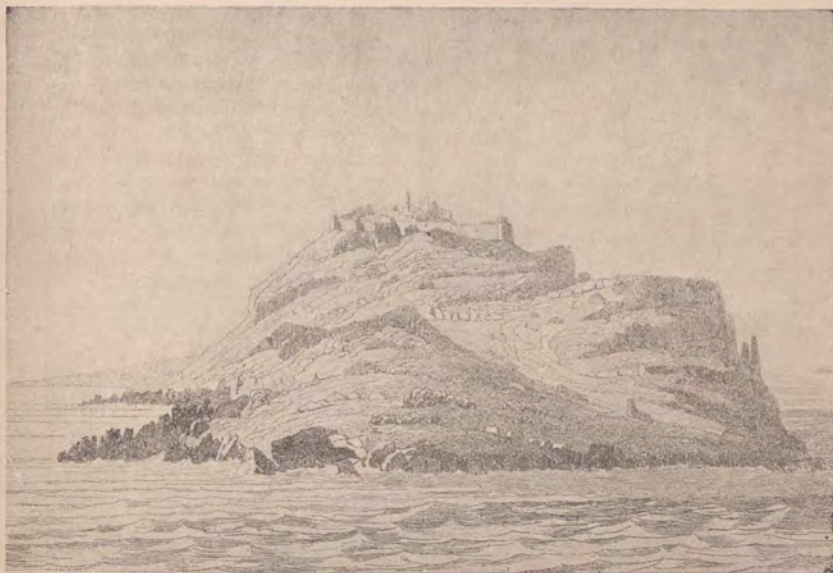
La insurrección griega fué fecunda en hechos heroicos y en terribles matanzas y tropelías, tanto por la una como por la otra parte. Ansioso el Sultán de ponerle término, apeló á la ayuda de Mehemet Ali que, aunque su vasallo en el nombre, era de hecho independiente en Egipto, donde ejercía el cargo de virrey. Este, á quien había prometido el Sultán entre otras cosas, la soberanía de la isla de Creta en pago de sus servicios, envió su flota y su ejército, mandado por su ahijado Ibrahim, en ayuda del Sultán, con lo cual la insurrección griega estuvo á punto de ser ahogada en sangre, pues los egipcios combatieron con terrible encarnizamiento, cometiendo horribles estragos. Uno de los sucesos más famosos de esa guerra fué el sitio y expugnación de la ciudad griega de Misolonghi, hecho ocurrido en 1825, y que por la admirable resistencia de la plaza y por las circunstancias horribles de que fué acompañado, atrajo la atención pública de Europa sobre la insurrección griega. Ya el zar Alejandro había propuesto á las grandes potencias de Europa intervenir en la contienda en favor de los griegos, cuando murió á fines de ese mismo año en 1825, sucediéndole, por renuncia de su hermano Constantino á quien correspondía la corona, su otro hermano Nicolás, el cual comenzó su reinado reprimiendo en per-

y Valaquia. Uno de ellos, que mantuvo relaciones con el zar de Rusia á cuya protección debió ser impuesto por éste á la Puerta como hospadar de Valaquia por un período de siete años, dió lugar, por la falta de cumplimiento por parte del Sultán de esa condición, á una guerra entre Turquía y Rusia á principios del siglo XIX.

Fanariotas se llamaba á los griegos que se quedaron viviendo en Constantinopla después de la conquista turca, y de los cuales sacaban los sultanes sus intérpretes, administradores y otros empleados palatinos ó burocráticos. Habíaseles dado ese nombre por el barrio de Fanar, donde residían.

sona una insurrección en sentido constitucional que, acaudillada por varios oficiales, estalló en su ejército (1).

En 1827 Rusia é Inglaterra, y también Francia, donde reinaba Carlos X desde 1824, decidieron intervenir, todas de concierto, para obligar al Sultán á conceder la autonomía á Grecia. Resultado de esa intervención fué el combate naval de Navarino, si tal puede llamarse á la destrucción casi á mansalva de la flota turco-egipcia anclada en la rada de Navarino (la antigua Pilos), por las escuadras combinadas de las tres potencias interventoras, en Octubre de 1827.



Ruinas de la antigua ciudad de Pylos en Grecia (hoy Navarino), en cuyas aguas se dió en Octubre del 1827 el famoso combate naval que aseguró la independencia de Grecia.

Al mismo tiempo atacaba Rusia á Turquía, por tierra, en Europa y en Asia. Turquía, á pesar del estado de postración en que se hallaba, agravado

(*) No eran más escrupulosos los llamados liberales rusos que los de otras partes en la elección de medios para hacer predominar sus principios. Los oficiales promotores del pronunciamiento militar que estalló al advenimiento de Nicolás al trono de los zares, hicieron creer á los soldados que les seguían, que se sublevaban en favor del hermano del Zar, Constantino, que había renunciado á la corona y desempeñaba á la sazón el cargo de virrey de Polonia. Cuán bien enterados estarían esos soldados de la significación y trascendencia del acto que realizaban, lo demuestra el hecho, rigurosamente histórico, de creer la mayor parte de ellos que la *Constitución* que estaban vitoreando, era la mujer del príncipe Constantino. La pronunciaci3n de esas palabras en lengua rusa parece prestarse á ese equívoco.

por las medidas del sultán Mahamud, que había destruído y disuelto en 1826 la célebre milicia de los genizaros, sustituyéndolos por un ejército á la europea mal organizado, sostuvo en 1828 y 1829 sendas campañas contra los rusos, la primera de ellas en Moldavia, en que tuvieron los turcos la mejor parte; la segunda, más desgraciada para ellos, hubiera acabado por su definitiva expulsión de Europa, á no haber venido la paz de Andrinópolis, concertada en Setiembre del 29, á poner término á la contienda. Al mismo tiempo que en Europa, se combatía, como ya se ha dicho, en Asia, donde los rusos se apoderaron de Kars, Erzerum y otras plazas y territorios de la Armenia turca. En virtud del protocolo de Londres, que siguió inmediatamente á la paz de Andrinópolis, Grecia fué constituida en reino independiente bajo la protección de las tres potencias signatarias (Rusia, Inglaterra y Francia); Moldavia y Valaquia, aunque bajo la soberanía del Sultán, quedaron de hecho en manos de Rusia, potencia ésta que, por más que devolviese Kars y Erzerum á Turquía, salió ganando territorios en Armenia y Georgia.

El gobierno de Grecia, que no quiso aceptar el príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo, fué ejercido por Juan Capo de Istria hasta su muerte á mano airada en 1831, á cuyo suceso siguió un estado anárquico á que puso fin la exaltación al trono del príncipe Otón de Baviera en 1833, siempre bajo la protección ó tutela de las potencias coligadas.

En 1832 estalló la guerra entre Turquía y Egipto, donde seguía gobernando el célebre Mehemet Alí. Vencidos los turcos, hubieron de ceder á Mehemet Alí en 1833 varios territorios en Siria y Palestina.

Durante esa guerra impetró Turquía la alianza de Rusia, habiéndose concertado entre ambas potencias en 1833 en Unkier Skelesi, lugar de la ribera oriental del Bósforo, un pacto de alianza ofensiva y defensiva por ocho años que daba á Rusia grandísima influencia sobre Turquía, y que cerraba por completo los Dardanelos y el Bósforo á todas las naves de guerra europeas, salvo á las de Rusia, que tendrían paso franco por ellos.

En 1839 volvió á encenderse la guerra entre Turquía y Egipto, comenzando por ser vencidos los turcos, á pesar de la organización á la europea que habían dado á su ejército varios oficiales extranjeros, entre ellos el conde de Moltke, oficial prusiano que tanta fama había de adquirir en adelante. Las simpatías de los gobiernos de Europa estaban divididas, pues mientras Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia se inclinaban á favor del Sultán, Francia, que tenía muchos intereses en Egipto, propendía á favorecer á Mehemet Alí. Las primeras de las dichas potencias, congregadas en 1840 en Londres, acordaron prestar ayuda á Turquía, forzando á Mehemet Alí á evacuar la Siria y la Tierra Santa (que ya se habían sublevado contra su dominio), si bien le sería reconocido el gobierno de Egipto con carácter hereditario bajo la soberanía del Sultán. Para hacer efectivas las condiciones de este convenio, Inglaterra y Austria mandaron sus escuadras á Oriente, muy á despecho de Francia, que tuvo que sufrir ver á su aliado Mehemet Alí despojado por la fuerza de todos los territorios que había adquirido. Durante los referidos sucesos, y en el mismo año de 1839, en que se reanudaron las hostilidades entre turcos y egipcios, murió el sultán Mahamud, sucediéndole Abdul Mejid.

Revoluciones de Francia, de Polonia y de Bélgica.

En 1824 murió Luis XVIII, rey de Francia, y le sucedió su hermano Carlos X, hombre de condición caballeresca y de honradez intachable, pero ni de las condiciones de carácter, ni de los alcances intelectuales que hubiera necesitado para luchar contra el espíritu revolucionario que, á medida que se olvidaban los excesos y violencias de la primera revolución, iba recobrando bríos. Reinó, pues, en un estado de constante hostilidad contra los partidarios de los principios llamado liberales, los cuales acabaron por promover un levantamiento popular en las calles de París en Julio de 1830 que lo derrocó del trono, obligándolo á expatriarse. En los seis años de su reinado, intervino Francia en los negocios de Grecia, en combinación con Inglaterra y Rusia, como ya se ha referido, y se apoderó de la ciudad de Argel en venganza del agravio que su gobernador ó *dey* había inferido al cónsul de Francia. Esa conquista, que dió principio á una larguísima guerra que con breves interrupciones tuvieron que sostener los franceses contra los argelinos, desde 1830 hasta 1854, acabó por la sumisión completa del país á la autoridad de Francia.

Después de expulsado Carlos X, fué puesto en el trono de Francia, contra todo derecho, el duque de Orleans Luis Felipe, el cual, después de diez y ocho años de un reinado perturbado por frecuentes motines y disturbios, algunos de ellos en la misma ciudad de París, promovidos en su mayor parte por los secuaces del socialismo, que el enorme desequilibrio causado en la industria y en las condiciones del trabajo por la propagación de la maquiñaria y de la fuerza motriz de vapor iba haciendo cada día más numerosos, fué destronado á su vez en 1848 por otra revolución popular que, lo mismo que la que derribó á Carlos X, tuvo las calles de París por teatro.

El reino de los Países Bajos, en que se comprendían la Holanda y las provincias que forman el actual reino de Bélgica, había sido constituido en 1815 por el Congreso de Viena y entregado á Guillermo, príncipe de Orange Nassau. Componíanse sus habitantes de holandeses, flamencos y valones. Los holandeses y los flamencos son de la misma raza y hablan la misma lengua, aunque difieren en religión, pues mientras los flamencos son fervientes católicos, los holandeses suelen pertenecer á las sectas luterana y calvinista. En cuanto á los valones, que ocupan las provincias más vecinas de Francia, pertenecen á la raza latina, y se expresan en una lengua muy ligada en parentesco con la lengua oficial de Francia y con las que se usan vulgarmente en las provincias de Artois y Picardía. Son también católicos, lo mismo que los flamencos.

Esa rivalidad religiosa entre los holandeses por una parte y los flamencos y valones por otra, fué la causa motora de la revolución que ocasionó la separación violenta de las provincias flamencas y valonas y su organización en reino aparte bajo el nombre de Bélgica. Estalló la revolución en Bruselas en Agosto de 1830—pocos días después de la de París—y se extendió rapidísimamente por todas las comarcas católicas de los Países Bajos. Vencidas las tropas holandesas en varios encuentros, proclamáronse independientes los rebeldes, estableciendo una monarquía representativa sobre la base de la independencia de la Iglesia respecto al Estado, libertad de conciencia,

predicación y enseñanza, admisión de los eclesiásticos en las Cámaras legislativas, ablición de los concordatos, del *placet regio* en las investiduras, etc. Dióse la corona del nuevo reino al príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo, cuyos descendientes han reinado sin interrupción hasta hoy.

El reino de Bélgica es de los Estados más poblados y prósperos, y mejor administrados de Europa; pero lleva en su seno una causa de discordia: la falta de armonía entre los valones y los flamencos, de quienes está formada la población del país, los primeros de los cuales, que son los más numerosos, pertenecen por su raza y su lengua á la gran familia germánica, mientras que los últimos son miembros de la raza latina. Ambas lenguas francesa y flamenca son hoy oficiales en el Reino.

En ese mismo año de 1830, y poco después de las revoluciones de Francia y de Bélgica que se han referido, estalló la de Polonia.

Ya se ha dicho cómo en el Congreso de Viena de 1815 hubo conatos por parte del zar Alejandro de reconstituir el antiguo reino de Polonia, proyecto que tropezó con la oposición de Prusia, negada á desprenderse de la parte de ese reino que le había tocado en los anteriores repartos. El gran ducado de Varsovia, que Napoleón había formado con la Polonia prusiana y con otras provincias del antiguo Reino, fué dividido en dos partes desiguales por las potencias congregadas en Viena: la occidental, en que se comprendían Danzig, Thorn, Culm, Posen y otras comarcas, fué devuelta á Prusia; la oriental, que era la mayor de ellas, fuera de Cracovia y su territorio que se constituyó en república independiente, fué entregada á Rusia, que hizo de ella el llamado nuevo reino de Polonia, con su capital en Varsovia, cuyo gobierno ejerció Constantino, hermano del zar Alejandro. Ese reino, bien que bajo la soberanía suprema del zar de Rusia, disfrutaba de gran autonomía, pues tenía su constitución particular y su Dieta, que legislaba y que votaba los impuestos.

Constantino, á quien, á la muerte de su hermano Alejandro en 1825, correspondía la corona, habiendo renunciado á ella en su otro hermano Nicolás, siguió ejerciendo tranquilamente el gobierno de Polonia hasta que en 1830, habiendo Nicolás quebrantado la constitución polaca con dejar de convocar la Dieta y con otras medidas, se promovió una terrible revolución que obligó á Constantino á evacuar á Varsovia. Combatieron heroicamente los polacos durante diez meses contra todo el poder de Rusia, que mandó allí doscientos mil hombres para someterlos, pero divididos por mil pequeñas cuestiones y rivalidades, y obrando sin concierto, acabaron por ser vencidos en Setiembre de 1831, perdiendo su autonomía y quedando reducidos á la más humillante y opresora dependencia.

Al advenimiento en 1855 de Alejandro II, sucesor de Nicolás, al trono de los zares, pareció aliviarse algo la suerte de los polacos, inclinándose el nuevo soberano á devolverles una parte de la autonomía que habían disfrutado. Mandó á ese efecto para gobernarlos á su hermano Constantino como virrey, estableció un Consejo de Estado ó introdujo otras innovaciones de carácter autonómico; pero los polacos, que no aspiraban á menos que á la independencia absoluta, se alzaron de nuevo en armas en 1863, siguiéndose una guerra sangrienta que acabó en la primavera de 1864 por la represión de aquel movimiento patriótico, sostenido casi exclusivamente por la

nobleza y el clero, pues los campesinos tuvieron muy poca parte en esas alteraciones. Desde entonces los polacos vienen sufriendo, no sólo en aquellas de sus comarcas sujetas á Rusia, sino también en las pertenecientes á Prusia (donde también hubo rebeliones, aunque de escasa importancia, en el curso del siglo XIX), toda suerte de vejámenes por parte de los rusos y los alemanes, los cuales se han propuesto acabar con todo recuerdo de su nacionalidad, habiendo adoptado, entre otras medidas, la de prohibir el uso de la lengua polaca en sus respectivos dominios, y despojar á los propietarios territoriales sustituyéndolos por los antiguos siervos y arrendatarios en la Polonia rusa, con objeto de acabar con el poder de la nobleza, nervio de la nación polaca, y por inmigrantes alemanes en la Polonia prusiana, para *germanizar* el país, porque debe advertirse que el antagonismo entre alemanes y polacos se funda principalmente en la diferencia de raza, y entre polacos y rusos, que pertenecen á la misma raza eslava, en la de religiones, siendo católicos en su mayor parte los polacos, y sectarios del rito griego los rusos, circunstancia esta última á que se debe la persecución de que ha sido y sigue siendo objeto la Iglesia católica en la Polonia rusa.

Todas las violencias y atropellos que se ejercen sobre los polacos, vienen resultando, como siempre en tales casos sucede, contraproducentes, resistiendo duramente el espíritu religioso, nacional y patriótico, á todos los esfuerzos de los gobiernos para sofocarlo. No es, pues, improbable que la nación polaca llegue algún día, tarde ó temprano, á reconstituirse.

La revolución que derrocó el trono de Luis Felipe tuvo un carácter marcadamente socialista, y fué seguida por grandes perturbaciones, á causa del completo fracaso de los principios comunistas que las clases obreras pretendían llevar á la práctica. Los ensayos que se hicieron con ese

objeto dieron resultados desastrosos y produjeron un violento movimiento de reacción entre los propietarios rurales y los burgueses más ó menos acomodados, que componían entonces, como ahora, la mayor parte de la población de Francia. El terror que infundieron en ellos esas alteraciones, y el estado de anarquía que preveían si llegaban á prevalecer las ideas socialistas, llevaron á la presidencia de la República al príncipe Luis Napoleón, sujeto cuyo mayor mérito consistía en su parentesco con el grande hombre cuyo recuerdo tan grato era á los franceses; parentesco que, como el mismo Luis Napoleón decía, constituía todo un programa político. Un golpe de Estado, seguido por un plebiscito en que tuvo en su favor siete millones de votos contra menos de setecientos mil, lo elevaron al imperio en Diciembre de 1851.

Pero la revolución de 1848 en Francia produjo un sacudimiento que conmovió casi todos los tronos de Europa. Ya hemos referido las perturbaciones que ocurrieron por ese tiempo en Italia. Los Estados alemanes y el conjunto de naciones que formaban el imperio de Austria, sufrieron también tremendas sacudidas, cuyo resultado, á la larga, fué un cambio radical en las fronteras, en la organización política y en las relaciones que entre sí los ligaban.

Habiase instituído en 1815 la Confederación Germánica, compuesta

de cerca de sesenta Estados entre grandes y chicos, representados por treinta y tantos soberanos con diversos títulos, y por cuatro ciudades libres. Los más poderosos de esos soberanos, en cuyo torno giraban todos los demás como satélites, eran el rey de Prusia, que tenía la soberanía y representación de once, de los cuales, aún excluidos los de Hungría, Croacia, Esclavonia y otros que nunca formaron parte de la Confederación, no todos eran verdaderamente alemanes. También el rey de Holanda por los ducados de Limburgo y Luxemburgo, y el de Dinamarca por los de Holstein y Lauemburgo, tenían representación en la Dieta de la Confederación, que se reunía en la ciudad de Francfort de Main, y de la cual era presidente nato el emperador de Austria. Consistían las principales funciones de la Dieta en mantener por una parte la independencia y seguridad exterior de los Estados confederados, y por otra la seguridad interior y la paz entre ellos, interviniendo, á ser preciso, á mano armada para restablecer la tranquilidad y la paz en cualquiera de esos Estados si fueran turbadas por desavenencias entre el soberano y sus súbditos.

Ni para Alemania ni para Austria habían transcurrido los años desde el de 1815 en que se instituyó la Confederación Germánica hasta el de 1848, sin conmociones ni turbulencias; pues en Brunswick, en Hesse-Cassel, en Sajonia, en Hannover y en algún otro de sus reinos ó principados, hubo conatos de rebeliones populares, ó rebeliones efectivas que ocasionaron destronamientos de príncipes y modificaciones en el régimen político; y en cuanto al imperio de Austria, habían precisamente de complicarse los sucesos provocados allí como en otras partes por el espíritu revolucionario que fermentaba en todos los pueblos que lo constituían, con las rivalidades étnicas, religiosas y políticas que siempre hubo entre unos y otros.

Componíase entonces, como ahora, el imperio austriaco de multitud de Estados ó cuerpos políticos formados por pueblos eslavos, alemanes y húngaros, aparte de los moldavos y válacos, gente de raza latina esparcida en gruesos núcleos por la Transilvania, y de los italianos, de la misma raza, que ocupan algunas comarcas ribereñas del mar Adriático. Todavía en aquel tiempo contribuían á reforzar los elementos italianos del Imperio, las poblaciones de Lombardía y de Venecia, las cuales, soportando muy á despecho la dominación de los emperadores de Austria, eran tratadas absolutamente como pueblos conquistados.

Ni los alemanes ni los húngaros tenían, ni tienen hoy, mayoría numérica en ese conjunto de pueblos, pues predominan en tal concepto sobre unos y otros los checos, eslovacos, croatas, esclavones, serbios, polacos y eslovenos, gentes todas de raza eslava, que ocupan casi exclusivamente varias de sus provincias, y en parte aquellas mismas en que son alemanes ó húngaros los que forman la masa general de la población; pero estos últimos son, sin disputa, los que forman los núcleos más unidos y compactos, hallándose interpuestos entre los eslavos septentrionales y los meridionales. Sobre hallarse así divididos geográficamente en esos dos grandes grupos, tienen los eslavos del imperio austriaco en su contra, el estar separados, aún dentro de cada uno de esos grupos, por diferencias lingüísticas lo bastante hondas para no entenderse entre sí los eslavos septentrionales y los meridionales. á pesar de la estirpe común eslava de las varias lenguas que hablan, y

por diferencias religiosas que hacen muy difícil la avenencia entre los de ellos pertenecientes á la religión católica como los croatas, y los que siguen el rito griego, como los serbios, no obstante la absoluta identidad de unos y otros en raza y en lengua.

Los más opuestos á dejarse absorber por el sistema centralizador que los emperadores de Austria se esforzaban en establecer en sus dominios eran los húngaros. Estos, desde mucho tiempo antes del tiempo de que estamos tratando, aunque gozasen de una autonomía bastante amplia, y tuviesen su Dieta particular y sus asambleas provinciales en que tenían voz y voto todos los hidalgos del Reino, que en el de Hungría eran numerosísimos, aspiraban á la independencia absoluta sin oponerse por eso á que sus reyes fuesen á la vez soberanos de otros Estados. Querían, en pocas palabras, que los emperadores los gobernasen como reyes de Hungría y no como emperadores de Austria; tendencia que se veía contrariada por la de los emperadores y sus ministros á unificar en lo posible el gobierno de todos los pueblos sometidos á su dominio. Ese mismo anhelo de independencia respecto al poder central del Imperio que sentían los húngaros, lo sentían á su vez los croatas y esclavones respecto á la corona húngara, en la que estaban desde largo tiempo atrás incluidos, aspiraciones que tropezaban con la oposición de los húngaros, que por una inconsecuencia muy ilógica, pero que no puede sorprender á quien tenga en cuenta los instintos egoístas é injustos de las colectividades humanas, pretendían (y todavía pretenden, pues la cuestión sigue en pie en los momentos presentes, siendo una de las causas que mantienen la intranquilidad en el llamado hoy imperio austro-húngaro) ejercer sobre las poblaciones eslavas incluidas en su corona la misma tiranía que se les hacía á ellos insoportable en los alemanes.

El caudillo más ardiente y resuelto de los que dirigieron el movimiento húngaro fué el conde Luis Kossuth, el cual con la palabra y con la pluma, y á costa de su propia libertad, de que se vió por largo tiempo privado, y de mil persecuciones de que hubo de ser víctima, levantó el espíritu del pueblo húngaro haciéndole patentes sus derechos, recordándole sus glorias, é infundiéndole ánimo para sacudir el yugo que le oprimía. Era algo complejo ese movimiento, pues no sólo tenía por objeto el restablecimiento de la independencia de Hungría, sino la introducción de reformas en su organización política interior, á las cuales eran también opuestos no sólo los gobiernos de Austria, que se habían constituido en los campeones de absolutismo en Europa, sino muchos de los mismos húngaros, que no aceptaban tal linaje de novedades. El empleo de la lengua húngara con carácter oficial en todas las comarcas comprendidas en la corona de Hungría, provocó al mismo tiempo que la oposición del Estado central, que pretendía se empleara sólo la alemana con tal carácter en todas las comarcas de l Imperio, sino de los croatas, esclavones, checos, rumanos y otros pueblos eslavos incluidos en la corona húngara, á quienes era la lengua magyar tan extraña como á los alemanes, y que se creían, con razón, con perfecto derecho á que se concediera carácter oficial á las suyas. Tales divergencias lingüísticas, así como las originadas en el seno de la misma sociedad húngara por la diversidad de las opiniones políticas, eran hábilmente explotadas por el gobierno central de Viena para combatir á los reformadores y para

mantener su autoridad y su dominio. A esas causas de trastornos hay que agregar la agitación política que comenzaba á manifestarse en todos los territorios alemanes, y entre ellos en el Austria misma, y las insurrecciones ocurridas en 1846 en las provincias polacas sometidas á Austria y á Prusia contra los respectivos gobiernos de ellas, la primera de las cuales fué combatida por el gobierno austriaco provocando el levantamiento de los campesinos contra los propietarios rurales.

La revolución de 1848 en París dió alientos al espíritu revolucionario que fermentaba en todos los Estados alemanes y en los comprendidos en el imperio de Austria. En todos los reinos y principados pequeños hubo motines y alzamientos que obligaron á los príncipes soberanos á conceder sendas cartas constitucionales á sus súbditos; en Bohemia cobraron alientos las tendencias autonomistas que, aunque no tan violentamente como en Hungría, venían de algún tiempo atrás manifestándose, estallando una insurrección que sólo se apaciguó mediante la concesión por parte del gobierno de Viena á los checos de una asamblea legislativa y de una administración local independiente, sin contar el empleo oficial de su lengua, de que ya disfrutaban. Hungría vió realizadas casi completamente sus aspiraciones autonómicas, quedando sin otras relaciones con las provincias alemanas del Imperio que las que se derivaban del hecho de obedecer á un soberano común; los croatas y los serbios se declaraban independientes de Hungría bajo el cetro del emperador Fernando, rebeldía ésta favorecida por el gobierno de Viena, y que Kossuth pretendía reprimir con un ejército de 200.000 húngaros. Coincidian todos estos sucesos con la rebelión de las provincias italianas y la guerra con el Piamonte, que ya hemos referido.

Acabada esa guerra por la victoria de los austriacos en Novara, pudo el gobierno de Viena dirigir sus fuerzas contra Hungría y Bohemia. La revolución de Bohemia fué reprimida, y Praga ocupada por las tropas austriacas; pero los húngaros se resistieron valerosamente contra los croatas, que el gobierno de Viena había lanzado contra ellos. Estalló entretanto en Viena una rebelión militar en sentido liberal que obligó á abandonar su puesto al célebre ministro Metternich, que venía ejerciendo el gobierno desde los ya entonces lejanos días del primer imperio francés, y que puso al emperador Fernando en el caso de salir de Viena y refugiarse en el Tirol.

Las tropas austriacas que se hallaban en Praga, se arrojaron sobre Viena, tomaron la ciudad, que fué tratada con todos los rigores de la guerra, y sofocaron el movimiento revolucionario. Subió entonces al poder el príncipe de Schwartzemberg, el cual obligó á abdicar al emperador Fernando, cuya corona, por renuncia de su hermano y heredero, pasó á su sobrino Francisco José. La política de Schwartzemberg, que era esencialmente contraria á la autonomía de las regiones, provocó el levantamiento en armas de toda la nación húngara y dió lugar á que la Dieta de Hungría proclamase la absoluta independencia del país y el destronamiento de la dinastía reinante. El gobierno, además de lanzar contra Hungría todo su ejército y á los serbios y croatas, sublevó contra ella á la Transilvania, donde predominaban los rumanos por el número, si bien pertenecían todos, ó casi todos ellos, á las más humildes clases rurales. Pero careciendo, con todo, el gobierno de Viena de fuerzas suficientes para someter á los húngaros, hubo

de recurrir á Rusia, la cual mandó en su favor dos poderosos ejércitos que hacían un total de 120.000 hombres, con cuya ayuda pudo aplastar el movimiento húngaro. Propúsose entonces el gobierno de Viena tratar con el mayor rigor á los húngaros, asimilándolos á los súbditos alemanes del Imperio y privándolos de todo rastro de autonomía. Miles de ellos perecieron en los cadalsos y en las prisiones, y su juventud fué sujeta al servicio militar y repartida por los regimientos alemanes que guarnecían las más apartadas provincias del imperio austriaco.

En los demás Estados de la Confederación Germánica reinaba durante el tiempo en que se desarrollaban los sucesos que hemos referido, una intranquilidad profunda. Aparte de las alteraciones ocurridas en cada uno de esos Estados, y á que anteriormente hemos aludido, había otras que afectaban á todos ellos en conjunto, y en las que tenía principalísima parte el espíritu de nacionalidad, cuyo nacimiento se remontaba al tiempo de la invasión napoleónica, y que se había ido poco á poco desarrollando en los pueblos alemanes hasta adquirir formidables proporciones en la época á que hemos llegado en nuestro relato.

En la raza germánica, en su sentido más general, se comprenden no sólo los pueblos llamados generalmente alemanes, sino también los ingleses, flamencos, holandeses, daneses y escandinavos, todos los cuales están estrechamente emparentados por la sangre, son semejantes en el tipo físico, y hablan lenguas pertenecientes á la gran familia teutónica; pero en sentido más restringido, por alemanes sólo suele entenderse, y entienden ellos mismos, los pueblos que formaban la Confederación Germánica (algunos de los cuales son verdaderamente menos germánicos que otros que no entraban en ella), y las provincias suizas y francesas en que se hablan dialectos germánicos. La idea nacionalista germánica que tantos vuelos tomó en ese tiempo y en los posteriores, y que á tan trascendentales acontecimientos ha dado origen, aspiraba á la formación de un imperio fuerte y compacto que pudiese poner en juego las fuerzas de todos esos pueblos de una manera más eficaz y decisiva que la Confederación Germánica, donde las rivalidades, que siempre hubo, entre Austria y Prusia, debilitaban la acción común, cuando no la destruían por completo.

Esa idea nacionalista se tradujo á la práctica en la reunión, en 1848, de una asamblea popular en Francfort de Main, á la que enviaron sus diputados todos los Estados alemanes, la cual, después de largas deliberaciones, promulgó á principios del año siguiente unos estatutos que no fueron aceptados por los gobiernos, y que ocasionaron en varias ciudades y comarcas de Alemania fuertes conmociones, que fueron sofocadas por las tropas prusianas. Los acuerdos de esa asamblea y los intentos que, después de disuelta, hubo por parte de Prusia, de organizar una confederación de Estados alemanes bajo su dirección y patrocinio, así como una cuestión ocasionada por la intervención armada de Prusia en el principado de Hessen-Cassel, donde habían surgido disensiones entre el soberano y sus súbditos, estuvieron á punto de promover una guerra entre Austria y Prusia, que sólo la actitud humilde que obligó á adoptar á esta última potencia el mal estado de su ejército, fué bastante para impedir. El resultado final de todas estas cuestiones y litigios fué la disolución de la liga de Estados alemanes que

Prusia había formado, la evacuación por las tropas prusianas del Estado de Hessen Cassel que habían invadido, y el restablecimiento en toda su integridad de la constitución federal de 1815 y de la autoridad de la Dieta de Francfort, que por algún tiempo estuvieron caídas en desuso, volviendo las cosas á su antiguo ser y estado; hechos todos consagrados por el tratado de Olmutz, de Noviembre del 50, entre Austria y Prusia, tratado que significaba el triunfo de la influencia austriaca en la Confederación Germánica y la humillación de Prusia.

Ocurrían los precipitados sucesos reinando en Prusia Federico Guillermo IV, hijo y sucesor del monarca de su mismo nombre, que había muerto en 1840. A su advenimiento al trono, Federico Guillermo IV convocó, contra la opinión y voluntad de su hermano el príncipe heredero Guillermo, una asamblea ó dieta compuesta de dos Cámaras desprovistas de facultades legislativas, pero autorizadas para conceder ó negar los subsidios que el rey solicitase en tiempo de paz; asamblea cuya actitud rebelde puso al Rey en el caso de disolverla. Desde entonces, y muy especialmente en 1848, en que hubo de ser otra vez disuelto el Parlamento por la fuerza, y en que dió Federico Guillermo una nueva constitución á sus súbditos, estuvo Prusia en un estado de intranquilidad casi constante. En 1858, por incapacidad mental de Federico Guillermo, asumió su hermano Guillermo la regencia, que á la muerte del primero, en 1860, trocó por la corona. Este Guillermo hombre ya á la sazón de edad proveya, pues contaba sesenta y tres años, era el mismo que tan célebre había de hacerse tiempo adelante por sus victorias y como fundador del nuevo imperio germánico.

Propúsose desde el momento en que empuñó las riendas del gobierno, reconstituir el ejército, para hacer de Prusia un Estado fuerte y temido, y evitarle humillaciones como la del tratado de Olmutz. Hizo su primer ministro al conde Otón de Bismarck, hombre de extraordinaria energía, y realista furibundo que sentía el mayor desprecio por los procedimientos parlamentarios, y cuyo largo período de gobierno fué una constante lucha con las Cámaras legislativas, que fueron varias veces disueltas. Decía Bismarck que no es con discursos ni votaciones, sino con sangre y hierro con lo que se gobiernan los Estados y se hacen fuertes y poderosos. Imponía y recaudaba arbitrariamente por decretos los cuantiosos subsidios que necesitaba para la realización de sus planes y que las Cámaras obstinadamente le negaban. Con la prensa sus procedimientos no eran menos despóticos. El periódico que se desmandaba era á la segunda amonestación implacablemente suprimido. El rey, que por carácter y por costumbre era un hombre de guerra, que había comenzado su carrera tomando parte en la invasión de Francia en 1814, sostenía á su ministro, y el general Roon, ministro de la Guerra, le secundaba admirablemente en el desarrollo de sus proyectos. Así llegó á tener Prusia un ejército formidable, una verdadera máquina de guerra, con la que pudo Bismarck realizar la primera parte de su programa, que consistía en poner á Prusia al frente de la Confederación Germánica y excluir de ella al Austria, propósito que ya habían tenido los diputados de la asamblea popular reunida en Francfort en 1848, pero que no había sido posible entonces llevar á la práctica.

Dióle ocasión para ello la intervención combinada de Austria y Prusia

en la cuestión de los ducados de Schleswig y de Holstein, de los que era soberano el rey de Dinamarca. No intentaremos siquiera, porque las dimensiones de esta obra no lo consienten, dar idea de los términos de un litigio que tuvo durante largos años suspensa la atención pública de Alemania y que en algunos momentos produjo la más violenta excitación en los ánimos. Bástenos con decir que por más que fuera el rey de Dinamarca soberano de esos ducados, era á título personal y no como rey de Dinamarca. Las leyes de transmisión de la soberanía de ellos eran distintas de las que regían para los Estados propiamente daneses, y, además, el ducado de Holstein pertenecía á la Confederación Germánica, en cuya Dieta, como duque soberano de él, tenía voz y tres votos el rey de Dinamarca. El empeño de éste en hacer extensiva la constitución dinamarquesa al ducado de Holstein, asimilándolo á las provincias danesas de sus Estados, y la protesta de los habitantes del ducado contra semejante proceder, protesta apoyada por la Dieta de la Confederación Germánica, fué causa de varios conflictos y guerras que dejaron en pie el problema. Planteado éste de nuevo poco antes de la muerte de Federico, en Noviembre de 1863, y agravado en los comienzos del reinado de su sucesor Cristián, que prosiguió en la misma política, llevóse á cabo la intervención armada, primeramente por tropas sajonas y hannoverianas en nombre de la Confederación Germánica, y poco después por tropas austriacas y prusianas en nombre de sus respectivos soberanos, que á espaldas de la Confederación se coligaron á ese propósito. Vencidos los daneses en la breve guerra que se siguió, y ocupados los ducados de Schleswig y de Holstein por las tropas aliadas, desavinieron Austria y Prusia al echar de ver la primera de esas potencias el designio de la última de adjudicarse los territorios de los ducados. Sobrevino por tal motivo la guerra de 1866, en que Prusia é Italia coligadas combatieron contra Austria. La batalla llamada de Sadowa, por unos, y de Konigsgratz, por otros, ganada por los prusianos, y el tratado de Praga, consecuencia de ella, dieron á Italia el Véneto, y á Prusia la hegemonía de la Confederación de la Alemania del Norte, que se fundó con todos los Estados alemanes situados al septentrion del río Main. Austria, expulsada de la Confederación Germánica, se vió obligada para conservar la paz interior, á devolver á Hungría la autonomía que le había quitado en 1849, constituyéndose así el imperio austro-húngaro en la forma que aún conserva.

Este imperio, uno de los más extensos de Europa, y una de las potencias militares más fuertes de ella durante la primera mitad del siglo XIX, ha descendido mucho en categoría desde entonces á causa de su expulsión de la Confederación Germánica de Alemania. Créese también muy generalmente que su disolución en varios Estados políticos de los cuales los de población y lengua germánicas pasarían á formar parte de un



El conde (más adelante príncipe) Oton de Bismarck.

un modo ú otro del imperio alemán, el de Hungría se constituiría en Estado por completo independiente, y los servios, croatas, bohemios, eslovenos y demás pueblos eslavos, se agruparían formando Estados independientes, en relaciones más ó menos estrechas con los de Rusia, Servia, Bulgaria y Montenegro y otros de la misma raza, será sólo cuestión de tiempo.

Guerra de Crimea y de más sucesos notables ocurridos en Europa desde 1850 hasta la caída de Napoleón III en 1870 y el establecimiento de la tercera república francesa.

La protección ó patronazgo que pretendía ejercer el zar de Rusia sobre los muchísimos secretarios del rito griego residentes en las provincias europeas y asiáticas del imperio Otomano, y, consiguientemente, sobre los Santos Lugares, donde había y hay gran número de monjes y sacerdotes de esa secta, y la resistencia del sultán de Turquía, instigado por bajo mano por Inglaterra, á ceder á sus exigencias, fueron el motivo ostensible de la guerra que desde el año 53 al 56 del siglo XIX sostuvieron Francia, Inglaterra, Turquía y Cerdeña, coligadas, contra Rusia; pero la verdadera causa de ella fué, por parte de Inglaterra, su deseo de impedir el excesivo engrandecimiento de Rusia, cuyos ambiciosos designios sobre los territorios turcos de Europa, parecía el zar Nicolás decidido á llevar á la práctica, y por parte de Francia, la necesidad que para consolidarse y hasta para justificar su existencia á los ojos del pueblo, tenía el recién fundado imperio, de fascinarlo con glorias militares que halagaran su orgullo.

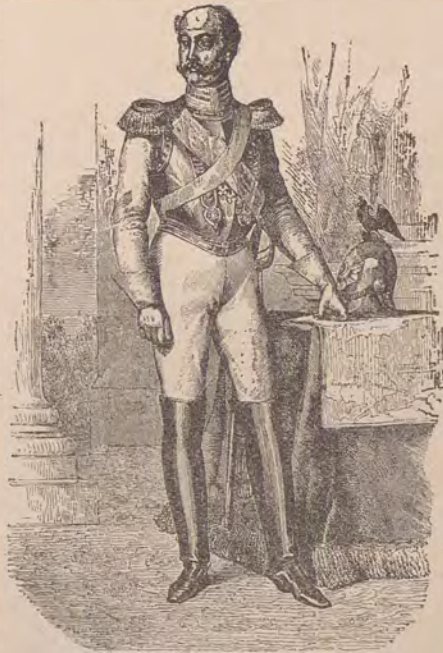
En Junio de 1853 ocuparon los ejércitos rusos los principados danubianos de Moldavia y Valaquia, sobre los cuales, por virtud de los anteriores tratados, ejercía Rusia una especie de protectorado, al mismo tiempo que las escuadras francesa é inglesa se acercaban al Bósforo; pero la declaración de guerra (que partió de Turquía), no tuvo efecto hasta Octubre de ese mismo año. Combatían los ejércitos ruso y turco con varia fortuna en las comarcas del curso inferior del Danubio y en Armenia, cuando en Noviembre, la escuadra rusa del mar Negro destruyó á la turca en el puerto de Sinope y bombardeó después la ciudad. Las relaciones entre Rusia, Francia é Inglaterra, aunque muy tirantes á causa de esos hechos, no estaban aún rotas; pero la entrada de las escuadras francesa é inglesa en el mar Negro, en Enero del 54, provocó la declaración de guerra que les dirigió Rusia en Mayo siguiente. Las escuadras aliadas bombardearon á Odessa y se presentaron á fines de Abril ante Sebastopol, plaza del mar Negro, donde tenían los rusos sus arsenales y depósitos.

A todo esto, Epiro, Tesalia y Macedonia se sublevaban contra la dominación turca, y el mar Egeo se cubría de corsarios griegos que devastaban las islas con su acostumbrada audacia. Los franceses é ingleses desembarcaron en Mayo en el Pireo, para contener á los griegos, y en Constantinopla, con el plan de atacar á los rusos en los principados Danubianos, donde la ciudad de Silistria estaba defendiéndose de un modo verdaderamente heroico contra los rusos, que la tenían sitiada y le habían dado varios furiosos asaltos. A fines de Junio, después de perder quince mil hombres, tuvieron los rusos que levantar el sitio de esa ciudad; pero ya cerca de un

mes antes, Austria, que celebró poco después un tratado con Turquía, obrando de acuerdo con Francia é Inglaterra, había intimado á Rusia la evacuación de los principados Danubianos, pagando así tan ingratamente la ayuda que Rusia le había prestado cuatro años antes para sofocar la insurrección de Hungría.

La evacuación de los principados Danubianos, que efectuaron las tropas rusas, no en obediencia á la intimación de Austria, sino por razones estratégicas, á la que siguió la ocupación de esos mismos territorios por las tropas austriacas, en virtud de lo convenido con Turquía y con las potencias coligadas, quitaban ya todo pretexto á la guerra; pero el empeño de las potencias coligadas de garantizarse contra las ambiciosas pretensiones de Rusia, las indujo á exigir de ella que renunciase á su protectorado sobre los principados Danubianos y sobre los Santos Lugares, accediese á reconocer la libre navegación del Danubio y se sometiese á otras condiciones que Rusia consideraba onerosas. Ante la negativa de Rusia á aceptar lo que se le proponía, las escuadras y los ejércitos aliados atacaron por mar y tierra á la plaza de Sebastopol. Todo el resto del año 54 y ocho meses del 55 se estuvo combatiendo furiosamente ante esa plaza, riñéndose terribles combates en que los aliados unas veces, y otros los rusos, alcanzaron la victoria. Habían aglomerado allí Francia é Inglaterra unos doscientos mil hombres con cerca de 1.000 cañones, é inmenso material de guerra. Al fin, en Setiembre del 54, abandonaron los rusos la ciudad prendiéndole antes fuego,

así como á sus barcos, arsenales, municiones y todo el material de guerra que en ella tenían, prosiguiéndose la guerra en sus inmediaciones. En Asia habían combatido los rusos con más fortuna, apoderándose de la plaza de Kars, la cual había tenido que capitular después de una brillantísima defensa, en que los sitiados habían resistido victoriosamente varios asaltos terribles y mortíferos. Habían tenido también los rusos, al mismo tiempo



El Zar Nicolás de Rusia.

que sostenían estas guerras, que combatir en el Cáucaso contra las tribus circasianas, que desde muchos años antes luchaban valerosamente para reconquistar su independencia, bajo la dirección de Schamil, caudillo de los cizenos. Entretanto, y en Marzo del 55, seis meses antes de la caída de Sebastopol, había muerto el zar Nicolás, sucediéndole su hijo Alejandro.

En Enero de 1856, á pesar de la repugnancia de Rusia á aceptar las proposiciones que Austria le hizo, amenazándola, si persistía en continuar la guerra, con unirse á los aliados, y viendo que tendría en contra suya á casi todas las potencias de Europa, se resignó á enviar sus plenipotenciarios á París, donde en 30 de Marzo de 1856 se firmó un tratado de paz en que se estipulaba la neutralidad del mar Negro, donde ni Rusia, ni Turquía, ni

otra nación alguna podrían tener barcos de guerra, ni levantar ni mantener fortificaciones ni plazas fuertes; la libre navegación del Danubio, de cuyas orillas se alejaría la frontera rusa, cediendo el Zar la provincia de Besarabia á los principados Danubianos, los caules continuarían gozando de la autonomía que ya tenían, bajo la soberanía del Sultán.

La extensión de esa autonomía no estaba bastante determinada ni lo quedó entonces. Habían ejercido la autoridad hasta entonces en Moldavia y Valaquia sendos gobernadores temporales llamados *hospodares*, que debía nombrar el Sultán, pero que, de hecho, nombró muchas veces el zar de Rusia, de cuyo imperio habían venido á ser esas provincias meras dependencias. El año de 1858 se reunieron de nuevo en París los representantes de



Abdel Mejid, Sultán de Turquía.

los moldavos y válacos se habían unido el año anterior formando un solo Estado, y se acordó que cada uno de esos principados tuviese su hospodar particular, con carácter vitalicio y elegido por los mismos habitantes; además de sendas asambleas legislativas, y una sola Comisión central constituida por representantes de

ambas provincias. Pero á principios del 59, habiendo recaído los votos de los moldavos y de los válaeos en una sola persona, el coronel Alejandro Cuza, tomó éste el título de príncipe, y ejerció el poder hasta 1866, en que depuesto del trono por una revolución, fué sustituido por el príncipe Carlos de Hohenzollern, que habiendo comenzado por ejercer el gobierno con el título de príncipe, acabó por tomar el de rey de Rumania en Mayo de 1877, después de proclamarse independiente de la autoridad del sultán.

Ya en 1861, en tiempo del príncipe Alejandro Cuza, se había aplicado al conjunto de los principados de Moldavia y Valaquia el nombre de Rumania, derivado del de rumanos, que en todo tiempo se nabían dado á sí mismos sus naturales, los cuales pretenden descender de los colonos que el emperador Trajano estableció en la Dacia, en la orilla izquierda del Danubio. Como quiera que sea, su lengua se deriva de la latina, como las de Francia, España é Italia, constituyendo una excepción en esas regiones de Europa, donde todas las lenguas usuales, con excepción de la magyar, de la turca, de la albanesa y de la griega, pertenecen á la familia eslava. Extiéndense los rumanos en gran número por la Transilvania y otras comarcas limítrofes, que no están incluídas políticamente en Rumania; hecho que será, sin duda, motivo de guerras y conflictos en los tiempos futuros.

El objeto de Cerdeña (donde gobernaba á la sazón Víctor Manuel, aconsejado por el conde de Cavour, al tomar parte en la guerra de Crimea como aliado de Francia y de Inglaterra, había sido procurarse amistades que le permitieran la realización de la unidad italiana á que aspiraba. La guerra del año 59, á que ya hemos aludido al referir los sucesos de Italia, en la que Francia y Cerdeña coligadas combatieron contra Austria, y que costó á esta última potencia la pérdida de la Lombardía, que fué incorporada al reino de Cerdeña, fué resultado de la astuta política del dicho conde de Cavour. En esa guerra se empleó por primera vez la artillería rayada, sólo por parte de los franceses, á cuya circunstancia atribuyeron muchos las victorias de éstos; pero la verdad es que esas victorias las debieron los franceses mucho más que á los cañones rayados, á la insigne torpeza con que dirigió á los ejércitos austriacos su general Giulay.

También hay que atribuir la victoria de los ejércitos prusianos en la guerra que en 1866 se riñó entre Austria por una parte y Prusia é Italia coligadas por otra, y á que ya también hemos aludido anteriormente, guerra que, á pesar de las derrotas de los ejércitos italianos, en Custozza, y de su flota, en Lissa, valió á Italia la posesión del Véneto, á motivos más importantes que al empleo, por las tropas prusianas, del fusil llamado de aguja, porque muy generalmente se pretendió explicarla. Ese arma, de tiro efectivamente más rápido que la empleada á la sazón por los demás ejércitos europeos, era muy imperfecta por otra parte, inferior en otras condiciones á aquella otra, y no había sorprendido por sus efectos á los austriacos cuando combatieron, aliados con los prusianos, contra los daneses en el Schleswig-Holstein. La artillería y la caballería austriacas eran en cambio muy superiores en todos conceptos á las prusianas. Hay que atribuir, pues, la victoria de los prusianos en la guerra del 66, á la mayor pericia de sus soldados y á la superior dirección de sus ejércitos. Ya también, por ese tiempo se había extendido bastante la costumbre de blindar los barcos de guerra, lo

que no fué óbice para que la flota austriaca, que sólo los tenía de madera, venciese en Lissa á la italiana, que empleó en ese combate varios barcos blindados. Los italianos se condujeron, por lo demás, en ese combate de Lissa con un valor digno de mejor suerte.

Transcurrieron en Europa los cuatro años siguientes á esa guerra, en una tranquilidad sólo turbada por la revolución ocurrida en España en Setiembre de 1868 y por las constantes amenazas de una guerra entre Francia y la nueva Confederación de la Alemania del Norte, que los celos de la primera de esas potencias, ansiosa de aumentar sus territorios, y descontenta del lugar subalterno á que la habían reducido las victorias de Prusia sobre Austria, estuvieron varias veces á punto de provocar. La candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern, pariente lejano del rey de Prusia, al trono de España, que le había sido ofrecido en 1870 por el partido político allí dominante, hizo estallar la mina. No fué bastante la renuncia que ese príncipe hizo de la corona que ya había aceptado, para evitar una guerra que la opinión pública de Francia exigía y que el emperador Napoleón, en obediencia á ella, y muy á pesar suyo, se vió obligado á emprender.

Mientras el viejo rey Guillermo de Prusia disponía que se guardasen tres días de ayuno y que se hicieran rogativas en todas las iglesias de sus Estados por el triunfo de sus armas, al mismo tiempo que reunía en la margen derecha del Rin todos sus ejércitos y los de los Estados confederados, á los que no tardaron en agregarse los de la Alemania del Sur, los franceses lanzaban bravatas en sus periódicos, aplaudían frenéticamente en sus teatros á las bailarinas que, tremolando banderas francesas en las manos, los incitaban á la pelea, y proferían furiosos gritos de guerra en las calles.

Intentaron los franceses tomar la ofensiva, pero, vencidos en varias sangrientas batallas, hubieron de retroceder y dejar el paso franco á los ejércitos prusianos, que envueltos y precedidos por verdaderas nubes de jinetes, penetraron en su territorio. Tuvo que acudir en persona el mismo Napoleón al teatro de la guerra; pero fué para caer prisionero en Sedán con todo el ejército que mandaba el mariscal Mac-Mahon, mientras el que dirigía el mariscal Bazaine, forzado á encerrarse en Metz después de perder varias batallas memorables en que intentó abrirse paso, tuvo que capitular entregándose con todas las armas y pertrechos á los alemanes vencedores. Otro tercer ejército francés, mandado por Bourbaki, pudo resistir en la provincia de Borgoña hasta el invierno, pero vencido también y acorralado contra la frontera suiza, sólo pudo salvarse internándose en el territorio de esa república, dando lugar á que el pundonoroso general que lo mandaba se quitase la vida desesperado.

Pero ya, antes de ocurrir este último suceso, habían puesto sitio á París los ejércitos alemanes. Hallábase defendida la ciudad por una fortísima muralla guarnecida de baluartes, que abarcaba mucho mayor superficie que la ocupada por la ciudad, y por un cordón exterior de fortalezas y castillos bien artillados y en perfecta comunicación con la plaza. Merced á tan excelente sistema de defensas, establecidas en el reinado de Luis Felipe por su ministro Thiers, y á la cooperación de otro gran ejército francés, organizado á última hora, que estuvo sosteniendo la guerra por algún tiempo en la Turena y el Orleanés, hasta que al cabo fué vencido como los otros, pudo París sos-

tener un sitio que se prolongó hasta muy avanzada la primavera del año siguiente de 1871, en que se rindió la plaza á los alemanes, después de concertar el Gobierno francés con el emperador de Alemania Guillermo (pues ya había sido proclamado como tal en Versalles poco tiempo antes), un tratado de paz en que, entre otras condiciones, se estipuló que la Alsacia y gran parte de la Lorena, que formaban parte de Francia desde el tiempo de Luis XIV, fuesen restituidas á Alemania, de cuyo imperio forman parte desde entonces á título de «territorios imperiales», gobernados por un *statthuder* (1) nombrado por el Emperador de Alemania. Esas provincias, y más especialmente la de Alsacia, no habían perdido, á pesar de haber formado parte durante dos siglos del Estado francés, la lengua ni la fisonomía germánicas que siempre tuvieron. Fueron, pues, en todo tiempo provincias alemanas, y su incorporación al imperio de Alemania debe ser considerada, en gran parte, como efecto de la tendencia, cada día más enérgica en nuestros días, á armonizar las agrupaciones políticas con las étnicas. Esa misma tendencia, causa de la agitación casi constante, en que ha vivido el imperio austriaco, ocasionará probablemente su fraccionamiento en tiempo que no se hará esperar mucho, incorporándose á Alemania en una ú otra forma sus provincias germánicas, y dividiéndose las restantes entre eslavos y magyares.

La terminación de la guerra franco-prusiana no fué la paz para Francia, en cuya sociedad, y más notablemente entre los moradores de París, abundaban los elementos más revolucionarios y disolventes. Habíanse señoreado éstos de la ciudad de París, en representación de cuya comunidad ó municipio, cuyo nombre tomaron, pretendían imponerse á todo el pueblo de Francia. El Gobierno francés, que se había establecido en la cercana ciudad de Versalles, secundado por la mayor parte del ejército, que no se había unido á los revolucionarios, sostuvo con éstos una breve pero sangrienta guerra civil que terminó por la toma de París por las tropas, y la disolución de la titulada Comunidad, en medio de las más horribles escenas de fuego y de sangre, en presencia de los ejércitos alemanes, todavía acantonados en las inmediaciones de la ciudad y en los territorios que habían invadido, los cuales fueron evacuando poco á poco en los años siguientes mientras pagaba Francia á Alemania la fuerte contribución de guerra que en las capitulaciones se había estipulado.

De ese tiempo data el establecimiento de la tercera república francesa, la cual, no obstante las graves crisis por que ha pasado, todavía subsiste, habiéndose sucedido en ella ocho presidentes, uno de los cuales fué muerto violentamente.

Aunque Francia sostiene un ejército enorme y una flota de guerra poderosa, y aunque ha aumentado sus dominios después de 1870 con el Tonquín, Annam y Laos en Asia (1884-1892), con el protectorado de Túnez en la costa septentrional de Africa (1881) y con el Dahomey, Madagascar, el Congo francés y algunos territorios más en el Africa austral, su categoría entre las potencias del mundo es á lo sumo de segundo orden en los momen-

(1) Empleamos esa forma holandesa ó flamenco de su palabra por ser la más conocida. En alemán se dice *statthalter* y en inglés se diría *stateholder*, y significa literalmente sostenedor ó mantenedor del Estado.

tos presentes. La culpa de esa situación subalterna de Francia, debe sin duda atribuirse al efecto depresivo y deletéreo que el predominio de las ideas materialistas ha producido en su población.

Últimas fases de la cuestión de Oriente. La llamada «cuestión de Oriente», siempre en pie y siempre amenazadora, adquirió caracteres gravísimos unos cuatro años después de la guerra francoprusiana.

Ya en 1860 había habido motines populares acompañados de atropellos y asesinatos de cristianos en Siria, motivando la intervención armada de Francia; al año siguiente se habían sublevado Bosnia y Herzegovina, provincias del imperio otomano separadas del mar Adriático por Dalmacia y Montenegro, y confinantes por el levante con Servia y por el septentrión con Croacia y Esclavonia; en 1863, Servia, que aunque gozase de una amplísima autonomía bajo el cetro de sus príncipes, era un Estado vasallo del Sultán, se sublevaba también, expulsando á las tropas turcas acantonadas en su territorio; en 1864 estallaba una insurrección en la isla de Creta, reclamando su incorporación al reino de Grecia, y, por último, en 1871, aprovechando el zar Alejandro de Rusia su amistad con Alemania y el aislamiento que la situación de Francia había creado á Inglaterra, se negaba á continuar cumpliendo aquellas cláusulas del tratado de París de 1856 que le prohibían tener flotas y plazas de guerra en el mar Negro.

En 1875 estallaron nuevos motines, conflictos é insurrecciones en Bosnia y Herzegovina, atizadas por bajo mano por Servia y Montenegro. La población de aquellas provincias, aunque completamente eslava por la sangre y por la lengua, está dividida por hondas rivalidades religiosas, por pertenecer al islamismo una parte considerable de ella, mientras el resto se comparte muy desigualmente entre católicos y griegos cismáticos.

Hubieron de intervenir Austria, Rusia, Francia, Alemania é Inglaterra en el conflicto, exigiendo del sultán Abdul Aziz (que había sucedido en 1861 á Abdul Mejid), la implantación de ciertas reformas en el gobierno y administración de esas provincias, las cuales estaba él conforme en decretar; pero la insurrección continuaba, y vino muy pronto á complicarse con gravísimos desórdenes y asesinatos de cristianos en Salónica y en otras poblaciones del imperio otomano, que dieron motivo á que todas las grandes potencias de Europa, incluso Italia, tomaran cartas en el asunto y mandaran sus escuadras á Salónica. Sólo Inglaterra, obrando por su propia cuenta, envió la suya al puerto de Besika y se manifestó opuesta á todo lo que significase desmembración del imperio otomano ó modificación de sus fronteras.

A todo esto los ánimos estaban exasperadísimos entre las poblaciones musulmanas del Imperio. El sultán Abdul Aziz fué destronado en Mayo del 76 por una conspiración acudillada por Midhat Bajá, jefe del partido reformista, y murió pocos días después, quitándose á sí mismo la vida, según de público se dijo, pero á manos de los mismos conspiradores según la opinión más general y probable, habiéndole reemplazado Murad V, que duró muy pocos meses en el trono.

La actitud de Inglaterra disgustó mucho á Rusia, Austria y Alemania, cuyos lazos de amistad se afirmaron con tal motivo. Concertóse un tratado

secreto entre las dos primeras de esas potencias, en cuya virtud Rusia quedaría en libertad de guerrear contra Turquía y de apoyar á Servia y á Montenegro, que ya habían roto contra ella las hostilidades, y Austria recibiría en pago de su neutralidad, las provincias de Bosnia y Herzegovina.

Rusia, á pesar de Inglaterra, declaró formalmente la guerra á Turquía en Abril del 77, la cual se sostuvo á un mismo tiempo en Europa y en Asia. En Asia comenzaron los rusos por llevar la mejor parte; pero poco después los turcos lograron expulsarlos de las plazas y territorios de que se habían apoderado. En Europa se hizo la guerra con terrible encarnizamiento, siendo muy famosas las varias batallas que se riñeron en Plevna en Julio, Agosto y los meses siguientes, en todas las cuales fueron vencidos los rusos con terrible estrago. Sólo á fuerza de acumular tropas en número enorme y elementos de guerra poderosísimos, lograron los rusos apoderarse en Diciembre de la posiciones defensivas que allí habían establecido los turcos. También en Asia se mostró la suerte de las armas más propicia á los rusos á fines del 77, pues lograron apoderarse de la ciudad de Kars y del cordón de fortalezas que había en torno de la de Erzerum.

El resultado de esa guerra, que acabó en la primavera del 78, por el tratado de San Estéfano, lugar situado á orillas del mar de Mármara, fué el reconocimiento por parte de Turquía de la independencia de Servia, Rumania y Montenegro, y de la autonomía de Bulgaria, aunque esta última bajo la soberanía del Sultán, que ya lo era desde fines de Agosto del 76 Abdul Hamid, el mismo que ha ocupado el trono hasta su forzosa abdicación, en Abril de 1909. Además, Bulgaria aumentaba su territorio con la Rumania oriental, provincia situada al sur de los Balkanes, y Rumania con la Dobruscha, provincia esta última encerrada entre el curso inferior del Danubio y el mar Negro, y que Rusia después de recibirla de Turquía, cedió á Rumania á cambio de la Besarabia. Por último, pasaban á poder de Rusia varios territorios y ciudades de la Armenia turca.

Estuvo el tratado de San Estéfano á punto de provocar una guerra europea, por la oposición de Rusia á que un Congreso de las grandes potencias que se había de reunir á propuesta del emperador Francisco José de Austria, apoyado por Inglaterra y Alemania, lo examinase é introdujera modificaciones en sus cláusulas; pero habiendo acabado por ceder Rusia, se reunió el Congreso en Berlín á mediados del 78. La independencia de Servia, Rumania y Montenegro, que ya eran desde tiempo atrás hechos efectivos, y la autonomía de Bulgaria bajo la soberanía del Sultán, fueron reconocidas; Bosnia y Herzegovina fueron entregadas al Austria para su administración y gobierno, aunque también bajo la soberanía otomana; Grecia recibía algunos territorios en Tesalia y Epiro, y se reducía la extensión de los de Armenia que pasaban á poder de Rusia.

No fueron muy bien recibidas por esta última potencia las modificaciones introducidas en el tratado de San Estéfano, si bien disimuló su resentimiento, que iba dirigido principalmente contra el príncipe de Bismarck, canciller de Alemania, quien, según se dice, quiso en esta ocasión vengarse de Rusia por haberse opuesto esta última potencia á que aniquilase él á Francia en una segunda guerra que contra ella tenía meditada hacia el año 74. Todavía por este tiempo era emperador de Alemania el viejo Guillermo, al

cual sucedió en 1888 su hijo Federico, y por la muerte de éste, ocurrida el mismo año, su nieto Guillermo II, que todavía ocupa el trono imperial.

Para no volver sobre los asuntos de Oriente diremos que en 1885 fué derribado el gobierno turco de la Rumelia oriental por una revolución que proclamó la unión de esa provincia al principado de Bulgaria; que el Sultán, obedeciendo á las indicaciones de las potencias signatarias del Congreso de Berlín, consintió en ello, cediendo en 1886 al príncipe de Bulgaria (que lo era á la sazón Alejandro de Battenberg), el gobierno general de esa provincia, y que Bulgaria se hizo por completo independiente de la soberanía de la Puerta en 1908, tomando el título de zar su príncipe Fernando de Sajonia, el cual había sustituido á Alejandro de Battenberg, destronado en 1886 por una conjuración militar atizada secretamente por Rusia, verdadera motora, más ó menos ostensible, de todas las intrigas, revoluciones, cambios políticos y sucesos de alguna importancia que tienen lugar en esas regiones orientales de Europa.

La historia de Servia, en extremo turbada durante todo el siglo XIX por discordias intestinas y, principalmente, por la rivalidad de las dos familias aspirantes al trono—la de los descendientes de Jorge el Negro y la de los descendientes de Miloch Obrenovich—presentó á los ojos del mundo en 1903 la terrible escena del asesinato de toda la familia real en su palacio de Belgrado, perpetrada por un grupo de militares conjurados en favor de la familia de Jorge el Negro, cuyo representante Pedro Alejandrovich fué puesto en el trono que la muerte violenta de Alejandro Milanovich, representante de la otra dinastía acababa de dejar vacante.

Una revolución promovida en 1908 por el partido político llamado «de los Jóvenes turcos», el cual pretende introducir en el gobierno del imperio otomano reformas un tanto incompatibles con la heterogeneidad de razas, lenguas, religiones y costumbres de las poblaciones que lo componen (reformas que no son en realidad sino desarrollo natural de las que á partir del siglo XVIII y á consecuencia de las relaciones cada día más frecuentes de los turcos con los pueblos cristianos de Europa han ido introduciendo los mismos sultanes), destronó á Abdul Hamid en 1909 y lo sustituyó por su hermano Mohamed.

Inmediatas consecuencias de la revolución de Turquía fueron la pérdida para ella de la soberanía sobre Bosnia y Herzegovina que, muy á disgusto de Servia, Montenegro y demás pueblos eslavos, pasó á manos del emperador de Austria, la independencia absoluta de Bulgaria, de que ya hemos dado cuenta, las insurrecciones ocurridas en Albania y Macedonia, en Europa, y en Arabia, en Asia, y la actitud rebelde de la isla de Creta, sólo refrenada por la presión de las potencias de Europa que tomaron parte en la conferencia de Berlín de 1788, que modificó el tratado en San Estéfano, conflictos todos ellos que están todavía en pie en los momentos presentes, y que juntos con la actitud belicosa del pueblo búlgaro, y la no muy tranquilizadora del pueblo griego, traerán guerras en época más ó menos próxima.

Una revolución semejante á la de Turquía ha ocurrido muy recientemente en Persia, imperio decaídísimo de su pasada grandeza y sometido hoy completamente á la influencia de Rusia, que en vano trata Inglaterra de disputarle.

Desde 1848 hasta 1896 ocupó el trono con el título de *shah* (que es el que en la lengua del país sirve para designar al soberano), Nazar Edin, cuarto de la dinastía de los Kajares, la cual, después de una guerra civil de quince años, se había apoderado en 1794 de la corona. Sucedióle Muzafar Edin, durante cuyo reinado, que duró desde 1896 hasta 1907, comenzaron en Persia las turbulencias intestinas (en su mayor parte atizadas por Rusia), que dieron por resultado el establecimiento en 1906 de una constitución al estilo de las de Europa, desde cuya época no ha habido un momento de paz en el país. En 1907 sucedió á Muzaffar Edin su hijo Mohamed Ali, el cual abdicó la corona en 1909 compelido por la situación perturbadísima del Imperio, donde la guerra civil puede decirse que ha tomado carácter permanente. Ocupa actualmente el trono el hijo de Mohamed Ali, Ahmed, niño de diez años, bajo la regencia de Ali, jefe ó pariente mayor de la tribu reinante de los Kajares.

España.

En la primavera de 1876, poco más de un año después de la proclamación de Alfonso XII, hijo de Doña Isabel II, por rey de España, acabó la guerra civil que ardía desde 1872 en las provincias Vascongadas, Valencia y Cataluña, y en 1878 la que desde diez antes se reñía en la isla de Cuba. Prescindiendo de la llamada en Cuba «guerra chiquita», que volvió á agitar los campos de esa isla en 1879, también promovida por los partidarios de la independencia, puede decirse que el reinado de Don Alfonso transcurrió pacíficamente hasta su muerte, ocurrida en Noviembre de 1885, habiéndole sucedido en Mayo del año siguiente su hijo póstumo, de su mismo nombre, bajo la regencia de su madre Doña Cristina de Austria, viuda del rey difunto.

La regencia de Doña María Cristina fué menos pacífica que el anterior reinado, pues se vió turbada por las insurrecciones separatistas de Cuba y Filipinas y por la guerra con los Estados Unidos en 1898, complemento de la primera, que tuvo por consecuencia para España la pérdida de todas sus colonias y posesiones de América, Asia y Oceanía, en virtud del tratado de París del mismo año. Fuera de su territorio peninsular, sólo conserva ya España en Europa las islas Baleares, y en Africa las islas Canarias, la de Fernando Póo y algunos territorios en el golfo de Guinea, en la costa occidental de ese continente, y algunas plazas é islotes en la septentrional de él correspondiente á Marruecos.

Don Alfonso XIII fué declarado mayor de edad en 1903 y contrajo matrimonio tres años después con la princesa Victoria de Battenberg.

El imperio Británico. El desarrollo de la nación británica durante el siglo XIX ha sido portentoso. No sólo ha adquirido importancia enorme en el mundo como Estado político, no habiendo cesado de extender su dominio y su influencia sobre multitud de territorios de Asia y de Africa, sino que el colosal desarrollo de sus industrias y de su comercio le han permitido acumular riquezas verdaderamente fabulosas. En su régimen político interior ha habido también modificaciones profundas que han ido introduciéndose gradualmente, muy en beneficio de su organización social y de la libertad religiosa, que es hoy allí real y efectiva, no obstante la poderosísima influencia y las enormes rique-

zas que conserva la Iglesia oficial, llamada «Iglesia establecida». Data la fundación de ella del reinado de Enrique VIII, contemporáneo de nuestros Reyes Católicos y del gran Carlos V, el cual, arrastrado por sus pasiones violentas é indisciplinadas, se separó del gremio del Catolicismo.

Sería interminable hacer aquí una reseña, por compendiada que fuera, de los territorios adquiridos por Inglaterra en el curso del siglo XIX en todos los mares y continentes del mundo, y de las guerras, todas contra pueblos asiáticos y africanos (exceptuando las napoleónicas, la de Crimea y las de los boers, colonos holandeses establecidos desde hace cerca de tres siglos en las comarcas de Africa vecinas del Cabo de Buena Esperanza), que ha tenido que sostener Inglaterra en el mismo tiempo. Sólo citaremos de ellas, como más sonadas, la llamada «del Opio», que en los años de 1840 á 1842 riñó con los chinos; guerra injustísima, y, todavía, más que injusta, inicua, cuya causa estuvo en la prohibición que el emperador Taokuang, á la sazón reinante en China, dictó contra la introducción en sus Estados del opio, droga mortífera que estaba envenenando á sus súbditos, y cuyo objeto, por parte del Gobierno inglés, fué obligar á China á recibir esa mercancía en sus puertos, en beneficio de los comerciantes ingleses de la India, á quienes enriquecía tan inhumano tráfico, y la provocada por la terrible insurrección de los cipayos en la India, tropas indígenas musulmanas que la Compañía de las Indias tenía á sueldo. A consecuencia de esa insurrección fué abolida esa famosísima Compañía mercantil, más poderosa que muchos Estados soberanos, pasando en 1858 todos sus poderes á la nación británica, cuyos reyes han agregado desde 1876 á sus títulos el de emperadores de las Indias.

También merecen citarse entre la guerras sostenidas por Inglaterra en el siglo XIX, la de Abisinia y la de Egipto, la primera de ellas en 1868, que acabó por la toma por los ingleses, de Magdale, capital entonces del país, y por la muerte que á sí mismo se dió por no sobrevivir á su derrota, el rey Teodoros; la segunda, provocada por la insurrección militar que estalló en Egipto contra la autoridad del Jédive (título que lleva allí el príncipe reinante), y cuyo resultado ha sido convertirse de hecho el país en posesión británica, por más que siga ejerciendo en el nombre la autoridad suprema el Jédive, bajo la soberanía, también completamente nominal, del sultán de Turquía.

Han reinado sucesivamente en la Gran Bretaña después de la muerte de Guillermo IV, ocurrida en 1830, su sobrina nieta Victoria, hija de Eduardo, hijo cuarto de Jorge III, la cual reinó hasta 1901, año de su muerte, Eduardo VII, su hijo, desde 1901 hasta Mayo del año corriente de 1910, y Jorge V, hijo de ese último, desde entonces acá.

Las vicisitudes por que ha pasado Egipto en el curso del siglo XIX merecen ser conocidas. Después de la expedición francesa dirigida por el entonces general Bonaparte á fines del siglo XVIII, volvió el país al poder del sultán de Turquía, que lo gobernó por medio de un bajá. Este fué vencido y expulsado en 1803 por Mehemet Ali, natural de Rumelia, hombre de condiciones extraordinarias, y personaje de los más célebres del siglo XIX, el cual, de simple soldado, y sin saber siquiera leer, conocimiento elemental que no

adquirió hasta época ya avanzada de su vida, supo, merced á su valor, inteligencia y astucia, elevarse hasta las alturas de los tronos.

Este promovió poco después una revolución en Egipto, que lo proclamó virrey, hecho que el Gobierno otomano, ganado por sus dádivas, reconoció en 1806. Como los mamelucos, milicia acerca de la que ya dijimos algunas palabras al tratar de la expedición francesa á Egipto, y de la cual se había valido Mehemet Ali para alcanzar el poder, le hicieran sombra, se dió maña para exterminarlos á todos en un mismo día (1.º Marzo de 1811), haciéndose así verdadero dueño y señor de Egipto. Desde entonces hasta 1822, ora en persona, ora por medio de su ahijado Ibrahim, hizo grandes conquistas en el alto Egipto y en Arabia, donde exterminó á los Wahabitas, secta religiosa que había logrado constituir un fuerte Estado político.

Tomó parte activa aunque sin resultado, también por medio de su ahijado Ibrahim, á quien mandó al frente de un ejército, en la represión de la insurrección de Grecia contra el sultán de Turquía, y después sostuvo varias guerras victoriosas contra esta última potencia, que le dieron la posesión de Siria y Palestina, y que se la hubieran dado también de la misma Constantinopla, sin la intervención de las grandes potencias de Europa en favor del Sultán. Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia coligadas, obligaron á Mehemet Ali á devolver á Turquía las islas y territorios continentales de Siria, Palestina y Asia Menor, de que se había apoderado, dejándole sólo á él y á sus descendientes el gobierno perpetuo y hereditario del Egipto, aunque bajo la soberanía del Sultán. Murió Mehemet Ali en 1849, poco después de su ahijado Ibrahim, hombre también eminentísimo por varios conceptos y principalmente por sus talentos militares.

Bajo el gobierno y administración de Mehemet Ali, el cual introdujo muchas reformas altamente progresivas y benéficas, ayudado por muchos europeos (franceses, principalmente), á quienes invistió de cargos importantes y encomendó el planteamiento y desarrollo de las dichas reformas, prosperó el Egipto de un modo extraordinario. Esa prosperidad ha aumentado notablemente desde la apertura del canal de Suez llevada á cabo bajo el gobierno de Ismail, por una Compañía francesa dirigida por el famoso ingeniero Fernando de Lesseps; empresa que ha causado una revolución trascendental en el comercio del mundo abreviando notablemente las comunicaciones entre Europa y Asia, y devolviendo al mar Mediterráneo la importancia que el descubrimiento de América le había quitado.

Los sucesores de Mehemet Ali han gobernado pacíficamente el Egipto hasta Ismail, hijo de Ibrahim, el cual tuvo que abdicar en 1879 bajo la presión de Francia y de Inglaterra, pasando la autoridad suprema á su hijo Tewfik, bajo el patrocinio de esas dos potencias europeas. Tal situación de dependencia provocó en 1882 una revolución militar acaudillada por Arabi Bey, la cual depuso á Tewfik; pero la intervención armada de Inglaterra lo repuso en el trono. Desde entonces es Inglaterra ya completamente sola, y sin el concurso de Francia, la soberana efectiva del Egipto, donde mantiene un delegado, sin cuyo consejo no puede efectuar el Kédive ninguna operación económica ni administrativa.

A Tewfik, que murió en 1892, le sucedió su hijo Abbas Hilmi.

Noruega y Dinamarca habían estado unidas bajo unos mismos soberanos y formando un solo cuerpo político (aunque conservando sus respectivas leyes y constituciones), desde 1450 hasta 1814, año este último en que las potencias europeas coligadas, las cuales habían prometido la soberanía sobre Noruega al rey de Suecia, le pusieron en posesión de ese reino, muy contra la voluntad de sus naturales, los cuales se declararon independientes eligiendo por rey al príncipe Cristián Federico de Dinamarca; pero hubieron de ceder á las imposiciones de la fuerza y aceptar la soberanía del rey de Suecia, si bien conservando su propia organización y leyes. Tal unión de los reinos de Suecia y Noruega bajo un solo soberano, si bien conservando su autonomía cada uno de esos reinos, tenía bastante semejanza con la que había en España entre los reinos de la corona de Castilla y los de la corona de Aragón durante los siglos XVI y XVII, y con la que existe hoy en el imperio austro-húngaro entre los Estados y provincias agregadas al archiducado de Austria y las incluidas en la corona de Hungría.

Ese estado de cosas subsistió desde 1814 hasta 1905, en cuyo año los noruegos, que habían aceptado esa unión de muy mal grado, la declararon disuelta, constituyendo un reino independiente bajo la soberanía de un hijo de Federico, rey de Dinamarca, que trocó su nombre de Carlos por el de Haakon, que habían llevado algunos reyes antiguos del país. Tal separación, que en otras partes no habría podido efectuarse sino violentísimamente y tras enconadas y sangrientas guerras, se realizó con tal tranquilidad y con tan perfecto acuerdo entre ambos miembros políticos, que dan altísima idea del grado de cultura que han alcanzado los habitantes de esas regiones septentrionales de Europa.

Varias veces hemos tenido que mencionar á Rusia con motivo de guerras en que ha tomado parte, ó de intervenciones de ella en la historia de otros pueblos. La historia interna de ese inmenso imperio, cuyo territorio ocupa la séptima parte de la superficie sólida del globo terráqueo, no ha dejado en el curso del último siglo de ser agitada y tormentosa. Las heterogéneas sociedades que pueblan sus territorios no han podido menos de sufrir la influencia de las ideas que han conmovido á los pueblos occidentales de Europa, aparte de las causas perturbadoras originadas en la situación particular de cada una de ellas. Alteraciones y disturbios promovidos por las aspiraciones á libertades políticas en una parte de la población, por el deseo de reconquistar la perdida independencia aquellas de sus provincias sometidas á un dominio que tienen sus naturales que mirar como extranjero, por rivalidades religiosas entre hombres de tan diversas creencias como las que pueblan el Imperio, y por el odio contra los judíos, que se ha traducido en terribles persecuciones y matanzas, llenan las páginas de la historia moderna de Rusia. En ninguna parte han revestido los problemas sociales y políticos un carácter tan feroz, tan salvaje, tan tenebroso.

Ya el zar Nicolás I, el mismo que sostuvo la guerra de Crimea, tuvo que reprimir por medios violentísimos la rebelión militar en sentido constitucional, que estalló á su advenimiento al trono. Su hijo y sucesor Alejandro II, cumpliendo, según se dice, la voluntad de su padre, dió libertad

por un decreto imperial á todos los siervos de Rusia, los cuales constituían la mayor parte de la población de ella.

En su reinado se propagaron extraordinariamente en Rusia las ideas anárquicas, llamadas allí nihilistas, de las cuales participaban muchos sujetos de ambos sexos pertenecientes á las más altas clases sociales, y entre ellos, á lo que se ha dicho, hasta miembros de la misma familia imperial. Es increíble el fanatismo feroz desplegado en Rusia por los sectarios de esos principios disolventes, fanatismo que infundía en ellos el más absoluto desprecio de la vida y que les hacía quebrantar las más fuertes lazos que la naturaleza impone á los hombres. Los atentados contra las personas investidas de autoridad, las explosiones de bombas y artefactos destructores, los asesinatos, perpetrados muchas veces con un misterio que despistaba todas las pesquisas dirigidas al descubrimiento de los culpables, menudeaban de una manera aterradora. Fué el Zar objeto de varios atentados, de que tuvo la suerte de salir ileso; pero al fin hubo uno que produjo el funesto resultado que sus autores se proponían, habiendo sido muerto el Zar en la calle con muchos de su acompañamiento, por la explosión de una bomba de dinamita que, sin recatarse lo más mínimo, le lanzó un anarquista.

Sucedíole en 1881, año de ese trágico suceso, su hijo Alejandro III, y á éste, en 1894, su hijo Nicolás II, hoy reinante, el cual sostuvo en los años de 1904 y 1905 una desgraciadísima guerra con el Japón, provocada por la insaciable ambición de Rusia, la cual costó al Imperio humillaciones sin cuento y pérdidas enormes, entre ellas la de los mejores barcos de su flota de guerra.

Relaciones de Europa con los Estados del remoto Oriente.

De los muchos Estados que había en las lejanas tierras de Oriente cuando los europeos arribaron por primera vez á ellas á principios del siglo XVI, los más poderosos é importantes llegados á nuestros días son los de China y el Japón. Es el primero de ellos poco menos extenso que el imperio Ruso, y, por su población, que pasa bastante de 400 millones, según los cómputos más verosímiles, el primero de la Tierra. Linda por el septentrión con Siberia, por el suroeste lo limita el altísimo Himalaya, que lo separa de la India; por el mediodía, confina con los Estados de Birmania, Siam y Cochinchina, comprendidos todos tres en la India transgángética, y que en ciertas épocas de su larguísima historia, ó le estuvieron sometidos más ó menos directamente, ó sujetos á su influencia; por el oriente baña sus costas el Océano Austral, que toma diversos nombres según las tierras con que confina, llamándose, sucesivamente, conforme se va avanzando desde el norte hacia el sur, mar del Japón, mar Amarillo y mar de la China. Su población, aunque variadísima, como es forzoso que suceda en tan enorme extensión de territorio, es mucho más homogénea que la del imperio Ruso, pues pertenece toda ella á la gran raza amarilla que, más ó menos mezclada, puebla también muchas de las comarcas continentales é islas vecinas. El Japón está constituido por una larguísima cadena de islas que se extiende de norte á sur no lejos de la costa oriental de Asia, á la que se acerca por su extremidad meridional, formando el estrecho de Corea, que une el mar Amarillo con el del Japón, y tiene unos cuarenta y cinco millones de habitantes. En su dilatadísima his-

toria, que no se remonta á menos de ocho ó diez siglos antes de nuestra Era, ha estado sometido durante largas épocas, si no al dominio, sí á la influencia moral de China, á la que debe, como los demás pueblos del remoto Oriente, su civilización y cultura, que tanto allí como en China, ha llegado á un alto grado de refinamiento.

Aunque muy semejantes los chinos y los japoneses por el tipo físico y por las costumbres, difieren esencialmente por los caracteres morales, pues mientras que los chinos (hablando en general, porque en tan vastísima extensión de tierra como la que ocupan, ha de haber grandísima variedad entre los habitantes) son eminentemente pacíficos y más dados á la agricultura, á la industria y al comercio que á la guerra, los japoneses fueron en todo tiempo muy belicosos, diferencia entre ellos que ya advirtieron los españoles del siglo XVI cuando los conocieron y trataron. Unos y otros se distinguen, no obstante, por un grandísimo desprecio de la vida, que ha hecho entre ellos frecuentísima la costumbre de quitársela á sí mismos por los motivos más leves é insignificantes.

No intentaremos aquí describir la organización ni las costumbres de esos pueblos, limitándonos á decir que para todos ellos es venerable la memoria de sus antepasados, que ha venido á convertirse en un verdadero culto; que en la organización social de los chinos tiene una importancia grandísima la clase llamada de los letrados, que hace veces de nobleza, en la cual se entra mediante exámenes públicos que periódicamente se celebran, y que los japoneses estaban organizados hasta hace muy pocos años por un sistema que presenta extraordinaria semejanza con el de la Europa feudal, en el que los *daimíos* ó grandes vasallos, venían á corresponder con nuestros antiguos ricos hombres, y los *samurais*, los cuales se dedicaban exclusivamente á la guerra, y entre los cuales se reclutaban las milicias que tenían á sueldo los daimíos, con nuestros hidalgos llanos, formando la clase inferior de la nobleza. Todavía hacia mayor la semejanza entre nuestro feudalismo y el de los japoneses, la costumbre entre éstos de usar emblemas en todo análogos á nuestros blasones.

Una peculiaridad hacia notable el sistema político del Japón: la existencia simultánea de dos soberanos, el conocido por los títulos de *tenno* ó *kotei* (y más comúnmente entre los europeos por el poético de *mikado*), la autoridad del cual, aunque reconocida y respetada por todos, habia venido á ser ilusoria desde hace tres siglos, y el llamado *taikun* ó *shogun*, primero de los daimíos, que como jefe de la milicia y con la fuerza en sus manos, por consiguiente, ejercía el poder efectivo.

Las relaciones entre China y el Japón y los Estados de Europa fueron muy superficiales y poco frecuentes durante los tres siglos anteriores al XIX, pudiendo resumírselas diciendo que consistieron en los esfuerzos de los europeos por establecerse en las costas de esas comarcas para ir poco á poco introduciéndose en lo interior de ellas, como habian hecho dondequiera que les fué posible, y en la resistencia de los naturales, aleccionados por el ejemplo de lo sucedido en Java, en las Molucas y en otras regiones de aquella parte del mundo, á consentir la presencia de extranjeros que, presentándose como mercaderes, acababan por convertirse en dominadores. Tal oposición en esos pueblos á entablar relaciones con los europeos, les ha

dado fama entre nosotros de egoístas y poco comunicativos; pero si se tiene en cuenta que, prescindiendo de los misioneros católicos cuyas miras han sido siempre absolutamente desinteresadas, no teniendo otro objeto que el proselitismo religioso, en las relaciones entre los europeos y los pueblos de otras partes del mundo, sólo la ambición de dominio y la codicia han guiado á los europeos, estará más que justificado ese empeño en los chinos y japoneses de aislarse de ellos y de cerrarles la entrada en sus territorios. Y tanto más está justificada esa actitud en esos pueblos asiáticos y tanto más se ha puesto en evidencia que sólo el espíritu de explotación y de lucro ha movido á los europeos en sus empresas, cuanto que vemos á pueblo tan progresivo y tan civilizado como el angloamericano, apelar al mismo sistema de aislamiento respecto á los chinos, para defenderse de la terrible competencia que hacen á sus clases laboriosas en el campo del trabajo, conducta que tiende á imitar el pueblo angloaustraliano, no ya respecto á los chinos, sino por iguales razones, respecto á sus mismos compatriotas los ingleses europeos.

Las facilidades que la aplicación del vapor á la navegación dió á los viajes lejanos y á las comunicaciones entre los pueblos, y la superioridad que los extraordinarios adelantos de las industrias metalúrgicas en el siglo XIX dieron á los ejércitos y barcos de guerra europeos sobre los asiáticos, establecieron tan gran desequilibrio entre los Estados de Europa y los de Asia en el terreno de la fuerza, que el Japón y la China se vieron en gravísimo peligro de ser invadidas y conquistadas, á pesar de la enorme fuerza que les daban lo numeroso de su población y la extensión de sus territorios.

La «guerra del Opio», á que ya hemos hecho referencia, obligó al emperador de la China á abrir á los europeos cuatro nuevos puertos: Changai, Ningpó, Fuchen y Amoy, y á ceder á la Gran Bretaña la isla de Hong-Kong. Consecuencia de esas concesiones fué la terrible revolución de los *taipings*, que estalló en China contra un Gobierno que tan débil se mostraba en sus relaciones internacionales. Esa revolución, que duró muchos años, y que puso en gran peligro la existencia del Imperio, dió pretexto á Francia y á Inglaterra para intervenir á mano armada, en 1862, en favor del Gobierno imperial, recobrando varias plazas de que se habían apoderado los rebeldes, y en 1864, de la ciudad de Nankin, que era la más importante de ellas. Pero ya antes—en 1858 y en 1859—habían invadido los franco-ingleses el territorio chino para obligar al emperador Inshú, que había ascendido poco antes al trono y que se inclinaba á la política de aislamiento de sus predecesores, á cumplir los tratados. En la última de esas campañas se apoderaron de Pekín los ejércitos coligados de Francia y de Inglaterra, obligándose el emperador de China, por el tratado de Octubre del 60, á abrir nuevos puertos al comercio extranjero y á admitir legaciones diplomáticas en la ciudad de Pekín. Poco después murió el emperador Inshú y le sucedió Tungchib, su hijo, niño de cinco años, cuya tutela se disputaron varios personajes, viniendo á quedar por último, en manos del príncipe Kong, muy partidario de los europeos, con quienes pactó nuevos tratados. En tiempo de este príncipe Kong ocurrió la intervención anglofrancesa en favor del Gobierno imperial y en contra de los rebeldes *taipings*, á que poco atrás hemos hecho referencia.

A la muerte de Tungchib, ocurrida en 1875, le sucedió Tsaitien, niño, á la sazón, de poco más de tres años, quien, según la costumbre de los emperadores de la China á su acceso al trono, tomó el nombre de Kuangsú. El reinado de este príncipe fué en extremo turbulento. Sucediéronse sin interrupción los conflictos, motivados en su mayor parte por la resistencia del país á la intervención de los europeos en sus negocios. La guerra del Tonking, país extraño á la China, pero sometido en todo tiempo á su influencia, en la cual tomaron parte activa en contra de los franceses invasores, los virreyes de las provincias chinas limítrofes, la guerra con el Japón en 1894, motivada por la rivalidad entre ambas naciones por el protectorado sobre Corea, que se disputaban, y en la cual fueron vencidos por mar y tierra los chinos, y la revolución de los llamados *bóxers*, que dió motivo á la intervención armada de las grandes potencias de Europa, cuyos ejércitos volvieron á ocupar á Pekín, fueron episodios de ese reinado.

En 1908 murió Kuangsú y le sucedió su sobrino Puyí, niño de dos años de edad, con el nombre imperial de Chungknó, y bajo la regencia de la emperatriz Tzuhsí, que fué la verdadera soberana del Imperio durante los dos reinados anteriores y por cuya muerte, ocurrida en el mes de Noviembre del mismo año de 1908, ha pasado la regencia á manos del príncipe Chun.

Escarmentada China por los reveses que han experimentado sus armas en el curso del siglo XIX, está transformando su antiguo sistema militar, y es muy probable que no pase mucho tiempo sin que se convierta en una de las potencias más formidables del mundo, como con elementos muy inferiores á los suyos lo ha logrado ya el Japón.

Hasta mediados del siglo XIX había permanecido este último Imperio todavía más cerrado, más inaccesible á los europeos que el de la China. Sólo los holandeses, á fuerza de humillaciones, habían conseguido que se les concediese tener una factoría en uno de sus puertos; pero en 1853, los Estados Unidos de América mandaron una pequeña escuadra á las costas del Japón con el propósito de obligarle á pactar un tratado que les facilitase el ingreso en su territorio.

Produjéronse con tal motivo grandes alteraciones en el país, en cuyo relato no podemos detenernos, las cuales acabaron por la revolución de 1868, promovida por varios de los grandes vasallos feudales ó *daimios* en favor de la abolición del dualismo que existía en el gobierno, y del sistema feudal imperante, y de su sustitución por un régimen en que toda la autoridad fuese ejercida por el *kotei*, ó sea el llamado *mikado* por los europeos.

Ese cambio radical de régimen realizado tras una breve guerra civil, ha transformado tan completamente la faz del Japón, que de pueblo considerado en Europa (aunque sin duda con alguna ligereza) como poco diferente, en cuanto á elementos de fuerza, de Siam, Birmania ú otros análogos, se ha colocado de golpe á la altura de los más poderosos y temibles Estados del mundo.

La primera demostración que hizo de sus fuerzas fué en la guerra que sostuvo con China en 1894. Los asesinatos perpetrados en varios individuos de la legación japonesa en Seul, capital de Corea, reino éste que China consideraba como feudatario ó vasallo, dió motivo á que el Japón enviase allí

un ejército de ocupación; pero éste hubo de retirarse ante la presencia de uno muy numeroso con que China quiso demostrar su soberanía. Siguiéronse grandes disturbios atizados por trasmano por el Japón y China. Hubo revoluciones y contrarrevoluciones, en uno de cuyos movimientos fueron muertos violentamente el hijo del Rey y varios ministros, y fué incendiado el edificio en que se alojaba la legación japonesa. El Japón y China volvieron á enviar tropas á Seul; siguieron los disturbios, y, por último, estalló la guerra entre ambas potencias, la cual, después de varias victorias obtenidas por los japoneses, acabó por el tratado de Simonoseki, ajustado en Abril del 95, en el que se consignaba y reconocía por ambos Estados contratantes la independencia de Corea, cuyo rey Liluci fué proclamado emperador en 1897.

En esa guerra ya se manifestó muy evidentemente la fuerza que tanto por mar como por tierra podía desplegar el Japón; pero la que sostuvo esta potencia contra Rusia en los años 1904 y 1905, en la cual, contra la opinión general, fueron vencidos en todas partes los ejércitos rusos y aniquiladas sus escuadras, puso al Japón á la par con las potencias más poderosas del mundo, y demostró que la superioridad de los europeos sobre los asiáticos en el terreno de la fuerza había acabado, y que un elemento nuevo, con que no se contaba, intervendría en adelante en los grandes problemas internacionales.

Ya hemos dicho que la ambición de Rusia no tenía sólo por objeto las regiones orientales de Europa, sino las occidentales del Asia vecinas á la India, y las orientales de esa misma parte del mundo, cuyas riberas baña el Gran Océano Austral. Su movimiento expansivo hacia el oriente del Asia había comenzado en el siglo XVI, llegando, á mediados del XIX, hasta las bocas del Amur, donde fundaron los rusos la ciudad de Nicolaiensk. Pero no siendo fáciles las comunicaciones de ese puerto con la Rusia europea, fueron los rusos, por sus ordinarios procedimientos, invadiendo los territorios de la orilla derecha del Amur, pertenecientes á las provincias chinas de Mongolia y Manchuria, sin gran oposición de China, embargada entonces por graves disturbios interiores. En 1858, el tratado de Aigun, entre Rusia y China, consagró esas usurpaciones de territorio y dió á ambas partes contratantes la posesión común de una zona de terreno comprendida entre el río Usuri, afluente del Amur, y la ribera del mar, zona que por un nuevo pacto celebrado dos años después pasó también á manos de Rusia, que fundó en ella el puerto de Wladivostok. Para establecer fáciles comunicaciones por tierra entre ese puerto y la Rusia europea, pues las marítimas habían de ser siempre difíciles, y en varios meses del año imposibles por los hielos, se estableció el ferrocarril transiberiano, obra magna que estaba ya terminada por completo en la época en que estalló la guerra ruso-japonesa, y casi terminada en el año de 1900, en que la utilizó ya Rusia para transportar tropas á China con motivo de la rebelión de los *bócers*, atrás mencionada.

Pero la ambición de Rusia no tenía límites y tomó desde entonces por blanco la provincia de Manchuria, donde fueron poco á poco, y solapadamente, introduciéndose los rusos, con beneplácito de los chinos, de quienes se fingían amigos y protectores. Establecieron una línea férrea hasta Puer-

to Arturo, que tomaron en arrendamiento al emperador de China, y fundaron el puerto de Dalny en la península de Liaotung, también con consentimiento de los chinos, que iban dejando así á los rusos introducirse poco á poco en su territorio. Puerto Arturo y Dalny, ya en comunicación por ferrocarril con la Rusia europea, dejaron relegado á lugar secundario á Wladivostok.

Los japoneses entre tanto iban afirmando su influencia en Corea, y veían con recelo los avances de Rusia en Manchuria, en cuya provincia temían, con mucha razón, que Rusia tratase de establecerse definitivamente. Hubo advertencias del Japón á China con tal motivo, reclamaciones del Japón á Rusia, contestaciones más ó menos dilatorias de Rusia, tirantez de relaciones, en fin, que acabó por la tremenda guerra de 1904 y 1905, de cuyo desenlace ya hemos hablado. El hecho de haber sido vencido un Estado europeo de tan inmenso poder como Rusia por un Estado asiático cuya fuerza habrá de ser muy inferior á la que pueda poner en acción China cuando aproveche los ilimitados recursos que tiene en sus manos, es un anuncio de que la explotación á que venían sometiendo los pueblos europeos á los asiáticos puede muy pronto acabarse, lo cual ocasionará una revolución sin ejemplo en la vida de la humanidad.

Esa transformación de los dos grandes Estados del remoto Oriente, de pueblos pacíficos que eran, dedicados exclusivamente á la agricultura y á las artes, y reacios á entrar en relaciones con las naciones extrañas, y especialmente con las europeas, en pueblos guerreros, y quizás muy pronto agresivos, con todos los elementos de guerra de que la industria de las naciones occidentales dispone, y que ellos se van rápidamente asimilando, se hubiera realizado de todos modos, y sin duda muy pronto, merced á la frecuencia del trato entre todos los pueblos de la tierra que la aplicación del vapor á la locomoción ha traído por consecuencia; pero se aceleró extraordinariamente por la imprudencia y el espíritu invasor y entrometido del pueblo anglo-americano, que le arrastró á adoptar, respecto al Japón en 1853, una actitud que nada justificaba.

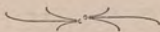
Dios aborrece á los soberbios, y es también ley natural que los pueblos, como los individuos, lleven en sus propios yerros la pena de su conducta. El pueblo angloamericano que, envanecido por una prosperidad que raya en lo increíble y que tiene la presunción de creerla debida en un todo á su propio mérito, siendo así que es hija de mil circunstancias ajenas á sus cualidades individuales, y que no satisfecho todavía de la envidiable situación que se había creado en el mundo, ha pretendido mejorarla apoderándose de territorios que no eran suyos, vulnerando los derechos de otros pueblos é imponiéndose á ellos para explotarlos en su propio beneficio; que ha incurrido en tales inconsecuencias, como la de que, á la par que proclamaba que su constitución y sistema político era producto de la libérrima voluntad de sus ciudadanos, obligaba por la fuerza á varios de los Estados de la Confederación que se separaron de ella, á seguir unidos con los restantes muy á despecho suyo y muy en perjuicio de sus intereses; y como la de pretender que se le franqueen territorios extraños al mismo tiempo que cierra la entrada de los suyos á otros pueblos; se ve obligado ya, para conservar los territorios que ha usurpado y para defenderse de las agresiones que su con-

ducta desatentada habrá necesariamente de traer por consecuencia, á sostener ejércitos y escuadras, cuyo peso, siempre creciente, acabará por agobiarlo, privándole de las grandes ventajas que le proporcionaban la inmensidad de sus territorios, la feracidad de sus terrenos, la gran distancia que lo separaba de las grandes potencias militares y que lo ponía á cubierto de sus ataques, la libertad de trabajar á su albedrío sin trabas ni obstáculos de que gozaban sus naturales, y la insignificancia de los tributos que pesaban sobre ellos.

Muy halagüeño es para el orgullo el pertenecer á un Estado que figure entre las grandes potencias militares del mundo; pero si se reflexiona en que eso sólo puede lograrse á expensas de la libertad individual y de la felicidad de la vida, única razón, después de todo, en que se funda la existencia de las sociedades y de los Estados, pierde mucho de su prestigio y deja de ser envidiable. Por eso se ha dicho, considerando que la historia no es en definitiva sino un tejido de crímenes, de conflictos y de luchas, siempre provocadas por la ambición, la soberbia y la codicia, que los pueblos más dichosos son los que no tienen historia.

**Prodigiosos adelantos
de las ciencias y artes
industriales en el
siglo XIX.**

No debemos acabar estos *Recuerdos* sin decir que las ciencias y artes que tienen su fundamento en la experiencia, llegaron al siglo XIX en aquel grado de desarrollo adecuado para dar el mayor resultado práctico, explicándose así el verdadero diluvio de invenciones que harán de él uno de los más extraordinarios de la historia del mundo. La navegación y locomoción á vapor, las máquinas aplicadas en grande escala á la industria, la telegrafía eléctrica, la fotografía, la aerostación, la aviación y mil otras aplicaciones que los progresos de las ciencias físicas y químicas y la facilidad de trabajar los metales han hecho posibles, han transformado por completo la faz del mundo, y se han traducido en hechos políticos y sociales de trascendencia inmensa, favorables unos y desfavorables otros para la felicidad del género humano.





MAPAS

PALESTINA

El nombre de Palestina, que se cree derivado del de los filisteos (*philisteos*), pueblo que ocupaba una parte de su costa y al cual pertenecían las ciudades de Gaza, Ascalon y Azot, fué dado por los romanos á la comarca comprendida entre Siria y Arabia, sin contar á Fenicia, que estaba al septentrion de ella y cuyas principales ciudades eran Tiro y Sidón, ambas celebérrimas en la antigüedad por la actividad de su comercio y por su opulencia.

Corresponde la Palestina con la llamada *Tierra de Canaan* y hoy, muy generalmente, *Tierra Santa*. En ella se establecieron los israelitas después de su salida de Egipto, repartiéndosela entre las doce tribus que constituían su nación, las cuales, tiempo adelante, y después de haber formado un reino bajo Saúl, David y Salomón, se dividieron en dos: el de Judá, cuya capital estaba en Jerusalem (ciudad llamada Caditis por el historiador griego Herodoto), y el de Israel, que tenía la suya en Samaria.

Después de infinitas vicisitudes de que se ha dado una idea al tratar de la historia del pueblo hebreo, vino á formar parte la Palestina del imperio de los Persas, del de Alejandro, del de los Tolomeos de Egipto, del de los Seleukidas, y, por último, del Imperio Romano.

Concedieron los romanos á los judíos una especie de autonomía bajo el gobierno de sus propios reyes. A la muerte de Herodes, en cuyo reinado nació el Salvador del mundo, se repartieron la Palestina sus hijos, haciendo de ella sendas tetrarquías—Judea, Galilea, Batanea é Iturea—; pero pocos años después, los romanos enviaron un *procurador* para gobernar la Palestina en su nombre. Los judíos se rebelaron varias veces contra la autoridad romana. La más famosa de esas rebeliones fué la que dió lugar á

la terrible guerra que acabó por la toma de Jerusalem por Tito, hijo del emperador Vespasiano, después de un sitio de siete meses que deja atrás á cuanto en materia de sitios de plazas ha habido en el mundo, por la feroz defensa de los sitiados. Ocurrió ese hecho el año 70 de nuestra Era. Todavía hubo otra rebelión de los judíos. sesenta años después, en el imperio



de Adriano, que se apoderó también de Jerusalem y arrancó de su asiento á toda la nación judaica esparciéndola por el mundo.

Dividieron los romanos la Palestina en varias provincias, cuyos límites, extensión y nombres variaron según los tiempos. Al principio hicieron de ella cuatro partes: Galilea, Samaria, Judea y Perea. En el siglo IV, des-

pués de agregarle varios territorios vecinos, la dividieron en tres provincias: Palestina primera, que se extendía sobre ambas orillas del Jordán, con su capital en Scytópolis; Palestina segunda, que era la más septentrional de ellas, con su capital en Cesárea; y Palestina tercera, formada por las comarcas árabes situadas al mediodía de la verdadera Palestina y al septentrion de la Arabia Petrea, con su capital en Petra. En este tiempo formaba parte de la diócesis de Oriente, perteneciente á la prefectura y al imperio del mismo nombre de los dos en que estaba dividido el imperio Romano.

Signió la Palestina formando parte del imperio de Oriente hasta el siglo VII, en que cayó en poder de los árabes. En el XI había ido á manos de los turcos seldjukidas, cuyas violencias con los peregrinos cristianos, que en gran número acudían á visitar los Santos Lugares, dieron motivo á las Cruzadas. El reino cristiano de Jerusalem, en el que estaba comprendida casi toda la Palestina, sólo duró ochenta y ocho años (de 1099 á 1187), habiendo sido conquistado por Saladino, sultán de Egipto. Siguió perteneciendo la Palestina á los sultanes de Egipto hasta el siglo XVI, en que se apoderaron de ella los turcos otomanos, que la agregaron á su imperio.

ANTIGUA ASIA MENOR

Con el nombre de Asia Menor era conocida entre los antiguos griegos y romanos, y sigue aún siéndolo entre los europeos occidentales de hoy, la península más occidental del Asia, llamada actualmente por los griegos y turcos *Anatolia*, nombre éste que significa *Levante*.

Confina por oriente con Armenia y Siria; por el norte, con el Mar Negro ó antiguo Ponto Euxino; por mediodía, con el mar Mediterráneo, y por occidente con el mar Egeo. Varias cadenas de montañas, derivaciones del Tauro y del Cáucaso la atraviesan, y la riegan varios ríos, entre los cuales citaremos el Meandro, el Hermo, el Sangario, el Halys y el Iris, los cuales figuran mucho en la historia y llevan hoy otros nombres.

Hace el Asia Menor importantísimo papel en la historia antigua. En su ribera occidental, próxima á donde se abre el estrecho llamado al presente de los Dardanelos, y antiguamente Helesponto, que comunica al mar Egeo con la Propóntide (hoy mar de Mármara) se alzaba la famosa ciudad de Troya; en ella se hallaba el reino de Lidia, en cuya capital, Sardes, tenía su corte el opulentísimo y desgraciado Creso; en ella se dieron también algunas de las más célebres batallas ganadas por el gran Alejandro, y en ella se desarrollaron algunos de los hechos más notables que marcan la historia primitiva del Cristianismo.

Sus divisiones políticas variaron muchísimo, según los tiempos. Sólo daremos, pues, aquí algunos nombres correspondientes ó regiones que en una ú otra época, ya como Estados independientes, ya como provincias de otros Estados, figuran en la Historia.

En su parte occidental estaban Misia, Lidia, Caria y Licia; en la septen-

trional, Bitinia, Paflagonia y el Ponto; en la meridional, Panfilia, Pisidia y Cilicia; en la central, Frigia y Capadocia. Toda la costa occidental y las islas vecinas estaban ocupadas por colonias griegas: eolias, al norte; dóricas, en la Lidia; jónicas, en el mediodía. Esas colonias llegaron á tener á veces más nombre y más importancia que las ciudades y Estados griegos del continente europeo.

Entre las más importantes citaremos las de Efeso, Fókea, Mileto, Halicarnaso, Lampsaco y Cnido. Otras ciudades notables eran la antigua Troya, capital de la Tróada en Misia; Pérgamo, Cízico, Sinope, Nicea, Nicomedia y Calcedonia, en la parte septentrional; Ancira, Apamea y Laodicea, en Frigia; Cesárea y Melitene, en Capadocia; Stratónica, Telmesa, Tarso y Seleucia, en la parte meridional.

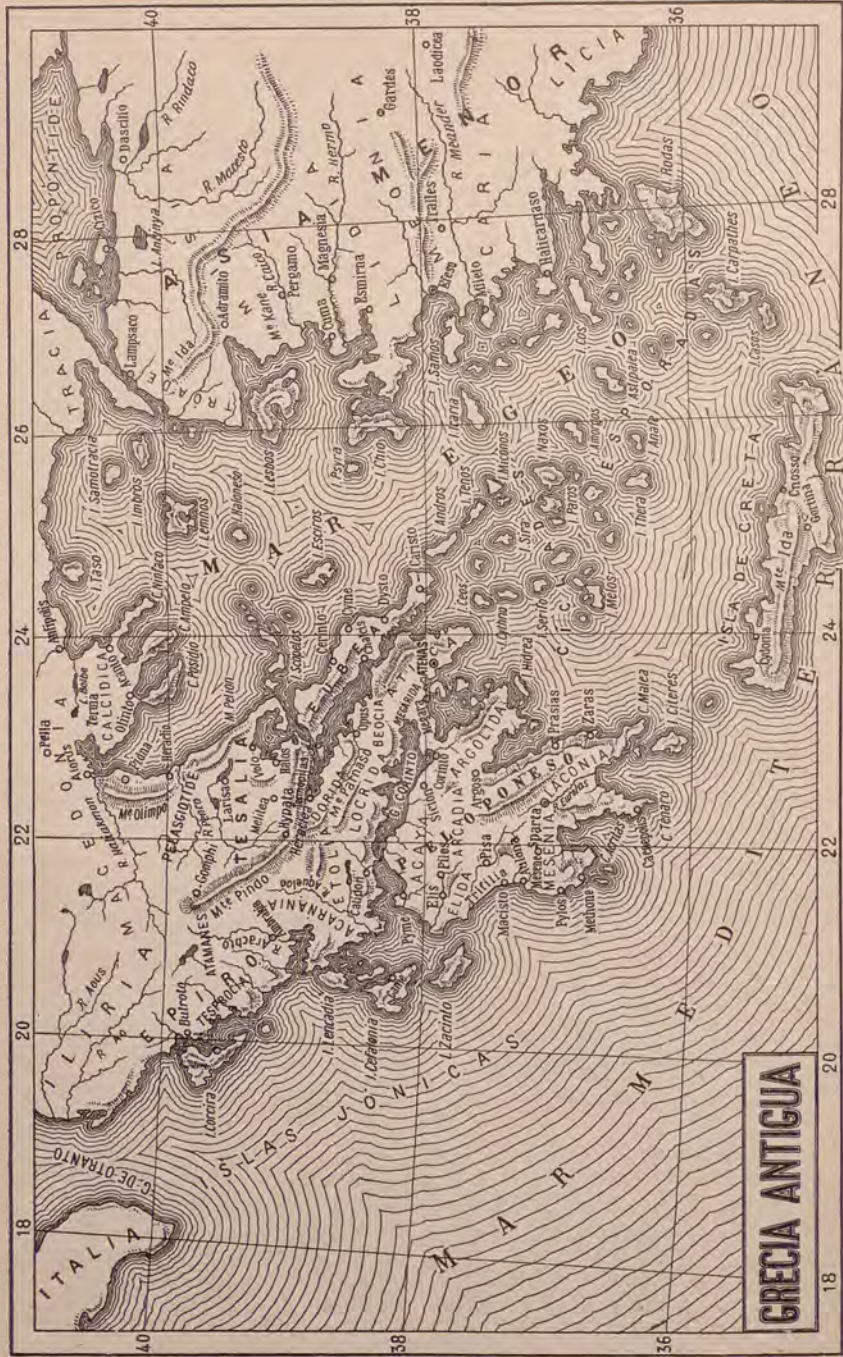
Las islas principales dependientes del Asia Menor eran las de Lesbos, Chío, Cos, Samos y Rodas, en el mar occidental, y la de Chipre en el meridional, todas las cuales fueron colonizadas por los griegos.

El Asia Menor formó parte del imperio de los Persas; después del de Alejandro, y á la muerte de éste pasó primero á poder de Antígono, y luego de los seleukidas. Más adelante se constituyeron allí varios reinos independientes, como los del Ponto, Pérgamo, Bitinia, Capadocia, Galacia y otros. Sometiéronla los romanos á su dominio, y formó parte del imperio de Oriente al dividirse en dos el imperio Romano. Apoderáronse de gran parte de ella los califas árabes en el siglo VII, y los turcos seldjukidas en el XI, fundando allí el imperio de Rum ó de Iconio. Los emperadores de Constantinopla sólo conservaron entonces una parte del Asia menor. En el siglo XIII se dividió el Asia griega en los dos Estados de Nicea y de Trebisonda. Al disolverse el imperio musulmán de los seldjukidas, se formaron diez principados independientes en la parte turca del Asia Menor, todos los cuales fueron sometidos en los últimos años del siglo XIV por los turcos otomanos, así como los Estados cristianos de la Península. Hoy está dividida el Asia Menor en seis bajalatos.

GRECIA ANTIGUA

Los límites de la Grecia antigua no han sido nunca determinados con absoluta precisión. Generalmente se la dividía en tres partes: el Peloponeso, que es la península meridional unida al continente por el istmo de Corinto; la Grecia Central ó Hélada (nombre éste que solía darse á todo el territorio), y la Tesalia y el Epiro en su parte septentrional. También solían comprenderse en la Grecia la Iliria meridional, Macedonia, Tracia y las islas Jónicas.

Dividiáse Grecia en multitud de Estados independientes, cuyo número é importancia variaron mucho con los tiempos. Hacia la época de la guerra del Peloponeso (431-404 A. C), los principales de esos Estados eran: 1.º, el Epiro, propiamente dicho, la Ambrakia y la Atamania; 2.º, las grandes ciudades tesalianas de Trica, Larisa y Pheres, el Estado de los Magnetos, el de los Malianos y el de los Enianos; 3.º, Acarnania, Anfiloquia, Lécada,



GRECIA ANTIGUA

Etolia, Fókida, Delfos, Naupacta, las tres Lócridas, Dórida, Tebas, Plataea, Atenas, con sus dependencias, y Megárida; 4.º, Acaya, Corintia, Sicyonia, Phlissia, Argólida, Hermionia, Trezenia, Epidauria, Cleones, Elida con Trifilia, Pylos, el Estado de Esparta con Laconia y Mesenia, las ciudades arcadianas de Mantinea, Tegea, Orcomenos de Arcadia y varias otras menos importantes; 5.º, el reino de Macedonia; 6.º, las ciudades de Creta, la isla de Egina y algunas otras ciudades é islas independientes. Esta división subsistió poco más ó menos en los siglos siguientes, por más que la supremacía cambiase varias veces de manos ejerciéndola ora Atenas, ora Tebas, ora Esparta.

Se incluían también en Grecia: 1.º, Epidamnia, Atintania y Partinia, pertenecientes á la Iliria meridional; 2.º, las colonias griegas de la Europa oriental, de las cuales las más notables eran Olinto, Heráclea, Selymbria, Bizancio, Odesa, Olbia; 3.º, la Jonia, la Eolida y la Dórida de las costas del Asia Menor, el reino de Salamina, en la isla de Chipre; 4.º, la Magna Grecia y Sicilia; 5.º, las innumerables colonias griegas esparcidas por las costas del Mediterráneo y del Atlántico.

Convertida Grecia en provincia romana en el año 146 A. C., formó el *proconsulado de Acaya*, en que se comprendían la Grecia Central y el Peloponeso; bajo Constantino fué comprendida en la diócesis de Macedonia, que era una de las dos que formaban la prefectura de Iliria, correspondiente al imperio de Oriente, y en el siglo VII, formó Grecia, unida á Macedonia, cuatro *temas*, que eran Macedonia, Nicópolis, Hélada y Peloponeso. Cuando los cruzados se apoderaron de Constantinopla, se dividió Grecia en infinidad de pequeños señoríos feudales, que se adjudicaron diversos caudillos, y las repúblicas de Génova y Venecia. Entre esos señoríos citaremos los principados de Acaya, de Morea y de Nauplia, y los ducados de Atenas y de Tebas. Los turcos otomanos estaban ya apoderados de casi toda Grecia en 1453, año de la toma por ellos de Constantinopla. Sólo el ducado de Atenas, la despotía de Morea y el condado de Cefalonia conservaban todavía su independencia; pero no tardaron en caer en poder de los turcos, los cuales, ya dueños de Grecia, la dividieron en los cuatro bajalatos de Salónica, Janina, Livadia y Morea ó Tripolitza, división que se conservó sin grandes cambios hasta el siglo XIX, en que logró Grecia su independencia.

IMPERIO DE ALEJANDRO

El imperio de Alejandro, como todos los formados en muy breve tiempo por la conquista—y el de Alejandro lo fué en menos de los trece años transcurridos desde su acceso al trono hasta la última de sus expediciones—, fué muy efímero, y sus límites estaban poco determinados, porque no era posible que en tan pocos años pudiera consolidarse su dominación, ni organizarse de una manera estable. Hablando con alguna vaguedad, puede decirse que se encerraban en él casi toda ó toda la llamada al presente península de los Balkanes, en la que se comprendían en aquel tiempo, lo mismo que



IMPERIO DE ALEJANDRO

Direcciones seguidas por Alejandro.

ESCIPIA

MASAGETAS

CHORASMI

SARMACIA

SADROMATIA

PONTO EUSSINO

MACEDONIA

GRECIA

ALANDRIA

SOGDIANA

HIRCANIA

ALBANIA

IBERIA

PAPLAGONIA

FRIGIA

CRETA

BACTRIA

PAROPARISO

PAROPARISO

ARMENIA

ASIA MENOR

ASIA MENOR

ASIA MENOR

ASIA MENOR

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

PAROPARISO

en el presente, Macedonia, Tracia, Grecia, Tesalia, Epiro y gran parte de la comarca llamada vagamente Iliria; las islas del mar Egeo y del Mediterráneo Oriental, el Asia Menor, Siria, Palestina y Egipto; todos los vastos territorios que se extienden entre los mares Negro y Caspio y el golfo Pérsico, entre los cuales se cuentan Asiria, Babilonia, Caldea, Armenia, Iberia, Albania, Media y Persia; los que hay al oriente y mediodía del mar Caspio hasta las montañas que separan al actual reino de Cabul de la India, entre los cuales citaremos á Hircania, Bactriana, Aria y Paropamiso, y, por último, la región de la India que cae al occidente del río Indo. Por el norte confinaba poco más ó menos con el Danubio, el mar Negro ó Ponto Euxino, el mar Caspio (llamado también de Hircania), y las tierras de los escitas y los masagetas, nombres algo vagos con que se designaba á pueblos nómadas que recorrían con sus ganados las vastas llanuras de las regiones llamadas hoy Rusia y Tartaria, los cuales no tenían villas, ciudades ni asentamientos fijos.

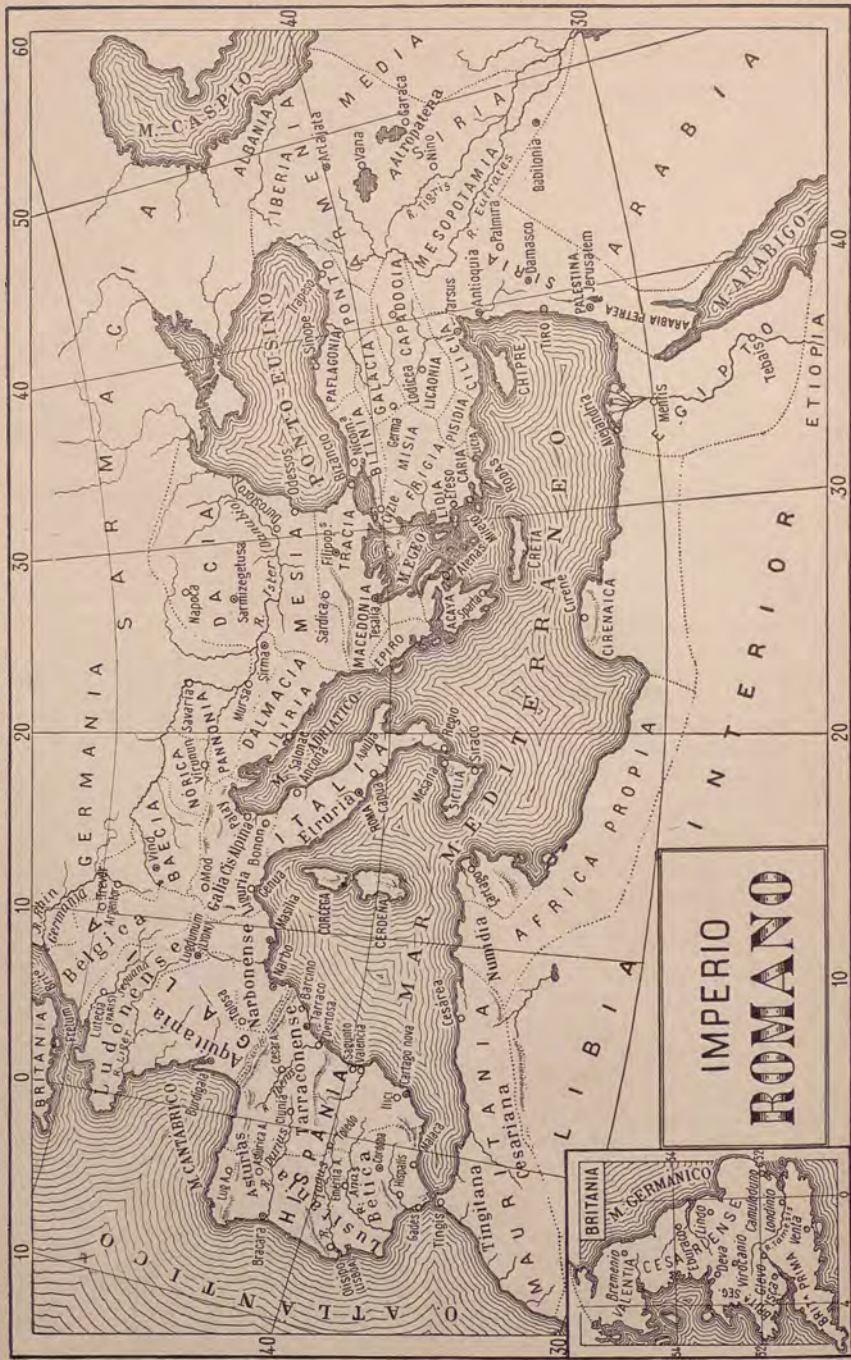
Exceptuando los territorios pertenecientes á la Grecia europea y á algunas de sus islas, el imperio de Alejandro coincidía próximamente con el de los persas, fundado por Ciro, ampliado por sus sucesores y destruído por el mismo Alejandro; pero muchas de las comarcas que en él se comprendían más puede decirse que fueron recorridas en sus expediciones que verdaderamente conquistadas por Alejandro y convertidas en provincias de su imperio.

Como medio de asegurar su dominio, y también como recuerdo de sus victorias, fundó Alejandro multitud de ciudades á las cuales dió el nombre de Alejandría, del suyo propio ligeramente modificado. Más de setenta Alejandrías contaban los antiguos, muchas de ellas fundadas por Alejandro, y la más célebre de las cuales fué y sigue siendo la de Egipto.

A la muerte de Alejandro se disolvió su imperio, levantándose sobre sus ruinas multitud de Estados, que después de muchos cambios de límites y de infinitas vicisitudes, pasaron tiempo adelante, en gran parte, á poder de los romanos. No todos, sin embargo, experimentaron la misma suerte; pues los más orientales, ó entraron á formar parte del imperio de los Partos, ó del de los Persas, ó quedaron independientes constituyendo esos Estados indiohelénicos poco conocidos, cuya historia pertenece más á la de la India y á la del Asia Central, que á la de Europa y Asia Occidental.

IMPERIO ROMANO

Desde la fundación del imperio romano por Octavio Augusto el año 29 anterior á nuestra Era, hasta su división á la muerte de Teodosio (395 P. C.), en dos partes, imperio de Oriente ó imperio de Occidente, hubo muchos cambios así en los límites generales como en las divisiones territoriales del Imperio. En todas esas divisiones hay que distinguir la Italia de las provincias. En Italia se comprendían tres grandes regiones, de las cuales la septentrional era la Galia Cisalpina, la central la Italia propia y la meri-



IMPERIO ROMANO



dional la Magna Grecia, cada una de las cuales se subdividía en varias provincias ó regiones, de las cuales citaremos en la Galia Cisalpina, las Galias Cispadana y Transpadana, separadas una de otra por el Po, la Liguria y Venecia; en la Italia propia, la Etruria, la Umbria, la Sabina, el Lacio, la Campania y el Samnio, y en la Magna Grecia, la Lucania, la Apulia, la Calabria y el Brutio; divisiones éstas que experimentaron varias mudanzas con los tiempos. Las provincias principales dell imperio Romano fueron en un tiempo Galia, Germania, España, Bretaña, Iliria, Pannonia, Mesia, Dacia, Grecia, Tracia y varias islas, entre ellas la de Sicilia, en Europa; Mauritania, Numidia, Cirenaica y Egipto, en Africa; Siria, Palestina, Asia Menor, Armenia, Iberia y gran parte de Arabia, en Asia; regiones todas éstas que se subdividían en otras provincias cuyo número, límites y denominaciones cambiaron con gran frecuencia, así como las mismas fronteras del Imperio, que las continuas guerras con los partos y los persas en Oriente y con los germanos en el Norte, mantenían en un movimiento de fluctuación continuo.

Así España, que estuvo en una época dividida en dos provincias, Citerior y Ulterior (cuyos límites tampoco fueron constantes), se dividió tiempo adelante en tres: Tarraconense, Bética y Lusitania, número que se aumentó en época posterior en dos más: Galicia y Cartaginense, á las que se agregaron después las Baleares y la Mauritania Tingitana. Asimismo la Galia, que comenzó por formar cuatro provincias: la Galia Transalpina ó Provincia Romana (hoy Provenza), Aquitania, y las Galias Céltica y Bélgica, se subdividió más adelante en mayor número de ellas, como la Lugdunense (así llamada por su capital Lúgduno, que es la actual León), la Narbonense, las Aquitanias primera y segunda, la Novempopulania (así llamada por las nueve ciudades principales que en ella se contenían), y otras. Bretaña, sin la Caledonia ó actual Escocia, á cuya posesión renunciaron los romanos, se dividía en Bretañas primera y segunda, Gran Cesariana, Flavia Cesariana y Valencia, que era la más septentrional de ellas.

En el siglo iv se dividió el Imperio en dos: el imperio de Oriente, que comprendía dos prefecturas, la de Iliria y la de Oriente, la primera de las cuales se subdividía en dos y la segunda en cinco diócesis, cada una de ellas comprendiendo varias provincias, y el imperio de Occidente subdividido en dos prefecturas, la de las Galias y la de Italia, la primera de las cuales comprendía tres y la segunda cuatro diócesis.

Las diócesis de la prefectura de Iliria, del imperio de Oriente, eran la de Dacia, con cinco provincias, y la de Macedonia con seis, en las cuales se encerraba toda Grecia; las de la prefectura de Oriente eran la de Tracia con seis, la de Asia, que se subdividía en un proconsulado, con tres, y un vicariato con ocho provincias, la de Oriente, con catorce provincias (entre ellas la Palestina), la del Ponto con once y la de Egipto con seis.

Las diócesis de la prefectura de las Galias, del imperio de Occidente, eran la de Bretaña, con cinco provincias, la de las Galias, con diez y ocho, y la de España con siete, entre las cuales se comprendían las islas Baleares y la Mauritania Tingitana; las de la prefectura de Italia eran la diócesis de Italia propia con siete provincias, la de Roma, con trece (entre ellas las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega); la de Africa, con seis provincias, y la

de Iliria, con siete; diócesis ésta, de Iliria, que no debe confundirse con la prefectura de su mismo nombre correspondiente al imperio de Oriente.

Todas estas divisiones fueron trastornadas en el siglo v por las invasiones bárbaras.

IMPERIO DE CARLOMAGNO

Los límites del imperio de Carlomagno por el norte eran el mar Báltico, el río Eyder, que separa uno de otro los actuales ducados de Schleswig y de Holstein, el mar Germánico y el canal de la Mancha, y por el poniente el mar Atlántico; pero sus fronteras orientales y meridionales eran algo vagas é indeterminadas, por más que en la generalidad de los mapas—y aun en este mismo que aquí damos—suelan fijarse las primeras en los ríos Oder y Tissa y en los montes Cárpatos; y la últimas en el río Vulturno, en Italia, y en el río Ebro, en España; pues lo cierto es que por oriente confinaba el Imperio con inmensos y despoblados territorios cubiertos de bosques y recorridos por pueblos bárbaros de estirpe eslava, cuya extremada movilidad y continuas invasiones mantenían allí un estado constante de guerra que hacía imposible toda demarcación de fronteras, y por el mediodía por la parte de España, aunque sea positivo que llegó Carlomagno hasta Zaragoza, á la que tuvo sitiada el año 778 y de la que no llegó á apoderarse por haber entrado en pactos con él el gobernador de la ciudad (que era un musulmán de estirpe hispanogótica), fué en una expedición aislada de la que no resultó conquista ni ocupación permanente del territorio invadido. Sus capitanes, sí, hicieron poco después conquistas permanentes por la parte de Cataluña, dividiendo en condados los territorios de que se hicieron dueños, á los que dieron el nombre de Marca Hispánica, y que quedaron agregados al Imperio; pero no llegaron ni remotamente á las márgenes del Ebro. Puede decirse que el imperio de Carlomagno se extendía sobre los territorios de la actual Francia (exceptuando quizás de ella la provincia llamada Bretaña, cuya *marca* ó frontera estaba gobernada por un conde, que en el tiempo en que Carlomagno hizo su expedición á Zaragoza, era el famoso Roldán de los cantares de gesta); Bélgica; gran parte de Austria, de Alemania, de Hungría y de Bohemia; Suiza; el Tirol; gran parte de Italia, y una pequeña región de España, en que se comprendía una parte de Cataluña, y quizás, aunque esto no es seguro, otra de Aragón y de Navarra. Y aun dentro de estos territorios, es de creer que el dominio de Carlomagno fuera muy precario, y más nominal que efectivo sobre no pocas regiones cubiertas entonces de bosques, pantanos y montañas inaccesibles y casi desiertas ó recorridas, más que habitadas, por pueblos nómadas de raza eslava y germánica, todavía en estado bárbaro.

El que pudiéramos llamar *centro de gravedad* del imperio de Carlomagno, no estaba en la actual Francia, como induce erróneamente á creer el nombre de francos que se daba á su nación, sino en Alemania, donde tenían su patria y principal asiento los francos, pueblo completamente germánico



de raza y de lengua. El punto de residencia habitual de Carlomagno y cabeza de su imperio era la ciudad de Aquisgrán, que se halla en la actual Prusia Rhenana.

REGIONES SEPTENTRIONALES DE EUROPA

En este mapa no se marcan divisiones territoriales, ni los nombres que en él se incluyen corresponden á un determinado periodo histórico; pues su objeto se reduce á indicar vagamente la situación de comarcas ó regiones cuyos nombres suenan con frecuencia en la historia de los siglos medios y modernos, y marcar la posición de algunas ciudades y ríos importantes que se hallen en el mismo caso.

La mayor parte de las regiones que en él se comprenden apenas figuran en la historia de la antigüedad. Sólo en los últimos tiempos del imperio Romano tienen lugar en la historia la isla cuyo territorio ocupan los reinos modernos de Inglaterra y Escocia y el principado de Gales, la cual se llamaba entonces Bretaña, la parte septentrional de la actual Francia, conocida entre los romanos por el nombre de Galia Bélgica, y las comarcas que se extienden allende el Rhin, que llamaban ellos Germania, y sobre las cuales establecieron en algunos períodos una dominación poco sólida, así como sobre la actual Escocia, que llamaban entonces Caledonia, y sobre Irlanda, que llamaban Hibernia. De la península Escandinava tenían tan imperfecta noticia los geógrafos antiguos cuanto que la creían isla, llamándola ya Escandinavia. La tierra más septentrional que conocían era cierta isla á la que daban el nombre de *Thule*, acerca de cuya situación se ha discutido mucho entre los modernos, pues mientras suponen unos que corresponde con la actual Islandia, opinan otros que es una de las más septentrionales del grupo de las Órcadas, el cual se halla al norte de Escocia. Los poetas latinos solían llamarla *Ultima Thule*, indicando así que era la tierra más remota de que había noticia.

En definitiva, todas las regiones que hay al oriente del Rhin y al septentrion del Danubio estuvieron, no sólo durante todo el período que comprende la historia antigua, sino hasta muy avanzada ya la Edad Media, cubiertas de bosques y escasísimamente pobladas por tribus pastoriles y extremadamente belicosas de estirpe, lo mismo que al presente, germánica y eslava, y en estado de civilización muy rudimentario. Ciudades y villas, si algunas había en esas comarcas, debían de ser contadisimas, y, en todo caso, más bien conjuntos de chozas ó de tiendas que verdaderas poblaciones. De esas regiones salieron los pueblos, cuyo número se ha exagerado mucho, que invadieron el imperio romano en el siglo V, y que ya en los anteriores habían hecho frecuentes incursiones en sus territorios, ó se habían enganchado á sueldo del Imperio como mercenarios. Esos pueblos, que iban estando tanto más civilizados cuanto más cercanos á las fronteras de Imperio, tenían la misma tendencia á formar confederaciones que ha distinguido en todo tiempo á sus descendientes; confederaciones que ya los

historiadores latinos calificaban de efímeras y mudables. Los innumerables calificativos con que se distinguían esas confederaciones, y los pueblos ó tribus que las constituían, hacen confusísima la historia de los últimos siglos de la Edad Antigua y primeros de la Media. Entre ellas son muy conocidas y hacen gran papel en la historia, las de los suevos, cuados, marcomanos, godos, borgoñones, vándalos, alanos, francos y sajones, formadas todas ellas (menos la de los alanos, acerca de cuya naturaleza se ha discutido mucho), por pueblos de estirpe germánica.

Puede decirse que la verdadera población y civilización de la Europa septentrional comenzó en tiempo de Carlomagno, no habiendo sino poquísimas ciudades (con excepción de las de Inglaterra), por encima del paralelo 50 y más allá del grado 5 de longitud oriental del meridiano del centro de España, cuya fundación se remonte á tiempo anterior. Las rocas de esas ciudades que datan de la época romana, se hallan muy cercanas al Rin y á las riberas del mar Germánico, en territorios de la actual Flandes ó de las vecinas comarca des Alemania.

Los pueblos cuyos territorios abarca este mapa, son casi todos germanos ó eslavos. Sólo una parte de Escocia, otra de Irlanda, las tierras de Gales y de Cornualles y la pequeña región del noroeste de Francia llamada Bretaña, están pobladas por gente de raza céltica, así como lo está por pueblos latinos (nombre vago con que se designa á aquellos que hablan lenguas derivadas de la latina), la parte de Francia que en este mapa se contiene, y por pueblos fineses y lapones las regiones más septentrionales de Escandinavia y de Rusia. Pertenecen á la raza germánica los ingleses, los escoceses no celtas, los daneses, holandeses, flamencos, escandinavos, alemanes, y muchos finlandeses que no están incluidos en la raza finesa. Los demás pueblos comprendidos en este mapa, fuera de los franceses de estirpe latina á que acabamos de hacer referencia, son todos de raza eslava.

REGIONES MERIDIONALES DE EUROPA

En este mapa, como en el anterior, tampoco se representan las divisiones de la Europa meridional correspondientes á determinada época de la Historia; pues su objeto se reduce también á dar una idea de la situación de algunas comarcas muy conocidas y que figuran con frecuencia en la historia de los siglos de la Edad Media y de la Edad Moderna.

Todas las regiones figuradas al sur del Danubio y al oeste del Rin pertenecieron al imperio romano, y las más orientales de ellas, particularmente las que rematan por el mediodía la península llamada de «los Balkanes» ó «Tracohelénica» y las islas adyacentes, fueron el teatro de los sucesos más antiguos de la historia de Europa y la verdadera cuna de la civilización occidental, que desde allí pasó primero al mediodía de Italia, después al centro de la misma península y fué difundida por último por los romanos, quienes ya iniciados en la cultura griega de que participaban en mayor ó menor grado todos los pueblos itálicos, se corroboraron y fortalecieron en ella a



REGIONES MERIDIONALES
DE
EUROPA

ponerse en contacto con los griegos y al someterlos á su dominio, y la divulgaron por todos los ámbitos de su inmenso imperio.

Dividióse en dos el imperio Romano á la muerte de Teodosio en 395: imperio de Oriente é imperio de Occidente, división que no fué tan arbitraria como pudieran pensar quienes no tengan en cuenta que respondió á diferencias profundas y esenciales de carácter entre las provincias occidentales, donde predominaban el espíritu y la lengua de los latinos, y las orientales donde eran el espíritu, las tradiciones y la lengua helénica las predominantes.

El imperio de Occidente fué presa de los bárbaros del Norte, pueblos germánicos que se repartieron sus despojos, fundando con ellos multitud de Estados que, después de infinitas vicisitudes, han venido á formar los reinos y repúblicas que hay al presente en la Europa occidental; prescindiendo de los territorios que se extienden sobre la costa septentrional de Africa, desde Trípoli hasta Marruecos, que también pertenecían al imperio de Occidente, y cuya historia, por la gran intervención que en ella han tenido los árabes y la religión islamita, se aparta en gran manera de la de Europa.

En cuanto al imperio de Oriente, aunque rodeado por el norte, occidente y oriente por pueblos eslavos y fineses que no cesaron de combatirlo y de hacer asoladoras incursiones en sus territorios, donde lograron establecerse permanentemente fundando Estados poderosos, y por el mediodía por los árabes, persas y turcos, que también le arrebataron muchas de sus provincias asiáticas y africanas y lo pusieron varias veces al borde de la ruina, pudo prolongar su vida hasta mediados del siglo xv, en cuyo año 53 fué definitivamente destruído por los turcos otomanos, que ya estaban apoderados de la península de los Balkanes, y tenían rodeado por todas partes el pequeño territorio que aún conservaba el Imperio alrededor de Constantinopla.

No sólo destruyeron los turcos el imperio de Oriente y se apoderaron de todas sus provincias asiáticas y africanas y de la mayor parte de las europeas, sino que cubrieron con sus ejércitos todo el territorio de Hungría, que tuvieron largo tiempo sometido á su dominio, así como las provincias de Moldavia, Valaquia, Transilvania y Besarabia y todas las comarcas que atraviesa el Danubio hasta la misma ciudad de Viena, que tuvieron dos veces sitiada. El mar Negro vino á convertirse en los siglos xvi y xvii en un lago enclavado en territorio turco. Pero la decadencia del imperio Otomano, ya iniciada después de la famosa batalla naval de Lepanto, no cesó en todo el siglo xvii, fué creciendo rápidamente en el xviii y llegó á tal punto en el xix, que su definitiva expulsión de Europa se habría ya realizado á no mediar en favor suyo las potencias occidentales de Europa, y, principalmente, Inglaterra, celosas del poder colosal de Rusia, que se ha erigido por sí en heredera del antiguo imperio de Oriente, del cual recibió, con la fe cristiana, las primeras semillas de la civilización, y pretende reconstituirlo con los elementos eslavos, que en todas las regiones orientales de Europa han venido á ocupar el lugar de los griegos.

Y, en efecto, no sólo en toda la península de los Balkanes prepondera la raza eslava, por pertenecer á ella los muchos pueblos que la invadieron

durante los siglos de la Edad Media, sino que se extiende por todas la comarcas que median entre el mar Adriático y el Danubio hasta el fondo del golfo de Venecia, y rodea también por el norte y occidente á los húngaros, yendo á tocarse con los alemanes en las fronteras de Bohemia.

Bajo la protección y tutela de Rusia se han constituido en el curso del siglo XIX varios Estados eslavos en la península de los Balkanes, y el reino de Grecia, que si no enteramente eslavo como los de Servia, Bulgaria y Montenegro, tiene mucho de tal por la sangre y, más todavía, por la religión, que como en casi toda la Europa oriental es la cismática griega.

Pero no son sólo eslavos los que ocupan las comarcas orientales de Europa, sino también latinos y fineses. A la raza latina pertenecen los moldavos y los válcicos y muchos de los transilvanos y besaravos, sumando en total unos diez millones, la mayor parte de los cuales son súbditos del reino llamado de Rumania, formado en el siglo XIX por los principados de Moldavia y Valaquia y por la península de la Dobruscha, comprendida entre la última parte del curso del Danubio y el mar Negro. Los rumanos son el único pueblo de raza latina que existe en el oriente de Europa y descende de los colonos que estableció Trajano en la Dacia. Son un ejemplo curiosísimo de la persistencia de las razas y las lenguas á través de los siglos.

Otro ejemplo de ese mismo hecho son los húngaros, pueblo finés que invadió y se estableció en el territorio que hoy ocupa á fines del siglo IX, donde constituyó un reino que fué muy poderoso en algunos períodos de la Edad Media, y que ha adquirido gran importancia en el siglo XIX bajo el cetro de sus reyes, que lo son al mismo tiempo de Bohemia, y emperadores de Austria. Los húngaros, en cuanto á raza, son parientes muy cercanos de los turcos y de los fineses, y lo eran también de los kazaros, pechenegas y búlgaros, pueblos de raza uralo-altaica que estuvieron amenazando en guerra con el imperio de Oriente durante la Edad Media y ocuparon un tiempo vastos territorios de él en las regiones que forman hoy los reinos de Bulgaria y Rumania y en las que hay al norte y oriente de ellas pertenecientes al imperio Ruso. Esos antiguos búlgaros dieron su nombre, aunque no el predominio de su sangre ni de su lengua, á la actual Bulgaria, donde, después de conuqstarla, se fusionaron con los pueblos eslavos que la ocupaban, ni más ni menos que los francos, los borgoñones y los lombardos perdieron sus caracteres y su lengua al fusionarse con los pueblos latinos que habitaban las regiones que conquistaron y á que dieron nombre.

En definitiva, todas las regiones de Europa por debajo del paralelo 50, están ocupadas por pueblos de la llamada raza latina al occidente, con excepción de Alsacia, Lorena, Baviera, el Palatinado, las provincias alemanas del imperio de Austria y Suiza, regiones todas ellas donde aunque mezcladas con la raza latina, predomina la germánica, y al oriente por pueblos eslavos, exceptuando los húngaros y turcos, que pertenecen á la raza uralo altaica ó finesa, los griegos, que podemos calificar de grecoeslavos, y los rumanos y transilvanos, en quienes, también mezclada con la raza eslava y con la finesa, predomina la raza latina. Prescindimos aquí de la región de Europa comprendida entre el mar Negro y el mar Caspio, al norte del Cáucaso, verdadera babel de razas y de lenguas mal estudiadas y conocidas. Espacios hay de pocas leguas cuadradas de esa región en que no se cuen-

tan menos de treinta lenguas completamente distintas. Sólo después de guerras encarnizadas y larguísimas en que fueron mucha veces desbaratados sus ejércitos, ha conseguido Rusia hacerse dueña de esa región en el curso del siglo XIX. Los habitantes pertenecen en su mayor parte á la religión musulmana.

ASIA

Después del Egipto, cuya historia se remonta á tiempo más antiguo que la de ningún otro pueblo, en Asia, que es la mayor de las partes en que dividen al mundo los geógrafos, y de la que no es Europa sino una península la que ocupa su extremidad occidental, se hallan los pueblos más antiguos del mundo por su historia.

La de Asiria, Babilonia, los pueblos indostánicos y China, llega hasta épocas remotísimas, aunque conviene advertir que en la de algunos de esos pueblos, y, especialmente, los del Indostán, la cronología es muy incierta y la historia está muy mezclada con la fábula. Más por los templos y por los monumentos de que están cubiertos sus territorios que por sus documentos propiamente históricos se pone de manifiesto la prodigiosa antigüedad de la civilización de las sociedades de esa vasta península, que tiene muy poco menor extensión que Europa. Los más antiguos de esos monumentos, son, sin embargo, más modernos que las pirámides y que las ruinas de Tebas en Egipto. La historia de China sí parece está bastante dilucidada hasta unos dos mil doscientos años antes de nuestra Era en que subió al trono Yu, fundador de la dinastía de Hia, que es la primera de las veintidós que han gobernado á China.

Los estudios filológicos y lingüísticos que se han hecho en los siglos XVIII y XIX sobre las lenguas y literaturas indostánicas, han arrojado también gran luz no sólo sobre la historia de los pueblos de esa vasta península, sino sobre los orígenes de los europeos. Muchas de las lenguas que se hablan en las regiones septentrionales de ella se derivan de la sánscrita, cuyo parentesco con la latina, la griega y las antiguas lenguas pérsica, germánica, céltica y eslavónica se ha demostrado con una evidencia que no deja lugar á dudas. La Filología, con vista más perspicaz que la Historia, ha llegado así en sus investigaciones hasta una época en que todos los pueblos europeos y muchos de los asiáticos que ocupan la Persia y la India formaban uno solo, del cual irradiaron en diversas épocas bandas de emigrantes que fueron á establecerse en las comarcas donde habitan hoy sus descendientes. Se ha supuesto que la región donde tenía su asiento ese pueblo primitivo y de donde partió en sus emigraciones, estaba hacia aquella parte del Asia Central, donde van á concurrir las grandes cordilleras del Imaus ó Himalaya y del Paropamiso, ó Hinducuch, donde se levanta la altísima meseta de Pamir. Pero acerca de ese particular ni se acuerdan las opiniones, ni es fácil que alegue ninguna de las que se sustentan, razones incontestables en su apoyo. La historia de los pueblos occidentales del Asia—persas, asirios y

árabes—está íntimamente relacionada con la de los egipcios, griegos, romanos y pueblos modernos de Europa, que podemos llamar nuestra historia; pero la de los pueblos orientales de la misma parte del mundo se ha desarrollado casi independientemente de ella hasta nuestros mismos días, en que los medios fáciles de comunicación han aproximado unas á otras las regiones más distantes del mundo, y ha establecido relaciones entre todos los pueblos, haciendo que intervengan más ó menos todos ellos en la historia general. Así hemos visto por primera vez, en la historia, en los primeros años del siglo xx, una guerra formal y en todo análoga á las que suelen reñirse en Europa, entre una potencia europea como Rusia y una de la extremidad oriental del Asia, como el Japón, disputándose el predominio sobre una región, como la península de Corea, situada también en lo más oriental del continente asiático, y no ya cuya historia y cuyas costumbres, sino hasta cuya existencia era casi desconocida del vulgo de nuestros países; y hemos visto también muy recientemente los amagos de una guerra entre naciones tan apartadas una de otra como los Estados Unidos de América y el Japón, por motivos que sólo una facilísima comunicación entre ambos países puede hacer posibles.

Las frecuentes alusiones de la prensa periódica á sucesos que tienen lugar en las regiones más orientales del Asia, van haciéndonos familiares nombres impronunciables, y en cuya escritura hay variedad grandísima, de comarcas, ríos, montes y pueblos que sólo los muy versados en geografía conocían hasta hace poco.

La mayor parte del Asia se la reparten los dos Estados de mayor territorio del mundo, que son Rusia y China; el resto de ella, prescindiendo de las islas y archipiélagos del Japón, de la Malasia, del Océano Indico y de las Filipinas (que muchos asignan á la Oceanía) está formado por las inmensas penínsulas de la India, la Indo-China y la Arabia, que ocupan las extremidades meridionales del Continente, la del Asia Menor, en que remata éste por la parte occidental, y las vastas regiones del Asia Central y de Persia.

La India y la Indo-China están casi completamente bajo el dominio directo ó indirecto de los ingleses ó sometidas á su influencia, salvo aquellas pocas regiones como el Tonkín y la Cochinchina, en que ha establecido Francia un dominio más ó menos precario; gran parte de Arabia y toda el Asia Menor pertenecen al imperio otomano, aunque el dominio de éste, particularmente en Arabia, sea más nominal que efectivo, y en cuanto á Persia y las comarcas del Asia Central, están hoy ó bajo la influencia de Rusia, ó bajo la de Inglaterra, por más que varios de ellos figuren como independientes.

AFRICA

Del vastísimo continente de Africa, sólo las riberas septentrionales que dan al mar Mediterráneo figuran en la historia. Se ha creído que el conocimiento de su forma peninsular data del tiempo en que el navegante portugués Vasco de Gama dió la vuelta á su extremidad meridional, á la que se



ÁFRICA

Cabo de Buena Esperanza



llamó primeramente cabo «de las Tormentas» y poco después «de Buena Esperanza»; pero Herodoto, y no en son de duda sino de un modo terminante, afirma en su Historia, que los fenicios circunnavegaron ese continente en tiempo del rey de Egipto Neco, cumpliendo las órdenes que de ese soberano habían recibido. Tampoco es nueva la comunicación entre el mar Mediterráneo y el mar Rojo realizada en nuestro tiempo mediante el canal de Suez, practicado á través del istmo de este nombre, pues en la antigüedad se llevó á efecto esa comunicación entre ambos mares por un canal que unía al mar Rojo con uno de los brazos del Nilo; canal que estuvo largo tiempo en uso y cuyos restos aún se distinguen.

El reino de Egipto, que se extendía á lo largo del valle del Nilo desde sus bocas hasta Etiopía, es el más antiguo del mundo por su historia. Alcanzaban ya sus habitantes un grado de cultura extraordinario y estaban organizados como Estado regular, con fuertes y muy perfectas instituciones cuando el resto del mundo yacía aún en la ignorancia y en la barbarie, remontándose la serie de sus reyes á una época prodigiosamente remota. De Egipto recibieron los griegos las primeras semillas de la civilización y, entre ellas el arte de la escritura. Su historia era ya viejísima cuando no mucho tiempo antes de Herodoto (historiador que vivió entre los años 484 y 406 antes de nuestra Era), fué conquistado el país por los persas, de cuyo imperio formó parte hasta el tiempo de Alejandro, quien lo conquistó á su vez y fundó la ciudad de Alejandría, que vino ser en los tiempos siguientes, y bajo la dinastía griega de los Tolomeos, el emporio comercial más importante del mar Mediterráneo y el más brillante foco de la civilización del mundo.

Muy cerca del lugar en que se levanta hoy la ciudad de Túnez, floreció la famosa Cartago, antigua colonia de los fenicios, que existía ya desde bastante antes de la conquista del Egipto por los persas, pero que no alcanzó su apogeo sino dos siglos después, en que vino á ser señora de toda la cuenca occidental del mar Mediterráneo, cuyas riberas tenía cubiertas con sus colonias.

Disputóle Roma el dominio de la isla de Sicilia y del mar Mediterráneo occidental, y en las porfiadas y largas guerras que con tal motivo hubo entre ambas repúblicas, acabó por obtener Roma la victoria, al mismo tiempo que otras guerras que sostenía en las comarcas orientales de Europa y en el Asia Menor le daban el dominio de todas las regiones de la cuenca oriental del Mediterráneo, constituyéndose así el imperio romano, en cuyos dominios, hablando en general, puede decirse que estaban incluidas todas las regiones que bordean el mar Mediterráneo, á las que se agregaron en el mismo siglo en que se realizaban las últimas de esas conquistas y en los dos siguientes, varias regiones de Europa hasta el Rhin y el Danubio, y la mayor parte de la isla de Bretaña.

Pasó así, pues, toda la costa septentrional de Africa á formar parte del Imperio Romano, constituyéndose allí varias provincias cultísimas y florentes, entre las cuales ocupaba el primer lugar la de Egipto, cuya ciudad de Alejandría siguió siendo bajo la dominación romana un emporio comercial y un centro de civilización y de cultura, que en la época de la propagación del Cristianismo, vino á ser en el orden del tiempo la segunda y en el de la importancia la primera de sus metrópolis.

Al dividirse el imperio Romano á la muerte de Teodosio, se dividió también el Africa, tocando toda su parte oriental, ó sea, el Egipto y la Libia hasta aquella parte llamada entonces Tripolitana, que venía á coincidir con el actual territorio de Trípoli, al imperio de Oriente, y la occidental, esto es, las Mauritania y la Numidia, provincias en que se comprendían los territorios actuales de Marruecos, Argelia y Túnez, al imperio de Occidente. Era en aquel tiempo completamente cristiana toda el Africa y siguió siéndolo en los siglos v, vi y vii, hasta que las invasiones de los árabes en el último de ellos y en los siguientes fueron poco á poco haciéndole perder ese carácter, hasta convertirla en tierra casi completamente mahometana. La historia de las regiones septentrionales del Africa durante la Edad Media es complicadísima. Entre los varios imperios musulmanes que en ellas se fundaron, y algunos de los cuales llegaron á ser poderosísimos, merecen citarse los de los Aglabitas, Edrisitas, Fatimitas y Benimerines. En la Edad Moderna estaban repartidas todas esas costas entre varios principados musulmanes, cuyas flotas eran el azote del Mediterráneo por sus piraterías, habiendo dado lugar á varias expediciones contra ellos, unas felices y otras desgraciadas, pero todas efímeras por sus resultados y consecuencias. Sólo la emprendida por los franceses contra Argel en 1830, ha sido fructífera, habiendo dado por resultado el establecimiento de un Estado sólido y permanentemente constituido, dependiente de Francia, si bien después de una serie de guerras con los naturales que han durado cerca de medio siglo.

El interior del continente africano era completamente desconocido de los antiguos, y ha seguido envuelto en el misterio hasta los últimos años del siglo xix, en que ha sido atravesado por varios exploradores. Todavía dista mucho de estar bien conocido. Uno de los resultados de las exploraciones practicadas en los últimos años ha sido el descubrimiento de los orígenes del Nilo, que se hallan en unos grandes lagos que hay más allá del Ecuador.

La extremidad meridional de Africa fué teatro en el último año del siglo xix y primero del xx, de la guerra entre los ingleses y los boers, colonos holandeses allí establecidos desde el siglo xvii, los cuales, después de abandonar el territorio inmediato al cabo de Buena Esperanza, cuando fué á manos de los ingleses á principios del siglo xix, habían fundado más al interior los Estados del Transvaal y del Orange, que tuvieron varias veces que defenderse de las usurpaciones de los ingleses.

AMERICA

En medio del inmenso mar que se extiende entre las riberas occidentales de Europa y las orientales del Asia, hállase tendido casi desde las regiones polares boreales hasta no lejos del círculo polar Antártico, el continente de América, que es, después del de Asia, el mayor del mundo. Fué completamente desconocido de los pueblos de la antigüedad, no pasando de la categoría de conjeturas sin ningún fundamento sólido, las suposiciones de

que fuera alguna vez visitado por los fenicios, que algunos han concebido y manifestado. Los escandinavos de los siglos IX y siguientes, si es verdad que no sólo conocieron la Groenlandia y las costas del Labrador, sino que fundaron en ellas colonias, lo bastante importantes para tener poblaciones, iglesias y sedes episcopales, las cuales estuvieron en constante comunicación con Escandinavia y Dinamarca; pero ese hecho, en que nadie puso la menor atención, no tuvo las consecuencias que habría tenido, si verdaderos cosmógrafos lo hubieran estudiado, desentrañando lo que significaba, ó si los navegantes escandinavos hubieran continuado, aunque fuera inconscientemente, hacia el mediodía sus exploraciones.

El verdadero descubrimiento de América fué, pues, el que de ese continente y sus islas hizo Cristóbal Colón, en los varios viajes que llevó á cabo en los años 1492 y siguientes, con objeto de ir al Asia por occidente. Una mala inteligencia de las medidas, bastante exactas, que los antiguos geógrafos griegos habían hecho de los grados del meridiano y de la curvatura de la Tierra, indujo á Colón á suponer que el espacio que separa las riberas occidentales de Europa de las orientales del Asia, era mucho menor de lo que es verdaderamente; error en que estaba al emprender su primer viaje, del que no llegó á desengañarse en el resto de su vida, y que da la razón de los nombres de Indias y de indios con que se designó á las tierras recién descubiertas y á sus naturales.

Estos nada tenían de indios. Pertenecían á razas completamente desconocidas, y hablaban lenguas que los estudios filológicos practicados en los cuatro últimos siglos, y particularmente en el XIX, en que tanto se ha profundizado en ese linaje de investigaciones, no han podido emparentar con ningunas de las que se hablan en otras regiones del mundo. Su estado social era atrasadísimo. Sólo en Méjico y en el Perú se hallaron sociedades regularmente constituidas; pero en estado tan rudimentario, que ni conocían el arte de la escritura, ni tenían herramientas de trabajo, ni pudieron resistir el empuje de unos pocos cientos de europeos imperfectísimamente armados y organizados. El estado social de los grandes imperios americanos de los aztecas y de los incas no puede ni remotamente compararse con el en que se hallaban las sociedades cultas del antiguo mundo en las más lejanas épocas que recuerda la Historia. Verdad es que en Guatemala y Yucatán hay restos de monumentos que acusan un estado social y unos elementos de trabajo muy superiores á los de los pueblos americanos de la época del Descubrimiento; pero de los pueblos que erigieron esos monumentos no quedaba ya entonces ni memoria.

Mientras los españoles colonizaban toda la parte meridional y central y parte de la septentrional del continente de América y sus islas adyacentes, los ingleses iban poco á poco colonizando y poblando las costas orientales de su parte septentrional por encima de la Florida, fundando allí varios establecimientos que, andando el tiempo, habían de constituir la confederación de los Estados Unidos de América. Estos, que al comenzar su existencia, como pueblo independiente en los últimos años del siglo XVIII, sólo poseían un pequeño territorio arrimado á las riberas del Atlántico, han ido por diversos medios, en general poco legítimos, extendiéndose hacia occidente y mediodía hasta comprender hoy una extensa zona

tendida de mar á mar y de unos veinticinco grados de anchura por término medio, á través del continente septentrional de América. Su población de origen europeo, procedente casi toda ella de los pueblos del norte de Europa, y casi única que hay, pues de los pueblos aborígenes apenas quedan restos, se acerca ya á 100 millones de habitantes. Hay que contar también entre ellos unos diez ó doce millones de negros, descendientes de los antiguos esclavos africanos, los cuales se multiplican sin fundirse con el resto de la población, y que serán en lo futuro, á lo que se presume, un peligro para la paz de la República.

La América inglesa, ó Dominio del Canadá, que así se le llama, ocupa el resto del continente septentrional de América, exceptuando la península de Alaska, que Rusia vendió hace años á los Estados Unidos. El Dominio del Canadá es hoy un Estado autonómico dependiente de Inglaterra, y su población se compone, en parte bastante considerable, de los descendientes de los franceses que primero colonizaron ese país. La Groenlandia, vasta isla de clima glacial, cuyos límites septentrionales se ignoran, perteneció siempre á Dinamarca, lo mismo que la cercana isla de Islandia, que dudan los geógrafos si asignar á Europa ó á América. Muchos creen que esa isla es la *Última Thule* de los geógrafos antiguos.

El resto de la América Septentrional y casi toda la Central y Meridional se las reparten los Estados hispano-americanos. En la población de ellos entran más ó menos los elementos indígenas que los colonos españoles conservaron en el seno de sus sociedades, en vez de exterminarlos ó expulsarlos, como lo hicieron los colonos ingleses del Norte. Sin embargo, en algunos de esos Estados, y, especialmente, en la república Argentina, donde las tribus indígenas eran poco numerosas y vivían esparcidas por los bosques y pampas de lo interior del territorio, la población es casi completamente europea, y no sólo está constituida por los descendientes de los primitivos colonos españoles y por los emigrantes de la misma nación que han afluído allí en el curso del siglo XIX, sino también por los innumerables europeos de otras naciones, particularmente italianos, que han ido allí á establecerse.

En definitiva, el continente de América, aunque separado del de Europa por el Océano Atlántico, puede, por el origen y por las lenguas de sus actuales habitantes, considerarse como prolongación suya.





INDICE

	Páginas.
PRELIMINAR	5
Historia antigua.	
CAPÍTULO I.—Historia de los hebreos desde la institución de la monarquía hasta la cautividad de Babilonia	11
CAP. II.—Historia de Asiria y Caldea desde sus principios hasta la destrucción del reino de Babilonia por los persas	15
CAP. III.—Historia de los medos y persas desde sus orígenes hasta la muerte de Ciro	23
CAP. IV.—Historia de Egipto desde sus orígenes hasta la extinción definitiva de sus dinastías indígenas poco después de la conquista del país por los persas	27
CAP. V.—Algunas noticias sobre los fenicios, lidios, armenios, iberos, bactrianos y otros pueblos que fueron sometidos al imperio de los persas	35
CAP. VI.—Historia de los pueblos griegos desde sus principios hasta las guerras médicas	39
CAP. VII.—Historia del período comprendido entre la conquista del Egipto por Cambises y la retirada de Grecia de los ejércitos persas	49
CAP. VIII.—Historia del período comprendido entre la expulsión de los persas de Grecia y la muerte de Filipo de Macedonia	57
CAP. IX.—Historia de Alejandro Magno, rey de Macedonia	63
CAP. X.—Historia del período comprendido entre la muerte de Alejandro Magno y la intervención de los romanos en los negocios de Grecia	71
CAP. XI.—Algunas noticias sobre los pueblos occidentales y septentrionales del mundo antiguo	79
CAP. XII.—Italia y sus habitantes hasta el siglo VIII antes de nuestra Era	85
CAP. XIII.—Historia de Roma desde sus principios hasta las guerras	

	Páginas.
púnicas.....	89
CAP. XIV.—Historia del período comprendido entre la primera guerra púnica y el establecimiento del imperio romano.....	93
CAP. XV.—Historia del imperio romano desde su fundación por Octavio Augusto hasta la disolución en 476 del imperio de Occidente, después de las invasiones bárbaras.....	99

Historia de la Edad Media.

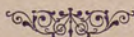
CAPÍTULO I.—Historia del período comprendido entre la destrucción del imperio de Occidente y su restauración bajo el cetro de Carlo Magno.....	113
CAP. II.—Historia de los sucesos ocurridos desde el advenimiento de Carlo Magno al trono de los francos hasta la primera cruzada.....	129
CAP. III.—Historia de los sucesos ocurridos desde las Cruzadas hasta la destrucción del imperio de Oriente por los turcos otomanos.....	115

Historia de la Edad Moderna.

CAPÍTULO I.—Consideraciones generales sobre la Edad Moderna....	197
CAP. II.—Ojeada general sobre los sucesos ocurridos en la segunda mitad del siglo XV en los países occidentales de Europa.....	205
CAP. III.—El imperio de Alemania, Hungría y Bohemia.....	209
CAP. IV.—El imperio y la reforma.....	217
CAP. VI.—Felipe II y su tiempo.....	231
CAP. VII.—El siglo XVII hasta el fin de la guerra de treinta años...	239
CAP. VIII.—Luis XIV y su tiempo.....	249
CAP. IX.—Los reinos del Norte.....	255
CAP. X.—Turquía, Persia y las tierras de Oriente.....	265
CAP. XI.—El siglo XVIII hasta la revolución francesa.....	271
CAP. XII.—Estado moral y material de Europa á fines del siglo XVIII...	277
CAP. XIII.—La revolución francesa.....	281
CAP. XIV.—Ojeada general sobre la historia del siglo XIX.....	287

Mapas.

Palestina.....	354
Antigua Asia Menor.....	335
Grecia Antigua.....	357
Imperio de Alejandro.....	360
Imperio Romano.....	362
Imperio de Carlomagno.....	364
Regiones septentrionales de Europa.....	366
Regiones meridionales de Europa.....	369
Asia.....	372
Africa.....	375
América.....	378



سورة التين



بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ



سورة التين

S. CALLIA

سورة التين



RECUERDOS
HISTÓRICOS
DEL MUNDO

1561
1562

G 62241